3 1761 08158696 8

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 211.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JULIO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

46267
3.6.41

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 18
no. 211-13

10.952

EL SECRETO DE LA VIDA

Hace tiempo, mi más querido amigo, que el corazón me pedía que te escribiese. Ni él ni yo sabíamos sobre qué, pues no era sino un vehementísimo anhelo de hablar confidencialmente contigo y no con otro.

Muchas veces me has oído decir que cada nuevo amigo que ganamos en la carrera de la vida nos perfecciona y enriquece más aún que por lo que de él mismo nos da, por lo que de nosotros mismos nos descubre. Hay en cada uno de nosotros cabos sueltos espirituales, rincones del alma, escondrijos y recovecos de la conciencia que yacen inactivos é inertes, y acaso nos morimos sin que se nos muestren á nosotros mismos, á falta de las personas que mediante ellos comulguen en espíritu con nosotros, y que merced á esta comunión nos los revelen. Llevamos todos ideas y sentimientos potenciales que sólo pasarán de la potencia al acto si llega el que nos los despierte. Cada cual lleva en sí un Lázaro que sólo necesita de un Cristo que lo resucite, y ¡ay de los pobres Lázaros que acaban bajo el sol su carrera de amores y dolores aparenciales sin haber topado con el Cristo que les diga: levántate!

Y así como hay regiones de nuestro espíritu que sólo florecen y fructifican bajo la mirada de tal ó cual espíritu que viene de la región eterna á que ellas en el tiempo pertenecen, así cuando esa mirada nos está por la ausencia velada, esas tierras la anhelan como anhela toda tierra el sol para arrojar plantas de flor y de fruto. Y los pegujares de mi espíritu que dejaron de ser yermos cuando te conocí y me los fecundaste

con tu palabra, esos pegujares están hace tiempo queriendo producir. Y he aquí por qué anhelaba escribirte, sin saber bien sobre qué.

Tú que estás acostumbrado á mis inversiones de sentido y á esta mi visión, que me hace ver con mucha frecuencia causas en donde los demás ven efectos, y efectos en lo que ellos toman por causas, no te extrañarás de lo que voy á decirte. Más de una vez me has dicho que suelo ver las cosas del espíritu algo á la manera de como si las del mundo material las viésemos en un cinematógrafo cuya cinta corriera al revés, yendo de lo último á lo primero, ó como si á un fonógrafo se le hiciera girar en sentido inverso al normal. Tal vez sea así, y que padezca de una enfermedad del sentido del tiempo y el de la consecuencia lógica; pero es lo cierto que con harta frecuencia me parece que son las premisas lo que los hombres ponen por conclusiones, y éstas aquéllas.

Todo esto viene á decirte que en mis ratos de vagaroso ensueño, cuando dejo á mi imaginación que se engañe creyendo que se liberta de la tirana lógica, suelo dar en pensar que no son las distintas posiciones que la Tierra adopta frente al Sol, según el punto en que se encuentra en su carrera anual y la inclinación de su eclíptica, lo que produce las estaciones, y con ellas el florecer de primavera, el madurar de verano, el fructificar de otoño y el dormir de invierno, sino que es este florecer, madurar, fructificar y dormir lo que determina las posiciones que adopta la Tierra. Doy en fantasear qué es la necesidad que la Tierra siente de dar flores, ahora en un sitio y luego en otro, lo que le lleve á presentar ya esta cara, ya la otra al Sol.

Y acaso algo así sucede con nuestras amistades. No es precisamente porque el azar te trajo junto á mí, y nos conocimos y nos entendimos desde luego, por lo que despertaron á la vida esos mis pegujares del espíritu á que hiciste producir con tu palabra de cariño y comprensión, sino que era la necesidad que ellos sentían de producir sus semillas que reventaban por

brotar, lo que me hizo descubrirte y detenerte entre los miles de hombres que pasan á mi lado.

Y hoy siento necesidad de ti, de tu presencia; hoy siento necesidad de hablarte, de dirigir hacia ti los pensamientos que me están pugnando por brotar, y como estás lejos, tan lejos, te los escribo.

Y esto es porque hoy, como nunca, me duele el misterio.

Tú sabes que llevamos todo el misterio en el alma y que le llevamos como un terrible y precioso tumor, de donde brota nuestra vida y del cual brotará también nuestra muerte. Por él vivimos y sin él nos moriríamos espiritualmente, pero también moriremos por él y sin él nunca habríamos vivido. Es nuestra pena y nuestro consuelo.

Tú te acuerdas de aquel nuestro buen amigo Alfredo, escritor de penetrante melancolía, que parece cae de cada una de las páginas de sus escritos como una lluvia lenta y pertinaz. Una vez me decía que no podía resignarse á la derrota de la metafísica, en que creyó en sus mocedades, y al contártelo yo añadía por mi cuenta: es que le duele el misterio.

El misterio parece estar en nosotros á las veces como dormido ó entumecido; no lo sentimos, pero de pronto, y sin que siempre podamos determinar por qué, se nos despierta, parece que se irrita, y nos duele y hasta nos enfebrece y espolea al galope á nuestro pobre corazón. Así como la exacerbación de ciertos tumores parece depende del estado atmosférico, así parece que del estado del ambiente espiritual de la sociedad que nos rodea depende la exacerbación del misterio dentro del misterio de nuestra alma.

El misterio es para cada uno de nosotros un secreto. Dios planta un secreto en el alma de cada uno de los hombres, y tanto más hondamente cuanto más quiera á cada hombre, es decir, cuanto más hombre le haga. Y para plantarlo nos labra el alma con la afilada laya de la tribulación. Los poco atribulados tienen el secreto de su vida muy á flor de tierra, y corre

riesgo de no prender bien en ella y no echar raíces, y por no haber echado raíces no dar ni flores ni frutos.

Sé que al llegar á esto se te vendrá á las mientes como á las mías se viene la primera parábola del Evangelio según Mateo, la del capítulo XIII, la del sembrador. Que salió á sembrar, y parte de la semilla cayó junto al camino, y vinieron las aves y se la comieron; parte cayó en pedregales, donde había poca tierra, y nació; mas como tenía poca tierra, al salir el sol la quemó, y secó, por faltarle raíces; parte cayó en espinas que crecieron y la ahogaron, y parte cayó en buena tierra y dió fruto, ya á ciento, ya á sesenta, ya á treinta por uno. Y así sucede con el secreto de la vida á cada cual.

Hay hombre á quien el secreto de su vida le cae por fuera, al camino de ella, y se lo devoran las aves; á otro le cae en corazón pedregoso y no tribulado ni arado por el dolor, y le brota, pero el sol se lo quema; á otro se le ahoga en mil divertimientos y expansiones, y sólo á muy pocos se les adentra y echa raíces, y las raíces tallo, y el tallo hojas, flores y por fin fruto.

Y ten en cuenta que esa semilla, ese secreto de la vida, enterrado en el alma, no lo ve nadie, ni llega el Sol á él. Nosotros vemos la planta, nos restregamos y refrescamos la vista con la verdura de su follaje, nos regalamos el olfato con el aroma de sus flores, y gustamos el paladar con la fragancia de sus frutos á la vez que con ellos nos alimentamos; pero ni vemos, ni olemos, ni gustamos la semilla de esa planta, que fué enterrada bajo tierra.

Cuando hemos hablado del deber de la sinceridad me has replicado siempre que hay en nosotros pensamientos y sentimientos que no debemos revelar, sino guardar con cuidado y celo. Y yo te lo rebatía, y con cierta agresiva vehemencia oponía á tus reservas lo de la necesidad de andar con el alma desnuda y de la confesión pública. Pero he meditado después en ello y he venido á la conclusión de que, en efecto, estabas en lo firme, y de que es precisamente el deber de la sin-

ceridad el que nos manda velar las entrañas de nuestra alma.

Y es el deber de la sinceridad el que nos manda velar y recatar las entrañas de nuestra alma, porque si las pusiésemos al descubierto las verían los demás como no son ellas, y así mentiríamos. El que dice sí sabiendo que le han de entender no, miente, aunque el sí sea la verdad.

Hay que llevar, sí, el alma desnuda, pero el llevarla desnuda no es llevarla desgarrada y abierta en canal. Cuanto más sincera es un alma, tanto más celosamente resguarda y abriga los misterios de su vida.

Si en los momentos de ahogo y congoja cordiales, cuando nos falta aire espiritual que respirar, nos desgarramos el corazón para que el aire penetre en sus senos, pero á la vez que el aire, llega el sol á esas profundidades, su lumbre seca y mata á las semillas en él depositadas, y no echan ya raíces, y se mueren sin dar ni flores ni frutos.

Las raíces de nuestros sentimientos y pensamientos no necesitan luz, sino agua, agua subterránea, agua oscura y silenciosa, agua que cala y empapa y no corre, agua de quietud. Lo que necesita aire y luz es el follaje de nuestros sentimientos y pensamientos, es lo que de ellos arrojamos al mundo, y al darlo al mundo del mundo es.

Para expresar un sentimiento ó un pensamiento que nos brota desde las raíces del alma, tenemos que expresarlo con el lenguaje del mundo, revistiéndolo del follaje del mundo, tomando del mundo, de la sociedad que nos rodea, los elementos que dan consistencia, cuerpo y verdura á ese follaje, lo mismo que la planta toma del aire los elementos con que reviste su follaje. Pero la fuente interna, la sustancia íntima é invisible, le viene de las raíces.

El lenguaje de que me sirvo para vestir mis sentimientos y mis ideas es el lenguaje de la sociedad en que vivo, es el lenguaje de aquellos á quienes me dirijo; las imágenes mismas, los conceptos en que vierto su savia son las imágenes y los conceptos de los que me oyen; pero la savia, esa savia vivifi-

cante que desde las raíces sube á mis frutos, esa savia que no se ve, esa es mía. Y es la que da á mis frutos, la que da á tus frutos, la que da á los frutos de todo hombre el sabor que tengan.

Hay frutos desabridos que á nada saben, que no dejan dejo de los que repiten, que parecen sosos productos de estufa; y es que esos frutos no provienen de semilla, sino de gajo, de injerto tal vez. Son frutos espirituales que no proceden de secreto alguno de vida, de misterio alguno de tribulación.

Hay almas que tienen las raíces al aire: ¡desdichadas! Las hay que no tienen raíces: ¡más que desdichadas!

***

Hay por debajo del mundo visible y ruidoso en que nos agitamos, por debajo del mundo de que se habla, otro mundo invisible y silencioso en que reposamos, otro mundo de que no se habla. Y si fuera posible dar la vuelta al mundo y volverlo de arriba abajo y sacar á luz lo tenebroso metiendo en tinieblas lo que luce, y sacar á sonido lo silencioso metiendo en silencio lo que calla, habríamos todos de comprender y sentir entonces cuán pobre y miserable cosa es esto que llamamos ley y dónde está la libertad y cuán lejos de donde la buscamos.

La libertad está en el misterio; la libertad está enterrada y crece hacia dentro, y no hacia fuera.

Se dice, y acaso se cree, que la libertad consiste en dejar crecer libre á la planta, en no ponerla rodrigones ni guías ni obstáculos, en no podarla obligándola á que tome esta ó la otra forma, en dejarla que arroje por sí y sin coacción alguna sus brotes y sus hojas y sus flores. Y la libertad no está en el follaje, sino en las raíces, y de nada sirve dejarle al árbol libre la copa y abiertos de par en par los caminos del cielo, si sus raíces se encuentran, al poco de crecer, con dura roca impenetrable, seca y árida, ó con tierra de muerte. Aunque si las raíces son poderosas y vivaces, si tienen hambre de vida, si proceden de semilla vigorosa, quebrantarán y penetrarán

las rocas más duras y sorberán agua del más compacto granito.

Arbol espiritual de muchas y hondas raíces dará regalado fruto por áspero y hostil que el ambiente le sea. Y las raíces son el secreto del alma.

A lo mejor se asombran los hombres de la singular fuerza que se revela en una obra al parecer de pura inteligencia, de la plenitudde pens amiento que estalla por todas partes en un tratado de Algebra ó de Fisiología ó de Gramática comparada ó de otra cosa así. Hay libros de ciencia que aun conteniendo principios nuevos, nuevas verdades, leyes que descubrió su autor, decimos todos que envejecerán en cuanto esas verdades, leyes y principios se incorporen á la ciencia y entren en su caudal y aparezcan expuestos en los manuales didácticos en que es expuesta. Un libro de ciencia puede aportar mucho caudal nuevo á ella y ser, sin embargo, perfectamente impersonal. Pero hay otras obras también de exposición científica, y no más que de exposición científica, en las que, aparte de la novedad y verdad de los principios en ellas revelados, hay en su trama, en su tono, en el espíritu oculto que las anima, un *quid mirificum*, un algo misterioso que las hace duraderas y fuente de enseñanzas hasta cuando los principios en ellas expuestos son del común dominio ó han sido acaso rectificados ó rechazados tal vez. Y estas obras de ciencia inmortales, inmortales porque su vida no depende de la vida de la ciencia á que sirvieron, son obras que proceden de secreto de vida, tienen su raíz en algún misterio de tribulación.

Los grandes pensamientos vienen del corazón, se ha dicho, y esto es sin duda verdadero hasta para aquellos pensamientos que nos parecen más ajenos y más lejanos de las necesidades y los anhelos del corazón. ¿Quién sabe las raíces cordiales que en el alma generosa y grande, en el alma henchida de piedad de Isaac Newton tuvo el descubrimiento del binomio á que damos su nombre?

La ciencia ha sido para muchos espíritus ardientes el refu-

gio en que han ido á abrigarse en grandes tormentas interiores, y muchos de los más grandes y más fecundos descubrimientos se los debemos á misterios del corazón. Y estos elevados y nobles espíritus nos dieron los frutos de su secreto sin revelarnos éste, y nos fueron absolutamente sinceros y nos enseñaron la verdad.

A un árbol se le conoce por sus frutos, pero sus frutos no son sus raíces, aunque de ellas procedan.

Muchas luminosas teorías, muchas sugestivas hipótesis, muchos felices descubrimientos son hijos de profundas tribulaciones, de entrañados dolores.

Tú te acordarás, mi querido amigo, las veces que hemos hablado de las profundas corrientes de pasión que circulan por debajo de la *Etica* de Spinoza ó de la *Crítica de la razón práctica* de Kant, y cómo estas dos obras imperecederas son lo que son por haber brotado del corazón de sus autores, no de la cabeza. Para el que sabe leer y sentir lo que lee, por debajo de las secas fórmulas del judío de Amsterdam, en el hondón de aquellas proposiciones expuestas en estilo algebraico hay mucha más pasión, mucho más calor de ánimo, mucho más fuego íntimo que en la mayoría de los estallidos flameantes de los que pasan por sentimentales. No es la llama el único ni el principal signo del fuego; antes bien, los fuegos más duraderos y más intensos no dan llama de ordinario.

Cada una de las proposiciones de la *Etica* spinoziana es como un diamante, dura, esquemáticamente cristalizada, recortada en finas y cortantes aristas, fría. Pero lo mismo que al diamante, ha debido de ser preciso para producirla un intensísimo y muy fuerte fuego. El fuego común enciende en brasa los carbones ordinarios, y una vez que cesa quédanse en ceniza; pero para producir un diamante ha sido preciso un fuego tal como hoy no lo tenemos sobre el haz de la tierra, sino acaso en sus entrañas, donde no llega el aire que nos envuelve. Nuestros fuegos exteriores, los que llamean hacia fuera y se avivan con el aire del mundo, alumbran y calien-

tan un momento lo que nos rodea, pero no dejan como fruto de su incendio más que pavesas y cenizas. Sólo el fuego interior, oculto, el que no luce hacia fuera ni recibe aire del mundo, es el que puede darnos diamantes duraderos, más duros que cuantos guijarros puedan chocar con ellos.

¿Te acuerdas de aquel nuestro amigo que se fué á lejanas tierras para no volver, y del cual nunca más hemos sabido? A todos nos atraía y nos sorprendía lo singular de su dulzura, su eterna sonrisa misteriosa, la inalterable serenidad de su juicio, la moderación de sus pareceres todos, el perfecto dominio de sus emociones. Cuando discutíamos sus palabras caían sobre un asunto candente como un rocío refrescador; todos los argumentos, resecados y ahornagados por nuestra caliente terquedad, reverdecían, y al reverdecer se enlazaban los unos á los otros. Y cuando entonces le reprochábamos de escéptico, se sonreía misteriosamente y decía: no, no es que yo dude de todo, es que lo creo todo. Y aquel «lo creo todo» nos sonaba á la infinita oquedad de la impotencia de creer cosa alguna. Y muchas veces, cuando se nos separaba, nos decíamos: pero este hombre, ¿tiene fe en algo?

Te acordarás también que llegamos á tomarle por una especie de esteta, por un desengañado, que curado de toda ilusión tomaba el mundo en espectáculo y se distraía, esperando á la muerte, en ver pasar los hombres y las cosas, en ver cómo todo va muriendo.

Sólo un día notamos que su voz temblaba y sonaba con otro timbre que el ordinario, como si el corazón le enclavijara las cuerdas vocales, y á la vez asomaba un extraño reflejo á sus ojos, apagados de ordinario. Fué un día en que protestó de que él sólo se propusiera divertirse, como alguien le echó en cara. Y todos los amigos nos quedamos pensativos é inquietos y con el vaso del corazón remejido luego de haberle oído detestar la diversión y hablar de la trágica seriedad de la vida.

Cuando el pobre se fué á esas lejanas tierras de donde no

ha vuelto y donde para nosotros se ha perdido, se nos descorrió algo el velo de su secreto, no más que lo suficiente para que vislumbráramos que lo tenía, aunque sin vislumbrar nada de él. Descubrimos que era hombre de secreto, aunque sin llegar á sospechar nada de éste. Y todos aquellos de nosotros sus amigos que se dieron á hacer conjeturas sobre él, se engañaron miserablemente, y mucho más se engañaron los que creían haber llegado á la verdad. Sólo llegamos á una conclusión, y fué que cuantos más indicios obteníamos de lo que podía haberle atribulado, más lejos estábamos del conocimiento de su tribulación, y esto se nos imponía por una lógica abrumadora.

No nos dijo al marchar sino esto: voy á enterrarme en la naturaleza bravía; huyo de mí mismo porque me tengo miedo; huyo de la sociedad porque, sin quererlo, me está dañando de continuo, y me temo mucho que llegue día en que, sin quererlo también, sea yo quien la dañe. Y nos dió el adiós con los ojos enjutos, pero con aquella misma voz de cuando protestaba de tomar á diversión la vida, y se fué. Y no hemos vuelto á saber de él. Se fué con su secreto. ¿Morirá éste con él?

No, yo no creo que muera con un hombre su secreto de vida, el misterio de su corazón, aunque él no nos lo revele durante su vida toda. Un secreto es un sentimiento padre, eterno, fecundo, y esos sentimientos que buscan almas en que encarnar cuando encarnados en una no han dado en ella fruto, buscan después otra. Para cada alma hay una idea que la corresponde y que es como su fórmula, y andan las almas y las ideas buscándose las unas á las otras. Hay almas que atraviesan la vida sin haber encontrado su idea propia, y son las más, y hay ideas que manifestándose en unas y otras almas no encuentran sin embargo sus almas propias, las que las revelarían en toda su perfección.

Y aquí se nos presenta otra vez el terrible misterio del tiempo, el más terrible de los misterios todos, el padre de ellos. Y es que las almas y las ideas llegan al mundo ó dema-

siado pronto ó demasiado tarde, y cuando un alma nace se fué ya su idea ó se muere aquélla sin que ésta baje.

Tormento grande fué, sin duda, para un hombre en el siglo XIII haber nacido con alma del siglo XX; pero no es menor tormento tener que vivir en este nuestro siglo con un alma del siglo XIII. Era entonces la misteriosa y terrible enfermedad de los conventos la *acedía,* aquella inapetencia de la vida espiritual de que, por otra parte, no se podía prescindir; y quien lea con atención y sentido á los místicos, oirá con el corazón aquel tono profundo que suena á desgarrador sollozo que no brota del pecho, sino en él queda, y hace llorar hacia dentro. Pero hoy tenemos la *acedía* de la vida del mundo, la inapetencia de la sociedad y de su civilización, y hay almas que sienten la nostalgia del convento medioeval. Del convento medioeval digo, y no simplemente del convento, porque el de hoy es tan distinto del que era en el siglo XIII, cuanto es distinto de aquel siglo el nuestro. Y tengo para mí que las almas medioevales que hoy viven entre nosotros son las que más repugnan los claustros del siglo XX. De aquel hombre de secreto, de aquel misterioso danés que vivió en una continua desesperación íntima, de Kierkegaard, se ha dicho que sentía la nostalgia del claustro de la Edad Media.

Todos llevamos nuestro secreto de vida: los unos más á flor de alma, los otros más entrañado, y los más tan dentro de sí mismos que jamás llegan á él ni lo descubren. Y si alguna vez lo vislumbran dentro de sí, vuelven hacia fuera la vista, despavoridos, y no quieren pensar en ello y se dan á divertirse, á enajenarse.

¿Y aquellos que ni siquiera lo han vislumbrado — me preguntarás, — los que atraviesan la vida sencillos y confiados, inocentes y serenos, llevando al aire y á la luz las entrañas del espíritu? Para éstos, mi querido amigo, todo es secreto; viven sumergidos y empapados en él; el misterio los envuelve. Son como los niños, que lo ven todo. Porque ¿crees tú que un niño de seis años no tiene también su secreto, aunque él no lo

sepa? Sí; tiene su secreto y su alma duerme en la inconciencia de él, pero desde allí dentro, desde esa inconciencia, le vivifica la vida. No recuerdo espectáculo más trágico y más misterioso que el de una pobre niña de muy pocos años que se deshacía en lágrimas junto al cadáver, aún caliente, de un perrito que había sido su más querido juguete, un juguete vivo.

Todos llevamos nuestro secreto, sepámoslo ó no, y hay un mundo oculto é interior en que todos ellos se conciertan, desconociéndose como se desconocen en este mundo exterior y manifiesto. Y si no es así, ¿cómo te explicas tántas misteriosas voces de silencio que nos vienen de debajo del alma, de más allá de sus raíces?

*
* *

¿Te has fijado en el extraño espectáculo de dos personas que discuten, exponiendo cada una de ellas su opinión sobre las cosas, y entretanto sólo tratan de sorprenderse mutuamente las almas? Lo que á cada uno de ellos le importa no es cómo piensa el otro, sino cómo es; no cuáles son sus opiniones, sino quién es él. Y es frecuente que entre dos personas que conversan, al parecer con gran intimidad, y en el seno de la mayor confianza, hablan de todo menos de aquello que más inquieta y preocupa á ambos. Les preside y anuda su comunión espiritual una idea, un sentimiento, y de todo hablan menos de ese sentimiento, de esa idea común que les une. Los junta un secreto y ambos se lo callan, porque es la mejor manera de que les junte.

Con frecuencia, cuando asistimos á la conversación de dos amigos íntimos, unidos por lazos fuertes é indestructibles, nos sorprenden cosas que no entendemos ó el tono que la conversación toma, y que parece completamente fuera de acuerdo con lo que dicen. Y es que están hablando de una cosa y pensando ambos en otra muy distinta; es que están discurriendo sobre un tema manifiesto y superficial, y comulgando en un

secreto profundo. En un secreto común que nunca se lo revelaron el uno al otro.

Nada une á los hombres más que el secreto. El que te adivine tu secreto no tiene más que mirarte y habrás de hacerte amigo de él. Y en él buscarás refugio. Y será á quien más cuidadosamente le celes tu secreto. ¿Para qué revelárselo si te lo ha adivinado? Y al que no te lo adivine es inútil que se lo reveles, porque no te lo entenderá á derechas, y, sobre todo, no te lo creerá tal cual es.

Y hay gentes que parece que todo lo dicen y cuentan, y son los que más callan; y no hablan y se confiesan sino para ocultar más su secreto, pues temen el silencio, que es lo más terriblemente revelador que hay. La sinceridad se ahoga en palabras. El secreto, el verdadero secreto es inefable, y en cuanto lo revestimos de lenguaje, no es que deje de ser secreto, sino que lo es más aún que antes.

***

No nos es hacedero de ordinario conocer el secreto especial y propio de nuestro prójimo, su ansia propia, su tribulación suya, la congoja que le atormenta ó el gozo oculto que no puede revelar, la pasión que le consume ó le acrecienta, el anhelo que persigue en su corazón; pero lo que sí podemos conocer es la raíz común á los secretos todos de los hombres, el secreto de nuestros sendos secretos, el secreto de la humanidad. Toma distintas formas en cada alma, y estas formas nos son secretas, pero su sustancia última y eterna es siempre la misma.

Y el secreto de la vida humana, el general, el secreto raíz de que todos los demás brotan, es el ansia de más vida, es el furioso é insaciable anhelo de ser todo lo demás sin dejar de ser nosotros mismos, de adueñarnos del universo entero sin que el universo se adueñe de nosotros y nos absorba; es el deseo de ser otro sin dejar de ser yo y seguir siendo yo siendo á la vez otro; es, en una palabra, el apetito de divinidad, el hambre de Dios.

La ley nos atribula y aflige, y cuando tratamos de quebrantar la ley, lo hacemos empujados por otra ley más alta ó más baja que nos atribula y aflige aún más que la primera, y la satisfacción de todo anhelo no es más que semilla de un anhelo más grande y más imperioso.

¡Si yo pudiera llevar tal otra vida y hacer tales ó cuales cosas que hoy no puedo hacer!..., dices. Y si pudieras llevar esa vida y hacer esas cosas que hoy no puedes hacer, como entonces no podrías llevar la vida que llevas ni hacer lo que hoy haces, desearías tu vida y tus hechos actuales. Porque lo que quieres es aquella vida y ésta y la otra y todas. Los judíos, al salir de Egipto, ansiaban la tierra de promisión, y una vez en ella suspiraban por el Egipto. Y es que querían las dos tierras á la vez, y el hombre quiere todas las tierras y todos los siglos, y vivir en todo el espacio y en el tiempo todo, en lo infinito y en la eternidad.

El resorte del vivir es el ansia de sobrevivirse en tiempo y en espacio; los seres empiezan á vivir cuando quieren ser otros que son y seguir siendo los mismos. Y todo lo que no vive, no es sino alimento de lo que vive.

Y ahora queda otra pregunta, y es: el conjunto, el todo, el universo, ¿no vive á su vez y anhela ser más que es, ser más que todo, más que universo? ¿No tiene el universo su secreto?

Dejémoslo.

MIGUEL DE UNAMUNO

UNA EXCURSIÓN Á LAS RUINAS DE MEDINA AZ-ZAHRÁ

En el «Gran Capitán».—Proyectos.—El Dr. Izquierdo.—En marcha.—Historia de las ruinas.—Por entre reses bravas.—Historia y recuerdos de «Medina Az-Zahrá» según los escritores arábigos.—Opiniones y esperanzas.

Hermosa era sobre toda ponderación la mañana.

Mientras aguardábamos el coche, mi buen amigo Villalba, diputado provincial á la sazón, me explicaba su proyecto.

Estábamos en el anchuroso *Paseo del Gran Capitán*, que tantos y tan buenos edificios embellecen, y al pie del *Hotel de Oriente*, donde me hospedaba. Con esa verbosidad pintoresca, propia de los andaluces, mi amigo se esforzaba por hacerme comprender la importancia que para la ciudad de Córdoba tenía la realización de su pensamiento.

—Está acordada, es ya un hecho (1), la prolongación del *Gran Capitán* hasta la misma vía férrea, y la Compañía, —decía, señalando las frondosas huertas que sobre el fondo de la Sierra se extendían por el N., á través del *Paseo de los Tejares*,—construirá ahí la nueva Estación del Ferrocarril, que será magnífica. De tal modo—añadía,—los viajeros que pasan para Cádiz, Sevilla y Huelva, para Málaga y Granada, pueden, sin dificultad ni apremios, visitar con el tiempo necesario la *Mezquita*, con sólo apresurar un poco el almuerzo. Pero esto, como tú comprendes, no basta; yo he propuesto, y he de insistir en ello sin tregua ni descanso hasta que lo consiga—y ya

(1) Lo es efectivamente, cuando este trabajo se publica.

sabes tú si soy testarudo,—he propuesto, digo, otra reforma de grande interés, la cual ha de reportar muchos beneficios á Córdoba: es el complemento obligado é indispensable de la anterior que te he indicado, y me agradecerán mis paisanos cuando se realice. He propuesto, vuelvo á decir, que el *Gran Capitán*, con una ligera inclinación hacia Levante, y dejando á un lado la iglesia de *San Nicolás de la Villa*, se prolongue á través del caserío hasta llegar á la misma *Puerta del Perdón* en la *Mezquita*.

—Ya ves tú—agregaba, entusiasmado y convencido,—ya ves tú si esto es importante y de trascendencia para Córdoba. Hay que expropiar mucho, es cierto, y aquí está el argumento Aquiles que me hacen los que se oponen, diciendo que el Ayuntamiento no tiene fondos; pero también es cierto que, con el trazado de las nuevas calles, la propiedad aumentará considerablemente de valor, y terrenos que hoy no valen sino muy poco, porque están en un barrio de escasa significación, valdrán entonces bastante más del duplo. Al hacer el Municipio estas expropiaciones, para lo cual debe levantar un empréstito, y luego de abierta la *Gran Vía*, ganará también, porque terrenos adquiridos en un precio los enajenará en más del doble en seguida; y como en el hermoso *boulevard* que resulte acudirá el comercio á hacer sus instalaciones, y esos barrios, que hoy no tienen vida, la tendrán entonces propia, todos ganarán, se habrá hecho una obra admirable, verá todo el mundo de qué manera sabemos los cordobeses apreciar nuestros monumentos, y desde las ventanillas de los coches del ferrocarril se divisará en línea recta nuestra maravillosa *Catedral*, que nadie mejor que tú sabe es un prodigio del arte.

Poco enterado yo, pobre viajero, de las necesidades urbanas de la antigua corte de los Califas, había dejado decir á mi buen amigo cuanto antecede, sin osar interrumpirle. Muchos años hacía que faltaba yo de Córdoba, ciudad á la que profeso muy gran cariño, no sólo por sus monumentos, y especialmente la *Mezquita-Aljama*, cuya historia procuré años hace ilus-

trar en un libro (1), sino porque, aun con haber nacido en Madrid, me juzgo hijo de la provincia por mi Padre, de quien se guarda allí la memoria, pues como en Baena, como en Sevilla, como en Madrid y como en Toledo, se ha dado en Córdoba su nombre á una calle, la antigua del *Seminario de San Pelagio*, establecimiento á cuyas aulas había en su azarosa juventud aquél asistido.

Interésame, pues, todo lo que á Córdoba se refiere; y en esta excursión advertía muy grandes y provechosas alteraciones en la capital, de cuyo engrandecimiento para la vida moderna me dieron testimonio por todas partes multitud de reformas, que habían cambiado en mucho la fisonomía particular y característica de la población, en ventaja suya. Hube de asentir por esto á las indicaciones de mi entusiasta y antiguo amigo, y no estimé en principio descabellada ni mucho menos la idea, si bien lamentando que con tales obras perdería de cierto la ciudad lo peculiar y privativo de su aspecto histórico y aun legendario.

Porque es indudable que, al penetrar en Córdoba, el ambiente que se respira está saturado del perfume delicado y sutil de los recuerdos, emanaciones del pasado, que en el espacio flotan, que todo lo penetran, que á todo dan colorido y lo embellecen; *saudades* de tiempos más presentes á la fantasía que al conocimiento, y cuyo prestigio es tal que, con invencible fuerza, se apoderan desde el primer instante del viajero y del artista, le subyugan, le obsesionan, le acompañan á todas partes, le sugieren pensamientos y quimeras, y le hacen sospechar en ocasiones si detrás de las caladas y misteriosas celosías de las poéticas y salientes rejas, detrás de los cruzados hierros que tejen las cancelas de los patios, exuberantes de vegetación florida y esmaltados de naranjos y de limoneros, asomará el rostro delicioso de alguna de aquellas hermosas mujeres de ojos de fuego y de mirar brillante, de trigueña color y la-

(1) Las *Inscripciones arábigas de Córdoba*, cuya primera edición publiqué en 1879.

bios encendidos, como tesoro inapreciable y trasunto paradisíaco escondidas en el secreto inviolable del *harém* por los musulmanes, enamorados y celosos.

Porque allí están todavía, aunque macilentas y tristes, agobiadas bajo el peso de los años, y hablando con elocuencia singular al espíritu, aquellas palmeras del Desierto, cuyos flotantes penachos coronan gallardamente los vetustos edificios, levantando los harpados brazos hasta el cielo. Delante de ellas se ha desarrollado por aventura el sangriento panorama de la Edad Media; ellas han visto, sin duda, á Córdoba en sus días de esplendor maravilloso, y han contemplado también sus infortunios y su ruina; quizás se estremecieron al eco de las victorias de Abd-er-Rahmán III, de su hijo Al-Hakém y del poderoso Al-Manzor en las postrimerías del Califato; quién sabe si por el lado suyo discurrieron en vistosa cabalgata Sancho *el Craso* y su abuela doña Toda, la orgullosa reina de Navarra; si al pie de alguna de ellas lloró sus desengaños Ordoño IV, ni si en 1236 contemplaron atónitas la entrada de las huestes de Castilla mandadas por Fernando III *el Santo!*

Porque á pesar de las reformas llevadas á cabo, y exigidas por las necesidades de la vida moderna, aún en gran parte perduran aquellas calles, estrechas, torcidas, misteriosas, que se revuelven sobre sí mismas como reptiles, frescas y sombrías, perfumadas con el aroma que exhalan de uno y otro lado los patios de los edificios que las forman, y dormidas al eco rumoroso de los surtidores que vierten el agua cristalina en tazas de alabastro. Guardan aquellas calles, quietas y tranquilas, la memoria fiel de los tiempos que fueron; y sus casas, reverberantes de blancura al exterior, parece que, al tocarse con los aleros, tejen sobre la vía una bóveda protectora contra la inclemencia de las estaciones.

Si el proyecto de mi amigo llegaba á realizarse, ¡cuántas de estas cosas desaparecerían, y cuántos de estos recuerdos, más bien muchos de ellos soñados que basados sobre certidumbres, se evaporarían por completo! Podría entonces, acaso,

aunque es bien difícil, distinguirse desde las ventanillas de los coches del ferrocarril la *Puerta del Perdón* de la *Mezquita-Catedral;* podría sin pérdida de tiempo el viajero satisfacer su curiosidad visitando la *Aljama* con sólo seguir el grandioso *boulevard* proyectado; pero no le acompañarían de cierto aquellas fantasías que, como gnomos bullidores y parlantes, se despiertan hoy en el ánimo del propio viajero, le salen palpitantes al paso, y con él penetran bajo las paralelas naves del templo que simboliza el imperio de los Omeyyas en España!

Ganaría el comercio, ganarían los propietarios; pero perderían incuestionablemente la tradición y la leyenda, y acaso también el arte.

La llegada del Dr. Izquierdo Reyes y del laureado pintor Julio Romero, á quien acaba de dar notoriedad saliente su cuadro *Las vividoras del amor*, y con quienes había de hacer la expedición proyectada, puso término á mis reflexiones y á la exposición acalorada que de su proyecto mi viejo amigo hacía. Cambiados los saludos de ordenanza, montamos todos en el coche del doctor, y al galope de los caballos pasamos por delante de la *Plaza de Toros*, y, tomando el *Camino de San Jerónimo*, cruzamos diagonalmente la vía férrea, para seguir al NO., por terreno abierto, árido y ondulado, en dirección á *Córdoba la Vieja*.

¡A *Córdoba la Vieja!* A la ciudad fantástica, soñada en los libros que dan noticia de ella, y de cuya grandeza, preconizada y exaltada por los escritores arábigos, no conocía más que pequeños fragmentos arquitectónicos! Tuve siempre vehementísimos deseos de visitar aquellos lugares ennoblecidos por la magnificencia y por el fausto de que supo rodear su persona el tercero de los Abd-er-Rahmanes, á quien por haber favorecido más que á otro alguno de sus antecesores la fortuna, y por haber hecho grabar su nombre en las monedas, generalmente, aunque no con rigurosa exactitud, conceptúan los expositores de Historia como fundador del Califato. Pero jamás había podido conseguirlo.

Cuando en 1875, es decir, hacía treinta años, me fué confiada por el Gobierno la comisión de reconocer y estudiar en la Península las inscripciones arábigas,—después de recoger todas aquellas de que había noticia en Córdoba, ya en lápidas sepulcrales, ya en lápidas conmemorativas, lo mismo en capiteles que en basas, y sobre todo, las del exterior y el interior de la que fué *Mezquita-Aljama,* no olvidadas las de la yesería de los edificios mudejares,—quise llevar mis investigaciones á *Córdoba la Vieja*, como las llevé, aunque sin fruto, por desgracia, á otras localidades de la provincia.

Era en ella entonces gobernador persona tan culta como D. Enrique de Leguina, barón de la Vega de Hoz, quien ha ilustrado la historia de su patria, Santander, con muy excelentes trabajos biográficos. Púsome á la sazón con él en relaciones mi excelente amigo el director de la escuela de Bellas Artes, tan entendido como entusiasta por las cosas de Córdoba, D. Rafael Romero Barros, ya difunto, á cuyo celo son debidos, con otros muchos beneficios inolvidables dados por él á conocer en varios trabajos, el descubrimiento y conservación de una *Sinagoga*, edificio que fué motivo de muy doctas disquisiciones por parte del académico P. Fita.

Significué al Sr. Leguina mis deseos y mis esperanzas; y luego de exponer unos y otras, y de haber hablado largo y tendido de lo que yo sabía, y suponía fué aquella ciudad en los pasados tiempos,—cuando pudo el galante gobernador tomar la palabra, preguntóme sonriendo:

—¿Es usted torero?

—¿Yo...?—exclamé con sorpresa.—No, señor. ¿Por qué la pregunta?—interrogué á mi vez, riendo.

—Porque *Córdoba la Vieja* está en la dehesa del marqués de Guadalcázar, y en la dehesa del marqués, los toros bravos de Saltillo.

Creo me perdonarán mis medio paisanos los cordobeses mi absoluta ignorancia del arte de Romero y Pepe-Hillo, de Lagartijo y del Guerrita, y con ella, y desde luego á causa de

ella, mi escasa afición á la fiesta pomposamente de nacional tildada; y supongo también que, como consecuencia de lo dicho por el gobernador y de lo que añadió respecto de los peligros y contingencias subsiguientes á la presencia de la torada tan famosa del marqués del Saltillo en aquellos lugares, me perdonarán asimismo se resfriase algún tanto mi entusiasmo arqueológico, y desistiera por completo por entonces de la expedición soñada.

Pasó la oportunidad, pasaron los años, á Córdoba me llevaron después otros asuntos, y ocupado con ellos ya no pensé en intentar de nuevo la visita á sitios tales, hasta que en la ocasión á que especialmente me refiero amigos cariñosos y, en particular, el simpático Dr. Izquierdo, que es entusiasta por todo lo muslime, con asegurarme unos y otros no corría á su lado riesgo alguno, y tranquilizarme en parte,—de igual manera que el barón de la popular zarzuela de Frontaura *En las astas del toro*, bajo la salvaguardia de los profesionales se resolvía á salir á la plaza, así me determiné yo á realizar por fin aquel mi deseo al cabo de tantos años.

Por mediación de Julio Romero, hijo del antiguo director de la Escuela de Bellas Artes, ya citado, y aventajado discípulo suyo, premiado en varias Exposiciones nacionales, tuve pocos días antes la satisfacción de conocer en su domicilio al Dr. Izquierdo. Es hombre joven, muy acreditado en la ciencia médica, de reputación bien cimentada y de escogida clientela; y tan apasionado, en su tipo africano, de las cosas arábigas, como para haber invertido algunas cantidades en labrar por semejante estilo, dentro de su hermosa y antigua casa señorial de la calle del Císter, un lindo despacho para consultas.

En aquella estancia, pavimentada de blanco mármol, cuyos muros, sobre policromado zócalo de azulejos, están cubiertos de vistosa yesería, reproducción de la del palacio de la Alhambra; cuya ventana se ha convertido en poético aximéz marmóreo de arquillos angrelados, mientras el techo es copia del que tuvieron las naves de la *Mezquita-Aljama* cordobesa, y en

el *arrabaâ* de la guarnición de yesería de la pequeña puerta de ingreso se declara en signos nesji, un tanto deformes, el nombre del doctor y la fecha en que fué la obra terminada; en aquella estancia, repito, donde aún no había instalado el mueblaje que á propósito tenía mandado construir, y donde desentonaban las sillas de rejilla y de madera curvada,—recibióme afectuoso el doctor; charlamos de arqueología y de historia hispano-musulmana, en la que se mostró por extremo versado, y luego de haber tomado á la usanza del país unas copitas de Jerez —para cimentar así nuestra amistad y nuestras simpatías,—como por acaso hablase yo de *Córdoba la Vieja*, quedó acordada la expedición, llevando al doctor por guía, pues ya la había él hecho y repetido varias veces, era conocedor de aquellos sitios, y amigo además de los sobrinos de *Lagartijo*, á quienes pertenecia la dehesa, donde cría el marqués de los Castellones las reses, en su mayor parte al circo destinadas.

En mi impaciencia, antojábaseme largo el trayecto. Los caballos corrían bajo un sol ardoroso, que caldeaba el interior del carruaje, y la conversación no podía versar sino acerca del objeto que nos había reunido. Recordábamos las vicisitudes dolorosas de aquella fantástica creación de Abd-er-Rahmán III, que llevó el nombre mágico y sin duda merecido de *Medina Az-Zahrá*, y cuya memoria, como la de una quimera, se desvanece totalmente después de la Reconquista cristiana. Porque, como decía el insigne D. Pedro de Madrazo, «de *Córdoba la Vieja* se hace mención en algunos documentos de la Edad Media; ¡de *Medina Az Zahrá*, nunca!» Con el apelativo que les ha conservado el vulgo, adjudicábase San Fernando en el repartimiento de Córdoba aquellos lugares, y Gómez Bravo, en su *Catálogo de los Obispos de Córdoba*, cita una donación hecha por el propio monarca á 20 de Febrero del año 1241, referente á una propiedad que estaba *contra Cordubam la Vieja* (1).

(1) Tomo I, pág. 4, cit. por Madrazo.

Estos dos documentos acreditan cómo ya entre los musulmanes mismos—pues sabido es fueron muchos los que en la población permanecieron cual *mudejares*—se había borrado el nombre propio de la ciudad del grande *An-Nássir*, y justifican por modo cierto el olvido ó el desconocimiento que de él tuvieron los cristianos reconquistadores. De la suerte que al asolado campo hubo de corresponder mientras permaneció figurando en el patrimonio de los sucesores de Fernando III, nada se sabe. Nadie habla de él, y se ignora en qué tiempos y por cuáles causas pasó á ser propiedad del Municipio cordobés; quizás en los días de Sancho IV, y para premio acaso de servicios prestados en la execrable lucha entablada por aquél contra su padre don Alfonso *el Sabio;* por aventura en los del bastardo Enrique de Trastamara, y en pago de cuanto hicieron á la sazón los cordobeses contra su rey legítimo, el calumniado Pedro de Castilla.

Lo cierto es que cuando, á los comienzos del siglo xv, el venerable P. Fr. Vasco, de la Orden de San Jerónimo, excitaba en Córdoba los sentimientos piadosos de los potentados con objeto de fundar en la Sierra un convento,—mientras la viuda del Alcaide de los Donceles, don Diego Fernández de Córdoba, le cedía una huerta de su pertenencia, contigua á *Córdoba la Vieja*, la ciudad le hacía para el mismo fin graciosa donación en 1408 de las *ruinas del Castillo de Córdoba la Vieja*. Por esta donación viénese en conocimiento de que todavía entonces quedaban en pie restos de las construcciones con las cuales se había engrandecido y honrado *Medina Az-Zahrá*, y de que aquellos restos estaban reputados, ó lo eran realmente, de la fortaleza que defendió un día la espléndida fundación del gran Califa.

Con la galanura propia de su atildado estilo, Madrazo refiere cómo «el arruinado castillo viene entonces al suelo; los sillares de sus muros son acarreados al cerro inmediato, donde los padres jerónimos edifican su convento; los tableros esculpidos, de barro y piedra, que los revestían, caen despedaza-

dos entre la hierba, donde permanecerán—dice—acompañando al sueño secular de las otras ruinas anteriores, ya sepultadas en aquel *campo de soledad*», que iba á nuestra vista descubriéndose conforme el carruaje adelantaba.

—Algo fantástico me parece eso, con perdón del Sr. Madrazo—dijo el doctor, interrumpiendo estas remembranzas.—Porque, á la verdad, amigo mío—añadió,—yo no he visto ni recuerdo castillo ó construcción militar, llámese como se quiera, cuyos muros estuviesen revestidos al exterior de tableros esculpidos en piedra, y puedo asegurar á usted que tampoco he hallado resto ni vestigio de tableros de barro esculpido ó sin esculpir, ni sé de nadie, por quien hayan sido visitadas las ruinas que va usted á ver, que haya encontrado nada de tales cosas.

—No hay que tomar al pie de la letra lo que dice el respetable Sr. Madrazo—contesté.—Ya comprenderá usted que á mí no se me oculta lo inverosímil de que la construcción llamada *castillo* estuviese exterior ni interiormente decorada de placas de piedra, mármol y mucho menos barro labrado. Es de creer—proseguí—que si eran aquellas ruinas las de una fortaleza estuviese construída ésta de hormigón apisonado, por el sistema de *tapiería*, como construyeron por punto general todas ellas los musulmanes, y como están construídos los muros y los torreones de la cerca que de aquellos tiempos aún en pie subsiste en Niebla todavía, así como muchos, si no todos los torreones de la fortaleza de la Alhambra.

Pero déjeme usted proseguir recordando lo que aquel ilustre escritor consigna, pues son, las que él da, las únicas noticias que hay, ó que yo sé á lo menos, de la historia de estas ruinas venerables. «De los despojos aparentes—continúa el señor Madrazo—apenas queda alguno útil que los buenos frailes no se lleven á su monasterio: cargan con cuantos capiteles y fustes de mármol yacen sobre aquella vasta sepultura de grandezas; llévanse cuanta piedra les parece acomodada á la construcción de su templo, de su claustro, de su capítulo, ... llévanse, por fin, hasta un cervatillo y una cierva de bronce hueco

hallados entre los escombros», figuras «que quizás en otro tiempo habían deleitado en alguna fuente del palacio de *Az-Zahrá* los ojos de su mimosa dueña, y acomodan» la del cervatillo «á un pilón del claustro del santo Cenobio».

—En el *Museo Provincial* está—dijo Julio Romero.

—Ya lo sé—repliqué yo,—y lo expresa también el Sr. Madrazo. De esta figura mandé hacer en 1875 una reproducción para el *Museo Arqueológico Nacional*, la cual por accidente fortuito se destruyó con harto sentimiento mío. No hay, pues, para qué hablar del cervatillo, que es de todos nosotros conocido y que, adornado de pequeñas flores incisas por todo el cuerpo, sirvió de surtidor en alguna fuente, aunque no quizás del palacio. De la cierva se sabe fué llevada al *Monasterio de Nuestra Señora de Guadalupe*; pero se ignora si subsiste.

Estimaron los religiosos de San Jerónimo, de conformidad con el sentir del vulgo,—y quién sabe si ellos fueron los inventores de la especie,—eran las de *Córdoba la Vieja* reliquias anteriores á la época de la dominación islamita; y «deshecho el castillo, no quedó al parecer piedra sobre piedra en aquella vasta, ondulosa y verde planicie, ya convertida en dehesa». «Obcecado con el error vulgar», ó más bien, obsesionado por los prejuicios propios de la era del Renacimiento, que llegaron á negar todo arte á los muslimes,—aquel docto cordobés, cronista de la majestad de Felipe II, Ambrosio de Morales, en fin, «que vivió algunos años en el *Monasterio de San Jerónimo de la Sierra*», y cuya ciencia es incontrovertible, puso grande empeño en sus *Antigüedades* para «persuadir que *Córdoba la Vieja* era la *Colonia Patricia* fundada por Marcelo».

«Otro anticuario más perspicaz en estas materias», el licenciado D. Pedro Díaz de Rivas, en el discurso preliminar de sus *Antigüedades de Córdoba* «trató de corregir la falsa opinión, y éste convenció á otros», tales como el P. Roa y Gómez Bravo en el siglo XVII, «de que aquellos despojos pertenecían á alguna suntuosa fábrica de sarracenos», si bien nadie acertó con el nombre que tuvo, hasta que D. José Antonio Conde

situándola erróneamente lejos de su verdadero emplazamiento, habló de *Medina-Az-Zahrá* en la *Historia de la dominación de los árabes en España,* cuya autoridad ha disminuído tanto, después de los trabajos de Dozy principalmente.

La visita hecha por D. Pedro de Madrazo mediando el siglo XIX á las ruinas de la que aún sigue siendo apellidada *Córdoba la Vieja*, llamada estaba á producir muy beneficiosos resultados; pues lleno de entusiasmo aquel ilustre arqueólogo, por quien era localizada la situación de *Medina-Az-Zahrá*, y por quien fueron dados á conocer primeramente los fragmentos que él mismo recogió del suelo (1), excitó al Gobierno en Diciembre de 1853 para «que hiciese una exploración arqueológica en la dehesa, reservándose el emprender excavaciones en regla si aquel previo reconocimiento prometía algún resultado útil á la historia del arte». Él mismo contaba en 1855 cómo fué acogida su moción por el ministro de Fomento, D. Agustín Esteban Collantes; cómo fué nombrada en Córdoba una Comisión especial, formada por los Sres. D. Ramón Aguilar Fernández de Córdoba, el peritísimo D. Francisco de Borja Pavón, poco tiempo ha fallecido, y D. José Saló, y cuya dirección tuvieron á su cargo el propio Sr. Madrazo y el sabio orientalista D. Pascual de Gayangos; cómo hasta mediados de Mayo de 1854 no pudieron tener los trabajos principio, y cómo las condiciones impuestas por el marqués de Guadalcázar, dueño á la sazón de la dehesa, hicieron todo inútil por desgracia.

—Pues ya no es del marqués—dijo Villalba.—La adquirió *Lagartijo* para su ganadería de reses bravas, y hoy es de sus sobrinos.

—Acaso ahora pueda intentarse algo de lo que pretendía el Sr. Madrazo—observé yo.

---

(1) Véase el tomo de *Córdoba*, en los *Recuerdos y bellezas de España*, de Parcerisa (Madrid, 1855), y en él la excelente lámina de la pág. 423. Dicho tomo, con algunas modificaciones, fué reproducido en la obra *España*, publicada en Barcelona por la casa Cortezo y Compañía (1884).

—Lo creo difícil—expresó el doctor Izquierdo, añadiendo:—Lo que sí debía hacerse era constituir una sociedad por acciones entre todos los amantes de las antigüedades; y ya que el Estado no lo hace, adquirir la dehesa, emprender grandes trabajos de investigación, y sacar á luz cuanto haya quedado, pues hace mucho tiempo que son explotadas las ruinas. Ahí tiene usted—prosiguió—esa cerca de mampuesto que fué labrada en el siglo XVIII para la yeguada que aquí se criaba.

—Hace rato—interrumpí—que me viene llamando la atención, con efecto.

—Pues está construída con restos de *Medina Az-Zahrá*, y Dios sabe lo que habrá ahí oculto.

Llegaba en esto el carruaje á un gran portalón hecho en la cerca, y delante del cual se detuvo. Bajó el cochero y golpeó en balde, penetrando poco después por un pequeño hueco practicado en el muro, para volver en breve, y decir que la puerta estaba cerrada y no podía seguir el carruaje.

Expresó el doctor su contrariedad por ello; apeámonos todos, é introduciéndonos como nos fué posible y uno á uno por aquella especie de burladero, pasamos al otro lado. Delante de nosotros, en una grande extensión, seguían dilatándose aquellos *campos de soledad*, ondulados y verdegueantes, y allá en el fondo, como el telón de un escenario, se alzaba bravía la Sierra, distinguiéndose apenas en uno de sus repliegues un edificio, que era, que había sido, el *Convento de Jerónimos*, fundado por Fr. Vasco en 1408. A lo lejos, en la vereda que seguíamos bajo los rayos de un sol canicular, aunque estábamos en Octubre, divisamos un grupo femenino que avanzaba, y en el cual se marcaba sombríamente la negrura de un traje de luto.

—Aquélla es la sobrina de *Lagartijo*—advirtió Villalba; y cuando nos afrontamos con el grupo, pude ver una muchacha joven, graciosa y bella, mientras con ella hablaban mis amigos. No era posible que el carruaje llegase á la casa, porque la llave se la habían llevado á Córdoba y tardaría en volver el

criado; y luego de saludar cortésmente á la enlutada y la compañía, proseguimos la marcha, que resultó fatigosa, hasta que por fin arribamos á la casa.

Nada de particular tenía en su exterior ésta. Blanqueada con cal, reverberaba á los rayos del sol, y á la sombra del edificio nos detuvimos: bebimos un poco de agua fresca y cristalina, y echamos á andar de nuevo, saliendo al campo.

Las tapias de la cerca proseguían en línea recta con dirección á la Sierra, y á lo largo de las mismas, uno á uno, y en fila, nos fuimos deslizando.

—No te apartes de ellas—me advirtió Villalba.—Aquel grupo que ves allí—añadió señalando á nuestra izquierda—es de reses bravas. Cada mosquito de esos—agregó festivamente—tiene dos aguijones con los cuales nos haría polvo.

Y así, uno en pos de otro, pasamos por delante del grupo que formaban los toros, echados unos, en pie los más, y todos ellos volviendo con curiosidad el testuz para vernos, como extrañados de nuestra presencia. Ninguno hizo ademán ni movimiento sospechoso; y por ello, aun cuando yo, como he dicho, no tengo sangre torera ni mucho menos, conseguí tranquilizarme. En corroboración de lo que el doctor me había advertido, fuí encontrando en el mampuesto de la cerca multitud de fragmentos arquitectónicos de diversas dimensiones, en mármol y en piedra franca, labrados deliciosamente todos ellos, y que pregonaban la suntuosidad y la riqueza desplegadas por la galantería de Abd-er-Rahman III en la construcción de los edificios fastuosos que la ciudad ennoblecieron y engalanaron.

Si ha de ser creído cuanto refieren con notorio entusiasmo los escritores musulmanes, enteramente novelesca fué la fundación de aquella ciudad famosa y enterrada. Surgió á la vida por fantasía de una mujer, la hermosa *Az-Zahrá, la floreciente*, pues esto significa el nombre de la voluptuosa favorita del Califa, y cuentan que, habiendo recibido *An-Nássir* á la muerte de una de sus mujeres cuantiosas riquezas en herencia—como hubiese resuelto destinarlas piadosamente al rescate de los

cautivos que gimieran á la sazón en tierra de cristianos—por industria de Az-Zahrá, quien ganó al efecto la voluntad de los emisarios, aseguraron éstos al Califa no existir cautivo alguno en las comarcas de los infieles. Vacilaba no obstante Abd-er-Rahman respecto del destino que daría á aquellos dineros, cuando cierto día, hallándose enamorado á los pies de la favorita, ella le dijo con voz llena de promesas y de halagos:

—Quisiera que con esas riquezas edificases para mí una ciudad, á la cual dieras mi nombre, y que fuese exclusivamente mía.

Bastó la enunciación de aquel capricho de su amada, para que el Califa se apresurase á realizarlo; y elegido el sitio donde debía ser la nueva población emplazada, fué edificada, con efecto, como espléndido nidal de amores, en la vertiente meridional del collado que tenía el poético nombre de *Chebel-al-âros*, el *Monte de la Novia,* al N. de Córdoba, distante de esta ciudad tres millas (1). Con magnificencia no excedida nunca por nadie, no sólo empleó *An-Nássir* en la obra las cuantiosas sumas heredadas, sino además la tercera parte de las rentas y tributos califales, y envió órdenes como complemento á los gualíes de las provincias, y mensajes especiales á los soberanos de otros Estados amigos, para que le remitiesen cuanto de más precioso pudiera contribuir á la grandeza de la construcción que ideaba.

Tarragona y Almería proporcionaron mármoles y pórfidos exquisitos y de variedad de matices; Málaga, Sfax y Túnez hermosos jaspes salpicados de negro y blanco, rosados y verdes; la Siria, Italia y Grecia contribuyeron con presentes de valía; de los puertos y marinas de Túnez y Mehdía, llegaban las embarcaciones trayendo magníficas columnas de mármol y de jaspes, extraídas de las ruinas de la que fué iglesia cris-

(1) Sidi Mohi-ed-din Al-Arabí, cit. por Al-Maccari, pág. 344 del t. I de sus *Analectas*. Xerif Al-Edrisí (pág. 212 del texto arábigo) dice distaba de Córdoba cinco millas; Ebn-Jallicán señala cuatro y un tercio; Conde sigue al Edrisí.

tiana de Sfax, y de la antigua Cartago (1); de Roma hacían iguales donativos, y León, emperador de Constantinopla, enviaba entre otros presentes «una perla (*yatima*) de inestimable valor, una fuente ó pila de pórfido, alhaja preciosísima por el primor de sus labores..., ciento cuarenta columnas de mármol de diversos tamaños, y gran cantidad» de mosaico esmaltado *(foseifesa)* para decorar los muros y las cúpulas de los aposentos. Hizo venir á todo coste arquitectos de Bagdad, de Damasco, de Grecia y de otras regiones, quienes con el que trajo la *foseifesa* de Constantinopla, y con los cordobeses, lograron realizar en la construcción de aquella ciudad tan celebrada, verdaderos prodigios y maravillas (2).

Tuvo comienzo la obra el primer día de la luna de Moharrám del año 325 de la H. (19 de Noviembre de 936 de J. C.); «trabajaban en ella diariamente hasta diez mil hombres entre siervos y operarios de diferentes artes y oficios...; para acarrear las cargas se empleaban cerca de tres mil acémilas, contándose en este número cuatrocientos camellos pertenecientes á las caballerizas» califales; «gastábanse cada día en la fábrica seis mil piedras cortadas y labradas, aparte de las toscas que se emplearon en los cimientos y mampostería; cada tres días venían á la obra mil y cuatrocientas cargas de yeso y cal viva, aunque otros dicen que diez mil»; y de esta suerte los trabajos adelantaron por modo portentoso, hasta el punto de que en breve tiempo quedaron terminados el alcázar y los edi-

(1) Los escritores arábigos hacen constar que el número de columnas venidas de Africa fué el de mil y trece, y que «las trajeron los alârifes Abd-ul-Láh-Ibn-Yunos, Hasán Ibn-Mohámmad el cordobés, y Alí-ben-Châfar, de Alejandría.

(2) Son los escritores arábigos quienes refieren la intervención de arquitectos orientales en la construcción de *Medina Az-Zahrá;* pero no es dable ni afirmarlo ni negarlo en absoluto, aunque los restos de piedras y mármoles labrados que he tenido ocasión de examinar no presentan en sus labores ni en su ejecución diferencias fundamentales respecto de los exornos que decoran por ejemplo la ampliación al-haquemí en la Aljama, ni de los de basas y capiteles del estilo cordobés característico.

ficios destinados para que Az-Zahrá hiciese en ellos su morada, descollando sobre la puerta «que daba entrada á aquel mágico recinto» la imagen de la favorita esculpida en mármol (1).

En el ala oriental del alcázar cautivaban por su riqueza y esplendor los aposentos reservados para la vida íntima del Califa y de su amada. Dábanles nombre de *mechles al-munis,* y entre ellos el *beit-al-menán*, ó *cámara del sueño,* con su elevada cúpula de dorado mosaico, semejante sin duda á la del *Mihrab* en la *Mezquita Aljama*, y sus dos pabellones para Abd-er-Rahman y la afortunada favorita, era por extremo celebrado. Ocupaba el centro de la estancia—toda ella como la *cobba* ó cúpula, revestida de mosaico en combinación vistosa — hermosa fuente, cuya taza estaba trabajada en una pieza de jaspe verde, y tenía forma de concha, destacando en ella, sobre fondo dorado é incrustaciones de menudo aljófar, multitud de labores en relieve. Era esta fuente regalo del emperador de Constantinopla, y en torno de ella se levantaban doce figuras de animales, de cobre dorado (oro rojo, dicen los autores), con incrustaciones de brillantes pastas vitrificadas, las cuales producían el efecto de riquísima pedrería, y que arrojaban un caño de agua cristalina por las fauces sobre otra pila inferior, también de jaspe, colocada en el pavimento. Representaban dichas figuras en un frente un león, una gacela y un cocodrilo; en el opuesto, un dragón, un águila y un elefante, y en los costados, una paloma, un milano, un pavo real, una gallina, un gallo y un buitre.

Compartía con aquellas estancias maravillosas la admiración de las gentes la *Cobba-al-jassussía* (2) ó *Cobba-al-bahú*, por otro nombre (3); estaba formada de dos cuerpos sobre espaciosa azotea ó terraza, de que es difícil hacer idea, y acompañada de otros dos pabellones á Oriente y Occidente, descollaba erguida, con sus tejas de reflejos de oro y plata, entre los

(1) Sidi Mohi-ed Din (Almaccari, loc. cit.).
(2) Pabellón abovedado de uso particular del Califa.
(3) Pabellón precioso ó brillante.

macizos del jardín principal ó *ráudha*, que, según algunos, se extendía por la planicie por donde, á hurto de las reses bravías, caminábamos lo de prisa que podíamos. Mármoles exquisitos de diversos matices, peregrinamente labrados, revestían los muros del cuerpo inferior en el pabellón referido; era de brillante *foseifesa* la cúpula; había en el centro una fuente de jaspe con un cisne de metal dorado en medio, que arrojaba el agua á grande altura, y allí estaba colocado en aquel aposento el *serir-al-malik*, el trono real, de incomparable riqueza, siendo lugar éste donde se verificaban las solemnes recepciones califales.

Más suntuoso aún era el aposento del cuerpo superior: de planta cuadrada, tenía la cúpula de mármol bruñido y anacarado, tan brillante, que deslumbraba á los reflejos de la luz; de lo alto pendía la hermosa perla de tamaño fabuloso que había enviado como presente el emperador de Constantinopla; los arcos, que volteaban sobre columnas de jaspes de colores y de cristal de roca (?), estaban trabajados en marfil y ébano, taraceados con oro y aljófares, y en el comedio de la estancia era de ver una taza de fuente, grande y de jaspe, rebosando azogue, el cual fluía y refluía artificiosamente y en constante movimiento; de manera que, herida por el sol aquella masa de líquido metal, sus reverberaciones y sus reflejos sobre el nácar bruñido de la techumbre, sobre los pulimentados mármoles, los jaspes y los vidrios, ofuscaban la vista y desvanecían, hasta el punto de no poder resistirlos (1).

Rivalizando con la de Córdoba, había también mandado construir Abd-er-Rahman una *Aljama*, que medía noventa y siete codos de longitud de N. á S., sin contar el espacio que el *Mihráb* ocupaba, y cincuenta y nueve de Levante á Poniente, dimensiones repartidas entre las cinco naves del templo y el patio, el cual estaba enlosado de mármol rojo, con un *al-midhá* ó pila de alabastro para las abluciones en el centro, siendo no-

(1) Cuentan que Abd-er-Rahman III solía hacer uso de este aposento siempre que quería sorprender ó aterrar á alguno.

tables el *al-minar,* cuadrado y de cuarenta codos de altura, y el *minbar* ó púlpito, que era de extremada riqueza. El casco de la población, tendida en anfiteatro á la falda del *Monte de la Novia,* se componía de cuatrocientas casas, donde habitaban los ministros, los dignatarios de la corte y el personal de servicio, recordándose que, con los del alcázar, había en la población no menos de trescientos baños.

Con todas estas y otras muchas singularidades prodigiosas que refieren las historias muslimes, pero á las cuales no se puede en rigor dar entero crédito, qué impresión produciría en los rudos navarros y en los ásperos leoneses que acompañaban á Sancho *el Craso* y á su abuela doña Toda en 958, el espectáculo soberbio de aquella ciudad maravillosa, y principalmente de aquel alcázar sin igual que proclamaba la grandeza, la magnificencia y el poderío de Abd-er-Rahman III! ¡Cómo se comprende el aturdimiento servil de Ordoño IV, pocos años después, al ser, en audiencia solemne, recibido en la *Cobba al-bahú* por Al-Hakém II!

Duraron, por desgracia, muy poco el brillo y las delicias de la residencia real por *An-Nássir* fundada y preferida. Cuando á la muerte de Al-Manzor se desatan impetuosos los vientos de la discordia sobre el Califato cordobés, las gentes que seguían á aquel príncipe Mohámmad, que toma el sobrenombre regio de *Al-Mahdí-bil-Láh, ó el guiado por Alláh,* luego de apoderarse de Córdoba en Febrero del año 1009, cayeron ciegas de encono sobre *Medina Az-Zahrá,* despojaron sus alcázares de cuanto pudieron, y asolaron y destruyeron sañosas cuanto les fué allí dable (1). Por si esto no fuere aún suficiente, triunfante Suleimán con los bereberes y el auxilio del conde don Sancho de Castilla,—cuando, ayudado por los catalanes el desposeído Mohámmad *Al-Mahdí,* vence por aventura á su rival en la famosa jornada de *Acaba al-bacar,* ó *cuesta de las vacas,* á diez millas de Córdoba, en Junio de 1010,—como los berebe-

(1) Ibn-Raquiq, cit. por Al-Maccari, pág. 379 del t. I de sus *Analectas.*

res se hubiesen retirado á *Medina Az-Zahrá*, de donde aquella misma noche se ausentaron no juzgándose seguros, «el pueblo y gente de armas de Córdoba, que profesaban grande odio á los berberiscos, juntándose en tropel, marcharon contra *Medina Az-Zahrá* en persecución de Suleimán, y aunque no llegaron á tiempo de alcanzar á este caudillo, se vengaron con dar muerte á algunos que hallaron rezagados de su gente, y entregar al despojo ó á la ruina cuanto en los alcázares subsistía aún de *Az-Zahrá*». «Así fué como quedó destruída aquella famosa fábrica, prodigiosa morada de placer y maravilla del arte, á los setenta años ó poco más de haber sido fundada» (936-1010).

Volvió, sin embargo, aunque por breve tiempo, á la vida, bien que sin recuperar, ni mucho menos, por completo el esplendor perdido. Fué esto catorce años después, bajo el gobierno de Mohámmad III *Al-Mostacfí-bil-Láh* (1024 á 1025). Restaurados en parte el alcázar y los jardines, allí habitó entregado á la música y á la poesía aquel vástago de los Omeyyas, y allí fué donde vivió gozando de todos los placeres su hija la princesa Guallada, tan célebre por sus poesías como por su hermosura, por sus desenfrenos y por sus escandalosos amores con el famoso guazir Ebn-Zeidún, cultivador insigne asimismo de la poesía. Aunque no ha faltado quien afirme que «la acrisolada castidad de esta poetisa corrió parejas con su talento», testigos fueron de la liviandad de la princesa aquellos mismos jardines, y «buena prueba de su bizarra despreocupación proporciona» uno de sus versos «que ostentaba á la vista de todo el mundo, bordado con hilo de oro en las franjas de su túnica», y que traducido dice:

«Por Dios, que como yo no hay maravilla:
Sigo mi ruta, y mi altivez confieso;
Pero al que me ama entrego mi mejilla,
Y no me niego al que me implora un beso» (1).

(1) D. Luis Gonzalvo: *La mujer musulmana*, conferencia pronunciada el 4 de Abril de 1904 en los Luises, págs. 21 y 22.

En una de sus poesías á su amada, encomiaba Ebn-Zeidún aquellos lugares, para él de delicias, comparándolos al Paraíso, los tersos y brillantes mármoles del alcázar, «que reflejaban vistosamente las rojas luces del sol poniente, y las palomas azules que acudían en bandadas» á las frondosas arboledas. También, en los días del famoso Al-Môtamid de Sevilla, celebraba las ruinas de *Medina Az-Zahrá* el guazir Abú-l-Hosein-ben-Sirách, concluyendo con decir que «en vez de los cantos de regocijo y los acentos del amor, ya no se escuchaba allí otro eco que el del graznido de los cuervos ó cornejas, posados sobre los ruinosos muros», y que «ya sus cobbas y pabellones se miraban desolados..., y de toda aquella grandeza y poderío sólo quedaban piedras derruídas y la nada».

Otros poetas, «ante el lastimoso espectáculo de aquellas tempranas ruinas, hallaron inspiración para muchas y sentidas elegías». Decía uno de ellos, cuyo nombre es desconocido: «Aun conservan su esplendor y hermosura aquellos aposentos, morada del placer; mas ya no hay quien los habite, y yacen tristes y solitarios. — Las aves vuelan en derredor, gimiendo por su infortunio, y ora enmudecen, y ora vuelven á repetir sus voces lastimeras.—Y pregunté á una de aquellas aves cantoras, que en la tristeza de su acento y en su aire de terror indicaba la pena de su corazón.—Y le dije:—¿Por qué te quejas y suspiras, oh ave? Y ella me respondió:— ¡Por el tiempo que pasó y no ha de volver jamás!»

«Me detuve en *Az-Zahrá* para meditar y tomar ejemplo (de las vanidades humanas) — escribía Abú-l-Cásim As-Somaisir, poeta de la corte de Al-Motassim de Almería (1041 á 1091);— y entregado á tales consideraciones, lloré á los que perecieron.— Y dije: ¡Oh *Medina Az Zahrá!* ¡Reanímate y torna á tu vida y esplendor! Y ella me respondió: — ¿Cómo ha de volver el que ya es muerto?»

El famoso Abú-l-Hazm, en otra poesía, delante de una casa abandonada preguntaba á ésta por sus moradores; y la casa replicaba: — «Aquí se detuvieron breve tiempo; pero

después marcharon, y no sé adónde». Abú-Nassr Al-Fath, escribía: «Ya en sus desiertos alcázares no se escucha otro acento que el graznido de siniestras aves, y el lúgubre silbido de los genios; y ya, despojados de sus brillantes adornos, sólo el buho viene á visitarlos cuando anochece. Allí, donde reinaron en otro tiempo la majestad y la fortuna, hoy se miran igualmente confundidos el héroe y el cobarde, el poderoso y el miserable.»

Cuéntase también, aunque desconozco los fundamentos de la anécdota — y dudo mucho de ellos, si los tuvo, — que «en una entrada que hizo» Alfonso VI por tierra de Andalucía, llegó hasta las inmediaciones de Córdoba, poniendo «sus tiendas cerca del mismo alcázar de *Az-Zahrá*», y que, prendado de la belleza del sitio, envió un mensajero al rey Al-Môtamid de Sevilla, quien á la sazón mandaba en Córdoba, y era su aliado, pidiéndole, amén de otras cosas, «le diese á *Medina Az-Zahrá* para residencia y sitio de recreo de su esposa la reina doña Constanza»; dicen que al escuchar el de Sevilla las peticiones del castellano, «se indignó tanto, que mandó matar al judío portador del mensaje, y rompió su alianza» con el poderoso Alfonso VI.

Todas estas noticias de *Medina Az-Zahrá* habíalas ido yo recordando y exponiendo á mis compañeros de expedición, mientras continuaba nuestro fatigoso desfile en dirección á las ruinas, tomando dichas noticias de una leyenda histórica escrita el año 1860 con el título de *Medina Az-Zahrá* por mi antiguo maestro de lengua arábiga el erudito D. Francisco Javier Simonet, ya difunto, quien por su parte las había copiado de los autores arábigos citados por el compilador Al-Maccari, y de Aben-Adharí de Marruecos en su *Bayán-ul-Mogreb*, publicado por Dozy.

Tiempo hubo para todo en la caminata—que parecía no tener término, bajo los rayos del sol ardiente del mediodía— y para que como conclusión hiciera notar á mis amigos que, al mediar del siglo XII, el ilustre geógrafo Xerif-Al-Edrisí—á

quien llamaron *el Nubiense* por error de Conde, y dió por terminada su interesante obra en 1154,—después de decir que de Córdoba á *Medina Az-Zahrá* había cinco millas, escribía: «Y ella (*Medina Az-Zahrá*) subsiste aún, con sus murallas y las ruinas de sus alcázares, habitada por escaso número de individuos y de familias. Era una población grande, construída en escalones, ciudad sobre ciudad, de suerte que el piso de la parte más elevada de ella caía sobre los tejados de la parte media, y el de ésta sobre los de la inferior, y todas estaban cercadas de murallas. En el barrio superior estaban los alcázares, cuya belleza fué tal que era imposible describirla; en el del medio se extendían los jardines y verjeles, y en el inferior el caserío y la *Aljama*». «Al presente—concluye—se halla en ruinas y próxima á desaparecer» (1).

Era ya aquél, el momento en el cual llegábamos á una pequeña eminencia de no fácil subida, y cubierta de vegetación salvaje. Por allí, acomodándose al movimiento del terreno, se encaramaba la tapia, y por allí trepamos también, encontrándonos en una especie de meseta, donde crecían carrascos y otros árboles libremente y en desorden, y donde, en torno de una excavación, vi entre las hierbas secas y marchitas los primeros fragmentos, cubiertos de verdín, maltratados y de no grandes dimensiones, pero llenos de hermosos y típicos relieves. Habría querido cargar con todos ellos, ahondar con las manos, á falta de otro instrumento, en la desigual prominencia, que me parecía artificial y formada por el hacinamiento de los escombros de aquellas construcciones portentosas en que empleó sus tesoros Abd-er-Rahman III, y agotaron su ingenio los artistas cordobeses, pues cordobesas eran las labores de todos aquellos pedazos de mármol y piedra franca revueltos y perdidos en medio de la vegetación agostada.

Mas siguiendo mis compañeros las indicaciones de un guar-

(1) *Description de l'Afrique et de l'Espagne*, pág. 212 del texto arábigo, 263 de la trad. de Dozy y de Goeje.

da, á quien en aquel paraje encontramos, habían saltado la tapia ó cerca por la derecha, y tras de ellos hube de marchar forzosamente. Así recorrimos, sin apartar la vista del suelo, un espacio de terreno, movido, accidentado, artificial todo él, á mi juicio, y que á cada paso presentaba restos informes y dolorosamente mutilados de mármoles de peregrina labor, los cuales por todas partes y con profusión pasmosa aparecían. Por grande, pensaba yo, que hubieran sido el odio y la barbarie de aquellas gentes que en 1009 y 1010 de nuestra Era osaban profanar sañudas los alcázares fantásticos de *Medina Az-Zahrá* saqueándolos y destruyéndolos, no pueden ellas haber causado el estrago y la desolación que este espectáculo tristísimo pregona. Dable fué en 1024 ó 1025 á *Al-Mostacfi-bil-Láh* reparar en parte de aquellos edificios los daños en ellos producidos, y restaurar las *cobbas* prodigiosas que habían admirado Sancho *el Craso* y su rival Ordoño; allí hizo morada aquel desvanecido Califa restaurador, y aquellas estancias mágicas fueron testigo de las pasiones desenfrenadas y vituperables de Guallada, así como también escucharon los versos deliciosos de esta insigne poetisa. Todavía en la época de Al-Môtamid quedaban en pie algunos aposentos; aún en el siglo XII habitaban en la ciudad algunas gentes... No fueron, pues, los musulmanes quienes hicieron aquello; no fueron ellos quienes, como si de propósito se lo hubieran propuesto, habían reducido á menudos fragmentos las placas decorativas de preciados mármoles que revestían lujosamente al interior, los alcázares celebrados y famosos de *Medina-Az-Zahrá*, de la *ciudad floreciente*, pero de tan breve vida...

Restos de un muro de fuertes sillares, que formaban el ángulo de una construcción de planta al parecer rectangular, mostrónos el guarda en una hondonada húmeda, mientras yo, con afán insaciable, removía en silencio aquellos venerables escombros que me infundían invencible respeto, y apartaba y recogía cuidadosamente cuantos fragmentos podía: los que hallé más extraños, y se apartaban en algún modo de los ti-

pos conocidos. Tenía verdadero empeño en ver si tropezaba con algún residuo de los *barros* cocidos y labrados de que el Sr. Madrazo hablaba, y mencionaba también Rafael Contreras diciendo eran «de diversos colores»; algo de «los delicados paramentos de estuco, de los que suelen encontrarse todavía gruesos pedazos removiendo la tierra», como escribe este último autor (1); pero no me fué la fortuna propicia, y nada vieron mis ojos ni de barro, ni de estuco, por ninguna parte.

Al fin, el cansancio, ayudado del calor, que apretaba de veras, obligónos á detenernos un momento, para echar un cigarro y cambiar impresiones, pues no habíamos pronunciado casi palabra desde que empezó á asombrar nuestra vista y nuestro espíritu el espectáculo de desolación, presente á nuestras miradas. Procuraba el doctor hacerme bondadosamente comprender, tal como él se la imaginaba, la disposición primitiva de la ciudad, asegurando que aquellos restos de construcción advertidos, y de grandes y sólidos sillares formados, eran ya lo que quedaba del castillo mencionado en los documentos del siglo XIII y saqueado sin piedad en los comienzos del XV por los padres jerónimos, para construir en el repliegue frontero del pintoresco *Monte de la Novia* el monasterio de su orden, que habitó el gran Ambrosio de Morales, y cuya masa distinguíamos confusamente en la altura, á pesar de herirla con todo su poder el sol en aquellos momentos.

Hacíasenos tarde para regresar á Córdoba; el calor fatigaba; la distancia para llegar al caserío era asimismo larga. Y advertidos por el guarda de que las reses buscaban á aquella hora el refugio de la cerca para sombrearse con ella,—no sin gran sentimiento mío, y cargando cada uno de nosotros con los pedruscos que nuestras fuerzas consentían, emprendimos la marcha de retorno, conmovidos y silenciosos, pensando en cuanto habíamos visto, y más en cuanto habíamos soñado.

Las reses, con efecto, habíanse aproximado á la tapia por

(1) *Del arte árabe en España* (Granada, 1875), pág. 59.

donde nos deslizábamos; y temerosos de cualquier accidente, caminamos todo lo de prisa que nos fué dable, llegando por último á la blanca casa que, adornada de macizos de flores todavía, alegraba la vista y nos brindaba amparador refugio. Arrojamos allí al suelo nuestra preciosa carga, y nos sentamos á la sombra para descansar un rato. El doctor creyó encontrar en aquel sitio su carruaje; pero no fué así, y en cambio nos hallamos con una sorpresa que no podíamos figurarnos.

A la puerta de la casa, había de pie un mocetón, de tufos hacia las sienes, afeitado rostro, sombrero cordobés y empaque toreril, quien contestó gravemente nuestro saludo, con las manos metidas en los bolsillos de la chaquetilla. Viónos arrojar la carga; y sin variar de actitud, con acento despectivo, y echando una mirada á los pedruscos, dijo:

—¿Con permiso de quién han cogío ostés eso?

—Hombre,—le contestó Villalba,—con permiso de nadie. No creíamos fuera necesario, pues no origina daño alguno á nadie el que nos lo llevemos.

—Pues eso—replicó escupiendo clásicamente—no se lo puén ostés llevar sin permiso de la dueña.

La *dueña*, es decir, la señora, era aquella joven enlutada, guapa y de buen aspecto, con quien habíamos tropezado antes y habían hablado mis amigos: la mujer de uno de los sobrinos de *Lagartijo*.

—Hágame usted el favor—dijo el doctor interviniendo—de decir á la señora que soy yo, el Dr. Izquierdo.

—Manque sea osté quien sea—replicó el terne.

No sé qué le dirían Villalba y el doctor, ya bien molestos por el accidente; lo cierto es que el hombre entró en la casa, y sin invitarnos siquiera á descansar en ella—cosa tan poco acorde con la decantada hospitalidad andaluza,—salió al cabo de un rato, y con la misma actitud despectiva, y siempre con las manos en los bolsillos diagonales de la chaquetilla, dijo:

—La dueña dise que se puén ostés llevar eso.

Recogimos del suelo los fragmentos, y emprendimos la

marcha á través del descampado, que se extendía sin sombra alguna hasta el portalón de entrada, glosando cada cual el accidente que estuvo á pique de privarme de aquellas muestras de labores destinadas por mí al *Museo Arqueológico Nacional*, donde hoy figuran.

—Me ha hecho mucha gracia el caso—dije yo al doctor.

—Calle usted—contestó.—Ese maleta, como ha visto señoritos, ha querido pisarnos. Lo que me sorprende—añadió—es que la sobrina de *Lagartijo*, que me conoce y sabe quién soy, no haya siquiera tenido la atención de invitarnos á descansar, ya que no de obsequiarnos.

A la postre, como todo tiene término en la vida, arribamos al portón, que continuaba cerrado; y mientras se avisaba al cochero, desfogaba Izquierdo su disgusto y su mal humor, por la descortesía con que fuimos nosotros tratados, y la impiedad con que habían dejado á campo raso, sufriendo las inclemencias de un sol de verdad, el tronco del carruaje.

Tendímonos á la sombra: trajo el cochero el condumio, compuesto de pan, jamón, salchichón y rica manzanilla, y al paso que reponíamos las fuerzas, se habló de *Medina Az-Zahrá*, comentando lo que yo había referido antes y lo que habíamos advertido.

—Yo me figuro que por toda esa explanada ondulosa donde está el ganado—decía el doctor—se extendían los hermosos jardines de la ciudad, esmaltados por los pabellones del alcázar. Como asomado á aquel verjel, detrás de los muros del alcázar, se desarrollaba en anfiteatro el caserío, hacia la falda de la Sierra... Ya repararía usted en que al llegar á aquel altozano primero, había una hondonada...

—Allí—interrumpió Julio Romero, que era por temperamento el más silencioso de los cuatro,—fué encontrada una basa, la cual regalaron á mi hermano Enrique, y usted ha visto en nuestro estudio.

—Sí—contesté.—La recuerdo. Está descantillada, y además de las peregrinas labores que conserva entalladas en el

canto, sobre la escocia tiene en caracteres cúficos de relieve una inscripción que debo llevar apuntada en mi cartera, y que sobre poco más ó menos dice: *¡En el nombre de Alláh! Bendiga Alláh á su siervo Abd-er-Rahman, Príncipe de los creyentes.*

—Pues en esa hondonada—prosiguió el doctor anudando su discurso—había una cisterna, y de ella se extraía el agua para regar los jardines, que debían ser hermosos sobre toda ponderación, y dignos de la riqueza del alcázar.

—No diré á usted que no—repliqué luego que el Sr. Izquierdo terminó de exponer su juicio acerca de *Medina-Az-Zahrá*.—Debo, sin embargo, advertir á usted que en la misma creencia estaba el Sr. Simonet y estaba el Sr. Madrazo, pareciendo lo natural que en la parte baja estuvieran los jardines; pero también debo recordarle lo que dice terminantemente el Edrisí, á quien aportaron sus informes las personas que visitaron estos sitios, y que fué en el siglo XII lo que nuestro Madoz en el XIX.—El Edrisí manifiesta que en la parte baja, que es la llana, estaba el caserío, con la *Mezquita* mayor; que en las primeras estribaciones de la falda de la Sierra estaban los jardines, y por último, que en la parte más alta, es decir, aquella en que hemos recogido todos estos fragmentos, la que explotaron en el siglo XV los jerónimos para su monasterio, la que recorrió el Sr. Madrazo, y de la cual también recogió fragmentos que publica en el tomo de los *Recuerdos y bellezas de España*, la que visitó D. Narciso Sentenach y visitó D. Enrique Romero de Torres, trayendo uno y otro pedazos de mármoles labrados que están en el *Museo Arqueológico Nacional*,—en aquella parte, vuelvo á decir, estuvieron los alcázares califales que describen los autores arábigos de la forma que el Sr. Simonet reprodujo en su leyenda histórica. Y crea usted que hay mucho de verdad en esto, pues de otro modo no se concibe ni el hallazgo de la basa que posee Julio Romero, ni que esté de fragmentos atestado todo aquello, en la manera que hemos visto.

»De lo que no puedo convencerme es de la intervención

directa de los artífices y arquitectos orientales que dicen los escritores arábigos. Todos los trozos decorativos que he visto de *Medina Az Zahrá* tienen el sello cordobés muy marcado. No es de suponer que todos procedan de un mismo paraje, ni fuesen de un solo edificio, y aquí he procurado recoger lo que más me ha llamado la atención por su singularidad y extrañeza. Hay labores de que no he encontrado ejemplo en la *Mezquita* de Córdoba; combinaciones de follajes que se diferencian de los conocidos, y, sin embargo, las creo obra de artistas cordobeses. La flora es la misma; el tecnicismo, el propio. Acaso sea preocupación mía, y mucho celebraré que por alguien se me demuestre lo contrario. Lo que sí deploro es la brevedad de esta excursión, las dificultades que hay para repetirla, y la falta material de tiempo para hacer un estudio de estos sitios tal y como yo creo podría hacerlo para poner en claro muchas cosas. No llevo idea alguna concreta; no he visto nada, en realidad, y estoy bajo el peso de la triste impresión que me ha causado el espectáculo de asolación absoluta y de total ruina que hemos advertido.

»No sé si alguna otra vez podré volver por Córdoba; á lo menos, ya conozco el lugar donde estuvo aquella ciudad mágica, á cuya evocación tantas fantasías y quimeras surgen, impregnadas del vago pero penetrante aroma de la sociedad muslímica que nos forjamos llena de voluptuosidades y de encantos, ciudad cuyas descripciones parecen letra á letra calcadas sobre las que hacen los propios escritores arábigos de los alcázares maravillosos de sus cuentos, con sus pabellones de marfil, sus cúpulas de oro, sus columnatas de vidrio, sus muros de jaspes, sus fuentes prodigiosas y sus jardines paradisiacos. Lean ustedes ahora algunos de los cuentos de las *Mil y una noches*, y hallarán la identidad tan marcada, como para hacer sospechoso cuanto han escrito respecto de esta creación de Abd-er-Rahman III.»

Hablóse de algo más durante el trayecto á Córdoba, manifestando todos la necesidad de que en las esferas oficiales se

hiciese algo para rescatar la dehesa y emprender excavaciones, las cuales serían fructuosas y acaso proporcionarían á nuestros *Museos* materia interesante de estudio. Hablóse nuevamente de la conveniencia de formar también, como había apuntado el doctor, una Sociedad por acciones para adquirir aquellos terrenos, facilitar su visita á los extranjeros y *turistas*, y acometer la obra proyectada en 1853 por el ilustre D. Pedro de Madrazo...

Ilusiones, buenos deseos... Nada, en definitiva.

Siglos hace que continúa la que llaman *Córdoba la Vieja* en el propio estado. Nadie se ha preocupado de desenterrar lo que aún subsiste de ella. ¡Quién sabe si en aquellos montículos artificiales, que pisotean con tan frecuencia las reses bravas, será dado descubrir alguna maravilla, y si quedarán todavía las huellas de los cimientos, por las cuales se haga en alguna ocasión posible trazar la planta de los edificios amorosamente construídos por Abd-er-Rahman *An-Nássir* para satisfacción de su amada!

Llegados á Córdoba, despidiéronse de mí el doctor, Villalba y Romero á la puerta del *Hotel de Oriente*, uno de cuyos servidores subía á mi aposento con sonrisas despreciativas los pedruscos recogidos en *Medina Az-Zahrá*, y que yo miraba como un tesoro.

¿Llegará el día en que mis deseos se conviertan en realidades? Entonces ya no estaré yo en el mundo para gozar contemplando los vestigios de la grandeza de la *Ciudad floreciente*... Pero hago votos por que de cualquier modo se realice el milagro.

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

RECUERDOS

Cuando en pleno día empiezan á subir del horizonte nubarrones, y crecen, y se espesan, y suben por la atmósfera, y logran ocultar el disco solar, y se oyen truenos lejanos y caen gruesas gotas de lluvia, señales son de que la tempestad se aproxima.

Y es de ver entonces cómo los pájaros, que revoloteaban de árbol en árbol impregnándose de luz y de alegría, se aturden y tiemblan, y con revuelos angustiosos buscan el nido y á él se acogen huyendo de los furores de la tormenta.

Pues esto nos sucedió á todos los que formábamos la colonia española de Biarritz y de San Juan de Luz al llegar á nosotros los primeros relampagueos y los primeros truenos, que pronto fueron descargas y cañonazos, de la revolución del 68.

Sin ser pájaros, ni lucir primorosos plumajes, sino modestas telas de verano, más ó menos catalanas, también nos azoramos y corrimos presurosos á meternos en el tren, y algunas horas más tarde en nuestras casas respectivas, que son como los nidos de las modernas sociedades.

Así, mi mujer y yo llegamos á Madrid y á nuestra casa, á ver en qué paraba la tormenta, temiendo yo que me cogiera el aguacero, y quién sabe si algún rayo de los furores revolucionarios.

A Madrid llegamos, y al día siguiente acudí yo á mi obligación, es decir, á la Escuela de Caminos, pensando para mis adentros: «Si la revolución triunfa, ¿cuánto durará el Cuerpo

y la Escuela, y en qué manos caeremos, y cuál será el ministro que nos disuelva?»

¡Qué caprichosa es la vida humana, y sobre todo la vida social; y quién me había de decir á mí que, algunos días más tarde, en mis propias manos había de caer la Escuela de Caminos; es decir, que yo mismo iba á caer bajo poderes revolucionarios emanados de mi propia persona!

Combinación fué ésta que ni por un instante se me pudo ocurrir; y pasaron los días, llenos de noticias contradictorias, de grandes emociones y de sacudidas nerviosas.

Ya desembarcaron los generales; ya se sublevó Sevilla.

Ya avanzan las fuerzas de la revolución con el bravo general Serrano al frente, rodeado de aquellos generales de la «Unión liberal», que todos ellos formaron algunos años antes los «doce hombres de corazón».

—Pero el Gobierno resistirá: González Brabo no es hombre que se acobarda.

—El ministro de la Guerra está reuniendo fuerzas.

—Las fuerzas del Gobierno irán mandadas por el general Pavía, que también es hombre de mucho valor; de suerte que el choque de las fuerzas ministeriales y de las fuerzas revolucionarias será terrible.

Por la mañana recogía yo noticias en la Escuela de Caminos, en la que no todos los profesores participaban del espíritu revolucionario de la época.

Luego iba de aquí para allá, haciendo nuevo acopio de noticias, y por la noche á la *Revista de Obras Públicas*.

Gran curiosidad y gran ansiedad eran las mías, como las de todos los españoles que se interesaban por la vida política.

Pero como en aquella época yo no pertenecía á ningún partido político, ni me trataba con ningún político de primera ni de segunda talla, claro es que no estaba en las interioridades de los partidos, y no sabía sino lo que sabía todo el mundo.

Miraba los acontecimientos desde fuera, entre los espectadores, y ni siquiera en palcos ó butacas, sino desde la galería;

en el escenario no había penetrado aún, ni jamás me había visto entre bastidores.

Y es claro: las novedades que yo podía recoger eran confusas, contradictorias y exageradas en uno ú otro sentido.

Si hablaba con un progresista ó con un amigo de los generales sublevados, me convencía al punto de que la revolución marchaba triunfante, y que, no más tarde que la semana próxima, entrarían vencedores en Madrid el general Serrano y el conde de Reus.

Si hablaba, por el contrario, con algún empleado de la situación ó con algún ministerial, casi me convencía de que la revolución era una intentona fracasada.

Llegó al fin la gran noticia: súpose la batalla de Alcolea, y el triunfo del general Serrano, y la conducta heroica del general Pavía, y algunos días más tarde cantaba la musa popular:

«En el puente de Alcolea
la batalla ganó Prim.»

Aunque, á decir verdad, ni Prim estuvo en el puente de Alcolea, ni desde la costa, que por entonces estaba recorriendo, pudo ganar la batalla del célebre puente.

Era un hecho: la revolución triunfaba, y los acontecimientos se precipitaron.

Como yo no tengo la pretensión de escribir Historia, sino de redactar recuerdos personales, ó sucesos en que yo tomara parte, y en aquéllos me limité á ser curioso, y cuando más interesadísimo espectador, no he de contar lo que todo el mundo sabe mucho mejor de lo que yo entonces pudiera saber.

Repetiré tan sólo que los acontecimientos en efecto se precipitaron; que el ministerio González Brabo se hundió estrepitosamente; que la reina Isabel abandonó el suelo de España y se refugió en Francia; que poco después entró triunfante en Madrid el general Serrano y los generales que le seguían; que Madrid se cubrió de barricadas, construídas la mayor parte de ellas cuando nadie las atacaba ni había necesidad de defender-

las, y que la villa heroica se encontraba en verdadero estado de fiebre.

Todos estos recuerdos pasan muy confusos por mi espíritu: veo masas populares; oigo gritos, vivas y mueras; veo generales que se asoman á los balcones y pronuncian discursos; leo periódicos que traen noticias de la revolución triunfante en todas partes, casi sin lucha, exceptuando alguna que otra resistencia, como la de Santander; oigo á todo el mundo y á todas horas anunciar la llegada del general Prim; se habla del nuevo ministerio revolucionario, mejor dijera, del Gobierno provisional, y empiezan á sonar nombres indiscutibles.

Antes de que el Gobierno provisional se constituya, antes de que la Junta revolucionaria de Madrid tome ninguna determinación, ya la masa popular ha distribuído las carteras.

Es evidente: el presidente del Gobierno será el general Serrano.

El general Prim será ministro de la Guerra. ¿Quién le quita á Prim el ejército?

El ministro de Marina será Topete, uno de los grandes elementos de la revolución.

Y Sagasta, el más ardiente, el más popular, el más simpático de todos los revolucionarios, el gran batallador del Parlamento, el que provocó cien tempestades con su palabra de fuego y las afrontó tranquilo, echando hacia atrás con un movimiento de su cabeza el artístico mechón de pelo, que con el tiempo se había de convertir en *tupé;* el condenado á muerte, el del ostracismo, el amigo íntimo de Calvo Asensio y del marqués de la Vega de Armijo, la esperanza y el orgullo del partido progresista; para él, para Sagasta, era, sin género ninguno de duda, el ministerio de la Gobernación.

Con Prim en Guerra, y en Gobernación Sagasta, la revolución estaba asegurada: no había nadie capaz de escamotearla, como se escamoteó la del bienio.

Así pensaban los revolucionarios más entusiastas y más ardientes.

Los demás ministerios tenían importancia, pero no importancia decisiva.

Se hablaba de Romero Ortiz para Gracia y Justicia, de Ayala para Ultramar, de Lorenzana, el gran periodista, para Estado: Lorenzana, que con sus artículos *Meditemos* y *Misterios*, que todo el mundo sabía casi de memoria, había asestado golpes de muerte á los palaciegos.

También se hablaba de Ruiz Zorrilla para Fomento; pero aún Ruiz Zorrilla no tenía ni la fuerza ni el prestigio que tuvo más tarde. Era un progresista de prestigio, muy simpático en su círculo, una esperanza; pero había otros, según se decía, que le disputaban la cartera.

***

Al fin entró el general Prim en Madrid, y nunca se ha visto, no diré entusiasmo, sino delirio semejante.

Las masas populares le saludaban como vencedor de Alcolea.

Yo recuerdo que el día en que entró el general Prim, ni por curiosidad pude ir á presenciar su entrada, porque una desgracia de familia ocupó toda mi atención y todas mis horas.

Un sobrinito que vivía con nosotros fué víctima de un accidente, y tuve que salir á toda prisa á buscar al médico.

Tenía que cruzar la calle de Alcalá y después la Puerta del Sol, y era imposible que yo atravesase por aquel torrente humano, ni que cruzara por aquel mar de entusiasmo, de pasiones, de gritos, de vivas y de mueras.

Así es que sólo recuerdo aquella escena como algo fantástico, que deja una confusión en el recuerdo, sin nada concreto, sin ninguna línea marcada, sin ningún accidente determinado: cabezas que expresan pasiones intensísimas, bocas abiertas que no cesan de vocear, gorras, sombreros, banderas y fusiles que se agitan en el aire, remolinos humanos que todo lo atropellan, y un hombre vestido de uniforme que habla en el

balcón del Ministerio de la Gobernación: creo que era el general Prim.

Y yo procurando atravesar, sin conseguirlo, por el poderoso oleaje de aquel océano.

En aquel momento, la verdad sea dicha, á pesar de todos mis entusiasmos revolucionarios y de mi admiración por el héroe de los Castillejos, más que la revolución y que el general Prim me preocupaba la angustia que había dejado en la familia: un pobre niño que se moría, y que al fin se murió; un médico á quien yo iba á buscar, sin poder llegar á él; y miles y miles de seres agitados por la pasión y por el delirio, interponiéndose con inmenso empuje revolucionario entre una criatura que agoniza y un médico que no llega.

Contrastes singulares de la vida: entre una pobre criatura y su esperanza de salvación, el torrente revolucionario, una sociedad que muere y otra que nace, añicos de un trono secular entre olas humanas, y á lo lejos la tabla sublime de los derechos individuales.

Y no pude pasar; fuí costeando aquel brazo de mar, fuí como por las orillas, atravesando calles laterales, mirando constantemente el reloj: ha pasado un cuarto de hora, ha pasado media hora y una hora entera. ¡Qué pensarán en casa! ¡Qué angustia!

Y para llegar al médico tuve que dar un inmenso rodeo, hasta encontrar un vado en la desbordante corriente revolucionaria.

Este es el único recuerdo que conservo de la entrada del general Prim en Madrid.

***

Pasaron algunos días, no muchos, y de aquellos días no conservo memoria. Al fin se constituyó el Gobierno provisional, que fué poco más ó menos el que la voz popular había proclamado, y el que yo enumeraba hace un momento.

Y sucedió lo que sucede siempre: aunque el Gobierno for-

mado era casi el que dictó la opinión pública, no todos los políticos estaban satisfechos, á juzgar por los comentarios, observaciones y juicios que yo recogía en diferentes círculos y de las varias personas con quienes conversaba sobre política, que no de otra cosa que de política se hablaba aquellos días, aunque la política tenía por entonces un nombre supremo: la revolución.

Según parece, los antiguos progresistas no estaban satisfechos.

Lamentábanse de que se prescindiera en absoluto del general Espartero, el gran caudillo de la guerra civil, el ídolo del partido progresista, el ídolo del pueblo.

Y se prescindía de él y de sus más fieles y antiguos servidores. Se le arrinconaba; con mucho respeto, con veneración casi, pero se le arrinconaba.

Y el elemento más joven y más activo, aunque públicamente hacía alarde de su respeto y de su admiración por el viejo caudillo, en voz baja y en la intimidad mostrábase resuelto á trabajar por su cuenta y á dar á la revolución nuevo rumbo.

Espartero, según ellos, era muy noble, muy simpático, muy glorioso; pero no era un hombre político para los nuevos ideales.

Era excesivamente bueno; pero se dejaba dominar, y siempre se había dejado dominar por los santones del partido progresista: así se les llamaba, *los santones*.

Sólo había estado en el poder del 40 al 43, y con tan poca suerte, que había caído por una coalición de liberales y de moderados.

Volvió el 54, estuvo dos años gobernando, y por fin le arrojaron los generales de la *Unión liberal*.

No, decían; hágase del general Espartero todo lo que se quiera: un príncipe; y algunos, aunque pocos, más tarde, quisieron hacer un rey; mas para jefe de Gobierno no sirve: se dejaría engañar, como se ha dejado engañar siempre.

Algunos meses más tarde oía yo á uno de los prohombres

de la situación hacer una semblanza jocoseria del general Espartero, en la cual el héroe de Luchana no quedaba muy bien parado.

De todo esto resultaba cierto disgusto de los viejos progresistas, que no tuvo consecuencias porque este pequeño grupo no representaba una fuerza viva en aquella situación.

Tampoco estaban muy satisfechos los partidarios de Olózaga, porque, aunque de Olózaga no se podía prescindir ni se le podía condenar á figura decorativa de algún altar revolucionario, sin embargo en el Ministerio no tenía representación directa é influyente.

El Ministerio estaba formado por elementos activos, jóvenes, de gran empuje y que inspiraban grandes simpatías á los revolucionarios ardientes, aunque éstos tampoco estaban muy satisfechos del contrapeso de la Unión liberal; sin tener en cuenta que, en el hecho material de la revolución, la fuerza de la Unión liberal había sido decisiva, como lo demostró más tarde de Ayala en un soberbio discurso que le costó la cartera, según referiremos cuando llegue el momento oportuno.

Sin embargo, con Prim en el Ministerio de la Guerra y Sagasta en el de la Gobernación, los revolucionarios ardientes estaban tranquilos por el pronto.

Algunas otras quejas y censuras se oían, pero eran de menos importancia, porque no tenían más que un carácter puramente individual.

Citaré una de estas quejas, murmuraciones ó censuras, porque es caso curioso, y aun pintoresco, y que demuestra cómo en este mundo las cosas en sí más insignificantes y más prosaicas pueden tener consecuencias graves en la vida y el destino de las criaturas.

Fué uno de los hombres más importantes en el partido progresista durante muchos años, uno de los más populares y, al decir de las gentes, de los que más servicios prestó á la causa de la revolución: el célebre Carlos Rubio.

Joven ardiente, escritor notabilísimo, periodista de primer

orden, que había reñido grandes batallas desde *La Iberia,* que así salía á batirse en las barricadas personalmente, como escribía un artículo de historia ó de política palpitante; ó como hacía vibrar su lira, porque era poeta inspirado y hombre de mucha cultura, escribiendo hermosos versos.

Todavía recuerdo yo una composición á Napoleón I con motivo de la guerra de Italia, á que acudió, mejor dicho que encendió, su sobrino Napoleón III en defensa de la unidad italiana.

Y decía Carlos Rubio:

«Allá desde el desnudo
peñón de Santa Elena,
la lid contempla mudo
el vencedor de Jena.»

En suma, que cuando llegó la revolución de Septiembre, Carlos Rubio era una de las figuras, al menos para los que estábamos en la parte de afuera, de más relieve, y todos pensábamos, ó por lo menos pensábamos los jóvenes: claro está, Carlos Rubio será ministro.

Pues no fué ministro, ni á nadie se le ocurrió ofrecerle una cartera; según se dijo, le ofrecieron, sí, un alto cargo, director ó subsecretario, ó cosa por el estilo, que él desdeñó, retirándose casi de la vida política; el caso fué que algún tiempo más tarde murió olvidado en un rincón, recibiendo, según pude oir, algunas limosnas de sus antiguos compañeros.

Un astro de fuego ardiente que de pronto se apaga.

¿Fué injusticia, fué ingratitud, fueron malas pasiones de la política, que utiliza á los hombres como instrumentos en las épocas de peligro, y que luego los arroja con desdén cuando no los necesita?

Yo no sé si fué algo de esto, porque en aquella época y en la época anterior no vivía en el escenario de la tragedia pública, sino que allá desde la galería veía lo que pasaba en la rampa cuando el telón se levantaba.

Pero sí puedo referir lo que públicamente se decía en los

círculos de la Juventud Liberal, que era la más encariñada con Carlos Rubio.

Decíase: pero si era imposible que nombrasen ministro á Carlos Rubio, si era absolutamente imposible; si á nadie ni de nadie puede quejarse más que de sí mismo y de sus extravagancias.

¿Y por qué no podía ser ministro Carlos Rubio?

Porque vestía muy mal.

No es que vestía mal: es que su traje era astroso y desastroso, viejo siempre, sucio siempre, siempre deshilachado; sus botas, ostentando costras de barro de los últimos barrizales; su camisa, su cara y su pelo, en armonía con su traje.

Y no era miseria: era capricho singularísimo, era alarde de filósofo cínico, era desprecio al lujo, al cual quería abofetear con sus andrajos.

Oí contar que más de una vez sus amigos, medio en broma, medio en serio, le regalaron un traje nuevo y unas botas con lustre, y en seguida mandó él al chico de la Redacción á que las refregase en el charco más próximo: de ahí vino entonces la frase corriente de que Carlos Rubio no mandaba las botas á dar lustre, sino á que las diesen barro.

Y no es que fuese sucio, pues, según afirmaban sus íntimos, se bañaba con frecuencia.

No es que no fuera artístico: al contrario, su espíritu era eminentemente poético, y para escribir empleaba papel satinado y de dorado canto; llenaba una cuartilla con letra muy grande, y, sin secarla ni echarla polvos, la ponía en el suelo á su lado.

Y escribía otra, que colocaba sobre la primera, y así sucesivamente; de donde resultaba, borrándose unas cuartillas por otras, un escrito casi ininteligible.

Nada de esto que refiero me consta personalmente: son cosas que yo entonces oía referir y que ahora recuerdo.

Por lo demás, sólo una vez hablé con Carlos Rubio, al cual antes yo no conocía personalmente.

Salía yo con Sagasta no sé si de la Escuela de Caminos ó de la *Revista de Obras Públicas*, cuando vino hacia nosotros un individuo con todas las apariencias del más miserable sablista, y detuvo á Sagasta, hablándole familiarmente.

Sagasta, sin duda para que no me extrañase aquella intimidad con persona de tan andrajosa apariencia, me dijo, haciendo la presentación con su sonrisa más simpática:

—Es el señor don Carlos Rubio, á quien ya conocerá usted.

Y recuerdo perfectamente que empezó de este modo:

Es el señor..., como quien dice: A pesar de lo mal perjeñado que le ve usted, es todo un personaje en política, y hombre que vale mucho, y muy amigo mío.

Pero la explicación era necesaria para mí y para todos los que pasaban por la calle.

Ello sería lo que fuese; pero Carlos Rubio no fué ministro.

De haber vestido siquiera decentemente, lo hubiera sido.

Y he aquí cómo la manera de vestir tiene influencia decisiva en el destino de las criaturas.

Por eso, sin duda, Paul de Kock escribió aquella regocijada novela que se titula *El hombre de los tres calzones*.

Al pobre Carlos Rubio le hubiera bastado con tener uno presentable para llegar á la cumbre de la política.

***

Realmente, desde que yo llegué á Madrid, al regresar de San Juan de Luz, hasta que fuí nombrado director de Obras públicas, sucedieron tantas cosas y fué tal el torbellino de los acontecimientos, que mis ideas se confunden ó, mejor dicho, se confunden mis recuerdos, y no sé lo que sucedió antes ni lo que sucedió después: sólo sé que sucedieron muchas cosas, unas grandes y otras pequeñas, que todas revueltas, como madeja con la cual acaba de jugar un gato, acuden á mi memoria y la despiertan.

Al llegar á Madrid, como ya he dicho, noticias, que se suceden y se precipitan, sobre el movimiento revolucionario.

Que los generales se escaparon de Canarias. Que se sublevó Topete en la fragata *Zaragoza*. Que se sublevó Izquierdo con la guarnición de Sevilla. Que el general Prim recorre la costa.

Que se dió la batalla de Alcolea. Que venció Serrano. Que Pavía quedó heroica y cruelmente herido.

Que se agitó Madrid. Que Escalante dió las armas del Parque al pueblo. Que hubo barricadas y lucha. Que venció la revolución, por fin, en la capital del Reino.

Que el pueblo quiso asaltar el Palacio Real; que D. Nicolás María Rivero apareció en la escalera del regio alcázar, cerrando el paso á la muchedumbre, y que él solo, con su inmensa autoridad, con su heroico valor personal y con su elocuencia de tribuno, contuvo el torrente revolucionario: lo cual prueba, dicho sea de paso, lo que era aquel hombre y lo que era aquel pueblo.

Porque la masa popular ni tenía ansias de pillaje, ni tenía ansias de sangre.

Hubo aisladamente algún crimen; pero fueron crímenes aislados, de esos que siempre pueden ocurrir, y de los cuales nunca es responsable la masa, por muy ardientes que sean sus pasiones.

Todo esto se contaba, todo esto se decía, con otras muchas cosas, que unas serían ciertas y otras no, pero que daban carácter y color y vida á la tragedia política, que por entonces se desarrollaba en España, y que yo como espectador de los más modestos presenciaba en Madrid.

***

Era yo uno de los espectadores más modestos; y de pronto, sin saber cómo, iba á verme en el escenario.

No lo olvidaré nunca: volví á mi casa á la hora de comer, y me dieron una carta que había llegado para mí con carácter de urgente.

La abrí, miré la firma: era de D. Laureano Figuerola, á quien yo no había visto hacía muchos meses.

La leí una vez, sin entenderla bien, y tuve que leerla por vez segunda para poder enterarme.

En substancia, venía á decirme esto:

«Ha llegado el momento de que fundemos algo práctico, de que llevemos nuestras teorías á la realidad, de que hagamos algo por la patria, que el período de propaganda ha concluído.

»Zorrilla me pide un director de Obras públicas, y yo le he hablado de usted, asegurándole que le obligaría á aceptar.

»Vaya usted á verle mañana mismo; yo me llevo á Hacienda á Rodríguez; conque, buen ánimo y adelante.»

Y concluía con unas cuantas frases de entusiasmo.

¡Pobre D. Laureano Figuerola! ¡Qué bueno era, qué noble, qué leal, cuánto le debo!

¡No le he olvidado nunca, pero una vez más quiero recordar que no le he olvidado!

Me quedé aturdido, sin saber lo que me pasaba.

Mi familia creyó, al ver el efecto que la carta me había producido, que era la noticia de alguna desgracia.

Pues era, en rigor, el nombramiento de director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio; es decir, todas las Direcciones del Ministerio de Fomento, reunidas en una; todas, menos la Dirección de Instrucción Pública; en suma, lo mismo que hoy constituye el Ministerio de Fomento.

Aquella noche ya no dormí bien. Experimentaba una mezcla confusa de sentimientos: alegría y temor, vanidad satisfecha y miedo de que al fin y al cabo, sin ganar gran cosa, perdiese mucho en tranquilidad y en dicha positiva; el interés material, que aunque yo nunca he sido interesado, en todo sér humano despierta, cuando llega la ocasión y es legítimo y reclama sus derechos de legitimidad. Porque, al fin y al cabo, no es lo mismo ganar veintiocho ó treinta y cuatro mil reales al año, que ganar cincuenta ó sesenta mil reales, con sus correspondientes derechos pasivos.

¡Y subir en la escala social: ahí es nada!

Para mí, ser director de Obras públicas en aquella época era un ideal, más que un ideal, porque jamás imaginé que pudiera llegar á serlo.

Había ciertas posiciones sociales que yo miré siempre desde lejos, y que siempre me parecieron inaccesibles.

Lo más á que yo aspiraba, allá andando el tiempo, cuando fuera muy viejo, era llegar á ser director de la Escuela de Caminos.

¡Pero director de Obras públicas!

¡Qué delirio!

De ministro, no se diga: la poltrona ministerial se perdía allá en las nubes. Si yo hubiera sido mahometano, para mí el ministro de Fomento hubiera sido Alá en persona, y el director de Obras públicas, Mahoma, su profeta.

Y he aquí que de pronto, mediante una carta de Figuerola, iba yo á convertirme en el profeta de Alá.

No había que dudarlo: en las amplias regiones de aquel Ministerio, que para mí por aquellos tiempos el Ministerio de Fomento lo era todo, Ruiz Zorrilla iba á ser Alá, y yo Mahoma con ilustrísima.

Claro es que no dudé un momento; estaba dispuesto á aceptar, y al día siguiente, faltando por primera vez durante muchos años á la Escuela, me fuí á ver á D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Y que se quejase el director de la Escuela de mi falta: mi jefe del día antes iba á ser mi subordinado del día después.

José Echegaray

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623

IX

El último cuadro que presentó el proyectado enlace entre el Príncipe de Gales y la infanta doña María de Austria fué verdaderamente lamentable para el honor de la fe política entre dos grandes coronas y dos grandes soberanos. Las tardas dilaciones que vino sufriendo este negocio, las dificultades que Roma opuso á su realización, luego que fueron conocidas en Londres por el rey Jacobo, produjeron en su ánimo una indecible angustia. Cottington, portador de las cartas del Príncipe, soportó rigurosos apóstrofes, en la necesidad que el Rey tenía de desfogar su cólera en insultos. Desde luego, sin embargo, resolvió el de Escocia el partido que debía tomar. Se abandonó al disimulo. Afectó una alegría que en el fondo de su alma estaba nutrida de inquietudes. Salía diariamente de caza; pero los que le acompañaban siempre le encontraban taciturno, y alguno, en sus soledades, le sorprendió las lágrimas en los ojos. El Duque de Lennox, que era de los más furiosos partidarios del matrimonio con España, y que á pesar de haber sido condecorado por Felipe IV con la grandeza de primera clase se había arrepentido de su inclinación española, fué un día testigo de los desahogos paternales.—«*¿Volveré á ver á mi hijo?*», el Rey le preguntó; y sin dejar que le contes-

tara, añadió:—«*No puedo soportar el ultraje. La afrenta ha llegado á su colmo. Mandé al Príncipe como á matrimonio concluído, y ahora habrá que volver á empezar. ¡No quiero más que recuperar á mi Baby-Charles!*»—No obstante, con los embajadores decantaba el amor del Príncipe á la prometida, cuando el Marqués de Hamilton sabía, y lo comunicaba al embajador véneto, que *il Principe di raro e sol furtivamente vede l'Infanta.* El rey Jacobo, cuando se esperaba que opusiera mayores reparos á las nuevas cláusulas del Convenio, lo devolvió á Madrid con la aceptación absoluta de todas las condiciones impuestas, y se preparó á recibir la embajada fastuosa del Marqués de la Hinojosa, D. Juan Hurtado de Mendoza, para la jura solemne de las Capitulaciones, cuando algunos magnates exhibían cartas autógrafas del Príncipe, diciendo: «que aunque el Rey su padre aceptara las condiciones últimas, él las rechazaría»; y cuando, conforme al espíritu de otras cartas, el Conde de Exeter decía á Valaresso: «*Cualquiera que sea el resultado de estas determinaciones, el Príncipe no volverá español*» (1).

Entretanto llegó Hinojosa, virrey de Navarra, capitán general de la Artillería de España y embajador extraordinario para aquella empresa. Su salida de Madrid había sido grandiosa. El rey Felipe y el Príncipe de Gales habían salido á despedirle. Por todo el tránsito hasta Pamplona se le pre-

(1) Son curiosísimas las varias *Relaciones* que se publicaron en Londres, París y Madrid sobre la Embajada á la capital de la Gran Bretaña, por el Marqués de la Hinojosa, de la Casa ducal del Infantado. En la primera que se imprimió en Madrid, en casa de Andrés de la Parra, y que se titula: «*Relación verdadera de la entrada y recibimiento que hicieron á Don Juan de Mendoza, Marqués de la Hinojosa y Capitán general de la Artillería de España y embajador extraordinario á Inglaterra, que al presente está por el Rey nuestro señor*», no solamente se refieren los agasajos que para él dispuso el rey Jacobo y la Corte británica, sino *los obsequios* de que fué objeto á su paso por París, donde los Reyes Cristianísimos le dieron una gran cacería en los parques de *Fuente-Neblon* (Fontainebleau). Otras dos *Relaciones* hay impresas en Sevilla, una en casa de

sentaban los Jurados á cumplimentarle. En Francia pasó por Fontainebleau y por París, para besar la mano á los Reyes, á quienes fué presentado por el Marqués de Mirabel. Después se dirigió á Calais, donde le esperaban tres navíos ingleses, y en ellos se hizo á la vela para Dower, donde ya le esperaba el embajador ordinario D. Carlos Coloma con muchas carrozas del rey Jacobo. Por todas las ciudades de Inglaterra que atravesó en su tránsito se le tributaron grandes honores hasta Greenville, donde le recibió el Rey en persona, á seis millas de Londres. Allí le fueron á saludar muchos miembros de la pairía, y en Londres se le hizo la más pomposa recepción. Veinte caballeros ingleses comían diariamente á su mesa. Las visitas suntuosas y los festines espléndidos en su obsequio no tenían término. El 30 de Julio el Marqués de Hamilton le visitó con más de treinta lores y títulos y otros caballeros, siendo más de sesenta los coches que acudieron á las puertas de su posada. Aquel día fué el señalado para el acto solemne de la Jura Real de las Capitulaciones. Tuvo esta ceremonia lugar en la capilla del palacio de Wittehall, adonde asistieron el Rey, con el collar de la Jarretera, los Consejeros, los principales dignatarios de la Corte y los embajadores de España.

Sentáronse éstos á la izquierda del Rey, ocupando Hinojosa el primer lugar. Después de la oración, el secretario de Estado, Sir George Calvert, con voz conmovida leyó en alta voz los veinticinco capítulos del Tratado. Entonces el rey Ja-

---

Francisco de Lyra, y otra en la de Gabriel Ramos Vejarano, esta última reproducida en Lima, del Perú, en la imprenta de Jerónimo de Contreras, un año después, en 1624. Pero las interesantes son las publicadas en Londres, y reimpresas, traducidas al francés, en París. En éstas se describe con más pormenor el juramento de las Capitulaciones, hecho por el rey Jacobo en presencia de los embajadores de España y de los señores de la Corte británica, en la forma que Rymer la reproduce. El juramento del rey Jacobo se verificó el 20 de Julio, y el mismo día llegó á Londres uno de los emisarios que desde Madrid enviaba con frecuencia el Príncipe, el cual llevó la nueva de que el desposorio se había verificado también ya en la Corte de Felipe IV. Esto no era exacto, sin embargo.

cobo, hincando la rodilla y puesta la mano sobre la Biblia, sostenida por el Arzobispo de Wintchester, prestó el juramento de observarlos, y los embajadores de España lo recibieron en nombre de su Señor. Volvióse el Rey á su trono, y á sus sitiales los embajadores. Se cantó un *himno*, en inglés, en acción de gracias, y otro en alabanza de la paz y de la unión entre España é Inglaterra, y el obispo oficiante rezó en inglés dos oraciones, una por la salud del Rey y otra por la del Príncipe de Gales. Asistieron, entre otros magnates de la Corte y del Parlamento, los Duques de Richmond y de Lennox, los Condes de Rutland, de Argille, de Pembroke, de Carlisle, de Middlesex y de Denligh, el Marqués de Hamilton, Lord Spencer, Lord Keeper, Lord Kensington, el Arzobispo de Cantorbery, el Obispo de Londres, y otros varios prelados, señores y ministros del Consejo. Después de la ceremonia religiosa vino el banquete regio, en el cual el Rey, de pie y descubierto, brindó á la salud del Rey de España; Hinojosa, luego, á la del de Inglaterra, y Coloma por la del Príncipe y la *Princesa*, dando ya oficialmente esta denominación á la Infanta, presunta esposa del Príncipe. Terminado el banquete, el rey Jacobo se retiró á su cuarto, y al del Marqués de Hamilton los embajadores, hasta que vino Calvert por ellos para que en su presencia jurase el Consejo.

Aquella noche se mandó que Londres se iluminase; pero, según dice Valaresso, «el día de este juramento fué por muchos llamado infausto, y hubo gran descontento general, *più sentito nel cuore che espresso dalla bocca*, pues públicamente se decía sobre el juramento «que el Rey y el Consejo *si salvano con la urgente necessità di farlo per riccuperare il Principe*». En vano se divulgaron nuevas de que ya públicamente asistía la Infanta con el Príncipe al teatro de la Corte en Madrid; que en las fiestas vestía aquélla el color de Carlos, y que se le daba en la etiqueta del palacio de Felipe IV el tratamiento de *Princesa de Gales*. Era público en Londres que el heredero de la corona británica instaba todavía infructuosamente para ob-

tener del Gobierno del valido español modificase en cuanto á la entrega de la Infanta las disposiciones dilatorias, y que la muerte de Gregorio XV y la elección del nuevo Papa eran motivo de ciertas excusas, con que nunca se acababa aquel negocio. El Conde-Duque decía al príncipe Carlos que para Noviembre estaría ya nombrada la cámara de la Infanta, y aun á esta misma señora se la permitió que por primera muestra de ternura le arguyese *de que, si fuese cierto su amor, no se iría*. No obstante, la orden del rey Jacobo era terminante. Su temeroso afán de padre y rey no se calmaba sino con la presencia del hijo, y había ya adquirido la convicción de que no volvería á verle si no regresaba á Inglaterra antes del invierno, pues el último golpe recibido había abreviado su vida. «Mi resolución, en una palabra, es—decía al Príncipe y á Buckingham—que os vengáis inmediatamente, si se os permite partir, y que ahí lo dejéis todo tratado.»

El mismo Príncipe, más lisonjeado por la libertad en que se le dejaba con la Infanta, á veces olvidaba las amarguras de Roma y las que le producían las discusiones personales que mediaban entre Buckingham y el Conde-Duque primeramente, y después con Bristol, cuyas quejas llegaron á Londres. Pero el rey Jacobo, repetimos, se mostraba inflexible, y era fuerza obedecer. «*Io non so*—decía Valareso á la Señoría—*se la sua, sarà prigionia d'amore ò se anco si tratenesse per timore che con la partita sparissi il matrimonio.*» Ello fué que la fecha de la confirmación del juramento de Londres se fijó en Madrid para el 7 de Septiembre; que para esta ceremonia se enviaron á España las más preciosas joyas de la corona británica, cuyo valor montaba á dos millones, y que con este envío se dió lugar á que un satírico puritano dijese que estaba en España lo mejor de Inglaterra; es decir, las mejores naves, las mejores joyas, el mejor favorito y el mejor príncipe. Por último, para evitar más dilaciones, el Conde de Rutland llegó á Santander con la escuadra que irremisiblemente había de transportar á sus islas al amante *aventurero*.

Conforme se aproximaba el momento de la partida, mostrábase más interesada por el britano la infanta doña María, á pesar de las exhortaciones de su confesor, que frecuentemente increpábala, diciéndola:—«*¿Sabe V. A. qué desdicha y qué maldición tan grande persigue á V. A.? Cuando se casare V. A. tendrá todas las noches á su lado á un hombre condenado á las llamas eternas del infierno*».

La misma reacción se notaba en la corte y en el pueblo. Felipe IV se apesadumbraba de dejar ir al Príncipe sin su esposa, y todo se le volvía imaginar recursos para herir la longanimidad del britano á fin de que prolongase algo más su regreso á su país. El Príncipe le ofreció volver por Navidad; pero al momento Olivares y los demás interesados en la destrucción del matrimonio objetaron que, á pesar de todo, la entrega de la señora Infanta no se haría hasta la primavera siguiente. Entretanto los embajadores en Londres insistían, uno y otro correo, en que «*no se dejara salir al Príncipe sin su mujer, ó todo podía darse por deshecho*». Pero como esto era lo que se prometían las influencias puestas en juego desde Roma, Viena y Bruselas, en Madrid ya predominantes, se prestaban oídos de mercader á las indicaciones significativas de Coloma.

El Príncipe dejó al Conde de Bristol sus poderes para celebrar los esponsales cuando viniera el negocio despachado de Roma, y notificándoselo así á Olivares, pidió al Rey licencia para hacer algunas dádivas de despedida. Regaló al Rey un aderezo de espada de brillantes; un brillante de veinte quilates á la Reina, y á la infanta doña María una sarta de doscientas cincuenta perlas de gran tamaño, un áncora con un brillante, que no lo osaron tasar los diamantistas; dos perillas de brillantes para las orejas, y otras dos perlas grandes para lo mismo. Destinó para el infante D. Carlos otro brillante en punta, puesto en una sortija. Para el cardenal infante D. Fernando un pectoral de brillantes topes y una perla pendiente casi como *la Peregrina*. Dió á Olivares el diamante que llamaba *el Portugués* y había pertenecido al rey D. Sebastián. A

la Duquesa de Sanlúcar, su mujer, una cruz de brillantes grandes, y otra á su hija doña María de Guzmán. Por último, repartió joyas de brillantes entre las camareras mayores Duquesa de Gandía y Condesa de Lemos, y al Duque del Infantado, al Marqués de Belmonte, al Marqués de Flores Dávila, al almirante de Castilla, al Marqués de Mondéjar, al Duque de Híjar, al confesor del Rey y al obispo de Segovia. A los gentiles-hombres de la cámara obsequió con sendos diamantes, y al Conde de Gondomar con una sortija de 2.000 escudos; con sortijas de dobles piedras á los consejeros de Estado; con cadenas de oro y cincuenta y seis mil reales en dinero á cada uno de los catorce pajes del Rey; con sortijas y cuatro mil escudos á los archeros; á Melchor del Alcázar, por su ingenio, con una joya, y al Conde de la Puebla del Maestre con una cadena de mil ciento diez y siete brillantes, y una joya de cuarenta y siete con un retrato suyo. Estimóse todo lo que dió el Príncipe en 600.000 ducados. La reciprocidad de los obsequios era inexcusable. Como el Príncipe había mostrado gran afición á las pinturas y objetos de arte y no había dejado en la almoneda del Conde de Villamediana y en toda la Corte cosa de estima que no se llevara, el Rey le regaló una *Venus* de Tiziano, una *Virgen* de Correggio y en Valladolid otra *Madonna* de Rafael de Urbino, pinturas de Miguel Angel y la fuente de alabastro que el Gran Duque de Toscana envió por dádiva al Duque de Lerma, durante el ministerio de éste con Felipe III. Olivares también le cargó de cuadros italianos, flamencos y españoles, y en caballos y armas llevóse el Príncipe una riqueza. Los Condes de Carlisle, de Arundel, de Denbigt y el Barón de Hamilton, otros tres consejeros ingleses y varios caballeros de aquel reino obtuvieron regalos proporcionados á su posición respectiva. Solamente los del Conde de Carlisle ascendieron á más de 6.000 ducados, en que se valuaron doscientos botones de diamante que le dió el rey Felipe IV. Además, de orden de S. M. y bajo el cuidado del Conde de Barajas, del licenciado Diego Francisco de Garnica y de Juan de Qui-

ñones, se sirvieron á S. A. para el viaje: dos mil gallinas, dos mil pollos, dos mil pichones, quinientos capones, doscientos cabritos, cien carneros, cincuenta terneras, doce vacas, cincuenta perniles de cerdo, cincuenta barriles de aceitunas sevillanas, cien pellejos de vino, cincuenta pipotas de conserva, doce pellejos de aceite, ocho pellejos de vinagre y otros efectos á este tenor.

Antes de su salida cuidó el Príncipe de que nadie quedase quejoso de su exquisita urbanidad, y mandó que se visitara, sin excepción, en su nombre, á todos los de la Junta de Teólogos, dándoles las gracias. El 7, en presencia del Consejo de Estado, y en manos del Patriarca de las Indias, juró S. A. sobre los Santos Evangelios las capitulaciones matrimoniales y los artículos de Convención, y después los juró el rey D. Felipe. A la tarde siguiente fué S. M. en público con el Príncipe. La gala era de negro y joya con la tristeza de la despedida. La infanta María no se puso joya ninguna. La Reina y la Princesa, que así se la seguía llamando, fueron acompañadas de todos los señores de la corte, embajadores, damas, dueñas y meninas, y salieron fuera de la tarima á recibir al Príncipe. Despidióse de la Reina en voz alta y sin intérprete, hablándola en lengua francesa, por la cual también se daba á entender con la infanta doña María. Gran rato se la permitió hablar esta tarde con ella, retirándose después uno y otro con viva y manifiesta efusión de ternura. Besaron la mano á la Reina y á la Princesa todos los caballeros ingleses; y á la despedida asistieron el Duque del Infantado y el Conde-Duque de Olivares al lado del Príncipe, y el Duque de Buckingham y el Conde de Bristol al del Rey.

La Corte entera se dispuso á hacer al Stuart los honores, trasladándose al Escorial, primer punto de parada, cuantos carecían de puesto propio en la comitiva del Príncipe. Olivares mandó le acompañasen hasta Barajas á los doce gentileshombres de su servicio personal, todos bien aderezados y á caballo. Salieron á despedirle del mismo modo el cardenal Za-

pata, el Marqués de Aytona y el Conde de Gondomar, por consejeros de Estado. Toda la casa del Rey, con oficios doblados, á cargo del Conde de Barajas, y una comisión de caballeros de Calatrava y Santiago, y los guardias españoles y alemanes fueron con el Príncipe hasta Santander, punto de embarque.

El mismo día de la salida de Madrid la Infanta escribió una tiernísima carta al rey Jacobo dándole la noticia. Esta carta iba impregnada de verdadera unción de amor filial.

La Reina y doña María también bajaron á despedir al príncipe Carlos hasta el término de la jurisdicción de Madrid. El Rey se empeñó en acompañarle hasta el Escorial, pero el Príncipe no lo permitió. Olivares, en su mismo coche con Buckingham, Bristol y Gondomar, siguió la marcha hasta aquel real sitio.

Nueve días duró el viaje, por las detenciones en las ciudades del tránsito, donde Carlos recibió los homenajes del mayor respeto. De Santander se adelantaron á recibirle sir Thomas Somerset y sir John Finett, enviados por el conde de Rutland. Ya á bordo el Príncipe de Inglaterra, obsequió con un gran banquete á los que le acompañaron. A los brindis envió un recuerdo «*al Rey y á la Reina de España y á la Princesa de Gales*». Entonces disparó la artillería, y á poco la escuadra inglesa levó anclas, llevando la insignia real el navío almirante *Prince*, donde iba el heredero de la Gran Bretaña. Otro navío, el *Saint George*, conducía á bordo á D. Diego Hurtado de Mendoza, señor de la Corzana, embajador extraordinario que tenía el encargo de felicitar en Londres al rey Jacobo por el feliz regreso de su hijo.

Un inmenso número de personas había concurrido á Portsmouth á aclamar al heredero de la corona á su arribo al primer puerto británico. El entusiasmo llegó al frenesí cuando le vieron. Pero en Londres no tuvo comparación. Aunque corrió bien la posta, hasta el 16 en la noche no llegó á la ciudad. El Arzobispo de Cantorbery, al divisar las carrozas, mandó echar

las campanas á vuelo, y á poco todo el pueblo de la capital se arrojó á las calles. Se encendieron en todas ellas luminarias, de alegría, tanto más íntima cuanto que las vejaciones de que era voz común había sido objeto el Príncipe en Madrid á causa de Roma, Viena, Bruselas y Olivares, habían enajenado á España las simpatías hasta de los que hasta entonces fueron resueltos partidarios de nuestra nación. Así, pues, cuando muchos se preguntaban:—*¡Y bien! ¿Cuál ha sido el éxito de la aventura con España?*—se contestaba entre vivísimos sarcasmos:—*¡500.000 libras de coste!*

El diligente Luis Valaresso, á quien Calvert en persona dijo el día 5:—«*La vuelta del Príncipe sin la Infanta es indicio infalible del negocio frustrado, habiendo tenido dos impedimentos: la voluntad del favorito y la oposición del Papa*», se apresuró á indagar del mismo rey Jacobo lo que en sustancia hubière. En efecto, después de darle los plácemes por el regreso del heredero le preguntó:—«*¿Se acabará pronto el matrimonio y vendrá la Infanta?*» Con afabilidad le contestó el Rey:—«*Allá queda el embajador Bristol con autoridad para perfeccionar el negocio y celebrar los esponsales con la Princesa*».—«*Verdaderamente*—repuso de nuevo el veneciano,—*en España no se conoce tanto el deseo de la ofensa como la poca voluntad.*»—«*La enfermedad del Pontífice es lo que lo retarda más que la poca voluntad de España*»—le replicó el Rey, y mudó de conversación. Nueva réplica le hizo, sin embargo, Valaresso, y entonces el Rey dijo:—«*El Rey de España echa toda la culpa á Olivares*». Y el veneciano concluyó diciendo:—«*El desembarazarse con los ministros es siempre cosa de los reyes de España*».

No podía darse una situación más tirante, así de Corte á Corte como entre el rey Jacobo y el pueblo británico. Justo es confesar que el escocés, aunque ya anciano, la conllevaba con una prudencia extraordinaria, evitando así tantas ocasiones de fácil ruptura en medio de tantas consideraciones de precisa contemporalización. La opinión no hacía más que observar, interpretar y formar los cálculos, que después divulgaba como

hechos de absoluta veracidad. Los que tenían por cierto un día que el Príncipe no volvía ni apasionado ni del todo enemigo de los españoles, y que cabría arreglo, otras veces eran de parecer que el Príncipe se hallaba melancólico, taciturno y reservado, y que, aunque no amaba á los españoles, luchaba con el amor á la Infanta y estaba dispuesto á esperar hasta Marzo el éxito de las negociaciones en Roma. No era extraño en el Príncipe tal estado de incertidumbre. Las noticias que de Madrid llegaban convenían todas en que, desde la partida de don Carlos, la Infanta se mostraba muy apesadumbrada y que había pretendido vestir de obscuro, si bien no se lo consintieron.

Bristol, que fué á Londres poco después que el Príncipe, sostenía la esperanza del negocio; pero Buckingham mostraba ahora la más viva oposición á que se celebrara. No era sólo por contradecir á lord Digby, ni porque recordase su enemistad personal con Olivares. Al volver á Inglaterra había sido objeto de insinuantes atracciones, así de parte de los holandeses y de los puritanos como de los anglicanos. Y aunque se mostraba entre unos y otros indeciso é indiferente, notaba con íntima satisfacción que su popularidad crecía á medida que dejaba traslucir mayor aversión contra España. Mas como hablase mucho, mal y en público de este país, tuvo serios disgustos con el Rey, que todavía alimentaba un resto de esperanza.

Ya había logrado Buckingham introducir la duda en el ánimo de Carlos, á quien en absoluto dominaba. Inducido por él, el Príncipe apeló al consejo de doce de los ministros y magnates de mayor suposición sobre el matrimonio y sobre el Palatinado. Buckingham expuso el estado de las negociaciones que se habían practicado, descubrió la doblez de los españoles y la situación desesperada del asunto. Entonces el Consejo deliberó y acordó que se fueran aflojando las relaciones con España de parte de Inglaterra hasta esperar el resultado de las promesas hechas, así sobre el casamiento y la restitución al

Palatino, como sobre el acomodo del primogénito de éste con la hija del Emperador. No se ignoraba que sobre este negocio Baviera trataba de arrojarse en brazos de la Francia y Venecia; pero con esto probaría á España su buen deseo si lograba superar los obstáculos que de aquí nacían. Por su parte, el rey Jacobo, apenas el de Gales llegó á Londres, escribió al conde Federico y á lady Isabel preguntándoles su opinión sobre el matrimonio propuesto por España, aunque á condición de que el hijo que había de casar quedaría en Bruselas al lado de la infanta Isabel Clara Eugenia. Mas cuando los condes proscritos contestaban al Rey que estaban dispuestos á obedecerle, en cuanto estuviesen seguros de la recuperación de sus Estados, correo que de Alemania vino, trajo la noticia de que había sido reconocido el Duque de Baviera elector por todos los príncipes, y otro correo de España anunciaba á la vez que con motivo del bautizo de la hija que la reina Isabel de Borbón acababa de dar á Felipe IV, al embajador imperial que negociaba el casamiento de la infanta doña María, la presunta Princesa de Gales, con el archiduque heredero, se le había concedido el Toisón de Oro.

Estas noticias acabaron de desconcertar á los britanos. A Digby se transmitió orden de no hacer uso del poder que se le había otorgado para celebrar los esponsales, y aun después se le retiró de Madrid. Con esto quedaron terminados los enlaces de España, ruptura que á Francia vino admirablemente, pues no era quien menos la había trabajado bajo dos puntos de vista diferentes: el uno, político, contra España; el otro, de mayor ventaja para sí, pues que insistía en llevar, como en efecto llevó, á madama María Enriqueta, hermana de Luis XIII, al trono de Inglaterra. Ni por un momento había perdido una esperanza que acariciaba de antiguo. Así, pues, cuando lord Hay pasó á París á disculpar al Príncipe de Gales, ya procuró impresionarle muy desagradablemente sobre el matrimonio de España, haciendo se interesase por la unión de Inglaterra con Francia. Vigilante después sobre todas las

vicisitudes que presentó el asunto del enlace, infinitos embarazos le suscitó en Roma, en Viena, en Bruselas, en Madrid, y sobre todo con el Duque de Baviera, en cuyo reconocimiento de la dignidad electoral por parte de los electores protestantes influyó como ninguno. Con sagaz solicitud atisbaba las perplejidades del partido católico y español en Londres, mientras atizaba contra España al puritano para que se inclinara aquél del lado de la balanza francesa, y así consiguió que los católicos ingleses acusasen á España de haber puesto al catolicismo en Inglaterra en grandísima ruina, y que aficionándose poco á poco á la idea del matrimonio francés, empezase á circular un manso rumor de posibilidad, aunque Valaresso decía de la Francia que *in universali non si è inclinatione.*

La habilidad francesa venció al cabo á la muerte de Jacobo estas asperezas, y constante en su propósito logró llevar al tálamo de Carlos Stuart á la princesa María Enriqueta, que en el Vaticano no debía ser considerada princesa menos católica que la infanta española doña María. Mas entonces no usó Roma para conceder las dispensaciones los repulgos que con España, y á los políticos atentos pareció el colmo de la desvergüenza y el descoco de parte de la curia pontificia que las licencias para este matrimonio se hicieran basar ahora en las mismas razones políticas y canónicas del padre jesuíta español Juan de Montemayor, que para el caso de la infanta doña María no parecieron válidas á los escrúpulos romanos.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

(Concluirá.)

ESTUDIOS ARTÍSTICOS

CANCIONEROS DE AMOR

A poco de rastrear en la lírica española de la centuria última, sobre todo en los cantos amorosos de los cuatro grandes poetas de entonces, se percibe claramente, á pasos contados, el curso de la decadencia de raza, el desmayo del brío pasional, ímpetu heroico en el amor á la patria unas veces, en otras romántico delirio del querer exaltado por la mujer, que lentamente, en una crisis honda del espíritu nacional, va perdiendo su vigor subjetivo y hasta el bravo acento con que se expresaran, en versos que rebosaban alma y vida, más que estados psicológicos individuales, las conmociones del sentimiento en todo un pueblo.

Son, dentro de cada período de tiempo, los poetas los que mejor acusan la evolución de la psicología nacional. El alma de ellos responde por entero á la presión del alma colectiva. Generalmente el subjetivismo poético de los grandes líricos, á mi entender figuras representativas en momentos históricos bien determinados, es un reflejo, una proyección del sentir pleno de una raza que halla en los versos de los poetas un escape á su propio cavilar interno y á su más íntima sentimentalidad expansiva. Bien mirado, los poetas no ponen más que el arte, la forma expresiva en que el alma de las muchedumbres se exterioriza con sus intensas fiebres ó con sus desmayos decadentes.

A través de las canciones amorosas de los cuatro grandes líricos que, en el siglo último, en España han sido, se advierte la huella del doloroso declinar de la raza. El curso de nuestra flojedad espiritual en aumento está bien señalado. El grito de pasión ardorosa que suena en los versos de Espronceda, al correr de algunos años truécase en la queja irónica de Campoamor y en aquel su bello gesto de filósofo que burla, riendo y llorando al mismo tiempo, la inconstancia y vanidad de los más hondos afectos humanos. De un poeta á otro, ¡qué larga distancia! Todavía en el autor de *El diablo mundo* hay ímpetu pasional, sacudimiento de los nervios y enérgicos golpes de la sangre, un aliento de mocedad bravía que va dejando en las estrofas pedazo á pedazo el corazón. Hasta el dolor espolea los bríos de su alma y hace vibrar más fuerte el acento de su lírica hinchada de violentos apóstrofes y de desesperaciones trágicas. El amor llega en Espronceda á la máxima exaltación. Es desordenado, es impulsivo. Poco tiene de espiritual é idealista. Es sed que acosa los deseos y hace estremecer calenturienta la carne. Hasta cuando llora, recordando las venturas idas y los cariños muertos, secos en flor, el canto es bravío, atormentado, como si arrancara de la raíz misma de las entrañas doloridas.

Todo el sér sufriendo, con angustia irreparable, cobra voz en los versos amorosos de Espronceda. «Nací con una llaga en el alma», pudiera decir á tenor de una célebre frase. Siempre se exalta, se queja y se revuelve con ímpetu violento.

En el canto á Teresa el dolor deja un rastro de lágrimas corrosivas. Es sádico, profundamente amargo y cruel, como si se complaciera en revolver las heces de sus amores frustrados y en aventar las cenizas de sus ilusiones desvanecidas. Al recuerdo de la amada muerta, tremante el alma de emoción, derrama el poeta todo el raudal de su ternura, que presto se agota, para acabar con una mueca de un desdén desoladamente trágico. Sobre el divino lloro de sus primeras estrofas hace que al final estalle la carcajada con que ríe su propio dolor en-

conado y ahoga el grito lastimero de duelo el corazón sangrando en llaga viva.

Como si quisiera olvidar penosas memorias que no hacen más que ensanchar la herida, exclama en son de lastimosa súplica:

¿Por qué volvéis á la memoria mía,
tristes recuerdos del placer perdido,
á aumentar la ansiedad y la agonía
de este desierto corazón herido?

Son los recuerdos siempre crueles. Resuenan con eco pavoroso en un corazón vacío, como voces que se agrandan á lo largo de los patios y salones en las viejas casas desiertas. La fuente viva rezuma el agua á través de la roca; el dolor hace asomar el llanto á los ojos. Mas ¿y cuando el corazón ya no llora? Es la pena mayor. Surge entonces, como un treno doliente, el aye del alma que pide para sus padeceres inconsolables generosas misericordias.

Así solloza el poeta:

¡Oh Teresa! ¡Oh dolor! Lágrimas mías,
¡ah! ¿dónde estáis que no corréis á mares?
¿Por qué, por qué, como en mejores días,
no consoláis vosotras mis pesares?

Luego añade, como crucificado expiando el pecado de amar:

¡Oh! Los que no sabéis las agonías
de un corazón que penas á millares
¡ay! desgarraron, y que ya no llora,
¡piedad tened de mi tormento ahora!

Lastimado al ver el mundo sordo á su queja que pide compasiones, el dolor del poeta se exalta, pierde su acento conmovido, y la voz, antes mojada en lágrimas, estalla en ronco clamor de cólera.

Huíd, si no queréis que llegue un día
en que, enredado en retorcidos lazos
el corazón, con bárbara porfía
luchéis por arrancároslo á pedazos;
en que al cielo en histérica agonía
frenéticos alcéis entrambos brazos
para en vuestra impotencia maldecirle,
y escupiros tal vez al escupirle.

Recoge su espíritu en lo más íntimo, para saborear á solas el dolor que lo atormenta. Nada tan cruel como ese padecer callado, intenso, que ahoga con violencia enterrándolo en el fondo del pecho. Produce la sensación de espanto de un sér vivo sepultado á rigor bajo tierra.

Yo escondo con vergüenza mi quebranto,
mi propia pena con mi risa insulto,
y me divierto en arrancar del pecho
mi mismo corazón pedazos hecho.

Forzado así á una alegría que no siente, el dolor cambia su gesto de espanto por una mueca de desdén, y el grito de la entraña desgarrada, al asomar á los labios, se convierte en una frase de trágica ironía.

Truéquese en risa mi dolor profundo...
Que haya un cadáver más... ¿qué importa al mundo?

Sólo un alma henchida de amor impetuoso expresa tan fuertes y contradictorias emociones. El sentimiento es el mismo, pero va cambiando, al intensificarse ó serenarse, de acento y de ímpetu.

Nótase en los cantos amorosos de Espronceda siempre una crisis de dolor que impone las crueldades del vivir. Tras la exaltación febril, en que todo su sér sufre, viene el sedante desmayo que no es un sosiego definitivo, paz del alma y reposo de los nervios, sino cansancio penoso, enervamiento por

desgaste de energías, fatiga espiritual en que se advierte una resignada tristeza.

¿A dónde dirigir, con el doliente corazón, los cansados ojos? Si mira á la tierra buscando á Teresa, su amada mujer, al instante

> Pára allí su carrera el pensamiento,
> hiela mi corazón punzante frío,
> ante mis ojos la funesta losa
> donde, vil polvo, tu beldad reposa.

Si levanta al cielo la mirada, queriendo hallar en la inmensidad azul, por donde puede derramarse libre el espíritu, un consuelo ideal, al fijarse en una estrella, lucero misterioso y triste, siente su corazón turbado, al recuerdo de venturas idas y de amores que murieron. Asocia siempre á cada imagen real del momento otras que pasaron, fijo y tenaz siempre en su alma un dolor que nunca acaba.

> Mas hoy miro tu luz casi apagada,
> y un vago padecer mi pecho siente:
> que está mi alma de sufrir cansada,
> seca ya de las lágrimas la fuente.

Resignarse al dolor es el único consuelo que halla.

> Yo indiferente sigo mi camino
> á merced de los vientos y la mar,
> y entregado en los brazos del destino,
> no me importa salvarme ó zozobrar.

Es de un carácter sensual, tormento de la carne, el amor en los versos de Espronceda. Acosado de deseos, el poeta canta á la mujer con enérgico grito de pasión impulsiva.

Pone en las estrofas no sólo sed ardiente del alma, que ansía goces, sino que también lleva á ellos la crispación de los nervios en rebeldía, sensualmente espoleados. Por eso quizás entrañan los versos esa fuerza, esa masculinidad bravía, que re-

vienta en enérgicos apóstrofes, gallardas exaltaciones del instinto.

Canta á Jarifa en una orgía, y á través de las estrofas de esta canción van á saltos sus ideas y sus emociones, en una lucha que riñen en lo más hondo de su espíritu.

Primero la llama con sed de goce y ansias de olvido.

Trae, Jarifa, trae tu mano;
ven y pósala en mi frente,
que en un mar de lava ardiente
mi cabeza siento arder.
Ven, y junta con mis labios
esos labios que me irritan,
donde aun los besos palpitan
de tus amantes de ayer.

Pronto pasa el deseo, y la inquietud carnal de antes se torna asco espiritual.

Huye mujer, te detesto;
siento tu mano en la mia,
y tu mano siento fría,
y tus besos hielo son.

En dolorosa cavilación, piensa que las grandes ilusiones de la vida son engaños no más. Mentiras la hermosura, el placer, hasta el amor. A la postre asalta al poeta el triste convencimiento de que se malogran todas las esperanzas y que caen fallidas las más venturosas ambiciones humanas.

La virtud, la gloria, el cariño de mujer sobre el haz de la tierra, son «hediondo polvo y deleznable escoria». También el poeta ha buscado esas imágenes fascinadoras, soñando dichas y triunfos.

Y encontré mi ilusión desvanecida,
y eterno é insaciable mi deseo:
palpé la realidad y odié la vida;
sólo en la paz de los sepulcros creo.

Luego, como si en el aturdimiento del vivir frívolamente alegre quisiera encontrar un reposo, que en vano ha buscado en la piedad ajena y en el olvido del propio sufrir, vuélvese con clamor angustioso á la impura mujer, también caída en desdicha, llamándola con voces compasivas de súplica.

Ven, Jarifa, tú has sufrido
como yo, tú nunca lloras;
mas, ¡ay triste!, que no ignoras
cuán amarga es mi aflicción.
Una misma es nuestra pena,
en vano el llanto contienes...
Tú también, como yo, tienes
desgarrado el corazón.

Frente á este tormentoso delirar de Espronceda, que responde á la fiebre de una pasión intensa, surge otro poeta del amor, Becquer. Sus canciones amorosas acusan un espiritualismo tranquilo, una alta y casi plácida idealidad. Las estrofas son impasibles en este poeta, y apenas acusan un vago desencanto del alma, que no engendra un dolor desesperado, sino una melancólica tristeza.

Aquel acento de brava cólera en que estallaban los versos de Espronceda se encalma, con sosiego espiritual, blando, en las rimas de Becquer. Un dolor manso, que ni gesticula ni grita, se esconde en el fondo de ellas. Humilde y en silencio, apenas acierta á quejarse. No llora con roncos sollozos como el cantor de Teresa. Gime, con largo lamentar de amores.

Para amar á la mujer, Becquer la despoja de su encarnadura material, la idealiza, la convierte en visión poética, ante quien rinde su alma de rodillas.

¿Qué es poesía?, dices mientras clavas
en mi pupila tu pupila azul.
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía... ¡eres tú!

Sobre este concepto poético acerca de la mujer, insiste en otra ocasión.

Mientras exista una mujer hermosa
habrá poesía.

La belleza plástica de la mujer seduce los entusiasmos del poeta, despierta en él un sentimiento admirativo, todo serenidad y devoción estética, sin que nunca un deseo carnal estremezca las estrofas con vibración calenturienta.

No mira al alma. Bajo la transparencia de las aguas, cuando los ojos contemplan el azul hermoso que nos hace soñar, ¿quién se entretiene en escudriñar el cieno que ocultan en el fondo? En un cuerpo gentil de mujer, ¿por qué empeñarnos en escudriñar las miserias del alma? Sería perder todo encanto, la ilusión mejor, como niño que destroza una muñeca.

¿A qué me lo decís? Lo sé; es mudable,
es altanera y vana y caprichosa;
antes que el sentimiento de su alma,
brotará el agua de la estéril roca.
Sé que en su corazón, nido de sierpes,
no hay una fibra que al amor responda;
que es una estatua inanimada... pero...
¡es tan hermosa!

Admira, y por ende ama con querencia ideal, la forma, la expresión, línea y color, que constituyen la belleza externa de la mujer. A más, estima en ella ese poder de sugestión, ese aire poético que despierta en las almas cálidas emociones, ese trémulo desperezar del sentimiento, que torna á los hombres, ante la hermosura femenina, amantes y poetas.

Cruza callada, y son sus movimientos
silenciosa armonía:
suenan sus pasos, y al sonar, recuerdan
del himno alado la cadencia rítmica.
. . . . . .

¿Que es estúpida? ¡Bah! Mientras callando
guarde oscuro el enigma,
siempre valdrá, á mi ver, lo que ella calla
más que lo que cualquiera otra me diga.

La humana encarnadura de mujer poco á poco la espiritualiza, transformándola en imagen ideal, en visión poética, que vive, más que en el corazón, en la memoria.

Te vi un punto, y flotando ante mis ojos
la imagen de tus ojos se quedó;
. . . . . .
Adondequiera que la vista fijo
torno á ver tus pupilas llamear;
mas no te encuentro á ti, que es tu mirada:
unos ojos, los tuyos, nada más.

Esta inmaterialización poética entraña un sugestivo encanto singular. Acosa el ansia de lo imposible, una infinita sed de lo ideal, siempre inasequible á la eterna aspiración de las pasiones humanas.

—Yo soy ardiente, yo soy morena,
yo soy el símbolo de la pasión;
de ansia de goces mi alma está llena.
¿A mí me buscas?—No es á ti, no.

—

—Mi frente es pálida, mis trenzas de oro,
puedo brindarte dichas sin fin;
yo de ternura guardo un tesoro.
¿A mí me llamas?—No, no es á ti.

—

—Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible:
no puedo amarte.—¡Oh, ven, ven tú!

Por estas transformaciones espiritualistas que hace el poeta, corre á través de sus versos un soplo de amor imaginativo,

una querencia ideal, ajena á las impurezas de la realidad y á las miserias de la vida. Es un amor de ensueño, que en su misma vaguedad encierra el mayor encanto; un desborde poético, que se remonta á la más alta idealidad.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy á tocarte te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul.

. . . . . .

¡Yo que á tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día;
yo que incansable corro, y demente
tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!

Este amor imaginativo tiene la fuerza de un amor con pleno corazón. Idénticos sobresaltos, las mismas angustias, la propia desolación trágica lo caracterizan. Tanto ha arraigado en el alma del poeta, que toda visión real, cualquiera figura humana, la transforma idealizándola, y todo amago de sed amorosa pierde el brío de pasión carnal, convirtiéndose en un vago anhelar, en una doliente inquietud interior, temblor espiritual ante el misterio y lo imposible. Es el ensueño quizás una vida superior de los espíritus, y ese amor imaginativo una pasión más torturante por ser entonces irrealizable el deseo.

Becquer es propenso á estas idealizaciones de la mujer. Ya hemos visto al poeta adorador de la forma corpórea, belleza plástica que riude los sentidos y acosa ardientemente al alma. Mas cuando quiere amar á la mujer con amor de espíritu, la inmaterializa, la presta aspectos indecisos de visión poética.

Me aproximé á los hierros
que defienden la entrada,
y de las dobles rejas en el fondo
la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen
que en leve ensueño pasa,
como rayo de luz, tenue y difuso,
que entre tinieblas nada.
Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma.
¡Como atrae un abismo, aquel misterio
hacia sí me arrastraba!

Ama, pues, el poeta seres de fantasía que crea él mismo.

Yo no sé si ese mundo de visiones
vive fuera ó va dentro de nosotros;
¡pero sé que conozco á muchas gentes
á quienes no conozco!

Quizás donde más intensamente da Becquer la impresión poética de ese su modo singularísimo de sentir el amor sea en aquella evocación idealista con que termina su colección de *Rimas*.

Pocas veces la musa española alcanzó tan altos vuelos de inspiración.

Sustráese el poeta, por una elevación gallarda de su espíritu, á la visión real, y á lo inmaterial le presta una vida extraña, de ensueño, toda idealismo y poesía.

En la imponente nave
del templo bizantino,
vi la gótica tumba, á la indecisa
luz que temblaba en los pintados vidrios.
Las manos sobre el pecho,
y en las manos un libro,
una mujer hermosa reposaba
sobre la urna, del cincel prodigio.

La piedra muerta, ¿qué emociones vivas y qué ideas despierta en el poeta?

La contemplé un momento,
y aquel resplandor tibio,
aquel lecho de piedra que ofrecía
próximo al muro otro lugar vacío,
en el alma avivaron
la sed de lo infinito,
el ansia de esa vida de la muerte,
para la que un instante son los siglos.

Como si, fatigada, se rindiera la imaginación después de volar, ansiosa, febril y amando, por la región de los sueños, y al tornar á la caliente realidad, en la plena conciencia ya de la vida, el espíritu del poeta aun se revuelve suspirante, inquietado de la sed de un más allá imposible, y exclama con honda tristeza, tan honda, que ni siquiera se desgarra en lágrimas. Es una tristeza mansa, sinceramente íntima, que con el más resignado silencio oculta su amargo sabor y su cruel intensidad.

Cansado del combate
en que luchando vivo,
alguna vez recuerdo con envidia
aquel rincón oscuro y escondido.
De aquella muda y pálida
mujer me acuerdo, y digo:
¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Pronto este vago anhelar espiritualista de Becquer, como antes el ímpetu pasional de Espronceda, pierde todo son y todo rastro en la lírica española. Llega entonces el verso musical de Zorrilla, donde el amor vibra y canta también, pero á flor de alma. No arranca con raíces profundas de lo más íntimo del corazón, como en Espronceda, ni atormenta con calentura imaginativa, delirar doloroso del espíritu en horas de ensueño poético, como en Becquer.

En Zorrilla, el amor es plácido: ni padece ni se subleva. Sus canciones se aduermen con arrullos de serenata morisca

al pie de un ajimez árabe ó con música trovadoresca, galante y amable, que vela el sueño con rumor de amores, de alguna gentil castellana.

Conserva la lírica de Zorrilla, por un remozamiento en su espíritu de un atavismo árabe, el culto por la mujer, en lo que ésta tiene plásticamente de bella, sin que esa adoración sensual roce el corazón, interesándolo en un amor fuerte, donde se pone el alma entera, amor que dura una vida y hasta pretende, con fe espiritualista, remontar su curso breve, perdurando más allá del polvo de la muerte. Mas, el sentido cristiano que inspira las canciones del poeta alivia éstas de toda sed carnal, exaltada y bravía, conteniendo las pasiones bajo una rígida disciplina interna.

Fluctúa el poeta entre el sensualismo oriental y la austera espiritualidad cristiana. Por ende, en su lírica no sobra el brío de la pasión y carece de un vigoroso idealismo de amor de amar. Á ratos las dos corrientes de inspiración que conmueven el alma del poeta dejan huella en su lírica.

Dueña de la negra toca,
por un beso de tu boca
diera un reino Boabdil;
y yo, por ello, cristiana,
te diera de buena gana
mil cielos, si fueran mil.

Enardecido, con ansia de goces, bajo la sacudida de los nervios, siéntese el poeta arrastrado por la pasión carnal, cantando con acento epitalámico:

Permite, dulce embeleso,
que mis labios en tus labios
pongan un ardiente beso
que se oiga en el corazón;
que la mente del poeta,
en su entusiasmo violento,
beba en tu mirada inquieta
la fogosa inspiración.

Grita la sangre en esa estrofa con anhelante súplica. Mas presto, el goce saciado, llega el desencanto, y con el gesto de asco, la mueca con que los sentidos fatigados expresan la hora del implacable hastío.

Yo bebia el amor hasta apurarle
de unos impuros labios de carmín,
que me enseñaron ¡ay! á desearle
y me le hicieron detestar al fin.

¿Qué rastro deja en el poeta este amor vencido? De ser un temperamento impulsivo con enérgicas rebeldías, como Espronceda, sentiríase arrastrado á la desesperación que grita sus cóleras; de ser un espiritualista, tocado de un extraño misticismo poético, como Becquer, lo llevaría á un doloroso desasosiego interno, con espantosos caracteres de padecer irredimible.

No siente el vacío en el corazón Zorrilla, aun extirpado de raíz el amor. Se acoge entonces á los cariños viejos, los remoza y los intensifica. Un estado de sentimentalismo, en que hay mucho de piedad y arrepentimiento, surge entonces, borrando las carnales imágenes y los recuerdos de goces ya idos en el alma del poeta. Es que el corazón no ha muerto. Por el contrario, entre la escoria de las perfidias de mujeres y el escombro de las pasiones en ruina, un aire juvenil refresca el alma, la limpia bañándola en lágrimas. Son los cariños viejos que retoñan, los recuerdos felices que, como los pájaros de antaño, tornan á cantar hogaño en los nidos. La pía memoria de la madre inunda de emociones cálidas el espíritu del poeta. ¡Sacro revivir del amor que nunca muere!

Dicen que todo al fin se desvanece,
todo pasa, se olvida, pierde y borra...
Yo no soy infeliz, mas vivo triste,
y un torcedor arrastro en mi memoria.

Delante la vida, con sus incertidumbres y angustias, buscando un poco de calor para el corazón yerto, que se muere

de dolor y frío, complácese el poeta en rememorar el pasado, evocándolo con toda su ventura y poesía de días lejanos que para siempre pasaron.

¿Qué os hicisteis, dulcísimos instantes
de mi infancia gentil? ¿Dó están ahora
los labios de coral que me colmaron
de blandos besos que mis ojos lloran?
. . . . . .
Era ¡ay de mí! mi madre, alegre entonces,
tranquila, amante, como el alba hermosa:
jamás me ha parecido otra hermosura
tan digna de vivir en mi memoria.

Como si al conjuro poético la sombra querida, por el espíritu evocada, tornase á la realidad del vivir, por lo menos en la imaginación del poeta, con formas corporales y calor de dentro, cambia el giro de las ideas y el carácter de las emociones.

¡Mas tú inconsolable lloras,
sin atender á mis voces!
Mi vida, ¿no me conoces?
¿Tan mudado, madre, estoy?
¿Tan pronto borrar pudieron
mi rostro las desventuras?
¡Bebí tántas amarguras!...
Pero al fin, madre, yo soy.

No es el mismo. A lo largo de la existencia ha ido el poeta dejando amores é ilusiones en un otoño del alma. Sólo queda en su corazón un poco de calor afectivo, cariños sin acosos de pasión, una vaga sentimentalidad, fe de vida que dan, en las horas de cansancio espiritual, los amores últimos. Ya no resta al corazón del poeta más que la imagen de la madre, al desvanecerse para siempre hasta la memoria de otras mujeres á quienes se amó con todo el sér.

Que es mi pecho tu altar, y aquí tu imagen
nunca pasa, se olvida, pierde y borra,
como pasan, al aire del otoño,
del bosque umbrío las marchitas hojas.

¿Con qué sentimiento fuerte llenar en el alma el vacío que ha dejado el amor?

Un estímulo poderoso de orgullo, conciencia de la propia grandeza espiritual, y el activo espoleamiento de una ambición sin límites que lleva á soñar en glorias inmortales, en vanidades de fama eterna que remonta el curso de los siglos, vienen á sustituir los sentimientos tranquilos que trasmanaban sólo amores. Al dolor de la pérdida de tantas venturas idas sustituye un gran desdén por las dichas transitorias, y hasta por los cariños breves, demasiado fugaces, que presto pasan y no vuelven.

¡Lejos de mí, placeres de la tierra,
fábulas sin color, sombra ni nombre,
á quien un nicho miserable encierra
cuando el aura vital falta en el hombre!
¿Qué es el placer, la vida y la fortuna
sin un sueño de gloria y esperanza?
Una carrera larga é importuna,
más fatigosa cuanto más se avanza.

El poeta vuelca por entero el espíritu en sus versos. Hace larga confesión de todos los impulsos que han movido su corazón en la vida. Sus cantos amorosos los ha empapado, no un sentimiento hondo y sincero, sino un ansia ardiente de gloria. Ha velado sobre los libros, ha cantado al pie de la reja de la mujer amada, ha llorado en cántico doliente, ante la madre, respondiendo nada más que á una inmensa pasión de gloria.

Espíritu superior, desligado de los afectos terrenos, ha querido en alas del orgullo, con aliento prepotente, elevarse sobre las miserias del vivir y sobre la inestabilidad de los afectos humanos. Su arte no es sincero; el subjetivismo de su lírica es forzado.

Todo es una ilusión, todo mentira,
todo en mi mente delirando pasa,
no es esa la verdad que honda me inspira;
que esa lágrima ardiente que me abrasa

no me la arranca ni el temor ni el duelo,
no los recuerdos de olvidada historia.
¡Es un raudal que inunda de consuelo
este sediento corazón de gloria!

Campoamor es el último de nuestros grandes líricos en la centuria anterior. Es el poeta que ha impuesto silencio inquebrantable á su corazón. Filosofa sobre el amor, aparentando por lo menos no sentirlo, pero sí conocerlo, con un dejo de amarga ironía y con un triste desdén. Es un desengañado, herido de un escepticismo risueño que, por no llorarlos, se ríe de los quebrantos sentimentales. Su hastío es mental, plena certidumbre de la farsa amorosa y de la mentira humana. La vida, en todas sus manifestaciones, es para el poeta una gran embustera.

En la lírica de Campoamor predomina el elemento intelectual sobre el emotivo.

Parece como que su corazón calla, y activo, en constante laboreo, el pensamiento á solas vive plenamente.

Así derrama en sus versos el rico caudal de sus ideas, que expresa en un tono tragicómico y con un sabor humorístico singularísimo.

No sólo carece la lírica de Campoamor de la pasión, sino también de la fe amorosa. Burla donosamente el amor, con despiadado descreimiento en su bondad y eficacia. Nada escapa á la ironía del poeta. Cuanto se relaciona con el amor merece su desdeñosa burla. Ningún aspecto espiritual del amor alcanza á recabar sus piedades. Habla de la vanidad de la hermosura, como despreciando la belleza plástica, y á renglón seguido proclama, con sádica crueldad, la vaguedad del placer, al fin liviano y pasajero contentamiento de los sentidos.

Su pesimismo le pone á salvo de todo doloroso sobresalto. En paz el corazón, sin pasionales impulsos, á sangre fría, cavila, interiormente riéndose de ilusiones engañosas y de deseos que hacen infelices á los hombres. Es intelectualmente fuerte.

Hay almas como la mía,
que no aquejan pesadumbres,
y pronto, si las aquejan,
su grave peso sacuden.

Confiesa el vacío de su corazón. ¿Cómo sentir entonces?

Y huyendo del vil rincón
donde al fin seré arrojado,
los ojos metí espantado
dentro de mi corazón.

Mas cuando dentro miré,
mis ojos en él no hallaron
ni un sér de los que me amaron,
ni un sér de los que yo amé.

Afectivamente ha muerto. Ni ama ni es amado. La edad y los quebrantos espirituales han dejado en ruinas su sér.

Las hijas de las madres que amé tánto
me bésan ya como se besa á un santo.

Mas, intelectualmente, el poeta muéstrase cansado. Su espíritu, como tronco añoso sin verdor alguno, está seco.

Hasta de mí el pensamiento,
hastiado y arrepentido
del vivir,
huye cual remordimiento
que del crimen cometido
quiere huir.

Este pesimismo engendra un hastío doloroso. ¿En qué creer? ¿Qué esperar? ¿Á qué vivir? La paz del alma estriba en un *nihil* trágico. Más allá del reposo eterno quizás la fe, del brazo de la esperanza, vaya á buscar el rastro de la dicha que ha huído de la tierra. Ni á la vida, ni al amor, ni al placer

puede pedírseles que devuelvan al alma la alegría. Es cruel y frágil todo amor de mujer.

Si no quieres tu paz ver alterada,
cree mucho en Dios, y en las mujeres nada.

Creyendo en la brevedad del amor, ¿á qué amar? Toda pasión, aun la más intensa, es fugaz. Aun cuando creamos sinceramente que es eterno el cariño que sentimos, cierto es que estamos equivocados. Nuestro propio corazón nos engaña.

¡Mucho le amaste y te amó!
¿Recuerdas por quién lo digo?
Era tu amante y mi amigo.
¡Amaba, sufrió... y murió!
Cuando su entierro pasó
todos te oyeron gemir;
mas yo, Inés, al presentir
que lo habías de olvidar,
sentí, viéndote llorar,
la tentación de reir.

Según el pensar del poeta, el amor es solamente una ilusión. Roto el encanto de ésta, el amor es ido.

Se casaron los dos, y al otro día
la esposa, con acento candoroso,
al despertar le preguntó al esposo:
—¿Me quieres todavía?

Tan cierta es esta convicción, que en otro lugar insiste en el mismo concepto, generalizándolo con implacable ingenuidad.

Se jura amar una existencia entera,
y en un día no más se ama y olvida.
Y ¿cómo remediarlo? Así es la vida,
y jamás ha de ser de otra manera.

Cuando ese amor es carnal, acoso de los sentidos, deseo que espolea todo nuestro sér, presto se hastía también. Ilusión ó deseo, el amor igualmente se va con dolorosa presteza.

Cayó; y al mes siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.

Por cualquier camino que se busque el contento de amar, se hallará siempre la misma dura ley que rige nuestras almas. Cómo noria de pozo que gira incansable, en un eterno trabajo monótono é isócrono, el corazón recoge ilusiones y las arroja de nuevo, sin que la vida se agote. Sólo que el laboreo fatiga, hastía por completo. Querer y olvidar son hermanos. Y este afán que nos agita acaba por insensibilizar el corazón y llevar al cerebro las ideas más pesimistas. No sólo trae la tristeza de no amar, sino también el dolor de vivir.

No tengáis duda alguna:
felicidad suprema no hay ninguna.

No es sólo en el amor activo donde las almas hallan el hastío. Por lo menos, cuando en el pecho bostezan ya aburridos los cariños, todavía en el tedio, en las fatigas del cansancio, se encuentra una tranquilidad relativa, una inercia espiritual que, á pesar de ser penosa, consuela. El alma, como el cuerpo, al reparar las fuerzas, tiene alivio para los quebrantamientos sufridos.

Más triste todavía es, no queriendo, ser querido. El hastío entonces es doblemente cruel. Bien lo dice el poeta:

Conque ¿tienes amores
con una mujer fiel? ¡Horror de horrores!

Una impresión más fuerte de desolación espiritualmente trágica nos da en los versos siguientes:

Sin el amor que encanta,
la soledad de un ermitaño espanta;
¡pero es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía!

La lírica de Campoamor es una negación del amor. Lo escarnece y lo burla en una amarga ironía que al querer llorar sólo acierta á reir.

¡Qué larga distancia desde el acento vibrante de pasión en Espronceda hasta la sonrisa poco misericordiosa que caracteriza las *Doloras* del gran humorista! ¡Cuán honda la crisis psicológica que acusa la evolución en el sentido del amor á lo largo de nuestros cuatro grandes poetas del siglo último!

Es todo un curso que va de la pasión impulsiva, con todas sus exaltaciones y delirios, á la falta de amor, que ni siquiera sabe ya llorar el dolor de tanto hastío.

ANGEL GUERRA

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

INTRODUCCIÓN

DIEGO DE SILVA VELÁZQUEZ

Este nombre era hace cien años escasamente conocido fuera de España, y casi ignorado en Alemania. El ciclo de los grandes pintores parecía cerrado, y nadie hubiera creído que allá en el Sudoeste, en los palacios de Madrid y el Buen Retiro, se ocultase un artista que podía reclamar con pleno derecho un puesto principal entre los dioses mayores.

Velázquez erigió con su arte un monumento imperecedero en aquella Monarquía española que por vez postrera tomaba parte activa en las luchas mundiales. Como ningún otro retrató el carácter español, creando á la vez las formas y el estilo peculiares de su nación. Ya durante su vida fué consagrado como el verdadero pintor nacional, juicio que confirmó después la posteridad definitivamente. Como á Rembrandt en Holanda y á Durero en Alemania, le fué desde luego reservado el primer puesto: el puesto que sólo ocupan los que saben fijar el genio íntimo y el mejor espíritu de su nación. Apareció cuando la decadencia del Imperio de dos mundos se había declarado; pero, según Leopoldo Rankes, «los tiempos de Felipe IV, tan tristes por el desgobierno político y los reveses financieros, revelan quizá mejor que los anteriores el carácter español». Y en efecto, el colorido de esta época es, en cierto modo, más

vivo. No parece sino que el genio de sus pintores y dramáticos ardió con llamarada volcánica, que una vez extinguida sólo había de dejar en torno cenizas y pavesas.

Pero lo que en Velázquez subyuga no es sólo el españolismo de sus obras, que entusiasmaba á sus compatriotas, sino los datos que para la historia etnográfica pueden hallar en ellas los extranjeros. En aquel apogeo intelectual de Alemania, cuando en tan buen hora fueron importadas las creaciones del genio español por poetas de grandes horizontes y afinidad de talento (olvidado lo que en el siglo XVII viniera de España), cuando Federico Schlegel otorgaba á Calderón «la corona diamantina del Parnaso poético», ni siquiera sonaba todavía el nombre de Velázquez, contemporáneo del «Sol de las inteligencias».

En primer lugar, por razones circunstanciales había sido difícil conocer sus obras, si bien algunos datos de su biografía andaban incluídos en los *Abregés* de las vidas de pintores, aunque nunca se vulgarizaron; y aun, de haberse difundido, no hubiera hallado Velázquez en aquellos románticos la calurosa acogida que los poetas contemporáneos del mismo. Es verdad que pintó también cuadros religiosos no exentos de cierto sentimiento propio, y hasta logró ostentar, en el apogeo de su carrera, la Cruz de una Orden de Caballería; pero su cultura artística fué debida á un ambiente contrario esencialmente al espíritu medioeval, y aunque en Roma reunió una colección de reproducciones al yeso de los antiguos, su tendencia fué siempre naturalista.

La casualidad hizo que la vulgarización de sus obras, mejor dijéramos su revelación, coincidiese con el decrecimiento de las corrientes que dominaron en el siglo XVIII y después de la Revolución. Y así aconteció que el hombre olvidado por tanto tiempo fuese objeto de aclamación por los partidarios de las escuelas modernas y modernísimas, que le festejaron como á su profeta, como «al más pintor de todos los pintores». Pero fuera error suponer que su reputación haya sido hin-

chada por sus fanáticos. Su gloria toda la debe á sus cuadros, sin ayuda de reclamos artificiosos. Prueba de ello es el testimonio de las más contrarias escuelas que primeramente le estudiaron.

El que antes reconoció su gran capacidad y sintió respirar el genio en el adolescente fué Pacheco, encanecido en el estudio de los *cinquecentistas*. Y el primero que con entusiasta asiduidad se tomó el trabajo de reunir los datos de su biografía fué un pintor que pudo alabarse de haber propagado en España el barroquismo de los techos italianos á la manera del Padre Pozzo. Pero aquel de sus compañeros que comprendió el alcance de su arte, caracterizándole á fondo y señalándole su lugar en el mapa general de la pintura moderna, no fué otro que Rafael Mengs.

Rafael Mengs, que en sus escritos analizó y alabó infatigablemente á los cuatro corifeos de la pintura italiana, soñó con un renacimiento del arte por la fusión de aquéllos y el estudio de los griegos, siendo así que sus propias obras no revelan más que uno de los últimos y más pálidos eclécticos. Cuando en el año 1761 clasificaba los cuadros del Real Museo, encontróse (no sin cierta emoción, pues al fin era pintor) ante un artista que le era más opuesto que ninguno otro. En lo que el sajón llamaba «estilo natural» halló á Velázquez superior al mismo Ticiano, Rembrandt y G. Gerardo Dow, considerados hasta entonces como portaestandartes de dicho género. Reconoció al creador de un arte de carácter genuinamente personal, debido sólo á su noble talento, sin imitación de modelo alguno, por la exacta observación de la Naturaleza, el mejor maestro de estilo naturalista en su comprensión de la luz y la sombra, del aire entre los objetos (*ambiente*) (1) y de los reflejos luminosos de las superficies. Pintó la verdad, no como es, sino como parece, y por estilo valiente y altanero, con *risoluzione e per cosi dire, con disprezzo*. Mostró la verdad de las cosas visi-

(1) En español en el original.

bles, sin precisarlas ni acabarlas (*sin deciderle*) (1) ni copiarlas mecánicamente.

Así hablaba aquel académico que tenía muy distinto concepto y (en su opinión) más elevado del fin del arte, y que trató de realizarlo con escasas facultades; pero como espíritu de más amplios horizontes (por tal se tenía) fué capaz de comprender la significación de los inferiores en su arte.

Esto que Mengs expresa á su modo era la impresión que Velázquez produjo en sus contemporáneos. Cuando el pintor de Felipe IV expuso en el Panteón de Roma en el año del Jubileo el retrato de su criado Juan Pareja, dijeron los pintores, según refiere un alemán allí presente: «Todo lo demás, antiguo y moderno, es pintura; esto sólo es la verdad». Esta frase tenía en 1650 mucha significación. Expresaba á la vez la intención del maestro. Aun hoy se oye decir algo parecido á los pintores delante del retrato del entonces reinante Inocencio X, legado por este mismo hacía unos veinte años á la «Capital del Arte». De la impresión producida en el autor por esta extraordinaria figura en el año 1867 en la Galería Doria data su inclinación hacia Velázquez, y la primera idea de los viajes y estudios de los cuales procede este libro.

Velázquez pertenece á los maestros que no se pueden comparar con ningún otro. Si quisiéramos encerrar los grandes talentos en una fórmula, caeríamos en un lugar común que no por su énfasis acertaría más á expresar nuestra idea. Según el pintor de Carlos III, era el primero entre los naturalistas. «Si la pintura no fuese sino una segunda creación de la realidad, Velázquez sería sin disputa el pintor más grande.» Waagen, que en su vejez pudo estudiarle en Madrid, vió en él el realismo de la escuela española en su mayor exclusivismo, pero en su más cumplida manifestación. No pudo menos de añadir: «Si se trata de representar al hombre tal como él es, en la más grande realidad de su concepción, con la mayor fidelidad de for-

(1) *Sic.*

mas y colores, con la más extraordinaria pericia de que es capaz un pincel libre y amplio, estoy por decir que le tengo por el más grande pintor que ha existido.» W. Burger ha circunscrito este elogio diciendo: *Le peintre le plus peintre qui fut jamais.*

REALISMO ESPAÑOL

Pudiera creerse, pues, que Velázquez ocupara en el arte español una situación excepcional que, aun teniendo sin duda sus raíces en su temperamento, se explicase por las circunstancias de su vida y por la importación de una doctrina estética del extranjero. Se considera á España como el país por excelencia del romanticismo, pues siete siglos de lucha por la fe habían impreso en ella un *character indelebilis* de devoción y de caballerosidad. Este juicio parece estar justificado por el predominio despótico de su pintura sagrada sobre la profana, predominio caracterizado por el riguroso catolicismo de sus artistas.

Y, sin embargo, ¿cómo podría hombrearse España en pintura religiosa con Italia? ¿Dónde están sus Giotto, sus Fiesole, sus Bellini, sus Perugino? En vano se buscaría un monumento que pueda colocarse al lado de la *Madonna Sixtina,* de la *Disputa* ó de la *Adoración del Cordero* de Gante. Como tampoco hallamos en España un Dante ni un Milton. Posee á Murillo, primero y único, cuyo contenido ideal es comparable á lo que en época anterior constituía el hechizo de Guido, Carlo Dolce y Sassoferrato. Lo que le hace superior á éstos es la feliz introducción de luces, colores y figuras patrias en los asuntos religiosos, impresos de un carácter apacible, amable y dulcemente impulsivo. Lo que en la pintura religiosa de esa nación cautiva, si la observamos atentamente, es, antes que la riqueza técnica, la finura del sentimiento ó la profundidad del símbolo; un carácter de seria y sencilla honradez en el mismo ensueño místico. Las historias de santos no eran sólo un pre-

texto para deslizar episodios encantadores; no tenían reparo en trasladar á su mundo español todo aquel otro mundo con la ingenuidad de la Edad Media. De aquí el carácter á menudo extravagante de esta pintura sagrada, la cual, sin embargo, nos avasalla por su ingenua y vigorosa originalidad, aun en cuadros repulsivos por su sombrío fanatismo; originalidad que ha llevado á algunos á un excesivo aprecio de su valor artístico.

Como en Flandes y en Toscana en el siglo xv, encontramos en las provincias españolas pintores de retablo de cándido realismo aprisionado en los estrechos límites del arte gótico. El italianismo invasor condujo á rápido acabamiento los comienzos de esta pintura popular. Pronto surgió la reacción contra este estilo, pero ya con arte mucho más poderoso. El realismo influyó en el sentido de liberar lo más característico, conduciendo al talento á la fuente de la verdad, ó sea á la naturaleza inmediata. Mas precisamente estos genuinos y vigorosos maestros españoles, que con una sola excepción no habían pasado la frontera, dieron después la vuelta al mundo en la llamada escuela española. Pertenecen al cuadro general de la época de Felipe IV. De todos ellos Velázquez es el más consecuente con el principio, el que posee vista más perspicaz y técnica más poderosa.

España era, desde hacía más de cien años, un Estado en el moderno sentido de la palabra, pero cuya máquina soportaba todo género de restos de la Edad Media. El choque de una inteligencia sobria, antipoética, educada en el clasicismo con aquel mundo de la leyenda, produjo un libro que alguien ha llamado su único libro bueno, sin duda el más maravilloso y regocijado de la poesía española, y tal vez de toda la poesía moderna: los alegres funerales del romanticismo. No había entonces antecámara donde no se hallase un ejemplar del *Quijote*. Este libro cayó como novedad en manos de algunos pintores que más tarde constituyeron lo que se llamó Escuela de Sevilla. Miguel de Cervantes, como Leonardo de Vinci, lla-

maba á la experiencia la madre de la ciencia, y consideraba la Historia como sagrada, «porque ha de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad» (1). Su amplio espíritu poseía una buena dosis de ese racionalismo vulgar que Augusto Schlegel denominó «el repliegue prosaico de su alma poética». Tal repliegue falta raras veces en las producciones españolas. Al lado del pardo rocín del romanticismo trota el asno del sentido práctico popular. Su epopeya era en el siglo XVII el diario de una campaña de Indias que quería ser «el verídico relato de un testigo tomado de la verdad y cortado por su medida» (2).

Como *enfant terrible* se levanta en la cuna de su teatro aquella novela dialogada, *La Celestina,* leída y reproducida más que otra alguna. *El gran tacaño,* de Quevedo, y la literatura picaresca, que en la pintura prolija de los detalles vulgares no ha sido aventajada, pueden considerarse como predecesores de la moderna novela realista, de dudoso porvenir. Mientras el *grand siècle* de los franceses rehabilitaba en todo su rigor las reglas del drama antiguo, Lope iniciaba el Siglo de Oro con una capitulación del gusto clásico, introducido también en España, ante el realismo español, en la comedia bárbara que, como él cínicamente decía, buscaba «el aplauso del vulgo» copiando las acciones de los hombres y las costumbres del siglo (3). Aquellos dramáticos explotaron en infatigable variedad la antigua preocupación del honor, el amor y la lealtad en atrevidos enredos y deslumbrante lenguaje; pero Calderón, el poeta del siglo y de la corte, que el citado libro estudia (4), «poeta si los hubo», además del espíritu de su tiempo, que en muchos puntos dominaba, contiene un cuadro de sus costumbres é indumentaria, de escenas en callejas, iglesias,

(1) *Don Quixote*, I, 21; II, 3.

(2) Ercilla llama á su poema *relación sin corromper, sacada de la verdad y cortada á su medida.—La Araucana*, I, 3.

(3) V. Schack: *Historia del arte dramático*, II, 215.

(4) Se refiere á la obra de Schack citada en la nota anterior.—*N. T.*

parques, palacios y posadas, cual apenas podría contenerse en las crónicas ó memorias más minuciosas y exactas (1).

El poeta de *La vida es sueño* y de *La devoción de la cruz* no sólo era un gran conocedor de la escena, sino del mundo y de los hombres, poseyendo un sano conocimiento de la humanidad, que puede servir de enseñanza á más ilustradas épocas. El defensor de «la nobleza de la pintura» afirmaba asimismo que el pintor no es sino imitador de la gran Naturaleza.

¿De dónde adquirieron los españoles este carácter?

Pudiera creerse que lo tomaron de sus dominadores por el trueque de cualidades que á veces lleva consigo la guerra, aceptando su sentido de la realidad así como el menosprecio del trabajo. Los árabes, dice Dozy, tienen poca fantasía y ninguna inventiva, y en cambio cierta inclinación á lo real y positivo. Los poetas árabes describen lo que ven y lo que sienten, pero no inventan (2). Así llamaba Cervantes á los libros de caballería *libros mentirosos* (3). Si los árabes hubieran podido tener pintores, habrían hecho probablemente fieles retratos, cuadros de caza, fiestas y costumbres, como los que vemos en la Sala de la Justicia de la Alhambra, que, si no estoy equivocado, son de origen español.

Así, puede decirse que el genio de esta nación se había creado una retina, órgano incomparable para la apreciación de las cosas visibles que ningún otro pueblo ha poseído en tal grado, y que reflejaba los objetos como por encanto con tal fuerza y exactitud, sencillez y concentración, ante las cuales el más hábil rompería sus pinceles. ¿Cuál era el arte de Velázquez? Venid y vedlo. ¿Cómo encerrar su complejidad en una frase? ¿A qué emplear conceptos retumbantes, pero huecos? La lengua es insuficiente, porque carece de estos mati-

(1) Adolfo de Castro: Discurso ac. de las costumbres de los Españoles en el siglo XVII, fundado en las comedias de Calderón. Madrid, 1881.—Julio Monreal: *Cuadros viejos*. Madrid, 1878.

(2) *Histoire des Musulmans d'Espagne*, I, 13.

(3) En castellano en el original.—*N. T.*

ces. Si se imaginara la más perfecta descripción de una obra maestra y se le exigiese á un poderoso artista que la condensara en una imagen, no obtendríamos sino una pálida fórmula, y habría que reconocer, sin embargo, que había salido airoso de su empeño.

Es verdad que Velázquez no estaba pródigamente dotado con el dón divino de la fantasía, y que pocos han sido tan sobrios en su empleo. Ninguno buscó menos la ocasión de crear bellezas ni de expresar ideas. Nadie como él se habría resignado á consagrar su vivificante pincel á las órdenes de hombres de problemático valor. Excede en prosa y sobriedad aun á sus mismos afines de tendencia naturalista. A la fría seriedad del observador naturalista parece unir cierta dosis de sequedad propia del cortesano.

Pero creyérase que se propuso demostrar que prosa y poesía, imaginación y realidad pueden rivalizar unidas cuando se toma el arte en serio. Nada cuadra mejor á su sentido del arte que la vieja frase de Durero: «El secreto del arte está encerrado en la Naturaleza, que lo entrega al que sabe arrancárselo». Alguien le ha llamado el secretario particular de la Naturaleza (1). Existe un grado de realismo que reconquista de repente toda la belleza, habiendo renunciado á ella previamente. Este grado le caracteriza un inglés con las siguientes palabras:

«Sus obras principales, como las inmortales creaciones sespirianas, están llenas de tan vívido é intenso realismo, que mientras exista el mundo y puedan ser admiradas producirán sobre el espectador el mismo prodigioso efecto con que influyeron en el primer momento de su creación. Los cuadros de Velázquez tienen de común con la fotografía el que se apoderan del espíritu con tal poder de realidad que ilusionan casi como el recuerdo de las cosas vistas (2).

---

(1) Ch. Blanc: *Velázquez, le secretaire de la nature*.

(2) His principal works... like the inmortal creations of Shakespeare,

Asimismo puede decirse que cuanto menos ponía en las cosas más descubría en ellas. Bajo la impresión que le produjo la galería española del Louvre (que tan corta duración alcanzó) escribe un alemán:

«Si le faltaron alas para volar á las regiones etéreas y representar las sensaciones celestiales, fué quizá el más grande de todos los que tocaron con el pie en la tierra. Sus cuadros llegaron á lo sublime en expresión y carácter, y recibieron á veces un alto colorido poético allí donde su autor no buscaba sino la verdad y la fidelidad de la Naturaleza. Comunicaba á los más sencillos retratos más poesía y brío que muchos pintores de historia á sus composiciones simbólicas (1).

El prisma al través del cual vió la Naturaleza ¿absorbía (para servirnos de una imagen física) menos elementos de color que el de otros pintores? ¿Podemos valernos de sus cuadros para juzgar el grado de tara tradicional ó de factores subjetivos y arbitrarios en los demás? En efecto: si nos dejamos arrastrar á su círculo mágico, nos parecerá el colorido del mismo Ticiano algo convencional, el de Rembrandt barroco-fantástico y el de Rubens con buena dosis de amanerado estilo ampuloso. La reputación de sus detalles anatómicos, que asombrarían á un *sportman* ó á un zapatero, haría reir á un artista; mas sus figuras tienen el encanto de la vida en los reflejos de la piel, en la irradiación de la voluntad, en su aparente respiración y en la profundidad del carácter.

Cúpoles á otros tratar asuntos más importantes, elevados y gratos; muchos dispusieron de más abundante poder creador

---

are replete with such intense and vivid realism that, as long as the world endures, and they remain in evidence, they will probably commend themselves to the observer in as complete earnest as at the first moment of their production. The pictures of Velázquez have this in common with photographs, that they impress the mind with such a powerful sense of actuality, as almost to suggest to the beholder, in their afterremembrance, the having assisted at the visible passages of human action sepresented. J. C. Robinson: *Memoranda on fifty pictures*, London, 1868, S. 43.

(1) E. C. (Koloff): *Im Kunstblatt*, 1839, S. 157.

ó tuvieron más encantadoras tonalidades y armonías. ¿Cómo es que el español, con sus asuntos indiferentes y á veces repugnantes, con su sobria concepción y con medios sencillos que sólo hablan á los sentidos se afirma al lado de aquéllos y los obscurece? Tal es el poder de la verdad. Con harta frecuencia, el hechizo que ejercen los espíritus que dominan una época consiste, antes en la asombrosa tramoya de que revisten cualquier asunto, que en la energía intelectual que le comunican y que es obra de un arte latente; y al cabo, por mucho que nos sugestione su arte, cada obra aislada nos interesa á medias y muchas juntas nos cansan. Velázquez, por el contrario, es nuevo en cada una de las suyas, por uno ú otro estilo. Cuando puede elegir asunto (y pocos estuvieron más ligados) se propone casi siempre un problema pictórico y lo resuelve de manera *sui generis*, inesperada. Pero por mucho que nos admire esta novedad, todavía hay que advertir que cualquiera de estas innovaciones hubiera consumido la vida de un hombre. En ninguna de sus obras se encuentra relación ó subordinación á las anteriores: todas han resultado insuperables.

Y como la fuente de sus procedimientos y medios fué siempre el asunto mismo, nunca cayó en amaneramiento; variado, como los asuntos que trató, nunca le falta interés ni se le encuentra fatigado. Esto es lo que Palomino, en la consagración de sus obras, llama su originalidad, la cual estriba menos en el subjetivismo avasallador que imprime un sello á todas sus producciones, que en el interés que sabe dar á escenas triviales é insignificantes.

Se ha tratado de hallar con frecuencia el secreto de los efectos artísticos en el conocimiento de ciertos preceptos de la técnica ó de los recursos habilidosos, sobre todo respecto de artistas originales y de poderoso relieve y personalidad. Velázquez se impuso á la multitud de obreros del pincel por esta apariencia exterior como el practicón ingenioso que sabe decir mucho con pocos elementos; pero lo realmente extraordinario es su modo de *ver* aquellas apariencias. El genio, como la

Naturaleza, nunca carece de medios para expresar lo que ve y lo que quiere. Los medios varían según los fines, y hasta pueden ser, inspirados por las circunstancias de momento, sencillísimos, como, por ejemplo, los efectos inimitables que Rembrandt obtuvo en sus grabados. Es muy problemática verdad que «el poder intelectual del artista se halle íntimamente ligado á los medios técnicos de que dispone». Un paso más, y se pedirá que la materia nos dé la forma, con lo cual habremos invertido las nociones del Arte.

*
* *

A Velázquez, ó á sus admiradores, les cabe la rara fortuna de que la mayor parte de las obras de aquél han permanecido en el lugar de su creación. No han sufrido más que la traslación de los palacios al Museo. Merced á su color inalterable, al aire seco de Madrid y á no haber estado sometidos á las órdenes de los directores de Museos á la antigua moda, se hallan casi todos en el mejor estado de conservación posible. Así, pues, podemos estudiar en ellos el proceso de una carrera artística de cuarenta años en todo su desarrollo, en el lugar donde sirve de comentario á sus obras el paisaje y los hombres, más típicos y constantes en el Mediodía que entre nosotros. Porque sólo la vida puede sacudir el polvo y el entumecimiento con que los siglos cubren las obras de arte. Si la primer cualidad de las obras imitativas es la verdad, porque el goce artístico es en gran parte re-conocimiento, es necesario conocer lo que el artista tuvo ante sus ojos. En efecto, ya no se encuentran los Dones (1) con los *golillas* y las damas en los *vertugadines* (2) á las orillas del Manzanares, pero la raza y el terruño han cambiado poco. A veces oímos calificar de poco reales los asuntos de los cuadros porque no se ha visto el trozo de vida que les ha servido de modelo, atribuyendo así al artista

(1) En español.
(2) Idem.

lo que es culpa del asunto; se sigue el encadenamiento de los motivos como si fueran arcanas de una tradición de castas, á pesar de que eran visibles á todo el mundo; y se juzga rígido, rudo, afectado ó ideal lo que en realidad tiene su explicación en la vida y en la Naturaleza. El lenguaje mímico, innato en los meridionales, nos parece á los del Norte pantomímico. Pero si se hace revivir la época y sus circunstancias exteriores en cuanto á personas y cosas según el documento sacado de crónicas y archivos, se encontraría á menudo en los libros notas y versos de aquel tiempo, descripciones que parecen de cuadros de Velázquez. Así reconocemos en los valles solitarios de Castilla aquellos paisajes cuya tonalidad de claro ambiente, saturado de azul y siena con irisaciones de nubes argentinas, y el verde pálido de las hojas que sirven de fondo á sus arrebatadores cuadros de jinetes. También veríamos en las callejas angostas de las ciudades castellanas labradores ó mendigos escapados de los marcos de Velázquez. El mismo Museo forma parte de este comentario: hállanse en él obras de contemporáneos y amigos suyos, los parques por donde paseaba, los maestros italianos cuyas obras admiraba y estudiaba, y de las cuales algunas trajo consigo.

Desgraciadamente, esta comunidad tiene también sus peligros: tales son su posible destrucción en un momento á consecuencia de frecuentes siniestros, como el de 1734, ó los accidentes propios del país de la imprevisión y de los *pronunciamientos* (1). Un periódico de Madrid tuvo una vez la ocurrencia de asustar á sus lectores é indicar este peligro, dando la noticia de un supuesto incendio del Museo del Prado, ocurrido durante la noche (2); y el que esto escribe puede decir que este palacio está realmente muy expuesto.

Pocos cuadros importantes han sido destruídos por incendios de palacios ó iglesias; pero muchos emigraron al extran-

(1) En español.

(2) Se refiere al famoso artículo de Mariano de Cavia.—*(N. del T.)*

jero con motivo de las tormentas napoleónicas; casi todos son propiedad de particulares. Para tener una idea completa de sus creaciones, hay que conocer esta segunda parte, diseminada, de su legado. No fué casualidad que el naufragio arrojase la mayor parte de dichas obras á Inglaterra, pues ya en el siglo XVIII existía allí el gusto por los españoles, y pintores como Wilkie y Burnet han descubierto en ellos cierto parentesco con los retratistas británicos.

El autor no quiere dejar pasar esta ocasión de rendir público testimonio de gratitud á los propietarios ingleses de estas obras, los cuales le proporcionaron ocasión de ver repetidas veces, y á sus anchas, sus colecciones; atención á que ellos no daban importancia, pero cuyo recuerdo dejó en mí una impresión inolvidable, ya que sin ella no hubiera podido escribir este libro. He tenido la fortuna, asimismo, de comenzar mi trabajo antes de ocurrir la dispersión del tesoro que entonces se consideraba aún como un fideicomiso nacional.

Aunque el Museo de Madrid será siempre único como poseedor de los cinco grandes cuadros de historia, faltan en él, sin embargo, algunos lienzos notables, y hasta géneros enteros de su producción. Así, por ejemplo, las escenas populares y de cocina de su juventud, y los retratos del alto clero y, salvo una excepción, los retratos de damas que no son de la familia real, como también su única Venus. La Galería Imperial de Viena supera al Museo de Madrid en cuadros de mujeres y niños, en los que se encuentra todo el encanto de una tierna juventud espléndidamente ataviada. Finalmente, en Inglaterra se hallan las escenas de caza, corridas de caballos y un boceto original auténtico. Toda esta riqueza exhibióse por primera vez en la Exposición de Manchester (1857).

BIBLIOGRAFÍA

En los diálogos del italiano Vicente Carducho (1633), no muy afecto á Velázquez, aparece el nombre de éste por prime-

ra vez al tratar de los cuadros de los palacios reales (1). Las primeras noticias fidedignas de su juventud las encontramos en el *Arte de la Pintura,* de su suegro Pacheco (1648). La relación de su viaje á Italia con que termina, está, indudablemente, tomada de sus comunicaciones epistolares (2). Pacheco no pudo conocer, á causa de su viaje á Sevilla, la posterior manera del pintor: para él tenía estrecho parentesco con Ribera; entonces se le llamaba el nuevo Caravaggio. Sesenta y cuatro años después de su muerte publicó en el *Museo Pictórico* (1724) una extensa biografía el pintor Antonio Palomino Velasco. Este Vasari español había ya trabajado en Madrid en 1678; en 1688 era pintor de cámara, encontrando en palacio todo conforme lo había dejado Velázquez; aprovechó los archivos y notas de artistas que, como Juan de Alfaro (3), habían tenido con el maestro estrecha amistad. De este modo pudo beber en fuentes originales, por lo que se limita á algunos suplementos y rectificaciones de detalle adicionados por biógrafos posteriores. Del *Museo* emana todo conocimiento de Velázquez y de la pintura española en general hasta el siglo XVIII. Sus *Vidas* fueron traducidas en 1739 al inglés, en 1749 al francés y en 1781 al alemán (Dresde); el artículo de d'Argenvilles (1745) sólo es un extracto. Antonio Ponz, en su *Viaje artístico* (Madrid, 1772), trae algunas descripciones de cuadros. Cean Bermúdez aprovechó para su Diccionario (1800) notas de contemporáneos, como las insignificantes de los pintores Juan Rizi y Lázaro Díaz del Valle, cuyo manuscrito aún se conserva. Los *Discursos* de un querido compañero de arte, recién publicados

(1) V. Carducho: *Diálogos de la Pintura.* Madrid, 1633. Segunda edición, pág. 350.

(2) F. Pacheco: *El arte de la pintura.* Madrid, 1648, N., A. I, 134, II, 15.

(3) Palomino: *Museo Pictórico*, t. III. Madrid, 1724, pág. 400. «Dexó Alfaro en su expolio varios libros y papeles muy cortesanos; entre ellos algunos apuntamientos de Velázquez, su maestro... que nos han sido de mucha utilidad para este tratado, 353, á quien se debe lo más principal de esta historia.»

por Valentín Carderera (1866), contienen algunas cosas notables. Velázquez no fué conocido en todo el mundo antes del siglo XIX, á consecuencia de dos acontecimientos: uno, la feliz inspiración de la segunda mujer de Fernando VII, María Isabel de Braganza, de reunir en una sola galería los cuadros que estaban en los palacios de Madrid y San Ildefonso; fueron expuestos al público (1819) en el palacio del Prado, construído bajo su antepasado Carlos III, por Villanueva, para Museo de Historia Natural. El otro acontecimiento fué la dispersión de los cuadros españoles por Francia é Inglaterra desde las guerras de aquella época.

Sólo desde entonces se fijó la atención en las obras que antes existían en el extranjero. Algunos cuadros estaban ocultos en Francia é Italia, en los castillos del Palacio Imperial de Austria, en las Galerías de Dresde, etc., etc., ó circulaban bajo falsas denominaciones, atribuídos, especialmente algunos, á Rubens; sólo el retrato del Palacio Doria Pamfili conservó siempre su verdadero nombre, escrito en la carta que Su Santidad tiene en la mano. Desde entonces la figura de Velázquez va poco á poco caracterizándose. Ya se hablaba mucho de su personalidad en los círculos artísticos de París y Londres, entre artistas, aficionados y coleccionistas de documentos históricos. El pasado apenas ofrece una personalidad que haya apasionado tanto como Velázquez. Su influjo se dejó pronto sentir en una serie de pintores más ó menos notables, principalmente en Francia, aunque no siempre con felices resultados. Los ingleses son los que mejor le han entendido. El pintor Richard Cumberland nos da una impresión de los retratos ecuestres en el nuevo palacio de Borbón. La primer biografía digna de ser leída se debe á sir Williams Stirling Maxwell, aristócrata escocés (1818-1878). Se publicó en sus *Anales de artistas españoles* (Londres, 1848, pág. 576-688), y después la amplificó su autor en forma de libro. Stirling era un escritor aristócrata, no sólo en no querer que sus obras saliesen al comercio, sino también en que el lector se siente al leerle co-

mo en un círculo de buena sociedad. En efecto: habla al gusto refinado de su público; escribe para los *boudoirs*, si bien contiene citas dignas de todo un sabio. En poco espacio reúne datos raros, siempre interesantes, y curiosidades como sólo pudiera hacerlo un bibliófilo; es una *olla podrida*, dice Ford, *stuffed witch savouries*, en la cual no se ha olvidado el ajo nacional. Sin embargo, sir William, más historiador, heráldico y literato que inteligente, era sin embargo diestro dibujante. Se detiene más en las descripciones gráficas de los grandes acontecimientos políticos y fiestas que en los caracteres y métodos pictóricos, los cuales echaba de menos entre tanta prolijidad de datos Próspero Merimée (1). Estos anales, redactados por su autor cuando era muy joven, son sólo una elegante perífrasis de Palomino y Bermúdez con salsa inglesa. No otra cosa en el fondo de lo que el estudioso Fiorillo compiló en Gotinga (1806), si bien vivificados por las luces y colores de sus impresiones de viaje y por las perspectivas y anécdotas históricas que le fueron confiadas.

La biografía de Stirling fué traducida también al alemán (1856) y al francés (1805) con un catálogo razonado de W. Burger, sustituído desde 1888 por un trabajo original de Paul Lefort. Más abundante en finas y penetrantes observaciones nuevas fué el ensayo publicado en la *Revue des Deux Mondes* (1894) por Emile Michel. Si Stirling sacó sus materiales más bien de los libros, en cambio los *Aperçus*, de W. Burger (Theodore Thoré), proceden en su totalidad del contacto con los originales y son á manera de *causerie* tomada al vuelo en salones y museos. Este perspicaz crítico de pintores antiguos y modernos fué en su tiempo un propagandista del método y del estudio de los maestros; y hasta tomó parte en las guerras de escuela de entonces, lo que le da á menudo cierta dosis de

(1) *Revue des Deux Mondes*, 1848, XXIV, pág. 639. Richard Ford, el autor del admirable *Murray para España* (prim. ed., 1845), era más inteligente. De él proviene el artículo en la *Penny Cyclopaedia*.

sal ática. Era uno de aquellos pintores de nacimiento que, en vez del pincel tomó la pluma. Sus notas, simpáticas por el subjetivismo de la impresión, dejan cierto anhelo de ver los cuadros á que se refieren y de los cuales despiertan precisas intuiciones. A pesar de su apasionada parcialidad, contiene gran copia de enseñanzas, á menudo más exactas que muchos libros de sabios, porque el observador expresa verdaderas sensaciones, mientras que la fiebre del apologista las falsifica fácilmente.

Desde la sexta década del siglo XIX hicieron también los españoles trabajos preparatorios para una historia completa sacada de lo que en los archivos se iba descubriendo del ya celebrado como su primer pintor. Sin embargo, casi todo lo que se hallaba eran documentos sobre oficios de corte, pagas y órdenes de la Intendencia de Palacio sobre ciertas miserias (1).

Hasta hoy apenas si ha sido hallada una carta del maestro; y sin embargo, tenemos noticia de su correspondencia con Rubens y con el pintor murciano D. Nicolás de Villacis (2). Un interesante descubrimiento hallamos en su recién publicada Memoria sobre los cuadros del Escorial; hablaremos de ella como de una mixtificación.

Contienen asimismo los tesoros manuscritos de bibliotecas y de archivos, muchas otras noticias, además del inventario de sus cuadros, y una ojeada sobre su gestión como administrador y ordenador de la Galería Real. También la correspondencia oficial, especialmente de los archivos italianos, suministra explicaciones y luces preciosas sobre el estado de España y de su capital, así como sobre las personas que figuran en la vida de Velázquez. Carecería de orientación la biografía

(1) *Documentos inéditos para la historia de España*, tomo LV, 1870, páginas 398 y siguientes.

(2) Vale la pena de consultar el libro del abogado sevillano José María Asensio sobre el suegro de Velázquez: *Pacheco y sus obras*, Sevilla, 1876, que contiene también la copia de la partida de bautismo.

de Velázquez, espejo de su tiempo, si la estudiásemos en esta especie de fragmento de un manuscrito perdido. Su orientación no debe buscarse sólo en obras históricas que nos darían materiales para una vulgar introducción de cultura artística, sino en los diarios, correspondencia y comedias de aquel tiempo.

Gregorio Cruzada Villaamil (1832-1885), editor de la revista *El Arte de España* (1862-1870), concebida espléndidamente, pero que tuvo prematuro fin por falta de apoyo, autor de un libro sobre *Rubens, como diplomático español* (Madrid, 1876), publicó también una segunda edición de los libros de Carducho y Pacheco, indispensables para el estudio de la pintura española de su tiempo, estudio casi inaccesible; así como las actas del archivo de Uclés sobre las pruebas de nobleza de Velázquez (1874). Últimamente este activo político había empezado á imprimir los *Anales* documentados de Velázquez, cuando una repentina muerte le arrebató á sus amigos. Dichos *Anales* nunca gozaron de la publicidad. Finalmente, también los norteamericanos han estudiado á Velázquez en el *Catálogo descriptivo é histórico*, único en su género, de Charles B. Curtis, de New-York (1).

*
* *

Muchos se lamentan de lo poco viva y perceptible que aparece en estos libros la personalidad del maestro, como si sus autores no hubieran sabido darla relieve. No poseemos carta ni diario alguno ni de él ni de sus amigos, pues las que escribió desde Roma y Nápoles á Madrid y desde Madrid á Sevilla se han perdido, ó por la ignorancia de sus poseedores ó por la falta de ambiente literario. Los españoles raras veces redactaban memorias, bien por su reserva ó por su comodidad. Los áridos cronistas de aquellos días tenían cosas más importan-

(1) *Velázquez and Murillo. A descriptive and historical catalogue of* Ch. B. Curtis. London, 1883.

tes que contar, por no decir más fútiles. A veces, Velázquez fué cantado por los poetas en versos que, si no carecían de enjundia, sólo trataron de las virtudes de su pincel. Es verdad que la vida de un artista se encierra en sus obras; pero las de Velázquez no son las más adecuadas para zurcir una novela biográfica. Sin embargo, todo podía ser que á un escritorzuelo romántico se le antojase escogerle como víctima propiciatoria.

Sin necesidad de ser adivino, puede, no obstante, inducirse de su obra de artista su carácter de hombre. De éste nace el sentimiento de la verdad que infunde á sus creaciones un tan singular valor. Honradez y orgullo son los dos rasgos principales de su carácter. Por ellos brilla entre sus contemporáneos. «Floreció en el siglo de oro la llaneza; en este de hierro, la malicia» (1). Nada sabemos que nos pueda hacer sospechar en él envidia, venganza ó soberbia; y aun su ambición sólo se muestra en querer llegar en su arte donde ninguno hubiera llegado, y con tanta perfección como el primero. Dado el favor que logró y el oído que siempre le prestó el monarca, pudo haber colaborado en muchas empresas de indudable atractivo para un artista de su rango; colaboración que no sólo renunció, sino que proporcionó á otros. Hasta parece que se pagaba poco de ser hombre influyente. Era en él hábito natural prestar ayuda á todo artista nacional ó extranjero. Son célebres sus ingeniosas agudezas en la conversación; pero bajo sus *bonmots* no se encuentra mordacidad alguna (que de existir se nos hubiera transmitido preferentemente). Mientras que á otros artistas les mortifica la predilección de los Mecenas y compradores de cuadros por las glorias del pasado, Velázquez invirtió mucho tiempo y trabajo en adecuadas instalaciones de cuadros antiguos, y hasta se ofrecía como mediador en sus adquisiciones. Su orgullo no le permitía ser vanidoso; no en balde llevaba un apellido nobilísimo. A Rubens le gustaba su modestia. Tal

(1) Baltasar Gracián: Oráculo 219.

vez reconociera con gusto su genio, de más amplio vuelo que el de los demás, porque lo comprendía, si bien sabía muy exactamente hasta dónde llegaba su superioridad. Así dijo una vez al rey «que no había encontrado á nadie que supiera pintar un retrato». Pero su claro y desapasionado juicio y su amor propio le pusieron al abrigo de la tentación de traspasar los límites de su talento. No hay que olvidar que tenía una buena dosis de flema española. En este punto, el testimonio de personajes que le trataron es contradictorio. Tan pronto deploran su notoria flema como alaban su diligencia en el desempeño de los encargos que recibía; pero aquel reproche se le dirigieron por su tardanza en volver de Roma; y la segunda se refiere á la comparación de su temperamento con la calma pedantesca de los flamencos.

El haber estado durante toda una generación tan cerca del favor real sin haberse enriquecido, antes al contrario, habiendo pasado por duros trances (por ejemplo, en 1636), le honra más que todos los títulos y órdenes. Su única flaqueza consiste en el excesivo aprecio de tales vanidades. Por desgracia, tal achaque perjudicó algunos de sus éxitos como artista. Los negocios, molestias, intrigas, apuros pecuniarios inseparables de ciertos empleos, fueron soportados por Velázquez con secreto y paciencia como servidor de su rey. No tuvo nunca un enemigo duradero.

Nacido y crecido bajo el cielo de Andalucía, en la más voluptuosa ciudad de España, conservó su *limpieza*, según el testimonio de Pacheco. Por entonces le confió éste la dicha de su última hija, prematuro matrimonio que no perjudicó su fogosa carrera, sino por el contrario, le hizo sortear muchos escollos. Permaneció fiel á sí mismo aun en el centro de aquella corrompida sociedad. El hogar fué para él, sin duda, fuente de serena y constante felicidad. Era ajeno por completo á esas vanidades desapreciables que consisten en querer imitar las necedades é indignidades de la aristocracia, que también allí estaban de moda.

En su pintura no hay huella de la sensualidad afeminada con que otros, halagando la baja naturaleza humana, se hacían accesibles á la plebe del arte. Era, según el testimonio de sus contemporáneos, no sólo un hidalgo español como debía serlo, sino un honrado ciudadano y un hombre de costumbres intachables.

En este punto nos recuerda á Alberto Durero (de cuya atormentada y minuciosa aplicación y pesado gusto estaba tan lejos su resuelto y elegante estilo), así como le faltaba su predilección por la teoría y su inventiva inagotable. Pero su pureza y modestia de *ánima cándida*, su severa veracidad rayana en la indiscreción, su visión aguda y penetrante de la naturaleza, la precisión en el encadenamiento de las cosas unas con otras, la religiosidad sin pompa ni misticismo, son rasgos comunes que no hacen pecar de atrevido el paralelo de estas dos personalidades.

***

La historia verdadera é íntima de un artista debe hallarse, como ya hemos dicho, en sus obras.

La determinación de los cuadros de Velázquez sería fácil empresa, á no existir de él más que lo que encontraron sus primeros biógrafos y perígetas en los palacios reales y en algunos de aristócratas. Pero una rápida ojeada por el catálogo de Curtis nos pone de manifiesto el número casi desesperante de los cuadros dispersos. Una experta mirada dejará luego á un lado muchas cosas; pero en esta diáspora se encuentran lienzos de primer orden.

El autor ha tratado de ver todo lo que puede verse; y depurando cada vez más el examen de las obras más importantes, ha podido llegar á formarse un criterio definitivo, creando así una base crítica sobre la cual otros puedan continuar el edificio.

Su libro, y la traducción inglesa de A. H. Keane (1885), han provocado varias publicaciones. Para estas obras de

R. A. M. Stevenson, sir Walter Armstrong y, especialmente, la magistral del pintor español Aureliano de Beruete (1898), publicada con todo lujo en lengua francesa, están redactadas desde otros puntos de vista, y no es este el momento oportuno para hacer su crítica. El Sr. Beruete ha adquirido, durante sus largos años de contacto con los cuadros de Madrid, verdadera familiaridad con el maestro, y su voto merece ser oído más que el de muchos otros que en tal campo han merodeado. Él mismo se reconoce el mérito de haber hecho la crítica antes que ninguno otro (?!) de los cuadros atribuídos deficientemente analizados antes, asegurando la autenticidad de ochenta y tres. La obra, ricamente ilustrada, lleva un prefacio de Mr. León Bonnats, el eminente retratista de Thiers y Grevy, en el cual preconiza el libro de su amigo como «lo definitivo sobre Velázquez».

Con motivo de la primera edición de mi obra, se iniciaron varias polémicas con respecto á la autenticidad de cuadros notables, especialmente de propiedad privada. Las afirmaciones que hago en esta segunda sobre obras discutidas antes de publicarse, no convencerán á todos. Respecto de algunas hemos razonado é indicado los motivos de nuestras convicciones; pero respecto de otras, en ciertos casos, no hemos creído necesario más que algunas observaciones generales. No es posible dar ninguna fórmula ni piedra de toque para apreciar la autenticidad, ni aun las mismas obras maestras indiscutibles pueden servirnos de punto de partida. Unicamente la medianía encerrada en sus limitadas facultades es siempre indefectiblemente igual á sí misma. «Sólo la vulgaridad deja de ofrecer dudas.» A un artista de la categoría de Velázquez, que tan frecuentemente se transforma y renueva y mantiene su *yo* en constante influjo mutuo con el *no-yo*, no puede obligársele á que permanezca siempre á un mismo nivel, dada la variedad de los asuntos y del ambiente circunstancial.

¿Es mayor desgracia para un joyero comprar una perla falsa como legítima, ó vender como falsa una auténtica? El per-

juicio puede ser el mismo, pero molesta más lo segundo. La primera impresión puede engañar al más perito; pero es más doloroso desprenderse por falso de un cuadro cuya posesión hemos disfrutado mucho tiempo. A veces parece prudente un poco de escepticismo, aun tratándose de opiniones propias, especialmente en donde influye el sentimiento y la fantasía, y donde no existen pruebas concluyentes. Baltasar Gracián incluye la fe ciega en las propias convicciones entre las necedades humanas. *Todo necio es persuadido* y *todo persuadido necio* (núm. 185). Es una de sus paradojas que hoy debemos tener en cuenta.

Los grandes períodos de desarrollo de su estilo se dejan apreciar fácilmente. Pero querer fechar con precisión cada uno de sus cuadros nos llevaría á error. ¡Cuán raras veces vienen á ser confirmadas las hipótesis por documentos posteriores! Una serie de ideas en constante circulación por el cerebro, acaban por ordenarse con cierto encadenamiento; es asombroso cómo el crítico llega á adquirir ciertas seguridades, cual si hubiera visto trabajar al maestro ante el caballete. Ha sucedido que tres biógrafos contemporáneos han asignado á un mismo tiempo tres fechas distintas. Se suele colocar los períodos cronológicos de las obras y sus transiciones de estilo en orden harto riguroso y rectilíneo, como si se tratara de las evoluciones fisiológicas de un organismo; haciendo caso omiso de las perturbaciones é interrupciones de esta línea debidas al ambiente, al asunto y al azar. En general, la exclusiva apreciación de tales exterioridades, en orden al tiempo, no ha sido siempre útil para la determinación de la autenticidad.

El concepto del desarrollo, fecundo cuando se aplica con inteligencia y con exacto sentido de la realidad, desvía por completo en nuestro caso la atención hacia aquellas variaciones relacionadas con las distintas edades del artista, variaciones que son en todos los casos semejantes y que por lo mismo no revelan el verdadero carácter de aquél.

En el siglo pasado, desde Hegel hasta Darwin, dominó este

concepto, á manera de obsesión también, en la literatura sobre arte, desviándonos más bien de la verdadera comprensión del encadenamiento de las cosas.

La fantasía histórica, conducida por esta idea, ha recorrido los siglos como con las botas de siete leguas, logrando revestir con ropaje científico muchas fantasías de escuela. Aplicar la grosera palabra progreso, de las cosas materiales, á la más alta vida espiritual, á pesar de las antinomias de la historia y á despecho de la molesta insistencia de los sostenedores de este criterio, denota un desconocimiento del alto puesto que ocupa el arte. Historia y filosofía son cosas escritas en páginas separadas, y los libros de historia no son lugar á propósito para la propaganda de doctrinas, amén del peligro de que dichas doctrinas, mezcladas en la narración una vez pasadas de moda, perjudiquen á la belleza del libro. Desde el momento en que en vez de buscar la base del criterio en la investigación paciente y honda, exenta de prejuicios de las obras, se subordina al influjo de la opinión del día, se incurre en los más extravagantes despropósitos en la apreciación del valor, de la cronología y aun de la autenticidad. Así ha ocurrido que se ha rebajado el valor de determinadas obras originales notables, por no estar en armonía con el impresionismo ó amorfismo que se suponía propio de Velázquez, y esto cuando los testimonios eran indiscutibles, llegando si faltaban éstos á despreciarlas á pesar de existir poderosas razones intrínsecas. Se ha elevado á paradigmas de un estilo particularmente original cuadros que quedaron casualmente sin terminar ó que eran sólo estudios ó ligeros trabajos decorativos de segundo orden. El mismo crítico que se extasía ante un retrato de mujer que no pasa de un grotesco figurín hecho bajo la impaciencia de obtener una impresión deslumbrante y momentánea, y en la que el genio del pintor apenas si aparece, se encoge de hombros ante un gran cuadro de historia donde el maestro evoca una acción trascendental y que estremece el alma, que sólo una vez en su vida puede haber presenciado, y la evoca con

toda la fuerza de su espíritu y de su corazón, poniendo á contribución todas sus facultades artísticas, conjurándolas con tal poder que el espectador cree haber sido testigo de ella.

El arte es una fruta del gran árbol de la cultura nacional, de cuya savia se nutre; madurando con el concurso de la luz, del aire y del cultivo, la crítica debe tener en cuenta la justa ponderación de estos elementos.

Séale permitido al autor escribir otra vez aquel nombre admirado cuyo inolvidable recuerdo conservamos todos, para que vuelva á ocupar en la dedicatoria el puesto que ocupó hace quince años en la primera edición. El Emperador Federico, en su viaje por España y su visita al Museo del Prado, sentía una especial atracción por Velázquez, expresándola vivamente y anotando sus observaciones. Desgraciadamente, no le estaba reservado ver terminada la obra.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,

EDUARDO OVEJERO

ESTADO SOCIAL QUE REFLEJA EL "QUIJOTE,,

I

CONSIDERACIONES GENERALES

Toda obra de arte cuyo autor no deje vagar su musa por los estériles vericuetos del idealismo, puede y debe considerarse como un espejo, en el cual, más ó menos intensamente, con perfección y pureza diversas, según la limpidez del cristal y el pulimento del azogue, se reflejan las circunstancias de la época en que el artista vive, determinantes del medio ambiente que le rodea, y á cuyo influjo rara vez, ó acaso nunca, se sustrae.

Cervantes, al escribir el *Quijote*, no es, ni mucho menos, una excepción al principio enunciado como regla general; lejos de ello, aprovechando las enseñanzas obtenidas en el transcurso de su fecunda existencia, supo hacer de su retina objetivo maravilloso, mediante el cual trasladábanse á la cámara obscura del cerebro las claras visiones que de la vida fué obteniendo, hasta que, llegado el instante oportuno, las desarrolló en ese cinematógrafo sublime, en el que, envuelta en las donosas aventuras del hidalgo manchego, aparece la historia palpitante de la humanidad, con sus debilidades y sus grandezas, con sus deslumbradores idealismos y sus brumosos desengaños, con sus luces y sus sombras.

De la lectura del *Quijote* adquiérese, entre otras cosas, la certeza de que Cervantes sabía mucho: mas no era su saber de los que se obtienen con el estudio de los libros ni la asistencia

á las aulas, puesto que su ciencia, esa ciencia portentosa que le hizo conocer como nadie el corazón del hombre, hubo de aquilatarla mediante el solo transcurso de los años; aprendizaje que le costó la pérdida de gran caudal de ilusiones, sirviéndole de preceptora la desgracia, que es, pese á Cicerón, la gran maestra de la vida.

Cuando Cervantes publicó el *Quijote,* después de largos años de inactividad literaria (1), la España floreciente de los Reyes Católicos y Carlos I había desaparecido para ceder su puesto á una nación mísera en el fondo, aunque poderosa en la apariencia, que ocultaba su desquiciamiento interior, su falta de fuerzas y la vacuidad de su erario, con el oropel de sus ejércitos, el flamear de sus banderas y la vocinglería de la *fama pública,* que aún la proclamaba la primera nación de Europa, siendo, en fin, á la manera de un mendigo que encubriese sus harapos con el áureo tisú de una capa pluvial, ó como el magnate tronado que mantiene la carroza ante su puerta, á trueque de mermar la vitualla en sus manteles.

El poderío de España tocaba, pues, á su ocaso; el ministro Portocarrero pintó gráficamente su situación tristísima, diciendo: «Si hubo un tiempo dichoso en que se aseguraba con toda verdad que el sol no se ponía nunca en los dominios de España, otro tiempo se avecina en que no encontrará resquicio por donde alumbrar un palmo de tierra española». Y es el caso que á consecuencias tan fatales habían contribuído las mismas causas que lograron el engrandecimiento: el absolutismo centralizador vivificante de Isabel y Carlos I degeneró en el régimen despótico, del que abusaron, sin saber usar, los ineptos Felipes; la religiosidad, que sirvió de lábaro para conseguir la unidad española, trocóse en el más enervante y feroz de los fanatismos; las guerras, que habían proporcionado á España los triunfos de Ceriñola, de Pavía y de Lepanto, esquilmaban

(1) Desde 1584 en que apareció la *Galatea*, no volvió á publicarse ninguna obra de Cervantes hasta 1605.

al pueblo sin lograr resultados positivos, que se posponían siempre á la gloriosa tufarada de incienso; América, venero de riquezas al parecer inagotables, fué causa primordial de la ruina, pues, ante la avalancha de galeones cargados de oro, abandonáronse los campos y las industrias, consideróse el trabajo como algo denigrante y soez, aumentaron los salarios, la vida encareció, haciéndose imposible para el proletariado y harto difícil para la clase media, iniciándose, en fin, una miseria general que mantuvo durante largo tiempo áridas las campiñas por falta de brazos, desiertos los mercados y ferias por carencia de transacciones, y pletóricas las carreteras de bandidos, sin que los gobernantes, distraídos en quijotescas empresas, acertaran á dictar medidas oportunas encauzadoras de la hecatombe; parecía, según la frase de lord Macaulay, que los descendientes de Carlos I, ya que no pudieran heredar su épica grandeza, habían, en cambio, recibido como triste legado de la madre del César, Doña Juana, el vesánico virus de su cerebro huero.

No ha faltado quien pretenda ver en el *Quijote* un trasunto de la situación española en aquella época: el orate manchego, ideando empresas á cual más descabelladas y estrambóticas, arrastraba tras sí al ignorante y cachazudo pueblo, representado en Panza, engolosinándole con la promesa de una más ó menos problemática ínsula, cuya apetitosa perspectiva le hacía olvidar hasta la consignación de salario. Sin que pueda desconocerse la oportunidad del símil, por amor á la obra de Cervantes no debe admitirse ni apadrinarse; hacerlo, equivaldría á empequeñecer la importancia del *Quijote*, suponiendo la existencia en él de un símbolo político, eventual, momentáneo, siendo así que el símbolo que entraña es psicológico-social, y, por lo tanto, eterno.

II

LOS HIDALGOS

El núcleo de la sociedad española en tiempo de Cervantes hallábase constituído por los hidalgos. Ofuscada ante la grandiosidad y magnificencia desarrolladas por los nobles en la Corte, la gente plebeya mal se avenía con su villanesca condición, y cifraba sus aspiraciones en salir de ella trocándola en hidalguía; nada les importaba á los obsesos españoles que al *don* no acompañase el *din;* lo esencial para ellos era el oropel, y sacrificando en sus aras toda suerte de prácticas consideraciones, hacíanse llamar hidalgos á boca llena, enorgulleciéndose de serlo, aunque esta circunstancia no les suministrase bienes de fortuna, y en cambio los incapacitaba para dedicarse al trabajo, al que consideraban denigrante para su alcurnia.

Don Quijote es el tipo perfecto de los hidalgos de su época, *de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor,* que pasaba ocioso *los más de los días del año*, dedicándose á sus lecturas favoritas los ratos que dejábale libre la caza, única ocupación que hombre de su clase podía considerar digna de sí. De su pobreza no hay que hablar, pues en la adquisición de la no muy suculenta pitanza íbansele las tres cuartas partes de su hacienda, teniendo que mermarla considerablemente para adquirir los libros famosos en los que iba dejando la lucidez del caletre. No hay para qué decir que este hidalgo, que desconocía la precisión del dinero para andar por el mundo (1), se mostraba orgulloso de su linaje, respecto del cual existía la duda de si era Quijada, Quijana ó Quesada el apellido patronímico (2). Tan pueriles pretensiones, que donosamente rebate

(1) Cap. III de la 1.ª Parte.
(2) Cap. I ídem íd.

Sancho al decir que *sólo hay dos linajes en el mundo: el tener y el no tener*, poniendo de relieve la preeminencia del desahogo pecuniario sobre la rancicdad del abolengo, tenían minada la sociedad española, que decaía y se desmoronaba por carencia absoluta de hombres que dejasen de pensar un poco en los pergaminos de sus antepasados para ocuparse algo de su propia situación y porvenir. Quevedo, en *El gran tacaño*, pinta con su peculiar donaire la mísera y abundante clase de hidalgos famélicos y haraposos, para los cuales sólo había dos ocupaciones que considerasen dignas de su prosapia: la carrera eclesiástica (secular ó regular) y el ejército; los que no pertenecían á una ni á otro, antes que deshonrarse trabajando, vivían de la caridad pública ó de la bazofia recogida en la puerta de los conventos.

Un solo dato bastaría para probar hasta qué extremo el amor al trabajo había huído del carácter español: y ese dato, tan elocuente como tristísimo, es una pragmática que hubo de promulgarse pocos años después de publicado el *Quijote,* y en la cual, aunque no se atrevieron sus redactores á considerar compatible con la hidalguía el trabajo corporal ó manual, se declaró que el tener fábricas de paños, telas y otros tejidos no contravenía ni era incompatible con la calidad de nobleza ni con sus inmunidades ni prerrogativas (1).

Y es lo mejor del caso, que los que renegaban del trabajo productivo no huían de realizar empresas ó de sufrir sinsabores cuando de subir un grado en la escala de la nobleza se trataba. Don Quijote, para probar la justicia con que fué armado caballero, lleva á cabo las hazañas de sus dos primeras salidas, siendo, no obstante, á su regreso blanco de las iras de hidalgos envidiosos de su encumbramiento y de caballeros á quienes no agradaba su ingreso en la negra Orden de la Caballería. De aquí lo que Sancho le refiere al volver por segunda vez á sus lares: «Los hidalgos dicen que no conteniéndose vuesa

(1) Pragmática de 13 de Diciembre de 1682.

merced en los límites de la hidalguía, se ha puesto Don, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros que no querrían que los hidalgos se opusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde» (1). Más adelante habla del hidalgo «que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos...» (2).

Una curiosísima excepción á la regla general del predominio del abolengo, es la de que no atañía éste á la mujer cuando de contraer matrimonio se trataba, no considerándose menoscabada la nobleza de un caballero al unirse con mujer de baja estofa; así, el mismo Don Quijote, encomiando los méritos y cualidades de Dulcinea, dice: «Básteme á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y lo del linaje importa poco, que no han de hacer la información dél para darle algún hábito» (3). Del mismo modo, la hermosa Dorotea dice á su seductor Don Fernando al tratar de convencerle de que borre su falta uniéndose en santo enlace con ella: «Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mía, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que *la que se toma de las mujeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias;* en cuanto más que la verdadera nobleza consiste en la virtud, y si ésta á ti te falta negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con más ventajas de noble de las que tú tienes» (4). Finalmente, el burdo y zafiote Sancho Panza considera cosa factible casar á su hija con un personaje: «A buena fe, que si Dios me lleva á tener algo de

(1) Cap. II de la 2.ª Parte.
(2) Cap. XLIV ídem íd.
(3) Cap. XXV de la 1.ª Parte.
(4) Cap. XXXVI ídem íd.

gobierno, que tengo de casar, mujer mía, á Mari Sancha, tan altamente que no la alcancen sino con llamarla Señoría» (1). Un dato más es éste, al fin y al cabo, que prueba el romanticismo de la época, pues con ello se proclamaba la igualdad de todos los linajes respecto de la pasión amorosa, eterno nivelador de las sociedades influídas por prejuicios de clase ó de raza.

III

INMORALIDAD ADMINISTRATIVA

«Las plazas son golfos de piratas; los tribunales, golfos de foragidos; los ministros, patronos y defensores de los delitos; sustenta la república á pocos buenos y á muchos malos, y los malos son señores de los buenos.» Tal era, á juicio de un escritor, el tristísimo cuadro de la situación de España en la XVII centuria. Y es que con obsesión verdaderamente suicida, los gobernantes españoles pensaban que la preponderancia de una nación no se adquiere sino en virtud de los triunfos bélicos y las expansiones territoriales, dedicando poco ó ningún cuidado á fomentar la prosperidad y la cultura interiores. A consecuencia de ello, las Cortes, aquella entidad que antaño fué espejo fidelísimo de las masas populares de cuyo seno salía, perdieron su carácter, olvidándose su importancia y quedando convertidas en un verdadero feudo de la corona, pues se las convocaba por pura fórmula para el reconocimiento del nuevo rey, juramento de fueros y votación de tributos, sobornándose unas veces á los procuradores y amenazándoles otras, para mediante su voto imponer más y más cargas al esquilmado y paciente pueblo.

Las guerras consumían millones con voracidad insaciable; las fastuosidades de la vida cortesana suponían otros no me-

(1) Cap. III de la 2.ª Parte.

nores despilfarros; el solo ideal de los reyes llegó á ser el dinero, cuya sed devoradora les hacía buscarlo por cuantos medios buenos ó malos condujeran á semejante fin; y como de un pueblo empobrecido no se pueden sacar grandes recursos, acudióse á diferentes procedimientos, como vender los Municipios, que en virtud de antiguas franquicias conservaban su independencia; enajenar los cargos públicos, dando origen con ello á monstruosas inmoralidades; y, en fin, no bastando todo esto, se llegó al extremo vergonzoso de hacer colectas por las casas y poner cepillos en los lugares públicos para allegar recursos á la Hacienda Real.

En muchos pasajes del *Quijote* hácense referencias á tan atroz desquiciamiento. Así, en el discurso que el ingenioso hidalgo dirige á los cabreros, habla de la edad de oro como época tan diferente de la actual, que en ella «no había la fraude, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor ni los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje aún no se había sentado en el entendimiento del juez...» (1).

En la aventura de los galeotes alúdese á la venalidad de la justicia: «Si á su tiempo—dice uno de los forzados—tuviera yo esos veinte ducados que vuestra merced ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola del escribano y avivado el ingenio del procurador, de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo». «Probóseme todo—dice otro de los presos,—faltó valor, no tuve dineros, vime á pique de perder los tragaderos, sentenciáronme á galeras por seis años...» (2).

Sancho, en la carta que escribe á su mujer Teresa Panza, dice con su ruda ingenuidad: «De aquí á pocos días me parti-

(1) Cap. XI de la 1.ª Parte.
(2) Cap. XXII ídem íd.

ré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo» (1).

De los admirables consejos dados por Don Quijote á Sancho antes de investirse éste del mando de la ínsula, consejos que constituyen un bellísimo programa de recta justicia y buen gobierno (2), parece deducirse que la ley del encaje, esto es, al capricho del juez, era norma de todo juicio; que con el peso de las dádivas inclinábase la balanza de la justicia; que la hermosura de las mujeres interesadas en el fallo, á las mismas consecuencias conducía, y que al cuitado á quien no le era dable apartar de sí con ofrendas ni otros medios la acción judicial, echábasele encima todo el peso de la ley en palabras y en obras, con suplicios y malas razones.

El fárrago de disposiciones legislativas, deficientes unas, contradictorias otras é inútiles las más de ellas, que entonces como ahora iban marcando á modo de estela el triste caminar de los desacertados gobernantes, tiene su crítica en la carta de Don Quijote á Sancho, al decirle (3): «No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y se cumplan...» En la misma carta contiénense acertadísimas razones, que por cuantos disfrutan el poder debieran tenerse muy en cuenta: «Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazón de los pobres que el hambre y la carestía».

Sancho, por su parte, al contestar á su señor (4), laméntase de no haberse aprovechado gran cosa, para medrar, de sus prerrogativas de gobernante: «Hasta agora no he tocado de-

(1) Cap. XXVI de la 2.ª Parte.
(2) Cap. XLII ídem íd.
(3) Cap. LI Idem íd.
(4) Idem íd. íd.

recho ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué va esto, porque aquí me han dicho que los gobernadores que á esta ínsula suelen venir, antes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que ésta es ordinaria usanza en los demás que van á gobiernos, no solamente en éste».

Uníase á esta inmoralidad de las clases directoras la ineptitud de los encargados de regir los destinos de la patria; ineptitud á la que parece aludir Sancho cuando dice: «Los años pasados estuve un mes en la corte, y allí vi paseándose un señor muy pequeño, que decían que era muy grande...» (1). Quevedo, más explícito, había dicho con su peculiar donaire:

Marqués mío, no te asombre
ría y llore cuando veo
tantos hombres sin empleo,
tantos empleos sin hombre.

IV

EL BANDOLERISMO

La miseria que corroía la sociedad española no quiere decir que en España escasearan los metales preciosos; lo que no había era producción natural, agricultura ni industria, pues la nefanda expulsión de los moriscos privó al suelo de cultivadores, encareció los transportes por dedicarse aquéllos á la arriería, y ocasionó el cierre de los muchos comercios que tenían establecidos. Para un pueblo industrioso, la mencionada expulsión hubiera sido un beneficio, por librar á los nacionales de una terrible competencia; pero ya está dicho que el español desdeñaba el trabajo, prefiriendo el hambre á las fatigas que aquél proporciona.

(1) Cap. XXI de la 1.ª Parte.

Mas como las necesidades eran tan crecidas como escasos los medios de atender á ellas, el espíritu aventurero de los españoles manifestábase rindiendo culto á una ocupación que, siendo delictuosa, llegó á verse considerada como verdadera profesión, á la que sancionaban, ya que no las leyes, la fuerza de la costumbre, la desidia de los gobernantes y la venalidad de los juzgadores. Dicha ocupación no era otra que el bandolerismo, llaga social española que, nacida del empobrecimiento y de los alardes belicosos de los siglos XVI y XVII, ha subsistido hasta nuestros días, sufriendo su golpe de gracia merced á las enérgicas disposiciones adoptadas por el celoso gobernador de una de las provincias andaluzas (1).

El tipo genuino del español no hidalgo ni maguate llegó á ser el *pícaro*; de aquí la aparición de un género novelesco peculiarísimo de nuestra patria, y al cual, además de Cervantes, han rendido culto ingenios como los de Mateo Alemán, Quevedo, Espinel y tantos otros.

Hácense en el *Quijote* referencias á *Rinconete y Cortadillo*, y, en tal concepto, bien pudiera encajar aquí un examen de esta ejemplar novela, sirviendo el patio de Monipodio para formarse una idea de la hampa del siglo XVII; mas por si esto fuese extraño al tema de este trabajo, baste á su objeto mencionar una cita del *Quijote*, en la que se contiene lo que bien pudiera llamarse *geografía criminal española* ó *mapa picaresco de España*. En el Capítulo III de la 1.ª Parte, al manifestar Don Quijote al ventero su vocación por la andante caballería, respóndele aquél cazurramente «que él ansimismo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Va-

(1) D. Julián Zugasti, gobernador de Córdoba. En la actualidad parece haber retoñado, aunque con menos fuerza, la plaga del bandolerismo en la región andaluza.

lencia, Roudilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas, deshaciendo algunas doncellas y engañando á algunos pupilos, y, finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España». No creemos impertinente hacer alguna indicación relativa á tan amenos lugares.

Percheles de Málaga. Islas de Riarán.—Al ser conquistada Málaga por los Reyes Católicos, cedióse uno de sus arrabales al capitán de la armada Garci López de Arriarán, caballero vizcaíno, del cual tomó nombre el grupo de casas que formaban á aquél, denominándose Isla de Riarán. Estableciéronse allí salazones de pescado, colocándose para su desecación numerosas perchas, de las que hubo de derivarse el nombre de *Perchel* ó *Percheles*, sirviendo, por hallarse en lugar apartado de la ciudad, de escuela á los vagos que de todas partes acudían para adquirir práctica en sus malas artes y supercherías.

Compás de Sevilla.—Barrio donde estuvo la antigua mancebía, en el cual es presumible que se hallase asentada la famosa casa de Monipodio.

Azoguejo de Segovia.—Plazuela del arrabal de Segovia, harto conocida por los *pelaires* de esta ciudad, *gente alegre, maleante y juguetona*, según se dice en el Capítulo XVII de la 1.ª Parte.

Olivera de Valencia.—Plaza situada junto á la parroquia de San Miguel, y en cuyo centro había una antigua oliva, de la que recibía el nombre, hallándose frecuentada por la gente maleante que habitaba en las próximas callejuelas.

Playa de Sanlúcar.— Arribaban á ella las flotas procedentes de Indias, y en ella embarcaban los que partían con rumbo á tan lejanas tierras; sabido es que los expedicionarios que al Nuevo Mundo se dirigían eran reclutados entre la

hez de la sociedad española, por lo cual nada tiene de extraño que el ventero la citara como escuela de costumbres corrompidas.

Potro de Córdoba.—Barrio extremo que toma su nombre de una fuente situada en cierta plazuela enclavada en él. Famosísimo debía ser el Potro por la truhanesca gente que producía y albergaba, á juzgar por las referencias que de él hacen Lope de Rueda, Hurtado de Mendoza, D. Antonio de Guevara y otros.

Ventillas de Toledo.—Hallábanse situadas en las afueras de la ciudad, á las cuales concurría gente soez y pendenciera, devota de Venus y de Baco.

Más adelante (1) alude Cervantes á la abundancia de bandidos que pululaban por Andalucía: «Don Quijote... dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas».

Dique harto ineficaz para tales desmanes eran los cuadrilleros de la Santa Hermandad, cuya probidad y rectitud no suelen ser muy encomiadas por los autores de la época, principalmente Mateo Alemán, que en su *Guzmán de Alfarache* afirma que cuadrilleros y venteros solían ponerse de acuerdo para oprimir y tiranizar á los caminantes; y Cristóbal Suárez de Figueroa, que en su *Pasajero* asegura que el hecho de figurar en las filas de la Hermandad no era sino *un salvoconducto para robar más á placer*. En el *Quijote*, fuera de algunas veladas alusiones contenidas en el Capítulo XLV de la 1.ª Parte, no se encierra nada que tan despectivas aseveraciones confirme; pero es lo cierto que debían andar los caminos mal guardados, cuando Cervantes consideró posibles aventuras como las del vizcaíno (2), la de los yangüeses (3), la de los rebaños (4), la

(1) Cap. XIV de la 1.ª Parte.
(2) Idem VIII y IX Idem íd.
(3) Idem XV ídem íd.
(4) Idem XVIII ídem íd.

de los encamisados (1), la del yelmo de Mambrino (2) y las acaecidas en Sierra Morena (3).

La intranquilidad de la vida, como dice un autor, llegó á un extremo tal, que contrista y asusta el recuerdo de los temores que cercaban á todo el mundo, produciendo una existencia azarosa que, mezclada con lo bufo y lo burlesco, tenía todas las trazas de una gran tragicomedia.

V

RELAJACIÓN DE LAS COSTUMBRES

La constancia de las guerras trajo, entre otros males, la escasez de matrimonios en España; que la vida militar, aventurera y tornadiza, mal se aviene con la tranquilidad y sosiego que el hogar doméstico reclama. De aquí la despoblación de la Península, que llegó á adquirir proporciones por demás alarmantes; de aquí también la abundancia de prostitutas, que comenzando por seguir á los ejércitos y establecerse junto á los cuarteles, acabaron por invadir las poblaciones, inficionando la atmósfera con su morbosa influencia, pues como si fuese contagiosa la enfermedad moral y social que representaban, hicieron que ésta se transmitiese á todas las clases sociales, manifestándose por la abundancia de las famosas *tapadas*, esto es, damas de honesto linaje, y á veces de elevada alcurnia, que, escudándose bajo el incógnito de un tupido velo negro, salían de su casa por la puerta falsa para rendir culto á sus lascivos deseos y torpes aficiones. A tal extremo llegó la corrupción, que, despreciándose *el qué dirán*, que antes obligaba á cubrir el vicio con la máscara de la hipocresía, hacíase pú-

(1) Cap. XIX de la 1.ª Parte.
(2) Cap. XXI ídem íd.
(3) Cap. XXIII y XXIV ídem íd.

blico alarde de todo aquello que lógicamente debe producir vergüenza, con la particularidad de que el Real Palacio era precisamente el cubil donde las mayores inmoralidades se cometían ó los más vergonzosos actos se meditaban.

Cervantes nos habla de *dos mozas que llaman del partido*, D.ª Tolosa y D.ª Molinera (1), que, de paso en la venta, calzaron las espuelas y ciñeron la espada al héroe manchego, sirviéndoles tan cómica escena á modo de descanso para proseguir su errática y triste vida de rameras trashumantes; el episodio de Cardenio y Dorotea (2), así como el de Luscinda y D. Fernando (3), implican una manifiesta relajación en las costumbres; la novela del *Curioso impertinente* (4) es el relato de un adulterio perpetrado con el mayor refinamiento que pudo soñar la perfidia; en el discurso de Don Quijote á los cabreros (5) encomiando las venturas de la edad de oro, dice: «Las doncellas y la honestidad andaban por dondequiera solas y señeras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y voluntad. Y ahora, en estos nuestros detestables siglos, no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro laberinto como el de Creta; porque allí, por los resquicios ó por el aire, con el celo de la maldita solicitud, se les entra la amorosa pestilencia y les hace dar con todo su recogimiento al traste». Y, en fin, por si todo esto fuera poco, Cervantes pone en boca de su héroe las siguientes palabras, que encierran una completa apología de los que á la trata de blancas se dedican (6): «...Por solamente alcahuete limpio no merecía el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos,

(1) Cap. III de la 1.ª Parte.
(2) Cap. XXIX ídem íd.
(3) Cap. XXXVI Idem íd.
(4) Cap. XXXIII y XXXIV ídem íd.
(5) Cap. XI ídem íd.
(6) Cap. XXII ídem íd.

y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debía ejercer sino gente muy bien nacida, y aun había de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demás oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja. Y desta manera se excusarían muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco más ó menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la más necesaria ocasión, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas entre la boca y la mano, y no saben cuál es su mano derecha».

VI

EL MILITARISMO

La causa primordial de los múltiples males que aquejaban á España, ya lo hemos dicho, radicaba en la abundancia de empresas militares, que constituía, como perniciosa obsesión, la norma de la política desarrollada por los Austrias; y así como en el cuerpo humano el fomento exagerado del sistema muscular lleva ineludiblemente aparejada la merma y aun la atrofia de las facultades intelectivas, así en la vida de las naciones los alardes de fuerza sólo se realizan postergando los demás elementos de la existencia social; por eso, pueblo que cifra su orgullo en los alardes belicosos, suele ser pueblo empobrecido, envilecido é ignorante. Tal ocurrió á Roma, cuyas aspiraciones de dominación universal fueron causa eficiente de su ruina; tal á los árabes, á quienes bastaron las rotas de Covadonga y de Poitiers para detenerlos eternamente en su fácil carrera de victorias; tal á España, que hubo de purgar en Rocroi los pruritos hegemónicos de Carlos I; tal á Francia, en los últimos tiempos, al ver deshechas las aspiraciones napoleónicas en los campos de Waterloo y ante los muros de Se-

dán; finalmente, claro ejemplo de lo mismo está dándonos Rusia, pues habiéndolo sacrificado todo en aras del desarrollo de su elemento bélico, al llegar el momento de utilizarlo en labor más práctica que las maniobras y las revistas, ve con el estupor consiguiente cómo es derrotado su ejército, al parecer tan formidable; maltrecha su marina, considerada como invencible; perdido el crédito en el interior, como consecuencia de tan continuados desastres; anonadado en el exterior el prestigio de que antes disfrutaba en el concierto internacional...

...España, pues, abusó de los alardes bélicos; á semejanza de esos hijos que, siendo á un tiempo mismo cariñosos con sus padres y aficionados á la prodigalidad y al despilfarro, proporcionan á los autores de sus días algunos regocijos y satisfacciones á cambio del continuo saqueo de su bolsa, así los ejércitos españoles, que cubrieron de gloria á la madre patria en Garellano, en Otumba y en Pavía, iban dejándola tan exahusta y esquilmada que ni aun llegó á tener dinero con que pagar á sus soldados, los cuales, llenos de gloria inmarcesible, acribillados sus cuerpos de heridas á cual más meritoria y honorífica, al regresar á sus lares moríanse de hambre, y, ó se dedicaban al bandidaje como medio de atender á su subsistencia luciendo, aunque fuese torpemente, las únicas habilidades que poseían, ó aguardaban con fría impavidez un socorro que nunca llegaba; el mismo Cervantes, soldado en África, en Italia y en Lepanto, herido y lleno de orgullo por haber asistido á esta batalla, *prefiriendo ser manco á no haber estado en ella* (1), y volviendo á su patria cubierto de gloria para vivir pobremente y morir en la miseria, nos da una idea clarísima de la situación de España, que, viéndose empobrecida por causa de los soldados, los dejaba morir poco menos que de inanición en recompensa de sus servicios.

El arraigo del militarismo en la época de Cervantes muéstrase en pasajes diversos de su obra; él mismo, aunque no pecó

(1) Prólogo de la 2.ª Parte.

de modesto por lo que á reconocer sus cualidades literarias se refiere, creíase más digno de atenciones y merecimientos por haber sido soldado que por ser escritor tan insigne: «Quíteseme de delante—dice en el discurso de las armas y las letras—los que dijesen que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen; porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutallos mucho entendimiento...» (1).

En otra ocasión (2) proclama la supremacía del elemento militar sobre el religioso. «...Los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecución lo que ellos piden, defendiéndolo con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto... Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia».

Muéstrasenos asimismo la exaltación del espíritu aventurero en la afición á los libros de caballerías, tan insana como extendida, pues devotos de ellos eran, según se deduce de la obra de Cervantes, los grandes señores, como los Duques; los hidalgos, como Don Quijote y Cardenio; las doncellas educadas en el sosiego del hogar, como Luscinda y Dorotea; el ventero, su mujer y su hija, Maritornes, y hasta los segadores que en la venta se albergaban.

En algún otro episodio, manifiesta Cervantes que no era la milicia considerada en su tiempo como profesión que sólo de-

(1) Cap. XXXVII de la 1.ª Parte.
(2) Cap. XIII ídem íd.

biera desempeñarse rindiendo culto á un ideal, sino que en ella abundaba la gente hampona y perdularia, que se acogía á las armas como á un recurso para buscarse la vida. Así, en el Capítulo XXIV de la 2.ª Parte, nos habla de un mancebito que, delante de Don Quijote, «iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él, acababa de cantar una... que decía:

A la guerra me lleva
la necesidad;
si tuviera dineros,
no fuera en verdad.»

De la triste situación de los soldados viejos, ocúpase poco después, dando muestras de las esperanzas que, sin propósitos de cumplirlas, les hacían concebir los Poderes públicos: «...Cuanto más, que ya se va dando orden cómo se entregan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte.»

Es indudable que Cervantes, al escribir esto, se lamentaba por boca de su héroe. Y, sin embargo—¡sublime abnegación la suya!,—no perdona ocasión de enaltecer la carrera de las armas, afirmando que «más bien parece el soldado muerto en batalla, que vivo y salvo en la huída».

La inmoralidad del ejército, consecuencia de su mala organización, refléjase también en el *Quijote*. El episodio de Vicente de la Roca y la hermosa Leandra (1) es una prueba palmaria del bandidaje á que se dedicaban los soldados, cuya finalidad, lejos de ser la de honrar á su patria, parecía reducirse á deshonrar doncellas y maltratar ancianos: nefanda mi-

(1) Cap. LI de la 1.ª Parte.

sión, que también sirvió á Calderón de la Barca para inspirarle su *Alcalde de Zalamea*.

Sin embargo—fuerza es reconocerlo,—aquel ejército desmoralizado y decadente tuvo también sus épicos arranques: y, al sucumbir en Rocroi, supo dejar testimonio eterno de sus estériles glorias, cuando al preguntarle á uno de los supervivientes cuál era el número de sus compañeros, respondió con laconismo espartano: «Contad los cadáveres».

VII

LA TEOCRACIA

Otro de los males que aquejaban á España, tan grande, por lo menos, como el militarismo, el horror al trabajo y la inmoralidad administrativa, era la teocracia.

La excesiva religiosidad, al invadir á un pueblo, puede tocarse en fanatismo, que, bien encauzado, hasta servirá de acicate á una raza, por apática que ésta sea: claro ejemplo de ello lo dieron los árabes, que, en aras de su fuego religioso, aspiraron á dominar al universo. Pero cuando sobre los males que el fanatismo por sí solo acarrea, se añaden los de no haber sido engendrado por una religiosidad sinceramente sentida, sino por bastardos fines, que escogen ese camino por más cómodo ó por más breve, se comprenderá que al considerar á la teocracia como concausa de la desorganización española, no nos mueven pasiones sectarias, siendo nuestros asertos hijos de la observación de lo que en el siglo XVII acaecía.

En efecto: la mayoría de las personas que entraban en los conventos — dice un distinguido escritor — eran llevadas allí por causas muy ajenas al sentimiento religioso. Entraban las mujeres por costumbre, por castigo de sus familias, por cuestiones de herencia, por amores contrariados ó por ocultar en el claustro la pobreza de una casa linajuda. Iban los hombres

al convento por huir del servicio militar, del trabajo, de las contribuciones, y en busca sólo de comodidad y regalo, tratando á veces de satisfacer su ambición por un camino que les abría todas las puertas y les proporcionaba toda clase de medios para alcanzar las más elevadas distinciones. Sin vocación religiosa, difícil ó imposible era permanecer en la virtud; y en cuanto á la abundancia de los religiosos, baste recordar lo que dice González Dávila: «Sacerdote soy, pero confieso que somos más de los que son menester... En este año que iba escribiendo esta historia, tenían las Ordenes de Santo Domingo y San Francisco en España treinta y dos mil religiosos, y los obispados de Calahorra y Pamplona veinticuatro mil clérigos. ¿Pues qué tendrán las demás religiones y los demás obispados?»

Alúdese en el *Quijote* á la vida regalona del clero en varios pasajes. Uno de ellos es en el Capítulo XIX de la 1.ª Parte, cuando, después de dar por conclusa la aventura de los encamisados que conducían un cuerpo muerto, hidalgo y escudero decídense á reponer sus extenuadas fuerzas, «satisfaciendo sus estómagos con más de una fiambrera que los señores clérigos del difunto (que pocas veces se dejan mal pasar) en la acémila de su repuesto traían».

Más adelante (1) se hace referencia á la comodidad y boato con que viajaba un canónigo de Toledo: «En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venían hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta».

Pero, en honor á la verdad, hay que reconocer que la intelectualidad de la época residió entre los tonsurados, pues aunque Don Quijote afirme que nunca *la lanza embotó la pluma* (2),

(1) Cap. XLVII de la 1.ª Parte.
(2) Cap. XVIII Idem íd.

es lo cierto que sólo por excepción se encuentra un Ercilla ó un Cervantes, y es, por el contrario, frecuente en grado sumo hallar cultivadores de las bellas letras que, siendo de la talla de Lope de Vega, Calderón, Tirso y varios otros, pertenezcan al elemento teocrático. Cervantes reconoce la superioridad mental del clero contemporáneo suyo, pues, al hacer el expurgo de la biblioteca de Don Quijote, pone en labios del cura conceptos de sana crítica, presentándole como gran conocedor de la literatura de la época; y del mismo modo habla por boca del antedicho canónigo en los Capítulos XLVII y XLVIII de la 1.ª Parte, para dirigir contra los libros de caballerías los más severos cargos y atinadas observaciones.

VIII

OTRAS CUESTIONES SOCIALES

Algunas otras enseñanzas pueden obtenerse del *Quijote* relativas á la organización social de su época: procuraremos reseñarlas brevemente.

Imperaba á la sazón la patria potestad con carácter autocrático, á la usanza romana, manifestándose principalmente en la imposición de marido á las hijas: tal se deduce del episodio de Cardenio (1), en el que el padre de Luscinda obliga á ésta á casarse con Don Fernando, sin respetar sus amores ni tener para nada en cuenta su albedrío. Otro tanto sucede en el episodio de las bodas de Camacho; y aunque Cervantes parece combatir tal costumbre diciendo: «malhayan los que estorban que se casen los que bien se quieren», seguidamente la justifica: «Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, quitaríase á los padres la elección y jurisdicción de casar sus hijos con quien y cuando deben, y si á voluntad de las hijas queda-

(1) Cap. XXVII de la 1.ª Parte.

se escoger los maridos, tal habría que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle, á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachín».

Indúcese asimismo de la lectura del *Quijote* el empirismo y deficiencia de la Medicina en su tiempo, pues el caso del doctor Pedro Recio es una saladísima crítica de los galenos del siglo XVII.

También se infiere la costumbre de emigrar á América, ante la perspectiva de volver con riquezas tan grandes como las que en el Perú había conquistado el hermano del cautivo (1): de aquí que Don Quijote tuviera noticia de las señales por las que conocían los emigrantes el paso por la línea equinoccial.

La influencia que Italia ejerció en nuestra patria revélase por la imitación, á veces servil, que se hace de la literatura italiana; el mismo *Quijote* es prueba palmaria de esta aseveración, pues en él, á semejanza de lo que en la Arcadia de Sannazaro acaece, se intercalan con frecuencia versos en la prosa, y del mismo modo, sabor marcadamente italiano tienen el episodio de Marcela y Crisóstomo (2), el de Cardenio y Luscinda (3), así como el de la hermosa Dorotea, y por de contado la novela del *Curioso impertinente* (4) y los desventurados amoríos de Leandra (5).

La vida desordenada y trashumante de los cómicos pónese de manifiesto en la aventura de la carreta de las Cortes de la Muerte (6), dándose en ella pruebas asimismo del gran valimiento que disfrutaban los histriones; pues al lamentarse Don Quijote del mal comportamiento de los comediantes para con él, manifestando á Panza su deseo de castigarlos, el escudero

(1) Cap. XLII de la 1.ª Parte.
(2) Cap. XII ídem íd.
(3) Cap. XXV ídem íd.
(4) Caps. XXXIII, XXXIV y XXXV ídem íd.
(5) Cap. LI ídem íd.
(6) Cap. XI de la 2.ª Parte.

le responde: «Quítesele á vuesa merced eso de la imaginación, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa vuesa merced que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman».

Esto no obstante, el cultivo de la literatura no era en España profesión productiva: Cervantes, como tantos otros, únicamente podía sostener su humilde existencia gracias á la protección de los aristocráticos Mecenas que le favorecieron; protección que fué indispensable para todos los artistas de su época, pues sin ella hubieran perecido; pero que tenía no poco de bochornosa, haciendo prorrumpir al manco inmortal en las hermosas lamentaciones que, como gritos salidos del corazón, consigna en su obra maestra: «Venturoso aquel á quien da el cielo un pedazo de pan sin que le quede obligación de agradecerlo á otro».

Augusto Martínez Olmedilla

EN LA VENTANA

Andrés Nicolaievitch quitó un tiesto que había en la ventana con una planta seca de geranio, y se puso á mirar á la calle. Durante la noche y la mañana había estado cayendo una lluvia fina, de otoño; las casucas de madera, impregnadas de humedad, se alzaban grises y tristes. Algunos árboles aislados se doblaban al viento. Sus amarillentas hojas, que tan pronto se pegaban unas á otras, entre murmullos y quejas, como se agitaban en todas direcciones, temblaban dolorosamente y se debatían en las delgadas ramas. Una persiana, medio desprendida, colgaba á lo largo de la pared de una casuca sombría y torcida; con obstinación estúpida, golpeaba ruidosamente la ventana, y después iba á dar de nuevo con estrépito en las vigas podridas. Y la parte de la ventana que permanecía visible, en la que se percibía una botella de aceite amarillo sobre una tabla, tenía el aspecto tristón de un hombre con un ojo enfermo y vendado.

Tras el tabique de madera que separaba el cuartucho de Andrés Nicolaievitch de la habitación de sus patrones se oía una voz que murmuraba, sorda y lenta:

—Me lucí: he perdido dos copeks.

—No te preocupes, Fedor Ivanovitch—suplicaba una voz de mujer.

—Es preciso que los encuentre.

Pasos pesados hacían crujir el suelo. Un taburete de madera cayó con estrépito. El panadero, en cuya casa habitaba

Andrés Nicolaievitch, perdía siempre algo cuando estaba borracho, y no se tranquilizaba hasta encontrarlo. Por lo general, eran dos copeks, de cuya existencia dudaba Andrés Nicolaievitch. La panadera daba entonces á su marido otros dos copeks, diciéndole que eran los que perdiera; pero Fedor Ivanovitch no lo creía y continuaba revolviendo todo el cuarto.

Después de haber suspirado pensando en la estulticia humana, Andrés Nicolaievitch volvió á mirar á la calle. Precisamente frente á la ventana, en el otro lado de la calle, se alzaba una hermosa casa. Toda la fachada estaba esculpida en madera; era como un encaje, con el zócalo de un rojo oscuro, y terminaba en la cornisa del tejado, sobre el que se erguía una flecha igualmente labrada. Hasta con aquel tiempo tan malo, cuando todo en la vecindad estaba triste y sin vida, los miradores de la casa brillaban, y las plantas de salón que se veían al través de las ventanas se mostraban alegremente, frescas y rozagantes, como si para ellas no muriese nunca la primavera y como si poseyeran una vida secreta, eternamente verde. Andrés Nicolaievitch gustaba de mirar aquella casa y figurarse cómo se vivía en ella. Personas elegantes y satisfechas se deslizan calladamente por los pisos; sus pies hollan tupidas alfombras; se dejan caer negligentemente en blandos cojines que toman la forma del cuerpo. Las plantas verdes impiden ver la calle con su fango, y allí todo es cómodo, todo está limpio y brillante.

A las cinco ó seis generalmente, el dueño de la casa vuelve de sus asuntos: es un buen mozo, moreno, de expresión enérgica y cuyos dientes blancos sonríen alegremente. A menudo viene con un convidado. Con paso firme y rápido suben la escalera de piedra del vestíbulo y desaparecen riendo tras la puerta de roble, mientras que el irascible cocherote da una brusca vuelta y entra en el empedrado patio, en cuyo extremo se perciben vastas dependencias ocultas por los corpulentos árboles de un antiguo jardín. Y Andrés Nicolaievitch se repre-

sentaba cómo la joven dueña de la casa saldría al encuentro de los que llegaban, cómo tomarían puesto en una hermosa mesa ornada de cristalería y de otras magníficas cosas que nunca vió en su vida, y cómo se pondrían á comer alegremente.

Un día encontró al hombre de los blancos dientes, que recorría las calles en un carruaje de ruedas de goma. Andrés Nicolaievitch le saludó, y el caballero le devolvió cortésmente su saludo, sin que su rostro expresara la menor sorpresa porque le saludase aquel desconocido, flacucho, de tez cobriza, con gorra de funcionario; ni siquiera se tomó el trabajo de pensar en quién pudiera ser.

Pero ni el mismo Andrés Nicolaievitch sabía por qué le había saludado.

—Comprende la cosa; éstos no son mis dos copeks—murmuraba la voz sorda y tenaz del patrón al través del tabique:—mis dos copeks estaban mellados.

—¡Dios mío! ¡Cuándo me enviarás la muerte que me libre de todos mis males!—gemía la mujer.

Andrés Nicolaievitch estaba sentado junto á la ventana, mirando y escuchando. Hubiera querido que todos los días fuesen festivos, para poder observar cómo viven los otros, porque entonces no experimentaba ese terror que acompaña á la vida. El tiempo se detenía para él; en aquellos minutos se olvidaba del abismo abierto que le espantaba siempre.

Así hubieran podido transcurrir los años, sin que ningún sentimiento ni idea alguna penetrasen en su alma petrificada.

De repente se abrió la puerta cochera de la hermosa casa, salió el carruaje y paró ante la escalinata; el cochero arregló las riendas en sus manos. «Va á salir la señora», pensó Andrés Nicolaievitch.

En la puerta apareció una mujer joven, delgada, con su hijo, un niño de siete años, de rostro tan moreno como el de su padre, y con la misma expresión de dignidad tranquila y severa. Con las manos en los bolsillos de un largo gabán de

paño, el hombrecito miraba con placer al corcel negro que coceaba nerviosamente en el suelo, y con el mismo aire de benevolencia y de majestuosa tranquilidad, sin sacar las manos de los bolsillos, permitió á la criada que le alzase y le sentase en el coche.

Andrés Nicolaievitch le daba mentalmente el tratamiento de «Excelencia», y se preguntaba si los niños como aquél venían verdaderamente al mundo de la misma manera que los otros. Y cuando las dos mujeres se echaron á reir del pequeño «general», que consideraba con asombro pensativo aquella incomprensible alegría, el flacucho empleado, oculto tras su ventana, sonrió involuntariamente y con respeto.

El caballo se puso en movimiento, y el coche se alejó trepidando ligeramente.

Escondiendo sus manos rojas bajo el delantal, la criada permaneció un momento en la escalinata, hizo un gesto y desapareció tras la puerta. De nuevo la calle húmeda volvió á quedar tranquila y solitaria; solamente la persiana flotante golpeaba, desesperada, como para pedir que alguien se dignara sujetarla. Pero la casuca parecía como muerta. Solamente una vez apareció un rostro femenino en la ventana, pero tampoco tenía aspecto viviente.

Andrés Nicolaievitch no había envidiado nunca á los personajes aquellos, y no hubiera querido tener tanto dinero como ellos. Hacía unos seis años que observaba la hermosa casa, y se había habituado á ella de tal manera que, desaparecida, no hubiera sabido qué hacer. Había estudiado todas las costumbres de los que la ocupaban. Cuando en el año anterior, por la primavera, llegaron y empezaron á trabajar unos carpinteros y pintores, Andrés Nicolaievitch se pasaba todo el tiempo libre en la ventana, sumamente preocupado. Le parecía que los torpes pintores, que entonaban canciones estúpidas, iban á echar á perder completamente la casa. Así que aunque no hubiese tal, y aunque, por el contrario, apareciera más brillante y más nueva cuando se marcharon, Andrés Nicolaievitch

echaba de menos la fachada antigua, cuyas resquebrajaduras conocía. Allí, en un ángulo, junto al tejado, había un sitio del que gustaba particularmente por su original belleza. Tuvo un gran pesar cuando los carpinteros quitaron la antigua escultura y apareció el rincón desnudo dejando ver sus blancas vigas. Una ó dos veces se le ocurrió á Andrés Nicolaievitch que también él podría ser un hombre que ganara mucho dinero, poseedor de una casa de ventanas brillantes y de una mujer bonita. Pero esta suposición le causaba un gran espanto. Ahora permanecía tranquilo en su cuartucho, y las paredes y el techo, que se podían fácilmente alcanzar con la mano, le rodeaban y le defendían contra la vida y las gentes. Nadie entraría para hablarle y reclamar de él una respuesta. Nadie le conocía ni pensaba en él, ¡y le tranquilizaba esto tánto! Es como si estuviera tumbado sobre el fondo mudo de una mar profunda, y cubierto con un sudario de algas, separado del mundo exterior y de las tempestades. ¡Y de repente tendría riquezas, poder, y estaría como al borde de un precipicio! Todo el mundo le miraría, hablaría de él, le solicitaría. Veríase obligado á hablar con las gentes que irían sin interrupción á visitarle, y él á su vez iría á viviendas de techos elevados, con numerosas ventanas que dejan penetrar una viva luz blanca. Sin defensa se encontraría allí, como en medio de esa plaza pública que teme siempre atravesar.

Veríase obligado á pensar en su dinero, á fin de que no volase; en su mujer, en la fábrica y en una porción de cosas extrañas. Tendría criados, á los que habría de dar órdenes, y si tales criados no las escuchasen y se permitieran discutirlas, debería gritar y sulfurarse. Hay que saber hacerse temer de los demás, ser fuerte; y ante esta idea, Andrés Nicolaievitch sentía que todo su cuerpo, sus manos, sus pies se ponían blandos, como si le hubiesen quitado los músculos y los huesos. Experimentaba ese sentimiento siempre que tenía que obrar por su propia iniciativa, hacer algo que se saliera de lo habitual y que no se lo hubiesen mandado.

Encontrábase bien, por lo demás, en su oficina. Su mesa, la misma desde hacía quince años, tenía un hule, y estaba colocada en un rincón; y cuando su jefe el consejero entraba, no veía á Andrés Nicolaievitch, oculto detrás de los otros empleados. De todos modos experimentaba un sentimiento de espanto en aquellos minutos, y hasta que el consejero salía no enderezaban los empleados sus espaldas, inclinadas como espigas de trigo por el vendaval.

Andrés Nicolaievitch se sentía en una seguridad absoluta. Unicamente se ocupaba de él el subsecretario para recibir las copias y darle nuevas órdenes. Solamente aquél sabía que existiera en el mundo un empleado modesto y concienzudo, que hacía las *D* con grandes rasgos y las *R* como llaves de sol, que tal empleado se llamaba Andrés Nicolaievitch y que sus compañeros le habían puesto de mote el señor «Si»; por su verdadero apellido solamente era conocido del cajero. Por su parte, el tal empleado sabía lo que tenía que hacer al día siguiente y en todo el resto de su vida, y que no encontraría en su camino nada nuevo ni temible. Cinco años antes le habían ascendido; pero ¡qué días tan espantosos fueron para él aquéllos!

Pensaba en esto.

Se acercó una nube y quedó á oscuras el cuarto de Andrés Nicolaievitch. Observaba desde la ventana cómo el viento inclinaba hacia el tejado á la acacia, imponente en aquella lucha, y se esforzaba en adivinar si el árbol se rompería ó no, y si se notaría el vendaval y el nublado en la rica morada. Pero sus pensamientos flotaban sin fuerza, y la imagen de la vida en la hermosa casa permanecía confusa. En la fortaleza que Andrés Nicolaievitch se edificara y en la que descansaba de las vicisitudes de la vida, había un punto débil, y sólo él conocía la puerta secreta por la que de repente aparecen los enemigos. Estaba al abrigo de la invasión de las gentes, pero hasta entonces no había encontrado nada para protegerse contra la de los pensamientos. Llegan éstos, abren las paredes, quitan el

techo, arrojan á Andrés Nicolaievitch bajo el cielo sombrío, en medio de aquella plaza sin límites, abierta á todos los vientos, en la que parece convertirse en centro de la creación y en donde se siente tan mal.

Y precisamente cuando acababa de felicitarse por el tiempo que había transcurrido sin advertirlo, sus enemigos avanzaron á escondidas, y vió que no tenía ya fuerzas para combatirlos. He aquí que las paredes han desaparecido, el cuarto también. Se encuentra de nuevo ante el consejero; permanece allí como clavado mirando el cráneo calvo y reluciente de su superior. Transcurren así lentamente uno, dos segundos. Las suelas de sus zapatos están soldadas al suelo: ni una docena de caballos lograría mover una línea á Andrés Nicolaievitch.

—¿Qué más hay?—dice el consejero, que ha terminado ya de dar sus órdenes. Su voz resuena como la trompeta del juicio final. Las piernas de Andrés Nicolaievitch se mueven inmediatamente; pero en lugar de dirigirse hacia la puerta en donde está la salvación, se quedan en el mismo sitio. Su lengua, mientras tanto, continúa pegada al paladar, y no se lograría desprenderla sino con pinzas.

—¿Qué hay?—repite la trompeta.

—¿Y... si Agapoff no ha terminado de copiar á las dos?

—En efecto—responde el consejero reflexionando.—Pues que concluya en su casa. ¿Qué más? ¿No está esto claro?

—Está claro—contesta Andrés Nicolaievitch con tono brusco, con el mismo tono entrecortado que toma su expresión para hablarle. Comprende mal lo que le dicen, porque una nueva y terrible cuestión se formula en su cerebro.

—Entonces... ¿qué más quiere usted?—clama la trompeta.

—¿Y... si tiene otro trabajo urgente?

Era verdad. Agapoff podía tener otro trabajo urgente, y el mensajero no había pensado en ello. De nuevo, abandonando con enojo sus papeles, dirige una mirada de impaciencia á Andrés Nicolaievitch y no sabe qué responder.

—Entonces se lo da usted á cualquier otro—dice por fin.

—Pero y si...

—¿Qué?—ruge el consejero con las pupilas dilatadas por la cólera. Andrés Nicolaievitch se estremece de miedo.

—No, no es que lo crea—replica rápidamente, imitando sin quererlo el tono chillón y cortante de su interlocutor. Se diría que la conversación se mantiene entre personas separadas por un ancho foso. —Y si no llegamos al correo de hoy, ¿qué hacer entonces?

La respuesta que sigue aparece á Andrés Nicolaievitch bajo la forma de un sonido vago...

A la semana siguiente decía el consejero al secretario:

—¿En dónde ha pescado usted á ese individuo que tiene la boca llena de «si»? Cierto es que todo lo que supone puede suceder, aunque no lo tenga yo presente en el momento. Pero también esta casa puede derrumbarse—añadió con repentina irritación.—¡Puede suceder!

—Es una construcción del Estado—respondió en tono bromista el secretario, añadiendo más seriamente:—¿Quién lo hubiera creído? Es un empleado tan meticuloso...

—¡Y qué insolente! ¡Alza la voz de una manera...! Vuélvale usted á su antiguo puesto.

Y así se hizo con Andrés Nicolaievitch. Entonces, durante toda una semana, sintió sus piernas y sus brazos flojos como los de una muñeca barata cuyos miembros están rellenos de serrín.

*
* *

En la calle resonaron los sones agudos y poco melodiosos de un acordeón. Por la acera opuesta pasaban cuatro borrachos; llevaban largos abrigos, botas altas y estrechas y gorras con viseras tan delgadas como hojas de cuchillos. Eran jóvenes los cuatro y tenían rostros extremadamente graves y hasta tristes; uno de ellos llevaba el acordeón, del que sacaba sonidos discordantes que hacían daño en los oídos.

Los chicuelos le imitaban muy bien haciendo rechinar unas láminas de cristal á guisa de acordeón cuando querían irritar á los hombres y jugaban á los borrachos.

Delante de la casa hermosa, en el arroyo, se encontraba el único lugar relativamente seco de toda la calle; uno de los borrachos se separó de sus compañeros, se adelantó, y, con todo el cuerpo recogido, se puso á bailar golpeando el suelo con los talones. Su rostro, joven é insolente, con un bigotillo claro, permaneció tan serio como antes y hasta triste, como si le enojase estar borracho y bailar en el arroyo sucio al agrio son del acordeón con su melancólica tocata. Sus compañeros le miraban, impasibles é insolentes, sin expresar ni aprobación ni censura, y algo indeciblemente angustioso brotaba de aquella extraña alegría, bajo el encapotado cielo, en medio de las deformes casuchas.

—Es Iván Gusarenko—pensó Andrés Nicolaievitch;—baila: señal de que hoy pegará á su mujer.

Cuando los borrachos hubieron pasado y se extinguió la quejumbrosa sonata del acordeón salió una mujer de la casucha de la persiana desprendida. Era la mujer de Gusarenko; se detuvo en el umbral y siguió con los ojos á los que acababan de desaparecer.

Llevaba una blusa roja de percal manchada de hollín y lustrosa en el lugar en donde se delineaba su seno, que era casi como el de una niña.

El viento la levantaba su falda sucia y se la arrollaba en las piernas, cuyos contornos señalaba. Desde sus pies, menudos y descalzos, hasta su cabeza, orgullosamente erguida, se parecía á una estatuilla antigua arrojada por una suerte cruel al fango de un rincón de provincias. El hermoso rostro, de facciones regulares, con una barbilla firme, estaba pálido, y un círculo azulado agrandaba más sus grandes ojos negros. Reflejábanse en ellos de una manera chocante el odio y el temor, el enojo y el desprecio. Largo tiempo permaneció Natacha en el umbral, y mientras que su marido iba de taberna en

taberna le seguía con los ojos con tal intensidad que se hubiera dicho que, por la fuerza de su voluntad, iba á hacerle retroceder. La mano que se apoyaba en el quicio de la puerta se entorpecía; sus cabellos eran agitados por el viento, y la persiana, desde hacía mucho tiempo desprendida, continuaba golpeando la pared con insistencia, repitiendo á cada golpe: no, no, no.

—¡Qué mujer!—pensó Andrés Nicolaievitch con espanto cuando Natacha desapareció sin dirigir una mirada á la ventana tras la que él se ocultaba.—Gracias sean dadas á Dios por no haberme casado con ella.

Andrés Nicolaievitch se puso á reir de gusto; pero esto no duró mucho tiempo. No se habían borrado todavía las arrugas trazadas en su cara por la risa, cuando «los enemigos» entraban por la puerta secreta. La imagen de Natacha, que no se había desvanecido por completo ante sus ojos, se acentuó claramente, y al lado se dibujó otra imagen. Las paredes se apartaron y desaparecieron; un olor de prados y de heno se esparció en torno suyo. Sobre el horizonte aparecía inmóvil el disco rojo sombrío de la luna, y reinaba una misteriosa tranquilidad.

—¡Dios mío!—exclamó Andrés Nicolaievitch en tono de súplica,—¿es que no basta con una vez y es preciso que comience de nuevo? No es necesario, y no lo deseo en modo alguno.

Con sus dedos amarillentos por el tabaco cogió un grueso papel de fumar semejante á papel de envolver, sacó de una caja de metal un poco de tabaco fino, hizo un cigarrillo y pegó el papel con la lengua. Detrás del tabique roncaba el panadero. Embrutecido por el alcohol y cansado de buscar los dos copeks, se había dormido y no se despertaría hasta el anochecer. Respiraba con fuerza y despedía un fuerte olor á aguardiente que apestaba el cuarto. Fedor Ivanovitch, al despertar, sufriría un largo y penoso acceso de tos; entonces bebería kwass, luego aguardiente, y comenzaría de nuevo

el suplicio de su mujer. Así se deslizaban todos los días de fiesta.

Andrés Nicolaievitch compadecía á aquel hombre, grueso y robusto, sofocado durante toda la semana por el calor del horno incandescente, y el cual, los domingos, sucumbía á su pasión de alcohólico. Volvió á la ventana.

Entre las nubes brilló un instante el sol, que iluminó la miserable calle con pálida luz amarillenta. Solamente la casa frontera permanecía la misma, orgullosa y sonriente, con sus resplandecientes ventanas. Entonces Andrés volvió á ver lo que ocurrió en otro tiempo. Estas cosas reaparecían ante sus ojos con singular insistencia, á despecho de tabiques y cerraduras.

Natacha no fué nunca alegre, ni aun en los tiempos en que era una muchacha soltera, bella y libre, y en que muchos hombres solicitaban su amor. En su primer encuentro con ella Andrés Nicolaievitch experimentó una especie de malestar y un sentimiento de cortedad desagradable. Observaba, lleno de emoción, los movimientos bruscos é imprevistos de la joven. Le parecía que de repente Natacha iba á decir ó á hacer cosas tales que todos los invitados asistentes á la reunión se avergonzarían. Cantaba canciones con las demás muchachas, pero no se esforzaba, como ellas, en gritar todo lo alto y todo lo fuerte posible; cantaba con su voz baja y un poco ruda de contralto, como si no cantase más que para ella sola. Cuando Gusarenko, que estaba también en aquella reunión, y que, como de costumbre, estaba ligeramente bebido, la cogió bromeando por el talle, ella le rechazó bruscamente, y poniéndose encarnada le dijo algo que estremeció el bigote rubio del joven, mientras que su mirada se ponía dura y provocadora. Con inocente sonrisa señaló con el dedo á Andrés Nicolaievitch. Natacha, silenciosamente, volvió la cabeza, y sus ojos negros se fijaron en el último como para pedirle ú ordenarle la realización de alguna acción inmediata. Andrés quería apartar los ojos de los de ella, pero no lo lograba, y experimentaba el

mismo sentimiento de servidumbre, de ausencia de la voluntad que experimentó cuando se fijó obstinadamente, sin poder apartar la mirada, en el cráneo calvo y luciente del consejero. No veía el rostro de Natacha. Solamente los grandes ojos de aquélla brillaban ante él como diamantes negros. Sin dejar de mirarle Natacha se levantó de su asiento y, atravesando la sala con paso rápido y seguro, fué á sentarse al lado de Andrés Nicolaievitch de la manera más natural del mundo, como si él la conociese. Después se puso á hablarle como á un antiguo amigo.

—Se arrepentirá usted, Natacha Antonowna—dijo Gusarenko al pasar junto á ellos.

No miraba á Andrés Nicolaievitch, pero sentíase una amenaza en su actitud.

—Les deseo á los dos una buena salud—añadió.

Como no recibía respuesta de Natacha, salió, poniéndose la gorra con gesto de conquistador. A los pocos segundos, bajo las ventanas, se oyeron los sones de un acordeón y una agradable voz de tenor que cantaba:

Mi bien amada
me ha cogido el corazón
y lo ha arrojado por la ventana
con las basuras.

—Le pegará á usted: tenga cuidado—dijo Natacha.

—No se atreverá: soy un funcionario del Estado—replicó Andrés Nicolaievitch; y, á la verdad, no temía nada. Se hubiera dicho que estaba trastornado.

No solamente respondía á las preguntas de Natacha, sino que le hablaba, le interrogaba, y no se asombraba de discurrir tan elocuentemente y tan bien que se hubiera podido creer que no había hecho otra cosa en toda su vida. Sin dejar de pensar y de hablar, veía con precisión sorprendente todo lo que le rodeaba: el piso sucio, las jóvenes que reían entre sí y un pequeño pliegue en el entrecejo de Natacha.

Pero en cuanto se alejó de él Natacha, le invadió un terror inmenso ante la idea de que pudiera volver y dirigirle la palabra.

Empezó á tener miedo de Gusarenko, y vaciló largo rato sobre lo que debía hacer: volver á su casa para huir de Natacha, ó permanecer allí hasta que se oyese el silbido de los agentes de policía, lo que significaría que se llevaban á Gusarenko á la prevención.

Todo el día siguiente Andrés Nicolaievitch estuvo temblando al pensar que pudiera venir Natacha. Varias veces le flaquearon las piernas al recordar que él, Andrés Nicolaievitch, pudo estar tan animoso la noche anterior. Pero cuando tras el tabique de su oficina oyó la voz de contralto de Natacha, movido por una fuerza desconocida, saltó de su silla y entró con aplomo en la habitación inmediata.

De igual suerte, en el momento del combate, el soldado bisoño se lanza adelante, gritando: «¡Hurra!»... Podría creerse que es el hombre más bravo del regimiento; sin embargo, un sudor frío baña su frente lívida, y su corazón palpita de terror.

En cuanto Andrés Nicolaievitch vió los dos ojos negros, desapareció su ansiedad y se sintió lleno de sangre fría.

Dos meses transcurrieron así insensiblemente, y ocurrió que Andrés Nicolaievitch y Natacha se amaron. Conocíase esto porque él besaba á Natacha unas veces en las mejillas, otras en los terribles ojos negros, cuyas pestañas le acariciaban los labios. Además, Natacha afirmaba la existencia de aquel amor diciendo:

—No hay que besar en los ojos: es mala señal.

—¿Cómo mala señal?—preguntaba riendo Andrés Nicolaievitch; y sentía la superioridad que le daba su instrucción (había seguido dos cursos en el colegio) sobre aquella muchacha ignorante que creía en todas las supersticiones.

—Voy á decirle lo que presagia: me dejará usted de querer.

Ahora bien: si la posibilidad de dejar de querer existe, es porque existe el amor. ¿Pero de dónde procedía aquel amor, y en dónde se encerraba cuando Andrés Nicolaievitch no se encontraba al lado de Natacha? Entonces la joven le parecía absolutamente extraña y lejana. Le costaba mucho trabajo creer en sus besos; si la hermosa señora que vivía enfrente le hubiese besado, no le habrían asombrado más. En el nombre mismo de «Natacha» sonaba para él algo raro, como si hasta entonces no le hubiera oído, ni conjunto alguno de sílabas de aquel género: «¡Natacha!»

No sabía nada de la joven ni de su vida pasada, de la que ella no gustaba hablar.

—Vivía como todo el mundo—decía Natacha.—Háblame de usted mismo.

Esta petición le dejaba siempre perplejo á Andrés Nicolaievitch, porque no tenía nada que contar. Tenía treinta y cuatro años, y nada había quedado del pasado en su memoria, salvo una ligera bruma y esa angustia particular que invade al hombre cuando se alza ante sus ojos un muro gris é impenetrable.

Su padre, un funcionario, era un hombrecillo que usaba grandes chanclos y que llevaba siempre un gran rollo de papeles debajo del brazo. Su madre, una señora alta y delgada, murió joven al nacer su segundo hijo.

A los diez y seis años Andrés Nicolaievitch á su vez llegó á ser funcionario. Iba á la oficina con su padre, cargado como él con un inmenso paquete de papeles que llevaba debajo del brazo, y calzando los chanclos viejos desechados por el autor de sus días. Muerto su padre, del cólera, empezó á ir solo á la oficina.

En su juventud le gustó mucho el billar; tocaba la guitarra y hacía la corte á las muchachas. Abandonó entonces el servicio del Estado para tratar de seguir otra carrera, pero nada le salía bien. Una vez le prometieron un buen puesto, pero se lo llevó otro. Tal vez fué lo mejor, porque el otro, el rival, no

conservó ni siquiera un año el puesto deseado, mientras que él ocupaba hacía años el mismo destino.

—¿Y es eso todo?—preguntó con incredulidad Natacha.

—Todo. ¿Qué más había de haber?

—No lo hubiera creído. Pensaba que llevaba usted una vida muy diferente de la nuestra. ¡Como lee usted libros y habla usted tan bien, y siempre de cosas elevadas y agradables!

—He leído libros; pero ¿qué bien he sacado de ellos? Son puras invenciones.

—¿Y las cosas religiosas?

—¿Quién se interesa todavía por los libros sagrados? Solamente los comerciantes, después de haber robado mucho, se ponen á leerlos. Nosotros tenemos muy pocos pecados sobre la conciencia.

—¿Y no se aburre usted de estar siempre solo?

—¿Por qué aburrirme? Estoy alimentado, alojado, vestido y en buenos términos con mis superiores. El secretario me ha dicho ya más de una vez: «Es usted un empleado modelo, Andrés Nicolaievitch». Y es verdad, por cuanto soy yo quien copia los informes para el gobernador.

—Pero debe de ser monotono vivir así, fuera del mundo.

—¿Qué se encuentra de bueno entre los hombres? Solamente disputas y disgustos. No se sabe qué decir para satisfacerlos; no se sabe qué actitud tomar para serles agradable. Yo soy mi dueño, mientras que con ellos es preciso... ó la embriaguez ó las cartas (y se corre el riesgo de caer en mano de las autoridades), y á mí me gusta una vida tranquila y modesta. No es que yo no sirva para nada: tengo el título de escribiente; ya es bastante. Otros aceptan vasos de vino y se dejan corromper; á mí no me gusta; además, le pueden pescar á uno: es harto arriesgado.

Pero esto no satisfacía á Natacha. Quería saber cómo viven los funcionarios en sus hogares, lo que hacen sus mujeres, sus hijas, sus hijos.

Quería saber si los maridos beben aguardiente, y si pegan á sus mujeres cuando están borrachos, y lo que hacen las mujeres cuando los maridos están en el servicio militar. A medida que Andrés Nicolaievitch hablaba, el rostro de la joven tomaba una expresión de frialdad, y solamente se movía su entrecejo como bajo la influencia de una idea tenaz y de un asombro enojoso.

—Hasta la vista—decía Natacha al marcharse.

Y él, besándole su mejilla helada é indiferente, pensaba:

«¿Qué quiere de mí? No me trae más que enojos.»

Una vez, en verano, permanecieron mucho tiempo en un jardín, y se fueron después á orillas de un río. El sol se había puesto; una débil línea roja brillaba en el horizonte, anunciando viento para el día siguiente. El agua estaba inmóvil; les parecía que miraban no el río, sino el cielo. En la orilla opuesta, ocupando un espacio de varias verstas, se alineaban las tiendas de los segadores, y la choza del capataz formaba como una mancha negra que contrastaba con el cielo claro. No lejos de la choza ardía una hoguera, cuyas llamas se elevaban rectas y finas. Percibíase olor á heno. En la calle, el vigilante nocturno hacía oir su carraca. Las cornejas revoloteaban en el follaje, con un grito prolongado é ininterrumpido.

Andrés Nicolaievitch se puso pensativo. La calma de la noche le disponía á una profunda melancolía y á reflexiones sobre la vida. Con los ojos fijos en la hoguera, sacó su petaca y encendió un cigarrillo. El humo subía en delgadas espirales y se disipaba en el aire, lleno de un vaho transparente. Lentamente, con breves pausas, Andrés Nicolaievitch se puso á hablar de la vida, de aquella cosa extraña y terrible, llena de imprevisto y de misterio. Las gentes viven sin saber que morirán mañana. Así, un día un empleado salió á buscar cerveza; en el camino le atropelló un coche y le aplastó, y en lugar de la cerveza que su amigo esperaba, trajeron un cuerpo inanimado. En otra ocasión otro empleado recibió una gratificación: su mujer fué á dar gracias á Dios, y en la misma iglesia

le robaron el dinero. En dondequiera que se esté se encuentran gentes groseras, bulliciosas y ávidas, que se lanzan adelante para enriquecerse cada vez más. Caminan sin piedad, inflexibles, silbando y burlándose, y pisotean á los débiles. Los pisoteados lanzan un grito uniforme, pero nadie se pára á escucharlos. Hacen bien en desaparecer.

La voz de Andrés Nicolaievitch temblaba de espanto; ¡y parecía él tan raquítico, tan despreciable! Su espalda se doblaba; resaltaban sus omoplatos puntiagudos; sus dedos, largos y delgados, que no conocían las tareas rudas, descansaban sin fuerza en sus rodillas. Se hubiera dicho que se sentía abrumado bajo el peso enorme y el amontonamiento de los papelotes copiados por él, y en otro tiempo por su padre.

—Y he aquí cómo se pasa toda la vida—dijo tras una larga pausa, como si continuase uno de sus pensamientos en alta voz.

—Debería usted irse á otra parte.

—Pero ¿adónde?

Natacha calló; después, repentinamente, rodeando con sus brazos el cuello de Andrés Nicolaievitch, estrechó la cabeza de su amigo contra su pecho.

—Eres mío, querido.

Era la primera vez que tuteaba á Andrés Nicolaievitch. El movimiento imprevisto de Natacha hizo que se le cayera la gorra á su amado, la cual comenzó á rodar por el ribazo, rebotando en las desigualdades del terreno. Natacha, con mano firme, apretaba enérgicamente contra su seno robusto la cabeza de Andrés Nicolaievitch. Este temía; no estaba nada asustado, pero experimentaba tal compasión de sí mismo que le hacía sufrir. Hubiera querido decir algo bueno, algo tan sentimental que Natacha llorase; pero no encontraba las palabras queridas, y se callaba. Lo incómodo de su posición le ocasionaba un tortícolis; trató de desprenderse, pero la mano firme apretó con mayor fuerza la cabeza de Andrés Nicolaievitch. Aspiraba el perfume de un cuerpo joven y sano. Al través de

las manos de Natacha, veía el cielo puro tachonado de estrellas titilantes. En el horizonte, allí donde la tierra se confunde con el cielo, la luna, roja, se alzaba inmóvil; tenía algo siniestro, y parecía muy cercana. Silenciosa, sombría, no esparcía rayo alguno, y permanecía suspendida sobre la tierra como una amenaza horrible, presagio de desgracias desconocidas, pero próximas. Hacía ya tiempo que la hoguera se apagara en la margen opuesta, y ningún rumor turbaba la angustiosa tranquilidad.

Natacha se estremeció y dejó en libertad la cabeza de Andrés Nicolaievitch.

—Vámonos.

Impresionado por el aire fresco, Andrés Nicolaievitch se irguió y dió un paso hacia Natacha; quería decirle algo grande é importante que momentos antes no supiera expresar.

—Natacha—comenzó á decir con vacilación, arqueando las cejas y adelantando los labios. Sus cabellos, habitualmente bien peinados, estaban entonces en desorden y de punta.

—¿Qué?

—Natacha—repitió, olvidándose de lo que quería decir;—Natacha, he aquí de lo que se trata...

—¿Habrá usted perdido también dos copecks? ¡Qué raro es usted!—Y Natacha se echó á reir. Su risa resonaba desagradablemente.

Andrés Nicolaievitch se sintió ofendido y se puso la gorra en silencio; mientras andaban, dirigió censuras á Natacha á propósito de su risa, y la regañó por su modo de ser en la buena sociedad.

Andrés Nicolaievitch seguía sentado junto á la ventana y miraba á la calle con atención, pero permanecía, como antes, negra y desierta. En la pared de la casa cuarteada, la persiana continuaba golpeando como si metieran clavos en un féretro nuevo. «¿No podría sujetarla?», pensó Andrés Nicolaievitch, enojado contra Natacha; después, mirando su reloj, vió que era la hora de comer y que hasta había un retraso de

cinco minutos. Después de comer se tumbó para descansar, pero el sueño tardaba en llegar, y, por lo demás, aquel día de fiesta había sido muy alegre para él. Detrás del tabique, el panadero roncaba, como si lo hiciera de propósito. El aire silbaba en su garganta y salía con ruido.

No tardó Andrés Nicolaievitch en volver á sus pensamientos. Veía la siguiente noche, en el mismo lugar, al lado del río: hubo entre ellos un principio de riña, tan poco justificado como el principio de su amor. Hacía ya mucho tiempo que preocupaba á Andrés Nicolaievitch una idea importuna que ahora le parecía precisarse en una certidumbre.—Natacha, pensaba, quiere casarse y trata de hacerlo con un funcionario. Es una mujer sin instrucción, cuyo lenguaje es incorrecto; cigarrera de oficio; cuando va á casa de sus parroquianos, se ve á menudo obligada á escuchar declaraciones ó bromas de mal gusto. Ahora busca un marido que tenga una posición, instruído, que sea su protector y su defensor, y en toda la calle no hay más que uno: Andrés Nicolaievitch Nicolaief. Como mujer inteligente y astuta, oculta su juego y simula el amor desinteresado.

Y como hasta ahora su táctica no ha logrado nada y Andrés Nicolaievitch permanece duro como el granito, Natacha recurre á otro medio, que no puede engañar á un hombre de experiencia que en su juventud cortejó á las muchachas: finge desdeñar á Andrés Nicolaievitch y se obstina en ensalzar á Gusarenko, alaba su fuerza y su juventud. Sin embargo, hace dos días llevaron á Gusarenko á la prevención, con la blusa desgarrada y un hilillo de sangre en su rostro pálido. Tras él corrían alborotando unos muchachuelos, y uno de los agentes de policía, tan pálido como Gusarenko, le daba metódicamente de puñetazos, mientras que la cabeza de mejillas pálidas del prisionero iba de un hombro á otro. ¡Y era ella capaz de amar á semejante sujeto! Entonces comenzaron unos días de espantoso tormento para Andrés Nicolaievitch. En su cerebro surgieron cuestiones que le quebrantaban el cuerpo varias ve-

ces al día. Cuando miraba á Natacha y la sentía á su lado, quería casarse con ella y tal matrimonio le parecía fácil; pero, lejos de ella, le aterrorizaba tal pensamiento. Era un hombre que se ponía enfermo con la sola idea de cambiar de casa, ¡y una boda ocasiona tales novedades, tales trastornos! Correría el riesgo de morir. Sería preciso ir á ver al pope, buscar testigos, que podrían no ir; y habría también que reñir con los cocheros, que pedirían mucho; después habría que ir á la iglesia, la cual tal vez estaría cerrada por haber perdido las llaves el sacristán, y el público se reiría. Luego habría que alquilar un cuarto, amueblarlo y adoptar nuevas costumbres. Sería preciso pensar en todo, crearse cuidados y hablar á todo el mundo. ¡Y si nacían hijos! ¿Y si—oyéndonos Dios—eran gemelos, é hijas por añadidura, que necesitarían dotes? ¿Y si la nueva casa resultaba húmeda y difícil de caldear? Andrés Nicolaievitch bajaba la cabeza con aire desesperado y se sentía dispuesto á comunicar á Natacha al día siguiente todas sus inquietudes. Pero tenía miedo de que se matara ó se quejase al salvaje Gusarenko. Este último podría estropear á Andrés Nicolaievitch, ó mirarle de tal manera, que valía más aún ser estropeado que soportar aquella mirada.

Andrés Nicolaievitch empezaba á considerar á las personas que se casan como héroes, y experimentaba respeto hacia Fedor Ivanovitch y su mujer, que habían sabido casarse y no morir. Una vez se creyó en el caso de escribir á Natacha. Su carta empezaba así:

«Señorita Natalia Antonovna: Por la presente carta del 25 de Septiembre del año de gracia de 1900, tengo el honor de poner en su conocimiento, señorita, que, á consecuencia de la debilidad de mi salud, quebrantada por el celo y la asiduidad que he desplegado por el bien del trono y de la patria, como funcionario de 30.ª clase, después de haber enterrado á mis padres, á mi padre, Nicolás Andreievitch, y á mi madre, Daría Prokhovna, que duermen en la paz bienaventurada y eterna...»

Pero como Natacha no sabía leer, no envió la carta; la puso varias veces en limpio para sí mismo, y añadió nuevas consideraciones. Por fortuna, no fué necesaria ninguna explicación, puesto que las astucias de Natacha se volvieron contra ella. Al principio se negó á dejarse besar: Andrés Nicolaievitch no hizo ninguna observación. Luego, en dos ocasiones, faltó á la cita. Andrés Nicolaievitch se ofendió, pero no demostró nada; y conservando un aire de dignidad indiferente, se contentó con hacerla sentir lo incorrecto de su conducta. Por fin, dejó de presentarse por completo en los lugares en que debían encontrarse; y un día la patrona trajo una buena noticia: Natacha iba á casarse con Gusarenko.

—¡Buen tipo ha elegido! —dijo la patrona con tono despreciativo; y miró á Andrés Nicolaievitch compasivamente, pensando: «¡Qué orgulloso! Finge estar contento». Y los empleados, gentes estúpidas, le miraron con asombro aquel día; creyeron que iba á casarse; le habían felicitado, y decían entre sí:

—¿Eh? ¡Cómo nos la ha pegado este señor «Si»!

Y he aquí que ahora no se casaba.

La boda de Natacha se celebró el domingo que sigue á Pascua. Fué el segundo día feliz de Andrés Nicolaievitch, que, sentado según su costumbre al lado de la ventana, vió cómo la casucha temblaba con el pataleo de los bailarines, y prestó oído al alegre barullo que dominaba los sones del acordeón. ¡Decir que él hubiera podido ser el centro de aquella tumultuosa reunión! Y con particular alegría oyó, á altas horas de la noche, volar en pedazos los cristales de la casuca, gritos salvajes y lamentos agudos de mujeres. Alguien corrió bajo su ventana con pesado paso; después llegó hasta él ruido de una lucha acompañada por la anhelosa respiración de los combatientes, y que terminó con la caída de un cuerpo.

—Aguarda, no te irás así—decía una voz ronca por el esfuerzo, mientras que resonaban golpes sordos como cuando se pega sobre un cuerpo esponjoso y mojado. Parecía la voz del héroe de la ceremonia, de Gusarenko.

—¡Socorro!

Como si el estrépito la hubiese arrancado de su sueño, se oyó la carraca del vigilante, y le respondió el melodioso silbato de un agente. Semejantes á ecos resonaron en lontananza otros silbatos.

—Así, pues, el recién casado va á pasar la noche de boda en la prevención—pensó Andrés Nicolaievitch satisfecho y sonriente. Después, sin apresurarse, con movimiento perezoso, se volvió en su ancha y cómoda cama, y terminó así:

—Zurraos vosotros; yo, ¡á dormir!

Este «á dormir», sardónico, silbante, salió de su pecho como un grito de triunfo, y fué el último clavo que metió en la tapa del féretro en donde dormían sus recuerdos. En la calle continuaba el tumulto, y Andrés Nicolaievitch se tapó la cabeza con las mantas.

El silencio reinó como en una tumba.

Al día siguiente Andrés Nicolaievitch se enteró de la causa de la disputa que perturbó la boda de Natacha. Sergio Kozula, completamente borracho, dijo que Natacha había tenido un amante, que tal amante no era otro que Andrés Nicolaievitch, y que éste, después de haber obtenido de ella lo que deseaba, la había dejado. Al decir esto, Gusarenko se arrojó sobre Kozula y los que querían defenderle; pero que llevó las de perder, y había pasado, en efecto, la noche en la prevención.

Al saberlo, Andrés Nicolaievitch se alegró con la idea de que se había pronunciado su nombre, sin que le importara en qué ocasión. Ahora sabría Natacha lo que significaba abandonar á un hombre como él, por pura perfidia femenina. Se olvidaba de que no fué Natacha, sino él, sobre todo, quien deseó la ruptura.

Andrés Nicolaievitch daba vueltas en su cama, pensando: Qué mal organizado está todo; el hombre no es libre de pensar en lo que quiera; se le ocurren ideas inútiles, tontas y verdaderamente enojosas. Cuatro años han pasado desde que estuve junto al río con Natacha, y pienso en aquella noche,

cosa que me desagrada; me desagrada, sobre todo, porque veo perfectamente la luna roja. ¿Qué viene á hacer aquí esa luna? Si me pusiera á calcular cuánto gana al año, al día, al minuto, el «señor de enfrente», me sentiría mejor y me dormiría; pero no lo consigo.

Sin embargo, sus párpados no tardaron en hacerse pesados, y la luna escarlata se trasformó de repente en una faz rubicunda, la del portero Jegor. «¿Cuál de mis oídos zumba?», pregunta Jegor abriendo de par en par sus ojos saltones y cuya expresión es tan impertinente. Andrés Nicolaievitch quiere darle dos copeks, pero no puede encontrar el dinero, y esto complace visiblemente á Gusarenko, que está allí sentado, con las piernas cruzadas y tocando el acordeón. «Espera, Jegor, vamos á abrir en canal á Andrés Nicolaievitch como á un lechoncillo», dice, y saca del bolsillo un cuchillo enorme, tan brillante y afilado como una navaja de afeitar. Andrés Nicolaievitch se da á la fuga. Hay que atravesar todas las oficinas de la Administración: son innumerables. Están vacías, porque todos los funcionarios se han marchado, llevándose las mesas. Aunque Andrés Nicolaievitch corre fácilmente y sus pies se deslizan por el piso, empieza á jadear. Tras él, á pocas habitaciones detrás, Gusarenko le persigue sin tregua; sus pasos, iguales y pesados, repercuten sordamente bajo las bóvedas. De repente el piso comienza á hundirse bajo Andrés Nicolaievitch, que se lanza y se acerca cada vez más á su cama, en donde, por fin, se despierta. Su corazón palpitaba violentamente, con latidos desiguales.

La oscuridad reinaba en el cuarto; solamente el marco de la ventana dejaba penetrar la amarilla luz del farol colocado ante la casa rica. En la habitación del patrón había también luz, porque por una grieta del tabique se filtraba una banda luminosa que caía sobre la punta de una zapatilla. Después de haberse repuesto de su terrible pesadilla, Andrés Nicolaievitch oyó un débil murmullo, y reconoció la voz de su patrona. Expresaba compasión y temor, como si aquel de quien hablaba

pudiera oirla, aunque estuviese separada de ella por la anchura de la calle y espesas paredes.

—¡Ah! ¡qué hombre tan malo! ¡qué infame! Deberías abandonarle por completo.

Natacha le respondió, y su voz de contralto repercutió, clara y mesurada; pero el débil temblor con que vibraba no fué observado ni por la patrona ni por el huésped tumbado al otro lado del tabique.

—¿A dónde voy á ir?

—¡Ah! Donde las dan las toman—pensó Andrés Nicolaievitch acordándose de su sueño:—él no te perdona como yo te he perdonado.

—Sí, cierto es, ¿á dónde ir?—replicó la patrona.—Con el mío sucede lo mismo. No se puede hacer nada contra ese aguardiente. ¡Malditos sean los que lo inventaron!

La patrona se interrumpió, y en el cuarto, que llenaba un silencio angustioso, pareció que entre las dos mujeres se había deslizado una cosa informe, monstruosa y terrible que evocaba la locura y la muerte. Era el aguardiente, que reina sobre los pobres y cuyo siniestro poder no tiene límites.

—¡Le envenenaré!—dijo Natacha.

—¿Qué estás diciendo?—murmuró la panadera.—No solamente tienes que sufrir esas cosas por ti, sino por el niño. ¿Qué harías de él? Quédate aquí esta noche: te haré una cama en la cocina, porque mi hombre haría tal vez alguna tontería. Y voy á ponerte una moneda en la sien... ¡Cómo te ha puesto ése bandido!... Espera... me parece que se ha despertado el huésped...

—¡Ah! ¡esa especie de fantasma!—dijo Natacha, sin bajar la voz, como si hubiera querido que la oyesen tras el tabique.

—Sí, es un verdadero fantasma—replicó en voz baja la panadera.—Voy á preparar el samovar y hacerte té. ¡Qué bribón! Acabará por estropearte.

—Unas veces soy el señor «Si», y otras veces el «fantasma»; ¡valientes simplezas!—pensó Andrés Nicolaievitch, fu-

rioso.—Ya verás: me quejaré á Fedor Ivanovitch, y él te enseñará cuál de nosotros dos es el fantasma. ¡Estúpida criatura!

Se acercó á la ventana y la abrió. Un viento cálido, que olía á humedad y á hojas podridas, penetró en el cuarto y agitó los papeles sobre la mesa. Se oyó el murmullo del follaje húmedo. Uno tras otro, desfilaron los coches ante la opulenta morada; salían de ella hombres con sombreros de copa alta y mujeres envueltas en amplios abrigos de pieles, con toquillas de encaje en la cabeza. Recogiéndose las faldas cruzaban el vestíbulo. La maciza puerta se abría de par en par y dejaba caer en la calle una columna de luz blanca, que arrancaba chispas de los arneses de los caballos. Erguíase la casa sombría y silenciosa; pero parecía percibirse, al través de las tupidas persianas que cubrían los ventanales, el resplandor de los espejos, y las flores eternamente vivientes lucir entre el movimiento y la vida. Los cocheros, importantes y bien cuidados, miraban con desprecio, desde sus pescantes, las negras casucas destartaladas.

Después de haber tomado té y copiado con su hermosa letra un informe administrativo, Andrés Nicolaievitch se dispuso á echar otro sueño; arregló la cama y sacudió las almohadas. Tras el tabique, el panadero murmuraba con voz quebrada y pensativa:

—El caso es que no he encontrado los dos copeks.

—¡Dios mío!—suspiraba la mujer.

Andrés Nicolaievitch, comprendiendo que ya no podría dormir, salió á la calle. Aún había allí carruajes con los cocheros dormidos en los pescantes. En la casa se oían los acordes rítmicos é intermitentes de un piano, dispersados por el viento. Y aquel mismo viento aportaba otros sones en sus alas; se oían claramente cuando se acallaban los árboles: tenían aquellos sones algo triste y extrañamente melodioso, pero no eran producidos por manos humanas. Ligeros como el mismo soplo del viento, unas veces llorabau dulcemente como

una súplica que se apaga en un gemido lastimero; otras veces vibraban con violencia, subiendo hacia el cielo, amenazadores é irritados. Parecía que fuese un alma sufriente que imploraba la salud y la vida, para murmurar en seguida con cólera.

—¡Qué broma tan repugnante!—pensó Andrés Nicolaievitch, siempre furioso. En aquel punto solamente no compartía el gusto del propietario de la suntuosa morada. Cuando el último hizo poner sobre el tejado un arpa eólica, y el viento empezó á entonar sus melancólicas canciones, no pudo comprender qué necesidad tenía de aquella música el hombre de los blancos dientes y sonrisa luminosa.

—¡Es una broma horriblemente de mal gusto!—repitió Andrés Nicolaievitch; después, bajando la voz, añadió:—¡Cómo tolera esto la policía!

Volvió á la casa y entró en la cocina, cerrando ruidosamente la puerta tras sí, con el sentimiento del hombre que ha escapado de una persecución: vió á Natacha sentada, inmóvil, en un banco, junto á su pequeñuelo, que estaba envuelto hasta el cuello en una pelliza agujereada; el niño, con sus ojos grandes y negros como los de Natacha, y llenos de inquietud, miraba á su madre, cuya cabeza estaba inclinada. Al través de su blusa roja y desgarrada se veía su blanco seno robusto; pero la joven parecía no tener ya pudor, porque no trató de ocultar su desnudez cuando se fijó en el que entraba.

—Mucho tiempo hace que no nos hemos visto—dijo Andrés Nicolaievitch evitando su mirada.—¿Cómo se encuentra usted?

Natacha no contestó nada y continuó mirándole.

—Yo estoy bien, á Dios gracias—añadió él.

Natacha seguía callada. Andrés Nicolaievitch quiso rogarla que saludara de su parte á su marido; la cortesía le obligaba á ello, pero el momento no era oportuno. Natacha, por lo que se veía, necesitaba consuelos; por esto le dijo:

—¡Qué niño tan bonito tiene usted! Se llama Vania, ¿ver-

dad? Ivan Ivanovitch, por consiguiente. Tenemos en la oficina un empleado que se llama así. Y, en suma, ya sabe usted que «quien bien te quiere te hará llorar», y á fuerza de ir mal las cosas, acabarán por ponerse bien.

Continuaba sin obtener respuesta. El niño, que examinaba con desconfianza la embarazosa actitud del funcionario, se puso de repente á llorar.

—Ma...má... tengo miedo.

—Váyase usted — dijo Natacha á Andrés Nicolaievitch; y, al pasar éste rápidamente por su lado, añadió:

—¿Por qué se mete este fantasma en lo que no le importa?

—¿Pero por qué me llama «fantasma»?— pensaba Andrés Nicolaievitch preparándose á acostar.—Un término tan estúpido no significa nada. ¡Qué inconstantes son las mujeres! Un día le llaman á uno «querido», y al día siguiente «fantasma». Sí, es una mujer rehacia; no la corrige sin motivo Gusarenko. ¡Buenas noches, princesa!

De esta suerte se animaba á sí mismo, mientras que sus labios exangües se crispaban. Pero en cuanto apagó la luz y se encontró el cuarto en densas tinieblas, una fuerza irresistible quitó las paredes y el techo y puso á Andrés Nicolaievitch en pleno campo. Círculos de fuego que lanzaban chispas atravesaban la oscuridad; vivas llamaradas se movían danzando, y el pálido rostro de Gusarenko, cortado por una línea de sangre roja, aparecía con el disco terrible de la luna y la imagen de Natacha, la querida imagen de otros tiempos. Un sentimiento de piedad para consigo mismo llenó el alma de Andrés Nicolaievitch: sentíase ofendido.

—¡Qué mal arreglado está todo!—gemía.—No tengo necesidad de Natacha; que se vaya al diablo esa mujer. ¡Sí, ciertamente, al diablo! Con ademán enérgico Andrés Nicolaievitch se tapó la cabeza con una almohada y se calmó casi inmediatamente. Las formas y los sonidos desaparecieron, y el silencio reinó como en una tumba.

De la calle subía el débil resplandor del farol. Los coches

estaban todavía allí, y los cocheros, soñolientos, miraban con desprecio, desde lo alto de sus pescantes, las casucas negras y destartaladas; bostezaban perezosamente, lo que hacía que se movieran sus barbazas. La persiana suelta continuaba golpeando el muro, y cuando se acallaba el rumor de los árboles se oía la quejumbrosa voz del arpa eólica, que murmuraba y lloraba implorando la vida.

LEONIDAS ANDREIEF

CRÓNICA LITERARIA

La maja desnuda, novela por D. Vicente Blasco Ibáñez.

La psicología del artista ha despertado curiosidad é interés en todas las épocas, y por lo mismo ha sido un tema literario que ha tentado á muchos. En obras dramáticas, en poesías líricas, en novelas, se ve aparecer frecuentemente la silueta atractiva y enigmática del hombre cuya misión ó cuyo oficio es producir belleza, y á quien están acostumbradas las gentes á considerar como un sér excepcional. Es constante, en efecto, la representación del artista como un anormal, ya como un inspirado por el soplo divino, en antiguos tiempos, ya como un neurótico y un degenerado superior en los actuales, ó cuando menos como un original ó un *extravagante*, como un hombre suelto que se distingue profundamente en ideas y procederes de la masa común de sus contemporáneos. Verdad es que el realismo moderno ha roto también ó ha quebrantado el molde de este tipo tradicional, poniendo alguna vez de relieve, no ya lo que hay de excepcional en el artista, sino sus pequeñeces, la suma de humanidad vulgar y corriente que se contiene en él como en cualquier otro hombre.

Como aquí no voy á disertar sobre las representaciones del artista en la literatura ó en algún género ó época de ella, sino á hablar sencillamente de una obra en que es personaje principal un artista, no me detendré en cavilar sobre las razones que explican esa persistencia de la noción del artista como un sér de excepción. ¿Lo es siempre el artista? Creo que no. Para admitir la afirmativa hay que conceder que se trate

de verdaderos genios ó artistas geniales. Por otra parte, las condiciones de la producción artística (sobre todo en ciertos ramos del arte como la literatura) eran excepcionales en pasadas épocas y requerían una fuerte é invencible vocación, mientras que ahora el cultivo de las artes constituye profesiones normales, asimiladas á las demás en punto á la probabilidad de resultados económicos y á depender de públicos y no de Mecenas. Las condiciones de vida y de producción del artista tienden, por tanto, á normalizarle, á disminuir su especialidad, á reducir su carácter de sér de excepción.

En este sentido, puede decirse que es un punto de vista muy moderno aquel en que se coloca D. Vicente Blasco Ibáñez en su reciente novela *La maja desnuda*, al presentarnos en ella un artista que tiene poquísimo de anormal, si algo tiene, y que en realidad sólo se diferencia del vulgo filisteo en que pinta buenos cuadros. Llegará día, tal vez, en que el artista llegue á ser un ente completamente normal, parecido á todos los demás, fuera de la habilidad é inspiración particular de su arte; y si ese día llega, será un bien que los artistas no tengan otra particularidad que la de hacer obras de arte y dejen de ser, si es posible, seres caprichosos, extravagantes, llenos de rarezas y vanidad, como son algunos, todo lo cual no añade nada al caudal del arte ni al decoro del genio. Pero aunque no llegue ese día, cosa que por hoy debe tenernos descuidados, puede concebirse, porque los hay en la realidad, un artista que se permita el lujo de la vulgaridad en la vida corriente; que cuando no pinte, esculpa ó escriba sea un hombre sin neurosis ni complicaciones, sin siquiera la pretensión de tener una moral para su uso particular y exclusivo á título de genio; un hombre, en fin, sin síntomas de degeneración ó locura y que no esté constantemente en la *pose* de sér excepcional. Un artista así ha representado Blasco Ibáñez en su hermosa novela.

¿Hay más ó menos verdad en ésta que en otras en que el tipo del artista está presentado de una manera muy diferente,

como *La Quimera*, de la Sra. Pardo Bazán, por ejemplo? Eso no es cuestión, ni puede discutirse siquiera. No se trata de mayor ó menor realidad, de que el artista sea el de Blasco Ibáñez ó el de la Sra. Pardo Bazán. El artista, en general, en abstracto, no es el uno ni el otro; es ambos y otros muchos, y ninguno en particular, porque hay y puede haber tipos variadísimos de artistas. Hago esta advertencia para que no se interprete mal algo de lo que diré acerca de *La maja desnuda*.

***

El artista que nos presenta Blasco Ibáñez es un pintor llamado Renovales. Viene del pueblo; es hijo de un herrero; es fuerte, grande de cuerpo, de robusta salud física y mental, con un algo de vulgaridad que es como la herencia de su plebeyo origen. Es de buen natural, de voluntad débil, dominada fácilmente por las pasiones; sensible, algo voluble, capaz de transigir con las exigencias desagradables de la realidad y de doblarse ante ellas para no naufragar en la vida. Desde chico manifiesta su vocación y dotes para la pintura. Reproducir la Naturaleza es su anhelo, y aunque su primer maestro es un pintor ñoño y amanerado, el realismo del discípulo no se menoscaba con esta enseñanza.

Toda la parte relativa á la infancia y á la primera juventud de Renovales, con su iniciación en el arte, está tratada en la novela con expresiva sobriedad, diciendo y describiendo lo suficiente para que se defina por sí mismo el carácter del personaje. Salvo algún episodio de brocha gorda, que es de los pocos lunares que se advierten en la última obra de Blasco Ibáñez, es excelente en punto á proporciones y á ejecución este preámbulo de la acción novelesca.

Renovales se hace un gran pintor, adquiere nombradía y gana dinero. Entonces se casa con una señorita distinguida, pero pobre. Blasco Ibáñez, que en esta novela es mucho más psicólogo que en otras, ha visto y ha expresado bien la parte de vanidad que hay en el amor que inspira al artista aquella

mujer, criada en una esfera superior á la de él, más delicada, más fina, que le pule y le introduce en su círculo social. Esta vanidad no es el factor principal, pero es un factor positivo, bien observado. Las páginas de la novela relativas al noviazgo de Renovales con Josefina y á la luna de miel son bellas, poéticas, expresivas.

El conflicto novelesco surge de esta manera. Renovales, como queda dicho, es un pintor realista, adorador del natural, idólatra del desnudo. *La maja desnuda* de Goya le enamora; eso es para él el arte. Su mujer tiene precisamente el cuerpo de la divina manola, ó él se figura que lo tiene. Un día, en las intimidades y abandonos de la pareja joven, enamorada y feliz, empieza á pintarla sin velos. El cuadro termina; es su obra maestra; pero Josefina profesa acerca del desnudo ideas muy diferentes de las de su marido. Su pudor se subleva ante aquella reproducción de sus gracias ocultas, y destruye el cuadro. Es de advertir que Blasco Ibáñez ha tenido el acierto de no hacer de Josefina un tipo insignificante ó antipático de burguesa de estrechas miras y alma vulgar. No; aquella pobre mujer, que no nació para esposa de artista, tiene un alma reconcentrada en que anidan hondos sentimientos silenciosos, alma de enamorada, que tornan sutil é inquieta los celos y que se va consumiendo poco á poco en la llama de su celoso amor.

La lucha empieza: esa lucha sorda que hace infelices á tantos matrimonios, sin escándalo ni tragedia, sin salir en los *sucesos* de los periódicos, sin dar ocasión á que se fijen en ella los ojos de los indiferentes. Es la falta de adaptación de dos seres á la vida en común, que torna en cadena el florido lazo que prometía la ilusión. Ella odia el desnudo, aborrece á las modelos, y llega á sentir aversión y desprecio por aquel arte que exige y autoriza las exhibiciones de la belleza femenina que á ella le repugnan. Cada vez más celosa de su marido, amarga la vida de él y la suya propia.

A Renovales, por su parte, se le hace muy pesado el yugo

matrimonial. La ilusión de que Josefina iba á ser la musa de su inspiración pictórica, divino modelo de hermosura femenina que trasladar á sus lienzos, como lo fueron tantas mujeres y amantes de pintores célebres, se ha disipado.

Aquella mujer enamorada y buena, pero insufrible, no le deja vivir. Hay en él ese tardío reverdecimiento de pasiones que á veces se observa en los hombres que han llevado una vida contenida y casta en la juventud, que no *la han corrido*, como dice el vulgo. Renovales hizo poco caso de las mujeres en su mocedad. Embebido en la lucha artística, en el deseo de llegar, ha tenido sólo vulgares desahogos de los sentidos, que no dejan rastro en el alma. De casado ha sido fiel á su mujer, hasta que se empieza á abrir entre ellos el abismo que los separa sin desligarlos por completo. La conciencia de la sujeción que le imponen su propio decoro y el afecto y estimación que conserva á su esposa, se torna para él en un terrible corrosivo moral, origen de culpables pensamientos. Ante *La maja desnuda* de Goya, piensa Renovales (que nunca ha sido calavera y que carece tal vez de condiciones para serlo) en la vida desenvuelta y alegre del pintor libertino que tuvo tan hechiceras hembras por modelos, y fué cortejo de duquesas, comediantas y manolas. ¡Ah, si Josefina no existiera! Entonces él pintaría libremente el desnudo; gozaría del amor, que es gozar de la vida; se entregaría á la pasión que le inspira la condesa de Alberca, una hermosa y liviana dama, en la que ve el pintor el modelo ideal para un cuadro de asunto clásico, donde surgirá sin velos la desnudez impecable de la rubia cortesana Friné, orgullo de la Grecia. Así va germinando en su alma el criminal pensamiento, el moustruoso deseo, de que se arrepiente y se avergüenza cada vez que le asalta como una tentación. ¡Si Josefina muriese!

Y como si aquel pensamiento fuera un maleficio, la pobre Josefina se muere. Entonces toma la novela un rumbo inesperado. Renovales es ya libre; pero no encuentra en aquella libertad ansiada con delectación culpable, ni las satisfaccio-

nes del deleite, ni tampoco las que se prometía de la aplicación de sus facultades artísticas. Le invade un aplanamiento que parece una forma difusa del tedio; apenas pinta; su amor por la condesa de Alberca se desvanece, y un súbito renacimiento del amor que profesó á la muerta se apodera de él. Es un amor extraño y macabro, en que se mezcla lo sensual con lo sentimental y con la pasión artística de hallar en otra mujer semejante aquel modelo de la maja desnuda que halló en Josefina en los días rientes y tranquilos de la luna de miel. Este amor de ultratumba encierra tal vez algo de remordimiento. En estas páginas finales de la novela es cuando Renovales deja de ser vulgar y hasta normal, si bien su anormalidad ni es estrictamente propia del artista, ni tan señalada que no inspire dudas. Al cabo, el anhelo por el bien perdido no es raro entre los hombres de alguna espiritualidad; ¿quién no ha experimentado la transformación de las cosas que fueron, cuando al pasar y difuminarse en el recuerdo se nos representan no como ellas fueron en realidad, sino mucho mejores, tales como las soñamos y como hubiéramos querido que fuesen? La Josefina que ama Renovales después de muerta su esposa, no es la mujer enferma, agria y celosa que le hizo ingrata la vida conyugal, sino su musa, el modelo de la maja desnuda.

En resumen: más que la psicología del artista, ó siquiera de un artista, lo que nos presenta esta novela es el contraste eterno, tan verdadero y tan humano, entre la ilusión y el desengaño, entre el sér de las cosas y nuestro anhelar, ó aquel otro sér que al anhelarlas las prestamos. Nos pasamos la vida deseando cosas, sintiéndonos infelices por no poseerlas; y cuando por ventura nos es dada su posesión se nos tornan otras, dejan de ser amables y busca nuevos cebos el deseo. La realidad no cumple nunca las promesas del deseo. Puede decirse que la fórmula de la dicha es el deseo en vías de realización, antes que, realizado, se desvanezca su atractivo. Ese constante engaño de nuestros deseos es mayor y más notorio en las satisfacciones materiales, pues al cabo las del espíritu, no entre-

gándose nunca por completo, conservan por más tiempo el aliciente de lo no poseído. El caso de Renovales es el eterno pleito de la felicidad humana.

Como artista, no ofrece rasgos extraordinarios la personalidad del protagonista de *La maja desnuda*, como no sea el de no ser extraordinario en nada, el de ser un hombre como todos los demás. No padece la fiebre de la creación artística, como el Claudio de *L'Œuvre:* es un creador robusto y sereno, algo plebeyo, sin luchas intelectuales, que alumbra sin dolor, ó con poco dolor, sus obras. Tampoco tiene ese culto romántico y quijotesco á un ideal que impulsa á los artistas á menospreciar aquellas obras que no se ajustan á su manera de entender el arte. Renovales sabe hacer arte industrial cuando le conviene ó se lo imponen las necesidades domésticas. Es un temperamento acomodaticio, un espíritu sencillo é impresionable. Su calidad de artista tiene, á mi parecer, poca importancia en la novela, hasta el punto de que podemos figurárnosla, *mutatis mutandis,* pero subsistiendo todo lo esencial en ella, con un Renovales que en vez de pintor fuese abogado ó médico. Quitemos la obsesión artística de los pasajes donde labora con el despertar tardío de las pasiones del hombre que no la ha *corrido* en la juventud, y quedará en esta última causa un móvil suficiente para la mecánica novelesca.

Sería demasiado largo comentar el carácter de los demás personajes. Apreciada en conjunto, *La maja desnuda* es una de las mejores novelas de Blasco Ibáñez, más que por el pensamiento por la excelente ejecución, que es, en último término, lo decisivo para calificar estas obras. Su forma se mantiene en un término medio entre lo narrativo y lo dramático, sin pecar de exceso de descripciones ni entregarse por entero al diálogo. La acción interesa por la sucesión y enlace en que los hechos se van produciendo, y por lo que ellos dicen del alma de sus actores. En este punto *La maja desnuda* aventaja á la mayoría de las novelas de Blasco Ibáñez, que no se distinguen en general por el penetrante análisis psicológico, de que en

ésta hay ejemplos. El lenguaje, aparte algunos, no muchos, galicismos, es bello y animado. En esta obra, sin dejar de reflejar sus opiniones, abandona Blasco Ibañez el trascendentalismo tendencioso que ha contribuído á echar á perder algunas de sus anteriores novelas, y se aproxima más al arte puro. No terminaré estas notas sin añadir que, en la parte que puede llamarse de documentación artística, hay algunos juicios—los relativos á Velázquez—harto discutibles.

***

Necrología.—Las letras españolas han tenido que lamentar recientemente la muerte del celebrado poeta D. Manuel del Palacio. Contemporáneo de Núñez de Arce y Campoamor, compartió con ellos, sin llegar á igualarles, los lauros de la celebridad y el aplauso del público. Había nacido en Lérida, el 24 de Diciembre de 1832. Estudió en Granada, figuró en la bohemia decorosa y distinguida de la Cuerda Granadina, y fué en su juventud activo colaborador de los periódicos democráticos que más nombre alcanzaban por entonces, como *La Discusión*, *El Pueblo* y el *Gil Blas*. En esta palestra se templaron y afilaron sus armas de satírico, que no llegaron á embotarse cuando, por una evolución natural, frecuente en todas partes y mucho más en España, perdió Palacio la significación revolucionaria de su mocedad.

Fué Palacio poeta muy fecundo y de varia inspiración. Sobresalió como satírico, y también como poeta tierno, sentimental y subjetivo, si bien rayó á mayor altura en aquel otro género, en el cual conservóse ágil y fresco su ingenio hasta los últimos años de su vida. Era excelente versificador, y dominó como pocos el soneto.

Formaba parte, desde 1892, de la Academia Española. La lista de sus obras es muy dilatada, y sin llegar á la altura que alcanzó como poeta, era también prosista estimable. Como poeta, sus dotes principales fueron el ingenio y el dominio de la versificación. Su manera poética no era refinada y erudita, sino natural y espontánea.

MEMORÁNDUM LITERARIO. — Entre los libros recientemente publicados, merecen citarse: *Alma América,* poemas indoespañoles de José Santos Chocano; *Constelaciones,* poesías de Enrique López Alarcón; *El libro de la crueldad. — Del cuartel y de la guerra*, por M. Ciges Aparicio. (Pertenece á una serie cuyos anteriores volúmenes, *El libro de la vida trágica.—Del cautiverio* y *El libro de la vida doliente.—Del hospital,* han sido justamente celebrados desde el punto de vista artístico.) *Morbo nacional: vida defensiva*, por Ricardo Burguete, y *La conferencia de Algeciras: diario de un testigo*, por Javier Betegón.

E. GÓMEZ DE BAQUERO

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ciencias médicas: Remedios de antaño sacados de los animales.=Pedagogía: Los repetidores.=Biografía: Autobiografía de Tolstoi.=Literatura: Un *Don Juan* japonés.—Clara Viebig.=Supersticiones: Dioses, dragones é ídolos chinos.=Feminismo: Cómo hacer leer á nuestras hijas.=Impresiones y notas: Gabriel d'Annunzio, biógrafo clásico.—Las fortunas territoriales.

CIENCIAS MÉDICAS

Remedios de antaño sacados de los animales.—Si el hombre suministraba á la antigua farmacopea (1) tantos y tan variados elementos curativos, no hay que decir el partido que la superstición, junta con la pseudociencia de los alquimistas y drogueros, sabría sacar de los distintos animales.

El perro, como fiel amigo del hombre, libraba á los enfermos de sus padecimientos, cargando con ellos generosamente: una señora que tenía violentos dolores de muelas se aplicó á la boca un perrito y á la media hora se encontró bien, y el pobre perro escapó quejándose, con todos sus dientes malos; otra que sufría ataques epilépticos se acostó algunas noches con un perro de aguas, y se libró del mal, pasando al perro la epilepsia. Para la gota y el reumatismo el perro era de uso corriente: hecho dos pedazos y aplicado caliente á las partes inertes, las

(1) Véase nuestro artículo del número anterior.

devolvía el vigor perdido; y para los cólicos no había cosa mejor que poner un perro vivo sobre el vientre. Se les domesticaba para lamer las llagas y los miembros heridos, y se explicaba cómo debían descuartizarse y mezclarse los pedazos de perro con lombrices y plantas aromáticas para ungüentos y colirios. Los perritos de leche se empleaban para mantener la secreción á falta de niño, haciéndoles mamar de las nodrizas. Nada se desperdiciaba del perro: el cráneo, pulverizado, secaba las úlceras, y bebido con vino curaba la ictericia y las convulsiones; los sesos, si el perro era de un solo color, curaban las manías; los ojos servían contra las oftalmías; los dientes, calcinados, curaban el dolor de muelas; la grasa servía para todo; los huesos cerraban las úlceras; la orina se usaba contra la caries de los dientes y las verrugas, y el estiércol curaba la hidropesía, la enteritis y la disentería; en el fondo esto último tenía su parte racional, pues recetar *album græcum* equivalía á dar fosfato de cal, según dice el Dr. Cabanes en sus *Remedios de antaño*. Hoy mismo se emplea corrientemente una cuerda de piel curtida de perro atada á la pierna para curar los calambres.

El GATO compartía con el perro las curas de simpatía. Un gato vivo ó una piel de gato aplicada á una parte dolorida del cuerpo hacía el oficio de una cataplasma emoliente; la grasa del gato capado era excelente remedio contra la atrofia y los cólicos uterinos; tres gotas de sangre de su cola en una infusión de tila curaban la epilepsia; la cabeza de un gato negro convertida en cenizas era remedio inmejorable para las enfermedades de la vista; y para las úlceras de la garganta no había nada mejor que los sesos de gato para el hombre y de gata para la mujer.

Del CABALLO salían multitud de medicamentos: las crines curaban la disentería; los vapores de sus cascos, quemados, curaban el histerismo; los polvos de sus dientes eran excelente dentífrico, y sus excrementos, crudos ó pulverizados, se empleaban para contener las hemorragias, sacándose de ellos un

licor, «jarabe de San Lutero», excelente para los cólicos y las pleuritis.

La VÍBORA hizo gran papel en la antigua terapéutica, pues además de formar parte de la famosa panacea *teriaca* se le atribuía el poder de rejuvenecer al hombre; su cabeza, secada y colgada del cuello de un niño, le preservaba de convulsiones; y para hacer apuntar los dientes á los niños bastaba ponerles al cuello una sesada de víbora; su piel, atada al muslo derecho de una embarazada, favorecía el parto; las cenizas de la piel curaban la alopecia, y las cenizas de la víbora entera, quemada viva y mezcladas con dos onzas de licor de hinojo y un grano de incienso, eran óptimo remedio contra las cataratas y las «moscas volantes». Se hacían también esencia y caldo de víbora; la *esencia* se empleaba contra la sífilis, el escorbuto y el reblandecimiento cerebral, y el *caldo,* más que como medicina, se tomaba como alimento vigorizador.

La ARAÑA era el medicamento específico de las fiebres intermitentes: encerrada en una nuez pendiente del cuello curaba las cuartanas; había polvos, aceites, ungüentos y emplastos de araña para multitud de casos patológicos. La tela de araña servía, y sirve, para contener las hemorragias y la inflamación de las llagas superficiales; cocida en vinagre se aplicaba al abdomen en los casos de flatuosidad y de hemorragias uterinas, y cocida en aceite rosado era remedio seguro contra los dolores de oídos.

Muchos otros animales suministraban remedios más ó menos populares: la medula espinal del cerdo se estimaba como afrodisiaca mezclada con miel; el estiércol de buey en linimento con vinagre curaba las escrófulas; el del toro, aplicado al vientre de una parturienta, volvía á su sitio la matriz; el de las cabras que pastaban en el monte curaba la ictericia; el de jabalí, desecado al sol, triturado y bebido en vino ó en vinagre, contenía los esputos de sangre y aliviaba los dolores antiguos de costado. Las cabezas de lagarto aplicadas á la parte dolorida hacían salir las espinas, púas, pinchos ó cualquier

otra cosa que hubiera penetrado en las carnes; el hígado del lagarto, puesto en la cavidad de las muelas, quitaba el dolor. Las cigarras, comidas asadas entre los demás alimentos, curaban los dolores de la vejiga.

PEDAGOGÍA

Los REPETIDORES.—Hoy que en España nos preocupamos de la manera de organizar el personal auxiliar y de crear los *repetidores* ó *pasantes,* conviene saber lo que en las naciones donde hace tiempo funciona este personal se piensa de su organización y de sus servicios. Gustavo Lanson trata de este servicio en la *Revue Bleue*, oponiéndose á las soluciones de cuantos quieren dar á los repetidores derechos para obtener por ascenso plazas de catedráticos, encargándoles de la parte menos agradable de su actual papel, por estimar que si esto se hiciera volvería á reconstituirse el proletariado universitario.

El criterio soberano—dice Lanson—es el interés de los alumnos, que consiste: 1.° En estar bajo la dirección del menor número posible de maestros y en no pasar de mano en mano, de modo que ni el maestro conozca á los alumnos ni los alumnos al maestro. 2.° En estar agrupados en pequeño número bajo la autoridad de cada maestro, trátese de vigilancia ó de enseñanza.

No hay tarea baja ni vil tratándose de educación; toda vigilancia, intelectual ó material, tiene carácter moral, y tan necesario es el servicio de la enseñanza como el de la vigilancia para la educación y la instrucción.

La educación racional y liberal no consiste sólo en saber una ciencia, sino en conocer también la naturaleza y el hombre; no basta, pues, que los profesores sean sabios, sino que tengan el espíritu de la ciencia. No debe admitirse ningún reglamento que haga bajar el nivel científico de la Universidad; importa por eso que todo profesor tenga siempre interés en ser agregado (en ser catedrático por oposición).

La instrucción se comprueba y se demuestra por los grados académicos: á iguales grados igual paga, eso es lo justo. Los servicios podrán ser distintos, pero deben tener la misma remuneración; entre los funcionarios del mismo grado no debe haber más desigualdad que la resultante del desigual adelanto en la carrera. A todo alumno, de París ó del último villorrio, hay que instruirle y educarle de distinto modo; á todo profesor hay que ponerle en condiciones de vivir con decoro. El interés de la Administración, del profesor y del alumno están en que el personal docente sea lo más estable posible.

El mal que hoy lamentan todos está en la distinción absoluta del servicio de enseñanza y el de vigilancia; el remedio consiste en fundir ambos servicios: que todo profesor tenga á su cargo algo de vigilancia, y todo repetidor algo de enseñanza. Actualmente, cada profesor tiene de doce á diez y seis horas de servicio por semana, y cada repetidor tiene normalmente treinta y seis. Una hora de enseñanza equivale, según los casos, á dos, dos y media y tres horas de vigilancia; dando á cada repetidor dos horas de clase por semana, se le rebajarían cuatro, cinco ó seis horas de las treinta y seis de vigilancia; y dando á cada profesor cuatro, cinco ó seis horas de vigilancia, se le descontarían dos horas semanales de enseñanza. Con esto se lograría hacer de los repetidores verdaderos profesores adjuntos interesándoles en la enseñanza, y se interesaría á los profesores en el servicio de vigilancia.

Para evitar el fraccionamiento de servicios y el trasiego de los alumnos de un profesor á otro, se daría á cada profesor la vigilancia de sus discípulos y á cada repetidor la enseñanza de sus vigilados, agrupando en el mismo día las horas de clase y de vigilancia para evitar idas y venidas; también podría compensarse la multiplicidad de los profesores con su afectación duradera á un grupo fijo de alumnos durante todo un ciclo. Se dice que los alumnos á quienes les tocara un mal profesor tendrían que sufrirle muchos años; pero eso no es argumento, porque no debe admitirse que haya profesores malos, y si los

hay, la Administración debe eliminarlos; en todo caso, la acción de los buenos se vería de este modo reforzada y sería una compensación.

Ningún bachiller podría ser nombrado profesor de colegio ó de liceo sin contar, por lo menos, cinco años de repetidor; ningún licenciado sin contar tres, y ningún agregado sin contar uno. Las categorías para los sueldos serían tres: bachiller, licenciado y agregado. Se abolirían las diferencias artificiales entre colegios y liceos. A los ocho años de repetidor todo licenciado podría ascender á profesor, no pudiendo, sin embargo, nombrarse á ningún bachiller habiendo licenciados sin colocación.

El número normal de alumnos es de 20 para las clases y de 25 para los estudios; en cuanto una clase pase de 30 alumnos ó un estudio de 35, deben dividirse. En los recreos de paseo cada grupo de ocho ó diez alumnos estará á cargo de un vigilante.

Tales son, con otras muchas de menor interés, las medidas que Gustavo Lanson propone para la reorganización del repetitorado en Francia.

BIOGRAFÍA

Autobiografía de Tolstoi: la infancia. — *La Revue* de París publica una autobiografía de Tolstoi, precedida de una especie de preámbulo, en el que Tolstoi, al recorrer su pasado para enviar á Birukoff algunas notas biográficas que le había pedido para la edición francesa de sus Obras completas, se asustaba de los lados malos de su vida, no pareciéndole bien poner sólo la parte buena, y vacilando en mostrar á los hombres lo que él llama «toda la cobardía de su vida hasta su despertar».

«Examinando mi vida, dice, he observado que podía dividirse en cuatro períodos: el de la infancia, inocente, alegre y poético; luego un período de veinte años de depravación gro-

sera, de servicio, de ambición de honores y principalmente de lucro; después un período de diez y ocho años, desde mi matrimonio hasta mi resurrección espiritual, período honesto, moral, de vida de familia, pero dedicado egoístamente al aumento de mi fortuna, á los éxitos literarios y á los placeres de todas clases; y, por último, el cuarto, que dura hace más de veinte años, en el que vivo ahora y en el que espero morir.»

De los recuerdos relacionados con su abuela, la princesa Pelagia Nicolaijevna, cita tres: la impresión que le hacían las burbujas que al lavarse las manos hacía el jabón que usaba la princesa, la recogida de avellanas y la costumbre de dormirse oyendo el recitado de los cuentos de las *Mil y una noches* que le hacía un ciego, sentado en el reborde de la ventana del dormitorio.

No recuerda nada de su madre, porque murió al año y medio de nacer él; como no quedó de ella ni un retrato, apenas puede imaginársela como un sér de carne y hueso, sino como algo puramente espiritual, siendo todo lo que de ella sabe bueno y bello. Eran cinco hermanos: Nicolás, Sergio, Demetrio, León y Machenka, cuyo nacimiento costó la vida á la noble María, cuya corta vida conyugal, de nueve años, estuvo embellecida por el amor que todos la tenían y por el cariño que ella tenía á todos.

«Mi padre, dice Tolstoi, á los diez y seis años perdió la inocencia; sus padres, por su salud, como entonces se pensaba, le unieron con una sierva, de la que tuvo un hijo, Michenko, que vivió bien hasta la muerte de mi padre, pero que luego anduvo mal, teniendo que acudir á nosotros con frecuencia; recuerdo el asombro que me causaba aquel hermano, parecidísimo á mi padre, cuando venía á pedirnos limosna y se marchaba tan contento con los diez ó quince rublos que le dábamos. A los diez y siete años, en 1812, mi padre partió para el ejército; hizo la campaña de 1813-1815, y quedó prisionero de los franceses; terminada la guerra, regresó á Rusia, se retiró del servicio y se instaló en Kazan, al lado de mi abuelo, que murió

poco después, dejando á mi padre enfrente de sus deudas y con mi abuela acostumbrada al lujo; entonces se casó con mi madre, instalándose en Yasnaya-Poliana.»

Cazador infatigable, era el padre de Tolstoi bastante instruído, habiéndose hecho con una biblioteca regular en que figuraban los clásicos franceses. Tolstoi recuerda que una vez le hizo recitar versos de Putkkine, que sabía de memoria, y que pareció muy complacido del recitado, cambiando una mirada con Yazikof, el padrino de León. De su primera infancia sólo conserva un vago recuerdo de cuando estuvo en mantillas y cuando le metieron en un baño. A los cuatro años se acuerda del miedo que le daban con el coco *(cremeyevna)*. Ni de sus padres, ni de sus criados, ni de su cuarto, ni de sus juguetes, conserva recuerdo alguno anterior á los cinco años, cosa que nada tiene de particular, ni probablemente tendría nada de interesante si el recuerdo existiera, aunque Tolstoi lo sienta mucho. Cuando bajó por primera vez, á los cinco años, á las habitaciones en que estaban Teodoro Ivanovich y sus hermanos mayores, los recuerdos empiezan á precisarse, y entonces sintió lo que constituye la cruz que cada cual debe llevar en la vida: el sentimiento del deber. Entonces también observó por primera vez la presencia de la persona que mayor influjo ha tenido en su vida: su tía Taciana Alejandrovna.

Tanichka, como la llamaban en casa, había nacido en 1795: era parienta lejana de los Tolstoi, y el padre la había querido; pero como era pobre, no quiso aceptar sus ofrecimientos y prefirió que se casara con una rica; cuando quedó viudo la ofreció de nuevo su mano, pero tampoco entonces aceptó el matrimonio para conservar la pureza de relaciones existente entre ellos; entre sus papeles, Tolstoi ha encontrado en una carterita de perlas el billete siguiente, escrito seis años después de la viudez del padre: «18 Agosto 1836. Nicolás me ha hecho hoy una proposición extraña: la de casarse conmigo, servir de madre á sus hijos y no abandonarlos nunca; he rehusado la primera proposición, y he prometido cumplir la otra mientras viva».

Era Taciana todo un carácter: leyendo una vez la historia de Mucio Scévola discutían los niños, sosteniendo que ninguno sería capaz de hacer otro tanto.—Yo lo haría—dijo ella.—No lo harías—dijo Yazikof, el padrino de Tolstoi; para demostrarlo cogió una regla, la encendió en una bujía y la dijo: —Toma, ponte eso en el brazo. Taciana tendió su brazo blanco y desnudo (las muchachas estaban siempre escotadas y con los brazos desnudos) y Yazikof puso en él la regla; Taciana frunció el ceño, pero no retiró el brazo, y quedó con una ancha quemadura cerca de la muñeca.

Resuelta é instruída, escribiendo el francés mejor que el ruso, tocando admirablemente el piano, Taciana velaba por la educación de sus sobrinos con el celo de una madre solícita. Buena y cariñosa con todos, su influencia se hizo sentir sobre León Tolstoi, á quien quería entrañablemente y que la correspondía del mismo modo, haciéndole comprender el placer moral del amor y el encanto de la vida tranquila.

LITERATURA

Un «Don Juan» japonés.—Hacia el siglo x de nuestra era, la literatura japonesa tuvo una figura en la que nuestro popular Tenorio hubiera podido reconocer un precursor, según dice en *La Grande Revue* León Charpentier. Se llamaba Genji, y su *Gesta* se encuentra en la colección de cuentos antiguos del Japón. Por su estilo es la obra maestra del imperio del Sol; y su autor fué una princesa de la familia Fujiwara, conocida por su pseudónimo de Murasaki-Shikibu. Era doncella de honor de la emperatriz, y ésta le pidió un día que escribiese una historia para una joven que acababa de ser nombrada gran sacerdotisa de la diosa Amaterasu, una niña que había leído todas las novelas conocidas en su país, y que se aburría por no tener cosa nueva que leer. Murasaki se retiró al monasterio budista de Ishiya-madera, y allí escribió la historia de Genji,

personaje real, hijo del emperador Seiwa, que reinó por los años 859 á 877 de nuestra era.

El *Genji monagatari* se compone de 54 libros, y resulta un poco largo hasta para los mismos japoneses: es una serie de tentativas de seducción, casi siempre coronadas por el éxito. La primera empresa galante de Genji se refiere á una mujer casada, que le rechazó de tal modo que le quitó la gana de insistir. Entonces, en un arrabal de Rokujio entabló relaciones accidentadas con una dama que poseía una quinta magnífica. Genji descubrió que por allí vivía su antigua nodriza con su hijo Koremitsu, y un día se le ocurrió ir á verla; mientras la esperaba, pues no estaba en casa, vió desde su coche un delicioso jardín con un lindo grupo de jóvenes que le miraban; les preguntó, supo que la más hermosa se llamaba «Gloria de la mañana», recibió de ellas un ramo de flores y un abanico, encontró en el ramo un billetito con unos versos y se sintió inflamado. Por Koremitsu, su hermano de leche, supo que en aquella casa vivía una dama joven, visitada por el ayo de Genji, su hija «Gloria de la mañana» y una criada: Genji se disfrazó, y á la caída de la noche fué recibido y aceptado; aquella facilidad le desagradó, y para dar á la conquista aires de aventura resolvió robar á la joven y llevársela á otra parte; el viaje fué triste, y en la nueva casa, donde no les esperaban, pasaron muy mal la noche; á poco de dormirse sintió Genji un estrépito terrible, y despertando sobresaltado, corrió al cuarto de su amante, y la ve desvanecida, pasando ante sus ojos el alma vengadora de la otra querida, la de Rokujio; aquel alma en forma de llama flota sobre el lecho de «Gloria de la mañana», y el cuerpo de la joven desvanecida se pone rígido... ¡Estaba muerta!

Genji manda buscar á Koremitsu con el encargo de venir á escape con su hermano, un bonzo habilísimo en exorcismos; pero se pasa la noche y nadie parece; ya de día llega Koremitsu, pero sin el bonzo, que nadie sabe dónde anda. Convienen todos en que debe tenerse callada la aventura, y acuerdan que Kore-

mitsu y Ukon, la criada de la difunta, lleven el cadáver á un convento que se halla en otro valle, del otro lado de la colina. Así lo hacen, y sin que nada se descubriera el cadáver fué sepultado en Toribeno.

El príncipe se lamentó mucho, fué al convento y regresó á la corte. Allí vió una joven encantadora, Tayu, pobre, pero muy ilustrada, que tenía un novio pobre también; Genji la prometió que daría á su novio honores y riquezas, y la pobre Tayu cayó en brazos del seductor, cuyas aventuras amorosas prosiguen indefinidamente. La última fué la decisiva: paseándose un día por el campo en Suma, vió, por una puerta entreabierta, á una anciana que enseñaba poesía á la joven más deliciosa que pudiera imaginarse. Genji entró en la casa, se hizo conocer, y declaró que él se encargaba de la educación y del porvenir de aquella niña: así lo hizo, en efecto; pero la joven supo sujetar el corazón de Genji, que se casó con ella.

Y ese es el «Don Juan» japonés, que, como se ve, tiene bien pocos puntos de contacto con nuestro Tenorio, y que no es, en definitiva, más que un vulgar conquistador de beldades japonesas.

***

Clara Viebig. — Es la escritora de moda en Alemania, hasta el punto de que, preguntado en un concurso el público alemán por sus preferencias literarias, ha votado á Clara Viebig entre sus autores predilectos.

Clara Viebig nació en 1857 en Tréveris, siendo hija de un alto funcionario, que más tarde fué trasladado á Dusseldorff, y á cuya muerte su viuda y su hija se establecieron en Berlín. Clara publicó en 1894 su primera novela, *Los hijos del Eifel*, recuerdo viviente del país en que había pasado su primera infancia, y desde entonces no ha dejado de producir obras interesantes.

En *Hijas del Rhin*, según De Coussanges, nos ha dado par-

te de su autobiografía moral, y en el *Dilettante de la vida* ha profundizado en sus revelaciones de sí misma con verdadero arte. Clara Viebig tiene el dón de la observación exacta, y no se asusta ante las brutalidades mismas de la vida, como puede verse en *El pan de cada día*, *La aldea de las mujeres*, *El centinela del Rhin* y *El ejército que duerme*.

Casada y madre, ha sabido sacar partido del sentimiento maternal, que ha inspirado *Bárbara Holzer*, la novela que empezó á darla celebridad, y *Madre é hijo*, la última de sus obras, consagrada á la pintura del amor maternal.

Käte Schlieben es una criatura simpática, que forma con su marido un matrimonio ejemplar: se quieren, y la fortuna les sonríe; no les falta para ser completamente felices más que un hijo. Käte llora por su esterilidad, y su marido, para distraerla, la lleva de viaje. Un día, en Suiza, ven dos niños encantadores, y Käte intenta hacer su retrato, teniendo su vida pendiente de aquel cuadro: ¿vendrán los niños? ¿permitirá el tiempo su *pose*? El lienzo se anima poco á poco; pero, á pesar de la habilidad de la artista, aquellos niños no son niños, y por más esfuerzos que hace no logra expresar su gracia y sus actitudes. «La mujer sin hijos no puede pintar niños», se dijo, irritada, abandonando aquel país.

Poco después, en los alrededores de Spa, en el fondo de un bosque, oyeron un quejido: acudieron y vieron un niño abandonado; su madre, una miserable criatura medio salvaje, apareció por fin, y los Schlieben se indignaron al ver la indiferencia con que recogió aquel niño. Pensando en adoptarle, lo pidieron á la madre, y ésta se negó á dárselo; tuvo que intervenir el alcalde para hacerla comprender que con el dinero que la daban podría comprar una vaca y atender mejor á sus otros tres hijos. Con esto se decidió á desprenderse del niño, y lo hizo con pasiva indiferencia, aunque dando un grito salvaje cuando perdió á su hijo de vista.

La educación de Wolfgang, que es el nombre del niño, es la parte más interesante de la novela. El niño crece, y sus pa-

dres adoptivos están pendientes de él, sin omitir cuidado ni gasto alguno para hacer de él un verdadero hijo, digno de ellos. Pero Wolfgang quiere más á los criados que á su madre, sin que la ternura de ésta sea capaz de cambiar aquella inclinación natural. Andando el tiempo, averigua algo de su origen, creyendo que es hijo de Pablo Schlieben, pero no de Käte, hasta que al fin se le revela toda la verdad; y en lugar de sentirse encadenado con esta revelación á sus bienhechores, parece como si se hubiera roto un lazo más.

La vida desordenada de Wolfgang es el tormento de su madre adoptiva, que pasa las noches espiando su vuelta, y que una vez que tardó varios días en volver á casa, anduvo buscándolo por todas partes hasta dar con él, como una loba con sus cachorros. Gastada la naturaleza del joven por el alcoholismo y los vicios, muere en una estación invernal del Mediodía, pronunciando la palabra «madre» y buscando con los ojos á la que le abandonó, mientras la que se sacrificó por él se deshacía en lágrimas, exclamando: «¿Por qué no haberle dejado donde había nacido?»

SUPERSTICIONES

Dioses, dragones é ídolos chinos. — Es curioso ver cómo las religiones se deforman y desfiguran vistas con ojos profanos ú hostiles. El P. Juvencio Hospital, que es un espíritu observador, pero cuyo sentido crítico está lejos de ser tan fino como su percepción material, dedica en la revista *España y América* varios artículos al estudio *Las religiones chinas*, haciéndolo como si la crítica histórica no hubiera dado un paso, y como si estuviéramos en los tiempos de Herodoto, sin ver más que el aspecto puramente externo de las cosas. Hacemos esta indicación para que se entienda que al recoger algunas de sus observaciones no las damos otro valor que el de consignación de hechos curiosos percibidos á través de un medio que

los deforma, ó que, por lo menos, los deja reducidos á su mera apariencia exterior.

El origen de los dioses que actualmente se adoran en China — dice el P. Juvencio — es muy moderno. Desde *Pan-ku*, el primer chino, hasta el presente, todo chino está en potencia, remota ó propincua, de ser dios, pues basta para ello que el emperador le otorgue esa merced. La serie de divinidades de este género son los tres emperadores más antiguos de China, coetáneos de Noé: Fun-si, Sen-lung y Yuang-ti, dioses de la música, de la caza y de la pesca; luego vienen varios ministros y generales y ocho bonzos inmortales. Además de estos dioses oficiales, por nombramiento del emperador, hay una caterva de diosecillos por aclamación popular.

Todo este Olimpo es relativamente moderno: antiguamente los chinos sólo adoraban al sol, á la tierra y á ciertos espíritus. Los chinos son politeístas y panteístas. Las manifestaciones, fenómenos y seres por ellos más festejados son el sol y la luna; las estrellas son las almas de los grandes mandarines, que brillan con luz opaca cuando están en la tierra, y reavivan su luz al salir de este mundo. Los árboles añosos les inspiran cierto temor supersticioso; las ostras, las tortugas, las ranas, las culebras, los monos, los raposos y otros animales son seres extraordinarios que pueden convertirse en Tsing-kuai, diablillos malignos de ambos sexos, íncubos y súcubos, que hacen morir por consunción á las personas que hayan tenido con ellos comercio carnal.

De lo más notable que hay en la teogonía china es el dragón. El dragón es el genio de las aguas; son muchísimos, y su tamaño, por término medio, es el de tres kilómetros de largo con grueso á proporción; los hay tan grandes, que cuando se empinan sobre la cola llegan con la cabeza al cielo; los de esta especie gigantesca son cuatro, uno para cada mar, teniendo cada cual á su servicio un rebaño de tritones que les hacen la corte y cuidan de los ríos y los lagos. Los dragones en sus casas, dentro de sus palacios submarinos, tienen figura humana;

viven con sus dragonas y dragoncillos, que son mujeres y chicos como los demás; pero en cuanto unos ú otros ponen el pie en el agua ó tienen que salir por sus dominios marítimos, se convierten en dragones de terrible y espantable catadura.

Los dragones suelen casarse con dragonas; pero también pueden hacerlo con mujeres que viven en tierra; y aunque estos casorios son rarísimos, se conocen algunos, como, por ejemplo, el de una dragoncita hija de Lung-uan, rey de los dragones, con el joven Ching, natural de un pueblecito del lago Tung-tin-fu. Cierto día la princesa pidió permiso á su padre para ir á tierra á comprarse unos perifollos de moda; en el camino encontró á un mozalbete que iba con una cesta de guisantes, que á la primera le parecieron perlas: se enamoró del mozo; y como los dragones casaderos andaban muy escasos, Lung-uan aceptó, se zambulló en el agua, hizo una visita al padre del mozo y el casamiento se llevó á cabo. Pero el nuevo marido, sobre no tener un cuarto, tenía muy mal genio, y obligaba á la infeliz dragona á trabajar todo el día en las faenas más pesadas y molestas, no la daba de comer más que unos granos de morisqueta, la tenía vestida de harapos y por la noche la amarraba á un poste, azotándola despiadamente: la dragona lo soportaba todo con resignación; pero un día perdió la paciencia, y avisó lo que ocurría á su padre por medio de un artificio que le sugirió el literato Liou, y entonces su padre, irritado, armó un tremendo remolino y sepultó en las aguas el pueblo en que vivía su hija, dejando anegada toda aquella comarca, que forma hoy el lago Tung-tin-fu.

El origen de los dragones es curioso: en la luna está el árbol soposú, cuya fruta apetecen mucho los faisanes; suele madurar por Diciembre, y entonces se desprende y cae hasta nuestro planeta; en cuanto la comen los faisanes se quedan inmóviles, y á los pocos días empiezan á hundirse hasta una profundidad de cien brazas, quedando así sepultados varios siglos practicando el Sion-Tao; entonces se cambian en dragones, suben á flor de tierra, salen un día de gran lluvia, se des-

lizan poquito á poco en el río más próximo, sin mover la cola al andar, pues si la movieran volverían á hundirse, y, una vez en el río, ya tienen su casa y sus dominios. Según otra creencia, los dragones salen de huevos de faisanes fecundados por culebras; estos huevos se hunden en tierra en días de tronadas, bajando una vara á cada trueno hasta una profundidad en que los truenos no se oyen, y allí sale del cascarón y se hace escarbando su agujero; éste se va alargando en círculo según va creciendo el bicho, y cuando se junta la cabeza con la cola queda sumido en profundo sopor, período álgido del Sion-Tao; al cabo de siglos el dragoncito, hecho un dragonazo, sólo está separado de la superficie de la tierra por una capa de escaso espesor; el dragón la da una dentellada, y la bóveda de su madriguera se derrumba con estruendo y el dragón aparece envuelto en un torbellino de agua que brota del fondo de la tierra y se dirige al mar, arrollando á su paso cuanto encuentra.

Cuando los dragones son en número excesivo, hay inundación; por eso el año pasado el gobernador de Yunan, Chao-tareu, publicó un edicto mandando buscar y desenterrar los huevos de faisanes con gérmenes de dragón, dando minuciosas instrucciones sobre los sitios en que se habían de buscar, que son los claros que no estén cubiertos por la nieve, pues ésta se derrite donde hay huevos como si cayera en un brasero encendido. No hay que asombrarse de tales edictos, pues en Septiembre de 1901 se pregonó en la ciudad casi europea de Shangai un bando al son de trompetas y tambores, en el que Tao-Tai, el gobernador, mandaba que se disparasen bombas y cohetes y se armase el mayor estrépito (con motivo de un eclipse lunar) para espantar al perro celeste que intentaba zamparse la luna de un bocado.

Los ídolos chinos son también cosa curiosa: no son, como pudiera creerse, trozos de piedra ó de madera más ó menos bien esculpidos, sino seres vivientes con alma y cuerpo. Para ello, en cuanto han dado el último golpe de azuela al ídolo lo

primero que hacen es abrirle los sentidos; se pone una mesita con dos velas y un par de tazas de vino ó de té, se mata una gallina ó, si el ídolo es herbívoro, se pone un manojo de legumbres ó frutas; se rocía la mesita, y se untan los hocicos del ídolo con la sangre de la gallina, y entonces el escultor enciende un rollo de papel moneda y empieza á trazar círculos mágicos en torno de los ojos del ídolo, diciendo: «¡Abranse tus ojos! ¡ya se abrieron!», haciendo lo mismo con la nariz, la boca y las orejas; listo de sentidos el ídolo, le hace un agujero en la espalda, y por allí le meten en el pecho cinco hilos de seda de distintos colores, que se convierten en las cinco vísceras, corazón, pulmón, hígado, riñones y bazo; añaden luego un tallo de hierba, que son los intestinos; dos granos de fréjoles, que sirven al ídolo de telescopios para ver á cien leguas; una corteza de árbol, que le sirve de escalera para sus visitas al cielo; dos bayas para oir los ruidos más tenues; el esqueleto de un caballito de mar para recorrer los mares sin mojarse, y unos granos de arroz y unas hojas de té para su alimentación; hecho esto, viene un Tsin-kuai ó espíritu maligno á infundirse en el ídolo, y ya está todo completo, cuerpo y alma.

FEMINISMO

Cómo hacer leer á nuestras hijas.—Tal es el título de una interesante conferencia publicada en *L'Action sociale de la femme* por Jaime Duval. Al abordar la cuestión de la lectura por la mujer—dice—se tiene la impresión de penetrar en un callejón sin salida. Entrad en un baile: allí veréis ciento ó ciento cincuenta jóvenes; preguntad á las madres que las acompañan si su hija ha leído... un libro cualquiera, *La laguna del diablo*, por ejemplo; en unos sitios se os reirán, tachándoos de ridículos; en otros os mirarán severamente como revolucionarios; y cualquiera que sea la opinión que emitáis, os encontraréis con respuestas que os harán vacilar, y en un asunto que parecía claro os veréis sumido en la mayor perplejidad.

La literatura, en efecto, ha tomado por dominio preferente la pintura de los sentimientos humanos, especialmente del amor; encarnadas en tipos de todo género, las pasiones humanas se dan en espectáculo, llevadas á sus crisis más agudas, descritas en sus manifestaciones más brutales; de estas exposiciones novelescas se desprenden sistemas ó retazos de filosofía que constituyen en su conjunto el monumento de la anarquía intelectual. Por otro lado, la definición de doncella implica la ignorancia de las pasíones violentas y las crudezas de la vida, así como el apartamiento de teorías abstractas para las que su espíritu no está maduro.

¿Qué solución dar al problema? La primera que se ocurre es la de suprimir la lectura, método que desde la señora de Maintenon no ha dejado de ser aplicado; pero esto es privar á las jóvenes de un placer noble y delicado, de un medio de cultura excelente, del aprendizaje de la vida en la forma pedagógica más adecuada.

Sería preciso afirmar que todos los libros son malos para legitimar solución tan radical como la supresión de toda lectura. Fuerza es convenir en que los hay buenos, ó por lo menos neutros, ni buenos ni malos; si por casualidad un día cae algún libro bueno en manos de nuestra hija, ¿no pensará, con la facilidad de generalizar que tiene la juventud, que todos los libros son buenos, y en todo caso no quedará quebrantada nuestra autoridad? Y no digamos «mi hija no leerá nada», pues eso no es posible, á menos de que no se la enseñe á leer. Convengamos en que las jóvenes no sólo pueden leer, sino que deben leer.

Pero ¿qué han de leer? Esta es la cuestión. Hay libros buenos y libros malos. Todos reconocen que obras como *Nana* ó *La Tierra*, de Zola, no deben ponerse en manos de doncellas, y que en cambio pueden leer sin peligro *Lealtad* ó *Mandarina*, de Fleuriot. Entre estos extremos hay toda una escala de opiniones, según el punto de vista de cada cual: la moral, la religión, la belleza. Para salir del apuro se forman listas, programas de lectura para uso de las jóvenes; nada más útil que

las colecciones de libros de clase, donde se leen y releen trozos de los grandes maestros clásicos para formar el gusto.

La dificultad empieza cuando la joven entra en sociedad y se mezcla en la vida contemporánea. Hay cientos de catálogos de libros recomendables. La señora de Genlis, por ejemplo, hace en su tiempo una lista en la que supone que Adela, á los once años, ha leído la *Imitación de Cristo*, á los trece *La Princesa de Cléveris*, á los catorce Marivaux y á los quince Nivelle; á los diez y ocho, que es cuando el problema se plantea en toda su fuerza, la señora de Genlis casa á su Adela y nos deja en suspenso.

Entre los catálogos contemporáneos los hay que marcan lo que no debe leerse y lo que puede leerse. El más consultado de los primeros es el *Indice*. Consultémosle en el artículo Flaubert: prohibe *Bovary* y *Salammbó*; pero no contiene *Herodías*, y la joven que lea *Herodias* bien puede leer todo Flaubert. En Jorge Sand y Balzac prohibe leer las historias de amor; pero eso es muy vago, y entre *Eugenia Grandet* y *La Prima Bette* hay diferencias capitales. De modo que el Indice no nos saca realmente del apuro.

El catálogo más en boga es el del abate Bethleem: «Novelas legibles y Novelas prohibidas». Entre las últimas, entran en bloque todas las del Indice; pero *Ursula Mironnet*, *Eugenia Grandet* y *El primo Pons* son, según el autor, obras relativamente castas; luego incluye á los autores que deben proscribirse en nombre de la moral natural, y entre ellos figura About; pero el abate advierte que en ciertas obras de About sólo hay algunas palabras de más, como en *La nariz de un notario*, *El rey de las montañas* y *El hombre de la oreja rota*. De clase en clase se llega á las novelas para jóvenes, y en medio de multitud de nombres desconocidos se ven los nombres de Fleuriot, Greville y Boussenard, y al verlos decís: «No pido yo consejo sobre esos libros; bien sé que á mi hija le parecen insípidos, y no puedo reconvenirla por ello». Y tenéis razón, como la tiene el abate.

En cuanto se sale de lo incoloro y lo insípido es muy difícil resolver. *Eugenia Grandet*, de Balzac, es un buen libro para una joven tranquila, fría, poco romántica y muy atareada; en cambio, es un libro nocivo para una muchacha nerviosa ó romántica, de sensibilidad sobrexcitada y enfermiza. Bourget ha tratado este problema en *El discípulo*, y allí se ve la acción de las lecturas en la dirección de un alma juvenil. No hay catálogo posible que regule todos los casos particulares que puedan presentarse. El problema no debe plantearse preguntando «¿qué pueden leer nuestras hijas?», sino «¿cómo hacer leer á nuestras hijas?»

¿Qué armadura moral debemos dar á las jóvenes para que sepan defenderse del mal? Todas tendrían buen sentido si nos hubiéramos preocupado de formárselo con una educación sólida y principios firmes; entonces van derechas, mejor que el hombre, á las soluciones justas, sin extravíos ni equivocaciones. No se enseña á los niños á andar teniéndolos inmóviles; claro es que los libros indecentes deben proscribirse; pero en cuanto á los demás, si la joven tiene sólidos el corazón y la cabeza, no importa que los lea: bien sabe ella distinguir lo teatral de lo normal y corriente. Hoy es corriente leer á Ibsen, Annunzio y Tolstoi, y con estas lecturas la joven se preocupa de deberes lejanos y trascendentales, sin pensar en los próximos y comunes.

Enseñad á vuestras hijas á leer: para eso empezad por estudiarlas y conocerlas; otorgadlas vuestra confianza y obtened la suya; ocupaos siempre de ellas: la instrucción se hace en una hora de cada día; la educación es obra de todos los momentos. Antes de poner un libro en manos de vuestra hija, leedlo vos mismo y obrad en consecuencia. Todo libro que dé á la joven el conocimiento de la vida y de sus deberes será útil; todo el que la aparte de su función de mujer y de madre será nocivo. Que ame el bien, pero que conozca el mal para librarse de él.

IMPRESIONES Y NOTAS

GABRIEL D'ANNUNZIO, BIÓGRAFO CLÁSICO.—A pesar de sus numerosos éxitos en la novela y en el drama, parece que Gabriel d'Annunzio está resuelto á renunciar al teatro y á la novela. Pero como tratándose de espíritus eminentemente activos y creadores, como el suyo, no hay medio de permanecer ocioso, Annunzio se ha lanzado por nuevos derroteros y pretende «resucitar» el arte latino de la biografía; es decir, escoger entre las innumerables filiaciones de los seres humanos las que expresan el carácter é indican la parte más delicada y profunda de los sentimientos, actos y costumbres; en fin, las que parecen ser las únicas necesarias para acuñar una efigie que no se asemeja á ninguna otra.

Desde luego que esto no es ninguna resurrección ni es privativo de los romanos ni del clasicismo tal manera de biografiar; pero esto importa poco. Lo interesante es que Annunzio, con motivo de esta nueva dirección impresa á su actividad literaria, va á escribir una serie de «vidas de hombres ilustres y hombres obscuros», que dará comienzo por Crispi, Leonardo de Vinci y Cavour.

*
* *

LAS FORTUNAS TERRITORIALES.—El vizconde Jorge de Aveuel, en la *Revue des Deux Mondes*, afirma que hoy no existen en Francia más de cuatro propietarios que tengan en tierras 500.000 francos de renta, cosa verdaderamente extraña en un país tan rico como la república vecina.

La famosa «Grande Mademoiselle», tan citada en la no menos famosa carta de la señora de Sevigné al señor de Coulanges, poseía 1.700.000 francos de renta; el cardenal de Richelieu 940.000, y el duque de la Tremoille 1.200.000; teniendo en cuenta que lo que entonces se llamaban rentas, sobre todo cuando se trataba de feudos, eran más que otra cosa verdade-

ros impuestos establecidos sobre la propiedad y percibidos por el señor, se ve lo muchísimo que han disminuído los grandes propietarios territoriales y lo mucho que ha bajado también la renta de las tierras.

En cambio la propiedad urbana se ha desarrollado de un modo extraordinario, pues ascendiendo en 1853 á diez y ocho mil millones de francos, ha subido en menos de medio siglo, en 1900, á cincuenta y siete mil millones, más que el triple de su valor anterior. Lo mismo ha pasado, aunque en escala todavía mucho mayor, con el numerario circulante; en la Edad Media la moneda andaba tan escasa, que el rey Felipe el Largo tuvo que empeñar parte de su batería de cocina por 1.833 francos y doscientos manteles por 3.000 francos; y un sobrino del rey, el conde de Vertus, que perdió en el juego de pelota 32 francos, tuvo que dejar su capa en prenda en casa del raquetero. Las cantidades que de ordinario lleva hoy en la cartera una persona bien acomodada hubieran parecido en aquellos tiempos sumas enormes.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuale di antropologia criminale ad uso dei medici e degli studenti di medicina e giurisprudenza. Seconda edizione riveduta ed aumentata. Milano, Casa editrice Dottor Francesco Vallardi, 1906. Un vol. de 388 págs., 6 liras.

La primera edición de este libro se ha agotado en un período de tiempo relativamente breve, tres ó cuatro años. Es un indicio de su utilidad. Después de leerlo, se convence uno de que efectivamente la tiene. No hay en él cosas nuevas, ni el autor lo ha escrito con semejantes propósitos. Su intento ha sido el que se infiere de la misma portada: presentar en resumen las doctrinas y enseñanzas de la nueva disciplina denominada antropología criminal, para que los médicos y los juristas que no se dediquen de un modo especial á estos estudios tengan á mano un buen guía que les oriente y les ofrezca las suficientes noticias y explicaciones.

En este respecto, el libro del profesor Angiolella, que es un médico alienista, director de un manicomio, llena cumplidamente su cometido. Es breve, ordenado, claro. En veintiún capítulos recoge las teorías más sonadas é importantes que se han formulado en los últimos años acerca de los problemas capitales de la criminalidad y la antropología criminal, y las más notables conclusiones de tal ciencia, empezando por la noción é historia de ésta, siguiendo por el examen de los caracteres (morfológicos, funcionales, psicológicos y sociológicos) de los delincuentes, por el estudio de las distintas causas de la delincuencia y por el de algunas clases especiales de crimina-

les (la mujer delincuente, los delincuentes políticos, los delitos y los delincuentes sexuales, los delincuentes locos, las asociaciones de delincuentes y los delincuentes jóvenes), para concluir con tres capítulos sobre la clasificación más conocida de los delincuentes (la de Ferri) y el tipo criminal, sobre las teorías varias que pretenden explicar la génesis y naturaleza de la delincuencia, y sobre las exigencias más fundamentales, según el autor, de la sociología criminal.

Es una obra bien hecha, por persona competente, aunque quizás con alguna menor amplitud de la que debiera. Da Angiolella demasiado predominio á la obra de los italianos, y en cambio descuida más de lo debido la de los escritores ó investigadores que no pertenecen á este país.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El secreto de la vida, por Miguel de Unamuno 5

Una excursión á las ruinas de Medina Az-Zahrá, por Rodrigo Amador de los Rios 19

Recuerdos, por José Echegaray 49

Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623, por Juan Pérez de Guzmán 63

Estudios artísticos.—Cancioneros de amor, por Ángel Guerra 76

Diego Velázquez y su siglo, por Carlos Justi 97

Estado social que refleja el «Quijote», por Augusto Martínez Olmedilla 123

En la ventana, por Leonidas Andreief 147

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 175

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 184

Notas bibliográficas, por P. Dorado 206

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 212.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

AGOSTO 1906

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

10.992

EL LIBRO, LA REVISTA Y EL PERIÓDICO

EN ESPAÑA

Muchas veces he vertido en las cuartillas el fruto de mis meditaciones, con hondísimo pesar por no poder representar de un modo concreto y definido el público, ó el lector asiduo por lo menos. El arte de escribir anda generalmente mezclado en España con la profesión de escribir. El escritor, poeta de ideas ó de formas, espontáneo productor de primicias mentales, preocúpase muy poco, en su instinto de crear, de la conservación y amparo de lo que crea, del providencialismo de la obra. Y esto, que en épocas del *mecenismo* hubiera sido una ventaja, imprimiendo la nota de candor, de espontaneidad y de generosidad á la producción literaria, que es cosecha que sólo el genio ó el ingenio debieran recoger, en el momento presente no puede dar resultado, porque siendo muy bajo el ideal, los ideales altos no se viven por la muchedumbre, y si no se desprecian, se cotizan á escaso precio. Como toda producción tiene su forma económica, ó en números y valores se traduce, en un régimen de evolución económica mal consolidado, en el cual el capital y la ciencia no engendraron una técnica peculiar nuestra, clave indispensable para una economía nacional propia, el factor artístico y científico no puede ser en España más que un *epifenómeno* social, una fase de nuestra mentalidad, pero muy distanciada de nuestra organización. Y de ahí que el arte en general y la ciencia, al carecer de sustantividad y de arraigo en aquélla, al no formar parte de la sangre nacional con su espiritual dinamismo, no se propaguen ni cir-

culen por la masa social, siendo en ella elemento plástico y generador á la vez de vida y de cultura. De ahí que el arte y la ciencia vengan á ser necesidades suntuarias para la gran mayoría de los que saben y no saben leer, y más suntuarias, cuanto que hoy vivimos por sugestión imitativa y cuesta al parecer menos dinero el producto que la máquina, el título de ingeniero que el ingenio, la traducción ó el *pastiche* que la creación y asimilación. En el fondo hay aquí el secreto de una economía psicológica, que es base de la economía crematística; por la sobriedad y la pereza, preferimos comprar un panecillo á precios fabulosos y contentarnos con tan mínima ración, á transformar nuestros sistemas de cultivo haciendo producir más y mejor nuestra tierra. Es decir, que la falta de impulsión inicial nos condena á miseria perdurable.

Considerado el producto literario y el producto científico en concreto, en vez de hablar abstractamente y de memoria del arte español y de la ciencia española, veremos que en la economía mental los vicios de la producción, de la distribución y de la circulación son iguales á los de la economía fisiológica. En nuestro *todo* social hay unas mismas leyes para el cerebro que para el estómago.

El primer carácter de nuestra producción intelectual es el ser muy rudimentaria, individual, aislada, caótica. Y este individualismo, que encarna todos los defectos y virtudes de la raza, no es el del genio, poseedor del máximum de capital mental, sino el del humilde artesano que para montar la tienda pide dinero prestado, pagando en forma de homenaje, bombo ó trompeteo crecidos réditos al prestamista, que á su vez pide prestado aquí ó fuera. El excesivo número de intermediarios entre el cerebro que concibe y la mano que recibe, y además la falta de trabajo acumulado, de trabajo mental, de pluridad de asociaciones perseverantes, de tenacidad y de esfuerzo en la investigación y en el estudio de los problemas ó poemas, explica por una parte la inconsistencia de nuestra producción mental, y por otra su escasez.

Cuando el trabajo mental no se personaliza; cuando no es hijo del entendimiento, de la voluntad y del corazón á la vez; cuando parece más que un acto verdadero de generación una mueca de paternidad, carece de ese espíritu expansivo y cosmopolita el producto, de esa fuerza de difusión y propagación que convierte al pensador y al artista modernos en oráculos y preceptores de toda la humanidad presente. Y el no irrumpir nuestros escritores con ansias de volar más allá de los linderos del territorio patrio, el no llevar á Europa y á América la España actual con sus figuras vivas, con sus ansias vivas y sus instituciones muertas, es otra de las formas del rudimentarismo en la producción mental. República literaria que consume todo lo que produce, ó consume con exceso, ó no produce casi nada, y, en todo caso, al no intercambiar productos, al aislarse voluntariamente, como los pequeños grupos de población rural, organismos que, en autofagia perdurable, devoran sus pequeñas energías sin lograr jamás un crecimiento normal, se exponen naturalmente á una muerte prematura, á una invasión de otros productos mentales mejores y más baratos, hijos de otro medio económico más perfecto y complejo y que, á pesar de la protección y las pertinaces defensas aduaneras, penetra en los resquicios de las cátedras y bibliotecas, llevando á remolque al tozudo pensador que á plena luz meridiana cierra herméticamente las vidrieras y se envuelve en su capa para pensar hondamente sobre los problemas psíquicos ó cósmicos, sin tener en cuenta que á la larga se asfixia ó vuelve ciego, por faltarle aire para la sangre del corazón y luz para los ojos, todo lo cual viene del mundo del cual se aleja él.

Humanismo y cosmopolitismo son el ambiente social que debe moldear la mentalidad del pensador y del artista contemporáneo. El arte y la ciencia serán tanto más nacionales cuanto más pronto y mejor se dejen penetrar por lo que se llama no nacional. Una virginidad mental vale menos que una maternidad fecunda en obras y problemas. La verdadera escuela de sinceridad no es hija de los ambientes reducidos y caseros

de *coteries* y programas, de profesionalismos mentales más ó menos perceptibles. Quien quiera ser y parecer sincero ha de procurar verter su propia conciencia personal en el gran todo de las conciencias moleculares de la masa social. Que la nota de vida que en nuestro mundo interior tenga vibración inicial, se propague como la onda en un estanque sereno, formando mi conciencia y mi universo, una solidaria integración de mente y realidad. Sólo así, por estímulos constantes, por constantes variaciones de lo personal en lo humano, la planta de la rutina podrá un día... ¡qué lejano día! hacerse híbrida y desaparecer como especie después, de la vida de la acción. Los que por vocación ó profesión hacemos de *mentores* para un público que le carga la mentalidad en los centros de representación y le abunda la menta en los nervios, conscientes de la falta de proporción entre el esfuerzo y su resultado, soñamos con el ideal kantiano de la personalidad, del nóumeno fin en sí, con medios dentro de sí para darse la propia ley y moverse según ella. Si buceamos en la masa, y allí permanecemos para hacer obra redentora, las íntimas armonías de la mente y del corazón, el concierto de lo que pensamos, vivimos y aspiramos, resuena en nuestro público, pero no consuena. Su mente es caja de resonancia y no instrumento musical. Repite, pero no reacciona, ni reobra, ni recrea. Es un público muy sugestible é imitativo, un público de arcilla y no de mármol.

Esta sugestión fácil y esta imitación excesiva dan carácter infantil unas veces y senil otras á nuestra producción intelectual. Después de todo, con esto se confiesa la propia impotencia espiritual, que nace ó de falta de ejercicio, de uso, ó de falta de iniciación en el ejercicio. Quien nunca hizo nada, le es muy difícil comprender el valor social de los que hacen algo, y algo con espíritu de solidaria piedad y no con estímulos brutales de codicia. Si somos perezosos para leer, ¿cómo sorprendernos de la otra pereza, de la más honda, de aquella que está clavada en nuestra entraña espiritual, impidiendo tal vez que el muro de la lógica de cohesión caiga cuando debiera

caer, para contar con un solar expedito donde poder edificar? Si no nos hemos habituado á hacer pensamientos ó acciones ó poemas cuando nuestra personalidad estaba en formación, ¿cómo querer prohijar personalmente pensamientos, acciones ó poemas? El pensador, el poeta y el apóstol, trayendo en sus entrañas simiente de lo que van á ser, precisan apóstoles, poetas y pensadores que cultiven su vocación. El maridaje espiritual de las almas es condición precisa para la creación espiritual. ¿Quién aspira á hacer ciencia ó arte sin una educación adecuada para ello? Es cierto que los métodos y la técnica, siendo el carril de la investigación y de la acción, no podrán quitar ni añadir adarmes al espíritu. ¿Pero quién duda que facilitan su avance? Técnica, método, dominio del natural, son condiciones favorables á la soberanía del arte ó de la ciencia; pero su raíz, su germen está en el entendimiento y en la voluntad, en el carácter. Para hacer una escuela de investigadores y de artistas hacen falta artistas é investigadores en las escuelas. Una literatura como la nuestra será tanto menos robusta cuanto menos popular sea. Y será tanto más erudita cuanto más paralelamente al analfabetismo se mueva. Es querer tener el vestíbulo de mármol y el sótano pantanoso.

Fué más fácil traer máquinas rotativas é instalar grandes imprentas y librerías en España, que el secreto del *savoir faire* en nuestros escritores, publicistas y periodistas. El maquinismo perfeccionado ha introducido una verdadera revolución en nuestra economía literaria. Siendo la máquina un instrumento de producción nada más, se ha convertido precipitadamente en órgano que se mueve á presión de dobles calorías: de las que puede dar una tonelada de cok y un cerebro mejor ó peor organizado. Y he aquí cómo lo que por naturaleza es un arte suntuario en un país en donde la mayoría no sabe leer, se convierte en manufactura y maquinofactura á la vez, atrofiando quizás el *vivifacturismo* de la personalidad, ansiosa de crear. La industrialización del arte literario, al convertir las energías espirituales de nuestra raza en instrumento ó en fuerza

motriz, es la que en mayor grado contribuye á una extenuación mental prematura. Un lector puede devorar cien cuartillas en media hora; ¿cuánto consume una máquina de componer en el mismo tiempo? ¿Y cuántas escribe el escritor, publicista ó periodista? Con carácter personal, suyas, muy pocas; y de ahí que el espíritu de empresa del librero y del impresor haya trascendido, trifurcándose, al escritor. Y así como el progreso económico dió á las empresas todo un carácter anónimo ó colectivo, en el orden literario el colectivismo y el anonimato, castrando la originalidad y fomentando el plagio, moldearon á su imagen y semejanza la crítica, que viene á ser un anuncio de primera ó segunda plana, pagado ó gratuito.

Así planteado el problema de la producción literaria en España, yo pregunto: ¿se escribe poco en España porque se traduce mucho, ó se traduce mucho porque se escribe poco? Teniendo en cuenta que lo que en España se traduce no es sólo para España, no hay que dudar que los escritores españoles, respecto de su país, se encuentran en situación poco favorable. En primer lugar, el postulado de la ignorancia de la mayor parte de los españoles se extiende á todos los españoles. Además, la envidia y el espíritu de novedad hace que, despreciando los productos de casa, se aprecien, pero á subido precio, los de fuera, que pueden ser peores. El anuncio y la organización para la propaganda son superiores en el extranjero. No deja de influir mucho la falta de cultura aun en los mismos que escriben, ó la cultura y la ilustración más libresca que vivida, que da aires de femenil ruralidad á nuestros productos mentales más hermosos y sólidos. ¿Que cómo se evita el mal? Luchando con las mismas armas, en el mismo terreno y cara á cara, con él.

El exceso de traducciones, como negocio industrial más que como estímulo y alimento de cultura, suele ser, más que favorable, perjudicial á la cultura misma. Los escaparates de nuestras librerías y de los kioscos de las grandes poblaciones están llenos de literatura insulsa, pornográfica ó revolucionaria á

bajo precio. En cambio, no se han hecho bibliotecas populares de nuestros clásicos ó contemporáneos consagrados; porque las que se llaman universales y económicas no se popularizan. Por eso la industrialización de la literatura ciega las fuentes del manantial que podía fecundarla, despersonaliza al escritor y embrutece al público.

No se piensa en socializar y humanizar sus tendencias; la nota de solidaridad no suena en nuestros círculos literarios, ni cabe en la cabeza á muchos de los que escriben. Porque son, ó la fuerza de las circunstancias los hizo, autodidactos, se creen todos á la vez con derecho á un mismo y único monopolio. De ahí la labor de crítica destructiva en forma de murmuración ó de calumnia, más tenaz, más viva y más personal que la obra de creación.

Se ha creído por muchos, que el libro, en general, llegará á ser absorbido por la revista y el periódico, los cuales reflejarán en sus columnas todo el movimiento intelectual de una época sin necesidad de acudir á esos enormes mamotretos. El mismo argumento se hace respecto de la pintura y las artes gráficas aplicadas á la imprenta. El libro y el cuadro de género, y el retrato, etc., etc., serán siempre la obra personal del artista ó del pensador, y como tales, tendrán siempre marco personal también. Hay en las columnas de la revista ó del periódico algo que revela el carácter de mentalidad de masa ó muchedumbre. A la actualidad se supedita todo, hasta la misma originalidad. La fisonomía personal del escritor se desvanece ó esfuma en la abigarrada expresión de mil rostros, cuya mueca obligada se funde en el ansia de agradar y distraer al público que compra. El libro tendrá siempre propia sustantividad. No podrá desaparecer, aun en momentos de marasmo intelectual como éste por que España atraviesa, y en los cuales ignorancia, pedantería y frivolidad se dan la mano. Habrá siempre en medio de la mayor ramplonería algo que redima del hastío al público ramplón, hiriendo de muerte á publicistas y periodistas ramplones y embrutecedores. Es cierto

que la necedad que agrada y paga para que la diviertan, irá eliminando poco á poco de su ambiente mental al escritor. No puede echar profundas raíces una planta en tierras abregosa y *abrasada*. En nuestras masas de analfabetos el orador ó charlatán producirá más ruido, más efecto, que en la mínima legión de nuestros lectores el escritor. Porque aquí el que lee, lo hace con prevención ó por mero pasatiempo. Libro que atrae la voluntad y ata tenazmente la atención con enrevesada sintaxis ó lenguaje obscuro, es libro condenado á morir intonso. Libro que fustiga los vicios del lector, en cuyas páginas silenciosas se guarda para cada curioso una bofetada de sincera indignación ó un chaparrón de inconvencionales verdades, es duro, cruel, no se resiste. Queremos caballos domesticados, que se dejen cabalgar por un jinete sin espuelas, que marcha adormilado por la prosa sin darse cuenta adónde va. El éxito de la novela, en comparación con producciones literarias de carácter didáctico, se explica por eso. Y cuando el éxito es la suprema finalidad del escritor, suele descoyuntar muchas mentalidades, descentrándolas de su verdadera posición para llevarlas á la lista de una gran *troupe*, para ser un número más del cartel y una nueva modalidad del *juego*, para distraer el aburrimiento ó preparar el sueño. En países poco cultos el libro no podrá ser nunca planta de cultivo, y las grandes mentalidades que escriben no lograrán el prestigio de las medianas medianías que *hablan* ó *representan*. Puede ser, no obstante, de gran utilidad, saneando el ambiente y consolidando el terreno para librarle de insólitas avenidas. El libro en el orden de la producción literaria debe ser fuente, pero fuente de pristino manantial, colector de corrientes que por distintos cursos discurren. El hombre de ciencia y el hombre vulgar sacian su sed de saber en la lectura: el primero, sacando dudas de la verdad, interrogando á una respuesta ó respondiendo á una pregunta; el segundo, descansando en la enseñanza ó en el consuelo de aquellas páginas que le hablan sin dialogar, ó dialogan con el sereno mutismo de los ojos enamo-

rados. Nadie puede negar que, á pesar de esta enorme necesidad ó conveniencia, que convierte al libro en gran acumulador de las energías espirituales de un pueblo para encauzarlas y distribuirlas por mediación de otros órganos de la vida intelectual del pueblo mismo, el libro está en crisis. El número de lectores del libro es generalmente reducidísimo. Si el número de analfabetos en España tiene un coeficiente superior al 60 por 100 de la población total, la agnoscia de los que saben leer es superior al 90: saber leer en el sentido de elegir y desleir y entender. Las entendederas son el alfabeto chino que vela en sus innumerables caracteres facetas más innumerables de las ideas ó de la realidad. Tener entendederas es saber leer, en donde nadie ha escrito, el poema del pensamiento sin palabras. Leer un libro con alma y corazón es preñarle de mentalidad renovada ó virgen y hacerle parir después libros nuevos.

El libro de ciencia ó de motivos científicos suele cansar, porque no se sabe ó no se puede entender. El niño y el viejo necesitan alimentación desleída, caldosa, que haga innecesario el jugo gástrico. A la crisis del libro contribuye no poco la crisis de la crítica y la impaciencia ó vanidad del escritor. Se persigue una firma y no un prestigio; y la crítica las hace ¡sabe Dios cómo! La crítica ha dejado de ser juicio sereno, desapasionado é imparcial, para convertirse en descocada alabanza ó insulto grosero. Y al trascender del cenáculo literario al cotarro de cervecería ó de círculo; de la sabia y prudente sentencia de los consagrados, al estúpido desvanecimiento de nulidades impotentes, que se lanzan por donde nadie los llama; del recinto del gabinete de trabajo ó de la cátedra, á una columna del rotativo ó á las últimas páginas de la revista, desnaturalizándose y perdiendo su razón de ser, hirió de muerte al libro, cuyo poder sugestivo en el gran público queda reducido á la originalidad llamativa de la cubierta, ó á los fascinadores epígrafes del índice. El público que aspira á enterarse de algo por los libros, tropieza hoy con la enorme dificultad

de saberlos escoger. Sobre un mismo tema, en un mismo momento, se escriben muchos y se leen muy pocos. Para juzgarlos comparativamente, deben leerse todos. ¿Y quién lo hace? ¿Y cómo puede hacerse? El libro está en crisis, porque aun siendo escasísima su producción, en conjunto es monótona y fastidiosa, carece de la nota personal, de la cosecha personal, del estudio personal, de la interpretación propia de una realidad no vista, ó vista de un modo nuevo. El libro se anula á sí mismo por falta de cultura en los que escriben y en los que leen, y de caridad, sobre todo, en los que critican.

Para los que afirman que el libro tiene dos grandes enemigos en la revista y en el periódico, no hay más que señalarles el ejemplo de Norte-América y de Inglaterra, donde constituyen tres eslabones de una misma cadena, ó tres espejos que reflejan una misma imagen. No hay duda que á medida que aumenta el área mental de un pueblo, crece proporcionalmente la necesidad de nutrición intelectual; se hace necesario lo que antes era suntuario sólo; y, por el contrario, la sobriedad en el consumo de productos intelectuales trae aparejadas á la larga la inapetencia y el hastío. La revista responde á la necesidad de la información gráfica ó científica. La facilidad de las comunicaciones implica la facilidad de apercepción y correspondencia en el movimiento científico. Cualquiera, desde cualquier parte, puede estar al tanto de todo, teniendo abiertas las dos grandes ventanas del espíritu moderno (la revista y el periódico) hacia el inmenso campo de mirada de la vida cosmopolita. En el periódico, como hoja volandera, las impresiones y fenómenos sociales dejan huellas muy efímeras. El libro, en general, es sólo para los hombres de estudio ó para los desocupados. Entre uno y otro, goza la revista de propia sustantividad, tiene derecho á la vida; pues sin dejar de ser actual, debate, estudia, investiga y presenta el hecho, el suceso, la idea ó la teoría, en un plano muy superior al de la masa de lectores de un periódico. La revista es un índice para el estudioso, y una síntesis, un

extracto para el hombre mundano culto. En nuestra sociedad, la revista satírica, ilustrada, seria ó sintética no se ha hecho aún necesaria para las clases ilustradas, ó acomodadas é ilustrables; y no es raro ver en algunas publicaciones de esta índole, junto al cliché de D. Fulano ó D. Perengano, un cuentito, cliché de literatura impresionista, especie de *coiffure*, de *toilette*, y el último figurín de los modistos de París. Esto indica el carácter embrionario de este género de publicaciones en España, el reducido público que sirven y sostienen, y la insignificante altura intelectual de los lectores.

En este género de publicaciones prevalece el fin utilitario y hedónico del público. Así, las que mejor y más larga vida alcanzan son las revistas económicas, las revistas de modas y las ilustradas. La ilustración, tan enemiga en este país de la cultura, fascina con láminas, cromos y retratos los ojos, y embrutece la mente con aventuras brutales ó descabelladas, dando pasto á la fantasía calenturienta con engendros asquerosos. No conozco en España una revista semanal tan completa y orgánica como *Die Woche*, donde la ciencia y el arte y el movimiento intelectual y el anuncio se dan la mano con gusto y perfección: esto unido á una inmejorable presentación tipográfica. En el género de revistas sintéticas (La España Moderna, *Nuestro Tiempo, La Lectura*), que están al nivel de los de igual clase en el extranjero, tanto en precio como en calidad, pues en ellas colaboran las mejores firmas del publicismo español, es donde más clara y evidente aparece la inapetencia de saber de nuestro público. En mis viajes por Europa, he podido comprobar que en los grandes hoteles y trenes de lujo el *learning-room* es ya tan necesario como el *water-closset*, porque no puede menos de interesarle á un hombre de negocios ó á un *viajero* lo que pasa en su país y fuera de él, en la semana, en la quincena ó en el mes. Las mejores revistas francesas parecen estar escritas para los grandes terratenientes, viniculto-res, financieros, políticos y profesores de la República. No es raro ver entre las páginas de un artículo de Brunetière ó

Lanessan un anuncio muy bien presentado de vinos para la exportación. Ver la realidad variable de nuestra patria á través de su mentalidad privilegiada; sentir y pensar nuestro país por *inducción* de los grandes pensadores, publicistas y artistas del país, es fomentar el crecimiento del espíritu patrio, logrando mayor y mejor conciencia de él y estimulando al que escribe ó piensa, por ofrecerle basa más sólida y amplia á sus éxitos ó prestigios.

Pero la débil ponderación que acusan en la vida intelectual de nuestro pueblo este género de publicaciones, se debe no solamente á la falta de solidaridad con el libro y con el público, que pudiera y debiera leerlas. A mi ver, somos nosotros mismos, los escritores y publicistas, los que, desdeñando la actualidad viva, endosamos al director nuestras insubstancialidades muertas, y haciendo innecesario, por incompetencia ó inoportunidad profesional, lo que debiera de ser base de opinión y de tendencia social entre cierto género de lectores. A esto hay que unir el divorcio entre el escritor ó publicista y el periodista, dos abejas tabiculadas en celdillas vecinas y con agujeros ocultos, para robarse la miel que elabora ó almacena una de ellas. Y claro está que este divorcio trae aparejado el del periódico y la revista, que al no anunciarse frecuentemente en aquél con sumarios sugestivos ó trabajos extractados, pasa inadvertida para la gran mayoría de los lectores del periódico. En síntesis: puede afirmarse que el gran mal que daña la economía de nuestra producción intelectual es el exceso de autonomía y la falta de solidaridad, el carácter excesivamente nómada de los obreros y la carencia de cohesión y de concatenación y armonía en sus obras. Así como la conciencia colonial acusa ó una falta de asociación ó un proceso de disociación en la vida mental (el crepúsculo puede anunciar el día como la noche), así también la separación absoluta entre las esferas de acción y pensamiento del libro, de la revista y del periódico, contribuye á debilitar ó á impedir el crecimiento de nuestro ambiente espiritual. Si quere-

mos robustecerlo, no hay otro medio que verificar cuanto antes la soldadura; y sobre todo, procurar siempre la orientación de estos productos hacia la realidad nacional y cosmopolita viva, no al pasado muerto ó á un presente interior que no sepan ni puedan interesar, pues no debe olvidarse que el interés es el gran secreto para sostener la atención y conquistar lectores, y el que logra interesar con sus trabajos, logrará á la larga interés para el capital intelectual de sus trabajos.

El periódico es, entre los tres productos intelectuales aquí analizados, el más preponderante, al parecer el de mayor área social, el que ejerce una verdadera oligarquía intelectual en su público. Y al hablar del periódico, se entiende, por antonomasia, el rotativo madrileño, pues la prensa local y regional, con raras excepciones, queda reducida á ser hoja telegráfica de información y de anuncios.

Se ha dicho que el periódico era el órgano de la conciencia social, y es verdad; pues de la misma manera que en la vida psíquica del individuo se nos revela bajo la forma de *dictamen* ó apercepción integral aquélla, en la colectividad su dictamen se llama opinión; dictamen y opinión que en uno y otro caso han de ser integrales y totales, y, por lo tanto, personales también. Cuando las circunstancias, el hábito ó la incultura profesionalizan los órganos de dictaminación y opinión, como sucede en España respecto de la prensa y de otras instituciones, que se arrogaron el derecho de pensar y de obrar por el individuo, anulando por completo su personalidad, puede sostenerse, sin miedo á ser contradicho, que esos órganos sin función normal están en crisis ó se avecinan á ella. Por muy flamante que se nos muestre el rotativo y muy poderoso que aparezca el dogmatismo español, que ejercen oligarquía en el pensamiento individual y social de los españoles, es muy débil en realidad su acción y muy deleznable su base. El dictamen individual y la opinión social son como la isla diminuta en el océano, el oasis en el desierto. Sólo cuando la superficie del mar es cristal

transparente, se ve la tierra que inunda. Sólo cuando al mar se roba tierra con el esfuerzo y el trabajo perseverante, se agranda en realidad la superficie. Si todos los productos intelectuales carecen en España de ambiente, el periódico tiene que vivir anémico en un país de analfabetos. Nuestra prensa habla de la cultura nacional como de un tópico político, y no se ha convencido que por instinto de conservación tiene que predicar su necesidad entrañablemente.

Cada escuela que se abre y enseña á leer es un vivero de clientes para el periódico. Es preciso dejar en barbecho ese público gastado, que lee el periódico al desayunarse ó para dormirse, y roturar el campo enorme de la ignorancia española, en cuyo subsuelo ha de encontrarse levadura de infancia mental y formas vírgenes de conceptuación. La prensa, cuyo poder radica en la opinión que hace ó que destruye, será tanto más poderosa cuanto mejor y más libremente opine, y tendrá tanta mayor libertad moral cuanto más grande sea su independencia económica.

Hoy, soldado mercenario, unas veces de la política, otras de la industria, y casi siempre de ambas á la vez, el anuncio y el artículo de forma son jaculatorias y preces á la limosna, precisamente porque el gran público no es un colaborador de la opinión y de la independencia económica de la prensa. Cuando el espíritu público está tan desarraigado del espíritu individual, cuando hay verdadera indiferencia para los problemas más vitales de la comunidad, es muy difícil lograr interesar, sosteniendo la tensión mental de los lectores de perro chico, como ésta no venga habitualmente preparada desde la escuela. Y he aquí cómo se enlaza la cuestión de la crisis de nuestra prensa con el problema general de la cultura patria. Un público escaso, formado por lectores escépticos y creyentes á ciegas, jamás podrá alimentar y sostener opinión. Y si la opinión carece de fuerza propulsora para la acción, por ser escasa, caótica ó crepuscular; si no hay integración social de opiniones individuales unánimes que aten las mentes y alien-

ten los corazones para mover las voluntades, jamás será posible el progreso colectivo. El Estado, convertido en órgano manufacturero de este producto, lo hará superfetar artificialmente sobre la masa social, y tendremos una epidermis de dama parisiense en el rostro deforme de un sudanés.

El poder de la prensa no nace en la redacción ó en el gabinete del político ó en la cháchara del círculo: viene del arroyo. La prensa en sí carece de poder. Es mero reflector; pero cuando de la calle nada llega á las columnas del periódico, con algo han de llenarse para que no queden en blanco, y el hábito de hacerlo trae la ilusión y el engaño de que para la vida de la prensa, el público consumidor del periódico no es un colaborador de él, y tal vez el más principal. La ignorancia del público, y en general de las clases sociales de nuestra vida nacional, le impide colaborar en la prensa, siendo el principal generador de esta fábrica intelectual, al proporcionarle primeras materias y energía motriz. Cuando la prensa carece de este poder colectivo, del solidario y universal poder de millares y millones de lectores recibido, en vez de pensar en alta voz *por representación*, sufragio y predilección, lo hace peligrosamente por autoritario derecho propio. Y si la prensa fué la primera planta del campo de la libertad y la mejor herramienta para roturar dicho campo, cuando olvida su abolengo democrático para hacerse autoritaria y dogmática y aspirar á ser iglesia de medianías que leen de corrido, se niega á sí mismo, y, además, suscita las iras y el desprecio de los genuinos representantes de la autoridad tradicional, y al condenar al destierro, al olvido ó al silencio las inteligencias libres de nuestra comunidad espiritual, ó las hace perecer por asfixia, ó irrumpir á otros ambientes no patrios, debilitando, por tanto, el espíritu nacional al fomentar su disolución ó dispersión. El poder de la prensa no es poder de autoridad, sino poder de libertad. Prensa que le prostituye ó esclaviza, ó por lo menos no le fomenta, no es digna de vivir. Cuando el rotativo es una doble sucursal ó agencia del dinero y de la política, que es otro negocio que

también produce dinero, es un arma peligrosa para el régimen político y social existente, pues en vez de ser fuerza nacional y social, se hace de clase y de profesión. Vinculada en una clase, que es la burguesía y la medianía intelectual que nutre las filas de la política, la democracia y la nobleza la desprecian, llevando sus odios no sólo á la prensa, sino también á la misma mesocracia, debilitada no poco por la doble presión de los de arriba y de los de abajo. Los que recientemente han visto coincidir en sus desprecios y desdenes á la prensa á un *conservador reaccionario* y á un ácrata cristiano, se explicarán ahora el porqué.

Siendo nuestra prensa un producto intelectual para medianías, á lo sumo serán medianías los que á ella se consagren. La separación entre el periódico y el libro y la revista no puede ser mayor. Se tiende con aquél á monopolizar toda la masa cerebral. Se le supone ser el único oráculo del pensamiento moderno. Para nuestros periodistas al uso no hay más soberanía intelectual que la del papel impreso, que la de la hoja diaria. ¡Y qué soberanía la de los que esclavizan el propio pensamiento, convirtiéndose de grado en confeccionadores y desvirtuadores de él! Al periodismo español van á parar los inclasificados ó no preparados para cualquier profesión ú oficio. Por él suele pasarse como gato por ascuas, corriendo hacia la política ó la cátedra; pues de permanecer en él mucho tiempo, se corre peligro de atrofia. El aprendizaje suele hacerse en la redacción; y no es un aprendizaje técnico y científico á la vez. El uso, el hábito y la experiencia de largas horas nocturnas, en recintos donde se asfixia el pulmón y la mente se enmohece, convierte á la larga al neófito en fácil ó ingenioso emborronador de cuartillas, ó hábil manejador de tijera. El periódico, cuando no es una sinfonía de palabras, parece un tapete de camilla confeccionado con retales viejos. Y el público de él viene á tragar lo que otro ha digerido, es decir, excrementación mental del primero. Esta falta de técnica y de laboriosidad habitual, el aprendizaje del

oficio en la redacción, convierte á los periódicos de menor circulación, á los semi-inéditos, en escuelas de periodismo para el rotativo, donde también se ingresa por la portada del favor, ó bajo condición de merecimiento. En España, todos los oficios, el que más y el que menos, están casi á la altura de sus correlativos en el Extranjero, menos el de periodista. Hay algunos que ni saben traducir el portugués. La gran obra de redención de la prensa, que podrían hacer los rotativos madrileños, sería establecer una escuela profesional de periodistas, donde se aprendiese á escribir la hoja diaria como Dios manda. De todas las prensas europeas, la española, la francesa y la italiana son las que me revelan un carácter más femenino y trivial. El detallismo ahoga las concepciones y tendencias colectivas. No se piensa en público. Se charla en letra de molde, como en el casino se charla en viva voz. Y aún entre el periodismo español y los otros dos periodismos latinos hay una distancia inmensa. Estos últimos reflejan á su nación vida internacional y la fomentan en ella. Nosotros no conocemos el extranjero más que por algunos telegramas y algunas ocurrencias y divagaciones del corresponsal. La reseña internacional y la correspondencia política y social de los grandes centros de la vida mundial no se ven en el periódico. Suele disculparse la omisión con el argumento de que no los lee nadie; pero ¿no los lee nadie porque no se ponen, ó no se ponen porque no los lee nadie? Si al lector de hace veinte años le revienta una crónica internacional, una revista económica bien hecha, en cambio no hay que desconocer que el periódico está recibiendo lectores nuevos todos los días, que en diez años hacen algunos miles de lectores, cuya suma ha de tener ponderación en la marcha del periódico. Y claro está que el lector nuevo ha de someterse siempre á la influencia educadora de la prensa con más facilidad que el otro, cuyas protestas de rebeldía se ahogarán con la aprobación unánime y silenciosa del público sensato. Suele llamarse, con gran error de sentido, á mi ver, actualidad aquello que actualmente está

á los ojos del que escribe. Yo creo que en el momento que yo escribo todo es actual; y es más actual lo que ve mi público que lo que miran los ojos de mi mente; y es más actual lo que miran las inteligencias más privilegiadas de nuestra sociedad que las de las masas, cuya enfermedad, endémica ó hereditaria, suele ser la miopía. Así como en la conciencia individual se nota un desarrollo y un crecimiento en intensidad y en la extensión de su área, en la colectividad sucede lo propio. Y suele darse el caso que lo actual pasa á ser inactual, y viceversa. Los inactuales de hoy son revolucionarios y precursores para mañana. ¿A qué se reduce la actualidad que impresiona la retina de nuestro rotativo? A unas cuartillas más ó menos geniales de una firma literaria; al artículo de fondo, que debiera llamarse de forma ó de superficie extensional, teniendo á lo sumo el valor del lugar que ocupa; á los telegramas que proporciona el Gobierno, á los escasos que venden las agencias, á los que se recortan de periódicos extranjeros, á los que gratuitamente se envían de provincias y espontáneamente se hinchan, á cuatro ó seis relatos referentes á las anormalidades y vicios de nuestra constitución social, y á la recopilación del suceso que hiere la fantasía, pero que no enseña al entendimiento. En puridad de verdad, con estas orientaciones el rotativo, por estas y por otras causas, es un corruptor de mayorías y el mayor corruptor de todos.

En un metro cuadrado de papel cabe algo más de lo que ordinariamente allí se pone. Los ojos de la prensa española padecen acromatopsia. El paisaje, en manos de nuestra vida social, se graba en su campo retiniano muy incompletamente. Diríase que los bastones y filamentos nerviosos tienen sólo afinidad, pero una especie de afinidad abstractiva, por lo cual sólo el negro y el rojo y los grises (tonos ó individuos) pueden llegar al cerebro. Los nuevos oculistas para este mal ya tienen cliente.

Tan estrecho maridaje existía entre la prensa y la política, que los periodistas de ayer son grandes figuras de la política

actual, alguna de las cuales no dejó aún de ser periodista. Era este vínculo el mismo que el de la cruz y la espada en la Edad Media; pero á medida que la política, saliendo del período de efervescencia revolucionaria, se consolidó en empresa de gobierno, irradió su espíritu á la prensa, su gran colaboradora, y el negocio de la política hizo pensar en la política de los negocios. Cuando el rotativo congregó en torno suyo una gran masa de capital y un regular número de obreros, se fué acentuando cada vez más la escisión entre la prensa y la política, tratando aquélla de entregarse en nuevo maridaje á toda la vida social de la nación, y haciendo del dinero el denominador común de todas las ideas. Esa fué la revolución silenciosa del maquinismo en la vida interior de la prensa; pero he aquí que al lado de las Marinoni falta aún un buen sistema nervioso telegráfico y telefónico, urbano, rural é internacional, y buenos periodistas que den factura compleja, armónica y variada al periódico, á través de cuyas columnas se vislumbre la compleja trama de nuestro pueblo. Aún seguirá mucho tiempo gravitando la política sobre el rotativo; y habrá muchos hombres de partido que sueñen con que el público les devore cada día cien mil números de su periódico, sin fijarse en que las mentalidades de mayor relieve en el país apenas llegan á la décima parte de lectores.

Cuando al espíritu de empresa de la prensa se une el espíritu de empresa de la política, esta detentación oligárquica del poder parlamentario y periodístico suele retardar la evolución social de la prensa en el sentido de su impersonalización individual y de su personalización social. El público alimenta su curiosidad femenina en hojas tal vez mejor impresas é informadas; pero va tragando poco á poco la píldora sin darse cuenta; y la conspiración del silencio ahogará el espíritu de protesta de los pocos lectores que, no siendo lerdos, sepan adónde se dirigen los tiros. En este caso, sólo el espíritu cooperativo del público y la solidaridad de los lectores, ayudada por el Estado en la función tutelar, que hay derecho á exigirle, puede

tomar la defensiva contra los nuevos caballeros de industria, cuyas cruzadas se emprenden, no para redimir el santo sepulcro de ideales muertos ó moribundos, sino para custodiar el santo dividendo, el santo contrato ó la santa subvención, que pueden ser arrebatados por una voz imprudente en las Cámaras ó por una firma anónima en el periódico.

Eloy Luis André

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA ARGENTINA

Y SUS BASES ECONÓMICAS

La evolución política de los países nuevos merece analizarse sociológicamente, pues resume en breve espacio de tiempo las transformaciones que en otros pueblos han durado muchos siglos. Es un caso particular del principio general establecido por Aquiles Loria, según el cual la evolución económica de las colonias contemporáneas permite estudiar la evolución total de los agregados sociales que constituyen los modernos pueblos civilizados. Este principio sociológico no es, por otra parte, más que una aplicación al mundo sociológico de una ley demostrada por Ernesto Haeckel en el mundo biológico: la evolución ontogenética reproduce en el individuo toda la evolución filogenética antes atravesada por la especie.

Un siglo de independencia política no ha bastado para organizar definitivamente la vida institucional de la República Argentina. La razón de ello es simple: ningún agregado social puede alcanzar una organización definitiva de su régimen político si antes no se consolida la constitución económica que le sirve de fundamento, ya sea con la apropiación y explotación de la tierra libre, ya sea con el desarrollo progresivo de la producción industrial capitalista.

I.—El caudillismo anárquico

Al emanciparse de la dominación española — cuyo sistema colonial fué de lo más negativo que pueda imaginarse para la vida económica de sus colonias — la Argentina se encontró

con una producción rudimentaria, sin embrión alguno de vida industrial y con un comercio mezquino, carcomido por el contrabando.

Los criollos, políticamente libres, se encontraron desorientados. Durante los primeros veinte años de la vida política argentina (1810-1830), la ausencia de intereses bien definidos se tradujo por una completa desorganización económica; ésta fué la base sociológica de una política personalista y caótica que los historiadores locales llaman «el período de la anarquía argentina». Este régimen fué una especie de feudalismo bárbaro. Los propietarios de la tierra eran verdaderos señores en sus dominios; resumían en su propia persona la autoridad política y el privilegio económico. Estos señores tenían el nombre de *caudillos,* agrupándose los más débiles en torno de los más poderosos para constituir facciones políticas generalmente inorgánicas, puesto que no respondían á unidad de intereses económicos, sino á pasiones é intereses de orden personal. Ese régimen político, llamado *caudillismo*, fué la superestructura política natural de un régimen económico todavía indefinido. Cuando la acción de los partidos políticos no está determinada por intereses comunes, la influencia personal de los jefes es la única fuerza que orienta á las facciones que se disputan el ejercicio del poder.

La característica objetiva de este régimen es la ausencia de intereses económicos diferenciados, debida á la falta de una organización cualquiera del trabajo productivo. En este primer período no existen, pues, verdaderos partidos políticos, sino influencias personales fundadas en la riqueza ó en la audacia de los *caudillos*.

II.—El caudillismo organizado

Cuando la producción comienza á desarrollarse se definen en el país diversos intereses económicos, aunque vagamente; entonces el régimen del feudalismo inorgánico se transforma

en feudalismo organizado. A la «anarquía de los caudillos» se sustituye el «régimen caudillista organizado», que, en cierto modo, refleja la parte más importante de los intereses económicos en formación.

Estos devienen orgánicos cuando la agricultura y la ganadería se desarrollan metódicamente, reemplazando el primitivo pastoreo por la *estancia*; se acentúan más tarde cuando se inicia la vida industrial y se desarrolla el comercio.

Esos fenómenos económicos (á igualdad de capacidad productiva de la tierra) se realizan primero en las regiones cuya situación geográfica facilita la circulación de los productos. Por eso, en cierto momento de la evolución sociológica argentina, encontramos que la ciudad de Buenos Aires y las provincias llamadas del litoral, situadas sobre los grandes afluentes del Río de la Plata (el Paraná y el Uruguay), se encuentran en un grado de civilización avanzada, mientras que las provincias mediterráneas, en el Oeste y Norte del país, permanecen en plena barbarie feudal. Este desequilibrio natural entre la evolución económica de dos zonas del país fué la causa de graves conflictos que duraron medio siglo, y que persisten todavía, aunque transformados.

En primer lugar, apareció el conflicto entre la anarquía económica y el régimen económico feudal. El *caudillismo inorgánico* vino á resolverse en la sistematización del feudalismo, cuyo exponente político fué el *caudillismo organizado*. Esta primera evolución de la política argentina, representada por el engranamiento y la subordinación gradual de los pequeños señores feudales, tuvo su personaje representativo en el eminente caudillo D. Juan Manuel de Rozas. En este sentido, puede decirse que él constituyó la nacionalidad argentina sobre el caos inorgánico del período anárquico; conviene advertir que, después de vencerlo, sus enemigos políticos han desfigurado su rol histórico, presentándolo como un tirano implacable. Tuvo, es cierto, los defectos políticos de su época y las mismas pasiones personales que sus enemigos.

Mientras se organizaba así la burguesía feudal argentina, con el nombre de *partido federal* (representando los intereses de las provincias mediterráneas, eminentemente feudatarias y pastorales), comenzó á constituirse lentamente otra fracción de la burguesía más evolucionada, con el nombre de *partido unitario* (representante de los intereses de la burguesía industrializada y del naciente comercio). Es inútil insistir sobre el hecho de que esas tendencias políticas ignoraban en absoluto su propio fundamento económico; por otra parte, nuestra clasificación sociológica de los partidos argentinos debe tomarse como una interpretación general, en un sentido amplio; no pretende corresponder en detalle á todos los acontecimientos particulares.

El rasgo característico de este segundo período es el conflicto entre dos etapas distintas de la evolución económica. El interior del país, su casi totalidad, vivía del pastoreo primitivo, sin que se observara ninguna tendencia á industrializar la ganadería; al mismo tiempo, en la zona del país favorecida geográficamente se inició el sistema de producción moderna, tanto en el orden agrícola y ganadero como en la actividad industrial y comercial. Las dos partes de este conflicto podrían simbolizarse en los términos *feudos* y *aduanas*, tomando á cada uno como representante de un régimen económico. Estas dos tendencias, cuyos intereses son heterogéneos (conteniendo en germen el conflicto económico universal entre el interés y la renta), fueron la base de una larga guerra civil, disfrazada con los nombres de Unitarismo y Federalismo. Esos dos partidos representan las dos formas fundamentales que más tarde revestirá la naciente burguesía argentina; el proletariado rural, ignorantísimo, apoyó en esta lucha á la tendencia burguesa menos evolucionada, á la feudal.

El hecho fundamental de la época es que los intereses de la burguesía feudal eran los más importantes en la vida económica argentina; por eso le correspondió lógicamente el predominio político (1825-1850).

III.—El paréntesis unitario

El partido unitario, que no representaba la mayoría de los intereses económicos del país, suplantó al federal gracias á una división de éste. Urquiza, señor feudal de las provincias del Este y lugarteniente de Rozas, se revoltó contra su jefe, entregando el país á los unitarios; éstos anularon á Urquiza y difamaron el régimen caído.

Sin embargo, la fuerza de los hechos pudo más que las nomenclaturas políticas. El triunfo unitario fué puramente nominal; los intereses económicos del país eran los que servían de base al partido federal, y por eso el país (después de la caída de Rozas) adoptó una Constitución federal. Los hombres representativos del unitarismo fueron dos estadistas geniales, Bartolomé Mitre y Domingo Sarmiento, que se sucedieron en la presidencia de la República.

Durante ese período (1850-1874), los intereses mediterráneos que antes convergieron á formar el Partido Federal se reorganizan y concurren á la formación del Partido Autonomista Nacional, frente al antiguo Partido Unitario, que detenta el poder político apoyándose en Buenos Aires.

Entonces la organización político-social argentina comienza á delinear bien sus contornos. La burguesía feudal se define con intereses de clase cada vez más netos y evolucionados; frente á ella se inicia la formación del régimen de la producción capitalista.

Conviene observar que la evolución económica es simultánea en la producción agropecuaria y en la producción industrial capitalista. En una región del país despiertan las industrias, se amplía el comercio, la actividad económica se nivela con la de los países económicamente más evolucionados. En la otra región del país, la primitiva producción feudal es sustituída por sistemas de agricultura y de ganadería cada vez más técnicos é industrializados; en pocos años la producción

rural se eleva á cifras relativamente enormes, centuplicando la riqueza general del país.

Al terminarse este período, la escisión de los intereses económicos es más fácilmente visible, y se refleja netamente en la vida política: hay una burguesía rural y una burguesía capitalista.

IV.—Predominio de la burguesía rural

En este período recuperan su natural hegemonía los intereses de la burguesía rural; representan la enorme mayoría de la riqueza del país y les corresponde la administración política. Con la presidencia de Nicolás Avellaneda se inicia el advenimiento al poder del Partido Autonomista Nacional, cuya fuerza reside en las provincias mediterráneas, como antes la del Partido Federal.

Su influencia ha sido continuamente contrastada por varios grupos políticos, cuyas tendencias concordarían con la del Partido Unitario y la política de Mitre; esos partidos (Cívico, Radical, Demócrata, Republicano, etc.) sólo encuentran simpatías en Buenos Aires y en la región litoral, es decir, en la zona de la producción industrial más evolucionada, en la burguesía capitalista. Pero son la menor parte en la balanza de la riqueza nacional; esa es la base económica del predominio del Partido Autonomista Nacional.

Julio A. Roca, presidente dos veces, dotado de mucha perspicacia y gran sentido de las realidades prácticas, es el representante de esta política y el jefe de ese partido. Durante los últimos treinta años, el Gobierno representa los intereses de la gran masa de la producción nacional, esencialmente rurales. Toda política favorable á los intereses de la burguesía capitalista (que es una pequeña minoría) sería una política de especulación sobre la economía del trabajo social, pues las verdaderas fuentes de la riqueza colectiva son la agricultura y la ganadería.

Durante este período (1874-1804) el sistema político se hace

cada vez menos *caudillista*. El Partido Autonomista Nacional es una sistematización de los intereses económicos propios de la burguesía rural y conservadora; los partidos opositores son portavoces de la burguesía capitalista y liberal. Sin embargo, todos esos partidos son igualmente empíricos, pues no tienen conciencia clara de su propia función económica ni de los intereses que representan en la vida política. Todos tienen programas de una vaguedad incomprensible, cuya fórmula más concreta suele ser la «moralidad política y administrativa».

Es muy posible que esa falta de finalidades económicas conscientes pueda atribuirse á la excesiva riqueza natural del país, debida á su enorme producción agropecuaria; ese fenómeno atenúa el choque de los diversos intereses heterogéneos y no deja transparentar los conflictos económicos, quitándoles esa violencia que es propia de los países menos ricos.

V.—Bases económicas de la política futura

La República Argentina llega ya al período de evolución orgánica que precede á una diferenciación neta de los partidos. La ausencia de grandes cuestiones históricas, religiosas y políticas es la mejor garantía de que sus partidos futuros serán francamente económicos.

El desarrollo de la burguesía rural y el incesante crecimiento de la producción industrial capitalista—la una en las campañas y la otra en Buenos Aires—señalan el próximo devenir del régimen burgués en sus dos grandes manifestaciones, agraria é industrial. Esas nuevas condiciones de vida económica determinan la formación de un proletariado—en el sentido sociológico y político de la palabra—con intereses propios, destinado á diferenciarse progresivamente de las dos fracciones burguesas en proporción directa con el desarrollo del régimen capitalista.

El balance sociológico de la economía social argentina revela que en el momento histórico actual existen—ya formadas

ó en formación—tres grandes manifestaciones de intereses económicos, llamadas á ser la base de la futura política nacional.

a) La burguesía rural, cuyos intereses son los más importantes del país, pues se refieren á la riqueza agrícola y ganadera; esta fracción es favorable al incremento de la renta fundiaria. Sus grandes partidos políticos han sido el Partido Federal y el Partido Autonomista Nacional; su poder se arraiga en las provincias mediterráneas y constituye una fuerza política eminentemente conservadora. Son los *tories* de la República Argentina.

b) La burguesía más evolucionada, representante de los intereses industriales y comerciales, surgida por el desenvolvimiento del régimen capitalista, favorable al incremento del interés sobre la renta y el salario. Podrían desarrollarse en su seno varias tendencias secundarias: industriales-proteccionistas, comerciantes-librecambistas, etc. Su tradición política la forman el Partido Unitario y los diversos partidos opositores constituídos en Buenos Aires para contrarrestar la influencia de las provincias. Representa la minoría de los intereses nacionales, y por eso su intervención en el Gobierno ha sido siempre accidental ó secundaria. En general, puede considerarse como un elemento progresista en el desenvolvimiento institucional del país. Es el partido de los *whigts*.

c) El proletariado, en formación todavía, se desenvuelve bajo dos aspectos: rural é industrial. El primero será durante mucho tiempo un instrumento de los conservadores, y por ahora lo es del Partido Autonomista Nacional; el industrial ha sido un instrumento de los partidos opositores formados en Buenos Aires, pero ya comienza á evolucionar hacia el socialismo. Tiende al incremento proporcional del salario sobre el interés y la renta.

Sin embargo, los intereses del proletariado argentino—dada la riqueza general que atenúa los conflictos de clase—podrán concordar á menudo con los de una ú otra fracción de la burguesía, dando lugar á acciones políticas fundadas sobre

la «cooperación de clase», al mismo tiempo que las propias de la «lucha de clase». Además, el proletariado puede obtener ventajas indirectas si aprovecha bien los conflictos entre las dos fracciones de la burguesía. La política socialista (entendida como el devenir de la evolución económica que constituye el núcleo fundamental del socialismo) puede ser bilateral; dependerá por una parte de la acción económica y política de los trabajadores mismos, y por otra de la acción de los partidos gubernamentales en sentido verdaderamente socialista. En determinadas circunstancias esa política podrá ser realizada por otros partidos, independientemente del proletariado organizado y aun contra él. Roberto Peel, el más grande reformador inglés, fué un conservador que se apropió de una gran parte del programa de los progresistas; de igual manera, en la República Argentina un ministro del partido conservador, Joaquín V. González, presentó en 1904 al Parlamento el más completo de los proyectos de legislación del trabajo conocidos hasta hoy.

Estas son las inducciones permitidas por la sociología sobre la evolución política argentina. La necesidad de sintetizar en pocas páginas un siglo de formación histórica justifica su carácter demasiado esquemático, pues nos limitamos á resumir aquí nuestros diversos ensayos críticos sobre la sociología sudamericana.

País rico, de gran porvenir, cuya capital es la segunda ciudad del mundo latino, pues tiene 1.100.000 habitantes, merece la atención de los estudiosos. A ellos nos permitimos indicar las obras históricas de Mitre, López, Paz y Saldías, así como algunos ensayos sociológicos de Domingo Sarmiento, Juan Agustín García, José M. Ramos Mejía, Lucas Ayarragaray, Paul Groussac, Carlos Octavio Bunge, Ernesto Quesada, Agustín Alvarez, Antonio Dellepiane, Alfredo J. Colmo, etc., que honrarían á la literatura sociológica de cualquier país europeo.

José Ingegnieros

RECUERDOS

Mal dormí aquella noche; sentí una mezcla de júbilo y de temor.

Era natural el júbilo: el salto que daba en mi carrera bien podía satisfacer al hombre más ambicioso, y yo nunca lo he sido.

Ahí era nada: de modesto profesor de la Escuela, á director de Agricultura, Industria y Comercio; una Dirección que era casi un Ministerio; como que después lo ha sido y hoy lo es.

Pero también sentía temor: ¿serviría yo para tan alto cargo?

Que yo podía desempeñar bien una clase de la Escuela, ya lo sabía, porque fué el trabajo á que consagré toda mi vida, y decir otra cosa fuera, más que modestia, afectación hipócrita.

Pero desempeñar una Dirección de tanta importancia, era cosa muy distinta y representaba un trabajo de muy diversa índole.

No es que yo fuera ajeno á la Administración pública. Había estudiado Derecho administrativo con Gabriel Rodríguez, y lo había estudiado á conciencia.

Había practicado en provincias el servicio de Obras públicas, que no era ciertamente una montaña.

Conocía la legislación de ferrocarriles, y aun había escrito muchos artículos sobre esta materia; entre otros, varios combatiendo el sistema de subvenciones.

El estudio de la Economía política me abría anchos ho-

rizontes respecto á la industria y aun respecto á la agricultura.

De suerte que el terreno en que yo había de maniobrar no era completamente nuevo para mí.

De todas maneras tenía miedo, porque yo, antes de acometer una empresa, siempre tengo miedo y recelo, sensaciones ambas que desaparecen cuando estoy en ella.

Pasaron aquellas horas de insomnio ó de sueño inquieto en que vi desfilar ante mí multitud de expedientes, que son los fantasmas más repugnantes de la creación, los más repugnantes y los más prosaicos.

¡Andar con expedientes entre manos, expedientes en que palpita dinero, intereses, responsabilidades, picardías más ó menos disfrazadas en muchas ocasiones, cuando se puede vivir entre ecuaciones, integrales y grandes problemas matemáticos, es un verdadero tormento á que sólo puede someterse un hombre de mis gustos, cuando no es rico, como no lo he sido nunca, y necesita liquidar sin déficit su presupuesto anual mediante un buen sueldo!

¡Oh, el dinero! ¡Qué hermoso y qué horrible, qué cruel y qué cariñoso, qué sucio y qué limpio; qué simpático cuando sirve para librarnos de tantas y tantas esclavitudes de la vida; qué antipático cuando para ganarlo hay que sacrificar la libertad y la afición y toda la poesía de la existencia!

Si yo hubiera sido rico, no hubiera aceptado la Dirección que se me ofrecía.

No lo era; mi nuevo cargo significaba un porvenir desahogado para mi familia, y tuve que separarme de mis cátedras, de mis libros, de mis problemas, de mis aficiones literarias y hasta de mis conatos de dramaturgo.

Iba á ser un empleado de la Administración; alto empleado, pero empleado al fin.

Estaba resuelto á aceptar la Dirección de Agricultura, Industria y Comercio, no como el que realiza una aspiración ambiciosa, sino como el que cumple un penosísimo deber.

***

A la hora que en su carta me decía D. Laureano fuí al ministerio de Fomento, vi á D. Manuel Ruiz Zorrilla y celebrámos una larga conferencia.

Le encontré amable, cariñoso, un poco brusco en la forma, pero muy espontáneo y muy natural.

Lo primero que me dijo fué que ya sabía, por Figuerola, que yo era de la buena cepa, muy liberal y muy avanzado, y me instó cariñosamente para que aceptase el cargo que me ofrecía.

¿Lo creerán mis lectores? Acaso no lo crean; pero yo les aseguro que es verdad.

Acepté, pero con ciertas *condiciones*.

¡Poner yo condiciones para aceptar un cargo como aquél! ¿No es esto absurdo, casi cómico, de todas maneras inverosímil?

Pues así se lo dije á Zorrilla.

—Yo le agradezco á usted, D. Manuel, el ofrecimiento que me hace. Su bondad de usted no la olvidaré nunca (y, en efecto, nunca la he olvidado). Sin falsa modestia le digo que es mucho más de lo que yo merezco; que nada hice para merecer puesto tan alto, porque ni pertenezco á ningún partido político, ni he trabajado por la revolución exponiendo, como todos ustedes, mi vida ó mi hacienda.

Y sin embargo, mi conciencia no me permite aceptar el cargo con que usted me brinda, sino con ciertas condiciones.

¡Ponerle yo condiciones á D. Manuel Ruiz Zorrilla!

—Ya comprendo que es casi una insolencia; ¿no podía yo darme por muy contento y por muy honrado con tomar buenamente lo que usted me ofrece?

—Explíquese usted—me dijo D. Manuel un tanto sorprendido.

Yo creo que pensaba para sí:—¡Vaya un individuo vanidoso que me recomienda D. Laureano!

—Pues me explicaré—le dije con bastante calma y bastante dominio de mí mismo.

—¡Vamos á ver!—dijo él echándose un poco atrás en el sillón.

Y empecé yo á justificar mi atrevimiento.

—La Dirección que tiene usted la bondad de ofrecerme es de un trabajo enorme; pero no es el trabajo el que me asusta.

Lo que me asusta es que casi todos los asuntos que como director he de resolver ó que he de traerle á usted á la firma, sobre todo en lo que se refiere á caminos de hierro ó carreteras, y en general á obras públicas, son, no sólo complicados, sino de gran responsabilidad.

Usted sabe todo lo que se ha hablado en estos últimos tiempos y toda la atmósfera que se ha creado respecto á asuntos de ferrocarriles y á contratos de carreteras.

Sé yo que de algunas de estas cuestiones se cuentan años, muchos años, y que nadie se atreve con ellas.

Y no sólo son cuestiones graves y complicadas y de responsabilidad, sino que su número es enorme.

No hace muchos días que supe, incidentalmente, que sólo en el Negociado de Carreteras hay dos mil expedientes sin resolver.

—Todo eso es verdad—me dijo D. Manuel,—y es necesario mucho tiempo, mucha energía y mucha pureza en la administración, que para eso hemos venido: para restablecer la moralidad; y por eso contaba con usted, por lo que de usted había oído y por lo que de usted me había dicho D. Laureano.

Y la cara de Zorrilla, que cuando le hablé de condiciones se había obscurecido un tanto, empezó á iluminarse, porque dos cosas le entusiasmaban, ó, mejor dicho, tres: mucha libertad, mucha moralidad y sentar la mano de firme á todos los reaccionarios, y á los moderados, sobre todo.

—Ahora bien—seguí yo diciendo:—con esa masa enorme de expedientes, calculo yo que por mi cuenta tendré que resolver al día así como veinte ó treinta de los graves, y que tendré que traerle á usted á la firma otros diez ó doce, de los graves también.

Pero es absolutamente imposible que yo estudie á conciencia y determine una resolución con seguridad absoluta de acierto y de justicia en veinte ó treinta expedientes. Esto es materialmente imposible: ni bastan fuerzas, ni basta el trabajo, ni mi inteligencia puede vencer tales dificultades.

No preciso las cifras anteriores como exactas: las digo como pudiera decir otras, para expresar con claridad mi pensamiento, que es éste: es imposible despachar mucho y despachar bien, teniendo conciencia de lo que se hace.

—Tiene usted razón—me dijo D. Manuel:—eso que usted dice es muy exacto. La centralización, la maldita centralización—y dió un puñetazo formidable sobre la mesa, uno de aquellos puñetazos bajo los cuales vi temblar muchas veces, y estar á punto de romperse, el mármol de la chimenea del salón del Consejo de Ministros.

—¿Lo ve usted, Echegaray? ¿lo ve usted?—siguió diciendo.—Con esta centralización no se puede hacer nada, ni hay trabajo útil, ni hay moralidad, ni hay progreso: es preciso descentralizarlo todo.

Pero mientras se descentraliza, ¿qué hacemos?

—A eso voy, D. Manuel, á eso voy. Como es imposible que usted estudie por sí todos los expedientes que le traiga á la firma, es absolutamente indispensable que tenga usted confianza completa en mí, y que cuando yo le diga: Ese expediente es sencillo, se trata de tal cosa, y lo explique en breves palabras, usted lo firme, por regla general, sin dedicarse á su estudio, para lo que, como le digo, no tendría usted tiempo.

Por el contrario, cuando un expediente sea muy grave, y yo no lo vea con perfecta claridad, se lo diré á usted; le diré: D. Manuel, este expediente debe usted estudiarlo por sí mismo; y después hablaremos de él los dos.

—Muy bien, me parece muy bien; eso haremos; y ya veo que es usted un hombre práctico, además de saber muchas matemáticas.

La verdad es que yo estos días no tengo tiempo para nada. ¡Oh, la política! ¡Valencia, Valencia nos va á dar un disgusto! ¡Cómo nos ha dejado el país ese infame moderantismo!—Dijo esto haciendo un movimiento para levantarse.

Yo le contuve, rogándole que me escuchase unos momentos más, diciéndole:

—Ahora vamos á las condiciones.

—¡Ah! sí, las condiciones—dijo con cierta resignación.

—Voy á concluir. Para que yo tenga tiempo de estudiar los expedientes que le traiga á usted al despacho, es indispensable que yo cuente con un personal de absoluta confianza, inteligente y honrado, y que ellos hagan conmigo lo que yo me propongo hacer respecto á los asuntos que le traiga á resolución.

—Muy bien—dijo, entusiasmándose:—necesitamos un personal de primer orden. En el Ministerio de Fomento no entra nadie que no reúna estas cuatro condiciones: muy honrado, muy patriota, muy inteligente y muy trabajador. Justamente le he traído á usted para el Negociado de Montes un pariente mío que es una alhaja. Lo que él le ponga á usted á la firma puede usted firmarlo con los ojos cerrados; y á Instrucción pública voy á traer un personal de primera: por el pronto, Manuel Merelo, y además Picatoste, que es un chico que vale un imperio. ¿Le conoce usted?

—Personalmente no le conozco; pero sé, en efecto, que valè mucho.

Le conocía por la firma, pues había escrito varios artículos contra mi discurso de la Academia.

—Pues voy á concluir, D. Manuel: yo no puedo aceptar la Dirección de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, si usted no me nombra para los principales Negociados, por ejemplo, el de Ferrocarriles, el de Carreteras, el de Puertos y algunos otros, las personas que yo le indique, y que son de mi absoluta confianza.

D. Manuel se quedó mirándome, pensando, sin duda: ¡De-

monio con el director que me he echado, que quiere hacer él los principales nombramientos en el Ministerio!, nombramientos de 24.000 y 30.000 reales.

Yo me adelanté á lo que él pudiera decirme.

—Ya comprendo que es un atrevimiento en mí; que yo no tengo derecho de ningún género para que usted acceda á lo que deseo; que en un cambio tan absoluto, no ya de política, sino de régimen, estará usted verdaderamente abrumado de recomendaciones y de compromisos.

—Para mí no hay compromisos—dijo, dando otro puñetazo formidable en la mesa y levantándose de golpe.

Para mí no hay más compromiso que el de los buenos empleados y el buen servicio y la pureza en la administración.

¿Cree usted que no he tenido compromisos, y de fuerza, para la Dirección de Obras públicas?

Pues les he dicho lo mismo que usted me está diciendo, y le he buscado á usted, á quien no tenía el gusto de conocer; de modo que tiene usted razón, y acepto las condiciones, y nombraré los que usted me diga, claro es que bajo la responsabilidad de usted; pero, una pregunta: ¿son liberales, muy liberales? No se nos vaya á meter en Fomento, de donde acabo de echar tantos moderados, otros perros de la misma traílla.

—Son liberales, muy liberales; demócratas todos ellos, y en la corriente de las nuevas ideas. Además, honrados é inteligentes.

—Con eso me basta; mañana viene usted á tomar posesión, y me trae usted la lista.

Y nos despedimos afectuosamente.

*
* *

Yo salí encantado de la conferencia.

Encantado y agradecidísimo.

Casi cuarenta años han pasado, y todavía admiro y agra-

dezco la gallarda actitud de D. Manuel Ruiz Zorrilla en aquella ocasión.

Ha de reconocerse que pocas veces se habrá reproducido caso semejante.

Porque ha de reconocer el lector que eran circunstancias verdaderamente excepcionales.

Una revolución como aquella, que todo lo derrumba, empezando por un trono secular; que llega vencedora por su fuerza propia; que trae consigo tres partidos, el progresista, el democrático y el de la unión liberal, con un personal inmenso, y para algunos de ellos con un hambre atrasada de doce ó catorce años.

Gentes que han estado luchando, sacrificándose, jugándose muchas veces la vida; que todos son pobres, y que se creen con derecho, no diré á participar del botín, pero sí á buscar en la victoria la natural compensación de tantos años de privaciones y fatigas.

A la naturaleza humana hay que tomarla como ella es; pretender que en las luchas sociales todos sean mártires y héroes, es pretender lo imposible, por no decir lo absurdo.

Así es que yo me figuraba qué compromisos, qué recomendaciones, qué asaltos no rodearían á Zorrilla en aquellos momentos, pidiéndole toda clase de plazas, desde las más elevadas á las más humildes.

Y, sin embargo, él se desprendió de las plazas más importantes del Ministerio de Fomento; y aceptando mis condiciones, no por mí, sino por noble espíritu de justicia y de orden, tomó por su cuenta todas las recriminaciones y todos los disgustos.

Yo creo que fué uno de los actos más nobles, aunque nunca fué conocido, de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Acto de rectitud, de nobleza, de buen deseo, y hasta de valor cívico; porque ¿qué iba á responder cuando uno y otro pretendiente, y los hombres políticos que los recomendaban, le preguntasen con indignación patriótica: «¿Quiénes son y qué

méritos tienen esos que ha nombrado usted para las principales plazas del Ministerio de Fomento?

»¿En qué partido de los partidos vencedores figuran?

»¿Qué sacrificios han hecho por la revolución, ni quién es ese que les recomienda?»

Pues, sin embargo, se hizo como yo pedía, y nombró Zorrilla á los que yo propuse.

Desde entonces acá muchas veces he sido ministro en varios departamentos, y en épocas, aunque agitadas muchas de ellas, no de tantas violencias revolucionarias como aquella primera época de mi noviciado político; pues jamás he podido hacer lo que hizo D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Sólo aquella vez pude yo nombrar empleados con libertad completa.

Después, nunca. O he debido respetar los que encontraba, ó me han sido impuestos por altas razones políticas.

*
* *

Al día siguiente le llevé mi lista, que ya tenía pensada de antemano.

Eso sí, el personal que le propuse era brillante.

Propuse á Saavedra, un sabio, un gran profesor, un gran ingeniero, un hombre de rectitud extraordinaria y de respetabilidad indiscutible.

Quise proponer á D. Eduardo Gutiérrez Callèja, también de gran mérito, como lo había demostrado en la Escuela de Caminos, y como lo demostró después. Inteligencia serena y segura, rectitud inconmovible.

Pero, agradeciéndome la propuesta, no quiso aceptar, porque era un espíritu independiente.

Propuse, y aceptó, á D. Manuel Pardo, que había sido discípulo mío, cuya inteligencia clara, cuya integridad y cuya energía para el trabajo conocía yo perfectamente; sabía, al proponerle, que la Administración ganaría mucho. Si de algo pecaba era de severidad administrativa.

Propuse todavía á otros dos ingenieros de grandes condiciones y de excelente reputación en sus Cuerpos respectivos: á D. Adolfo Ibarreta y al ingeniero de minas Sr. Abeleira.

Algunas propuestas más hice, pero ya para puestos más subalternos, y me presenté con mi lista á D. Manuel Ruiz Zorrilla, como presidente del Consejo de Ministros que presenta á su soberano la lista del ministerio.

La leyó con calma D. Manuel, se echó á reir, y acaso pensó: «Pues no se ha quedado corto mi director de Obras públicas».

Y me dijo:

—No conozco á ninguno, ni he oído hablar de ellos en mi vida; pero cuando usted los propone, buenos serán.

—A algunos de ellos les conoce el Sr. Figuerola.

Y él me interrumpió.

—No es necesario: yo deposito en usted mi confianza, y yo no la deposito nunca á medias.

Me puso la mano en el hombro, con la otra mano estrechó la mía, y agregó, con aquel tono de llaneza, á veces un poco brusco, pero siempre comunicativo, y que luego le ganó el entusiasmo de los elementos más avanzados:

—Hoy mismo se harán todos estos nombramientos, y cuando me pregunten los compañeros diré que los ha nombrado usted; y si no les parece bien, que yo respondo. Usted los nombra, y yo respondo de los nombramientos; conque ahora, á trabajar todos, que todos nos debemos á la patria y á la revolución.

Y, en efecto, al día siguiente salieron los nombramientos en esta forma:

Saavedra, para el negociado de Ferrocarriles.

Pardo, para el de Carreteras.

Ibarreta, para Puertos.

Abeleira, para el negociado de Minas.

Y así sucesivamente.

Pues aquel mismo día, antes de hacer los nombramientos,

tuve ya un disgusto; pero un disgusto grave, porque se trataba de una persona á quien yo respetaba mucho, desde lejos, porque jamás había tenido ocasión de intimar relaciones con ella, es decir, con dicho hombre político. A quien yo admiraba, aunque jamás se lo había dicho. A quien después me unió una amistad íntima, profunda, casi fraternal, sin la menor nube, sin la más pequeña intermitencia, constante, firme y duradera en veintitantos años.

Y, sin embargo, aquella amistad tan cariñosa y tan leal empezó casi por una riña.

¡Qué cosas tan extrañas tiene la política!

El personaje con quien casi reñí en aquella ocasión, por quien estuve casi á punto de presentar mi dimisión á Zorrilla, no podrá adivinar el lector quién era.

Pues era nada menos que mi querido, que mi inolvidable amigo D. Cristino Martos.

Y me pedía una cosa que era justa, que era conveniente, que era casi una reparación: de suerte que él pedía con justicia y con rectitud; y yo con justicia y con rectitud, y cumpliendo deberes ineludibles, tenía que negarlo.

Él, con su elocuencia maravillosa, que siempre fué para mí algo así como una sugestión, pedía como sabía pedir, y apretaba como sabía apretar; y si tenía habilidades de abogado aun para las malas causas, ¡qué no sería defendiendo una causa buena, y además una causa simpática!

Y yo, irritado contra la suerte, que á las veinticuatro horas de estar en Fomento me ponía frente á frente de un hombre á quien yo de antemano admiraba, y por quien experimentaba grandes simpatías; irritado conmigo mismo por no lograr convencer á Martos, y seguro de que nunca podría convencerle, resistía ya, más que con razones, con una terquedad que acaso él imaginase desabrimiento.

Él me pedía el negociado de Ferrocarriles para un amigo suyo, don B. L., ingeniero también, también amigo mío, y de grandes merecimientos; y sin embargo, yo no podía nom-

brarle, por las razones que expondré más adelante; porque es una historia curiosísima, es una historia dramática, mejor dicho, una historia entre melodrama y tragedia.

Martos la conocía y era su gran argumento, y era argumento de gran fuerza.

Yo la conocía también antes de que él me la relatase, y era el argumento que yo tenía para no acceder á su petición.

Y la entrevista duró más de hora y media.

Acababa de hablar con D. Manuel, y D. Manuel le había dicho la conversación que habíamos tenido: que tenía su palabra empeñada conmigo, y que no pensaba nombrar sino á los que yo le propusiera; de suerte que á mí tenía que acudir, porque para aquel caso yo era el ministro.

Y D. Manuel y Martos eran, sin embargo, muy amigos, y Martos era ya uno de los grandes personajes de la revolución; pero D. Manuel para casos semejantes era una roca inquebrantable.

Y por eso Martos acudía al director de Obras públicas y encontraba otra roca; porque, como verá el lector cuando yo le explique el asunto, todos teníamos razón; y estos son los casos más difíciles y más desesperados.

—Pero, amigo Echegaray—me decía Martos,—la persona que yo le recomiendo, ¿no es amigo y compañero de usted?

—Lo es, y muy querido.

—¿No es de honradez intachable?

—De honradez intachable—repetía yo.

—¿No tiene una gran inteligencia y no ha prestado grandes servicios?

—Me complazco en reconocerlo.

—¿No tiene categoría para jefe del negociado de Ferrocarriles?

—La tiene; no tiene más el que yo he propuesto á Zorrilla.

—¿Le falta alguna condición, en concepto de usted, para ese nombramiento?

—Ninguna.

—¿No es digno, por todos conceptos, de la confianza de sus jefes, así de Zorrilla como de usted?

—Lo es, sin ningún género de duda.

—Ya que el ministro ha puesto en manos de usted el nombramiento de todo el alto personal, resolución que comprendo y aplaudo, ¿le es á usted tan difícil disponer de una de esas plazas en mi favor, es decir, en favor de una persona de los méritos del Sr. L., méritos que usted reconoce, como acaba de decirme?

—Sí, señor; yo podría proponer á Zorrilla ese nombramiento; pero hay una razón que me lo impide, y ya le he dicho á usted cuál es.

—Precisamente en esa razón me fundo yo para solicitar de un hombre de rectitud y de nobleza de espíritu, como usted, el nombramiento de mi recomendado.

Y así seguimos discutiendo durante hora y media; pero antes de terminar este episodio referiré el triste suceso de la vida del Sr. L., á que se refería mi querido amigo.

Un drama en pequeño.

José Echegaray

LAS ÚLTIMAS NEGOCIACIONES

DE

MATRIMONIOS REGIOS ENTRE INGLATERRA Y ESPAÑA

EN 1623

X Y ÚLTIMO

Un matrimonio de Estado que nos traía una alianza ventajosa y proporcionaba á Europa la más sólida garantía de paz, fué el eje sobre que giró la política general del continente, y muy particularmente la de España, Inglaterra y Francia, por todo un cuarto de siglo, en los comienzos del XVII. Del anterior no habían quedado vivas contra España otras guerras que la de los Estados generales de Holanda. Francia, aunque siempre inquieta en nuestro daño, había amainado el rigor de sus armas. Italia pasaba por uno de los períodos más brillantes de la dominación española en la mayor parte de aquella península. Los protestantes permanecían en sosiego en Alemania, y la muerte de la reina Isabel de Inglaterra y la sucesión del rey Jacobo de Escocia habían modificado la política de aquel país en sentido de marcada benevolencia hacia nosotros.

Ninguna de las cuestiones que llenan aquel espacio de tiempo de la historia estaba resuelta verdaderamente: todas se hallaban aplazadas. Si nuestros monarcas imperantes ó sus ministros hubiesen tenido la perspicacia y penetración de la gran crisis que se experimentaba, habrían podido sacar de aquella situación harto partido en pro de los intereses de España. Después de la costosa y larga rendición de Ostende, y cuando Inglaterra tomó manos en el negocio, un fenómeno ocurrió so-

bre el cual, si los políticos y los estadistas no discurrieron con lucidez de juicio, el sentimiento público formó su concepto, siempre acertado. Ocupada Flandes por un Gobierno que, aunque succedáneo de España, al cabo no era verdaderamente español; sostenida Milán por la arrogancia intrépida y bizarra del celebrado conde de Fuentes, su gobernador y capitán general, y en vías de estrechar amistad con Inglaterra, fácil fué no sólo asentar las treguas de Holanda y contener en Italia al véneto y al saboyano, sino conocer con toda claridad que la misma Francia, que tuvo en la mente de su rey Enrique IV un plan general de ataque con que pensaba acabar con nuestro poder en Europa, era impotente, tanto para hacer por sí sola alianzas formales en nuestro daño, como para sostener denodadamente las antiguas campañas en que puso á prueba nuestro valor y constancia. De esta situación de cosas pudo deducirse que nuestro flaco en Europa estaba en aquellas dos herencias imperiales, Flandes y Milán, carcoma de la nación, como el dictamen público las apellidaba. Sin embargo, manteniéndose entre España é Inglaterra inteligencias mutuas de cordial amistad, no sólo en lo político se dejaba sentir el beneficio, puesto que, faltándoles su ayuda á todos los enemigos de España, se veían reducidos á la impotencia, sino en lo material y económico, en que podía sernos altamente fructuosa su alianza por cesar la persecución que había tenido declarada á nuestro comercio, así en los mares del Norte, de que eran dueños bretones, bátavos y escandinavos, como en los de Levante, donde favorecía á los venecianos, y en los de las Indias, donde estimulaba á los holandeses.

Si Dios hubiera dado á Felipe III la Monarquía para algo más en lo temporal y terreno que para ponerla á los pies de la curia romana, como dice el maestro Gil González Dávila, claro es que aquel momento pacífico que disfrutaba y aquella gran crisis política que tenía delante de los ojos, le hubieran servido para algo más de lo que se propuso como cristiano y de lo que olvidó como rey. Pero ni él estuvo entonces á la al-

tura de su papel, conforme á lo que de él exigían las obligaciones ineludibles del Estado y los pensamientos vitales de la nación, ni á su lado servían ministros de ilustrada inteligencia y de enérgico carácter que le aconsejaran acertadamente para que no desperdiciase tan feliz coyuntura. Creíase en la corte al morir Felipe II que su hijo traía al gobierno de España un sistema contrario al seguido por aquel gran rey, á quien se acusaba de tener extenuado al país; pero pronto las experiencias acreditaron que en el cambio se había perdido considerablemente. Felipe II representaba un sistema definido de gobierno; Felipe III no tuvo ninguno. Felipe II era atento por sí mismo á los negocios de su oficio real; Felipe III hubiese sido el mejor de los reyes, si no hubiese sido hombre; de Felipe III decía Virgilio Malvezzi: «se recontara entre los mejores hombres, á no haber sido rey». Aquél erró por sobra de genio y de rectitud, de tesón y de talento; éste no tuvo capacidad, ni inspiración, ni valor, ni perseverancia, ni nada. El uno nació para mandar é imponerse hasta hacerse temer y venerar; el otro, para dejarse llevar de todo el mundo. ¡Gran desdicha para tan gran Monarquía tal sucesión de personajes en el interesante drama que representaba, y todavía más grande en la profunda evolución á que la llamaba con la urgencia de un cambio fundamental las dolorosas experiencias de la política desgraciada del primero! Un solo rasgo individualiza al monarca que apareció en la escena del mundo al caer en su ocaso el gran Felipe el Prudente. Hallándose éste en el lecho de la muerte, llamó al entonces príncipe, y le dijo: «*No os fiéis de que otros gobiernen el Estado*». A pesar de este consejo, Felipe III no sólo se echó de bruces en brazos de su valido, el duque de Lerma, sino que como el historiador de aquel reinado, Bernabé Vivanco, que á la vez fué ayuda de cámara del rey, escribió: «En viendo éste un hombre con hábito de sayal ó de jerga, ¡tanta era su piedad!, ya le parecía que era digno de gobernar, y no otro». Así, en otro lugar añade el mismo escritor biógrafo, como dado á la oración tan de continuo,

toda su vida estuvo asaz salteado de religiosos, y así también al satírico D. Francisco de Quevedo le pareció un milagro continuado la conservación de aquella Monarquía en manos tan insuficientes.

Y no era porque el clamor público, eco inspirado las más veces de las conveniencias nacionales, dejara de advertirle los males que el reino padecía y los remedios que necesitaba para sanarlos. Los únicos que los desconocían eran el rey, embriagado con la atmósfera de las cristianas devociones que le absorbían todo su tiempo, y el ministro, que como el vulgo de los que suelen serlo por más opinión que sus aduladores le conquisten, más lo era por la fatuidad y soberbia que le inspiraba su elevación, que por las justificaciones de sus aciertos. La opinión general, en lo político, decía: «Aunque se pierda Flandes é Italia, con las Indias y el buen gobierno España se restaurará». Otros opinaban del modo siguiente: «No está la restauración de España en que nos confederemos con el Papa y el Emperador y hagamos *Ligas católicas*; porque los males que no tienen remedio son que se va acabando esta Monarquía sin hacienda, sin comercio ni gobierno».

Ponderando el aparato portentoso de tan extensos dominios, en cuyos confines no se ponía el sol, escribía otro político y filósofo: «En ciento veinte años mucho ha crecido el imperio español con las dos Indias, Nápoles Sicilia, Milán, Flandes y las riberas africanas. ¡Mas todas estas cosas las tuvo Roma en la prosperidad que llamó de vidrio!» Otros, comparando los tiempos de Felipe III con los de Felipe II, y criticando las faltas de una y otra Monarquía, expresaban que en la época en que esta última perdió á España, una de las causas de la ruina había sido el fiarse más de las fuerzas de tierra que en las del mar, habiendo abandonado á los comercios del Septentrión á los rebeldes de Holanda y de Zelanda y á los de Flandes, dando licencia á los extranjeros sobre los de la propia casa para traficarlo todo, y llevando contra *Inglaterra* en lo de la *Invencible* una empresa más descabellada que conve-

niente. Sin embargo, todavía eran peores los tiempos de Felipe III, porque entonces ya se habían entregado las llaves de todo á los enemigos.

Uno de estos arbitristas políticos, el conde de Charley, que llamado por Felipe III vino á Madrid en 1617, le propuso tratara de hacerse con sus naves dueño del Océano, ó de confederarse con los que lo fueran, viendo que los holandeses y los ingleses se hacían tan poderosos en él: «El medio para tal caso, decía, es saber adormecer al rebelde con la tregua y al inglés con la paz». Fundándose siempre en la necesidad de convertir en potencia marítima un país cuyos flancos están envueltos en toda su extensión por los dos mares, y que tan grandes Estados marítimos poseía, aunque nunca sus naturales demostraron grandes dotes marineras, como hoy mismo sucede, Fr. Juan de Salazar, algunos años después, cerraba el cuadro de las empresas antedichas, escribiendo con sabio dictamen crítico en su *Política española:* «¿Qué hubieran importado las desazones de Cataluña ni el levantamiento de Portugal si se hubiesen conservado las setenta y siete galeras que de ordinario guardaban nuestros mares?» (1).

A necesidades más vivas en las exigencias de la vida civil correspondían estos clamores, estas críticas y estos arbitrios. Todo se iba perdiendo en España por la falta de hacienda, de hombres y de comercio, y por el exceso de los tributos. Y, sin embargo, cuando se estudia aquella edad y se compara con cualquiera de las que han sucedido después, incluso con la presente, sólo se advierte un punto de unidad de nuestro genio en el punto de unidad de nuestros males. Los políticos de aquella edad enumeraban así las dolencias que laceraban el cuerpo político de la nación: despoblación; continuas guerras; emigración para Indias; muchedumbre de frailes, monjas y clérigos; expulsión de los moriscos; número grande de españoles repartidos en tantos dominios; falta de caudal en los va-

(1) Proposición I, parte VI, folio 17.

sallos; entrada de las mercaderías fabricadas por el extranjero; menosprecio de las industrias que nosotros cultivamos; multitud de tributos; costosa administración y cobranza de las rentas reales; mala distribución de estas mismas rentas; excesivo número de leyes y pragmáticas de aplicación impracticable y confusa, y otras semejantes. Desde los Reyes Católicos hasta Felipe III, según Colmeiro, la población disminuyó de diez á siete millones de habitantes, aunque fray Angel Manrique fijó la población de España, ateniéndose al recuento que Felipe II mandó hacer, en 6.701.000 almas. Muchas poblaciones de Castilla, León, Asturias, Andalucía y Galicia representaron al rey sobre el acabamiento de la vecindad, y en el espacio de cincuenta años habían desaparecido abandonadas centenares de aldeas y lugares. De Madrid á Sevilla atravesábanse ochenta y cuatro leguas de despoblados, exceptuando á Toledo, Ciudad Real y Córdoba, que se hallaban en la postración más angustiosa. La misma Sevilla se quejaba á los Felipes de que le faltaba la tercera parte de sus habitantes, á pesar de ser á la sazón el emporio del comercio de Indias.

Achacábase, en parte, este mal á la saca de soldados para Italia, Flandes, fronteras de África y América, para donde cada año salían, según Pedro Fernández de Navarrete, cuarenta mil personas, que en su mayor parte no regresaban más ó volvían inválidas. En cambio, á la ociosidad de doce mil conventos de frailes y monjas y á la comodidad del estado eclesiástico se amparaba inmenso número de personas, que quedaban anuladas para toda la mecánica de la vida civil y política; por lo que el P. Andrés Mendo escribía en su *Príncipe perfecto y ministros ajustados*: «Quejámonos de que no hay gentes, y no nos habíamos de quejar sino de que no hay gentes para el trabajo». Pero Cevallos ya daba la razón en su *Arte Real* de la afición demostrada al oficio de la milicia: «La guerra, decía, está hecha trato y comercio. No miran hoy los soldados á ganar honra, sino atienden á lo que pueden adquirir». Y así convertido el ejército en la mejor carrera para el

fácil medro, á los cien mil hombres que permanentemente lo constituían en Flandes, Italia y Africa, ofrecían lo más granado de la juventud, dejando á salvo el insurreccionarse frecuentemente y hasta frente del enemigo, ya porque faltasen pagas, ya por ascensos, ya por botín.

Gobiernos que ignoraban todas las leyes de la economía, de la política y de la administración, á lo menos en lo que estas ciencias tienen de racionales, de prácticas y de hábiles; gobiernos que, como otros muchos de épocas posteriores y que han presumido de que eran más adelantados, no entendían que el poder era otra cosa que la dura imposición de la fuerza que compele á una ciega obediencia; Gobiernos sin conocimiento de su misión, sin artes educadas de su oficio, ni más condiciones de mando que la predilección del soberano, la soberbia de su altura y la fatuidad de la posición á que se veían encumbrados, ignoraban absolutamente la manera como á cada llaga social se la busca la más honda raíz, se la hiere en lo más profundo para que la cura sea completa, y se conllevan sus erupciones exteriores con emolientes y calmantes para evitar la exacerbación. Así, pues, á nada fundamental se dirigían. Con salir fortuita y atropelladamente y de cualquier modo del paso, daban por superadas las más arduas empresas; y con recurrir á empeñar á los fúcares el crédito ó las rentas, tomándoles dinero á 70 por 100, según en *El celador general* escribió Alvarez Osorio; con no cumplir ningún compromiso del Estado y con cargar sobre la *misera plebs contribuens*, ya con carácter transitorio, ya con carácter perpetuo, toda clase de subsidios y gabelas, quedaban satisfechos. ¡Como si fueran soluciones aceptables en buena ley contener un día la ruina accidental del Tesoro público á costa de la ruina permanente de la nación! Se desarrollaba la sed del agio entre los extranjeros, genoveses y fúcares, que lo tenían todo hipotecado. Las alzas y bajas del rédito de los juros formaban la historia y el proceso de la Hacienda real, y la agonía de la industria, exenta de capitales y agobiada de tributos; y la emigración

de los industriales sin trabajo, y el descenso de población en ciudades y villas, otras veces florecientes por la abundancia de sus producciones y de su tráfico, y el aumento de la indigencia postulante, revelaban la ineptitud de aquellos ministros y la insuficiencia de las medidas de aquellos Gobiernos, cuyo poder inhábil sólo se reducía á sacar hasta el último jugo de la riqueza y de la sangre nacional.

El doctor Anaya (*De armonis et tributis*) escribía: «Todos los daños y gabelas que se conceden son para remedio de alguna necesidad, y, si ésta cesa, también deben parar ellos; pero no sucede». El doctor Navarrete, canónigo de Santiago, citado ya, representa por su parte «el daño que hacían los crecidos tributos en las especies comunes y de consumo». Y el doctor Herrera (*Representación á Felipe III*) advirtió que desde que se decretó el tributo de la carne, en Toledo había bajado el consumo anual de carneros «desde 70.000 hasta 28.000», y añadía: «Tengo averiguado que se gastan en Madrid de diario mil carneros, que á cuarenta libras cada uno son 40.000; 50 vacas, que á 500 son 25.000, y supongo 10.000 de tocino, que hace todo junto 75.000 libras. Hay en Madrid más de 300.000 almas: conque vienen á comer unos con otros á cuarterón de carne; y ¡quitado el hueso!, ¿qué les queda?»

«Siempre—decía otro político anónimo—se ha esperado mejoría y han sucedido trabajos». Para salir de tantos atajos y empeños creía el maestre de campo D. Fernando Alvarez de Toledo, alférez mayor y regidor de Toledo, que se hacía indispensable una buena y recta administración de justicia; menos muchedumbre de ministros con excesivos salarios, y que los que quedasen tuvieran igualdad, autoridad y mano en los negocios, y por último una grande amistad y unión entre las provincias agregadas ó conquistadas. «Si hay frutos, minas, fábricas, inteligencia y gente en un reino, de ninguna manera puede estar un rey pobre». Otro arbitrista fijaba en diez millones de ducados la diferencia entre lo que los extranjeros importaban á España y lo que exportaban, siendo esto causa, en

su juicio, de que se aniquilaran y languidecieran nuestras fábricas de linos de Sevilla, de sedas de Granada y de paños de Segovia. El conde de Charley proponía á Felipe III mandase celebrar una feria anual en España con los frutos de las Indias. Pedíase por otros la prohibición de la extracción de primeras materias por parte de los extranjeros, principalmente las lanas de vellón, en las cuales Inglaterra empleaba 250.000 personas en fabricar con ellas. Y vistas las amistades con este país, cuando el rey Jacobo juntó las tres coronas, alguno aconsejó «que se hiciera compañía de comerciantes de los vasallos súbditos de V. M. de todas naciones, en que entren también ingleses y alemanes, para comerciar desde España á Septentrión, y de Septentrión á España, y de España á Levante, y viceversa, y hasta con las Indias».

Los Papas y los frailes, más súbditos de aquéllos que del rey, imbuían á Felipe III la idea de que con el sustento de la fe y la extirpación de las herejías bastaba para mantener y conservar la grandeza de su imperio. El emperador y los archiduques de Austria le exhortaban á defender á todo trance en Europa la preponderancia de su familia, no transigiendo en manera alguna con los que, en cualquier circunstancia, fueran enemigos de aquel Estado. Entretanto, la nación le advertía que solamente cuidando del incremento de su población y de su bienestar alcanzaría verdadero poder, pues emanaría su fuerza de la prosperidad y de la abundancia. Con estos medios que de ellas se derivan era con los que podría sacar incólume la nave de las tempestades en que por todas partes se hallaba envuelta, empleando, como Holanda, las treguas que disfrutaba, en fortalecerse robustamente por el incremento de estos bienes. Pero España, confiada en el peso de un poder que tenía en aquellas condiciones mucho más de ficticio que de real, dejaba transcurrir el tiempo en completa inacción ó lidiando impertinentemente con las intrigas políticas que Francia le promovía, ya con los electores del Imperio para la proclamación del rey de Romanos, ó para la sucesión del empera-

dor Matías, ya con los asuntos matrimoniales de Inglaterra y Saboya, en que siempre nos envolvió diplomáticamente.

Verdad es que para haber tenido la inteligencia clara de una situación que tan preciosa era para el cambio de sistema político reclamado en la tregua de la gran crisis por el imperio de las circunstancias y por las inspiraciones del pensamiento y de las exigencias nacionales, hubiera sido preciso poseer grandes reyes y grandes ministros, y por desgracia Felipe II había arrastrado consigo á la tumba casi todos los que eran de gran valer en su brillante generación. De Felipe III harto hemos dicho. Este monarca, que por condiciones de carácter, como á todas las almas débiles acontece, no tenía más que la terquedad en algunos rasgos, y aquel sentimiento de rencor que no perdona á los que le contradicen la voluntad ciegamente dirigida, ¿era el rey de aquellas preciosas circunstancias que le proporcionaron las actitudes de Jacobo VI de Escocia hacia él?

Pocas ventajas le hizo su hijo Felipe IV. No había tenido éste la educación cohibida que aquél al lado de Felipe II. Felipe III, á falta de otras cualidades, según da á entender el marqués Virgilio Malvezzi, tenía la de ser hombre de bien. Felipe IV presumía un pocó de travieso y calavera, y con tempranas vivezas de francas aventuras había procurado más de las simpatías personales entre los camaradas de la edad que de la veneración pública, de que Felipe II, su abuelo, fué tan cuidadoso desde su primera juventud. Cuando vino al trono, gran fortuna fué para él topar con un hombre de Estado tan completo como D. Gaspar de Guzmán, que, aunque presuntuoso, estaba dotado de claros talentos, muchos estudios, fértil capacidad y nobles deseos. En él declinó el rey todas las obligaciones de su oficio, menos las exterioridades de la majestad, por lo cual el embajador véneto, Jerónimo Justiniani, decía de él á la Señoría: — «Hay en el rey más forma que substancia; y á la manera de los ídolos antiguos, él recibe la adoración y sus ministros dan por él la respuesta».

Con el auxilio de los embajadores venecianos Pedro Gritti y Francisco Corder, y aun del mismo Jerónimo Justiniani, en su *Bosquejo histórico de la Casa de Austria* perfiló Cánovas del Castillo la fisonomía moral de este príncipe, «que se bastaba para perder cualquiera Monarquía, dado un régimen político en que tanto dependía ya de las condiciones personales del gobernante».

En este reinado desapareció de palacio el influjo de los eclesiásticos, pues aunque Felipe IV era buen cristiano, no era muy devoto. Desde los primeros años mostró clara vivacidad de ingenio, un natural activo, aunque plácido, y suma cortesía. Con esto, así en sus actos personales como en sus resoluciones de monarca, lo reducía todo más bien á espontaneidad de palabras que á eficacia de obras. Para los ejercicios corporales, hacia los que sentía la m' viva inclinación, era dispuesto y ágil; montaba como diestro jinete y gallardamente; cazaba con ojo certero sobre la pieza, y eran para él una especie de idolatría, así este pasatiempo como las demás diversiones, sobre todo las comedias, las corridas de toros y las mascaradas, en las cuales algunas veces tomó parte. Era más docto en Historia que en ciencias positivas, al contrario de su hermano el cardenal infante Don Fernando, que era un gran matemático. Componía versos, como su otro hermano el infante Don Carlos, y gustaba del contacto con los poetas y con los jóvenes de la grandeza bulliciosos y alegres. Presumía mucho de sí propio, y aunque de ordinario vestía con modestia, se complacía en mostrarse en los actos públicos de gran gala. Daba con facilidad audiencias, y contestaba brevemente y con generalidades, afectando gravedad y fuerza de carácter, de que carecía por completo. No se ocupaba poco ni mucho de los negocios públicos, aunque gustaba que le enterasen de lo que pasaba.

Estos eran los reyes. Veamos cómo se exhiben los ministros en el campo de la Historia. Era el duque de Lerma de entendimiento escaso; mas de ambición tan grande, que trató de ca-

sar una de sus nietas con el príncipe de Piamonte, Carlos Emmanuel, el cual después maridó en la casa real de Francia. No obstante, el pecado capital de Lerma era la avaricia. Entendía tanto de negocios y política como Felipe III, su señor, y descargaba los empeños de su oficio, ó en los Consejos, cuando los asuntos eran graves, ó en otros privados subalternos, como el marqués de Siete Iglesias, D. Rodrigo Calderón, á quienes él pensionaba, y que había sacado de la clase plebeya para tenerlos absolutamente sujetos á su voluntad. Como no alcanzaba ni á la menor noción del mérito, que es el que avalora á los hombres, ocupaba los puestos superiores é inferiores con parientes y deudos, favorecidos y paniaguados, y lo que restaba lo vendía en pública puja; siendo tal la idea que sobre el cohecho tenía, que lo consideraba cosa lícita, si no legal. Un escritor político de aquella edad escribía sobre el asunto: — «Las leyes que vedan el cohecho están escritas sobre el papel, y la costumbre de cometerlo, con letras de oro en los corazones». En su tiempo comenzaron las dádivas á los ministros, y él la recibía á manos llenas. Con estas corruptelas vinieron las costumbres de insubordinación, la inmoralidad administrativa, la impunidad de las faltas y sus juicios, la quiebra de la justicia y del desconcierto de la autoridad. Así fueron, bajo tal rey y bajo tal ministro, tan mediocres las medidas de Estado y tan ínfimas las de gobernación.

El ministro de Felipe IV era un carácter muy distinto. Favoreció, del mismo modo que en el antecedente reinado, á su familia y á sus amigos; pero nadie dudó de su personal desinterés. En un principio el Conde-Duque de Olivares rehusó el nombre de valido. Pasado algún tiempo, acabó por admitirlo sin escrúpulo. Ciertamente era hombre de muy capaz inteligencia, de buen deseo y de noble ambición de servir á su patria; pero tenía otras cualidades que obscurecían estos rasgos de su talento. Cuando entró en relaciones con Don Felipe, siendo éste príncipe, no fué á éste muy simpático; después adquirió sobre el rey su grande ascendiente. Veía poco al rey, y

como era incansable en los negocios, servíanle de disculpa las ocupaciones de su cargo; pero en esto más que un servicio llenaba una ambición insaciable. Sólo á la ambición y á la lisonja era accesible, sobre todo cuando la flexible condescendencia de los que le rodeaban ponía por las nubes sus paradojas sobre el grado de esplendor á que pensaba restituir la Monarquía. Del más ruin éxito se prendaba en extremo, y le hacía concebir esperanzas extraordinarias. Pecó de inoportuno, insoportablemente altanero y colérico hasta la ceguedad. No era posible, dice de él Cánovas del Castillo, que tal cual era dejara de imprimir una dirección errada á la política. Por esto en su tiempo acabó de aflojar la administración de justicia, de relajarse el gobierno político, y se dió pábulo á que creciesen los descontentos del poder, y á que de las inspiraciones de éstos, unos bajo la cobardía del anónimo, otros con la entereza de la propia responsabilidad, lanzasen contra el ministro y el Gobierno, y contra cosas más altas, sátiras que la habilidad disfrazó á veces, pero á través de cuyos disimulos, sin embargo, se descubría la notoria intención que encerraban.

La gran obra de la restauración interior de España, que con tan viva instancia la nación reclamaba; la mudanza de sistema político que pudo hacerse en aquella gran tregua que gozamos y en aquellas propicias coyunturas que se nos ofrecieron, eran para entendimientos más hondos que los de Felipe III y el duque de Lerma, y para cálculos más maduros é inteligencias menos arrogantes que las de Felipe IV y el Conde-Duque de Olivares. Por eso, ni aquéllos ni éstos supieron aprovecharse de las facilidades que para todo nos trajo la tan insistentemente brindada amistad y parentesco de Inglaterra. Su repulsa fué la gran falta de aquella edad.

Sería necio suponer que en los propósitos del rey Jacobo no entraban en los pretendidos consorcios miras de propio interés, fuera de los que se aparentaban. Ninguna nación se rinde á las ventajas de otra sin procurar las suyas. El conde Leveneux de Tillières dice terminantemente: «Aunque el matri-

monio con España no se verifique, desconfío de que el rey de Inglaterra vuelva la vista hacia nosotros (Francia). El principal objeto por el cual se dice que desea este matrimonio, es sin duda por oponer la religión católica á la puritana y vivir seguro entre las dos. Si se descompusieran sus tratos con España, creo que buscaría una hugonota para su hijo y se declararía del lado de los puritanos, porque aun cuando, por razón de Estado, los odia, ama su religión. Él no entiende que Francia le preste en la balanza el contrapeso que espera hallar de parte de España».

Algo de esta opinión refleja el condestable de Castilla, que de su *Representación de su embajada en 1604* dió al rey Felipe III. En Inglaterra, al advenimiento de Jacobo I á la herencia de la reina Isabel, el partido católico era crecidísimo, aunque no estaba todo declarado. Militaban en él, en primer lugar, los católicos llamados *recusantes*. No consentían éstos bajo ningún concepto jurar al rey, como cabeza de la Iglesia, ni asistían á los templos ni á las ceremonias eclesiásticas de los reformados. Estaban sujetos á una multa mensual de veinte libras, y á un año de cárcel si no la pagaban, y perdían, además, dos partes de sus bienes estables y todos los muebles. No había ultraje que públicamente no se les infiriese, ni humillación ni crueldad de que no fueran objeto. Poblaban constantemente los calabozos y los patíbulos, y hasta los jueces, guardadores del derecho civil, los condenaban á la última pena sin proceso. Tanto por este temor cuanto por el cebo de obtener dignidades, bienes y sueldos del rey, que á éstos estaban prohibidos, otra clase de católicos tibios prestaban el *oath of allegiance*. Los había, por último, demasiado temerosos que guardaban su fe en el secreto, y abundaban extraordinariamente los llamados *católicos de corazón*, pero que descubiertamente profesaban una de las dos sectas heréticas por conservar la posesión de los bienes eclesiásticos que habían adquirido; «fortísimo lazo, dice el condestable de Castilla, en que la mayor parte de la nobleza y de los ministros se encontraban en-

vueltos por trazas de Enrique VIII y de su hija Isabel, que para traerlos y prenderlos en su secta les repartieron los bienes que habían secuestrado á la Iglesia».

Frente de éstos se levantaban en Inglaterra otros dos grandes grupos: uno de protestantes que, aunque reformados, seguían las doctrinas de Lutero, y otro de puritanos, adeptos á las de Calvino. Los primeros eran en número muy inferior á los segundos, pero no en calidad. Profesaba el rey Jacobo su credo religioso, aunque en su juventud fué educado en la secta de los calvinistas; y á semejanza del monarca, formaba su Iglesia gran parte de la nobleza pensionada, los ministros y lo que hoy llamaríamos la burocracia. Para dirimir las contiendas entre unos y otros, antes de cumplirse el primer año de su reinado en Inglaterra, presumiendo de teólogo, presidió el rey, en Hampton Court, una asamblea de obispos y puritanos. Halló á los primeros firmes en sostener los principios de aquella autoridad, de que él se pagaba tanto, mientras que los otros abogaban más por los derechos del pueblo, cuya soberanía era para él una irrisión; y como opinaba y defendía á menudo que «sin obispos no hay reyes», se decidió por los anglicanos, enajenándose desde este momento el afecto del partido popular y revolucionario, que tantas deferencias había merecido al reinado de Isabel.

Contaba este partido con poderosos auxiliares exteriores en Holanda, en los países escandinavos y entre los herejes de Alemania. Temía Jacobo que en momentos de trastornos se pudieran sobreponer al partido de la corte y al oprimido catolicismo, y para buscar su seguridad en aquel contrapeso de que el conde Leveur de Tillières habla, insistía en la amistad de España, que ya había buscado para obtener la herencia de Inglaterra, y cuya influencia moral, bajo el solo aspecto de su alianza con la Gran Bretaña, bastaba, en su juicio, para contener al partido que treinta años más tarde decapitó á su hijo. Este era ciertamente el pensamiento político del rey Jacobo respecto de los matrimonios con España. Pero ¿tan desacerta-

dos hubiéramos andado nosotros en favorecerlo en ellos? No llegaron á hacerse aquellos enlaces; pero sólo con estar en negociación cerca de veinte años, viéronse los efectos probables de la alianza anglo-española: en Inglaterra, porque durante ese tiempo los puritanos estuvieron contenidos, aunque haciendo sorda guerra á estos conciertos; en España, porque faltando á sus enemigos del centro de Europa el auxilio inglés, ni á moverse se atrevieron en estériles tentativas. Todos los conciertos contra nosotros durante este tiempo no pasaron de proyectos diplomáticos para entretenimiento de los Gabinetes.

¿Y quién duda tampoco de que aquella amistad nos hubiera sido fructuosísima bajo el punto de vista de los intereses materiales, cuyo atento cuidado era objeto de todas las solicitudes de la nación en sus representaciones multiplicadas á los dos Felipes? Bien puede decirse con Macchiavelo: «*Frà gli huomini ch 'aspirano à la medessema grandezza, si può fare parentado, mà non amonizitia*». Bien pueden referirse, como ejemplo de este apotegma político, las citas que á este propósito algunos oposicionistas recalcitrantes aducían acerca de la poca consistencia que en la Historia tuvieron los lazos de familia entre Escocia é Inglaterra, entre España y Francia, entre Francia y Saboya. Pero el caso fué que las leves experiencias que se practicaron nos dieron resultados infinitamente más favorables que nuestra unión con otras familias reales. Por esta razón el conde de Charley, también por los dos Felipes consultado sobre el asunto, decía: — «Los que hablan en la materia, ó son los ministros que la manejan, ó son aquellos que se oponen, como los potentados de Roma, Francia, Venecia, Florencia y Saboya, que desean desviarles para sus propios fines é intentos, ó los religiosos y doctos, llamados á llenar todos los puntos de dificultades y casos de conciencia. Pero en este negocio, de lo que se trata es del bien de la Monarquía de V. M. Todo el mundo es enemigo de V. M. por la dilatación de sus dominios. Luego esta alianza es provechosa. Venecia por Repú-

blica, Roma por emulación y codicia; Saboya por ambición y quejas, odian á V. M. y su poder. Tampoco es amiga Alemania por su rencor contra la casa de Austria, que impide que los demás pueblos prosperen; ni los holandeses, por su espíritu de independencia; ni Dinamarca y los Estados del Norte, por la codicia del comercio de Indias; ni Francia, que es el mayor émulo que tiene España. Luego por todo género de congruencias nos conviene la amistad con Inglaterra, por su dominio sobre el mar, por su parentesco con Dinamarca, Suecia y Noruega, por su influencia sobre Holanda, por su alianza con los potentados protestantes de Alemania y por su odio histórico contra la casa real de Francia, á la cual conviene dejar aislada en Europa. Si el rey de Inglaterra concede la libertad de conciencia en sus reinos por virtud del casamiento con España y de la alianza con V. M., no puede haber ni habrá mayor gloria con que V. M. pueda eternizarse. V. M. echará nuevos y seguros cimientos para que otra vez la antigua religión prevalezca en Inglaterra, y el rey Jacobo asegurará su persona y sus Estados de todos los movimientos extrínsecos é intrínsecos con refrenar la insolencia de las nuevas opiniones». Esta fué, en efecto, la obra que destruyó la malévola intriga de que aparecen como responsables ante el tribunal de la Historia estos dos reyes insensatos y estos dos inhábiles ministros, ante cuyos nombres España tiene que recordar, intensamente herida, toda la decadencia que media desde aquella fecha hasta nosotros. Optamos por la política fanática de Roma, por la política cesárea de Viena y por la política de los intereses de familia; se pasaron las treguas de los veinte años sin reparar nada, ni disponernos siquiera á la titánica lucha que se echó en seguida sobre nosotros, y las consecuencias fueron tan lamentables como se debió esperar.

Comenzaron á presagiarse en Madrid los funestos resultados del desaire hecho en 1623 á Inglaterra con el heredero de aquel naciente y poderoso imperio, apenas en Santander tomó rumbo para Bretaña el príncipe Carlos. También comenzaron

desde entonces las recriminaciones recíprocas. Se pretendió por los príncipes echar la culpa de lo pasado sobre los ministros. El de Gales culpaba al Conde-Duque de Olivares y Felipe IV á Buckingham, hasta el punto de haberse dicho en Madrid para que en Londres se oyera: «Si el Príncipe hubiese venido solo, no se hubiera ido sin la Infanta».

En otro orden de consideraciones, en Londres se pronunciaban quejas sobre que nuestras tropas hubiesen ocupado á Heidelberg y acometido á Frankenthal, plazas de la dote de lady Isabel, y que se hubiese excluído al Palatino de la dignidad Electoral: y en Madrid se respondía que los ingleses no guardaban la paz; que las conquistas de los portugueses eran perturbadas por sus naves; que sus corsarios frecuentaban la Virginia y se ligaban con el persa en Ormutz; que los bajeles de Dunquerque no hallaban fiel abrigo en las costas británicas; que no se permitía á los españoles comerciar en sus puntos y que suministraban al holandés contrabando de guerra. A pesar de todo, Felipe IV hacía comunicar á Jacobo I, por medio de Hinojosa y Coloma, que tomaría las armas contra los enemigos que impidieran el cumplimiento de lo pactado, y Jacobo I culpaba á Buckingham y Cottington de poner la mira en hacerle irreconciliable con España por medio de un rompimiento, lo que no había de ser en sus días. Todo esto sucedía á la vez que en París y en Bruselas se susurraba que Buckingham andaba en tratos con los holandeses, y que Olivares recibía cada vez con mayor intimidad al Conde de Khevenhüller, embajador de Alemania en Madrid.

Pocos días antes de la ruptura, pero cuando ya Felipe IV hacía muchas instancias en lo del matrimonio, y á Bristol se le había mandado que suspendiese los esponsales, los embajadores de España en Londres recibieron una prueba de consideración, que hacía suponer la mejor amistad entre las dos cortes. Buckingham, en efecto, festejó á los representantes de Felipe IV y de la infanta Isabel en Londres con un gran banquete, al que asistieron el rey Jacobo y el príncipe Carlos.

Con mucho amor se brindó por el rey de España, por la infanta María, *princesa de Gales*, y recíprocamente por el rey de Inglaterra y su hijo. Pero luego se divulgó por todo Londres, en son de crítica contra el monarca español, que mientras los embajadores del rey de España comieron con el de Inglaterra, el hijo de éste no comió nunca en Madrid con Felipe IV. Se dijo, además, que el festín se hizo en casa de Buckingham, más bien que por reconciliarle con los españoles, porque quedase la duda acerca de los que se consideraran favorecidos con aquel banquete: el valido, por la honra de que el rey visitase su morada; y los embajadores, por el obsequio admitido. Coincidían estos hechos con los mensajes de Felipe IV dando cuenta de la llegada de las dispensas matrimoniales á Madrid; pero entonces se le respondió que de aquello no podría tratarse sin que antes se hubiera resuelto lo de la devolución del Palatino. Y como el rey Felipe diera sus disculpas, se le contestó lisa y llanamente por el embajador en Madrid lo siguiente: «que habiendo el rey, mi señor, hallado en la respuesta de V. M. algunos puntos dudosos y de tanta importancia, y habiendo V. M. ofrecido que haciendo el príncipe Palatino las sumisiones debidas se le haría una completa restitución, el rey, mi señor, ha mandado aviso de disolver los tratados, así del casamiento como del Palatinado, en conformidad con el Consejo en pleno de todo su reino». El mismo año se hicieron preparativos por el Duque de Medina Sidonia, bajo el temor de una segunda invasión marítima inglesa en Cádiz.

Más serios temores, sin embargo, debían tener nuestros gobernantes. Salieron papeles nuevos de políticos y arbitristas al presentir el resultado funesto que no podía menos de traer la temeridad con que se había obrado. Se recordó en ellos que el tener á Inglaterra como enemiga era para nosotros causa de muchas desdichas nacionales, y que desde la alianza de Enrique VIII con Francisco I de Francia, y ambos con el turco y con los herejes de Alemania, la Europa no había tenido paz, y que en aquella serie de guerras que parecían interminables,

las fuerzas de España, que tuvieron que acudir á la defensa de Holanda y Zelanda, junto con la falta de comercios, arruinaron á España. Otros políticos por el resto de Europa difundían la noticia de que España sólo era poderosa en los Países Bajos por los grandes ejércitos que allí había ido reuniendo y disciplinando desde los tiempos de Carlos V.

Los designios de Enrique IV contra la Casa de Austria volvieron á prevalecer, consiguiendo que hasta Jacobo I, próximo ya al sepulcro, entrara en aquella gran conflagración de Alemania, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Saboya, Venecia y los príncipes protestantes de Alemania para la libertad de Italia, la Valtelina y el Palatinado, contra el emperador Fernando y el rey de España. ¿Necesitamos recordar los resultados de aquella conflagración?

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

LIBRO PRIMERO

SEVILLA

Naturae gaudentis et lascivia opus.

LUDOVICUS NONNIUS

Existe una inclinación general, más ó menos viva, según el temperamento de los individuos, que nos lleva á desear conocer las circunstancias que rodearon, sobre todo en sus comienzos, á aquellas personas que dejan tras sí una profunda impresión, ya por haber creado algo imperecedero para un pueblo ó para la humanidad entera, ya por haber sido favoritos de la fortuna, ya, en fin, simplemente porque los hayamos amado. Preguntamos dónde nacieron, cuáles fueron las montañas cuyo aire meció su cuna; visitamos su tumba, indagamos cuáles fueron sus mentores, maestros y compañeros. Tal inclinación se satisface en las biografías, especialmente de los hombres cuyo radio de influencia se extiende por el reino de la fantasía.

Pero este anhelo, fundado en una sencilla ley psicológica, es cosa harto distinta del problema científico que estudia al hombre y sus obras por el conocimiento de su época y las relaciones recíprocas de estos dos elementos. El lugar á que la

suerte nos condujo, el árbol que nos dió su sombra, el canto de los pájaros, el humo del hogar, se graban indeleblemente en la memoria, y tales pormenores triviales, testimonios de nuestro pasado, evocan antiguos estados de alma. De aquí que propendamos á exagerar el valor del influjo del ambiente. Pero el ambiente no forma al hombre; sólo influye en unión del talento, de la suerte y de la voluntad. Nada son sin ésta los otros dos factores. La voluntad puede equilibrar en parte el disfavor de aquéllos.

La aparición de Velázquez está para nosotros estrechamente unida al cuadro histórico de la Corte española y de su capital, Madrid, en los últimos tiempos de la dinastía austriaca. El rey Felipe le tuvo por espacio de cuarenta años á su lado como artista favorito, haciéndole vivir en su palacio como en su casa. La tarea de toda su vida fué pintar la casa de su señor y su corte. Pero su cuna no fué Castilla: era sevillano; un español del Mediodía de sangre portuguesa. Vivió en Andalucía hasta el momento en que empezó á conocer la vida y á sí mismo, así como el fin para que estaba destinado.

*
* *

Para reconstruir la Sevilla de sus primeros días, no basta rastrear en sus archivos: es preciso buscar intuiciones en sus ruinas; todavía se mantiene en pie el minarete del nebuloso arquitecto Gever, el Patio de Naranjeros de la mezquita, con la *Puerta del Perdón*, el alcázar de Don Pedro con su jardín, hasta hoy palacio real, como el Palatino en tiempo de los Otones, y la catedral, concluída por su cabildo durante una sede vacante, según la tradición, en una especie de transporte babilónico. «Dejadnos edificar una iglesia tan grande, que la posteridad nos tome por locos» (1). Esta leyenda retrata el carácter andaluz y el humor español. Es un edificio sin arquitecto ni constructor: obra de muchas generaciones de

(1) A. Ponz: *Viaje en España*, IX, 3.

canónigos, deanes y arzobispos, y de colonias enteras de artistas nacionales y extranjeros.

Sevilla era mucho antes de Colón la más florida y hermosa ciudad de la Monarquía; «la excepción de los tiempos, envidia de las ciudades» (1). Navagero la encuentra más parecida que ninguna otra del reino á las ciudades italianas. «Sevilla, escribe Florentino Serrano, es la capital de la mejor provincia española y la más rica ciudad de España por su comercio» (7 de Febrero de 1637).

Sevilla se enorgullecía de su riqueza, de su devoción, de la elegancia de sus viviendas, de sus grandes obras de misericordia, de la hermosura de sus mujeres y de la valentía de sus nobles. No siempre fué Sevilla una Sybaris. Por largo tiempo conservó el espíritu que con la Reconquista trajeron los pueblos del alto Norte. Contémplanse en la Universidad las tumbas de Rivera y Ponce de León; allí duerme su pétreo sueño el fundador Per Afán de Rivera, muerto en 1423, á los ciento cinco años de edad, que, según reza la inscripción, «consumió su vida al servicio de Dios y de cinco reyes», y su hijo Diego Gómez, que, como su padre, «consagró su vida entera á guerrear con los moros».

Sevilla fué una ciudad de comercio universal. «Sería tan gran milagro, dice Alarcón, encontrar en Madrid una mujer que no mendigue, como en Sevilla un caballero sin ramo de mercader» (2). Hubo tiempos en los que subían por el Guadalquivir buques de cuatrocientas y quinientas toneladas, á descargar en el muelle de la Torre del Oro. La marea se interna dos leguas en Sevilla (!). Su comercio proveía al Norte de aceite, vino, limones y naranjas; á Castilla de tejidos de oro, bro-

(1) Alarcón: *Ganar amigos*, I.

(2) Es segunda maravilla
un caballero en Sevilla
sin ramo de mercader.

Alarcón: *El semejante á si mismo.*

cado y raso; la industria de sedas ocupa todavía á millares de obreros (1).

De este modo, en el curso del siglo XVI, la riqueza creció con desusada rapidez, siendo la ciudad la única gran puerta del tráfico con el Nuevo Mundo, y los galeones entraban y salían allí como más tarde en Sanlúcar y Cádiz. Allí fueron pintados los estandartes y banderas que pasearon el escudo español por todos los mares. La casa de contratación ejercía jurisdicción sobre el tráfico colonial, y sus mercaderes monopolizaban el comercio marítimo. Dominaba á las antiguas ciudades mercantiles del Mediterráneo, y aun las del Norte, cuyos mercaderes llevaban sus géneros á aquel depósito general de la Península, entonces señora del mundo. «Sevilla, dice Tomás Mercado, es la capital de los comerciantes del mundo entero; poco hace que Andalucía era el fin del mundo: hoy es su centro» (2). Los arbitrios y aduanas, el valor de la propiedad y la población crecieron rápidamente. Este comercio atrajo nuevas capas de población. Había ya tres distintas clases bien caracterizadas: los naturales, descendientes de colonizadores, y el resto de los antiguos habitantes, nobles y plebeyos, prudentes y arrojados, hacendados, rentistas y artesanos, los cuales no habían salido nunca del país. Los negociantes extranjeros, de los cuales todavía queda el recuerdo de sus colonias en el nombre de algunas calles, alemanes, flamencos, franceses é italianos. Por último, los desocupados, fracassas y tahures, de entre los cuales se hacían levas de vez en cuando para guerrear con los moros. Apenas había sitio para tanta gente. «Vivían hasta en el río, como en China.»

Siguióse una rápida transformación de la vida y aspecto de la ciudad. «Los tesoros de Indias, dice Zúñiga (3), atrajeron

(1) *Descripciones de viajes*, de Diego Cuelbis, de Leipzig, 1899. Manuscrito del Museo Británico. Todavía en 1677 tenía Sevilla 405 telares de seda.

(2) Weiss: *L'Espagne*, I, 24.

(3) Zúñiga: *Anales de Sevilla*, hacia el año 1564 y 1599.

el comercio de todos los pueblos, y con exceso, todo lo que de más precioso existe en el arte y en la naturaleza.» Justamente el reinado de Felipe III (juventud de Velázquez) es señalado por los cronistas como la época de esta transformación. Era el tiempo de las grandes fundaciones y de la marea creciente del espíritu emprendedor. «Pronto, dice, empezó á surgir en todos los órdenes un mundo diferente. Eran los días de Alcyón.»

El reino vió en Sevilla, de donde, como dice Lope, «llegaba dos veces todos los años el único sostén de España» (1), su general *socorro*, la esperanza de sus ciudades (2). Ella proporcionaba, en el siglo XVII, las dos terceras partes del haber efectivo de la Península (3). «La llegada de los galeones, dice Zúñiga, tenía en espectación á las naciones de Europa, que ahora, por desgracia, no se preocupa ni de España ni de Sevilla, adonde llega mucho y queda poco» (4).

«Pero este oro, dice Pedro Medina, era la recompensa de la verdadera fe, á la manera como el Señor proveyó á Salomón de oro y plata para la edificación del templo, ó sea para atraer á los incrédulos al seno de la Iglesia» (5). Iglesia y bolsa eran entonces muy cercanos vecinos. Antes de que se construyera la Lonja, se reunían los comerciantes en la plaza en un sitio elevado con gradas cerca de la catedral. Allí mismo, en la calle, se celebraban las subastas: objetos de plata, esclavos, tejidos, guardajoyas, cuadros; como en otro tiempo en el templo de Libitina, dice Rodrigo Caro. El Instituto de Beneficencia era el más grande palacio de la ciudad, el Hospital de la Sangre, fundado por doña Catalina de Rivera y su hijo D. Fadrique.

(1) Lope: *El peregrino en su patria*. Obras sueltas, V, 320.

(2) Jornada que S. M. hizo á la Andalucía en 1624.

(3) Desp. de Venecia. Enviado Basadonna, 15 de Mayo de 1649. Frari-Archiv.

(4) Zúñiga: 1579-1587. Las pistolas españolas sólo se hallaban en el extranjero. Se comparaba á España con el asno de Arcadia, que lleva el oro y come cardos.

(5) D. Pedro de Medina: *Grandezas y cosas notables de España*, 1548, pág. 51 y sigs.

Esta casa había invertido 50.000 ducados en fundaciones de obras pías.

También era Sevilla muy católica ciudad. Desde la Reconquista, transformó sus palacios árabes en claustros (1). «Su más grande prerrogativa es la devoción de la Reina de los Ángeles, aquella fe innata en la Inmaculada Concepción que inició este dogma». Sevilla posee tres colosales cuadros de la Virgen de la Edad Media, atribuídos aún hoy por los técnicos, cuya fe es mayor que su ciencia arqueológica, á los primeros tiempos del Cristianismo. Ninguna otra ciudad católica puede jactarse de poseer los cuadros que ella posee.

A pesar de todo esto y de la poesía y humanismo italiano que entonces privaba, guardaba Sevilla un fondo oriental que aún hoy conserva. Sus *patios* pavimentados de mármol, animados por fuentes y pirámides de flores de fragantes aromas, parecen á los septentrionales que se aventuran en el estrecho laberinto de sus callejas y que miran por los abiertos zaguanes, un trasunto de los cuentos de hadas orientales. Todavía se oyen las melodías populares, las melancólicas canciones y danzas árabes, que no han desaparecido de las iglesias por completo. Estas fiestas, mascaradas y procesiones trasladaban al extranjero á los países de Oriente. *All' uso antico moresco del paese* (2). En las habitaciones que rodean estos patios había armarios de marquetería de cedro y palo santo, ébano y marfil, concha y metales preciosos, finos trabajos indios de Goa; vasos chinescos de esmalte y pájaros tropicales de magníficos colores. En las paredes se ostentan azulejos con reflejos metálicos; tapices flamencos y mejicanos, tapetes de cuero cordobés cuelgan de los muros, y cubren el suelo tapices de Persia. Ha tiempo comenzó su peregrinación á las subastas de París y Londres, y los Museos de los bárbaros se han llenado de ta-

(1) Por ejemplo: el palacio del Bab Ragel en San Clemente. *Museo Español*, IV, 198.

(2) Así encontraba Zane también la comitiva de la corte á la iglesia de Atocha con motivo del nacimiento del príncipe, 1657 (28 Noviembre).

les magnificencias cada vez más escasas. También los templos cristianos eran en el siglo XVI una mezcla de mezquita é iglesia. Al lado de atrios góticos y coros poligonales elévanse campanarios muzárabes; arcos cruzados alternan con techos artesonados. Luis de León evoca todo este encantador aparato del arte *mudéjar*, tan opuesto á sus ascéticos sentimientos:

El dorado techo...
del sabio Moro, en jaspes sustentado.

Pero la Casa de Pilatos, de Fadrique Enríquez de Rivera (1533), unía este estilo morisco con reminiscencias religiosas del Cristianismo. Sobre las formas arábigas y góticas aparecía el Renacimiento italiano, al cual, no obstante, no había opuesto resistencia el espíritu local; embriagábase en fantásticas figuras y ornamentaciones. En efecto: dominaba entonces el severo y sobrio estilo *cinquecentista* de Herrera, en el cual fué edificado el templo de Mercurio. Sólo se veía entonces por los ojos de un Vignola, y se desdeñaban las creaciones de quinientos años atrás.

Lope admiraba el moderno monumento de Semana Santa como lo más notable de Sevilla (1). Sin embargo, las obras difundidas de los tiempos anteriores extendían sobre la ciudad un poético claro-obscuro aun á los ojos de estos hombres modernos. «Menfis castellana» la llamó Tirso de Molina (2); y no era que se hubiese agotado la fuerza creadora; la ciudad reservaba todavía á España un valioso presente: su escuela de pintura.

Sevilla era también una ciudad alegre: *regocijadísima* y *vistosa* la llama en su diario de viaje Felipe IV (1624). Estaban entonces la campiña y las riberas del río más ricamente adornadas que hoy con los jardines. Navagero la encuentra

(1) Modelado probablemente en el año 1559: *máquina tan rara del monumento, la mayor del cielo*, llama á esta fría obra.

(2) Tirso de Molina: *No hay peor sordo...*, III (1625).

todavía poco poblada, y dice que dentro de los muros había muchos jardines. Este veneciano se entusiasma ante los parques con sus espesos bosques de cedros, naranjos y mirtos, y especialmente ante lós paradisiacos de la Cartuja (1) y de San Jerónimo de Buenavista. Estos debían más á la Naturaleza que al cultivo. Prolongábanse muy adentro del campo *(el compás de Sevilla)*. Desde un cerro del Oeste *(montañeta)* se ofrece, en donde empieza el Aljarafe, una perspectiva que, según Rodrigo Caro, «debía producir la desesperación de los más diestros pintores». Si se les nombra á los lectores de comedias españolas la Alameda de Hércules ó las barcas y la ribera, en la cual el hijo de Colón plantó arboledas, ó el jardín del Alcázar (el más delicioso paraje español le llama el citado italiano), se vivifican tales sitios con escenas de aventuras románticas. Pues, Sevilla—dice Calderón—«es lugar donde cada noche salen cuentos nuevos» (2). Allí vivió y de allí fué llevado por el diablo Don Juan Tenorio, el *Burlador de Sevilla*. Madre del huérfano y manto de pecadores la llama Mateo Alemán (3). Las verdes salas del Alcázar son para el poeta del *Burlador* escuela del amor; estaban muy cercanas á la Bolsa. Aquí dejan de ser fábulas los jardines de Admeto y Alkinous; son la bolsa de las mujeres (4). Para lanzarse de la devoción á la alegría de vivir, no hay más que pasar el puente de Triana, «en el cual se dan la mano las dos partes de la ciudad». A ambas orillas había grandes y pequeñas embarcaciones. Triana era la ciudad de los extranjeros, de las casas de juego y las posadas, donde se daban constantemente cita muchos y principales huéspedes, que departían tranquilamente

(1) *Buen grado hanno i Frati que vivono li a montar di lí al Paradiso*. Navagero.

(2) Calderón: *El médico de su honra*, II. Lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otra ninguna. *Don Quijote*, I, 14.

(3) *Guzmán de Alfarache*, I, 1, 2.

(4) Tirso: *El amor médico*, I.

sin ser molestados por la policía ni por el vecindario (1).

Era el lugar favorito para las jiras de las sevillanas, al cual iban conducidas en barcazas gobernadas por marineros de multicoloros trajes. Allí estaban las tiendas de los alfareros y vidrieros, de donde salía el brillo metálico de aquella cerámica que coronaba las iglesias y palacios de España y de Portugal.

A veces, la sombra de la muerte se cernió sobre la ciudad como al principio del siglo, y en su mitad cuando la peste desoló la población. En 1649 cuenta el enviado de Módena, que á causa del terror de la epidemia contrajeron en un día matrimonio 7.000 personas que vivían *amancebadas* (2). Cuando Felipe III salió en 1619 para Lisboa con su corte, zarpó un buque con cuarenta cortesanas «ricamente vestidas y llenas de joyas» para unirse á la corte; fueron apresados por los corsarios y llevados á Berbería (3).

Pero al lado de estos azotes del cielo, también Moloch exigió su ofrenda. La propagación de les enfermizos extravíos del sentimiento religioso desarrolló los sucesos de 1623, en que 10.000 personas fueron presas por herejes, *alumbrados*, de las cuales la Inquisición, espantada por el número, sólo quemó siete jefes de complot y una mujer, escapando los demás con vida (4).

POETAS

Desde la mitad del siglo XVI empezó á dominar en la alta sociedad de Sevilla la cultura italiana. Después que Antonio de Lebrija (1444-1532) hubo fundado los estudios de latinidad en Andalucía, se desarrolló á consecuencia del estudio de los poetas y escritores italianos un nuevo mundo de senti-

(1) Diego Cuelbis: Se pagaba por un cuarto un ducado ó 12 reales en moneda.

(2) Despachos de Módena, 15 Junio 1649.

(3) Despachos venecianos. 28 Junio 1619.

(4) Khevenhiller: *Annales Ferd.*, X, 330.

mientos y formas literarias dentro de la inquebrantable tradición católica. Como siempre, se despreciaron algunas anteriores creaciones españolas, aun las que hoy representan para nosotros el único encanto de Sevilla. Sumergiéndose en los recuerdos de la antigua Roma, se derramaron poéticas lágrimas sobre su decadencia. Rodrigo Caro (de Utrera, 1573-1647), el historiador de Sevilla y sus *varones ilustres*, latinista, epigráfico, es el autor de una oda *Á las ruinas de Itálica* (antigua Sevilla), de la cual Rioja no es más que refundidor. Pasaban melancólicamente ante el silencio sepulcral del ruinoso anfiteatro, soñando con los aplausos ruidosos del «gran pueblo» que premiaba las hazañas de los gladiadores. «Lloraron sobre las orgullosas estatuas que la brutal Némesis derribó.» Pedro Guines compuso un soneto sobre este asunto, y Juan de Arguijo cantó las ruinas de Cartago, Troya, y la muerte de Cicerón.

El celebradísimo poeta sevillano Hernando de Herrera *el Divino* (1534 1537) siguió del todo las nuevas sendas de Boscan y Garcilaso, este último, en su concepto, el más grande poeta español, fuera del cual, según Lomas de Cantoral (1578), España no había tenido un poeta digno de tal nombre. Según Pacheco, Herrera fué el primero que elevó el idioma á su apogeo. El beneficiado de San Andrés halló también su musa en D.ª Leonor de Milán, condesa de Gelvez, «la cual, en consideración á tan sublime poeta, le permitió estos homenajes con el consentimiento de su esposo». Para él era el soneto la más hermosa forma poética, tanto de la lengua española como de la italiana.

¡Qué títulos! *Gigantomaquia* (Herrera), *Hércules, Psiquis* doce libros en *rima suelta*. Muerte de Orfeo en octavas (ésta de Malara), el mismo asunto de Jáuregui. En aquel Hércules de cuarenta y ocho cantos en octavas, dedicado á D. Carlos, «reunió todas las excelencias que encontró en los poetas griegos y romanos».

Pedro de Mejía (1555), que en otro tiempo esgrimió en Salamanca su temible espada, que sirvió de cronista de Carlos V

en Augsburg (1448) y que sostuvo con Luis Vives una correspondencia en latín, escribió después, cuando durante largos años, aquejado por dolores de cabeza, no podía salir de su casa, reducido á dormir cuatro horas, uno de aquellos compendios-misceláneas tan en boga entonces, sacado en su mayor parte de los antiguos, á la manera de Macrobius: *Silva de varia lección*, que fué traducida á muchas lenguas, y que en el siglo siguiente andaba en manos de todo el mundo. Pacheco reconoce en sus versos *(agudeza* y *dulzura)*.

El más ingenioso entendimiento era el de Baltasar de Alcázar († 1606), el admirador de Marcial, y Horacio (el Marcial español). Pacheco confiesa que era un Boswell español; anotaba todas sus observaciones en sus visitas. Una vez dijo Baltasar: «Yo quisiera que fueses mi esclavo». Nos sorprende hasta con atrevidas canciones báquicas, que también escribía. «Era ingenioso con pocas palabras, y con un solo vocablo hacía sabroso el plato más insípido, excitando el paladar con aparente negligencia. Las sencillas cadencias de sus versos cautivan los oídos.»

También estos sabios poetas escribieron para el teatro. Lope de Rueda (desde 1544), platero de Sevilla, había fundado el teatro popular. Dos grandes teatros se construyeron al principio del siglo XVII: uno de madera y otro de mármol. Aquel Juan de Malara, el Menandro bético († 1571), con Francisco de Medina († 1615), profesor de griego y latín, primero en la calle de Catalanes, después en la Alameda, llamada entonces Laguna, escribió gran número de comedias y tragedias sobre asuntos sagrados y profanos «con maravillosos ejemplos y observaciones, llenos de apotegmas, odas y elegías en lengua latina y española». Escribió en Madrid (1566) por orden de Felipe II unos versos sobre los cuatro cuadros del Ticiano (*Furias*) que había en palacio. Sus comedias no fueron conservadas, como tampoco las de Gutiérrez de Cetina en prosa y verso († 1560). Según Pacheco, su comedia *La bondad divina* fué puesta en escena con extraordinario aparato. Comba-

tió en Italia y en Flandes, estuvo en Túnez con Carlos V y con su hermano, uno de los conquistadores, en Méjico. Pero no sólo trajo de Italia heridas y oro, sino—como dice Herrera—«la hermosura y la gracia italiana; en gracia, ternura y ardor no le puede negar nadie un sitio entre los primeros». Lo confirman algunos encantadores madrigales cortos, imitaciones de Garcilaso. Más felices fueron las comedias de Juan de la Cueva, que se conservan.

Sin embargo, la pedantería en estos autores sólo se manifiesta en su aparato mitológico clásico. Se escribían canciones en las cuales llamábanse Damón y Vandalio; pero en su vida y maneras no se ve nada de la característica de los humanistas. Hombres formados por sí mismos, que lanzados en medio del torrente de la vida sabían combatir, mandar, navegar, rezar, macerarse, negociar; nada groseramente sensual, nada pedante se encuentra en ellos. La descripción de Herrera hecha por Pacheco nos muestra el anverso del carácter de los literatos italianos y alemanes (1). «O liaba la lisonja, y no aceptó los regalos de los poderosos; antes bien, evitó su compañía cuando trataban de obsequiarle; no bebió nunca vino; rehuía la murmuración y evitaba los lugares en que ésta se cultivaba; se ofendía si le llamaban poeta, si bien limaba sus obras y pedía el consejo de sus amigos, á los cuales leía sus obras.» Murió inédito, y sin la piedad de Pacheco hubiéramos perdido sus obras.

Baltasar de Alcázar sirvió en las galeras de D. Alvaro Bazán y Cetina; «era tan amante del carcaj de Marte como de la lira de Apolo». La ciencia—dice Don Quijote, según el Marqués de Santillana (2)—no embota el fierro de la lanza ni face floxa el espada en la mano del caballero.

---

(1) Muchos de estos rasgos están sacados de la obra biográfica de Pacheco, el cual conocía personalmente á los más principales de estos hombres, y nos traslada al ambiente intelectual de la juventud de nuestro pintor.

(2) *Obras de D. Iñigo López de Mendoza*, por José Amador de los Ríos. Madrid, 1852, pág. 24.

Un ejemplo de tales hombres fué Argote de Molina (1584-1598), vástago de una raza de *Matamoros* que procedía de los conquistadores de Córdoba. Desde la edad de trece años ganó laureles en la defensa del Peñón de Vélez, en la rebelión de Granada, en las galeras españolas y, finalmente, en la guerra de Navarra al frente de un escuadrón de caballería sevillana; en su casa se iba formando, al lado de la sala de armas y caballerizas, un museo donde había depositados tesoros literarios de la España medioeval, reunidos en sus viajes: el conde Lucanor, el libro de caza de Alfonso XI, los viajes del gran Tamerlán. Empezó una historia de la nobleza andaluza. Su testimonio es suficiente para certificar un hecho. Su cámara estaba adornada con objetos de mitología y con retratos de hombres célebres, para los cuales había conseguido la cooperación de Sánchez Coello. Felipe II le hizo en ella una visita confidencial.

También tuvieron estos humanistas tiempo para ocuparse en historia patria y de familia, y colecciones de proverbios, y hasta homenajes, glosas y coplas. Herrera encuentra acentos que penetran el alma en la oda á la batalla de Lepanto, en la pérdida de Don Sebastián de Portugal y sobre San Fernando; Medrano, en el soneto sobre la abdicación de Carlos V. Aparecen inspirados en los salmos y en la poesía de los profetas, como también el más grande lírico español, Luis de León, bebió en estas fuentes.

No hay huellas de indiferencia ú hostilidad contra el instituto eclesiástico. El arzobispo de Castro († 1600), un príncipe de la Iglesia, de severísimos principios, aparece como Mecenas de pintores y poetas: el latinista y admirador de la antigüedad maestro Francisco de Medina era su secretario; Rodrigo Caro, su familiar; y á Herrera le ofreció en vano dignidades y prebendas. El músico Guerrera, el pintor Pablo Céspedes de Córdoba y el licenciado Francisco Pacheco, su tío, el mejor latinista poeta de Sevilla, eran huéspedes bienquistos en el palacio arzobispal y en su mesa.

En la capital andaluza estaban representados en su mayor parte, entre los teólogos, los oradores sagrados. Pacheco retrata á diez celebridades, entre ellas un Demóstenes cristiano, el carmelita Juan de Espinosa, el cual durante cuarenta años fué el predicador de los sabios y de los sacerdotes.

A Fernando de Santiago llamó Felipe II *pico de oro*; cuando le predicó en su última enfermedad le dijo: «Nunca he tenido como consuelo á mis tormentos una hora de tanto placer y sosiego». También predicó ante Felipe IV. El prior de los Agustinos, Pedro de Valderrama, repartía sus catorce horas de trabajo entre estudios, sermones, gobiernos y edificaciones. Sin medios, emprendió y dirigió la construcción de grandes conventos en Málaga, Granada y Sevilla; «quiso construir una casa para Dios, para que Dios le diera otra en el cielo».

También encontramos entre tanto asceta y predicador un profundo sabio. Benito Arias Montano (nacido en 1498), *maestro de erudición sagrada* en el Escorial, que hablaba once lenguas muertas y vivas, éstas con puro acento. Felipe II le sacó á menudo de sus ocios de sabio y asceta en la Peña de Aracena, aquella encantadora é inculta comarca (*cuya aspereza es amenísima)*, donde cultivaba sus flores; encargóle la traducción de la Biblia políglota *(Biblia regia)*, la cual se publicó en las oficinas de Palacio. Seis años consagró á esta traducción en Amberes, trabajando diariamente once horas. El hijo de Colón, Hernán Colón, tuvo la patriótica idea de dotar de una biblioteca á la ciudad y al cabildo, compuesta de 20.000 volúmenes, como legado perpetuo, la cual, á pesar de que no era rico, había reunido en sus viajes por toda Europa con este objeto (1526). El palacio sito en las inmediaciones del río tenía ornamentado su portal por trabajos genoveses (1).

En tales Museos se hablaba también sobre arte; los graba-

(1) De Antonio María de Abril. C. Justi. Una reliquia de Fernando Colón. *Anales de las reales colecciones de arte de Prusia.*

dos en cobre de las escuelas alemana é italiana eran perfectamente conocidos.

Francisco de Medina († 1615), que había estado en Italia, se construyó en los alrededores de la ciudad una ermita profana, donde, además de monedas y cuadros, reunió impresos raros y cosas notables de la antigüedad y de su tiempo. El pintor Pacheco decía de él: «No era un mero inteligente, pues nadie le superaba en la explicación y juicio de las obras de arte, en la elección de las mejores y más atinadas expresiones que encierra la lengua española; en esto era muy superior á los hablistas más elegantes de su tiempo *(cultos)*».

Ot pictura poesis. Cierto que los pintores tuvieron pocas ocasiones de pintar gigantomaquias y novelas de amor; pero se alejaron con más apartamiento que los poetas del dialecto vulgar, aceptando el idioma extraño. Según decía Hernán de Hoces (1), desde que Boscan y Garcilaso introdujeron las medidas toscanas en la lengua española, había caído en menosprecio todo lo escrito y traducido con anterioridad en las formas antiguas del verso español, de tal manera que pocos le creían ya digno de ser leído; así, pudieron hablar ya los artistas de moda y los espíritus ingeniosos del destierro de la barbarie gótica por los primeros viajeros de Roma (2); el mismo renacimiento de un Diego de Siloe le consideraban como época de transición.

Cervantes dijo de la traducción de la Aminta de Jáuregui, que por rara ventura se dudaba cuál era el original y cuál la traducción.

Tasso, decían, tuvo las poesías de Herrera debajo de su almohada para admirar en ellas la grandeza de nuestra lengua. Así ayudaron pintores españoles á los fresquistas italianos en Trinitá de Monti, en la secretaría y en el vestíbulo de la capi-

(1) Ticknor: *History of Spanish Literature*, I, 496 (1554).

(2) Estos dos singulares hombres (Berruguete y Becerra) desterraron la barbaridad que en España havia. Juan de Arphe.—*Varia conmesuración*, L. II.

lla Sixtina, y no se advirtió ninguna huella de su estilo nacional en su trabajo; algunos permanecieron siempre allí, como Ruviales.

Los cuadros del maestro del nuevo estilo en Sevilla están llenos de recuerdos y reminiscencias italianas. Así como Herrera exigía que se desterrara de la alta poesía las expresiones familiares, y á la vez el castellano de estos poetas se llenaba de expresiones, giros y construcciones italianas y latinas, así también desaparece el rico color local de la pintura de la Edad Media.

En vano se busca en los tipos populares motivos y tonos originales locales: estas obras pudieran igualmente haber sido pintadas en Utrecht ó en Florencia.

Sin embargo, en la juventud de Velázquez habían empezado ya á palidecer las estrellas del Parnaso italo-español. Un nuevo gusto nacional, aunque antiguo en el fondo, se enseñoreaba. En los días de Calderón ya estaban los sonetos fuera de moda. Pudo hablar de los casi borrados recuerdos de Boscan y Garcilaso (1).

LA EDAD MEDIA

Todavía habían caído más profundamente sepultados los recuerdos de los tiempos medioevales. Cuando leemos hoy que un joven de noble familia de entonces quiso consagrarse al arte y obtuvo el consentimiento de su padre, hemos de figurárnosle subyugado por aquellas magnificencias moriscas y góticas que aún dominaban de modo muy diferente que hoy la impresión monumental de la ciudad. Pero penetremos con nuestros anteojos históricos de largo alcance el estrecho sen-

(1) Que aunque hoy el dar un soneto
no está en uso, despertando
las ya dormidas memorias
de Boscan y Garcilaso.

(Calderón: *Antes que todo es mi dama*, I.)

tido de los tiempos anteriores, de pasajera memoria. Todo lo que hoy revivificamos con penetrante mirada en arrebatadora perspectiva, era mudo para los españoles del siglo XVII. Según Juan de Arfe (1585), los godos y vándalos rebajaron y elevaron á la vez el arte romano y sus *cresterías* y *maçonerías;* lo que entonces se llamaba *obra bárbara* se llama hoy *obra moderna*. El estilo morisco *mudéjar* ya se empezaba á nombrar. Los tiempos anteriores eran un caos enigmático sobre el que se alzaba un nuevo mundo, cuyos elementos y modelos habían sido traídos por los viajeros de Roma, del país de Paladio y Vignola, Buonarroti y Rafael. Cierto que los grandes edificios influyeron aun en donde había caído en olvido su gramática, con la misma fuerza de necesidad que las montañas y el mar (1).

El sabio Pablo de Céspedes trajo consigo de Roma (en 1577 volvió á ésta) sólo un interés arqueológico por el arte eclesiástico antiguo; él mismo lo dice. Ante Miguel Angel sólo había pavesas, de entre las cuales había de elevarse el fénix de nuestros tiempos (2). Aquél era el nuevo Prometeo, sólo comparable á Píndaro.

Antes habían figurado en primer término los holandeses con un ejército de artistas naturales y extranjeros, congregados para el adorno de la nueva catedral á orillas del Betis. ¿Qué cuadros son hoy comparables en luz y claridad á las vaporosas figuras de los largos bosques de columnas de las naves góticas? El fundador sevillano de una escuela de pintura, Juan Sánchez de Castro, parece influído por las agitadas ondas de

---

(1) Juan de Arfe reconoce firmeza en la pintura y precioso ornamento de las iglesias góticas,

> los quales se nos muestran hasta hoy día
> firmes, y de montea muy vistosos,
> con ornatos sutiles y graciosos.
>
> *Varia conmesuración*, L. II.

(2) Cean Bermúdez: *Diccionario*, V, 295.

los Van Eyck. Pero sus obras eran para Pacheco, el fiel conservador de viejas reminiscencias, sólo un recuerdo del arte infantil que representa al Arcángel Gabriel en manto de coro con las figuras de los Apóstoles y del Resucitado (1). Tradujo el relato sobre Juan van Eyck y su invento, y ha conservado también una rapsodia *(silva)* de Enrique Vaca de Alfaro sobre su retrato (1462).

Pero las obras de altar de sus sucesores, allí existentes, no le merecieron mención alguna, encontrando asimismo *abominable* todo lo creado hasta Miguel Angel.

«Lo que es feo, lo que carece de arte y vida (*brío*), lo llaman flamenco» (I, 51, 315). Aun Felipe II hizo reunir celosamente, durante las revueltas de Flandes, los tesoros de Roger y sus contemporáneos y adornó con ellos las principales habitaciones del Escorial; el nieto dejó quitar de los altares de la real capilla de Granada el tesoro de Menlinc y otros trípticos fundados por Isabel la Católica (2).

En los comienzos de aquel siglo vivió allí un pintor que los aficionados modernos han llegado á estimar como el más importante de toda la serie de restauradores del buen gusto. Alejo Fernández fué llamado en 1508 de Córdoba á Sevilla con su hermano Juan Fernández Alemán. Sus cuatro grandes tablas del retablo de la *Sacristía alta* quedaron como los más notables monumentos de la *manera alemana*, y aparece allí un Quentin Messys, andaluz. No se han visto después cabezas de tanta agudeza en el carácter y tan inexorable perfección al par que ruda honradez en el dibujo. Allí se hermanan tipos germánicos con tipos españoles y moriscos. Y en la iglesia de Santa Ana, de Triana, nos sorprende con una Madona de la Rosa, que en la soltura y suavidad de las líneas, en el tierno tono perlino del relieve de los ricos brocados, en el dulce

(1) *Arte de la Pintura*. Un Gabriel así vestido vi yo en una Anunciación, en la galería de D. Sebastián Fina y Calvo, en Sevilla.

(2) De la capilla de Granada. *Zeitschrift für christliche Kunst*, 1890, 203.

dejo de los tipos bizantinos, recuerda á los antiguos venecianos. En las ciudades andaluzas de Marchena y Écija, en olvidados retablos, se ven figuras de santas mujeres, las cuales en la gracia del movimiento y en la alta pureza y luminosidad del color se pueden colocar al lado de los más nobles *cuattrocentistas*.

Pero Pacheco, que por otra parte tanta indulgencia muestra para las nonadas piadosas, no conoce ni siquiera el nombre de Alejo, y Céspedes le cita sólo para añadir que su único mérito consiste en el dorado y pintura de cuadros religiosos.

Entonces había aún vida en el arte, porque había libertad y tendencia á la variedad. Del escultor Pedro Millán, el cual ejecutó las estatuas del cimborrio de la catedral (1), posee la capilla *del Pilar* la más notable estatua de la Virgen de aquel tiempo: una alta y seria española; su Niño Jesús es una de las más legítimas figuras infantiles entre los centenares de Niños de aquellos templos. Modeló también las figuras para la puerta ojival de Santa Paula, adornada al estilo de Robbia por un italiano.

Y en los prelados, apóstoles y santas mujeres del pórtico del Oeste de la catedral, despierta con su sinceridad y gracejo nuevas reminiscencias de las góticas del siglo XIII. Pero tal exuberancia de vida llegó á cansar. La unidad del sistema murió á manos del número y de la letra.

LOS ROMANISTAS

El renacimiento, ó como en aquel tiempo se decía en España, la *obra del romano*, aparece en Sevilla en la primera década del siglo XVI. Trabajaba entonces el florentino Miguel en el monumento del arzobispo Mendoza (1509). El pisano Niculoso Francisco modelaba florentinas Terracotas; y en el año

(1) *Pedro Millán*, por José Gestoso y Pérez. Sevilla, 1885.

1519 encargó D. Fadrique de Rivera en Génova los monumentos de sus antepasados, seguramente los más ricos modelos del estilo funeral lombardo, no sólo en España. Pero en la tercera década ya se ve aplicado el estilo *plateresco* ó grotesco por el español Diego de Riaño y sus compañeros con toda maestría y con sello característico.

Era el tiempo de la creación de aquellos edificios llenos de estatuas y de profusa ornamentación; de las casas consistoriales, de las grandes sacristías y de las reales capillas.

Sin embargo, hacia la primera mitad del siglo aparecen grupos de pintores educados en la más pura escuela italiana, hostiles á los decadentes rezagados de los tiempos góticos. Rómpese toda relación con la pasada época. Por entonces introdujéronse los jesuítas en Sevilla (1554).

Glorioso período al cual se volvía la mirada á fin de siglo, cuando ya la decadencia se dejaba sentir. En Castilla apuntó antes esta aurora. Alonso de Berruguete, que en el año 1520 había vuelto de Italia figurando en la corte del emperador, y Gaspar Becerra, son «los hombres extraordinarios que acabaron con la barbarie todavía reinante».

Así escribe Juan de Arfe y Villafañe en 1585, cuando en Sevilla trabajaba en la gran custodia. Su familia, procedente de Alemania, tuvo en sus manos por espacio de tres generaciones el arte de trabajar los metales preciosos en las catedrales españolas en aquellos tres estilos: neogótico alemán, plateresco y neoclásico, construyendo, según el libre vuelo de su fantasía, sus ideales templetes de plata (1).

Arfe rompió con el estilo pictórico de Diego de Siloe y Covarrubias; pues aunque, como se decía, imitaba á los Bramante y Alberti, no pudo olvidar por completo el estilo moderno (gótico). Así no faltó quien caracterizase el estilo de estas obras, que ciertamente no carecen de unidad de conjunto,

(1) *Die Goldschmied-familie der Arph, Zeitzchriff für christliche Kunst*, 1894, Nr. 10, 11.

con el desdeñoso calificativo de estilo mezclado *(mezcla)*. Sus frases sobre las variaciones del gusto aun en el Escorial quedaron como *leit-motiv* de los escritores de arte hasta el siglo XVIII.

La poesía didáctica de este «Cellini español», en tres libros en prosa y octavas, *Varia conmesuración*, 1585, es el manifiesto del *Cinquecentismo* español: simetría, destierro del libre arbitrio y fantasía, sobriedad en la ornamentación. Quiere enseñar la proporción del hombre, de los edificios y hasta de los vasos sagrados, cuyas coronas en aquellas gigantescas custodias eran el título de gloria de su familia.

El estudio de las proporciones y del desnudo fué la pauta de la pintura; se hizo del número la clave de la belleza. «Alonso de Berruguete trajo consigo de Italia las exactas proporciones de los antiguos; diez dimensiones de cara (en vez de las nueve introducidas por Alberto Dürer y Pomponio Gauricus); á éste siguió Gaspar Becerra, que volvió á dar también á las figuras exuberancia de vida. En otro tiempo fué colaborador de Vasari en la Cancillería, y en Trinitá de Monti, en Roma, dirigió los dibujos de anatomía del Dr. Juan de Valverde (1554).

Estos sistemas pudieron parecer un juego de ociosos del dilettantismo sabio, cuyos mismos autores habían de olvidar en sus estudios serios; pero aquí pudiéramos recordar la desenfrenada libertad en las proporciones que más tarde reinó en el siglo XV (un verdadero barroquismo). A los ojos educados en el arte de la antigüedad debía parecer falta de sentido é insoportable arbitrariedad; los sistemáticos la dejaron á un lado.

Fueron éstos los días en que los españoles viajaban á Roma y Florencia, pasando allí gran número de ellos parte de su vida, y otros su vida entera.

«Todos los grandes hombres—dice Pacheco (*El Arte*, 1411) —que ha tenido España en la escultura y pintura, un Berruguete, Becerra, Machuca, el Mudo, maese Pedro Campaña, Luis de Vargas, gloria de nuestra patria, después de haber con

increíbles trabajos consumido lo mejor de sus vidas en Italia, aspirando con sus ingenios más que humanos á dejar de sí memoria eterna, escogieron, como nos muestran sus obras, el camino de Micael Angel y Rafael de Urbina y los de esta escuela».

Y Pablo de Céspedes asegura que no había visto nunca una gracia como la de Rafael, ni esperaba volver á verla. Correggio parece haber tomado sus figuras del cielo. Todos se resignan á quedar por bajo de él. En efecto, llama también á los dos Zuccari sus maestros, «el verdadero archivo de los tesoros de este Arte». Pero Miguel Angel ha iluminado la redondez de la tierra y ha llegado más allá que los antiguos; tiene el primado en las tres artes, y quien no le estudie tendrá poca fuerza *(nervio)*, y aun menos gracia. En las primeras manifestaciones del nuevo arte en Sevilla figuran todavía con preferencia los extranjeros. A los tallistas, pintores de vidrio, canteros, etc., que en los tiempos góticos vinieron de fuera para adornar las iglesias españolas, siguieron los pintores. Ya antes que los romanistas habían sido aceptados algunos artistas de vidrio *(vidrieros)* de estilo italiano. Arnao de Flandes y Arnao de Vergara construyeron á partir de 1554, por espacio de una larga serie de años, las grandes ventanas de la catedral con magníficos marcos plateresco; riqueza, figuras, composiciones pomposas de modelos italianos, de que es un ejemplo el Lázaro de Sebastián del Piombo.

Al mismo tiempo que Vargas, tras veintiocho años de viajes, volvía completamente italianizado á Sevilla, y Vicente Joanes Masip á Valencia; cuando Simón de Chalons se presentaba en Aviñón y Heemskerk inundaba Holanda con sus caricaturas de Miguel Angel, aparecieron también varios holandeses de esta escuela en Andalucía. Juan Téllez, duque de Osuna, hizo adornar hacia el año 50 la curiosa cripta de la Colegiata de Osuna, por un grupo de holandeses. Entre un crecido número de cuadritos de diferentes autores, se encuentran determinados dos: *Gerald Wytvel de Utrecht* y *Hernandus*

Stormius Ziriczeensis Faciebat, 1555. En este último se reconoce un pariente de aquél, Heemskerk. En su gran Retablo de la Capilla de los Evangelistas de la catedral, pintado allí mismo, están tomadas las figuras suspendidas en las nubes, como las siluetas de los cuatro evangelistas del grabado de Agustino Veneciano; las santas vírgenes de Sevilla en Pradella ofrecen en cambio aún tipos completamente de Alemania del Norte, mientras el San Gregorio del Altar no desmiente su origen románico.

Un holandés sirve como intermediario entre los españoles y Julio Romano. Franz Frutet (no confundirle con Frutos Flores) pintó en otro estilo. Suministró una obra principal, el retablo con la crucifixión y el Bernardo ante la Madre de Dios, para el Hospital de San Cosme y San Damián. De lejos parece el estilo de Miguel Coexeyo; le supera en la expresión de las cabezas, en la mayor nobleza de las formás, hasta de las más vulgares, todo con claros contornos, mucha variación en los colores claros, la mayor parte quebrados. Se advierten varias figuras tomadas del Spasimo y del Incendio de Borgo.

Todos estos quedan muy por bajo, tanto por la extensión de los estudios y forma del estilo como por el resultado, de Peeter de Kempener (de Kempen (1), de Bruselas, llamado allí Pedro Campaña; según Pacheco, muerto á los noventa y ocho años, en 1588). Uno de aquellos que, después de haber cursado su escuela patria, se creó un estilo propio, variable según las necesidades de sus viajes por Italia. Por primera vez surge como pintor decorativo en el carro triunfal en que Carlos V entró en Bolonia (1530). Después estudió las antigüedades de Roma. Pacheco poseía aún varios de estos «sabios dibujos á pluma». Fué también escultor; algunas figuras del Retablo de Santa Ana, en Triana, son imitaciones del mármol. Pero en

(1) El nombre Petrus Kempener está sobre un pequeño y fino cuadro de la Crucifixión, que se encontraba en una colección particular en Praga. De este Cristo hay un dibujo en el Museo de Gijón.

su obra maestra, el Retablo del Mariscal (1553), demuestra que estudió profundamente á Rafael, cuyas líneas han alcanzado pocos entonces como él. Con más hermosa naturaleza ante sus ojos que Scorel y Orley, pudo vivificar estos estudios romanos de forma por la observación de los trabajos de un linaje de hombres más favorecidos.

Esta *Anunciación* de la capilla del Mariscal es un monumento del arte de aquella época en que reinaba el culto á la belleza; una academia de esbeltas, florecientes y bien formadas figuras (1).

En el arte de los retratos conservó con la mayor fidelidad lo que la patria le ofrecía. D. Pedro Caballero y su familia, en la Pradella, asombran hoy todavía á los españoles como tipos del noble castellano viejo de buena cepa. En seguridad de líneas y en fuerza plástica, en grandeza y finura de expresión, superó á sus contemporáneos allí residentes.

Sin embargo, cuando con más fuerza llegó á los sevillanos fué en una obra penetrada de la vieja severidad flamenca y en las formas de Miguel Angel, *El descendimiento de la Santa Cruz* (1648). Pero con ella entró también, con sentimiento germánico, en el sombrío ascetismo del nuevo ambiente.

Las siniestras figuras de esta tabla, de obscuros reflejos metálicos, tienen agudeza y dureza broncíneas y forman vivo contraste con la radiante claridad del Retablo del Mariscal. En la figura del Salvador, que desciende lenta y vuelve (con feliz realismo) los ojos y los brazos á las mujeres, en la Madre que se inclina hacia atrás y que (como en el *Ecce-Homo,* del Correggio) mira paralizada por el terror los vidriosos ojos de su hijo, Campaña obedeció á una ley de emoción religiosa, cuya popularidad atestiguan los numerosos cuadros exagerados del «divino» Morales. Pacheco confiesa que tenía miedo de que-

(1) Según Pacheco, decía Vargas: «Quien quisiere ver pintura de Rafael, vea un ángel que está en el claustro de San Pablo, en una salutación de Maese Pedro».

darse solo en la obscuridad ante este cuadro, y Murillo, enfermo de muerte, se hizo conducir á la vecina iglesita; «quiso esperar á que aquellos santos varones le descendieran al Salvador». El cuadro más pequeño de la composición en San Lucas nos da la pura traducción del original holandés. Campaña pintó, además, durante veinticuatro años, retablos para otras ciudades de Andalucía; á más de Carmona, Écija y Córdoba, en ésta, en la capilla bautismal de la catedral.

Sin embargo, según la opinión de los críticos allí presentes, se encuentra siempre en Campaña y en los demás de su nación algo de la sequedad del carácter flamenco; les faltó la «buena manera», ó sea los contornos libres, amplios, movidos, de la escuela romano-florentina, que corresponde, según ellos, á la elegancia en la factura. Su fuente era Rafael, con su divina sencillez é incomparable majestad, pero también había aprendido de Buonarrotti, el «padre de la pintura», sobrehumano en el desnudo.

Esta *buena manera* la trajo Luis de Vargas de Italia. Fué la «luz de la pintura», su Jacob — por sus largos viajes al extranjero—«el amor de su hermosa Rahel». Llegó á Roma el 6 de Mayo de 1527, con las hordas del condestable de Borbón. *¡Graecia capta!* Su más valioso regalo á Sevilla fué la pintura al fresco, presente que, en efecto, él no había legado. Desgraciadamente, sus frescos se han perdido casi todos; de las colosales figuras de la Giralda, que en aquel tiempo eran estimadas «por la grandeza del dibujo y nobleza» como el más principal adorno de la ciudad, hoy sólo quedan huellas (1). El *Juicio final* de la Casa de Misericordia demuestra que confió demasiado en sus fuerzas.

Sus *Pastores* de la catedral, en los cuales se llamó él mismo principiante (*Tunc discebam,* 1555), es, sin embargo, por sus recientes recuerdos de Roma, el cuadro más exento de amaneramiento y más rico en cabezas hermosas y nobles sin afecta-

(1) Se ven todavía en las obras de Braun y Hogenberg.

ción. Algunos tipos, y el tono profundamente pardo de las sombras, recuerdan á Sebastián del Piombo.

También su más celebrada creación, María que se aparece al justo del Antiguo Testamento en la prisión del Limbo, es una refundición de Vasari que el francés Filipo Thomassin había grabado. El nombre *La gamba* está tomado de la pierna extendida del Protoplasta. ¡Con cuán modestos recursos del nuevo arte del desnudo se pudo entonces hacer sensación! Pero los cuerpos de Adán y Eva están pintados con más fina y verdadera naturalidad que los colosos del Aretino. Eva, una voluptuosa rubia, es más honesta y de buen gusto que la de su modelo, esa hermanastra de Leda y de la Noche de Miguel Angel; los niños son rafaelescos; la Madona en las nubes tiene fuertes escorzos del Correggio; la mirada que dirige á Adán es, sin embargo, fría y altanera. En los *Dolores* de Santa María la Blanca (1564), cae ya en lo terrorífico; gestos y expresión son en él fríos y amanerados; las caras son de segunda mano; la composición, recargada.

El lector ya habrá comprendido de qué maestros hablamos. Formas vulgares, proporcionadas; rasgos indiferentes y sin carácter; alarde de conocimientos anatómicos; escorzos, problemas de perspectiva; completa subordinación de los colores. Ante muchas de estas obras, pasaríamos de largo en Italia y en Holanda; y se hace lo propio también en España, hasta que se leen los nombres. Cuesta trabajo adivinar lo que á los contemporáneos de estos regeneradores de la pintura habrá parecido tan grande; olvidamos las fatigas que les costó pintar tan fríamente.

Nótase asimismo que casi por cada cuadro importante existe un cuadro ó grabado original italiano trasplantado á España. Marco Antonio y los Ghisi eran muy buscados allí; Pacheco conoció á los Vierix, Egidius, Sadeler y Lucas Kilian; Céspedes halló los grabados al estilo de Spranger difundidos por todas partes.

Extraño es que apenas se encuentre en Sevilla entre estos

bastardos á los italianos vivos. El único es el insignificante Mateo Pérez de Alesio *(da Lecce)*, que fué condenado á restaurar el gran Cristóbal (1584). Decíase que había dicho á Vargas: «Tu pierna es más valiosa que mi gran Cristóbal».

Un artista algo posterior y personalmente notable es el Racionero de Córdoba, Pablo de Céspedes (1538-1618); fué dos veces á Roma; la primera vivió siete años en estrecha relación con César Arbasia, un piamontés que después pintó en Málaga y Córdoba (Sagrario) frescos notables por su invención, temperamento y grandes efectos de luz y perspectiva.

Más tarde fué á Roma Céspedes como amigo y auxiliar del desgraciado arzobispo Carranza, acusado de herejía, y para mayor seguridad tomó á su vuelta los Sacramentos. Allí ayudó á su amigo Federico Zuccaro en los frescos de Araceli y Trinità de'monti; allí pintó también en la segunda capilla de la izquierda el cuadro de la Anunciación. A la vez consagró á los antiguos y modernos tesoros de arte cristiano de Roma un entusiasta estudio. La más pura fama merece el nombre de este sabio y cultísimo varón, cuyas estrofas melodiosas del poema sobre la pintura contienen tan ricas enseñanzas y están tan calurosamente sentidas. Los fragmentos salvados por Pacheco muestran que, desgraciadamente, hemos perdido la mejor poesía didáctica en lengua española. En la pintura se distinguió de sus afines por la tendencia hacia poderosas y heroicas figuras, la dignidad del gesto, fuerza y profundidad del color y de las sombras. Pero raras veces logró realizar lo que su espíritu tenía delante, como en la *Santa conversación* en la capilla de Santa Ana de la catedral de Córdoba. Los que sacaban sus juicios de los libros, contaban que él «había sido el gran imitador de la hermosa manera del Correggio, enseñando á los andaluces la luz en el colorido, y que fué uno de los mejores coloristas de España» (Pacheco). Los que siguieron su sistema, encuentran en sus grandes pinturas de Córdoba, Sevilla (las cuatro alegorías de la Sala Capitular) y Madrid (Academia), el romanismo más bien por su lado vacío y aburrido. Su suer-

te fué la «gran manera» con que le había fascinado Roma. Como ferviente adepto de esta escuela, después de profundos estudios, creó un arte de gestos que no dicen nada y rostros de árida generalidad, alejándose á sabiendas de la vida. «¿No sabes que un retrato no debe ser parecido? Basta con hacer una cabeza según las reglas del arte.» Tanto le molestaron las alabanzas que se hicieron de un vaso de su *Cena*, que lo borró.

Céspedes nos muestra á estos *cinquecentistas* españoles en sus virtudes y en sus debilidades. Los estudios eran profundos y científicos; el ideal artístico, elevado; su ilustración, universal y escogida. Pero lo general absorbía todas sus fuerzas. Fisonomías, mímica, composición, todo es rebuscado, pretencioso y sin un soplo de naturaleza. Con el adorno gótico de oro desaparecieron también los rostros nacionales y la ingenuidad del asunto. El sentimiento del color parece paralizado. Su patria era Roma. A la posteridad aparecieron más importantes como contemporáneos de Carlos V y su gloriosa época, que como pintores, en efecto, encajaban en la corte del Emperador, que rodeado de estadistas, políticos y generales italianos, alemanes y españoles, estaba omnipresente en su fastuoso mundo, en cuyo séquito se ve á Boscan y Garcilaso, bajo el cual construyó Machuca el palacio del Renacimiento, en la Alhambra.

No faltaron, sin embargo, indicios de que la «buena manera» halló entre los contemporáneos un aplauso algo limitado. Se habla de encargos cuya ejecución no satisfizo, y que debieron ser repetidos con más profundo respeto del sagrado asunto, como la Soledad de Becerra y la Concepción de Juan Macip. La lucha de Berruguete con los Benedictinos de Valladolid, del Greco con el Capítulo de Toledo; los ejercicios ascéticos con que se preparaban al trabajo, todo esto indica que á los que volvían de las descatolizadas escuelas italianas les costaba mucho trabajo llegar al corazón de sus paisanos.

En aquel tiempo aparecen los nombres que tan célebres se hicieron, tanto por algunas obras imperecederas como por los

extravíos sin ejemplo en la historia del arte moderno. Las contorsiones y convulsiones de aquel Berruguete en el retablo de San Benito en Valladolid, las pesadas dislocaciones de un Juan de Juni, las horrorosas figuras de vampiros de Morales, los lúgubres espectros del Greco, indican cuán rápidamente se agotaron los conocimientos y el buen gusto importados, y cómo se pudo pecar abusando de la simplicidad de su público. Pero quizá fuera que quisieron contrarrestar la indiferencia con que era acogido su estudiado estilo por medio de excitantes poderosos. Mientras en el arte del siglo xv el perfume del incienso se mezclaba con un fresco soplo de realidad y vida, aquí luchó el excitante sensual con macerante ascetismo.

Si bajo el opresor influjo de los italianos perdieron el sentido y tacto de lo nacional, debía tarde ó temprano despertarse la reacción que condujo en el siglo xvii al renacimiento del espíritu español. Ya Felipe de Guevara, un contemporáneo de Carlos V, señaló la imitación como estrago de los talentos de España.

Al cerrar el siglo xvi, descansa esta pintura sólo en las débiles espaldas de rezagados como Pacheco y Alonso Vázquez. La última hazaña del xvi fué el túmulo de Felipe II, en el cual concurren las mejores fuerzas de las tres Artes y de la Poesía. Fueron también los funerales de la época. En la intersección de la nave de la Catedral se levanta una construcción en el poderoso y serio estilo de Herrera. Sobre un piso inferior gótico, un pórtico de columnas jónicas en forma de cruz, y después la cúpula ochavada y aérea, la linterna, el obelisco y un globo terráqueo con el Fénix, todo animado con cuadros y esculturas. Las mejores estatuas eran las de un joven escultor, Martínez Montañés.

Este tuvo el mérito de llevar el espíritu de la escuela que se extinguía, en nueva forma, al siglo siguiente. Sus figuras y grupos, animados por un sentimiento de la forma purificado y clásico y por una seriedad melancólica, aunque un tanto monó-

tona, adquirieron, sin embargo, un encanto nuevo y popular, extraño al sistema italiano, por la restauración de la pintura al óleo con reflejos dorados.

JUAN DE LAS ROELAS

(hacia 1558-1625).

A las dos primeras décadas del siglo XVI pertenecen las principales obras de este pintor, artista al cual todavía no se ha hecho justicia.

Nacido en Sevilla (según Palomino), de padres flamencos. Cean Bermúdez tiene de él la impresión «que entendió mejor que los demás andaluces las reglas del dibujo y de la composición». Con más exactitud se hubiera podido decir de él que era el primer pintor verdadero que el XVI ha producido allí. Sus comienzos y vicisitudes son obscuros: hay cuadros de él que aún están pintados completamente en la manera entonces dominante, fría é impersonal. Pero sus obras principales parecieron, aun á los descontentadizos inteligentes del siglo XVII, de «colores venecianos de gran fuerza y gracia». Los dos elementos cuya fusión integraba el carácter de la pintura sevillana en la generación siguiente, naturalismo y misticismo, los ha sintetizado él antes que nadie. Parece haber encontrado su lenguaje, aunque tarde, como es natural, en Italia. Por su forma, sentimiento y manera, es una mezcla original de los estilos español y flamenco.

Trató todos los asuntos favoritos de la devoción española con propia inventiva y feliz resultado. Cada cuadro le muestra casi en un nuevo aspecto. Amaba las figuras sólidas y, á veces, rudas, amplias y florecientes, caras que parecen unas veces andaluzas y otras germánicas. Sus historias están llenas de vida y penetradas de una imperturbable serenidad en los pasajes solemnes de la historia sagrada y en las Glorias como en las íntimas escenas de la Sacra Familia y cuadros de mártires. Sus coros de ángeles, alegres, rubias y rosadas campesinas, de re-

dondas y blancas espaldas y torneados brazos, están embriagadas de luz, música y alegría.

De esta alegría casi rubensiana de nuestro clérigo se destaca extrañamente el ascetismo, á menudo horrible, de sus antecesores y la seriedad tímida y sobria de sus sucesores, como de Zurbarán, que fueron legos.

Pero lo más satisfactorio es que Roelas fué el primer pintor del claro-obscuro en Sevilla; más aún, le hizo el centro de gravedad de su pintura. Su sistema es propio: desterró el gris, el pardo y las sombras negras, y modeló las figuras principales en un tono caliente, ya amarillento, ya rojizo, en vivos y transparentes colores (1), aquí con luz inmediata, allí como siluetas, en un semitono caliente. Y después atravesaba la escena con un extenso y soleado segundo término, oponiéndole un *(rompimiento de gloria)* que penetra por las nubes. Los españoles hallaron en este sistema un *colorido aticianado*; sin embargo, teniendo cierta semejanza de tonos, tiene otro método de luz y composición. En el claro-obscuro, en la grandiosa proyección de sus figuras que, como si encontrase el marco estrecho, empuja al primer término recortándolas por los lados y por abajo, en sus sencillas y majestuosas vestiduras. En la suavidad del colorido, que llamó siempre la atención de sus paisanos (*dulzura* y *suavidad*, Cean Bermúdez; *blandura*, José Martínez), recuerda más bien la escuela de Parma, por ejemplo, á Schidone. Sin embargo, la afectuosa y popular ingenuidad de sus tipos tiene algo del Norte.

Sus obras de más antigua fecha, como las cuatro escenas de la vida de María que pintó para la iglesia de Olivares (1603), no revelan aún su estilo propio; mas en cambio las últimas presentan una singular manera, con la cual cerró su carrera artística: la fundación de Santa María la Mayor con la figura del Papa Pío V, pintado para el altar mayor, y los *Pastores* (1624). Parece haber obtenido al principio éxito por su in-

(1) En la Universidad: anaranjado, carmesí, violeta.

terpretación del misterio favorito de los sevillanos, la *Purísima*. Elévase á las nubes rodeada de ángeles sobre una bahía, con los atributos del paisaje respectivo. Especialmente fué celebrada una tierna madona, concebida con gran fragancia, pero de pintura pétrea y expresión melancólica, con los párpados cargados por la fiebre, y de pequeña boca; la encontramos repetidas veces en Sevilla (Museo), Madrid (Academia), Sanlúcar, Dresde, y hasta en Italia, en el Monasterio de Monte Cassino. Más tarde anímase el cuadro: una soñadora belleza nos atrae á la Virgen, sabe encontrar el encanto de los dulces ojos inclinados bajo los obscuros párpados (Sevilla, Academia). A veces encuentra la sencillez encalmada de los antiguos maestros flamencos (capilla bautismal de la Catedral). Allí aparece de nuevo el colorido de oro. En una ocasión tiene la Virgen á sus pies un devoto (en el desgraciado ejemplar de Berlín, en el feo Fernando de Mata). Sin embargo, hay en estas figuras siempre algo de hierático, por lo que gustaba á sus paisanos en estos cuadros más que en otros de mayor libertad y como en creciente inundación de luz y color. A esta primera época corresponde también la *Muerte de San Hermenegildo en el Hospital de la Sangre*.

El *Santiago en la batalla de Clavijo* (Catedral, 1609), aquel apóstol del cual la guerrera Castilla hizo profanamente un nuevo Cid (un segundo ángel exterminador de Sanherib, le llama Lope). En su carrera parece salirse del cuadro, con su blanca capa, y blandiendo el albo pendón como un Tornado sobre el caballo blanco y negro, arrojándose sobre el montón de moros que caen unos sobre otros destrozándose; en el fondo se ve un mar de cien mil jinetes. Este *sagrado adalid* era una figura de una fuerza de movimiento y claro-obscuro aún no vista allí hasta entonces. Ni en tiempos posteriores los que se jactaban de apasionamiento (Francisco Rizi en su *Santiago*, Madrid), se le acercaron ni de lejos.

Su *Muerte de San Isidoro de Sevilla* (en esta iglesia), una escena á la vez litúrgica, solemne y patéticamente conmove-

dora, es un ensayo rico en figuras, pintado á toda luz en una clara iglesia, y cuya perspectiva parece un reflejo; pues allí mismo debió ocurrir, según se dice, el drama. Es un cuadro religioso, en el cual el carácter y los gestos de sacerdotes y seglares españoles en funciones solemnes, están presentados de mano maestra. El asunto es realista; pero se adivina en el moribundo anciano la huella de una larga vida de acciones y de pensamientos elevados, mientras que Domenichino, por ejemplo, no pintó en su *San Jerónimo* más que la decadéncia física.

El martirio del apóstol Andrés (en la capilla de los flamencos de Santo Tomás, en el Museo) pertenece al gusto de los *pasos* y tiene toda la pompa de un auto de fe: ayudantes del verdugo, niños que hacen escarnio y timoratos creyentes. La extensa fisionómica de las gentes vulgares en el primer término, los vivos colores (amarillo, anaranjado, carmín), el valle oloroso azul y claro, con las montañas en el fondo, recuerdan, más que á Ribera, á Quintín Metsys. Oí decir allí: «Este apóstol no es español. A consecuencia de un disgusto sobre los honorarios fué enviado el cuadro á Flandes; allí se le tasó tres veces más que lo que él había pedido (3.000 ducados)».

La Liberación de Pedro en la iglesia del mismo nombre es de Miguel Angel en la grandeza y anchura de las figuras, las cuales están aquí rodeadas de una alucinadora media luz. De lejos parece que Pedro, á la vista del Salvador, cae derribado por la explosión del sentimiento; pintores posteriores le pintaron (como Españoleto) despertando sobresaltado de su sueño.

Sus Palmas (Hospital de la *Sangre)* son inimitables como representación de una asamblea de dignidades apostólicas; pero las fisonomías son tipos auténticos del pueblo. Nada de retórica en el gesto, nada de misticismo; sólo aquella inefable emoción que acompaña á la penetración del Espíritu Santo. El extraordinario estado de beatitud que con aquella luz que se derrama sobre ellos les invade, se manifiesta en una tranquila y bienaventurada satisfacción. En primer término cae un cáli-

do y suave rayo de sol, mientras el fondo está sumergido en el crepúsculo.

A veces pintó también escenas en que se mezclan extrañamente místicos simbolismos con asuntos domésticos de la vida casera ordinaria, cosa tan del gusto de la época, y que propagaron los holandeses por medio de los grabados en cobre. La niña María estudiando en un códice miniatura en el regazo de Ana, su madre, con vestido azul celeste sembrado de estrellas, y con una coronita dorada; rosas, claveles, margaritas, dulces, en la cómoda, en cuyos cajones se dejan ver ricos encajes; este cuadro (en el Museo) ha merecido la censura del gazmoño y celoso Pacheco. Ducho en el color, es deficiente en el decoro (II, 198).

Pero su obra maestra, quizá la mejor de la pintura sevillana antes de Murillo, es el cuadro central del grandioso retablo de los antiguos jesuítas, hoy Universidad, *El misterio de año nuevo*. Sería completo si fuera más sencillo, pero son propiamente varios cuadros fundidos en uno. Especialmente los misterios gloriosos parecen siempre en Roelas la sección vertical de dos pisos.

Pero María es una deliciosa visión de delicada y alta femeninidad, que inclina la mirada como con rubor ante la bárbara ceremonia, y en su esfumado tono de oro recuerda al Tiziano, y quizá á Rembrandt en sus retratos de mujeres.

El que quiera formarse una idea de la riqueza de los medios pictóricos y de la inventiva de Roelas, debe visitar en un día claro de sol la iglesia de los Descalzos, de Sanlúcar de Barrameda. Allí se encontrará con una docena de cuadros de su mano, especialmente sobre el altar mayor, que tratan muy diferentes pasajes de los Evangelios y de las leyendas de santos (1). Hay allí un varonil y hermoso Bautista predicando;

(1) Iglesia y Retablo eran fundación del Patrón de los Descalzos, del Duque Manuel de Medina Sidonia y su esposa Juana de Sandoval, y fueron terminados en 1629, después de la muerte del pintor. La iglesia linda con el palacio de Montpensier, en el sitio donde estuvo el

un juvenil y alegremente resignado Laurencio; una poderosa muerte de Cristo sostenido por ángeles, al lado de unos mártires mercenarios. La graciosamente fina Nuestra Señora; la grandiosamente bella Santa Catalina, que hace pensar en la Zingarella, pues hasta se ve en la obscuridad al verdugo, al cual inclina su cuello; la amable y florida Santa Inés puede compararse aquí con la arcaicamente severa Purísima.

Este hombre marchó, en 1613, á Madrid para pretender la plaza, vacante por defunción, de *pintor del rey*. El desgraciado Bartolomé González le fué preferido. En efecto, éste era un retratista, ocupación preferente de los pintores reales. De Roelas no se conoce ningún retrato.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,
EDUARDO OVEJERO

---

primitivo claustro. Esta importante obra fué olvidada por Cean Bermúdez en la erudita descripción de la ciudad de Sanlúcar: Sevilla y Cádiz, Barcelona, 1884, pág. 815 y sigs. En cambio figura en el Catálogo del Museo del Prado el Moisés (1121), que no es suyo.

SOBRE EL ESPÍRITU DE REBELDÍA Y EL DE CONSERVACIÓN

Óyese á menudo decir de nuestra época que es una época de transición. Pero por este lado no le corresponde nada de característico. Épocas de transición han sido y serán todas las de la Historia. Lo es todo momento de la vida, así de los individuos como de los pueblos. La cual está constituída por una sucesión ó cadena de estados, cado uno de cuyos eslabones sirve de límite y de enlace á la serie de los anteriores con la de los posteriores. Si acaso, forman excepción únicamente el primero y el último; y digo «si acaso» porque lo probable es que no haya primero ni último, que no se trate de series con número fijo de términos.

La época actual, en tanto que actual, representa la separación entre las épocas pasadas, de las que se dice heredera, y las futuras, de que es engendradora. Cien mil veces se repite la frase de que el «presente es hijo del pasado y padre del porvenir». Pero esto es aplicable á todos los períodos. Cualquiera de ellos en que uno se fije ha sido, durante un momento, época *actual*, estado de hecho producido por los precedentes y productor de los subsiguientes.

No es otra cosa la causación histórica, que tratan de explicar y poner de resalto los investigadores de todas clases, ya se llamen historiadores, ya biólogos, naturalistas, sociólogos ó como quiera que sea. Todos ellos se entregan á la busca de los enlaces entre sucesivos estados, entre lo ya acontecido y lo que puede acontecer ó se desea que acontezca. El anhelo de los hombres por conocer el mundo no lleva otro fin; lo que se

denomina la ciencia no persigue otra cosa. Su aspiración más fundamental y más elevada consiste en encontrar las conexiones causales entre los diferentes fenómenos; enlazarlos de modo que cada uno de ellos se vea como forzosamente determinado por los demás ya pasados y como elemento cooperador á la determinación de otros posteriores. Mientras no se logre esto, no queda satisfecho el hombre. Y si no le es dado conseguirlo nunca completamente, nunca podrá hallarse tranquilo por este lado, como en efecto sucede...

Pero nuestra época, lo mismo que todas las demás ya transcurridas y todas las que vengan en pos, no es un mero límite entre las épocas precursoras de ella y las sucesoras. Tiene también en sí misma alguna realidad. Ocurre igual que con el momento presente, con el átomo y con el punto matemático: por infinitamente pequeños que quiera suponérseles, jamás equivalen á cero; siempre llevan dentro de sí algún contenido susceptible de ulterior división. El presente es el generador del pasado y del futuro; el punto, que da origen á todas las dimensiones, no puede carecer de ellas; el átomo, repitiéndose, produce los cuerpos, y no puede menos, por lo tanto, de ser él mismo, á su vez, un cuerpo. El estado presente es también algo: de la suma de ceros no proviene cantidad alguna, ni siquiera negativa.

Y si el estado social presente, aun siendo transitorio, como otro cualquiera, no deja de ser una realidad preparada por los estados sociales anteriores, no puede ser, en modo alguno, despreciable. Se le debe por fuerza prestar atención. Debe ser aprovechado, en parte á lo menos, aun cuando otra parte de él se consagre á la preparación de lo futuro; á la perpetuación, bajo distinta forma, de la realidad de hoy en realidad de mañana. Es lo mismo que acontece en el individuo fisiológico: aunque se consagre, en cierta proporción, al porvenir, también necesita pensar en el momento presente. No es todo para sus hijos, sino que es también para sí mismo. Junto á la reproducción, á la virtud reproductiva, á la herencia, existe la

autoconservación, hasta primero que aquélla y como condición precisa para que aquélla pueda existir. Llegan á sostener algunos biólogos que hay células en el cuerpo humano encargadas de esa doble función: unas, para conservar la especie, y sólo para esto, transmitidas directamente de padres á hijos; otras, para sostener y conservar al individuo; las cuales, si desaparecen cuando éste muere, le mantienen en pie como tal individuo y, por lo tanto, como una verdadera realidad independiente, en tanto que subsiste y hace su vida. Pasa, sí, el individuo como tal, dejando vacío su puesto para otro, que engrana con él y continúa la cadena; es, sin duda, transitorio; pero de la serie de estas transiciones se compone la vida toda, lo propio que de gotas de agua transitorias se forma el río, que permanece. Sin lo transitorio no tiene lo permanente realidad. Lo transitorio reclama respeto porque tiene valor. Y acaso no exista esto transitorio por y para lo permanente, sino lo permanente para lo transitorio: no el hombre concreto para la humanidad, sino la humanidad para el hombre concreto; no el individuo para la sociedad ni para la especie, sino la sociedad y la especie para el individuo.

He pensado algunas veces en estas cosas, y aunque siempre me he quedado en duda, sin dar con una solución definitiva y clara, propendo á reconocer sustantividad propia en lo individual y lo transitorio, sin cuya existencia, respetabilísima, parece que la vida no tiene objeto. Vacilo, por consiguiente, no poco en dar asenso á las condenaciones del egoísmo que frecuentemente se oyen por ahí, y en encontrarlas justificadas. Me parece que el obrar egoísta tiene hondos y justificadísimos soportes, como los tienen también otras formas no poco equivalentes de conducta: la conducta rutinaria, la conservadora, la que quiere limitarse á aprovechar el *statu quo*, sin meterse á modificarlo ni sentir necesidad de ello. Quizá encuentro menos sólidos fundamentos para proceder de manera contraria á éstas: quizás el sacrificio, la rebeldía, el ansia de mejora, tengan á mis ojos explicación menos satisfactoria.

La vida debe de haber sido hecha para ser gozada. Nosotros no somos capaces de encontrarle otro sentido, otro alcance ni otra finalidad. Ella nos presenta ante el espíritu una larga serie de misterios y de problemas que no sabemos desentrañar. ¿Para qué hemos venido al mundo, y cómo nos hemos de comportar (si podemos, porque ésta es otra), á fin de cumplir nuestra misión en él, sin salirnos de los carriles por donde debemos marchar? Nadie lo sabe. Muchos se figuran haber hallado la solución del enigma, y no sólo lo tienen como tal para sí mismos, sino que se la ofrecen también á otros, perfectamente concretada en doctrinas y fórmulas, que los demás aceptan fácilmente, sobre todo porque les ahorran el trabajo de pensar por sí propios. Mas estas soluciones son por completo imaginárias, verdaderas construcciones ilusorias de sus autores. Ninguno sabe lo que es la vida, ni el papel que le corresponde desempeñar en ella. No sabe de hecho más sino que aquélla es un amasijo de bienes y males, de placeres y penas, ó que á lo menos con tal carácter de placeres y penas se nos ofrecen á nosotros. Y dada esta nuestra posición, ¿no acertarán aquellos sujetos que tratan de sacarle á la vida el mayor jugo posible, que «todo lo convierten en sustancia», que no se cuidan sino de pasar sus cortos días sobre la tierra lo mejor posible, sin importarles un ardite de los demás, sus prójimos, ni mucho menos de las generaciones posteriores, para las cuales no merece la pena trabajar? ¿Qué pecado es obrar de este modo? Quien así se comporta, ¿qué censura merece? El pecado quizá le cometan los otros, los que no piensan en sí ó no viven para sí, sino para los demás; los abnegados y altruístas, que sacrifican sus goces, sus fuerzas y medios en beneficio ajeno, renunciando á sus comodidades, y aun á su vida, como algunas veces sucede.

No se puede menos que vivir para el presente y pensar en él, siquiera en gran parte. Conveniente debe ser asimismo, por cuanto así se hace de manera indefectible y como por ley de naturaleza, pensar en el mañana y dedicarle cierta porción de

nuestros esfuerzos, preparando el ambiente de vida de las generaciones futuras. Mas antes que las futuras están las actuales, sin añadir que las actuales también fueron futuras en su día, y que para disponerlas y ofrecerles un ambiente de bienestar trabajaron las generaciones pasadas. Si los hombres presentes no han de hacer otra cosa que trabajar para los futuros, y los futuros á su vez, al convertirse en presentes, han de hacer otro tanto, ¿cuál puede ser el fin de la vida? ¿No habrá de gozarla nadie? ¿Será ello un afanarse sin objeto é inútilmente, recomendando á cada paso el camino recorrido como si se tratara de realizar labor análoga á la de Sísifo? Las cosas todas puestas al servicio de los hombres valen algo á los ojos de éstos, en cuanto las aplican á satisfacer necesidades ó causar placeres; sin eso, ¿qué fin puede tener el adquirirlas? El amontonamiento incesante de ellas para no hacer de las mismas ningún uso, parece labor realmente insensata.

Nuestra admiración y nuestros aplausos suelen ir á recaer sobre los que llamamos hombres progresivos y generosos, que trabajan por el bienestar y el adelantamiento sociales, que emplean sus energías y recursos en beneficio colectivo, que no miran nada ó miran muy poco hacia sí mismos y sus comodidades. En cambio, hacemos objeto de nuestras censuras, de nuestras iras, de nuestro menosprecio, á las hormiguitas que se meten en casa y barren para adentro, á los conservadores, partidarios y defensores del *statu quo*. Y acaso erremos en nuestros juicios. Tan importante función como el revolucionario que, aun á costa de privaciones propias, de persecuciones y hasta de la salud ó de la vida, consigue, á fuerza de trabajo, de agitación, de sacrificio y agotamiento de fuerzas, aportar un elemento de dicha antes desconocido, realiza el misoneísta que se opone á cualquier innovación, para tener tiempo, facilidad y holgura de aprovechar lo ya adquirido, y ha menester que sea consolidado. Alabanzas se les pueden tributar á los inventores y allegadores de recursos y medios que hacen más y más agradable y llevadera la existencia; pero

¿no hay que rendírselas también á los que los utilizan y les dan el destino adecuado? Mi convicción de que cada uno es lo que es sin poder ser otra cosa, y que hace lo que puede y lo que su naturaleza y su índole, por él mismo desconocida, le obliga á hacer, es de día en día más firme; creo, por tanto, que el trabajador lo es porque sí, sin mérito y aun á pesar suyo, y que igual ocurre con el no trabajador, con el bueno, con el malo, con el inteligente y con el torpe. Pero aunque así no fuese, aunque entrara en ello la determinación arbitraria de los sujetos, hay razones de gran peso, á mi parecer, para reconciliarse con los holgazanes, los rutinarios, los comodones y egoístas.

El verdadero trabajador rara vez se hace rico. Casos hay en que parece que ocurre lo contrario; pero entonces no se trata realmente de trabajadores, sino de gentes que se aprovechan lindamente (favorecidas también á menudo por felices combinaciones fortuitas) de los recursos que los trabajadores han producido y entregado en manos de sus prójimos. Estos seudotrabajadores son, generalmente, unos rutinarios y unos conservadores de tomo y lomo. El trabajador genuino es innovador, inquieto, audaz; gasta en ensayos y tentativas todos sus caudales de toda especie; vive en el porvenir y para el porvenir, más que en el presente y para el presente. Renuncia (sin mérito, aun á pesar suyo, como por imperio de naturaleza) á lo que para otras gentes constituiría la comodidad y el encanto de la vida; olvidándose de sí mismo, se rinde completamente en aras de su ideal y de sus aspiraciones, puestas en un mundo futuro, cuyo advenimiento quizá hasta aterra á los rutinarios, que se hallan muy á gusto con el orden presente.

No es lo común que el inventor reciba el producto útil de sus inventos. Ese producto lo disfrutan después otros que se adueñan de él con sus manos lavadas, lo estrujan y lo explotan. El inventor suele contentarse con el invento mismo, con la satisfacción de haber llegado á obtenerlo, con la gloria que le proporciona. Y ni siquiera ésta recae siempre sobre él, ó no

recae durante su vida; sólo después que se muere empiezan á menudo las gentes á acordarse de él y á honrar su memoria por los grandes beneficios que ha originado su paso por el mundo. Los provechos de la invención, afanes y angustias del trabajador, del revolucionario, del espíritu inquieto, pasan íntegros á las gentes que con él conviven ó á las que vienen en pos. ¿Qué cuenta le ha tenido, por tanto, lo que se llama el cumplimiento del deber, y, si se quiere, el sacrificio? ¿No han sido más avisados los otros, los gustadores de la miel fabricada por la abeja?

Declaro nuevamente que no me parece fácil desatar este nudo. Yo admiro y reverencio á los hombres de ideales; á los de poderosa y fecunda actividad mental; á los atormentados por el ansia de hacer algo útil en el mundo, dejando en él huella de su paso; á los desasosegados de espíritu, á los rebeldes, á los progresistas, á los activos, á los que huyen el papel de zánganos...; pero no acabo de persuadirme que sean ellos los que entiendan de verdad la vida, y no los otros, los que se limitan á sacar de ésta la mayor utilidad posible. Muchas veces propendo á creer que el epicúreo, el conservador, el que no levanta los ojos por encima de la realidad que tiene delante, y se contenta con tomar de ésta cuanta más sustancia mejor, es verdaderamente el que lo entiende, sin que haya por qué dirigirle reproche ni censura. Aquel *cujus Deus est venter* es acaso el único que acierta. Comamos y bebamos hoy, que mañana moriremos. ¿A qué inquietarse por nada más? ¿No ha de ser la vida otra cosa sino una continua sucesión de generaciones, cada una de las cuales no se debe preocupar de sí, sino de las siguientes, sin hacer jamás alto para recrearse y gozarse con las adquisiciones hechas, como si la humanidad fuese una gigantesca noria en incesante movimiento, cuyos cangilones no tuvieran finalidad en sí propios, trabajando cada cual para el vecino, y todos para tirar fuera y derramarla el agua trabajosamente levantada?

El pensador y cuantas personas se preocupan é inquietan por alguna cosa no tienen momento de tranquilidad ni de di-

cha; su existencia es muy azarosa. Todo lo contrario de lo que sucede con el que vive al día, sin inquietarse por el mañana, ni tampoco por la suerte de nadie. Los pajaritos del campo no trabajan ni hacen nada por sí ni por otros, y se pasan la vida muy bien. Comen, gozan y están contentos. Con los demás animales y con las plantas acontece lo mismo: á ninguno le falta alimento, vestido, goce y dicha. ¿No es lo acertado en los hombres comportarse de una manera análoga? ¿Por qué, pues, dirigir censuras, conforme se hace frecuentemente, á los holgazanes y aprovechados, y alabar, por el contrario, á los trabajadores y filántropos que no tienen una hora suya y que emplean todo su tiempo y todas sus fuerzas en buscar algún alivio á sus prójimos y en proporcionarles nuevos recursos y medios de goce y ventura?

He leído que Mélanchton y Cremonini se negaron á mirar al cielo á través del telescopio, por miedo á perder su tranquilidad de espíritu al contemplar deshechas con tal vista sus queridas presentes convicciones, ó más bien ilusiones. Y acaso no hicieran mal. Hay muchos que obran del mismo modo: temen salir del horizonte en que se hallan y penetrar en otros nuevos, donde no saben si serán menos felices que en el primero. Es lo de «vale más lo malo conocido que lo bueno por conocer», que tiene mucha miga y mucha filosofía. Yo me explico muy bien, justifico, y no sé si diga que aplaudo, el proceder de cuantos tienen un santo horror á las innovaciones, á los inventos, á la ciencia y la sabiduría como causa de ellos, por el desasosiego y las perturbaciones que traen para el tranquilo disfrute de lo existente. El gran resorte de su existencia apacible es la rutina: innovación y mal son para ellos inseparables, en lo que quizás no les falte razón. Y para huir del mal, huyen de las innovaciones, origen de él. Así sucede desde luego con las personas de mentalidad y cultura inferiores, según se dice: los salvajes, los niños, las clases sociales bajas y atrasadas, las mujeres. Todas estas personas son, por lo regular, más misoneístas y rutinarias que las cultas; viven

muy á gusto en su medio presente, que estas últimas hallan imperfecto y necesitado de mejoramiento, y se oponen resueltamente á salir de su paso. Los civilizados quieren civilizarles también á ellos, aunque sea á la fuerza (guerra, conquista, intervención, coacción), pero ellos huyen de la civilización y prefieren su actual estado rutinario.

Hay que añadir ahora que algo, ó más bien bastante de esto nos sucede á todos. No hay quien no sea más ó menos misoneísta y conservador. Todo el mundo, aunque en diverso grado, pugna por que el estado presente tenga una cierta duración para poderlo disfrutar, y por eso mismo se apega á él y lo defiende contra las pretensiones de cambio. Es una gran ilusión la que algunos se hacen creyendo proceder de otra suerte. No hay, en realidad «dos clases de hombres destinados á seguir en la vida caminos diversos», es á saber, unos «fríos, apacibles, en cuyos movimientos no hay brusquedad alguna, que van hacia adelante sin un grito, ni un gesto, ni una palabra desentonada, por una senda recta, cuidada, bien tenida, con paso lento, metódico, sometidos á órdenes y reglamentos», y otros «valientes, irreflexivos, incomprensibles, capaces de vivir con intensidad, dejándose arrastrar por la vida misma, yendo, viniendo, tornando, en carrera loca, desenfrenada, con andar ilógico y descompasado, por una senda no trazada y recorrida». Nada de esto; no se dan estas dos clases de hombres: todos son iguales, bien que en cantidad distinta; todos rutinarios y misoneístas, y todos también más ó menos innovadores, revolucionarios é ilógicos.

Si la separación entre las dos clases fuese efectivamente radical y terminante, como se figuran muchos, yo no sabría decir, en verdad, cuál de ellas sería la más útil y la que mejor interpretase la vida. No sé si no es más factible un vivir inmóvil de gentes todas rutinarias y conservadoras, que un vivir en modificación perpetua de gentes todas rebeldes, descontentas, insumisas, donde no se halla nunca nada bueno, ningún camino que se considere digno de ser utilizado. Lo pro-

bable es que ambas fuerzas sean por igual imprescindibles; pero de encontrarse uno en la disyuntiva forzosa de tener que elegir entre ellas, lo más probable es que hubiera de recaer la preferencia sobre la conservadora y quiescente. ¡Pobre de la calentura innovadora si no recayese sobre un cuerpo suficientemente sólido y robusto para resistir su acción y sus inherentes estragos! No puedo por eso secundar á los que, con suma ligereza á mi juicio, condenan y fustigan á los hombres «metódicos, de paso lento», pues esos hombres constituyen algo así como los tejidos sociales más resistentes, que sirven de soporte á la inquieta agitación del nervioso, imposible sin ellos. Un organismo sin otro tejido más que este último, ¿qué sería? Hacen falta también el óseo y el sanguíneo y el muscular; del conjunto y enlace de todos ellos se forma la complejidad del sér, que de otro modo quedaría reducido á una uniformidad monótona é insoportable.

Y esto que se dice vale para cualesquiera y para todos los órdenes de relaciones interhumanas. Los distintos elementos sociales se sirven mutuamente de sostén; más bien que mirarse como enemigos, según sucede á menudo, han de considerarse como cooperadores que se exigen y necesitan unos á otros para una obra única, pero complicada. Si en el mundo no hubiera más que revolucionarios y rebeldes, el mundo no podría marchar; ni siquiera sería posible la rebeldía, por falta de alguien contra quien rebelarse. Y si los rebeldes faltaran, ¿quién empujaría el carro de la vida, sobre el que van tan satisfechos los conservadores, para hacerlo marchar? En vez de combatirse unos á otros, como es uso, y de lanzarse mutuos improperios, bueno sería que ambas partes se hicieran cargo de que cada una de ellas no tendría motivo para existir como la otra no existiese. El conservador que entienda su interés debe bendecir al revolucionario, tanto como el revolucionario al conservador. He aquí una nueva base para la tolerancia, que conviene agregar á las restantes sobre que esta última se apoya. Cada hombre necesita de su enemigo.

Yo no sé por qué regla de tres los elementos sociales estadizos han de permitir y respetar la existencia de los que se denominan elementos avanzados, y los elementos avanzados han de mostrarse intolerantes con los elementos estadizos y conservadores. Es la cuestión de lo viejo y ló nuevo y la de viejos y jóvenes. Quieren éstos que los viejos comprendan su derecho á la vida, y ellos, en cambio, no se muestran propicios á comprender el derecho á la vida de los viejos. Este fenómeno puede observarse á todas horas en un sinnúmero de esferas; sin embargo, donde se muestra con singular relieve es en la literatura. Quisieran, par ejemplo, los denominados modernistas, los cuales se figuran sin razón ser innovadores radicales, que no se permitiese el derecho á vivir sino á los leales al modernismo, ó bien que á todo el mundo se obligara á convertirse en fiel de esta única iglesia; y por su parte, los partidarios del *statu quo* y amantes de la literatura presente y de la tradicional, con sus procedimientos, abominan del modernismo como de una epidemia y le quieren cerrar el paso á toda costa, condenándolo á muerte para siempre.

Ni los unos ni los otros tienen, probablemente, razón por completo, ni dejan en parte de tenerla. La literatura antigua y al modo antiguo hace la misma falta que la innovadora. Cada una de ellas tiene su público predilecto, y es, á lo que parece, insensato querer destruir esta variedad de gustos, para imponer á los demás el propio como el único aceptable y digno de respeto. No he podido persuadirme nunca de que sea necesario proscribir, v. g., los versos y las novelas que algunos califican de malos porque no les agradan á ellos, pero que son precisamente los que agradan al gran público, quien tiene también sus exigencias, sus concepciones, su criterio, sus preferencias, tan respetables como cualesquiera otras. La literatura de los periódicos ilustrados, la del antiguo *Madrid Cómico*, a de *Los Sucesos*, la de otras publicaciones semejantes, la del llamado *género chico*, y los teatros por horas, los dramones y melodramas, los cuentos insustanciales, pero sobre cosas llama-

tivas y extraordinarias (como los escritos para niños y preferidos por éstos), los novelones de folletín y espeluznantes, los relatos de crímenes y de toros... todo esto, que ciertas personas son incapaces de leer, á menos de hacerse violencia, y que á menudo califican de horrible, es justamente el manjar literario predilecto de miles y millones de lectores, á quienes se les cae de las manos toda obra de las calificadas de admirables y exquisitas por otros. Para ese gran público no hay otra literatura mejor que la dicha. No traga otra. Y ese público es tan de respetar como el otro, no ya sólo porque tiene derecho á vivir tanto por lo menos como el otro, sino porque es muchísimo más numeroso que el otro. El público de Fernández y González, novelista, ó de López Silva, autor de versos chulos, ó de Luis Taboada, es sin comparación más numeroso que el de Palacio Valdés ó cualquier otro escritor de miga. Si fuese cuestión de votos, los últimos quedarían incomparablemente por debajo de los segundos, como en otro orden Menéndez Pelayo quedaría vencido por *Machaquito* ó por *Bombita*. Pero repito que no sin razón, y que no sirve gritar contra lo que sucede. Los que se indignen porque ocurra así debieran tener en cuenta que cada cual se divierte y goza como puede y con lo que puede, y que si él, v. g., se deleita leyendo á Dante, á los demás el Dante les aburre y produce un tedio insoportable, y en cambio encuentran muchísima satisfacción saboreando las escenas chulescas de López Silva. Se aplaude lo que está en consonancia con nuestro estado de espíritu, y no todo el mundo lo tiene igual al de los otros. A cada uno hay que juzgarle desde su punto de vista, no desde el nuestro, lo que es desacertado; y juzgando á cada uno desde su punto de vista, no cabe hablar de cosas malas ni buenas, superiores ni inferiores, aceptables ó inaceptables en sí y para todos, sino de cosas buenas ó malas, aceptables ó inaceptables para cada uno. Nada es de este modo revolucionario ni conservador, nuevo ni viejo, acostumbrado ni insólito, reglado ni irregular en absoluto; todo puede ser y suele

ser al mismo tiempo lo uno y lo otro, según quien lo contemple y juzgue.

No es lo general hacerse cargo de esto, sino que cada uno llama bueno exclusivamente á lo suyo, sin transacción posible con nadie. Al que no opina como él, lo tiene por adversario irreductible, frente al cual es preciso ejercitar persecución incesante *(aeterna auctoritas)*. El que no está conmigo es mi enemigo. Gentes hay, en número abundantísimo, que no admiten como viable otra doctrina que la suya. Algunos se aferran á las ya existentes, tradicionales y sistematizadas, con un tesón tal, que ni quieren desprenderse de ellas en todo ni en parte, ni admiten tampoco siquiera transacción alguna con otras. Toda vacunación ó infusión de sangre nueva les espanta. Según ellos, el árbol secular debe permanecer intacto, sin podarle rama alguna, ya seca ó inservible, ni admitir á su lado la aparición de ningún injerto ni ningún brote. Y, al revés, frente á éstos están otros que no hallan cosa alguna aceptable en lo existente, todo cuyo conjunto quieren declarar en ruinas, haciendo pasar sobre él aquel «carro de la destrucción y de la reforma» de que hablaba D. Joaquín Francisco Pacheco (que por cierto era un conservador en mil otras cosas) refiriéndose al sistema penal antiguo y á la necesidad de reemplazarlo con otro totalmente distinto, totalmente nuevo.

Y he aquí los dos factores de la vida y la progresión social, que siendo ambos indispensables y necesitándose y auxiliándose mutuamente, se suelen mirar con el recelo y la hostilidad de los adversarios. Uno y otro se tienen, erróneamente, por exclusivos y únicos. Uno y otro se completan, se entrecruzan y se sostienen, sin embargo, si bien ellos se suelen figurar otra cosa. La posición de armónica tolerancia y de recíproco aprovechamiento es, quizá por eso, más segura y fundada. Los «mestizos», tan despectivamente tratados por los radicales de uno y otro bando á que se acaba de hacer referencia, son acaso los que más acertadamente entienden é interpretan la vida, los que, huyendo por igual de uno y otro extremo, saben utili-

zar adecuadamente las fuerzas progresivas y conservadoras que en ambos residen.

Entre los grandes hombres, que traen las innovaciones, los cambios, las rebeldías contra el origen existente, y la conservadora masa, la representante del sentido común, la que imita y sigue servil y rutinariamente á aquél consolidando sus inventos y en gran parte también preparándolos y sirviéndoles de soporte, como el pedestal sostiene la estatua, yo no sé á quién habría de dar la preferencia si me viese obligado á elegir. Si el grande hombre vive mucho en el futuro y para el futuro, que ha de ser sin duda una realidad, la masa vive ante todo y sobre todo en el presente y para el presente, que es, hoy por hoy, más realidad todavía. No hay presente sin futuro, pero quizás menos pueda existir el futuro sin el presente, sobre el que se apoya y en el que hunde sus raíces para sacar mediante ellas la savia que le sirve de alimento. Dignos de loa son esos grandes hombres, esos rebeldes, esos innovadores que empujan al presente hacia un mañana, que á su vez se convertirá en presente y en pasado; pero los sostenedores y utilizadores del momento actual, heredero de las adquisiciones anteriores, ¿no lo son igualmente, ya que sin ellos la tradición histórica se interrumpiría, las dos orillas quedarían desunidas y la vida se encontraría forzada á recomenzar eternamente de nuevo su proceso?

P. Dorado

EL PRETENDIENTE AMERICANO

(NOVELA)

I

La campiña inglesa ofrecía, en la mañana aquella, un aspecto radiante. Álzase sobre una altura una imponente casa: es el castillo de Colmondeley, el cual, con sus antiguas torres y sus muros revestidos de hiedra, evoca el recuerdo viviente del feudalismo de la Edad Media. El castillo es una de las numerosas propiedades del duque Rossmore, caballero de la Jarretiera, gran cruz de la Orden del Baño, caballero de San Miguel y San Jorge, etc., etc., etc. El duque posee 22.000 áreas de tierra en Inglaterra, todo un barrio en Londres, ó sea unas dos mil casas; para llevar su digno tren de vida, se contenta con una renta anual de dos mil libras. El padre, y al mismo tiempo el fundador de esta noble estirpe, fué Guillermo el Conquistador en persona; el nombre de la madre ha quedado en silencio; siendo esta última la hija de un modesto curtidor de Falaise, no figura en la genealogía sino como un personaje secundario y sin importancia.

En dicha hermosa mañana dos hombres están sentados en el comedor del castillo ante los restos de una copiosa comida. El uno es el anciano duque: alto, de arrogante presencia, tiene un gran aspecto con su severa frente coronada por blancos cabellos; cada gesto, cada detalle de su persona denota un hombre de raza y de carácter que lleva alegremente sus setenta años. El otro es su hijo único, joven de soñador aspecto, al

que se creería de veinticinco años, pero que en realidad frisa en los treinta. Los principales rasgos de su carácter parecen ser la bondad, la dulzura, la sencillez y la rectitud; la enumeración de los títulos más ó menos rimbombantes que lleva parece un peso excesivo para sus hombros; se llama el honorable Kirendbright Llauover Marjorybanks Sellers, vizconde Berkeley de Colmondeley Castle, de Warwick Shire. El joven vizconde se encuentra actualmente de codos en la ventana en una actitud de profundo respeto, mientras que su padre le habla, y presta atento oído á los argumentos paternos. El duque recorre la sala hablando, y trata de convencer á su hijo.

—A pesar de tu dulzura, hijo mío—le dijo,—sé perfectamente que cuando estás decidido á hacer algo requerido por lo que llamas tus sentimientos de honor y de equidad es inútil tratar de disuadirte de ello, es perder el tiempo en balde. En cuanto á mí...

—Si quieres considerar la cuestión sin prevenciones, reconocerás, papá, que no se trata de una cosa que se me haya metido en la cabeza. No soy yo quien ha inventado al competidor americano del ducado de Rossmore; no he ido á desenterrarlo para imponértelo. Ha surgido por sí mismo; él es quien se ha puesto en nuestro camino.

—Y quien, desde hace diez años, me está quemando la sangre con sus cartas impertinentes, sus razonamientos ociosos, sus insidiosos argumentos...

—Cartas que, por lo demás, nunca has querido leer. Y sin embargo, tenía derecho á exigirlo. El examen de tales cartas hubiera probado dos cosas: ó bien que era el verdadero duque (en este caso nuestra situación quedaba clara), ó bien que no lo era. De todos modos, hubiéramos sabido á qué atenernos. Yo he leído esas cartas, papá; las he estudiado detenidamente. Las pruebas parecen evidentes; encadénanse perfectamente los hechos: le creo en efecto el verdadero duque.

—¿Entonces yo soy un usurpador, un miserable vagabundo sin nombre y sin hogar? Pesa tus palabras.

—Sin embargo, si es el verdadero duque, si el hecho queda realmente establecido, ¿consentirías en conservar sus títulos y sus bienes ni una hora siquiera?

—No dices más que absurdos, querido mío, estupideces. Y ahora escucha la confesión que voy á hacerte, si te place darle este nombre. No he leído nunca tales cartas, porque nunca se ha presentado la ocasión. Conocía su existencia en vida de mi padre y del padre del competidor actual; la cosa se remonta, pues, á cuarenta años. Los antepasados de ese individuo han estado en relaciones con los míos hace unos ciento cincuenta años. La verdad es que el heredero del nombre marchó á América al mismo tiempo que el hijo de los Fairfax; desapareció en las landas de Virginia, se casó allí y dió la vida á una generación de salvajes. Nunca dió noticias suyas. Se le consideró, pues, como muerto. Heredóle su hermano menor, y murió; entonces fué cuando el hijo del último comenzó sus reclamaciones en una carta que todavía existe; pero falleció antes de haber recibido una respuesta. El hijo de este individuo creció (ya ves que transcurrió buen número de años), y continuó invocando argumentos irresistibles. Los sucesivos herederos fueron transmitiéndose la consigna, hasta el último imbécil actual. Todos ellos á cual más miserables, ninguno fué capaz de pagarse la travesía á Inglaterra é intentar un proceso. Otra cosa les ha ocurrido á los Fairfax que conservaron sus títulos y han hecho valer sus derechos aun habitando en Maryland. En suma, la situación se resume así: moralmente, ese americano que no tiene dónde caerse muerto es el verdadero duque de Rossmore; legalmente, no tiene ningún derecho. ¿Estás satisfecho ahora?

Después de un momento de silencio, el joven vizconde, con los ojos fijos en el escudo de la alta chimenea, dijo con voz triste:

—El blasón heráldico de nuestra casa lleva el lema *Suum cuique*: á cada uno lo suyo. Tu franca revelación, papá, da á este lema un elocuente mentís. Si ese Simón Lathers...

—Hazme el favor de no pronunciar ese nombre odioso. Desde hace diez años está envenenando mi vida; ¡no oigo otra cosa en todas partes que Simón Lathers, Simón Lathers! Y ahora, para grabarle irrevocablemente en mi memoria, ¿qué es lo que has resuelto?

—Me marcho á América en busca de ese Simón Lathers. Le cederé mi puesto.

—¡Cómo! ¿Le vas á abandonar tus derechos á mi sucesión?

—Tal es mi propósito.

—¿Harías esa insensatez sin examinar las reivindicaciones de ese individuo?

—Sí—contestó el joven con alguna vacilación.

—En verdad que te vas volviendo loco, hijo mío. Dime, ¿has vuelto á ver á ese socialista idiota, á ese lord Tanzy de Tollenache?

Como el vizconde no respondiese nada, añadió su padre:

—Sí, reconoces que frecuentas el trato de ese renegado, vergüenza de su familia y de la sociedad, que considera los privilegios de la nobleza como bienes usurpados, las instituciones aristocráticas como robos, las desigualdades de condición como una infamia social. ¡Pretende también que el único pan honrado es el que gana un hombre con el sudor de su frente! ¡Bah!

Y diciendo esto, el anciano gentilhombre se cogió la cabeza con sus bellas manos blancas.

—¿Verdad que has adoptado sus ideas?—preguntó con tono irónico.

El rubor que cubrió la frente de su hijo probó que el padre había dado en el clavo; el joven respondió con dignidad:

—Perfectamente, y lo reconozco sin avergonzarme. Por lo menos, ya sabes ahora por qué renuncio á mi herencia. Deseo romper con una existencia y un pasado que considero inicuos; empezaré mi vida de hombre emancipado de los ringorrangos que nos parecen indispensables; triunfaré ó fracasaré, según lo que personalmente valga. Marcharé á América, en donde

todos los hombres son iguales y tienen las mismas probabilidades de éxito; moriré ó viviré, una de dos.

—¡Dios mío, Dios mío!

Los dos hombres se miraron un momento silenciosos; después el padre exclamó meneando la cabeza:

—¡Está loco, verdaderamente loco!

Hubo un nuevo silencio, y el duque dijo como si tomara su partido en aquella locura:

—Bien, sea; por lo menos tendré un consuelo: ese Simón Lathers vendrá á tomar posesión de sus bienes, y podré entonces darme el gustazo de ahogarle en el abrevadero. ¡Pobre diablo! ¡él tan humilde siempre, tan cortés, tan respetuoso en sus cartas! ¡tan lleno de deferencia hacia nuestra casa y nuestra familia! ¡tan orgulloso de sentir correr en sus venas la sangre de nuestra raza! ¡tan deseoso de vernos reconocer su parentesco! ¡y al mismo tiempo tan pobre, tan miserable, tan desgraciado y tan ridiculizado á los ojos de su círculo americano por sus absurdas reivindicaciones! ¡Dios mío, qué cartas las suyas! ¡qué chabacanas y qué obsequiosas!... ¿Qué hay?

Esta pregunta se dirigía á su ayuda de cámara, magnífico con su librea de un rojo escarlata, pantalón corto y botones de oro, que se mantenía ante su amo en una actitud impecable, con una bandeja de plata en la mano.

—Estas cartas, señor.

Las tomó el duque, y desapareció el lacayo.

—¡Hola! ¡una carta de América! Seguramente procede de ese individuo. Pero ¡diablo, qué cambio! Ya no es el sobre amarillo, grasiento, comprado en la tienda de ultramarinos de la esquina, como los anteriores. No; es un sobre decente, con ancho filete negro (no puede llevar luto más que por su gato ó su perro, puesto que no tiene otra familia), con su hermoso sello rojo con nuestras armas; nada le falta; tiene incluso el lema. Y ha cambiado de letra este majadero. Sin duda se permite tener ahora un secretario, que por cierto tiene una magnífica letra. Se conoce que la rueda de la fortuna se ha inclina-

do esta vez en favor del primo de América. ¡Qué metamorfosis!

—Léela, te lo ruego.

—Sí, esta vez la leeré; me parece más interesante.

«14.042, calle 16.ª, Washington. 2 Mayo.

»Señor duque: Tengo el penoso deber de participarle el fallecimiento de nuestro ilustre jefe de familia, el honorable y muy poderoso Simón Lathers, conde de Rossmore, muerto en su propiedad de los alrededores de Duffet's Corner, en el Estado de Arkansas. Le participo también el fallecimiento de su hermano gemelo; ambos han sido triturados por una rueda en una fábrica. Débese tan horrible accidente á la incuria de los que manejaban la máquina. Esta irreparable desgracia ha ocurrido hace cinco días, sin que un solo representante de la familia haya podido cerrar los ojos á nuestro venerado jefe y tributarle los honores debidos á su cargo. Los cuerpos de los dos infortunados hermanos se encuentran en este momento conservados en hielo; recibirá usted próximamente los restos mortales, enviados por el primer barco, para que encuentren en ésa, en el mausoleo familiar, el puesto y los honores que les son debidos; desde este momento hago poner nuestras armas en mi puerta; supongo que usted hará lo mismo en las puertas de sus diferentes residencias.

»Debo también recordarle que esta desgracia me instituye en único heredero de los títulos, bienes y propiedades pertenecientes á nuestro difunto primo, y me veo, con gran sentimiento mío, en la obligación de reclamarle todo lo que detenta usted ilegalmente.

»Enviándole el testimonio de mi perfecta consideración y de mis mejores sentimientos de parentesco, soy suyo afectísimo primo,

MULBERRY SELLERS, LORD ROSSMORE»

—¡Es cosa de morirse de risa! La verdad es que esta carta es curiosa. No hay duda de que tiene un magnífico tupé; la carta es sublime.

—No, esa carta no tiene nada de chabacano ni de obsequioso.

—Pero no conoce el valor de las palabras. ¡Armas! las armas de ese petate y de su hermano gemelo. ¡Y por añadidura me envía sus esqueletos! No, la verdad es que el otro pretendiente era un pobre loco, pero éste es un loco. ¡Y qué nombres! ¡Mulberry Sellers! ¡Simón Lathers! ¡Qué nombres tan armoniosos! ¿Vas á irte?

—Con tu permiso, papá.

El duque permaneció solo algún tiempo reflexionando, y se dijo á sí mismo, pensando en su hijo:

—Es un muchacho excelente, adorable; que haga lo que quiera; mis amonestaciones no servirían para nada. Por el contrario, empeorarían la situación. Todas mis observaciones y las de su tía han fracasado; espero que América se encargará de volver á la razón á ese joven sin sustancia, y que las contrariedades harán un bien á su mentalidad extraviada. ¡Un joven lord inglés que renuncia á los privilegios de su nacimiento para convertirse en hombre! Es para morirse de risa.

II

Días antes del envío de la carta en cuestión, el coronel Mulberry Sellers estaba sentado en su biblioteca; la habitación esta le servía al mismo tiempo de salón, de galería de cuadros y de taller, según las circunstancias. Parecía completamente absorbido por la confección de un objeto pequeño que se parecía á un objeto mecánico.

El coronel era un hombre de edad madura, de pelo blanco, pero parecía joven aún, activo y nada achacoso por la edad. Su querida esposa estaba sentada á su lado, y hacía media tranquilamente, con su gato en las rodillas. La habitación era espaciosa, clara y agradable, aunque amueblada sencillamente y adornada con algunas chucherías de poco valor. Pero las flo-

res, y un no sé qué en el ambiente, acusaban en la casa la presencia de una persona activa y llena de gusto.

Los mismos cromos que pendían de las paredes no molestaban á la vista, y decoraban armoniosamente el salón; era difícil apartar la mirada de aquellos cuadros: unos representaban el mar; otros, paisajes; algunos eran retratos. Reconocíanse en éstos americanos célebres, ya fallecidos; hasta una mano atrevida había grabado al margen de varios de estos retratos el nombre de los duques de Rossmore. Al pie de uno de ellos figuraba el nombre de Simón Lathers, duque de Rossmore actual. Colgado de una pared veíase un plano de ferrocarril, arrancado de una guía, en el que figuraba el sonoro nombre de «Dominio de Rossmore». En la pared opuesta otro mapa constituía el ornamento más importante de la habitación; era un mapa enorme. Representaba por el momento la Siberia, pero se había juzgado oportuno anteponer á tal nombre la palabra «Futura». Veíanse en este mapa anotaciones con tinta roja, indicaciones de ciudades y de su población, allí en donde no existían aún ni ciudades ni habitantes. Una de estas ciudades imaginarias, destinada á contener quinientas mil almas, llevaba el nombre bárbaro de «Libertyorloffskaisanliski»; otra, más importante todavía (la capital, sin duda), se llamaba «Freedomovnaivanovich».

La casa que ocupaba el coronel (su hotel, como él le llamaba) era bastante grande; veíase en ella todavía una ligera sospecha de color, lo suficiente para dar á suponer que estuvo estucada en otro tiempo. Situada en un barrio de Washington, debió de construirse en pleno campo, en medio de un patio bastante mal cuidado; rodeábala una empalizada en lastimoso estado, cuya puerta permanecía casi siempre cerrada.

Diversas placas ornaban la entrada de esta vivienda; la más ostensible tenía la inscripción siguiente: «Coronel Mulberrey Sellers, procurador de tribunales y abogado». Las otras indicaban al transeunte que el coronel era al mismo tiempo

hipnotizador, médico de enfermedades mentales, magnetizador, etc., etc.; en suma, un hombre universal.

Un arrogante negro de cabellos blancos, con anteojos y guantes de algodón blancos, se presentó, hizo un profundo saludo, y anunció:

—El Sr. Washington Hawkins.

—¡Dios mío! ¡Dile que pase, Daniel, dile que pase!

En un instante el coronel y su mujer se pusieron en pie, acogiendo al visitante con transportes de alegría. Era un hombre de unos cincuenta años, al que su pelo blanco y su deprimido aspecto daban la apariencia de un viejo.

—¡Por fin ha venido usted, Washington, amigo mío! Mucho nos alegramos de volverle á ver, se lo aseguro; ya sabe usted que está usted aquí en su casa; un poco ha envejecido usted, á lo que me parece; pero, aparte de esto, siempre el mismo, ¿no es verdad?

—Sí, ciertamente. ¡Cómo se parece usted á su inolvidable padre! Pero, ¡Dios mío!, ¿de dónde viene usted? Hace cuando menos...

—Quince años que marché, señora Sellers.

—¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ay!

Su voz tembló, un sollozo cortó su última palabra, y los dos amigos, silenciosamente conmovidos, la vieron enjugar furtivamente una lágrima con el borde del delantal.

—Le ha recordado usted, sin quererlo, á sus hijos, ¡muertos todos, salvo el último! Pero no pensemos en las penas; alegría sin nubes, tal es mi divisa; necesítase esto para soportar su falta; crea usted en mi vieja experiencia, Washington. Vamos, cuénteme algo de lo que ha sido de usted durante estos quince años, y en dónde ha estado.

—No lo adivinaría usted, coronel. He estado en Cherokee.

—¿En Cherokee? ¿en mi país?

—Exactamente.

—¡No es posible! ¡Cómo! ¿Ha vivido usted allí?

—Sí, si se puede llamar vida á la existencia que llevábamos

en aquel agujero, en donde no hay más que decepciones, desalientos y enojos de toda especie.

—¿Y vivía Luisa con usted?

—Sí, y también los niños.

—¿Y están allí todavía?

—Sí; mis medios no me permitían traerlos.

—¡Ah! comprendo: usted se ha visto obligado á venir para hacer alguna reclamación al Gobierno. No se inquiete usted, amigo mío: me encargo del asunto.

—Nada quiero reclamar del Gobierno.

—¿No? Entonces querrá usted alguna administración de Correos. La obtendremos: esté usted tranquilo.

—Nada de eso; se encuentra usted lejos de la cuestión.

—Vamos, Washington, ¿para qué tanto misterio? ¿Por qué no decirme lo que desea, y demostrar tan poca confianza en un antiguo amigo como yo? ¿Me cree usted incapaz de guardar un...?

—No hay ningún secreto; pero me está usted interrumpiendo.

—No, amigo mío; conozco la naturaleza humana, y sé que cuando un hombre llega á Washington, venga de Cherokee ó de otra parte, es porque persigue un fin bien definido. Y, por regla general, no obtiene lo que desea; entonces cambia de objetivo y solicita otra cosa, en lo que fracasa como la primera vez: la mala suerte le persigue; pero se obstina en quedarse, y concluye por caer en una miseria tal que ya no puede volver á su casa. En suma, se muere, y Washington hereda sus despojos... Déjeme hablar; sé lo que digo. Yo era feliz; mi situación era próspera en el Far West, como usted sabe. Tenía una posición única en Hawkeye; pasaba por el primer ciudadano, el autócrata del lugar; sí, el autócrata, Washington. Pues bien, quieras que no, tuve que ceder á las instancias generales y llegar á ser ministro en el Parlamento. Como todo el mundo me impulsaba á ello, empezando por el gobernador, consentí en marchar, bien á pesar mío, se lo aseguro. Llegué, pues... ¡con un día de retraso! Vea usted, Washington, de

qué dependen los mayores acontecimientos. Mi puesto estaba tomado. Y yo me encontraba sin saber qué cara poner; el presidente lamentaba mucho el contratiempo, pero el mal estaba hecho. Entonces hube de moderar mis pretensiones (nunca es esto una cosa mala para nosotros), y pedí la legación de Constantinopla; al cabo de un mes presenté mi candidatura para China, después para el Japón; pasado un año, solicitaba, con lágrimas en los ojos, un empleo ínfimo de rompedor de piedras en el departamento de la Guerra... y tampoco lo obtuve.

—¿Rompedor de piedras?

—Exactamente; ese empleo fué instituído en la época de la Revolución, cuando el Gobierno suministraba los fusiles de chispa. Y ese puesto existe todavía, aunque se hayan suprimido los fusiles de chispa, porque el decreto que lo creó no ha sido revocado. Es un olvido, una negligencia, si usted quiere, pero el titular de ese empleo continúa cobrando como en los tiempos pasados.

—¡Qué historia!—exclamó Washington, tras un momento de silencio.—De ministro, con sueldo de 25.000 francos, bajar todos los peldaños del orden social hasta el oficio de rompedor de piedras, con...

—Tres dolars por semana; esta es la vida, mi buen amigo. Aspira uno á un palacio, y después se da uno por satisfecho con albergarse en un chiribitil.

Después de un prolongado silencio, dijo Washington con voz conmovida:

—De suerte que vino usted contra su voluntad, por ceder á las instancias y satisfacer al amor propio de sus conciudadanos, y no ha recibido usted nada á cambio de su abnegación.

—¿Cómo nada?—y el coronel recorrió la habitación á largos pasos para calmar sus nervios sobrexcitados.—¿Nada? ¿Qué dice usted, Washington? ¿Cuenta usted como nada el honor de formar parte del Cuerpo diplomático del primer país del mundo?

A su vez, Washington quedó atónito: sus miradas y la ex-

presión de su rostro decían más que todas las palabras que hubiera podido pronunciar. La herida del coronel estaba cicatrizada; volvióse á sentar, alegre y contento, é, inclinándose hacia adelante, siguió diciendo:

—¿Qué podían dar á un hombre cuya carrera ilustre no tenía precedente en la historia del mundo, á un hombre que, llevado por la opinión pública, había pasado por todos los peldaños de la carrera diplomática, desde el puesto único de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la Corte de Saint-James hasta el de cónsul en una roca de guano de las islas de la Sonda, con honorarios pagaderos en guano? (Por lo demás, esta isla desapareció en la convulsión de un terremoto la víspera del día en que iba á firmarse mi nombramiento.) En recuerdo de este hecho único y memorable, necesitaba una recompensa grandiosa: me la concedieron. La voz del pueblo, el sufragio universal, que es superior á las leyes y rige á los Gobiernos, me nombró miembro inamovible del Cuerpo diplomático y representante de todas las potencias de la tierra cerca de la Corte republicana de los Estados Unidos de América. Después me acompañaron á mi casa entre los resplandores de una retreta con antorchas.

—Es maravilloso, coronel, sencillamente maravilloso.

—Es la posición más bella del mundo.

—Ya lo creo, la más imponente.

—Usted lo ha dicho. Piense usted un poco en la extensión de mi poder: frunzo las cejas, y la guerra se desencadena; sonrío, y todas las naciones deponen las armas.

—¡Es horrible una responsabilidad tan abrumadora!

—¡Oh! la responsabilidad no me ha asustado nunca: siempre he estado acostumbrado á ella.

—¡Y qué maremágnum, Dios mío! ¿Se ve usted obligado á asistir á todas las sesiones?

—¡Yo! ¿Preside el emperador de Rusia los Consejos de los gobernadores de sus provincias? Sentado en su palacio, dicta sus voluntades.

Washington se calló; después, lanzando un profundo suspiro, dijo:

—Yo estaba orgulloso de mí hace un instante; pero ¡qué poca cosa me encuentro ahora! Coronel, el motivo que me trae á Washington es éste: soy el delegado congresista de Cherokee.

El coronel dió un salto, y expresó ruidosamente su alegría.

—Déme la mano, amigo mío. ¡Qué noticia! Le felicito con todo mi corazón. Bien lo había predicho: siempre dije que le esperaban los más altos destinos. Puede confirmarlo Polly.

Washington estaba asombrado ante tal explosión de admiración.

—Pero, coronel, no me felicite con tanto calor. Ese pequeño oasis, microscópico, perdido é inhabitado, no es más que un punto minúsculo en el Universo. Me hace el efecto de una mesita de billar.

—Cállese. El hecho de su elección prueba su influencia.

—Pero, coronel, ni siquiera tengo voto.

—¿Qué importa eso? Puede usted perorar á sus anchas.

—Tampoco, porque no hay más que doscientos habitantes.

—Está bien, está bien.

—Ni siquiera tenían derecho á elegirme, porque como nuestro país no está reconocido como territorio, ningún acto oficial del Gobierno relataba nuestra existencia.

—Todo eso es broma. Ya lo arreglaré yo en nada de tiempo.

—¿De veras? ¡Oh coronel! ¡qué bueno es usted! Le encuentro el mismo amigo fiel de siempre.

Y al decir esto, asomaron lágrimas de gratitud á los ojos de Washington.

—Considero la cosa como hecha, amigo mío. Déme un apretón de manos, y le prometo que nosotros dos hemos de hacer grandes cosas.

III

La señora Sallers volvió á tomar parte en la conversación, y se puso á interrogar á Washington sobre su mujer, el número de sus hijos, su salud; este cuestionario condujo á una revista de todos los hechos ocurridos en Cherokee desde hacía quince años.

En aquel instante llamaron al coronel al teléfono, y Hawkins aprovechó la ausencia de aquél para preguntar á su mujer qué genero de vida había llevado el coronel durante todo aquel tiempo.

—Siempre la misma existencia; con su naturaleza, no se podía esperar ningún cambio; no se hubiera prestado á ello.

—¡Lo creo fácilmente!

—Sí; ya ve usted, permanece inmutable, y ha encontrado usted al «Mulberry Sellers» de siempre.

—Así es.

—Siempre el mismo buen sujeto, generoso, fantástico, lleno de corazón y de ilusiones; los desengaños no le descorazonan, y se le quiere como si fuera el niño mimado de la fortuna.

—Es muy natural; ¡es tan servicial, tan amable!; nunca inspira esa cortedad que se siente cuando se trata de pedir un favor á alguien; tiene el dón especial de hacer que se cobren ánimos en seguida.

—Su carácter no ha variado nada, en efecto; y esto es tanto más sorprendente cuanto que se ha visto horriblemente maltratado por gentes que se sirvieron de él como de un trampolín. Le han despedido el día en que ya no necesitaban de sus servicios. Cuando se dió cuenta de tan malos procedimientos, se resintió su amor propio; creí que la triste experiencia le serviría y aprovecharía la lección. Pero nada: á los quince días se había olvidado de todo, y el primer aventurero que llegara

podía captarse su confianza enterneciéndole con sus supuestas desgracias: Mulberry estaba pronto á ayudarle.

—La paciencia de usted debe de someterse á rudas pruebas algunas veces.

—¡Oh! no; estoy acostumbrada, y hasta prefiero verle en tales disposiciones. A otra mujer que no fuera yo le parecería tal vez que está plagado de defectos; pero, por mi parte, le confieso que le quiero tal como es. Cierto es que me veo obligada á reñirle, pero sin duda tendría que hacer lo mismo si tuviera otro carácter; en suma, casi prefiero ver que le salga mal un negocio que bien.

—¿Pero le ha salido bien algo alguna vez?—preguntó Hawkins con interés creciente.

—¡Ya lo creo! Solamente que cuando la vena le sonríe me encuentro doblemente inquieta, porque el dinero corre al primero que se lo pide. Llena la casa de enfermos, de idiotas y de pobres petates de todo género, á los que no quieren en ninguna parte, y cuando vuelve á faltar el dinero me veo obligada á echarlos, so pena de morir de hambre. Naturalmente, esta medida cruel nos apena á los dos. Por ejemplo, ahí tiene usted al viejo Daniel y á Jinuy, á quienes el sherif hubo de enviar al Sur cuando nuestra quiebra de antes de la guerra; una vez pactada la paz, volvieron, gastados por el trabajo de las plantaciones, agotados, absolutamente inaptos para el trabajo durante el resto de su vida; en aquellos momentos estábamos nosotros en una miseria tal, que medíamos el pan para no comer ni una miga de más; pues bien, les abrió las puertas de par en par, como si fueran enviados del cielo esperados ansiosamente.

«Mulberry—le dije en voz baja,—no debemos recogerlos: no podemos sostenerlos, puesto que no tenemos qué comer nosotros mismos.»

«¿Despedirlos— me respondió muy contrariado—cuando vienen á nosotros llenos de esperanza? No te haces cargo, Polly. En otro tiempo pude con gran trabajo ganar su con-

fianza y obtener sus sufragios: aquel día contraje con ellos una deuda de gratitud que compromete mi honor. ¿Cómo podré negarles mi reconocimiento á esos pobres seres desheredados?» ¿Qué quiere usted? Me desarmaron sus palabras. Cobrando valor, repliqué: «Quedémonos con ellos: el Señor proveerá». Se puso tan alegre, que me costó un gran trabajo impedir que comenzase uno de sus discursos. Ahora bien: esto ocurrió hace mucho tiempo, y ya ve usted que todavía tenemos á nuestra costa á esos dos desdichados.

—¿Pero harán el trabajo de la casa?

—¡Valiente idea! Lo harían tal vez si fueran capaces de hacerlo, y sin duda alguna se imaginan que nos prestan grandes servicios. Daniel permanece en la puerta ó hace algunos encargos; de vez en cuando los verá usted quitando el polvo en esta habitación; pero siempre es cuando quieren saber lo que se dice y mezclarse en la conversación. Durante la comida, dan vueltas alrededor de la mesa, siempre con el mismo objeto. En realidad, estamos obligados á pagar á una negra para que haga los menesteres de la casa, y necesitamos otra para que cuide de los dos viejos inválidos.

—Me parece que deben de ser muy felices.

—¿Eso piensa usted? Se pasan todo el tiempo disputando sobre asuntos de religión: el uno cree en divinidades especiales; el otro se dice librepensador; tras oleadas de injurias llegan las grandes reconciliaciones, en las que charlan sin descanso y cantan alabanzas á Mulberry. Este les escucha pacientemente, y yo me he acostumbrado como él á verles en rededor; me avengo á todo, y no pido nada más.

—En fin, le deseo un nuevo golpe de la fortuna.

—En este caso, habrá una nueva invasión de enfermos y de ciegos; la casa se convertirá en una «corte de los milagros». Le conozco bastante para estar segura de lo que digo; ya he visto, por desgracia, cosas semejantes. ¡No! Yo no le deseo sino un éxito muy mediano en todo lo que emprenda.

—De todos modos, que tenga grandes ó pequeños triunfos,

es de esperar que no carecerá nunca de amigos. Por lo demás, esto es imposible, porque todos los que le conocen...

—¡Faltarle amigos á él!—exclamó la señora Sellers alzando orgullosamente la cabeza.—No conozco un hombre que no le adore. Y hasta diré á usted confidencialmente que me ha costado grandes trabajos impedir que le den algún cargo. Sabían, como yo, que la vida de la oficina no le convenía; pero no sabe nunca negarse. No; figúrese usted á Mulberry en una oficina: vendrían de los cuatro rincones del mundo á ver semejante curiosidad.

Y tras una pausa, durante la cual pareció meditar, añadió:

—¡Amigos! Nadie en el mundo ha tenido más que él. Grant, Sherman, Sheridan, Langstreet, Johstan, Lee... ¡Cuántas veces han venido aquí y se han sentado en esa silla en la que usted...!

Hawkins se levantó como movido por un resorte, mirando la silla con respeto.

—¿Han estado aquí?—preguntó.

—¡Oh! Sí, y muy á menudo.

Hawkins continuaba mirando á la silla, fascinado, hipnotizado; su imaginación febril le hacía ver mil fantasmas de nebulosas formas, y no podía sustraerse á sus ensueños extravagantes.

La señora Sellers continuó su interminable charla.

—¡Oh! Es porque á todos les gusta oir su voz, sobre todo cuando están angustiados; él está siempre lleno de entusiasmo y de valor, y sabe animarles; pretenden que una visita á esta casa vale más que una cura al aire libre. ¡Cuántas veces ha alegrado al general Grant (y Dios sabe, sin embargo, que no es una cosa fácil)! En cuanto á Sheridan, sus ojos se iluminan y relampaguean cuando oye la voz de Mulberry. Lo que constituye el atractivo de mi marido es su gran bondad y su amplitud de ideas: sabe ponerse en el lugar de cada uno; esto es lo que le hace tan popular y tan influyente. Si va usted á una recepción de la Casa Blanca al mismo tiempo que Mulbe-

rry, se preguntará usted si es él ó el presidente quien recibe.

—¡Oh! Ciertamente es muy notable, y siempre lo ha sido. ¿Es realmente religioso?

—De una religión muy ilustrada; no abandona la lectura de los libros de teología sino para ocuparse de Rusia y de Siberia; le absorben las cuestiones más complejas. No hay que deducir de esto, sin embargo, que caiga en la gazmoñería.

—¿A qué religión pertenece?

—¿Él?

Calló unos instantes, y tras una breve pausa dijo sencillamente:

—Creo que en la semana última era mahometano ó algo por el estilo.

Washington se decidió á ir á la población á buscar su maleta, porque los amables Sellers le hicieron comprender que no podía albergarse sino en aquella casa. Cuando volvió, el coronel había concluído el juguetillo mecánico en que trabajaba.

—¿Qué es esto, coronel?

—¡Oh! Una futesa, un juguetillo para niños.

—Se diría que es un rompecabezas—dijo Washington examinándolo.

—Y lo es, en efecto; le he bautizado con el nombre de «los cerditos en la pradera». Trate de descubrir el *quid*.

Al cabo de un momento, Washington lo consiguió con gran alegría suya.

—Es prodigioso, coronel; muy ingeniosamente inventado, muy interesante. Me divertiría con este juego durante un día entero; ¿qué va usted á hacer con su invento?

—Sacar patente y no volver á pensar en él.

—No haga usted eso. Se puede ganar una fortuna con este juguete.

El coronel le miró con aire de compasión.

—¡Dinero! ¡Oh! una bagatela. Doscientos mil dolars tal vez, no más.

Washington arqueó las cejas.

—¡Doscientos mil dolars! ¿Llama usted á esto una bagatela?

El coronel se levantó, dió unos paseos, cerró la puerta, que se había quedado abierta, y se sentó.

—¿Puede usted guardar un secreto?—preguntó.

Washington, sorprendido, prometió toda su discreción.

—¿Ha oído usted hablar de la exteriorización de los espíritus difuntos?

—Sí.

—Sin duda no cree usted en ella (en el fondo tiene usted razón). Tal como la practican charlatanes ignorantes, la exteriorización es una cosa idiota; produzca usted una semioscuridad en una habitación, reúna á unas cuantas personas impresionables, dispuestas á creerlo todo, á verlo todo; con un poco de habilidad y de charlatanismo, exterioriza usted fácilmente á la persona que guste: una abuela, un nieto, un cuñado, la hechicera de Eudor, Pedro el Grande, cualquiera; todo esto es estúpido y grotesco; pero cuando un sabio se apoya en poderosos descubrimientos científicos, el hecho resulta completamente distinto: el espectro que evoca acude á su llamamiento, no para desaparecer, sino para permanecer definitivamente. ¿Comprende usted la importancia de este detalle, su valor comercial, si así puedo expresarme?

—¡Dios mío! no... no comprendo bien. ¿Es, según usted, porque esa evocación duradera y no fugitiva puede dar mayor interés á las sesiones y atraer un número mayor de espectadores?

—¡Qué locura el llamar á eso sesiones! Escúcheme y présteme una recogida atención; es preciso de todo punto. Dentro de tres días habré acabado mi estudio, y el mundo incrédulo enmudecerá de asombro ante mis maravillosos descubrimientos. Dentro de tres días, de diez á lo más, me verá usted evocar los muertos de todos los pasados siglos; á mi voz todos se levantarán y andarán; más aún, no volverán á morir, porque habrán adquirido un vigor inmortal.

—Coronel, estoy lleno de estupor.

—Pues bien, ¿ha comprendido usted ahora cómo tengo la fortuna?

—¡Dios mío!... ¡no veo bien!

—¡Caramba! está usted obtuso. Tendré un monopolio; centralizaré todo lo que afecta á mi descubrimiento. Ahora bien: hay en Nueva York dos mil agentes de policía, á cuatro dolars diarios por individuo. Los reemplazo con mis muertos, á mitad de precio.

—¡Es prodigioso! No lo hubiera pensado nunca. ¡Cuatro mil dolars diarios! ¡Ah! comienzo á comprender. Pero ¿prestarán los muertos los mismos servicios que agentes de policía vivos?

—No le preocupe este detalle.

—¡Oh! si llama usted á esto un detalle...

—Arregle, combine la cosa como guste: mis personajes serán muy superiores á los que usted imagine. No beberán ni comerán: esto es una ventaja enorme. No serán ni jugadores, ni ligeros de cascos. No les verá usted cortejar á las criaditas del barrio; además, las bandas de *apaches* que les acechan por las noches para jugarles una mala partida se quedarán con las ganas: sus balas y sus cuchillos se perderán en los uniformes sin cuerpos. Se les engañará bien.

—Pero, coronel, si puede usted suministrar semejantes agentes de policía, entonces...

—Ciertamente, suministraré todo lo que se quiera. Por ejemplo, el ejército; es decir, veinticinco mil hombres, que cuestan veintidós millones al año. Resucitaré á los griegos y á los romanos, y por diez millones proporcionaré al país diez mil veteranos de la antigüedad, soldados que cazarán á los indios sin tregua ni reposo, montados en caballos exteriorizados también, y cuyo sostenimiento no costará nada. Renovaré todos los ejércitos de Europa de la misma suerte. Sacaré de la tierra á los hombres de Estado de todos los tiempos y de todos los países; dotaré al mío de un Congreso ilustrado, cosa inaudita

desde la proclamación de la Independencia, y que no podría hallarse entre los vivos. Sacaré de las tumbas reales á los cerebros mejor equilibrados para volverlos á poner en los tronos de Europa; después distribuiré equitativamente las listas civiles y los sueldos de los funcionarios, reservándome la mitad.

—Coronel, si la mitad de esos proyectos se realizan, se trata de ganar millones...

—Diga usted miles de millones. La cosa me parece segura y tan infalible, que si un hombre algo apurado viniese á decirme: «mi coronel, estoy mal de dinero en estos momentos; ¿podría usted prestarme un millón?...» ¡Entren!

Habían llamado á la puerta. Entró un hombre de aspecto rudo con una gran cartera bajo el brazo; sacó un papel, que presentó al coronel, diciéndole secretamente:

—Por la décimaséptima y última vez, ¿quiere usted entregarme los tres dolars y cuarenta céntimos que debe usted, coronel Mulberry Sellers?

El coronel se puso á registrarse sus bolsillos, murmurando:

—¿En dónde habré puesto el dinero? aquí no, aquí tampoco; debo de haberle dejado en la cocina; voy por él...

—No, no se irá usted; se quedará aquí hasta que haya soltado el dinero: esta vez no le dejo á usted.

Washington se ofreció, sin la menor malicia, á ir en busca del dinero; cuando se marchó, el coronel hizo esta confesión:

—La verdad que, una vez más, necesito recurrir á su bondad, Suggs; ya ve usted todos los cheques que tengo que cobrar.

—¡Váyanse al diablo sus cheques! Ya es bastante, no me engaña más. Concluyamos.

El coronel miró en torno suyo con desesperación; después su rostro se iluminó; se dirigió á una pared, quitó el polvo con su pañuelo al más horrible de los cromos, y se lo llevó al cobrador, diciéndole:

—Tome esto, pero que no vea yo llevárselo. Es el único Rembrandt que...

—¡Al diablo su Rembrandt! Me da usted un infecto cromo.

—¡Oh, qué sacrilegio! Es el único original, el único vestigio de una gran escuela que...

—¡No charle! es un horror.

El coronel le trajo un segundo cromo del mismo género, limpiándole amorosamente.

—Tome éste también; es la joya más preciosa de mi colección, el único verdadero Fra Angélico que...

—Está usted más loco que una cabra. En fin, me llevaré estos infectos cromos; creerán que he desvalijado una tienda de negros.

Y mientras que abría la puerta para irse, el coronel le gritó con angustia:

—¡Oh! envuélvalos bien, no los exponga á la humedad.

Pero el hombre había desaparecido.

Washington volvió y declaró que la señora de Sellers, los criados y él mismo habían buscado en vano el dinero; añadió que si hubiera podido echar mano á cierto individuo no tendría necesidad en aquel momento de registrar los bolsillos para buscar dinero. El coronel aguzó el oído.

—¿De qué individuo habla usted?—preguntó.

—De un tipejo que allá, en Cherokee, es conocido con el nombre de Pete el Manco. Robó en el Banco de Tablegnah...

—¿Pero hay Bancos en ese país?

—¿Por qué no había de haberlos? Le acusan del robo. El ladrón sustrajo por lo menos veinte mil dolars; ofrecen una prima de cinco mil dolars al que le señale, y creo haberle encontrado en mi viaje.

—¿De veras?

—Como usted lo oye: vi á ese hombre en el tren el día de mi marcha; su traje respondía á las señas, y le faltaba un brazo.

—¿Por qué no le hizo usted prender y reclamó la prima prometida?

—No podía hacerlo: necesitaba un mandamiento de prisión; pero contaba con hacerle prender en la primera ocasión.

—¿Y bien?

—¡Ah! dejó el tren durante la noche.

—¡Qué contrariedad!

—No tanto, os lo aseguro.

—¿Por qué?

—Porque llegó á Baltimore en el mismo tren que yo, sin que lo advirtiera. Al salir de la estación, le vi dirigirse á la verja con un saquito en la mano.

—Muy bien, le tenemos; organicemos nuestras baterías para atraparle.

—¿Enviaremos sus señas á la policía de Baltimore?

—¡Valiente idea! ¡Jamás! ¿Quiere usted que la policía cobre la prima, en lugar de usted?

—¿Qué hacemos entonces?

El coronel reflexionó.

—Tengo una idea. Inserte usted un suelto en el *Sun* de Baltimore; un simple aviso concebido así, por ejemplo: «A. Espero una palabra de usted, Pete». ¿Qué brazo ha perdido?

—El derecho.

—Muy bien. Entonces: «A. Una palabra de usted, Pete, aunque haya que escribirla con la mano izquierda. Diríjase X. Y. Z., lista de Correos, Washington.—Ya sabe usted de quién». El mensaje le intrigará mucho.

—Convenido, pero no sabrá quién se lo escribe.

—Cierto, pero querrá saberlo.

—Es verdad: no lo había pensado; ¿cómo se le ha podido ocurrir á usted semejante idea?

—Por el profundo conocimiento que tengo de la curiosidad humana.

—Entendido: escribiré al *Sun*, é incluiré en la carta un dólar para que impriman el suelto con letra grande.

IV

Anochecía. Los dos amigos discutían, después de la comida, sobre el empleo de la prima de cinco mil dolars que cobrarían cuando hubiesen hecho prender á Pete el Manco; necesitábase antes, sin embargo, probar que verdaderamente era el ladrón, obtener su extradición y mandarle por barco á Tahleguah, á territorio indio.

Sentíanse tan seguros del resultado, que no reparaban en la posibilidad de ningún obstáculo; la señora Sellers, aburrida por aquella conversación, concluyó por decirle con tono acerbo:

—¿Para qué venden la piel del oso antes de haberle cazado?

Al día siguiente, cediendo á las instancias de Hawkins, el coronel decidió pedir una patente de invención para su juguete y negociar con él; al mismo tiempo, Hawkins se llevó el juguete, bien resuelto á sacar el mejor partido posible. No tuvo que andar mucho, y encontró en una tienducha, ocupada en un tiempo por una familia negra, á un yanqui de maliciosos ojos que componía sillas y otros muebles de ocasión.

Este individuo examinó el juguete con aire indiferente; trató de descubrir el mecanismo, tardando en ello más tiempo del que había supuesto.

—¿Ha sacado usted patente?—preguntó.

—No; pero pienso hacerlo.

—Está bien. ¿Cuánto quiere usted?

—¿Qué ofrece usted?

—Veamos: el veinticinco. ¿Le conviene?

—¿Qué daría usted por poseer el derecho exclusivo de reproducción de este juguete?

—Actualmente no podría dar al contado veinte dolars; pero le ofrezco otra combinación. He aquí lo que le propongo: venderé su juguete, y le daré el cinco por objeto vendido.

Washington suspiró. ¡Otro sueño desvanecido!

—Sea—dijo.—Tómele en estas condiciones y fírmeme un recibo.

Se llevó el papel, y no volvió á pensar en el asunto; su espíritu estaba absorbido por la promesa de la prima y el temor de verla compartida, si se le ocurría á otro denunciar al ladrón á la policía.

Acababa de volver á la casa cuando llegó Sellers, presa de una excitación anormal y de una tristeza que nada había hecho prever.

Se arrojó en brazos de Hawkins, sollozando.

—¡Oh! llore usted conmigo, amigo mío, y venga á compartir el dolor de mi familia. La muerte ha arrebatado á mi primo, el jefe de la familia; soy ahora el duque de Rossmore. ¡Felicíteme usted!

Volvióse hacia su mujer, que entraba en aquel momento; la abrazó tiernamente, y la dijo:

—Soporta esta pena por cariño mío; esta desgracia tenía que ocurrir: estaba escrito.

Ella soportó perfectamente el golpe.

—La pérdida no es grande—replicó:—el pobre Simón Lathers era una inutilidad perfecta, y su hermano no valía más.

El nuevo duque continuó:

—Estoy personalmente quebrantado por la emoción: así es que suplico á nuestro excelente amigo aquí presente que telegrafíe á lady Gwendolen...

—¿Qué lady Gwendolen?

—A nuestra pobre hija, ¡ay!

—¿A Sally Sellers? Pero ¿has perdido el juicio, Mulberry Sellers?

—Señora, no te olvides de lo que eres ni de quién soy; no te despojes de tu dignidad, y respeta la mía; sería conveniente honrarme con el título á que tengo derecho.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo tengo que llamarte ahora?

—En la intimidad puedes, en último caso, conservar los

antiguos apelativos (en la más estricta intimidad, por supuesto); pero en público deberás hablarme como á tu señor y dueño: seré para todos el duque de Rossmore.

—¡No podré acostumbrarme nunca!

—Es preciso, querida mía. Nos debemos á nuestra nueva posición, y tenemos que someternos de buen grado á las exigencias de nuestra situación.

—Pues bien, que sea como tú quieras: nunca he resistido á tus deseos, y sería demasiado tarde para empezar ahora; sin embargo, esta etiqueta se me antoja de una estupidez poco común.

—Ahora te reconozco, querida mía. Abracémonos y hagamos las paces una vez más.

—¡Pero, Gwendolen! ¡Ese nombre! Jamás me habituaré á él. Nadie reconocerá en él á Sally Sellers: es un nombre demasiado pomposo, demasiado ceremonioso para ella, que huele á exótico á cien leguas. En suma, me desagrada soberanamente.

—No se quejará ella, créeme.

—Es posible: le gusta todo lo que es novelesco, como si hubiera vivido en esa atmósfera. Ciertamente no ha heredado de mí semejante disposición de espíritu. ¿Para qué la habremos puesto en ese estúpido colegio, que no ha hecho más que desarrollar en ella tan deplorables tendencias?

—No crea usted una palabra de lo que oye, Hawkins. El colegio de Rawena-Ivanohe es el más elegante, el más distinguido del país; no puede entrar en él una muchacha á no ser rica ó á no poder justificar cuatro cuarteles de nobleza. Ese colegio tiene más bien el aspecto de un castillo con sus grandes muros y sus grandes torres; su mismo nombre, tomado de las novelas de Walter Scott, le da un estilo y un sello regio; las jóvenes pueden tener allí sus carruajes, sus caballos de silla, sus criados de librea...

—Y no aprenden nada, absolutamente nada más que chucherías llenas de pretensiones, indignas de nuestra educación

práctica americana. Sea. Avise usted á lady Gwendolen; supongo que la etiqueta exigirá que venga á llorar á los parientes de Arkansas, á los que ha tenido el dolor de perder.

—Un poco más de dignidad, querida. No olvides que nobleza obliga.

—Muy bien, amigo mío; háblame sencillamente, Ross... No emplees esas grandes perífrasis. No te incomodes; no puedo perder en un instante los hábitos de toda mi vida, Rossmore. Cálmate, querido mío. En lo que concierne á Gwendolen, ¿qué vá usted á hacer, Washington? ¿escribir ó telegrafiar?

—Va á telegrafiar, querida.

—Estaba segura—murmuró su mujer al marcharse;—quiere poner el nombre en las oficinas del telégrafo, y poner á esa criatura en ridículo.

Se decidieron, pues, por el telégrafo. Había un teléfono en un rincón de la habitación, pero Washington hizo vanos esfuerzos para obtener comunicación. El coronel declaró gruñendo que aquel aparato estaba siempre descompuesto cuando se le necesitaba; pero olvidó añadir que estaba allí para la vista, y sin el menor hilo.

Sin embargo, servíase á menudo de él, cuando había visitas, y fingía recibir comunicaciones importantes.

Encargaron papel de luto y un sello con las armas de la familia, y después los amigos se fueron á acostar.

Cuando al día siguiente, á petición de Sellers, puso Hawkins unos crespones al retrato de Andrés Jackson, el nuevo duque escribió al usurpador inglés la carta que conocemos.

Además escribió á las autoridades de Duffy's Corners, en Arkansas, que cuidasen de que los cuerpos de los dos gemelos fuesen embalsamados por un artífice de San Luis, y enviados inmediatamente al usurpador, porte sin pagar.

Hecho esto, dibujó las armas y el lema de los Rossmore en un gran cartón, que trajo de la tienda del sillero yanqui, el amigo de Hawkins; al cabo de una hora traía dos escudos extraordinarios, que clavó encima de la puerta de entrada para

llamar la atención de los transeuntes; el barrio estaba habitado por negros, niños desarrapados y perros vagabundos, y los escudos debían excitar la admiración de todos aquellos habitantes.

Por la noche, el nuevo duque leyó —sin sorpresa alguna— el siguiente artículo en un periódico:

«Sabemos que nuestro digno conciudadano el coronel Mulberry Sellers, miembro inamovible del Cuerpo diplomático, acaba de heredar el magnífico ducado de Rossmore, con la categoría de tercer par del reino de la Gran Bretaña. Tomará todas las medidas necesarias en la Cámara de los Lores para despojar al usurpador de sus derechos, títulos y propiedades. Las recepciones semanales de Rossmore Tawers se interrumpirán hasta la terminación del duelo.»

Recortó el suelto y lo pegó en su álbum de familia.

—¡Recepciones semanales! — pensó lady Rossmore. — Las gentes que no están enteradas no encontrarán en esto nada de extraordinario; en cuanto á mí, que conozco á mi marido, le declaro un sér extraordinario. Su imaginación fantástica no tiene ciertamente igual; ¿quién sino él se atrevería á dar el pomposo nombre de «Rossmore Tawers» á esta miserable casucha? Hay que creer que posee en el grado más elevado el dón de las mixtificaciones, y que goza con este género de broma. ¡Y siempre tan contento!

Mientras tanto, el nuevo duque pensaba:

—Es un hermoso nombre, sí, es un hermoso nombre. ¡Qué lástima no haber pensado en él al escribir al usurpador! Ahora espero á pie firme su respuesta.

V

El telegrama no recibió respuesta, ni por parte ni por carta; la joven no dió signos de vida, y, sin embargo, aparte Washington, nadie pareció asombrado. A los tres días, Haw-

kins preguntó tímidamente á lady Rossmore lo que auguraba de aquel silencio.

—¡Oh!—dijo ella sencillamente;—no lo sé y no me preocupa. Todo puede esperarse de ella; es una verdadera Sellers; una Sellers de pura raza. Esté usted tranquilo, no ha ocurrido nada á mi hija; cuando se le antoje, escribirá ó vendrá, ni más ni menos.

En aquel mismo momento, llegó, en efecto, una carta; se la entregaron á la señora Sellers, que la recibió con calma, sin la apariencia de la menor emoción. Se limpió los anteojos lentamente, sin dejar de hablar, y abrió tranquilamente la carta, que leyó en alta voz:

Kenilworth Keep, Redgauntlet Hall,
Rowena-Ivanohe College. Jueves.

Mi queridísima mamá Rossmore: ¡Qué alegría! Todas me miraban desde su altura, y yo les devolvía de la manera más cumplida sus desdenes. Decían siempre irónicamente que, en rigor, se puede una contentar con la sombra de un ducado, pero con la sombra de una sombra, ¡bah! Y yo replicaba que era bien lastimoso no poder justificar más que una antigüedad de cuatro generaciones, ¡y qué generaciones!: desarrapados holandeses ó pescadores de bacalao; ¡bonito origen, á fe mía!

Pues bien, el telegrama ha desencadenado una verdadera tempestad. El ordenanza me entregó el parte precisamente en la gran sala de audiencias, en donde estábamos todas reunidas, gritando: «¡Un telegrama para lady Gwendolen Sellers!» ¡Si hubieras visto, querida mamá, á todos aquellos retoños de elevada alcurnia convertirse en estatuas de sal! Como de costumbre, yo estaba, cual nueva Cenicienta, en un rincón. Tomé el despacho, lo abrí, y estuve á punto de desmayarme (¡oh! si no me hubiera cogido así de improviso lo hubiera conseguido). No pudiendo hacerlo, se me ocurrió otra idea sublime: saqué el pañuelo, me puse á sollozar y corrí á mi cuarto, teniendo cuidado de dejar caer el telegrama. Miré de soslayo (lo que me

permitió ver que todas se arrojaban sobre el precioso papel) y salí sin dejar de llorar, pero contentísima en el fondo de mi alma.

Las visitas de pésame llovieron en mi cuarto; hube de sufrirlas y defenderme de los inverosímiles parentescos que todas querían descubrir en mí, empezando por esa peste de Mac Allister, que siempre me estaba humillando y que reclamaba siempre la primacía sobre sus compañeras, á causa de no sé qué noble antepasado que citaba á todo propósito.

Pero mi mayor triunfo fué... no lo adivinarías nunca. Dicha tontuela y otras dos del mismo calibre nos han disputado siempre la primacía; era una idea fija en ellas; querían que las sirviesen las primeras en la mesa, salir las primeras del comedor, y ¡qué sé yo qué más! Pues bien, después de mi primer día de duelo y de reclusión (me arreglé un vestido de luto), reaparecí en la mesa. ¿Qué veo al entrar? A mis tres pimpollos, pacientemente, medio muertas de hambre, esperando á que lady Gwendolen quisiera sentarse á la mesa. ¡Oh! te aseguro que me he desquitado bien de lo pasado. Y figúrate que ni una de mis compañeras se ha atrevido á preguntarme cómo he heredado mi nuevo título.

Las unas se han abstenido por un sentimiento de delicadeza; las otras, por intimidación. Ya ves qué bien las he corregido.

En cuanto haya arreglado todo aquí, y haya aspirado todavía un poco más de incienso, haré el equipaje y marcharé. Di á papá que estoy tan orgullosa como él de mi nuevo nombre. ¡Qué buena inspiración ha tenido! Cierto es que siempre tiene ideas geniales.

Tu hija, que te abraza,

GWENDOLEN

Hawkins tomó la carta y echó una ojeada.

—¡Bonita letra!—dijo;—caracteres iguales y firmes; va derecha por su camino; se ve que tiene una gran naturaleza.

—¡Oh! Todos los Sellers son lo mismo, ó por lo menos se parecerían todos á ese retrato si fueran más numerosos; hasta esos pobres Latherses hubiesen tenido el mismo carácter de haber sido Sellers, es decir, Sellers de pura raza. Evidentemente tenían mucha sangre de los Sellers en sus venas, pero la mezcla les echó forzosamente algo á perder.

A los ocho días, cuando Washington bajaba á almorzar melancólicamente, se presentó á sus ojos una imagen deliciosa. Encontróse en presencia de la joven más bonita que nunca hubiese visto. Era Sally Sellers, la nueva lady Gwendolen, que había llegado la noche anterior. Le pareció muy bien vestida; su traje, de un corte irreprochable y de armonioso tono, estaba adornado con perfecto gusto. Aunque vestida con traje de mañana, le pareció deliciosa la muchacha, y comprendió al verla por qué el interior pobre y modesto de los Sellers tenía un sello de elegancia que agradaba á la vista. Sally Sellers era la maga, el hada bienhechora que deja un poco de ella por donde pasa, y que transforma todo lo que toca con su varita.

—Mayor Hawkins, le presento á mi hija, que viene al lado de sus padres á mezclar su dolor con el de ellos y ayudarles á soportar tan ruda prueba. Adoraba al difunto duque: hasta puedo decir que le idolatraba.

—Pero, papá, ¡si no le he visto nunca!

—¡Ah! es verdad, me he equivocado; te confundía con tu madre...

—¿Qué había yo de idolatrar á ese pobre idiota?

—No, soy yo quien le adoraba. ¡Pobre amigo! Éramos inseparables compa...

—¡Dios mío! Mulberry..., es decir, Rossmore... ¡Váyase al diablo ese nombre que me destroza la garganta!... Te he oído decir, no una vez, sino ciento, mil, que si ese individuo...

—Pensaba, en efecto... (la verdad es que no sé en qué pensaba); pero, en fin, esto tiene poca importancia; recuerdo solamente que alguien le adoraba: de esto estoy seguro...

—Papá, voy á dar un buen apretón de manos al mayor Hawkins para sellar nuestra amistad, que no data de ayer. Recuerdo muy bien haberte visto otra vez, mayor Hawkins, cuando era una niña, y me alegro de volverte á ver en casa como amigo de la familia.

Al hablarle, le miraba con sus bonitos ojos claros, que iluminaban su rostro.

Entusiasmado por la franqueza y amabilidad de la joven, Washington declaró que, lejos de haberla olvidado, se acordaba de ella tanto como de sus hijos; y para probarlo, trató de recordarla algunos detalles de aquel tiempo pasado; para realzar sus cumplidos algo enfáticos y cortados, añadió que su prodigiosa belleza le había dejado estupefacto, y que se preguntaba sin volver de su asombro si era aquella niña que conoció. Esta declaración agradó á la joven, que demostró al mayor una sincera amistad.

A decir verdad, la belleza de la deliciosa joven era de un tipo poco corriente, y merece que consagremos algunas líneas á su descripción. La verdadera belleza no consiste únicamente en tener ojos, boca y nariz regulares; reside en un conjunto de factores de colorido que pocas veces se encuentra. Tal era lady Gwendolen Sellers; el que la mirase un instante no podía cansarse de admirarla.

Completa ya la familia desde la llegada de la muchacha, se decidió el comienzo del duelo oficial: empezaría todos los días á eso de las seis (hora de la comida) y terminaría al final.

Es una digna estirpe, una respetable familia, mayor, que merece ser regiamente llorada... ¡Gwendolen!... ¡Ah! se ha marchado. Lo siento, quería el Gotha; lo buscaré yo, para mostrarle algunos detalles que le interesarán sobre nuestra casa. Acabo de hacer estudios heráldicos, y he descubierto que entre los sesenta y cuatro hijos naturales de Guillermo el Conquistador... (querida, ¿quieres pasarme ese libro?... en la mesa de mi despacho... ése...); decía, pues, que los Saint-Alban, Bucelang y Grafton nos preceden; todos los otros represen-

tantes de la nobleza anglosajona vienen detrás. Gracias, querida mía. ¡Ah! una carta dirigida á X. Y. Z... ¡admirable! ¿Cuándo ha llegado?

—Ayer por la noche; pero estaba durmiendo cuando volvieron ustedes; después me ocupé del desayuno de Gwendolen, y se me olvidó todo.

—¡Qué muchacha tan adorable! Su origen se ve en su gallardía, en su manera de andar, en sus facciones... Pero ¿qué dice? ¿Es interesante?

—No la he leído... Rossm... Rossm...

—¡Milord! dame ese diminutivo; es muy inglés y muy *chic*. Veamos, leamos la carta.

«De quién sabe. Creo conocerte. Espera diez días. Iré á Washington.»

Los dos hombres quedaron muy desconcertados al leer estas líneas.

Siguió un largo silencio; después el más joven dijo suspirando:

—Pero no podemos esperar diez días ese dinero.

—No: ese hombre es verdaderamente increíble. Estamos sin un céntimo.

—Si pudiéramos explicarle de alguna manera que tenemos prisa, que nuestro tiempo es precioso...

—¡Sí, sí! Le diremos que preferíamos verle llegar en seguida, y que...

—¿Qué?

—Y que... sabremos apreciar el servicio que nos presta...

—Eso es... y que le demostraremos nuestro reconocimiento de una manera...

—¡Perfectamente!... eso le hará venir. Al recibir una carta tan bien escrita, si verdaderamente es un hombre, si tiene los sentimientos, la delicadeza de un hombre de corazón, estará aquí dentro de veinticuatro horas. Pronto, papel, una pluma: hemos dado en el hilo.

A pesar de su seguridad, redactaron veintidós cartas, pero

ninguna de ellas les satisfizo; hallaban en cada una un vicio capital, capaz de despertar sospechas en el espíritu de Pete; sin embargo, preciso era imprimir á la misiva cierta nota de altivez, so pena de caer en términos demasiado rastreros. Por fin, el coronel emitió su parecer.

—He observado frecuentemente—dijo—en mi carrera literaria, que cuando se tiene algo que ocultar, lo mejor es disimularlo por completo y sin rodeos; es el mejor medio de exponer las ideas é imponer las teorías propias sin que el lector lo sospeche.

Hawkins asintió y dejó la pluma; ambos decidieron que esperarían, costara lo que costase, los diez días. Razonaron de la siguiente manera: puesto que podían contar con los cinco mil dolars, encontrarían seguramente el medio de tomar á préstamo, por lo menos con qué ir tirando aquellos diez días; para entonces habrían dado sus frutos las experiencias de exteriorización, y se habrían acabado las sombras, los apuros y todo lo demás.

Al día siguiente hubo algunos incidentes dignos de nota. Los restos mortales de los nobles gemelos del Arkansas fueron embarcados para Inglaterra y dirigidos á lord Rossmore, cargando el porte al destinatario, como se había convenido. El hijo de lord Rossmore, Kirkeadhighf Llanover Marjoribanks Sellers, vizconde Berkeley, se embarcó en Liverpool para América á fin de entregar los títulos y bienes ocupados por su familia al verdadero duque, Mulberry Sellers de Rossmore Tower (distrito de Colombia, E. U. de América).

Los dos barcos debían cruzarse cinco días después en medio del Atlántico, sin sospechar aquella rara coincidencia de circunstancias.

MARK TWAIN

(Continuará.)

CRÓNICA LITERARIA

El libro de la crueldad—Del cuartel y de la guerra, por M. Ciges Aparicio.—*Versos de varia edad,* por D. Juan Pérez de Guzmán.—Necrología: El poeta D. Antonio Grilo.

El Sr. Ciges Aparicio es un escritor que se ha dado á conocer hace pocos años. Viene historiando, ó mejor dicho, novelando, diversos episodios de su vida en una serie de volúmenes en que hasta ahora figuran tres obras: *El libro de la vida trágica—Del cautiverio*, *El libro de la vida doliente—Del hospital*, y *El libro de la crueldad—Del cuartel y de la guerra*, á las cuales parece que se agregará en breve otra: *El libro de la decadencia—Del periódico y de la política*.

Digo que el Sr. Ciges novela más que historía, no porque yo sospeche que lo ficticio predomina sobre lo real en sus narraciones, sino porque ha sabido comunicarles con notable acierto literario el colorido dramático y la animación propios de la novela. Al fin y al cabo, la novela que mejor comprende y que mejor puede trazar un escritor es la novela de su propia vida, aunque á muchos nos retraiga de escribirla la consideración de que no nos ha ocurrido cosa que merezca ser relatada. En lo cual es posible que erremos y que, por el contrario, acierte el Sr. Ciges, pues el interés de la novela más que en el intrínseco de los hechos radica en el que acierte á prestarles el nove-

lista. Es cuestión de profundizar, de extraer la poesía que encierran hasta los sucesos más vulgares, como en tierras áridas pueden alumbrarse las ocultas aguas de los manantiales que haya en las honduras del subsuelo.

En general, la vida de los contemporáneos es poco novelesca. La del Sr. Ciges lo ha sido algo más de lo general, porque fué soldado contra su gusto, y la vida del soldado es dada á aventuras que brindan materia novelesca. La principal de esas aventuras fué tal vez su prisión en la fortaleza de la Cabaña, de la Habana, por escribir una crónica para *L'Intransigeant*, de Rochefort, cuando el Sr. Ciges se hallaba sirviendo en el ejército de Cuba, hecho que por sí solo delata un carácter muy independiente. El libro *Del cautiverio* cuenta este episodio, que para el autor personalmente debió de constituir una experiencia molesta y poco apetecible, aunque fuera muy interesante desde el punto de vista del arte y de la observación de un medio social anómalo, extraño y monstruoso. El hecho es que el libro fruto de esa experiencia y esa observación, al cual le cae bien el antetítulo de *libro de la vida trágica*, es á mi parecer el mejor de la serie.

El de ahora, es decir, *El libro de la crueldad—Del cuartel y de la guerra*, cuenta, como indica su título, las impresiones del autor mientras prestó el servicio militar. Son las impresiones de un descontento. El Sr. Ciges no sentía vocación por la milicia, y si la hubiera sentido probablemente no hubiera querido ingresar en ella de soldado raso, sino siguiendo la carrera de oficial. En los ejércitos modernos, cualquiera que sea el sistema de reclutamiento, hay una separación mucho mayor que en los antiguos entre el cuerpo de oficiales y la muchedumbre de soldados. El primero es un cuerpo profesional, más ó menos científico, y permanente. El segundo carece de carácter profesional, sale de todas las profesiones y todas las clases de la sociedad allí donde rige el sistema del servicio obligatorio, y es un elemento transitorio que pasa por las filas para cumplir una carga impuesta por el interés colectivo. De ahí resulta

que el oficial ama su profesión é ingresa en ella con vocación generalmente, mientras que para el soldado el servicio no es una profesión abrazada con libertad (salvo el caso del voluntario), sino una obligación que el Estado le impone. Por otra parte, el soldado no tiene ya el estímulo de llevar el bastón de mariscal en la mochila, ni se da el caso de los antiguos hidalgos, amigos de aventuras, que iban á servir con una pica á Flandes. El paso de la masa amorfa de soldados al cuerpo de oficiales es cada día más difícil. Además de esto, el régimen de obediencia impuesto por la disciplina militar contrasta vivamente con el régimen de libertad de los Estados modernos. El ciudadano, durante el período transitorio en que es soldado, sufre una *capitis diminutio* de sus derechos, que á los espíritus inclinados á la rebeldía ó muy amantes de la independencia, no puede serles grata.

Todo eso explica el espíritu de descontento que á cada paso revela el libro del Sr. Ciges. En esta obra los hechos tienen mucha menos importancia qué las impresiones. Cuenta el autor su vida en el cuartel, primero como soldado, luego como cabo y sargento; el viaje á Cuba y su participación en la campaña. En realidad, no asistió á ninguna función importante de guerra, ni refiere ningún acontecimiento extraordinario. El interés del libro, aparte de su buen estilo, está en el estado de alma que descubre el colorido realista de las escenas en él narradas y descritas. Es un documento psicológico digno de atención. Denota un manifiesto desamor al estado militar, y es por lo mismo parcial, tan parcial como sincero. De su experiencia de la vida de soldado no ha recogido el Sr. Ciges más que lo que ella encierra de antipático, molesto y censurable. Malos tratos de oficiales imperiosos y de clases poco educadas, rapiñas y brutalidades de soldados, fatigas, incomodidades, mala comida, suciedad, promiscuidades desagradables. Todo esto será verdad, pero no es más que un aspecto de la verdad. Si el libro hubiera sido escrito por un entusiasta de la milicia, las impresiones serían muy diferentes, y lo que el se-

ñor Ciges ha notado quedaría reducido á un accidente, á una imperfección secundaria.

En el mismo libro del Sr. Ciges puede observarse que el espíritu de protesta y de rebeldía, contenido por la coacción exterior, va disminuyendo cuando el autor pasa de soldado á clase, y puede á su vez mandar, y que esa repulsión á la vida de la milicia es menor en la guerra que en la paz. Demuestra esto lo accidental que es comúnmente el antimilitarismo, y me confirma en la creencia que tengo de que los grandes ejércitos modernos, especialmente si hay en ellos servicio obligatorio, es decir, si van á sus filas como soldados hombres cultos, en los cuales está mucho más desarrollado el espíritu de independencia que en un campesino ignorante, son semilleros de antimilitarismo. Las guerras van haciéndose cada día menos frecuentes. Y en tiempo de paz el servicio militar está muy lejos de la épica, y ofrece pocos motivos para el entusiasmo.

Tal vez llegará día en que las naciones que padecen aún las consecuencias del funesto legado napoleónico se vean obligadas, como medida de seguridad social, á volver á los ejércitos profesionales de antaño. El crecimiento del socialismo y de las tendencias anárquicas hace ya peligroso, y lo hará probablemente más cada día, ese trasiego de soldados que van á servir contra su voluntad, y que cuanto más intelectuales sean más vivamente suelen sentir lo que tiene de servidumbre el régimen necesario de la obediencia militar. El sistema de Inglaterra y los Estados Unidos, donde el ciudadano goza de la ventaja de no estar sujeto al servicio de las armas, sin que estas naciones cedan á las del continente europeo en patriotismo, ni siquiera en valor y aptitud para la guerra, podrá ser acaso el régimen militar de mañana. En todo caso, el servicio general obligatorio, que por ahora domina, es lo probable que en lo porvenir ofrezca tantos inconvenientes y peligros, que tengan que renunciar á él todas las naciones.

Cuando Alfredo de Vigny escribió su *Servitude et grandeur*

militaires, conservaban todavía los ideales colectivos y el espíritu de sacrificio una fuerza que al presente está quebrantadísima. Hoy, por lo general, el individuo no quiere sacrificarse, ó sólo consiente en sacrificarse lo menos posible por la colectividad; y como éstas se componen de individuos, tal estado de ánimo no puede menos de influir en ellas. Un intelectual soldado, y no por vocación, sino á la fuerza, difícilmente se sentirá contento con su estado. Hallará mil motivos de crítica que no existen para un hombre sencillo é ignorante; se juzgará superior ó, por lo menos, igual al oficial que le manda; será probablemente un mal soldado; y aunque cumpla exteriormente, porque no le queda otro remedio, estará deseando que llegue el día de verse libre de aquella sujeción. Es peligroso y nocivo para cualquier función que el que la desempeña lo haga contra su voluntad.

El Sr. Ciges es un intelectual, y un intelectual de ideas avanzadas. El espíritu de su libro es la consecuencia de esta premisa. Aunque *Del cuartel y de la guerra* parezca una obra muy antimilitarista, creo, sin embargo, que su antimilitarismo es circunstancial, y depende sencillamente de que el señor Ciges fué soldado, en vez de haber sido oficial, como correspondía á su clase y cultura. Las indicaciones favorables al sistema general obligatorio que hace algunas veces, la confesión de que si hubiera sido ascendido á oficial tal vez hubiera permanecido de por vida en el Ejército, amén de algunos otros pormenores del libro, me inclinan á la creencia de que, aunque el autor haya escrito gran parte de su obra en antimilitarista, no lo es en el fondo de su espíritu.

Literariamente, *Del cuartel y de la guerra* es un libro bien escrito, en que la narración es animada y sugestiva: un buen ejemplar de autobiografía novelada. Pero además de esto, es un documento interesante acerca de un estado de espíritu que seguramente no es peculiar y exclusivo del Sr. Ciges, y desde este punto de vista es una obra que deberían leer nuestros políticos, nuestros pastores de hombres... si los más de ellos no

estuvieran convencidos de que los libros no sirven para maldita la cosa.

***

Un ilustre colaborador de esta revista, el Sr. D. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, que no ha mucho hizo su ingreso en la Real Academia de la Historia, acaba de reunir y dar á la estampa, bajo el título de *Versos de varia edad*, una colección de poesías escritas en diferentes épocas de su vida. Se ha hecho de esta obra una corta edición de 250 ejemplares, que no se venden, impresa con lujo y elegancia á expensas de un magnate amigo de las letras, el señor marqués de Jerez de los Caballeros. Se trata, pues, de un libro que, aparte de su mérito intrínseco, será buscado con interés por los bibliófilos.

En la copiosa labor literaria de un hombre como Pérez de Guzmán, que ha consagrado á los trabajos de la erudición histórica y de la discusión política una vida en extremo laboriosa, los versos pueden parecer, al menos á los ojos del vulgo, una bagatela, un recreo de las horas de ocio del espíritu. Pero estas composiciones merecen más alta calificación. Han sido un desahogo y un consuelo en las horas amargas que á menudo ofrece la vida, una manifestación clamorosa y entusiasta de sentimientos acendrados, y revelan una verdadera vocación de poeta, adiestrada en el estudio de los buenos modelos.

Precede á las composiciones poéticas una noticia biográfica del autor, suscrita por D. Alejandro Larrubiera, que por sí sola es un libro, y un libro muy interesante. Como el periodista político que llega á la altura que merecidamente alcanzó el Sr. Pérez de Guzmán no es sólo un espectador, sino un actor en la vida pública, este detalladísimo estudio biográfico es una excursión por la historia política y literaria contemporánea, desde los últimos años del reinado de Doña Isabel II al presente, en la cual desfilan ante los ojos del lector muchos sucesos y personajes de nota con los cuales tuvo alguna relación el autor de los *Versos de varia edad*. La corta fortuna que éste ha tenido en las luchas de la política confirma la lección de

experiencia que nos muestra cuánto más fácil es que medren las medianías osadas é insinuantes que los hombres

De un alma altiva, espléndida y serena,

como dice uno de los versos del soneto *A mi numen,* primero de los numerosos y excelentes que en esta colección figuran.

Pero mejor que ese estudio biográfico, con ser tan extenso y minucioso, retratan al autor sus *Versos de varia edad.* Se ve en ellos á un español amantísimo de su patria, hasta el punto de ser, con frecuencia, demasiadamente optimista en sus juicios, religioso sin fanatismo ni gazmoñería, amigo de la tradición y partidario de que la renueve y mejore el progreso, monárquico convencido y liberal templado; escritor aficionado á lo clásico, á *nuestro clásico*, pero abierto á las ideas modernas; espíritu culto, de tendencias aristocráticas y conservadoras, hombre rendido y galante con las damas, aficionado á las delicadezas del trato social de las clases elevadas; cortés y respetuoso con los prestigios sociales, y, sobre todo esto, de corazón sano, no agriado por las desventuras de una vida en que abundó la amarga flor del desengaño.

En estas poesías no hay sentimientos anormales, no suenan en ellas voces de rebeldía, no las nubla la duda, no las agitan convulsiones demoniacas á lo Baudelaire, ni las caldea un erotismo pagano. La inspiración corre por ellas serena y sosegada como límpido y claro río. Parecen resucitar en sus estrofas la melodía, el pensamiento y el decir de nuestros antiguos poetas, de los Garcilasos, los Herreras y los Argensolas.

El metro que predomina en estas composiciones es el endecasílabo, y las escritas en esta clase de versos son las mejores, aunque también hay algunas notables en octosílabos y otros metros menores. Las combinaciones métricas son, como los metros mismos, las tradicionales, las que hasta ahora han prevalecido en la poesía castellana. No hay modernismos de rima. El soneto es una de las formas preferidas por el Sr. Pérez de Guzmán, y entre los noventa y dos que en la colección figu-

ran muchos son de primer orden. El que se titula *En la Concha de San Sebastián* es un delicado y elegante madrigal. El antes citado *A mi numem*, *El Palacio del Banco de España*, *El cetro de la reina Isabel*, *A la patria española*, *La estatua de Salamanca*, *Atributos de un reinado*, *Málaga agrícola, industrial y mercantil,* son también sonetos excelentes, inspirados en asuntos políticos ó sociales, de los que sabe sacar el autor una grave y serena nota de belleza y poesía.

Hay en este libro poca lírica pura. El tema más lírico, el amor, está poco tratado en él, y cuando lo está es con moderado fuego, tal vez con más galantería que pasión. La lírica de los *Versos de varia edad* es una lírica mixta, en que se mezclan en no corta proporción elementos épicos y aun didácticos. Cosa que no es de extrañar, puesto que los géneros son clasificaciones que han hecho los retóricos y que, aunque no sean caprichosas, pues responden á ciertos caracteres reales que distinguen á unas obras de otras, son al cabo demarcaciones muy generales de confusas fronteras, que nada tienen de infranqueables. La noción de los géneros es una abstracción; pero los individuos, es decir, las composiciones comprendidas dentro de cada uno de esos tipos abstractos, son generalmente complejos y encierran muchos más elementos que los caracteres genéricos.

A medida que una literatura se perfecciona y se emancipa de los centones estrechos de reglas, volviéndose más espontánea é independiente, abundan más en ella las obras ó composiciones mixtas que participan de varios géneros, por donde parece que el progreso vuelve por vía de síntesis á la indiferenciación primitiva. Un poeta, por erudito que sea, al cantar aquello que le inspira no tiene el propósito de hacer, v. g., lírica que sea estrictamente lírica, ni con este cuidado se podría escribir una poesía que mereciera la pena de leerse. Lo que quiere hacer es una composición inspirada que exprese con elocuencia sus sentimientos.

El tono de las poesías del Sr. Pérez de Guzmán es majes-

tuoso y grave. Entre todas ellas no recuerdo más que una composición cómico-satírica. Los asuntos de los *Versos de varia edad* son también muy varios: hay composiciones religiosas, amatorias, descriptivas; pero las que predominan son las inspiradas en la vida pública, en las luchas políticas y sociales, y en las conquistas del progreso de las ciencias, artes é industrias. Puede decirse que el Sr. Pérez de Guzmán es el cantor de la España de Isabel II y de la Restauración, en sus personajes y en sus hechos salientes; cantor entusiasta y generoso que no ha regateado las glorias ni los aplausos.

Rimas excelentes, pensamientos altos, sentimientos nobles y bien expresados, con una gran riqueza de imágenes, decoran y ennoblecen estos *Versos de varia edad*, que son reflejo de una parte de la historia de la época, y que, sin estar escritos en romance, tienen algo de romancero contemporáneo.

***

Viene siendo final obligado de estas crónicas, desde hace algunos meses, una necrología. Recientemente ha fallecido en Madrid D. Antonio Grilo, académico electo de la Española, y uno de los poetas más conocidos de su tiempo, aunque la sabida y piadosa máxima *de mortuis nisi bonum* no nos obligue á decir que fué de los mejores.

Su mérito principal fué la fácil y espontánea armonía de las rimas. Era un buen versificador y hombre de gran imaginación, aunque flotante y vaga. Fué poeta cortesano y de salones, para lo cual le ayudó, á más de su agradable trato y de sus talentos de sociedad, el ser un excelente recitador de versos. Composiciones suyas que leídas no producían gran impresión, recitadas por él parecían transfigurarse y adquirir bellezas ocultas.

Era un poeta sentimental, tierno, extremoso é hiperbólico, que sabía hacer lindos versos. Un crítico, al elogiárselos, porque hay muchas maneras de elogiar en el mundo, los compa-

ró, al parecer sin sombra de ironía, á brillantes pompas de jabón. Fué el cantor de lo bonito, un poeta ideal para abanicos y albums de damas sensibles y elegantes. Pero la brillantez musical de sus rimas vestía á veces espléndidamente el cuerpo algo raquítico de sus poesías. Y no puede negarse que el arte de versificar es una de las cualidades del poeta.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO: Costumbres: El arte del reclamo.—El mercantilismo y la estética en América.=Literatura: Los libretos de operetas y de danzas.=Cuestiones político-sociales: ¿Qué es el socialismo?=Estética: Lo feo y sus caracteres contemporáneos.=Pedagogía: Las cantinas escolares.=Enseñanza y educación: Conclusiones de una Asamblea.=Impresiones y notas: De aquí y de allá.—La era de la brutalidad.—Las que trabajan para fuera.

COSTUMBRES

El arte del reclamo.—El reclamo—dice Nino de Sanctis en la *Rivista d'Italia*—es como la mujer galante que con sus afeites y promesas os hace esperar el paraíso de las más mahometanas delicias y que luego en la intimidad, con la dudosa blancura de sus bajos y la triste pobreza de sus carnes, hace caer todas vuestras ilusiones; sin su aparato de guerra, aquella mujer no encontraría ni un perro que corriese tras ella, como el pedazo de jabón con que os laváis las manos no encontraría un comprador sin el reclamo correspondiente. Un hombre que se deja vencer por el reclamo y dominar por las grandes palabras es siempre un débil ó un avaro. No quiere esto decir que todos los hombres sean débiles; pues si hay millones de ingenuos que se dejan engañar, hay millones de sordos que ni al ruido de un cañonazo se emocionan. Pero el reclamo persiste siempre y se sirve de todo: palabras, colores, sonidos, pintura, escultura y música, siguiéndonos dondequiera como nuestra propia sombra.

Todo está hoy sometido al reclamo: la política, el arte, la

misma religión no pueden existir sin su apoyo. Hay varias especies de reclamo: la que sirve al desarrollo de la vida y á la prosperidad del comercio; la que hace reir, por su base de humorismo, y la que... no hace reir, con base de fraudes y de engaños, dignos á veces de ser castigados por el Código. Examinemos los dos últimos tipos de reclamo, pues del primero nada de particular hay que decir.

El autorreclamo es una de las formas más corrientes; así cierto Joe Chapple, editor de una revista yanqui, se presenta al público de este modo: «¿Conocéis á Joe Chapple, el muchacho que, saliendo sin un cuarto del Oeste, ha logrado ahora, después de haber pasado por todos los estados de la vida social, fundar una *Revista nacional?* Presidentes, ministros, magistrados del Tribunal Supremo, diplomáticos, senadores, representantes y gobernadores de los Estados de la Unión conocen á Joe Chapple, hablan de sus obras, escriben para su revista y solamente para ella; ninguna publicación puede compararse con la *Revista nacional*, porque no hay en el mundo más que un solo Joe Chapple». Y aquí el retrato del «hombre único» en magnífica fototipia.

Los que no tienen valor ó habilidad para alabarse á sí mismos se proporcionan alabanzas orales ó escritas de personajes dignos de crédito; así en Inglaterra un sacamuelas logró escogida clientela escriturando secretamente á un vizconde para que cantara sus loores entre sus amigos y conocidos. Reclamo de efecto seguro fué el siguiente billete enviado por una *cantaora* de café-concierto á los casados y solteros de una ciudad americana: «Querido señor: Hasta hoy nunca os he pedido ningún favor; hoy, por única vez, me atrevo á pediros uno: tened la cortesía de venirme á ver á la entrada del escenario del teatro-jardín Shea á las ocho de una noche cualquiera de la presente semana; llevad un girasol rojo en el ojal para que os pueda reconocer; no digáis nada á nadie de esta indicación. *Vuestra muchacha de la cabellera rubia*». A la entrada del escenario se vieron pocos girasoles; pero la sala estuvo llena

toda la semana para ver á la joven de la rubia cabellera.

También tuvo un éxito sensacional el discurso pronunciado en una Universidad americana por un aspirante al premio anual otorgado al autor del discurso más interesante pronunciado en la apertura del curso académico. El paraninfo estaba lleno de público escogido, y tras los discursos pronunciados por varios jóvenes inscritos como oradores apareció el aspirante mejor cotizado, el que suscitaba mayor espectación. «Señoras y señores—empezó diciendo, recorriendo con la vista aquel público selecto, pendiente de sus labios:—¿habéis usado alguna vez el jabón Pear?—Y tras esto hizo una pausa de varios segundos, que parecieron siglos á los estupefactos oyentes; y luego prosiguió:—¿No?... Pues si no lo habéis usado, debéis usarlo.» Y en seguida largó un magnífico discurso sobre la importancia de la publicidad, tan vigoroso y concluyente, que por voto unánime le fué adjudicado el premio. Era el sobrino del inventor del jabón.

Gastado ya el recurso de los grandes anuncios en la cuarta plana, los anunciantes agotan todos los recursos para hacerse leer. A lo mejor en tercera plana despierta nuestra curiosidad un título sugestivo: «La travesía del Niágara á nado», «Amarguras de una madre», «Dolores de un sacerdote», etc., y nos encontramos con un reclamo de un licor ó de una zapatería.

Entre los reclamos entretenidos están los anuncios de matrimonios, que no es cosa tan moderna como se cree. En el número del 9 de Mayo de 1812 del *Intelligenzeblatt*, de Leipzig, se lee: «Cuatro muchachas, honradas y muy bellas, de diez y ocho á veinticuatro años, pertenecientes á una buena familia del campo, con dote de 3.000 *gulden* cada una, desean casarse para vivir en la ciudad; creen poderse afirmar buenas amas de casa porque están avezadas á todas las labores domésticas, y les importa más la honradez y la buena crianza de sus futuros maridos que su riqueza; para más informes, quien tenga menos de cuarenta años y esté libre de defectos físicos puede

acercarse á la redacción del periódico». Como se ve, aquellas doncellas se diferenciaban poco de las actuales.

Un periódico de Mónaco ofrece otro anuncio, que debe haber costado un pico por su longitud. «Según el calendario—reza el anuncio,—tengo ya sesenta años; pero apenas siento veinticinco. La mujer que quiera casarse conmigo debe tener de diez y seis á veinte años, hermosos cabellos, hermosos dientes y menudos pies; debe gozar óptima reputación y ser de familia estimada. Debe vestir con sencillez. Quiero que no lleve pendientes, ni cadenitas, ni sortijas, ni pantuflas, ni gorritos, ni rizos, ni cabellos postizos. Jamás debe hacerse los vestidos á la moda, porque nada es más detestable que ser mona de imitación; debe hacerse los vestidos según su gusto personal, sin hacer caso de las observaciones de quienes sigan la moda. Debe conocer la equitación, ó aprenderla si no la conoce. Nunca debe divertirse en bordar, porque este género de ejercicio manual sólo sirve para disfrazar la nulidad de la inteligencia. Debe, sin embargo, saber la música á la perfección. En mi casa será dueña absoluta. Yo me haré un deber de satisfacer todos sus caprichos razonables, porque me parece odioso que la mujer sea esclava del marido. Me debe seguir en mis viajes dondequiera que vaya, porque es vergonzoso que los hombres pasen los días y las noches en el café, mientras dejan á la mujer en casa aburriéndose sola. Al usar más arriba la palabra *debe* no he querido referirme á la idea de sumisión, sino sólo indicar un acuerdo, una convención en entera ventaja de la señora. El día del matrimonio recibirá 3.000 *gulden*; pero se obligará á gastar todos los años la renta, porque nada es más odioso que la avaricia. Nunca deberá bailar, porque me desagradaría ver á mi mujer saltar como una cabra. Si es rica, será dueña de todos sus bienes, pero deberá gastar todas las rentas, porque no conozco nada más estúpido que hacer economías... para los demás. ¡Gozar de la vida! Ese es el principio de mi filosofía.»

En otro periódico de Lody (Polonia rusa) se lee: «Soy una

honrada obrera; mi padre tiene cincuenta puercos, que valen, unos con otros, treinta rublos cada uno; el que quiera casarse conmigo, que se dé á conocer». Récientemente miss Clarmann, una americana, decía en un diario de Filadelfia: «¡Ciudadanos! ¿Permaneceremos indiferentes á la vista de una compatriota bien educada, que conoce la música, que posee todo cuanto un hombre puede desear, aunque esté reducida á buscarse un marido por medio de los periódicos? Adelantaos sin miedo; desde que el mundo existe, ningún corazón tímido ha sabido conquistar á una mujer hermosa». En otro diario de París dice otra soltera: «Yo soy una mujer hermosa; mi abundante y ondulada cabellera me envuelve toda como una nube; mi rostro es delicado y brillante como el terciopelo de las flores; sutil y flexible como un sauce es mi persona; soy bastante rica para poder pasar desahogadamente la vida al lado de mi esposo adorado; si encontrase un caballero afectuoso, inteligente, bien educado y de buen gusto, me uniré á él por toda la vida y con él tendré más tarde el placer de dormir el sueño eterno en una tumba de mármol de color de rosa».

Estos son los reclamos para las uniones «con buen fin»; no hablemos de los anuncios en que se ofrecen ó se solicitan protecciones más ó menos discretas y duraderas, porque sería el cuento de nunca acabar; y en cuanto á los reclamos... que no hacen reir, más vale no mencionarlos siquiera, pues sobre estar hartos de verlos en los periódicos (anuncios de panaceas, ofrecimientos de charlatanes y cosas semejantes) hay que convenir en que cada vez son menos los incautos que caen en las redes de tan burdos tramoyistas.

El reclamo curioso es el que nace de una semejanza, situación de la que á veces no deja de sacarse gran partido. Así, por ejemplo, un obrero tapicero de París que tenía gran parecido con Garibaldi recibió lo menos una docena de proposiciones de matrimonio de parte de señoras de gran posición, á las que no pudo acceder por estar casado. Cuando el famoso general Boulanger estaba en el apogeo de su gloria, un pobre con-

fitero de Montrouge pasaba malamente la vida en su tienda; por fortuna suya se parecía extraordinariamente al *brav'general,* y observada esta semejanza, su clientela aumentó en enormes proporciones, haciendo su negocio; y como si esto no bastara, una señora rica, prendada del general, se decidió á manifestar su pasión al confitero, y á falta del original se casó con la imitación, haciendo del pobre diablo el hombre más feliz del mundo. El tenor Mario recibió también un día una carta fogosa en que una linda dama le ofrecía su mano y su fortuna: Mario era casado; pero entre los comparsas de su compañía había un corista que se le parecía como un huevo á otro huevo; lo envió á la dama, y la señora tuvo que conformarse con la copia; y tres semanas después el mísero comparsa se convirtió en rico propietario.

***

El mercantilismo y la estética en América. — El arte, según afirma en la *La Revue* Alberto Schinz, es incompatible con el mercantilismo; lo que hay es que las manifestaciones artísticas revisten otras formas, y pedir en América arte á la europea es lo mismo que pedir á un lapón que se vista como un ecuatorial. No hay vista más fantástica que la ofrecida, en una clara noche de Enero, á la hora del crepúsculo, por esas gigantescas construcciones yanquis que elevan á las nubes sus miles de ventanas brillantemente iluminadas; claro es que este espectáculo nada tiene de común con el de la catedral de Colonia, pero no por eso deja de tener su belleza.

América se distingue por su industria y su comercio. Wisby asegura (*Independent*, de Nueva York, de 4 de Febrero de 1904) que en los Estados Unidos se gastan 500 millones de duros anuales en reclamos; y Calkins y Holden estiman, en 1905, que lo gastado en anuncios y reclamos no baja de 600 millones de duros. Antes de la guerra civil se consideraba fabuloso un anuncio de 3.000 duros de la fábrica de balanzas Faîrbank y Compañía; hoy es esa una cifra ordinaria; la misma casa gasta

hoy 750.000 duros (tres millones y medio de francos) en reclamos; la fábrica de jabón *Sapolio* gastaba en sus comienzos, hace treinta años, unos 30.000 duros anuales; hoy gasta en anuncios mil duros diarios; los grandes almacenes, del tipo del Bon Marché ó del Louvre, sacrifican en Nueva York más de cuatro millones de duros anuales con el mismo objeto. En Chicago, uno de estos almacenes, Sears Rœbuk y C.ª, distribuye por el correo catálogos que pesan cuatro libras, y que tienen 1.200 páginas á tres columnas; los gastos de correo de cada edición importan la suma fantástica de 640.000 duros.

Los precios más altos que se pagan por los anuncios son los de revistas: el *Ladies Home Journal*, de Filadelfia, tira un millón de ejemplares y lleva seis duros por línea de reclamo; como tiene cuatro columnas por página y es del tamaño de *La Ilustración*, cada página produce seis mil duros, y tomada en junto cuatro mil; el *Confort*, de Augusta, cobra á cinco duros línea, y la famosa combinación del *Butterik trio* (tres revistas de modas, *Delineator*, *Designer* y *New Idea*), exigen siete duros por línea con una circulación de 1.250.000 ejemplares. Las revistas ordinarias del tamaño de La España Moderna suelen llevar de 250 (*Century*, *Harper's*, *Scribner*) á 500 duros (*Munsey*) por cada página, siendo su circulación de 250.000 á 604.000 ejemplares. El *Munsey*, por ejemplo, tiene 75.000 duros mensuales de anuncios, y el *Ladies Home Journal*, 135.000. Las diez revistas más importantes perciben en junto al año más de veinte millones de francos por sus anuncios.

Los anuncios murales son también muy buscados, y se pagan según el sitio y el espacio, vendiéndose á razón de tanto el *sheet* (espacio de 60 por 70 centímetros). La compañía de *Force* (una preparación de cereales que sirven en el almuerzo sin necesidad de cocerla) ha arrendado 30.000 sitios para anuncios de 8 *sheets* de extensión, y 20.000 de 24 *sheets* por la suma de 25.000 duros mensuales; el precio más alto que se ha pagado por esta clase de reclamos es el de diez duros mensuales por

pie cuadrado, en una plaza de Nueva York. Las personas inteligentes en la redacción de reclamos cobran hasta 12.500 duros anuales, y lo mismo perciben los que saben arreglar un escaparate seductor.

Se calcula que el comercio americano invierte en anuncios el 5 por 100 de sus ganancias, y los más profanos comprenderán fácilmente la influencia de este hecho general en el desarrollo del buen gusto. Así, por ejemplo, puede citarse lo ocurrido con los bizcochos y galletas: hace unos años se vendían al detalle, estando las cajas abiertas; el cliente tanteaba y elegía, el vendedor cogía los bizcochos con la mano, los pesaba donde acababa de pesar otras cosas y los echaba en una bolsa de papel; el reclamo ha cambiado todo esto, y hoy la venta se hace en paquetes de determinado peso encerrados en papel higiénico é impermeable, metido en una cajita de cartón que á su vez se envuelve en otro papel de vistoso y elegante color con la etiqueta del comerciante. Hoy todo se vende así: azúcar, café, té, sal, arroz, etc., y en las casas más pobres penetra el gusto por la limpieza, el orden y la higiene, que es la estética de la vida práctica. Otro ejemplo lo encontramos en el arte del vestir. Hace unos años los clientes de los sastres americanos eran como los europeos, y solían vestirse á la medida; un hombre emprendedor observó que el 10 por 100 por lo menos de las personas que compraban trajes hechos no tenían las proporciones normales, y se puso á fabricar trajes para personas irregulares; metió ruido con sus reclamos, y logró colocar sus géneros en los almacenes de ropas hechas, y pronto se vió que el 50 por 100 de los clientes utilizaban aquellas confecciones; el hombre ensanchó sus operaciones, abarató sus géneros, extendió su clientela, y hoy la inmensa mayoría de los americanos compra trajes hechos; el resultado es que se compra más y se viste mejor, hasta el punto de que, comparada en conjunto una ciudad europea con una americana, se saca la impresión de que en Europa «parece que no hay más que pobres». Lo mismo que con los trajes ocurre con el calzado, la

ropa blanca y los muebles; y puede decirse que gracias al reclamo con sus exquisiteces y su ingenio, el gusto por lo bello se propaga y se difunde, mejorando las condiciones de la vida.

LITERATURA

Los libretos de operetas y de danzas. — Al principio la opereta era una comedia musical cantada por comediantes afónicos. Una hermosa voz lo hubiera echado todo á perder; lo que se requería, ante todo, era que aquella voz fuese cómica, extraña, inverosímil; el inolvidable tenor Dupuis, del repertorio Offenbach, sólo cantaba con la nariz, y era exquisito; Berthelier poseía una voz que resonaba como un tam-tam, y Braseur padre tenía las cuerdas vocales como algodonadas... y aquello era sublime, pareciendo que se oía una trompeta taponada.

La primer opereta, según dice en *La Revue* Mauricio Vaucaire, fué *Picaros y Diego,* de Dupaty y Daleirac, representada el año 1809; pero la verdadera opereta apareció con *Don Quijote*, de Hervé, en 1847, llegando poco después á su apogeo con Offenbach. Duros fueron los comienzos de Offenbach, pero al fin obtuvo el privilegio para los Bufos Parisienses, y entonces pudo entregarse de lleno á sus composiciones, siendo su primer gran éxito *Los dos ciegos,* que se representó más de 400 veces. Las operetas, sin embargo, según el privilegio obtenido por Offenbach, no habían de tener más de tres personajes, y ésta era una restricción que limitaba sobremanera el campo de acción de los Bufos. Dos libretistas ingeniosos, Jaime y Trefeu, escamotearon la dificultad creando un personaje mudo que, tirando de una cuerda, sacaba de un cuévano que llevaba á la espalda el escrito que contenía sus réplicas; el efecto era realmente bufo, y tuvo gran éxito.

¡Qué lindos actos los de aquel tiempo! *Le moulin joli,* de Varney; *Les Pantins de Violette*, de Adolfo Adam; *Les six de-*

moiselles à marier, de Jonas; *L'Impresario*, de Rossini. Los más ilustres compositores no se desdeñaban de hacer sus piececitas juguetonas, y Flotow escribía *Pianella*, y Leo Delibes *L'Ecossais de Chatou*, *Le serpent à plumes*, *Le rajah de Mysore*, etcétera. En 1858, Halevy y Cremieux dan la primera gran opereta, *Orfeo en los infiernos*, y poco después comienza Meilhac á producir las suyas, cuyo recuerdo vive todavía: *La bella Elena*, *La vida parisiense*, *La Perichola*, *Los bandidos* y *La panadera tiene cuartos*, esta última algo injustamente olvidada, pues tiene escenas cómicas de primer orden.

Se asegura que Offenbach ordinariamente componía su música antes de que le entregaran el libreto; marcaba el ritmo definitivo, y el libretista tenía que ajustarse á él; á veces se le antojaba intercalar un aire hebraico, de los que hay muchos en sus operetas, y había que seguirle. Meilhac y Halevy fueron tildados de iconoclastas por haber parodiado el Olimpo; Julio Janin lanzó el anatema, y maldijo á los traidores que así profanaban las obras maestras y los recuerdos clásicos de la Mitología y la leyenda épica.

Las grandes operetas pueden dividirse en dos series: las de antes y las de después de la guerra franco-prusiana, añadiendo á las citadas ya *L'œil crevé* (1867), *Chilperic* (1868); *Le petit Faust* (1869), de Hervé; *Le canard à trois becs*, de Jonas; *Les turcs*, y las piezas de Cœdès, Clairville, Grangé, Jaime, Siraudin y Lambert-Thibous; tenemos el repertorio de la primera serie, del que es tipo, con *Orfeo y Telémaco*, *La gran duquesa de Gerolstein*, á cuyas representaciones asistieron Bismarck y Moltke acompañados por Mac-Mahon; Bismarck se divirtió grandemente con aquella sátira de las pequeñas cortes alemanas, y á cada momento exclamaba, volviéndose á Moltke: «¡Eso es! ¡Así es! Está bien cogido».

Pasada la guerra, había que consolarse, y una legión de libretistas se encargó de ello; y *La fille de madame Angot*, de Lecoq, en 1873; *Eloísa y Abelardo*, de Litolff, y *La petite Mariée* abren la nueva era, á la que pertenecen *La Mascota*, *Miss*

Helyett y *La muñeca*, de Audrán; *Verónica*, de Gavarni; *Los saltimbanquis*, de Ganne, y tántas y tántas otras, algunas de las cuales, como *Los mosqueteros*, han producido 300.000 francos de derechos, aunque, generalmente, el trato que hacen los editores es el de dar 2.000 francos al libretista y 20.000 al compositor, salvo los derechos de autor percibidos por la Sociedad, que los distribuye por mitad entre ambos.

Las pantomimas y las danzas, con raras excepciones, son de más difícil colocación; hay casos como los de *Coppelia* y *Excelsior*, pero son excepcionales, como lo es la pantomima terrorífica *La mano*, de la encantadora rubia dinamarquesa Carlota Wiehe. Conviene, sin embargo, de cuando en cuando tener un baile de gran espectáculo y asistir á una pantomima.

CUESTIONES POLÍTICO-SOCIALES

¿Qué es el socialismo?—El socialismo, según Alfredo Fouillé (*Revue Bleue*), es proteiforme y difícil de encerrar en una definición. Hay socialismo, según León Bourgeois, cuando «á la lucha entre actividades que se suponen absolutamente independientes, se sustituye la asociación entre seres que conciertan voluntariamente sus actividades para desarrollar la actividad de cada una en la armonía del conjunto y para el mayor bien de todo». Esto es confundir el socialismo con la moral y el orden legal.

Millerand dice que «el objeto del socialismo es la abolición de las clases, para que el *asalariado* se eleve á la dignidad de *asociado*». Ese objeto lo persiguen también los reformistas liberales sin ser socialistas, y puede llegarse á ese resultado, en efecto, sin establecer el colectivismo, ni menos el comunismo. El socialismo, añade Millerand, quiere que «en la nueva humanidad la propiedad individual sea, no suprimida, sino transformada, y tan ensanchada, que sea para cada hombre como su prolongación natural y necesaria sobre las cosas, el

instrumento necesario de su vida y de su desarrollo»; eso es hablar como todos los economistas y todos los juristas que quieren democratizar la sociedad.

Según las definiciones algo más precisas de Durkheim y Belot, el socialismo «es una tendencia á transformar (brusca ó progresivamente) las funciones económicas del estado *difuso* en que se hallan en estado *organizado*», para lo cual sustituye la anarquía económica actual, sostenida por la competencia sin freno, por un sistema público de cooperación en el que la sociedad interviene para limitar ó desplazar esa competencia, llevándola á los méritos de las personas, en lugar de hacerla pesar exclusivamente sobre la ley del mercado. Tampoco esto es el socialismo; esa intervención de la sociedad existe hoy y ha existido siempre por leyes y sanciones, y el paso del estado difuso al organizado es efecto que se produce por la libertad individual y la libre asociación de las libertades individuales. El socialismo implica un autoritarismo en el terreno de los intereses, y puede definirse, según Fouillet, «el ensayo (¿y por qué no el sistema?) para realizar por medio de leyes y sanciones un ideal social, ya de orden económico (socialismo materialista), ya de orden intelectual y moral (socialismo idealista)».

Sabido es que las tres funciones económicas son: *el consumo*, objeto final; *la producción*, primer medio, y *la distribución*, término medio. De ahí tres especies de socialismo: el sistema que quiere que el consumo sea común y esté arreglado por la comunidad es el *comunismo*, que implica también comunidad de producción y de distribución; es, por decirlo así, el socialismo íntegro, en que la sociedad interviene en las tres funciones económicas. ¿Retrocedéis ante el comunismo? Pues á mitad del camino os encontráis con el *colectivismo*, que es la socialización de la producción, ó por lo menos de los instrumentos de producción. La mayor parte de los socialistas sostienen con Marx y Jaurès que el colectivismo desemboca necesariamente en el comunismo; pero no hay tal cosa: se concibe

perfectamente que la producción pueda ser colectiva y el consumo individual. Y hasta puede haber un socialismo sencillo, reducido á la intervención del Estado en la distribución para limitar ó suprimir sus desigualdades.

Hay en sociología confusiones de ideas difíciles de evitar, porque los derechos envuelven intereses, como los intereses implican á su vez derechos: la propiedad es una idea económica y jurídica; la reglamentación jurídica de la propiedad no es socialismo, pero sí lo es su reglamentación económica y aun moral. El socialismo quiere que intervenga la colectividad en nombre de intereses colectivos de orden económico ó moral; el sociólogo quiere que intervenga la colectividad en nombre de la justicia científicamente comprendida y de la protección del derecho. Si se consulta la historia, se ve que las ideas *morales*, *jurídicas* y *sociales*, pero no las *socialistas*, son las que han traído los modernos progresos de la conciencia humana, de las costumbres y de las leyes.

La antigua escuela económica consideraba equivocadamente el contrato de trabajo como una simple relación entre personas que se suponían dotadas de igual libertad; hoy estimamos que hay además una relación de cosas de que no se puede prescindir: quien no tiene instrumentos de trabajo no puede trabajar; y reconocer esto no es ser socialista. Los colectivistas cantan victoria por la legislación del trabajo, representándosela como una serie de conquistas del socialismo. No hay tal cosa: cada una de esas leyes es una conquista arrebatada al socialismo precisamente, pues de los principios ordinarios del derecho común, el legislador ha sabido deducir medidas que nada tienen de colectivistas. No hay que dejarse engañar por las apariencias. El hombre de estudio debe ser sociólogo y partidario resuelto de todas las medidas reparadoras que tiendan á mejorar el estado actual; pero no debe alistarse en ningún bando político ni social, sea individualista ó socialista.

ESTETICA

Lo feo y sus caracteres contemporáneos.—Así se titula un artículo de la *Revue Bleue*, firmado por Peladan, en el que afirmando ante todo que la forma viva tiene tres caracteres, la especie, el individuo y la expresión, y reconociendo que respecto á las cualidades de la especie todos están de acuerdo en que son la salud, la juventud y la proporción, declara que en cuanto al individuo las opiniones son muchas, y en cuanto á la expresión, que suscita las más vivas contradicciones, siendo la menos evidente de las categorías.

Dejemos á un lado este pisto de especies, individuos y expresiones, que ni aun guisado por Peladan es digestible, y vengamos á la más concreta de sus conclusiones: la de que la vida contemporánea es fea, y hay que volverla la espalda para llegar á la belleza.

El hombre actual no tiene cabellera; con la cabeza calva ó con los pelos en brocha como los esclavos romanos, ha renunciado á ese marco natural del rostro que convertía en un Apolo al príncipe de la Rovere ó al banquero Altoviti. Todo el mundo conviene en que el «tubo de chimenea» ó sombrero de copa alta es una invención desatinada; pero de un extremo á otro de Occidente ese tapatestas ridículo, apagaluces simbólico de toda plasticidad, reina sobre los cráneos civilizados, como el frac del jefe del Estado se iguala con el del último camarero.

El arte no puede sacar nada de una época en que la uniformidad se impone como la primera conveniencia social. La consagración de Napoleón por David no vale seguramente lo que el Matrimonio del Dux con el Adriático; pero es noble, comparado con nuestros cuadros oficiales, que parecen instantáneas de comicios agrícolas.

En la calle encontramos dos tipos característicos, el ocioso y el obrero: la distinción de los primeros, los daudys, ha sido celebrada en las novelas, pero no deja huellas en el lienzo ni

en la estampa; en cuanto al obrero, nada tiene de típico; su blusa y su gorra no dan ninguna línea interesante; el torso del deshollinador y del pinche y los brazos del mozo de mudanza no se diferencian de los de un buen modelo profesional; en cuanto á la gesticulación de los oficios, hay que unirla á los gestos del sembrador y del orador y á las demás invenciones de hombres de gabinete que no han visto nunca un taller ni un campo. En todo esfuerzo habitual, el hombre despliega el gesto más económico de fuerza y de tiempo, el más corto, por decirlo así, y se atiene á él; mientras que el arte busca el gesto más largo y más lento.

Si buscamos un resto de intensidad en las formas profesionales, la fealdad aparecerá más dominante todavía: hasta en las últimas castas de traje, el clero y la milicia, seguiremos la evolución que viene á parar en lo informe. ¿Cómo se ha elegido y mantenido la casulla latina mientras se ha dejado la griega con sus airosos pliegues? La sotana del cura pegada al busto y de manga estrecha sustituye al manto romano, contradiciendo á la misma conveniencia sacerdotal, que impone la amplitud del vestido y la anchura de las mangas. ¿Y qué decir de los *suizos*? Hay que recordar á Offenbach al contemplar esos ridículos muñecos de opereta con alabarda y bastón de tambor mayor que vienen golpeando las losas de la Magdalena y luciendo sus blancas pantorrillas.

La misma decadencia ha sufrido el traje militar; los que han visto el ejército de Napoleón III y ven el actual, dudarán que se trate de la misma raza. No se trata de las razones prácticas en que se hayan inspirado esas reformas: lo positivo es que el carácter profesional se va borrando, y que la belleza plástica de los antiguos uniformes se ve reemplazada por la fealdad de los modernos.

El gesto depende del traje, y las formas no son ya expresivas: de levita, de chaqueta ó de blusa, el lirismo parece fuera de tono, las grandes frases suenan falso y los grandes gestos resultan ridículos; la escena del balcón de Romeo y Julieta

sería risible con trajes del Bon Marché. No se comprende un Hamlet entonando en terno gris la gran meditación del «ser ó no ser».

La vulgaridad no se interpreta: no habrá nunca quien ilustre *L'Assommoir* de un modo valedero. En estos tiempos de instantáneas, el artista y el esteta pueden convencerse por innumerables documentos que la contemporaneidad no suministra ningún elemento de arte, y que los que hablan de pintar el tiempo presente manejan todos una pluma y no un lápiz.

PEDAGOGÍA

Las cantinas escolares.—Cuando por primera vez los amigos del niño y de la escuela, conmovidos por la frecuencia de los casos en que los escolares que no regresaban á sus casas hasta la caída de la tarde y llevaban su cestita para comer, la encontraban vacía y disimulaban su hambre para no descubrir la miseria de sus familias, acudieron al Ayuntamiento de París en 1877 pidiendo se sirviera á esos niños algo caliente en las escuelas, la petición fué rechazada; el mal persistió y creció á medida que la población de París aumentaba, y el 5 de Febrero de 1881 el Ayuntamiento concedió una subvención de 6.000 francos para las primeras cantinas escolares; de aquellos modestísimos comienzos se ha llegado al presupuesto actual, en el que las subvenciones para tan humanitario servicio pasan de un millón de francos.

En muchas otras ciudades de Francia se ha implantado con éxito la misma innovación, y en la población diseminada del campo, gracias á la iniciativa del inspector Moreau, se ha establecido la «sopa caliente de mediodía» de un modo tan práctico como económico: los alumnos llevan por las mañanas en su cestita un puñado de legumbres limpias, todas las cuales se echan en un gran barreño colocado á la puerta de la clase; un chico de los mayores de la escuela lava las legumbres y las

echa en una marmita con agua, sal y grasa, y á las once y media está lista una excelente sopa juliana; cada alumno coge su pan, echa la sopa en su bol y la come; luego friega su cacerolita para el día siguiente, y así el maestro nada tiene que hacer. Para los gastos de grasa y lumbre cada chico entrega de 15 á 25 céntimos mensuales, y ese es todo el mecanismo. En algunos pueblos, en lugar de la sopa juliana se hace arroz con leche; los niños llevan su botellita de medio litro, y los Municipios ó los patrocinadores de la escuela facilitan el arroz y el azúcar; y no hay que decir lo contentos que con esta reforma están los escolares á quienes afecta.

Los precios de coste de las comidas—según el artículo de Augusta Moll-Weiss, directora de la Escuela de las Madres, de donde tomamos los datos—varían según las poblaciones: en Lyon se vende la ración á 15 céntimos, en Tarbes á 10, en Burdeos de 5 á 10, según se desee un plato ó dos, etc. En París el precio de coste es de 14,80 céntimos, y se vende de 10 á 20 céntimos, según los barrios, á los padres que lo pueden pagar; y luego los Municipios, las cajas escolares, la beneficencia y los particulares compran bonos y los entregan para su distribución al maestro. El desarrollo adquirido por las cantinas es enorme: en 1903, sólo el distrito 17 de París ha servido 325.417 raciones gratuitas y 112.350 de pago, y en 1904 el distrito 20 ha servido 667.667 de las primeras y 331.903 de las segundas, lo que da un total de más de un millón de almuerzos sólo en un distrito de París.

Augusta Moll-Weis quisiera introducir algunas reformas en los refectorios: mayor limpieza en las mesas, que hubiera manteles ó servilletas, que los niños estuvieran más separados, que tuviera cada uno su vaso, su cuchillo y su tenedor; que cada cantina tuviera su máquina de pelar patatas y su prensapuré; detalles interesantes sin duda, y á los que con el tiempo se llegará, pero que en nada afectan á los fines esenciales perseguidos con esta humanitaria innovación.

La lista de platos varía según los días; he aquí las canti-

dades que se requieren por cada 100 niños en las escuelas primarias:

Lunes: 10 litros de lentejas, 3 kilos de chipolatas (salchichas) y 250 gramos de sangre de cerdo (saindoux).

Martes: 7 kilos y medio de carnero, 35 litros de patatas y 250 gramos de sangre.

Miércoles: 6 kilos de macarrones, 1,250 de Gruyère y 750 gramos de manteca.

Juèves y sábado: 8 kilos de carne, 60 gramos de legumbres frescas y 2 kilos de arroz.

Viernes: 7 kilos y medio de carnero, 10 litros de judías y 250 gramos de sangre.

En las escuelas maternales del mismo grupo escolar la lista y las cantidades por cada 100 alumnas son las siguientes:

Lunes y jueves: 6 kilos y medio de carne, 50 gramos de legumbres frescas y 1,200 kilos de arroz.

Martes: 5 kilos de macarrones, 1 kilo de Gruyère y 600 gramos de manteca.

Miércoles: 8 litros de lentejas, 2 kilos y medio de chipolatas y 200 gramos de sangre.

Viernes: 8 litros de judías, 250 gramos de chipolatas y 200 gramos de sangre.

Sábado: 6 kilos y medio de carnero (deshuesado por el carnicero), 30 litros de patatas y 250 gramos de sangre.

Del estudio de estas listas se deduce, según Augusta Moll-Weis, que esta alimentación es inadecuada por no adaptarse á las necesidades ni á las fuerzas de los niños, y que es insuficiente. No es asimilable, porque los estómagos de los niños son todavía incapaces de digerir las lentejas y las judías; porque las chipolatas, hechas de sangre de cerdo y grasientas, son muy pesadas, y porque la carne no la pueden todavía masticar bien. Son insuficientes, porque cada niño necesita recibir en su comida 1.200 calorías y sólo recibe de 620 á 780.

Para disputar á la tuberculosis el dominio de estos niños importa mejorar su alimentación. Se dirá que eso es cosa de

los padres, pues harto hacen ya el Estado y los Municipios con darles lo que les dan; pero si los padres no pueden completar esa alimentación y se desinteresan cada vez más de sus hijos, ¿qué hacer si se quiere salvar esas vidas? Cueste lo que cueste, hay que alimentarlos suficientemente, acabando la obra empezada. Los pueblos que todavía no han establecido cantinas escolares, ó donde esta institución no se ha generalizado, podrán discutir si conviene ó no la adopción de esta reforma social; lo que no puede discutirse—y menos con el ejemplo de Francia á la vista—es que, una vez lanzada la sociedad por ese camino, hay que ir hasta el fin, pues en otro caso los padres descansan en la tutela del Estado, y el Estado descansa en la obligación natural de los padres; y no cumpliendo ni unos ni otro sus deberes para con los niños, éstos son los que en definitiva resultan sacrificados.

ENSEÑANZA Y EDUCACIÓN

Conclusiones de una Asamblea.—En la Asamblea celebrada este año por la Asociación de Catedráticos de Instituto de España, se han votado, entre otras, las conclusiones siguientes, según vemos en *La segunda enseñanza,* órgano de la Asociación que tiene el honor de dirigir el que escribe esta sección de La España Moderna.

Proyecto de ley de bases de la enseñanza.—1.ª La Asamblea estima que el proyecto de ley de 29 de Mayo de 1903, por lo que á la segunda enseñanza se refiere, constituye un lamentable retroceso que nos llevaría en derechura al período anárquico que siguió á la revolución de 1868; el interés de empresa, sobreponiéndose á todo otro interés, haría de la enseñanza un campo de explotación, que rebajando el nivel intelectual de la juventud, mataría toda fecunda iniciativa. Los Establecimientos oficiales quedarían reducidos á la categoría de Establecimientos docentes de Beneficencia, sin medios ni

recursos para la lucha, en igualdad de condiciones, con los Colegios privados, especialmente los de las Ordenes religiosas, y éstos absorberían toda la matrícula, con grave daño de la cultura nacional, y con notoria perturbación de las buenas relaciones hasta el presente existentes, en general, entre la enseñanza pública y la privada. El Estado no puede ni debe desprenderse de sus facultades directivas, ejercidas en materia de enseñanza por el Profesorado oficial, reclutado por el Estado mismo, con arreglo á las leyes y disposiciones que ha tenido á bien dictar, y depositario de la confianza del Estado.

2.ª No es necesario dictar ninguna nueva ley sobre libertad de enseñanza, puesto que, con arreglo á la Constitución, todo español puede dedicarse á enseñar, sometiéndose á las disposiciones vigentes.

Proyecto de ley de Autonomía universitaria. — 1.ª La Asamblea aplaude el espíritu en que se inspira el proyecto de ley de 21 de Diciembre de 1905, lo acepta en todas sus partes y sólo desea se introduzca en el mismo una modificación, en conformidad con la legislación vigente, establecida precisamente á instancias de la Asociación de Catedráticos, y en consonancia con los principios mismos del proyecto llamado de «Autonomía universitaria». La modificación se refiere al primer párrafo del art. 40 del Proyecto, que debe ponerse en armonía con el art. 17 del mismo, pues lo que en esta materia se dice del Rector de la Universidad, que debe ser elegido por el Claustro, es perfectamente aplicable al Director del Instituto, no habiendo razón para que el Rector sea nombrado á propuesta del Claustro y el Director sea de nombramiento directo del Gobierno.

2.ª El cargo de Director de Instituto debe ser de nombramiento Real, pero debiendo recaer en un Catedrático numerario, mediante propuesta *unipersonal* del Claustro; el Director cesará en su cargo cuando la mayoría del Claustro así lo acuerde, pidiéndolo á la Superioridad.

3.ª El cargo de Secretario debe ser desempeñado por un

Catedrático numerario, ó á falta de éste, si ninguno lo aceptara, de un Auxiliar elegido por el Claustro á propuesta en terna del Director del Instituto, debiendo también cesar en su desempeño cuando la mayoría del Claustro así lo acuerde.

4.ª Ambos cargos serán desempeñados durante un número de años que no pasará de cinco, siendo reelegibles sus titulares.

Carácter de la enseñanza.—Se procurará dar á la enseñanza de las asignaturas en los Institutos el carácter más sencillo y práctico posible, evitando también los excesos del memorismo y la tendencia á convertir la cátedra en tribuna. Para esto, además de dotar del material necesario á todas las clases, aumentando al efecto la exigua consignación del presupuesto, adoptarán las medidas siguientes:

1.ª La Asamblea, agradeciendo profundamente que sus aspiraciones hayan sido atendidas en el Real decreto de 6 de Noviembre de 1903, que estableció las *Salas de estudio,* lamenta que por deficiencias materiales, por falta de local y por no haberse arbitrado al efecto los recursos que propuso en previsión de lo que luego ha ocurrido, no haya podido implantarse esta reforma en todos los Institutos con los excelentes resultados que ha dado en Barcelona, Canarias y otros puntos donde se ha establecido. Insistiendo en sus acuerdos, afirma que para que la enseñanza sea una verdad y para que el trabajo del alumno y el del Profesor sean tan provechosos como debe desearse y alcancen su mayor eficacia, conviene crear en los Institutos *clases prácticas y de repaso* á cargo de Auxiliares y Ayudantes, y bajo la dirección de los Profesores titulares.

2.ª Al efecto, cada Profesor destinará media hora por lo menos á *ejercicios prácticos y de preguntas*, y si los alumnos de la clase exceden de 50, serán divididos en secciones para este trabajo, á cargo de los Auxiliares numerarios y de los Ayudantes y Repetidores que sean precisos á juicio del Claustro, siempre bajo la dirección del Catedrático de la asignatu-

ra, á quien incumbe la responsabilidad de los resultados que se obtengan.

3.ª Para atender al gasto que originen los experimentos y prácticas, y para ofrecer al personal auxiliar alguna recompensa de su trabajo, todos los alumnos oficiales y los libres que deseen asistir como oyentes abonarán como *derechos de prácticas cinco pesetas*, por una sola vez y para todas las asignaturas del curso, destinadas íntegramente á la adquisición y reposición de material en los Institutos en que por no exceder de 50 alumnos la matrícula no hay necesidad de aumentar el personal, y *diez pesetas*, abonadas en Noviembre y Febrero, y destinadas, la tercera parte á la adquisición y reposición del material, y las otras dos terceras partes á la retribución de los Ayudantes y Pasantes que hayan prestado el servicio de prácticas y repasos. Estos derechos serán *obligatorios* y se percibirán al hacer la matrícula.

4.ª El Claustro de cada Instituto entenderá en todos los pormenores de ejecución de este servicio, dando cuenta anual del mismo á la Subsecretaría, y formulando cada Catedrático las propuestas correspondientes para el nombramiento de los Ayudantes y Pasantes de su asignatura.

5.ª En los Institutos donde no los haya, debe el Gobierno preocuparse con urgencia de habilitar locales adecuados para los ejercicios prácticos y salas de estudio, con el fin de que la enseñanza dé los mejores resultados.

Enseñanza de lenguas vivas.—1.ª Para la enseñanza de las lenguas en general, vivas y muertas, convendría establecer, ya como Sección de la Facultad de Filosofía y Letras, ya como Facultad aparte, un Centro educativo especial de Filología y Lingüística, que fuera el plantel del Profesorado de Lenguas.

2.ª Mientras se llega á este desiderátum, debe exigirse el título de Licenciado para ser admitido á las oposiciones á Cátedras de Lenguas vivas, como ya se ha establecido en las Escuelas de Comercio, pues no hay razón para mantener la legis-

lación de 1857 cuando las circunstancias han variado, y cuando las oposiciones á Cátedras demuestran la existencia de gran número de Licenciados en excelentes condiciones para desempeñar Cátedras de idiomas, estando asimismo comprobado que los extranjeros indocumentados que suelen dedicarse á la enseñanza de su lengua nativa carecen de condiciones de cultura general, son generalmente desecho de su nación ó aventureros sin escrúpulos, y suelen dar malos resultados, no pudiendo esperarse que vengan á España profesores extranjeros acreditados y cultos por falta de aliciente, dada la exigüidad de nuestros sueldos, ni siendo, por otra parte, precisa esa importación, cuando lo que en España sobra son Licenciados y Doctores preparados para la enseñanza de idiomas.

3.ª Convendría crear pensiones para el extranjero, á fin de que todos los años pasaran en aquellos países una temporada cierto número de Profesores, refrescando sus conocimientos y perfeccionándose en el cultivo del idioma correspondiente, para que estas enseñanzas tengan siempre el carácter predominantemente práctico y de aplicación que debe caracterizarlas.

Intervención del Estado en la enseñanza privada.—El Estado debe intervenir en la enseñanza privada en lo relativo á la seguridad é higiene de los edificios y para garantizar la aptitud de los alumnos: lo primero puede hacerlo tal como está dispuesto en la actualidad por el Real decreto de 1.° de Julio de 1902, sin más que facilitar todo lo posible los reconocimientos para ocasionar los menores gastos á los Colegios; lo segundo no puede hacerse sino mediante el examen del alumno por los Profesores oficiales, que son los que representan al Estado, y ante los cuales no cabe distinguir entre alumno privado ó de Colegio y alumno libre ó suelto, pues todos ellos son exactamente iguales, no teniendo por qué preocuparse el Tribunal examinador de la procedencia de los examinandos, sino de si merecen ó no la aprobación con una calificación ó con otra.

Material científico.—La consignación para material científico y fomento de Gabinetes, Laboratorios y Bibliotecas es tan

exigua, que en la mayoría de los Institutos puede considerarse como ilusoria, siendo absolutamente imposible dar á la enseñanza el carácter práctico que debe tener, por falta de recursos para reponer el material antiguo y para adquirir el material nuevo. La Asamblea llama respetuosamente la atención del Ministro sobre este lamentable estado de cosas, rogándole aumente la partida destinada al material, ó bien, si no hubiera otros recursos, establezca un módico derecho, que podía ser el de una peseta por asignatura y alumno, con destino á la reposición y adquisición de material científico.

Ingreso en el Profesorado.—1.ª El ingreso en el Profesorado, ya como Auxiliar, ya como Catedrático, debe ser siempre por oposición, mientras no se establezca el Seminario central de Profesores ó Escuela central de Pedagogía.

2.ª Las oposiciones para plazas de Auxiliar deben hacerse entre Ayudantes. Las Cátedras se proveerán, dos vacantes por oposición libre y una por oposición entre Auxiliares y Sustitutos de Catedráticos jubilados en cada Sección, á menos de que la experiencia demuestre que el establecimiento de este turno da malos resultados, pues en este caso es preferible la oposición libre, sin privilegios de ninguna clase y que permite la más acertada selección.

Escuela de Pedagogía ó Seminario de Profesores.—Sin perjuicio de mantener el principio legal de la oposición como medio *único* de ingreso en el Profesorado, sería conveniente *ensayar* una reorganización de las Facultades de Filosofía y Letras y de Ciencias, ó bien crear un organismo especial si se estimara preferible, aunque esto sería más costoso, á fin de dotar á España de un Centro de cultura pedagógica que, con uno ú otro nombre, fuera el verdadero plantel del Profesorado de Institutos, Escuelas Normales y Facultades profesorígenas.

Este Seminario ó Escuela no debería admitir más alumnos que los calculados para atender á las necesidades ordinarias de la enseñanza; estos alumnos ingresarían por oposición,

practicarían rigurosos ejercicios de examen, teóricos y prácticos, orales y escritos, llevarían á cabo trabajos originales de investigación, pasarían un año en el extranjero, pensionados decorosamente, y saldrían con el título de Agregados á una Cátedra para desempeñar, con sueldo, funciones de Auxiliares hasta que ascendieran por concurso á la categoría de Catedráticos.

De este modo aseguraría el Estado la existencia de un personal selecto de Profesores á la altura de la elevada misión social que les corresponde desempeñar, y podría atender holgadamente á este servicio, dotando con esplendidez al nuevo organismo de todo el material necesario para tenerlo siempre al corriente de todos los adelantos, con las economías que podría obtener en los gastos de oposiciones y reducción de Facultades. Con este nuevo organismo no tardaría en elevarse el nivel intelectual de la juventud, y el impulso que recibiría la cultura nacional llegaría hasta las últimas capas sociales.

Oposiciones á Cátedras.—1.ª Deben simplificarse los ejercicios de oposición, reduciendo su número á los estrictamente necesarios para apreciar el caudal de doctrina del opositor y sus condiciones pedagógicas, dejando siempre un ejercicio discrecional para que cada Tribunal pueda completar su juicio y un ejercio complementario, sólo aplicable en los casos dudosos, para decidir con acierto sobre la preferencia de determinados opositores cuya colocación resulte dudosa.

2.ª Las oposiciones deben hacerse en lo posible durante el período de vacaciones del verano.

3.ª Todas las oposiciones deben hacerse en Madrid.

4.ª La Asociación de Catedráticos de Instituto entiende que no puede haber verdadera competencia para el juicio acertado en las oposiciones más que en los Profesores de la misma asignatura y del mismo orden y grado de enseñanza que la vacante, y por ello cree que los Tribunales para oposiciones á Cátedras de Instituto deben formarse con sólo *Catedráticos de la misma asignatura* de estos establecimientos, con

inclusión de los jubilados y excedentes que no se hallen inutilizados para estos trabajos, *turnando todos por orden riguroso del escalafón* en este servicio, que debe ser robustecido en cuanto á las garantías de mayor acierto, excluyendo al final de cada ejercicio á los que se hubieren inutilizado en el mismo y votando públicamente, *al final de cada sesión*, la declaración de aptitud de los que hubieren actuado, con publicidad inmediata del resultado de la votación; fresca la impresión en el Tribunal y en el público, sería imposible rendirse á las sensiblerías y menos á los compadrazgos, y la justicia de los fallos sería evidente, teniendo en todo caso su sanción inmediata.

5.ª En el caso en que los Tribunales de oposición se compongan, contra lo que se pide en la conclusión anterior, de Catedráticos de Universidad y Catedráticos de Instituto, se dará la preferencia para la presidencia y para la colocación á los que tengan mayor categoría administrativa y académica, y en igualdad de circunstancias al que acredite mayor antigüedad en una y otra.

6.ª En ningún caso puede admitirse que un Académico, por el solo hecho de serlo (y mientras subsista la legislación actual, que les otorga indebidamente un puesto en los Tribunales), ocupe lugar preferente al de ningún Catedrático, debiendo únicamente figurar antes de los llamados *competentes*.

Cambios de asignaturas.—1.ª Está reñido con todo principio de justicia y con toda buena doctrina pedagógica, que al Catedrático que tiene una titular compleja se le prive del todo ó parte de su asignatura para encomendarla á otro Catedrático, infiriendo así una doble lesión: al titular de la asignatura por despojarle de lo que es suyo, y al no titular por recargarle con un trabajo que no le corresponde y para el que con frecuencia es incompetente. La enseñanza se resiente con tales informalidades, y al Profesorado se lleva la alarma con semejante conducta. La Asamblea desea que se respete á cada Catedrático en su cargo mientras subsista en los planes de en-

señanza la materia de que es titular, aun cuando varíe su denominación oficial, y que no se repita jamás lo ocurrido con los Catedráticos de Latín y Castellano y de Matemáticas.

2.ª También es aspiración de la Asamblea que, al crearse una asignatura nueva, como ha sucedido con el Derecho ó con las Nociones de Teoría é Historia de las Bellas Artes, no se imponga su explicación á un Catedrático de determinada asignatura en todos los Institutos, sino al que, por sus títulos, sus publicaciones y sus notorias aptitudes, sea el llamado á desempeñar mejor el nuevo cargo, sea cualquiera la Cátedra que viniera desempeñando.

Pase á Facultad de los Catedráticos de Instituto. — 1.ª La Asociación de Catedráticos reclama el restablecimiento de lo dispuesto en la ley de Instrucción pública (art. 227), sobre el derecho de los Catedráticos de Instituto á pasar por concurso á Cátedras de Facultad. Este derecho, consignado en la ley, y gracias al cual figuran en el escalafón actual de Universidades veintidós Catedráticos procedentes de Instituto, que no son de los que menos honran al Profesorado universitario, no ha sido derogado por ninguna disposición; pero el ejercicio de ese derecho se ha hecho imposible, burlándose así capciosamente el principio establecido en la ley, por el Real decreto de provisión de Cátedras, en el que se ha suprimido el turno de concurso.

La supresión de ese turno constituye un atropello evidente del derecho de los Catedráticos de Instituto y una manifiesta infracción de la ley. No tiene, por otra parte, justificación ninguna, pues á las Cátedras de Facultad sólo podrían pasar Catedráticos de Instituto de asignatura análoga que fueran Doctores, y con tales requisitos es evidente que, no sólo no se perjudicaría la enseñanza, sino que en muchos casos saldría beneficiada, por ser, en términos generales, mucho mayor la *competencia demostrada* de un Catedrático de Instituto que la de un Catedrático de Facultad de asignatura análoga: iguales ambos en ciencia *presunta,* por sus títulos idénticos de Docto-

res, el Catedrático de Facultad ha obtenido, en general, su Cátedra en una lucha fácil, á veces sin lucha alguna, mientras que el Catedrático de Instituto ha tenido que obtenerla en lucha reñidísima, que le ha obligado á profundizar en la materia (aunque luego sólo enseñe la parte elemental), tanto por lo menos como el Catedrático de Facultad; en nada, por tanto, le es inferior, y no hay razón alguna para mantener esa infracción de la ley, contra la que protesta enérgicamente la Asociación de Catedráticos.

2.ª Mientras se obtiene del primer Ministro que seria é imparcialmente quiera ocuparse en este asunto, el restablecimiento del imperio de la ley, la Asociación acuerda que los Catedráticos de Instituto que sean Doctores y se hallen en condiciones de presentarse á concurso de Cátedras de Universidad presenten sus instancias, á fin de recabar, ó una Real orden de admisión, ó una denegación que, agotando la vía administrativa, les permita acudir á la vía contenciosa, siendo costeado por la Asociación de Catedráticos el pleito que al efecto se entable.

Exámenes.—1.ª Los exámenes, contra lo que opinan pedagogos de la extrema izquierda y de la extrema derecha, que en este punto coinciden por diversas causas, desconociendo la realidad los unos, y sabiendo demasiado los otros el partido que pueden sacar de la supresión de los exámenes, entiende la Asamblea que son absolutamente necesarios: en el *ingreso* del alumno, para juzgar de su suficiencia y determinar su aptitud con relación al segundo grado de la enseñanza que desea emprender; al fin del estudio de cada *asignatura,* aunque ésta esté dividida en varios cursos, para declararle suficientemente instruído en ella; y al terminar el *bachillerato*, para apreciar si está ó no suficientemente preparado para recibir un título que le habilite para seguir una carrera ó dar por terminada su instrucción en las materias propias de la cultura general, indispensable á toda persona que aspire á pasar por regularmente culta.

La supresión de cualquiera de estos exámenes producirá hondísima perturbación en la enseñanza, por lo cual la Asociación de Catedráticos cumple el deber moral de llamar acerca de ello la atención de los Poderes públicos, dado que su silencio respecto á punto tan esencial no sería explicable, ni revelaría otra cosa que temor de exponer sus convicciones más arraigadas y mejor comprobadas por la experiencia.

2.ª El grado de Bachiller debe subsistir como término racional del período discente que se encierra en la enseñanza secundaria, del mismo modo y por las mismas razones que existen los grados de Doctor y de Licenciado al final de los períodos de la enseñanza superior; la supresión de los grados implicaría el inmediato abandono por los alumnos del estudio de cada asignatura una vez aprobada, dejando así faltos de trabazón y de unidad el conjunto de los conocimientos necesarios para cada título, y la privación al Profesorado de conferir el grado académico correspondiente al término de los estudios de su cargo, menguaría grandemente el prestigio necesario para la conservación de su dignidad profesional.

3.ª Los exámenes de *ingreso* deben versar sobre las materias de la primera enseñanza, y constar de un ejercicio escrito y otro oral; el escrito debe ser eliminatorio, y al pie del mismo debe cada Juez estampar su calificación con su firma, estando los trabajos escritos á disposición del público en la Secretaría del establecimiento respectivo para mayor garantía de imparcialidad.

4.ª En los exámenes de *asignaturas,* debe distinguirse entre los alumnos oficiales y los no oficiales: respecto á los alumnos *oficiales,* vistos los buenos resultados obtenidos por la reforma del Conde de Romanones, debe continuar el régimen vigente, sin otra alteración que la de que cada Catedrático consigne diariamente en un libro de notas, que se custodiará en la Secretaría, las calificaciones que hayan merecido los alumnos á quienes haya preguntado, con las faltas de asistencia y de comportamiento que cometan los que figuren en su lista,

para de este modo poder asegurar la regularidad del trabajo de Profesores y de alumnos, y dar una base formal y fehaciente á la calificación definitiva del curso, estimulando el celo de todos desde el primer día lectivo.

En cuanto á los alumnos *no oficiales,* debe mantenerse el ejercicio escrito, pero con carácter *eliminatorio* y con la condición de que cada Juez estampe al pie la calificación que le merezca, con su firma, quedando los ejercicios expuestos al público para satisfacción de todos; esta medida aseguraría la lectura y examen de esos ejercicios, que hoy no se hace porque, englobados con el oral y el práctico para la calificación, no tienen verdadero valor probatorio. La Asamblea se anticipa á reconocer que esta medida sería sumamente impopular en sus comienzos, y es seguro que originaría protestas y reclamaciones sin número, provocando su adopción violentos artículos en contra, de la prensa periódica, y numerosas peticiones de las Cámaras y de los padres de familia, pues su primer resultado será aumentar considerablemente el número de los alumnos suspensos; pero habiendo valor para mantenerla, la Asociación de Catedráticos tiene el convencimiento de que sería la medida más eficaz para sanear la enseñanza en todos sentidos, pues facilitaría la inspección, la imposición de castigos y la depuración del personal, fortalecería á los débiles de voluntad dándoles armas para defenderse de toda clase de recomendaciones é imposiciones, y serviría de poderoso estímulo á todos los buenos educadores, oficiales y privados: el primer año la tempestad de protestas que suscitaría sería terrible; pero arrostrada la primera impopularidad, al segundo año comezarían á tocarse los efectos, y al tercero se entraría en la normalidad y nadie se presentaría á los exámenes sin la preparación suficiente.

Como es evidente que la adopción de esta medida, con la consiguiente impopularidad para el Ministro que la adoptara, se hace punto menos que imposible con la instabilidad de los Ministerios y de los Gobiernos, que casi nunca permite recoger

el fruto de una reforma á su autor, que sólo recoge los sinsabores y espinas que proporciona en sus comienzos, la Asamblea desearía que esta medida se adoptara poniéndose de acuerdo los Jefes de los partidos gobernantes, para que no fueran de temer retrocesos lamentables, obteniendo de momento una popularidad tan fácil como perniciosa, derogando uno lo que otro estableciera.

5.ª En los exámenes de *grado* deben mantenerse los dos ejercicios actuales: uno de Letras y otro de Ciencias, cada uno de los cuales debe constar de una parte escrita y otra oral y práctica, sin que pueda pasarse de una parte del examen á la otra ni de un ejercicio á otro sin haber obtenido la aprobación de los anteriores.

6.ª El alumno libre puede estudiar el Bachillerato en los años que su inteligencia y su laboriosidad le consientan, sin otras limitaciones, para evitar posibles abusos de padres egoístas, y posibles exageraciones de jóvenes precoces, que las de la edad para el grado, la prelación de asignaturas indiscutiblemente enlazadas por orden de prioridad y la ampliación discrecional de pruebas para las enseñanzas prácticas; con estas garantías estima la Asamblea que quedan á salvo todas las conveniencias legítimas y todas las verdaderas necesidades.

Programas de examen.—1.ª Los exámenes deben hacerse por el programa del Profesor respectivo en cada Instituto, lo cual no coarta la libertad de los alumnos no oficiales, puesto que debe á éstos permitírseles que se presenten á examen en el Instituto que quieran, sea cual fuere el punto en que residan. Esta libertad debe ser limitada únicamente por las disposiciones necesarias para evitar que el alumno oficial traslade su matrícula, dentro del mismo curso, sin causa muy justificada, y para que el no oficial se inscriba por asignaturas sueltas en el mismo curso en distintos Institutos.

2.ª Todo Catedrático podrá redactar el programa correspondiente á su asignatura, desenvolviendo con plena libertad de exposición y método las materias de estudio contenidas en

el cuestionario-índice del Gobierno, ó adoptar el programa de cualquier otro Catedrático.

Tribunales de examen.—1.ª Los Tribunales de examen estarán constituídos por tres Catedráticos numerarios: el de la asignatura ó quien hiciere sus veces, según la ley, y dos de la misma Sección, cuando de exámenes de asignaturas se trate... Si en algún Instituto hubiere, además de los estudios generales del Bachillerato, algunos otros, como los del Magisterio, Comercio, Artes é Industrias, etc., el Profesorado de estos estudios NO PODRÁ intervenir en los exámenes sino cuando, teniendo el título académico correspondiente (Letras ó Ciencias), sea necesario su concurso, por acuerdo del Claustro, motivado exclusivamente por la falta de personal facultativo en el establecimiento.

2.ª Los Auxiliares del Instituto podrán formar parte de los Tribunales de examen de asignaturas cuando por escasez del personal numerario así lo acuerde el Claustro.

3.ª En los exámenes del grado de bachiller sólo podrán intervenir los Catedráticos numerarios de estudios generales.

4.ª Los Tribunales serán los mismos para los alumnos oficiales y para los no oficiales, como acontece en Universidades, Escuelas superiores y especiales, sin que los Profesores privados, muy respetables ciertamente, pero representantes al cabo de un interés particular, ligado casi siempre á otro industrial, deban tener en este caso más intervención que la alegación, cuando posean título, de viva voz ó por escrito, del juicio que de sus alumnos tengan formado, funcionando como asesores del Tribunal para el mayor acierto de sus decisiones.

Cuerpo de examinadores.—1.ª La creación del Cuerpo de examinadores, á que aspiran con fines distintos ciertos elementos, debe rechazarse con energía, por ser perturbadora, porque implica en el Estado una desconfianza hacia el Profesorado oficial, representante del Estado mismo, de todo punto injusta, constituyendo un atentado á sus derechos y á su pres-

tigio, y porque daría los malos resultados que dieron las personas extrañas introducidas en los Tribunales en la época revolucionaria, y sería, por lo tanto, contraproducente para el fin que con ella se persigue.

2.ª Sólo los Catedráticos numerarios, como representantes del Estado en la enseñanza, son los capacitados legalmente para desempeñar la delicada misión de examinar.

3.ª Los Catedráticos, nombrados por el Gobierno con arreglo á las leyes, mediante las pruebas de aptitud que, según los tiempos, ha tenido á bien exigirles el Estado, no reconocen en nadie aptitudes ni competencia superior á la suya para el examen de sus asignaturas respectivas.

4.ª Si esos examinadores no habían de probar previamente su competencia, su aptitud sería recusable; y si habían de probarla, seguramente no se les exigirían más requisitos que á los Catedráticos, en cuyo caso serían sencillamente unos Catedráticos más, pero sin Cátedra y sin la experiencia que con el ejercicio de la Cátedra se adquiere para juzgar á los alumnos.

5.ª En todo caso, los examinadores tenían que ser hombres, pues el Estado no dispone de ángeles; y como tales hombres, estarían sujetos á todas las debilidades y pasiones inherentes á la condición humana, no habiendo razón ninguna valedera para presumir que los vicios de que pudiera adolecer la función de examinar, ejercida por cada Catedrático en su asignatura, no fueran los mismos, por lo menos, cuando la ejercieran otros.

6.ª La pretensión de formar los Tribunales sólo por Catedráticos, pero con exclusión del titular de la asignatura objeto del examen, combinación echada á volar por quienes á todo trance pretenden desprestigiar al Profesorado, creyendo halagarle, y patrocinada por no pocos profanos é inexpertos neólatras, es una pretensión descabellada que revela bien á las claras el fin que se persigue, y que dejaría subsistentes todos los males que se quieren remediar, con más el que na-

cería de privar á cada Tribunal de su elemento más competente.

7.ª La creación del Cuerpo de examinadores, de cualquier modo que se organizara, con elementos tomados del Profesorado oficial ó de fuera de él, nos llevaría en derechura á entregar la enseñanza á las Corporaciones religiosas, soliviantando así los ánimos, encendiendo las pasiones políticas y dando lugar á gravísimas perturbaciones. La Asamblea de Catedráticos cumple el deber de señalar de antemano á los Gobiernos este peligro, salvando así su responsabilidad moral.

Premios á los alumnos.—Debe volverse al sistema de la oposición ó examen especial comparativo para la adjudicación de los premios á los alumnos. Este sistema ofrece mayor suma de garantías y de seriedad, y evita abusos posibles, siempre lamentables. Por el sistema vigente es muy difícil acertar, especialmente en clases numerosas, y los premios se dan sin elementos suficientes de juicio y con gran exposición de incurrir en errores irreparables.

Libros de texto.—Los abusos en materia de libros de texto, abusos que afortunadamente no son tantos como se cree, pero sí lo son en número bastante para haber producido cierta justificada alarma en la opinión, produjeron la ley, todavía en vigor, que suprime los textos; esta supresión, sin embargo, es una pura ficción, y los males que con ella se intentaron remediar, lejos de desaparecer, han tomado mayor incremento, pues con el pretexto de no haber libros de texto, los explotadores de la enseñanza creen tener carta franca para hacer cuanto les acomode, ya que ahora no tienen siquiera la traba de la aceptación de los Claustros, que antes existía.

Demostrada la ineficacia del actual sistema y la necesidad de no volver la espalda á la realidad, que se impone siempre á todo decreto y á toda ley, la Asociación de Catedráticos declara:

1.° Que el libro de texto es absolutamente necesario en la segunda enseñanza (1).

2.° Que el libro de texto no es ni debe ser otra cosa que la condensación por escrito de la explicación oral del Profesor.

3.° Que el texto único, si fuera posible llegar á la violencia de su imposición, sería un atentado flagrante á la libertad de la Cátedra y á la libertad de conciencia, mataría las pocas iniciativas plausibles que hoy existen, ahogaría en germen todo estímulo para el trabajo y la investigación, constituiría el más odioso de los monopolios, lesionaría intereses dignos de todo respeto por muchos conceptos, tanto de Catedráticos como de editores y libreros, y, en último resultado, sería una ficción más, por ser imposible la imposición de doctrinas, de métodos y de procedimientos, que supondría el texto obligatorio único.

4.° Que con el texto único, además de los daños indicados, y del consiguiente rebajamiento del nivel intelectual de Profesores y alumnos, se facilitaría el pernicioso trasiego de estudiantes en busca del aprobado, allí donde encontraran mayor benevolencia.

5.° Que siendo libre cada Catedrático para exponer sus ideas en la Cátedra de que es titular, tiene que dejársele plena libertad para consignarlas por escrito.

6.° Que esta libertad debe estar condicionada por las leyes, de modo que no se consientan en el libro de texto ni *errores notorios* é indubitables que falseen la doctrina, ni *faltas evidentes* de redacción que corrompan el gusto, ni *precios noto-*

(1) El Sr. Jiménez de Bentrosa, en la Asamblea de 1905, declaró francamente haber ido al Instituto, cuando obtuvo la Cátedra dos años antes, con propósito firme de ser enemigo de todo texto; pero á los ocho días sus convicciones empezaron á vacilar, y á los quince se convenció de la necesidad absoluta de la existencia del libro de texto para los alumnos de segunda enseñanza, pues en otro caso ó se cae en las garras de los confeccionadores de apuntes, explotación mucho peor que la peor del peor libro de texto, ó se hace punto menos que imposible la enseñanza.

riamente excesivos que truequen lo que debe ser ganancia legítima en indigna explotación, ni *extensión evidentemente desmesurada é impropia* que desnaturalice la enseñanza.

7.° Que para garantizar el cumplimiento de estas condiciones que deben tener los libros de texto, y aunque lo mejor sería dejar á cargo de los Claustros la formación de Tribunal de honor para el Catedrático que lo mereciera, se puede aceptar el señalamiento en cada libro de un máximo de precio, oyendo al interesado y teniendo en cuenta todos los datos que suministre, sin perjuicio de comprobarlos por una Junta competente, compuesta de Catedráticos de Instituto, de Universidad y Académicos, en la que hubiera siempre mayoría de especialistas en la materia del libro sometido á su examen, y á quienes se retribuiría con una cuota por pliego de impresión de cada obra examinada, cuyo importe acompañaría cada autor, editor ó propietario á la solicitud en que pidiera su admisión como obra de texto; esta Junta se limitaría, en cuanto á la *redacción,* á consignar en su informe si había ó no incorrecciones notorias, señalándolas; en cuanto á la *doctrina,* á señalar también si existían ó no errores indiscutibles y evidentes en materia NO OPINABLE; y en cuanto al *precio,* á señalar su máximum, teniendo en cuenta las condiciones materiales de la edición; el informe de la Junta, con las firmas de sus individuos, se publicaría al frente de cada obra para mayor garantía de todos.

8.° Debe prohibirse la venta de libros y programas á los dependientes de los Institutos, considerándose incompatible la profesión de librero y la de dependiente de cualquier establecimiento de enseñanza oficial.

Vacaciones.—1.ª El curso escolar debe durar desde el 1.° de Octubre hasta el 31 de Mayo, destinándose el mes de Junio y los días que se necesiten de Julio á los exámenes ordinarios, y la segunda quincena de Septiembre á los extraordinarios.

La prolongación del curso más allá del 31 de Mayo ó su comienzo antes del 1.° de Octubre, sobre ser impopular, no daría

resultado ninguno, por estar suficientemente demostrado que, en un país tan cálido como España, el trabajo en los meses de verano es en general infructuoso y enervante, y por lo tanto antipedagógico.

2.ª Deben aumentarse los días útiles del curso, acortando las vacaciones de Navidad y reduciéndolas del 18 de Diciembre al 6 de Enero, que es el período clásico y el que mejor responde á las exigencias de la realidad y de las costumbres escolares tradicionales.

Instituto modelo.—Para responder á la altísima misión educadora asignada por la opinión y por la ciencia á la llamada *segunda enseñanza;* para refutar cumplidamente la harto extendida creencia de que la enseñanza oficial es inferior á la privada; para demostrar de un modo fehaciente que ni el Profesorado español ni los alumnos españoles son inferiores á los extranjeros, si se les pone en condiciones iguales de desenvolvimiento y aplicación de sus facultades nativas; para que España cuente con un establecimiento siquiera donde puedan hacerse ensayos de planes y reformas con plenitud de medios y recursos, la Asamblea de Catedráticos acuerda excitar al Gobierno á que cree en Madrid un nuevo Instituto, que no sea un Instituto más, con todas sus deficiencias y rutinas, sino un *Instituto modelo,* con todas las condiciones exigidas por la moderna pedagogía en establecimientos de esta clase; con locales espaciosos para todas las necesidades de la enseñanza en aulas, laboratorios, gabinetes, biblioteca, salones de estudio y de recreo, patios cubiertos, jardines, campos de experimentación y de ejercicios y estudios al aire libre; con organización especial para el internado y con todo el material exigido por la pedagogía novísima para toda clase de enseñanzas, ensayos, experimentos y ejercicios.

El Profesorado de este Instituto, reclutado del modo que ofreciera mayores garantías de acierto, estaría sometido á un Reglamento especial, lo mismo que los alumnos, y una vez demostradas las ventajas de la nueva organización y corregi-

dos los defectos ó errores que hubieran podido cometerse, podrían crearse Institutos análogos en otras capitales hasta llegar á la transformación definitiva y completa de nuestros arcaicos establecimientos en sus condiciones materiales y en su organización interna.

Institutos españoles en el extranjero.—Considerando la grave contrariedad que constituye para las familias españolas residentes en países extranjeros la imposibilidad en que hoy se hallan de que sus hijos sigan en ellos los estudios de la Segunda Enseñanza con validez académica;

Teniendo en cuenta los daños que resultan de este estado de cosas para el sostenimiento entre nuestros expatriados del espíritu de españolismo y la mengua para el nombre español de que no haya establecimientos en que se sigan estudios con carácter oficial en las poblaciones donde la colonia española es numerosa, cuando en ellas se puede casi siempre aprobar académicamente los estudios secundarios y aun otros, de otras naciones, como ocurre en España mismo, donde la «Alianza francesa» sostiene Liceos en varias capitales cuyos estudios alcanzan validez oficial en su país;

Considerando el alto interés pedagógico, científico y patriótico que tendría para los progresos de nuestra cultura docente la convivencia de parte del Profesorado español con Profesores extranjeros fuera de nuestros dominios;

La Asociación de Catedráticos numerarios de Instituto propone al Gobierno:

1.° Que se creen en París, Buenos Aires y la Habana, por lo menos, Institutos generales y técnicos oficiales, con el mismo plan vigente en España, simultaneado con el propio para la segunda enseñanza de cada uno de los países en que dichas capitales radican. Se sostendrán con el producto de su matrícula, reforzado con el del internado y media pensión, que en ellos debe establecerse; y el pequeño déficit que al principio pudiera tener cada uno sería sufragado por las respectivas colonias españolas, sin perjuicio de que además el Estado

subvencionara debidamente su instauración y sostenimiento.

2.° Que pueden también ser creados Institutos en análogas condiciones en todas las poblaciones extranjeras donde la colonia española lo solicite y asegure su sostenimiento por manera análoga á como la legislación vigente en España permite á Diputaciones y Ayuntamientos la creación y subsistencia de Institutos y de Facultades.

3.° Que en Argel, Orán, Tánger y demás poblaciones de Argelia y de Marruecos donde se juzgue oportuno, se permita la matrícula de la enseñanza no oficial colegiada, hecha en el Instituto que determine para cada población el Ministro de Instrucción pública, dando á los exámenes de los Colegios existentes en cada población validez académica con las garantías necesarias en la forma que el Gobierno estime más conveniente, sin obligar á los alumnos á abandonar para ello su residencia.

4.° Que se favorezca en la forma que se juzgue más conveniente (por subvenciones á escuelas determinadas ó envío de maestros y Profesores) la conservación y difusión de la lengua española y del amor á España en los países donde hablándose otra lengua, se mantiene viva la tradición castellana entre importantes núcleos de población, como ocurre entre los judíos del Oriente de Europa.

Compilación legislativa de Instrucción pública.—Lo intrincado y confuso de nuestra legislación y la imposibilidad material de consultarla por estar agotados casi todos los *Anuarios* publicados, impone la necesidad de proceder á su compilación. La Asociación de Catedráticos vería con gusto la publicación en un solo volumen de todo lo que realmente está vigente en materia de Instrucción pública, declarándose derogado todo lo no contenido en dicho volumen para que sirviera de punto de partida conocido para la actual y futura legislación.

IMPRESIONES Y NOTAS

De aquí y de allá.—¿Qué es el *prágmatismo?*—Willian James lo define en la *Revue de Philosophie* como el sistema que se funda en la relación que existe entre la significación de un pensamiento y la conducta que es capaz de inspirar al adoptarlo.

—Carlyle y Schopenhauer detestaban el *ruido*, considerándolo como el peor de los males de la civilización moderna. Rice, por su parte, en el *Forum*, de Nueva York, protesta enérgicamente contra los perturbadores del silencio y de la tranquilidad, y reclama la supresión de los gritos, silbidos, campanillazos, toques de bocinas y de sirenas, pregones y voces que perturban la vida en las grandes ciudades, comprometiendo la salud general de sus habitantes. Para demostrar los daños del ruido, ha abierto una información, y todos los consultados, médicos, directores de hospitales, higienistas y sociólogos, están conformes con sus conclusiones.

—Los resultados obtenidos por las *cantinas escolares* de París inspiran á Ellott, en la *Nineteenth Century*, de Londres, graves reflexiones, pues si bien es cierto que esta reforma facilita la asistencia escolar, es á costa de un gasto enorme que grava sobre los contribuyentes, harto recargados ya, y que da medios á los padres para eludir su responsabilidad, desentendiéndose de sus hijos y relajando los lazos de la familia. En Londres, las cantinas escolares, á razón de 25 céntimos por comida—y teniendo que atender por lo menos á 150.000 niños,—implicarían un aumento de gastos de 75.000 francos diarios, gravamen insoportable que produciría un verdadero desastre.

—El desarrollo de la *raza negra* sigue siendo objeto de graves preocupaciones en los Estados Unidos. Bookes Washington entiende en la *North American Review* que debe perseverarse en el camino seguido de la educación del negro de

modo que su existencia no sólo sea tolerada, sino apetecida, por su utilidad, por los blancos. Los negros se propagan con mayor rapidez que los blancos, y no hay que pensar en su exterminio ni en su absorción. Hoy son diez millones los negros existentes en los Estados Unidos, y dentro de veinticinco años serán quince ó diez y seis millones. Hay que aceptar los hechos como son, y procurar sacar de ellos el mejor partido.

*
* *

La era de la brutalidad.—Estamos, por lo que asegura Jaime Lux en la *Revue Bleue*, en plena era de brutalidad. En Francia, el país clásico de la cortesía, jamás se ha visto la nación tan dividida y tan animada contra sí misma. Cada ciudad tiene sus partidos y sus banderías que se atacan groseramente, empleando con descaro sin igual las peores armas: la injuria y la calumnia. La lucha de los partidos trasciende á la vida privada, y la contienda política es contienda de industriales y de comerciantes, que se recriminan y se insultan disputándose la clientela por todos los medios.

La cortesía se considera debilidad; el respeto mismo á los mayores no pasa de una deferencia puramente externa, sin raíces en el alma; y este modo de ser se encuentra hasta en las autoridades mismas. Un comisario central de una ciudad importante hablaba del resultado de unas elecciones con el gobernador:

—¿El señor C. es el que ha triunfado? Le veo á menudo en el café—decía;—habla con todo el mundo sin cumplimientos; es un buen republicano; ¿quién ha sido su competidor?

—Otro republicano, el diputado provincial M., un ingeniero que dirige una vasta explotación; persona culta y correctísima.

—¡Ah, sí!—replica el comisario con desdén.—No le conozco, pero me lo figuro: alguno bien trajeado, de buena educación: eso huele á clerical.

Y no es que el buen tono se haya refugiado en la aristo-

cracia; el aristócrata de hoy forma una casta ociosa, sin contacto con la realidad y sin cultura espiritual de ninguna clase. El automovilismo les ha conquistado, y el automovilismo es escuela de rudeza. De ahí que en los salones se vea la brusquedad en candelero; con ella las mujeres piensan picar á los hombres, como antes los seducían con su sutil charla, y en el nuevo género suelen encontrarse las pobres criaturas con respuestas brutales.

Ni siquiera la instrucción modifica estas condiciones de la vida contemporánea, porque hoy la instrucción es utilitaria, técnica; aun llevada al extremo no engendra humanistas, hombres cultos, sino especialistas, hombres pedantes que no ven más allá del horizonte de su especialidad: el químico se compadece del mecánico, y el mecánico desdeña al naturalista.

No hay que extrañarse de nada de esto: es la consecuencia de la aspereza de la lucha por la existencia, y de la entrada en la liza de clases numerosas, antes desdeñadas ó aplastadas, que llegan al combate con todo el hervor de sus pasiones y con toda la inexperiencia de un trato social de que jamás habían disfrutado. Confiemos en que todo esto pasará, y en que la sociedad que salga de los nuevos moldes, aun ajustando á nuevas fórmulas sus costumbres, sabrá dulcificarlas y hacerlas amables para vivir mejor.

*
* *

Las que trabajan para fuera.—En París hay 80.000 obreras costureras, floristas, gorreras, etc., de las que trabajan en sus casas para los almacenes. Son 80.000 desgraciadas que, al vivir aisladas, sin asociación posible, carecen de fuerza para obtener mejoras en sus salarios y vegetan horriblemente, víctimas de la competencia más desenfrenada y de la caza del céntimo, perseguido por los almacenes rivales.

Jorge Cahen ha visitado algunas de las casas en que viven estas obreras, y su información es terrible. En la calle de Vercingetorix viven una madre y una hija que trabajan en flores,

y cuya especialidad son los botones de mimosa, entregándolos por gruesas á la patrona; con gran trabajo llegan entre las dos á concluir cuatro ó cinco gruesas (cada gruesa son doce docenas, ó 144) diarias; pero las pagan á 50 céntimos la gruesa, y para eso logran que las den trabajo por favor, porque la patrona las conoce desde hace diez años; sacan así de dos á dos francos y medio; pero á últimos de Febrero cesa el trabajo, y así se llega hasta Octubre.

Esto, sin embargo, es una fortuna al lado de otros casos; en la calle del Château vive una viuda con cinco hijos, el mayor de diez años; el más pequeño, de cuatro meses, se agita en la cuna; en la cama se revuelcan harapientos otros tres, dos con coqueluche, y otro con escarlatina; el mayor está en la escuela. Mientras vivió el marido, la pobre mujer llegaba á comer; pero desde que faltó, tiene que privarse de comer, de cada dos días, uno; pensó en buscar otro hombre, y lo encontró; á los tres meses estaba en cinta, y al cuarto abandonada. Y hay que trabajar trece ó catorce horas para dar pan á los chiquillos. Desde hace diez y siete años, aquella mujer no hace más que delanteras de camisas de hombre; la pagan cuarenta céntimos por el ciento de las de pliegues huecos y diez céntimos por el ciento de las de pliegues rayados, y tiene que poner el hilo, que representa cinco céntimos. Así, reventándose, consigue sacar dos francos diarios, el día que puede, salvo de Junio á Septiembre, en que no hay trabajo.

En Montmartre hay todo un barrio explotado por dos ó tres grandes casas: aquí es una viejecita que, en los ratos que tiene libres, se dedica á orlar sábanas, llegándose á hacer un par de ellas al día; son cuarenta céntimos para ayuda de gastos; allá es la mujer de un pintor que acepta 70 céntimos por cada par de sábanas, con sus jaretones, calados y sus pespunteados dobladillos, y gracias á lo cual puede ofrecerse el lujo de andar coquetonamente y de ir alguna vez con su marido al teatro ó al café. Esas pueden aceptar salarios irrisorios, porque para ellas no constituye sino un pequeño ingreso más. Pero ¿y las

que tienen que vivir con tales jornales? ¿Es posible aceptar 40 céntimos por una docena de delantales y 20 céntimos por una docena de pañuelos? Parece increíble, y, sin embargo, los pedidos de trabajo así retribuído exceden siempre de la oferta, y son siempre numerosas las pobres obreras que ni aun en tales condiciones obtienen labor.

El legislador, que tanto se ha preocupado del trabajo en los talleres, debe también fijar su atención en esas desdichadas que consumen su vida trabajando para fuera en sus miserables viviendas, á fin de protegerlas y ampararlas, que harto lo merecen.

FERNANDO ARAUJO

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Studii di diritto costituzionale, per Ignazio Tambaro. Napoli, 1905. Un volumen de 147 páginas.

Contiene este libro cuatro estudios, que llevan los siguientes títulos: *Teoría de la resistencia, El derecho público y la educación política, Ensayo sobre el derecho penal electoral, Lecciones sobre la representación proporcional.* Como se advierte desde luego por la simple lectura de ellos, los temas no son de los que se tratan por primera vez, sino que, al contrario, sobre los mismos se ha escrito bastante, según es sabido. El autor recuerda justamente lo principal de la literatura acerca de ellos, y singularmente del primero y el último, que son los que la tienen más abundante: aquél, en los escritores del antiguo régimen, y éste, en los modernos y contemporáneos. Las noticias de esta clase y de índole histórica y legislativa es lo más apreciable en los *Estudios* de que se habla. Quizá no fuese tampoco dable comunicarles interés sino por este lado, visto lo trillado y poco llamativo de la materia, cuando menos en el día de hoy.

Le idealità giuridiche nella filosofia positiva del diritto, per Alessandro Levi. Prolusione ad un corso libero di filosofia del diritto nella R. Università di Padova.—Padova-Verona, Fratelli Drucher, editori, 1906. Folleto de 36 páginas, 1,50 liras.

El autor ha comenzado á enseñar, en concepto de *libero docente (Privatdozen),* filosofía del derecho en la Universidad de Padova, donde hace poco era él mismo estudiante. El breve

escrito de que ahora se trata es su prolusión á su curso, y en ella desenvuelve el autor un punto que ya ha tratado más concisamente en algunos otros de sus escritos, publicados con anterioridad, y singularmente en uno notable que lleva el título siguiente: *Per un programma di filosofia del diritto.*

Levi se confiesa ahora, como otras veces lo ha hecho, «francamente positivista, sin atenuaciones ni compromisos». Y siendo poco menos que un lugar común para ciertas gentes la creencia de que el positivismo es enemigo de las idealidades y de que, por tanto, en la filosofía positiva del derecho no caben las idealidades jurídicas, el autor ha querido mostrar lo equivocado de tal concepción enseñando de qué manera dicha filosofía puede y aun debe ocuparse de las referidas idealidades.

En el folleto hay páginas no poco sugestivas, sobre todo aquellas que dedica á poner de resalto el valor ideal de los principios proclamados por la Revolución francesa.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

El libro, la revista y el periódico en España, por Eloy Luis André. 5

La evolución política argentina y sus bases económicas, por José Ingegnieros 25

Recuerdos, por José Echegaray 34

Las últimas negociaciones de matrimonios regios entre Inglaterra y España, en 1623, por Juan Pérez de Guzmán 47

Diego Velázquez y su siglo, por Carlos Justi 67

Sobre el espíritu de rebeldía y el de conservación, por P. Dorado.. 102

El pretendiente americano (novela), por Mark Twain 116

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 150

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 160

Notas bibliográficas, por P. Dorado 204

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA, Calle de Fomento, número 7, bajo, Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El ideal en el Arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.—El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier.—Cicerón y sus amigos, Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.—Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval.—María Stuardo, 6 ptas.

Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Mousset, 1 peseta.—Gautier, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 18. NUM. 213.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

SEPTIEMBRE 1906

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

11.024

RECUERDOS

Habíamos quedado, en el último artículo, Martos y yo, enarbolando nuestros respectivos argumentos, ya en pro, ya en contra de Don B. L., pretendiente á un negociado en el Ministerio de Fomento, y prometí relatar, á manera de episodio, el suceso á que Martos y yo nos referíamos al discutir el nombramiento del Sr. L.

Es historia curiosa, triste é instructiva.

Permítame el lector que la refiera con alguna minuciosidad.

Referiré lo que supe, lo que todos los ingenieros sabíamos, lo que en aquellos años fué público y notorio, aunque claro es que yo por mí mismo no tenía manera de comprobar los hechos; pero, ó la crítica no es crítica, ó la lógica no es lógica tampoco, ó todo el mundo puede equivocarse y de nada sirve el estudio de las personas, ó lo que yo voy á describir es un pedazo arrancado de la triste é impura realidad.

El Sr. Don B. L., que por la época á que me refiero tendría unos treinta y cinco ó treinta y ocho años, había sido un joven estudioso, morigerado, de carácter dulce, muy simpático para sus compañeros y que había concluído su carrera con lucimiento en uno de los Cuerpos del Estado.

Poco después de obtener su título, se casó con una señorita de Madrid, muy buena, también muy simpática y verdaderamente preciosa.

Dos años más tarde fué destinado á una capital de provincia, que llamaré X.

Los autores dramáticos necesitamos poner nombre á las personas y á las cosas: de otra manera no nos entendemos.

Y aunque han pasado muchos años desde entonces, cuarenta y cinco ó cincuenta; aunque todos los personajes de aquel drama han muerto, y nadie más que yo lo recordará probablemente; aunque, por lo demás, lo que voy á referir no es en desdoro del principal personaje á que me refiero, porque no es desdoro la desgracia inmerecida ni la persecución infame, sino antes bien, motivo de simpatía, así y todo no me parece discreto citar nombres propios ni localidades determinadas.

Continuaré llamando al personaje principal Don B. L.; á su señora, Andrea; á la localidad en que empezó el drama, X.

Y así podremos entendernos.

Fué, pues, destinado á X el principal personaje de esta historia, y allá se fué con su esposa.

Era jefe superior en los servicios que L. había de desempeñar un D. Tadeo, hombre de cuarenta y cinco años, de pasiones violentas y de carácter rencoroso, aunque hombre de mundo y de maneras agradables.

Desde el primer momento trató al Sr. L. con gran cordialidad, no como un jefe superior á un empleado relativamente subalterno, sino como si hubieran sido dos compañeros ó dos amigos íntimos, y así pasó algún tiempo.

Entraba D. Tadeo en casa de L. á cualquier hora y con absoluta libertad, siempre dispuesto á encontrar perfectos los trabajos de L. como técnico, alabándole con entusiasmo, hallando exagerado su celo y recomendándole á la Superioridad siempre que llegaba el caso: una protección decidida.

Lo malo es que D. Tadeo se había enamorado como un loco de la preciosa Andrea, y que si halagaba al marido, y aun procuraba adelantarle en su carrera, era para congraciarse con la mujer.

En suma, un Don Juan Tenorio, jefe de Administración de primera clase, con mando, y traicionero y canalla por añadidura.

Ni la mujer ni el marido cayeron en la cuenta durante algunos meses.

¡Don Tadeo era tan bueno, tan afectuoso, tan servicial! ¿Dónde se ha visto un jefe más agradable?

Pero el Tenorio administrativo creyó llegado el momento oportuno para ejercer sus altas funciones de jefe con la esposa de su subordinado, y empezó á insinuarse con la inocente Andrea, que dudó, vaciló respecto á las intenciones de aquel amigo, al parecer tan leal; pero al fin tuvo que rendirse á la evidencia, porque el jefe quiso ejercer de tal y administrar bienes que no eran suyos.

Situación difícil para la pobre mujer.

¿Cómo podía ocultar á su marido la conducta infame de D. Tadeo, ni cómo podía seguir tratando á éste con la intimidad á que le tenían acostumbrado?

Calló cuanto pudo callar; pero un día fué tan brutal D. Tadeo, que la indignación ahogó toda prudencia en Andrea, y cuando poco después llegó su marido, no pudo contenerse más: rompió en un desesperado llanto y se lo contó todo.

L. hemos dicho que era de carácter dulce; pero era un hombre honrado y digno, era un caballero, y los más dulces por costumbre son los más violentos cuando llegan ocasiones de honra.

—No llores, no llores—le dijo á su mujer,—y déjale que venga esta tarde, que yo aquí le espero.

Y á pesar de las súplicas de su mujer, que preveía un lance violento, le esperó á pie firme, tragando bilis y haciendo vapor; y cuando D. Tadeo tuvo la osadía de presentarse, en pocas palabras le dijo lo que debía decirle, y le echó de su casa, haciéndole rodar á puntapiés por la escalera; porque aunque L. era pacífico, tenía grandes bríos cuando llegaba la ocasión.

Esta escena fué pública en X.

Pero D. Tadeo se vengó, se vengó cruelmente; venganza más refinada pocas veces se ha visto en estos dramas íntimos de la Administración pública.

Como era jefe superior de L.; como tenía que intervenir en todos los servicios de éste; como á veces estos servicios eran complicados y no podían cumplirse con rigorosa exactitud; como hay subalternos que por malicia ó por ignorancia realizan actos que comprometen á sus superiores, y como todo esto lo sabía D. Tadeo, con calma y con astucia fué envolviendo poco á poco á su subordinado, hasta que concluyó por empapelarle, como vulgarmente se dice.

Y le formó expediente, y condujo el expediente de manera que aún resultó más comprometido L.; valiéndose de sus medios de jefe superior, acumuló cargos gravísimos sobre el pobre empleado y terminó entregándole á los Tribunales.

La rueda de la Justicia le cogió entre sus dientes, y empezó un calvario, no de unos meses, sino de algunos años para el pobre hombre, para su mujer y para sus hijos: porque creo que tenía dos niñas.

Don Tadeo no dejaba el asunto de la mano, y de tal modo, con tal maña apretó, que al fin se dictó auto de prisión contra L.

Y sentencia condenatoria en primera instancia, aunque todo el mundo estaba convencido de su inocencia, empezando por los compañeros, que tuvieron que abrir una suscripción para que no se murieran de hambre él y su familia.

A Madrid vino, y en el antiguo Saladero le vi yo muchas veces, siempre con su mujer y una pobre vieja que creo que era su madre política.

Al fin salió absuelto, pero después de dos ó tres años de angustias, de humillaciones, de vergüenza.

Y volvió á sus cargos oficiales, y todo el mundo le consideró y le respetó; pero él había perdido la salud para siempre, y para siempre había perdido la alegría.

*
* *

Tal era el protegido de Martos, y tal era la negra historia á que él y yo nos referíamos, porque de ambos era conocida, por circunstancias especiales, en todos sus pormenores.

Y seguía Martos apremiándome:

—¿No ha cometido la sociedad una infamia con ese hombre?

—Una infamia—repetía yo como un eco.

—¿No es digno de una reparación?

—Sí lo es—seguía repitiendo el eco de mi conciencia.

—¿Y esa reparación no la tiene usted en su mano?

—Es que no puedo, D. Cristino—le decía yo.—Si yo le propongo para la plaza que usted indica, y Zorrilla le nombra, porque le nombrará, y cualquier periódico, porque en estas luchas de la política no hay nada sagrado, le acusa de haber entregado el negociado más importante de Fomento á un hombre que hace pocos años estuvo en el Saladero, y que fué condenado en primera instancia, ¿qué pensará de mí D. Manuel?

—Cuando sepa la historia, que todavía no sabe, pensará que es usted un hombre recto y de energía, á quien le importa poco lo que digan los periódicos cuando cumple con su deber.

—No; lo que pensará es que obré por lo menos con ligereza, proponiéndole, entre tantos ingenieros como tenía para la propuesta, precisamente el que había de proporcionarle un disgusto.

—Pues cuéntele usted la historia de antemano y que él escoja.

—Él no escoge; me ha autorizado para proponerle el nombramiento, y yo no puedo aconsejarle que haga un nombramiento que la opinión pública, que es siempre cruel, y que en gran parte no conoce de esta historia más que las apariencias, puede censurar gravemente.

—¿De modo que está usted decidido?

—Absolutamente decidido; pero yo no quiero ser un obstáculo para la protección que usted concede á L., que reconozco que es nobilísima; y lo que puedo hacer es dejarle á usted el campo libre, presentando mi dimisión.

—¡Por Dios! Un cargo como el de usted, y tratándose de usted, no puede hallarse subordinado á una recomendación mía—dijo levántandose, y hablando con cierta sequedad cor-

tés.—Me habían hecho grandes elogios de usted, á quien yo no había tenido el gusto de tratar, y sólo le ponían un defecto, supongo que sus enemigos: que era usted excesivamente bueno, lo cual, en los labios de los tales, era indicar que pecaba usted por débil; y esto, á fe mía, y á costa mía, veo que era una calumnia: salgo convencido de que tiene usted todas las virtudes, el carácter inclusive.

Y se preparó para marcharse.

Yo le cerré el paso.

—Don Cristino, yo no quiero que se marche usted con esa mala impresión; yo quiero proteger á L. Con tal que no le nombremos para Fomento, yo le daré en Madrid un puesto tan bueno como el que le niego; y hablemos los dos á Zorrilla, y resolvamos la cuestión hoy mismo, y, sobre todo, no se me enfade usted.

Cambió de tono, se rió afectuosamente, y aquel mismo día arreglamos el asunto con D. Manuel.

Primera y última vez que reñí ó estuve á punto de reñir con Martos.

Quedamos amigos y lo fuimos siempre, y muchas veces recordamos en tono de broma aquella primera entrevista. La recuerdo en todos sus pormenores; le veo con los ojos de la imaginación, como si la estuviera viendo en la realidad, sentados los dos en un ancho sofá de gutapercha. Él tranquilo, reposado, de espaldas á la luz, presentando sus argumentos como si estuviera defendiendo un pleito ante mí; yo nervioso, descompuesto, unas veces hablando en tono seco ó violento, otras veces extremando la cortesía; y así hora y media.

Al parecer, él quedó vencido; yo quedé vencido para siempre.

Siempre me fascinó su talento y su palabra maravillosa, y aquella tenacidad á la vez lógica y aristocrática y clásica.

¡Pobre y querido Martos! Mucho tendré que hablar de él en estos recuerdos.

*
* *

¡Consecuencias del poder! ¡Y hay quien lo codicia!

Cuarenta y ocho horas llevaba, ó poco más, en mi cargo de director de Obras públicas, y ya había pasado una noche sin dormir ó durmiendo mal, y ya había tenido un disgusto grave con una persona tan admirada por mí, aunque hasta entonces no le había tratado, como D. Cristino Martos.

No habían pasado otras cuarenta y ocho horas, y ya tuve otro disgusto con un amigo muy apreciado y muy antiguo.

Supondré que se llamaba D. Julio S.

Pues Julio y yo hacía más de veinte años que éramos amigos: desde que yo estudiaba en Murcia la segunda enseñanza.

Él había venido ya á Madrid, á fin de prepararse para el ingreso en una escuela militar.

Él fué quien, en unas vacaciones de verano, me dió la *Geometría descriptiva* de Lerroy, diciéndome que era un libro muy sublime, pero muy difícil, del cual le había oído hablar, en unas conferencias que dió en Oviedo, al más tarde célebre ministro de la Gobernación, Sr. Posada Herrera, el cual daba cuenta de aquella obra como del *summum* de la Ciencia.

Con temor casi religioso lo cogí entre mis manos y empecé á leerlo, y vi con alegría que era de una sencillez elemental.

Todo el verano me pasé haciendo modelos, con cartón y con hilos, de los diversos problemas que la obra contenía.

Cuando más tarde tuve que estudiarla en la Escuela de Caminos, no diré que la sabía mejor que el padrenuestro, porque no se me acuse de impiedad; pero la sabía bien sabida.

Desde entonces estreché mis relaciones con Julio, y cuando vine á Madrid nos seguimos tratando con mucha intimidad.

Era un joven muy listo; comprendía las cosas con rapidez, aunque por falta de constancia no las profundizaba mucho.

Su trato era llano y afectuoso, y me profesaba, ó al menos así lo creo, verdadera amistad.

Profundizando en su carácter, acaso se encontraran en él ciertas vetas y manchas de egoísmo, pero tan espontáneo, tan infantil pudiéramos decir, que no le hacían antipático.

Era acaso un optimista de la vida, y creía de buena fe que todo el mundo debía servirle, aun á costa de cualquier sacrificio.

—Para eso están los amigos—decía;—pues si no sirven para eso, ¿para qué sirven?

Si hubiera sido poeta, hubiera escrito una redondilla como aquella admirable de Manuel del Palacio.

No hay que decir que él, por su parte, era amable y servicial.

De todas maneras, no comprendía que no se le sirviese.

Y por cierta altivez de carácter, él casi nunca pedía un favor; quería que se le adivinase.

Fué uno de los primeros en felicitarme por mi nuevo cargo, y es lo cierto que siempre mostró por mí gran entusiasmo, desde que entendí en Murcia con tanta facilidad la obra de Geometría descriptiva que me había prestado.

Vió los modelos que yo le hice, y pasó de uno en otro por una serie de asombros.

—¡Qué claro, qué sencillo! Ahora lo comprendo.

Pues al día siguiente de publicarse en la *Gaceta* los nombramientos para los principales cargos de mi Dirección, vino á verme, y ya traía una cara como le había visto pocas veces: sólo en los momentos en que se suponía víctima de un desengaño.

—Ya he visto, ya he visto—me dijo con cierta sonrisa amarga—los nombramientos que has hecho. Buenos nombramientos, y personas muy dignas.

—Querido Julio, yo no hice esos nombramientos, ni podía hacerlos; los hizo el ministro: los hizo Ruiz Zorrilla.

—Sí, pero tú los propusiste: eso me has dicho tú mismo. Ya sabemos que tú eres el amo de Fomento.

—Yo no soy amo de nada ni de nadie; hasta hace tres días era amo de mí mismo, pero sospecho que en adelante ni siquiera de mí podré disponer.

—Exceso de modestia. Nombras á quien quieres nombrar,

y escoges los más dignos, los más inteligentes y los más amigos. No todos tenemos esa suerte.

Yo me quedé mirándole y sin comprenderle todavía.

La verdad es que no estaba muy enterado de su posición social.

Sabía que había concluído brillantemente su carrera; que poco después la había dejado, para emprender negocios por su cuenta.

Que se había casado con una señora muy digna y muy simpática, á quien yo veía, aunque no con mucha frecuencia, cuando iba á visitarle.

Y, en suma, creí que disfrutaba de una posición desahogada, y hasta que tenía buen capital; de modo que nunca imaginé que pudiera aspirar á un destino, que al fin y al cabo sólo eran veinticuatro ó treinta mil reales al año.

Olvidaba torpemente que todo español aspira á ser empleado.

Pero sus frases eran tan punzantes, su tono tan triste, sus quejas tan evidentes, que al fin tuve que darme por entendido.

—Querido Julio—le dije:—ó yo estoy en Babia desde que soy director de Obras públicas, ó tú estás quejoso porque no te he propuesto para uno de los negociados del Ministerio.

—Más penetración mostrabas—me replicó—al interpretar en Murcia la Geometría descriptiva de Lerroy que te presté. Pero los tiempos cambian, los amigos suben, la prosperidad es olvidadiza, y al que está arriba no le gusta mirar hacia abajo.

—¿Pero tú querías ser empleado?

—Naturalmente—contestó con la mayor naturalidad.

—¿Pero tú cambias, ó quieres cambiar, tu posición libre é independiente por veinte ó treinta mil reales de sueldo? Te aseguro, bajo palabra de honor, que no lo había sospechado, y que con tus quejas, que son injustas, me proporcionas un verdadero disgusto.

—Mayor es el mío. No precisamente por el destino, aunque

el destino no me hubiera venido mal, porque no es oro todo lo que reluce, y he tenido pérdidas.

—Que yo ignoraba por completo.

—Querido Pepe, estas cosas no se ignoran nunca; en todo caso, se olvidan cuando la persona de quien se trata no inspira gran interés.

—Pues te aseguro que yo las ignoraba. No fué olvido, fué ignorancia: tú jamás me has dicho nada.

—¿Para qué molestarte? Y, sin embargo, alguna insinuación te he hecho: que los negocios andaban mal, que las amenazas revolucionarias producían una gran crisis; en fin, indicaciones que con tu buen talento, y si yo te hubiera inspirado verdadero interés, debiste tener en cuenta.

—Pero ¿puedes dudar de mi amistad?

—No dudo; pero hubiera querido ver las pruebas, porque aun suponiendo que tú creyeses que yo no había de aceptar, como prueba de cariño y para demostrarme que me tenías en algo, pudiste hacerme el ofrecimiento.

—Pues no se me ocurrió, ¿qué quieres que te diga?, no se me ocurrió.

—Ya comprendo, ya comprendo que estarás muy ocupado contigo mismo.

—No tanto como tú; pero no dejo de ocuparme en mi persona, como es natural—le dije en un tono ya un tanto agrio.

Porque es lo cierto que me molestaban sus frases punzantes; y aunque era hombre de mérito, no podía compararse á ninguno de los que yo había propuesto á Zorrilla.

En la forma anterior seguimos discutiendo un rato; y aunque al parecer quedamos amigos, no volvió á ser nunca nuestra amistad lo que había sido.

Un año después se fué á Ultramar, y ya no he vuelto á verle.

Mas por entonces no sólo tuve que sufrir sus quejas, sino las de un tío suyo, antiguo militar, que hacía alarde de fran-

queza, y que me dijo cosas muy duras, á las que yo contesté con otras no muy blandas.

Y tuve que sufrir todavía las dolorosas quejas de su mujer, que lloró de puro conmovida.

—Creí que era usted más amigo de Julio de lo que es usted en efecto.

—Señora, yo le aprecio mucho.

—Pues en esta ocasión no se ha conocido, y el pobre ha tenido y tiene una pena muy grande. Ha sido para Julio un gran desengaño.

—La pena la comprendo, el desengaño no.

—Desengaño, porque no se portan así los amigos de toda la vida. Y, además, usted sabía que nuestra situación es muy angustiosa.

—Le juro á usted que no lo sabía, ni lo sospechaba siquiera. Es más: creí que eran ustedes ricos.

—¡Sí, sí, ricos!—dijo secándose los ojos.

—Al menos, esas son las apariencias. Viven ustedes en muy buena casa; usted viste con mucho lujo.

Palabra imprudente fué esta que yo pronuncié.

—¡Sí, sí, lujo! No sabe usted los sacrificios que impone la posición social en que se vive.

Y aquí no pudo más la buena señora, y llorando me refirió sus angustias, sus apuros y sus esperanzas cuando supieron que era yo director de Obras públicas.

Yo estaba anonadado, y más anonadado quedé cuando ella formuló resueltamente sus condiciones de paz y de perdón.

—Usted lo puede todo en Fomento—me dijo;—todavía quedan algunas plazas buenas. No me lo niegue usted, porque yo lo sé y lo sabe todo el mundo: que todo el personal de Fomento, alto y bajo, se va á renovar; que hay muchísimos destinos desde doce á cuarenta mil reales, y usted, si es verdadero amigo de Julio, puede pedir al ministro uno de esos destinos, de veinte ó treinta mil reales por lo menos, para mi pobre marido. No me diga usted que no, porque será un nuevo desengaño.

—Señora, yo no tengo esa influencia que usted supone. No le he pedido destinos para nadie á Zorrilla; no tenía derecho para pedírselos, porque no he pertenecido á ningún partido político ni he sido amigo suyo hasta ahora. Ahora lo soy, y muy leal y muy agradecido y muy respetuoso; pero no lo soy para explotarle pidiéndole credenciales.

—¡Ah! ¿Llama usted explotación solicitar una plaza para Julio?

Yo no sabía qué contestar. No encontraba palabras; las que encontraba eran torpes: ofendía sin querer ofender, molestaba sin querer molestar; resultaba agrio cuando quería ser dulce, y descortés cuando deseaba extremar la cortesía.

—¡Por Dios, señora! Yo no me explico bien; yo deseo con toda mi alma complacer á ustedes, pero quiero decir que D. Manuel puede interpretar mal esta petición mía. Después de haberse mostrado tan generoso conmigo, ¿ir con nuevas pretensiones? Puede producirle mal efecto.

—Diga usted que no quiere *gastarse*.

Yo había gastado ya toda mi paciencia; y aunque seguí estando respetuoso y amable, la buena señora se marchó muy ofendida.

¡Qué remedio!

En cuatro días llevaba yo dos disgustos de los de letra mayúscula.

La cuestión de personal ha sido, y es, y seguirá siendo, el gran tormento de ministros y directores generales.

Y esta enfermedad sí que es de las que no se curan jamás.

Pero sigamos el calvario.

José Echegaray

MADRID EN 1833

(RECUERDOS DEL PASADO)

Los paseos.—Los teatros: el *de la Cruz*, el *del Príncipe*, el *del Liceo*. Otros teatros y espectáculos públicos.

El provinciano que visite el Madrid de nuestros días, y en todos sentidos compare la capital de España con aquella otra de donde él procede, ha de encontrar siempre y de por fuerza en la primera, á pesar de todos los pesares, deficiencias y defectos que la hagan desmerecer, ponderando en cambio y sobremodo apasionadamente las bellezas y los encantos de su patria. Y como es natural que en la Villa del Oso y del Madroño, cuyo suelo fué tan fértil en tiempos bien lejanos, no sea posible se den las condiciones especiales y privativas de las demás regiones de España, reuniéndolas en conjunto ni en detalle,—natural es también eche de menos la vegetación exuberante de Andalucía, donde naranjos y limoneros saturan el ambiente de aromas deliciosos; los bosques de palmeras que idealizan las comarcas murcianas y alicantinas; los cármenes deleitosos de la oriental Granada; los huertos de Murcia, los jardines de Valencia, y en fin, cuanto constituye el carácter típico de cada una de las provincias. Lo que ninguno podrá negar, no obstante, es la hermosura del cielo de Madrid, cuando el tiempo no lo impide, como se advierte en los carteles de la *Plaza de Toros*.

En 1833, para dar expansión al espíritu, recrear la vista y

respirar aire saludable y puro, de que tan necesitada estuvo y está la Villa desde que á ella se trasladó en definitiva la capitalidad de España, no tenían los madrileños más *Paseos* que el histórico de *El Prado*, el de *las Delicias*, el de *la Virgen del Puerto*, el de *la Florida*, el de *la Ronda*, desde la *Puerta de Atocha* á la *de Toledo*, y desde ésta á la *de Segovia*, y, por último, la *Cuesta de Areneros*, que arrancaba en la *Ermita de San Antonio de la Florida*, y con arbolado nuevo, pasaba por el *Portillo de San Bernardino*, *Puertas de Fuencarral*, *de San Fernando* y *de Santa Bárbara*, para terminar en la *de Recoletos*. Entre los jardines y lugares de recreación, figuraban el *Jardín Botánico*, los del *Buen Retiro*, el del *Casino de la Reina*, la *Moncloa*, la *Real Casa de Campo* y aun la *Montaña del Príncipe Pío*, de que no se hace mención sin embargo como tal en los *Manuales* de la época, siendo en cambio celebrados varios jardines particulares que eran «dignos de llamar la atención», con decir «sólo que en el llamado *del Valenciano*, sito en la *calle del Saúco*, se halla de venta en todas estaciones un copioso surtido de flores de todas especies y simientes para la siembra».

De todos estos *Paseos*, como el más céntrico y aun el más aristocrático antaño, era el principal el del *Salón del Prado*. En él lucía á la sazón «la sociedad elegante los brillantes trenes y la esmerada compostura», que decía Mesonero Romanos, mientras «la multitud, esparciéndose fuera de las puertas», buscaba «los paseos adecuados á sus gustos». Basta leer los dos interesantes cuadros trazados por la pluma de *El Curioso Parlante* con los títulos de *El Prado* y *Las sillas del Prado* para que se comprenda lo que fué al comenzar del segundo tercio del pasado siglo este *Paseo*, como basta leer las novelas de aquella época y aun las posteriores, para apreciar la importancia que para los madrileños tenía, pues no hubo intriga amorosa ó política, ni lance de ningún género entre individuos de las clases llamadas hoy *directoras*, que por escenario no tuvieran el *Salón del Prado*.

Era allí donde las hermosas hacían ostentación de las modas, promulgadas solemnemente entonces en el paseo de *Longchamps* de París; donde se pavonearon nuestras abuelas con las horribles *capotas á la inglesa* ó *á lo princesa de Gales* que, en su almacén de la *calle de Fuencarral,* vendía Mme. Petitbón, y que, aunque parecían morriones, encantaban á nuestros abuelos; donde en trajes de acampanado y gran vuelo, cortos y ceñidos de talle, aparecían por vez primera las *brillantinas* de seda con dibujos á cuadritos, las *muselinas* listadas de realce, los *organdís* blancos y bordados, la *armure danoise*, tejido recamado, de cachemira y seda; la seda listada que decían *Danae;* la *Amaltea*, de pelo de cabra y dibujo de cuadros; las *gasas sultanas,* estampadas y listadas; la vistosa *Argentina,* con listas y cuadros, y el *Pekin Gótico*, extravagante filatura de gusto chinesco, la cual debió de hacer gran furor por lo mismo.

Era en el *Prado* donde por medio de los trajes masculinos iba «ganando terreno visiblemente en nuestra España» la influencia inglesa, que se hacía sentir «desde la confección de las leyes, á la hechura de las levitas», invadiendo los talleres de célebres maestros, tales como Utrilla, cuya fama ha durado larguísimos años, y se hallaba en la *Carrera de San Jerónimo* establecido; los de Picón, en la misma calle; los de Ortet, en la *de la Montera*; los de Alvarez, frente á Correos, y los de Bartelet, en la *calle de Carretas*. Después las influencias británicas en el arte de la sastrería, si bien ya transformadas por la índole de las tijeras sin duda, pasaban á las roperías de los *Portales de la calle Mayor*, casi todos ellos ya por fortuna modificados, y á las de las calles *de Atocha* y *de Toledo* principalmente, roperías en las cuales decía con aires de anuncio Mesonero Romanos en 1833, «se encuentra toda clase de prendas de vestido perfectamente hechas y á precios equitativos», pues «han recibido en estos últimos años un grado de perfección muy notable».

En el *Prado* aparecían los elegantes remedando á los *dan-*

dys, y montando caballos ingleses, los cuales corrían además por las calles, convirtiéndolas en sucursales de *Hyde-Parck* ó *New Market*. Para este *mundo fashionable*, las levitas, con ligeras variaciones, eran siempre cortas, no excediendo de las rodillas, muy entalladas, con lo que entonces estimaban *poco vuelo* en los faldones, pero que corría parejas con el vuelo exagerado de las faldas mujeriles, y haciendo por extremo prominentes las caderas; los cuellos se usaban bastante largos, caídos sobre los hombros, y por consecuencia bajos, y la prenda se abrochaba con botones grandes ó con cordones negros, que destacaban sobre el *color Lord Grey* del paño, que no se sabe cuál fuese. Los fraques, de color café claro, habían perdido las carteras, tenían el faldón estrecho y el cuello como el de las levitas; los pantalones veraniegos habían de ser de tela de hilo escocesa, estrechos y cortos, y los sombreros bajos.

Con esta indumentaria en primavera y verano, ya discurriendo por el amplio *Salón*, ó sentados en las sillas del mismo, formando tertulias que solían interrumpir las cubas de riego; ya á caballo; ó ya en carruaje,—los elegantes de ambos sexos llenaban el *Prado*, poblándole así de los encantos y de las maravillas de la moda, veleidosa deidad, cuyas galas y primores de entonces excitarían la risa de las gentes de hoy, no de otro modo que parecerán ridículas con sus trajes las gentes de nuestra edad dentro de veinte años por lo menos.

Tenía para la Villa este *Paseo* su historia, y tal historia resultaba con verdad interesante, cuando era llamado *Prado de San Jerónimo*, para distinguirle de los otros *Prados* inmediatos, cuya memoria, confundida con la de éste, se ha perdido al cabo en ella. Remotos están los tiempos en que, terminando oficialmente Madrid en la *Puerta de Guadalajara*,—la cual abría en aquel trozo de la *calle Mayor* aún *Platerías* denominado,—se conceptuaba lejano de la población el *Prado de San Jerónimo*. Tomó este apelativo del Monasterio á él próximo; y por estar en la confluencia de dos alturas contrapuestas, servía de lecho á las aguas de cenagosos arroyos mal olientes,

surcando lo accidentado é inculto del terreno las veredas que guiaban á través de aquellas soledades á la iglesia de *Atocha* y á la de *San Jerónimo del Paso*. Varios eran los *Prados* conocidos en la Villa durante el siglo XVI, y á continuación se hallaban los unos de los otros. Menciona el *Fuero Viejo* de Madrid, el de *Atocha*, que era el más inferior, y que tomando origen en la fuente de aquel nombre, llegaba hasta la desembocadura de la *Carrera de San Jerónimo*; seguía en pos el *Prado* de este título, que es el actual *Salón*, recientemente transformado, corriendo paralelo á él el llamado *Prado alto*, el cual se extendía por el declive de la izquierda en la actual *calle de la Lealtad*, inclusa toda aquella faja hasta la antigua *calle del Pósito*, continuación de la *de Alcalá* en el día. El *Prado de Recoletos* se dilataba finalmente hasta el sitio en que gallardeó solemne y pretenciosa la *Puerta* del propio nombre, inmediaciones de la *Casa de la Moneda* y del palacio construído para *Bibliotecas y Museos*.

Era ya en 1543 el *de San Jerónimo*, que es el que nos interesa, «una grande y hermosísima alameda, puestos los álamos en tres órdenes, que hacen dos calles muy anchas y muy largas, con cuatro fuentes hermosísimas y de lindísima agua», «rosales entretejidos á los pies de los árboles», «y un estanque de agua que» ayudaba «mucho á la grande hermosura y recreación de la alameda», á la cual, «de invierno al sol y de verano á gozar la frescura», acudía multitud «de bizarrísimas damas, de bien dispuestos caballeros y de muchos señores principales en coches y carrozas», disfrutando «con gran deleite y gusto» no sólo del ambiente oreado y saludable en el estío, sino de «muchas buenas músicas» (1).

Prescindiendo de las reformas hechas en el *Prado* el año 1569 con ocasión de las fiestas que preparó la Villa para el recibimiento y agasajo de doña Ana de Austria, cuarta mujer de Felipe II, y de las que hubo de experimentar durante el si-

(1) Pedro de Medina: *Grandezas y cosas memorables de España*.

glo XVII, cuando sirvió de antesala de aquel deleitable Real Sitio, en que con ayuda de Madrid supo en breve tiempo convertir la diligencia cortesana del Conde-Duque de Olivares el antiguo y tétrico *Retiro* de los días de Fernando V, Carlos I y Felipe II,—es lo cierto que, con todo, no debía ser su aspecto muy agradable, pues por el *Prado* al descubierto corría con sus aguas infectas y nauseabundas el llamado *Arroyo de Valnegral*, dicho luego *de Abroñigal*, que hubo de afearle bastante, si bien no impidió las aventuras y los lances á que con frecuencia aluden los poetas de aquellos tiempos, ni fué parte á que no le hallara deleitable y ameno la sociedad de los días de Felipe IV y de Carlos II.

Fué el conde de Aranda, ya en los de Carlos III, quien ideó la reforma total del *Prado*, pretendiendo hacer de él «uno de los primeros paseos de Europa». Por la traza del capitán de ingenieros D. José Hermosilla, dejóle en la disposición casi en que le hemos hallado nosotros, y en que disfrutó de él la buena sociedad de los tiempos de Fernando *el Deseado* y de la Regencia de María Cristina, por más que no se hubiesen ejecutado todos los proyectos que se hicieron para la transformación completa del mismo, y entre los cuales figuraba el de D. Ventura Rodríguez; por él, el antiguo *Prado alto* debía adornarse con una especie de pórtico, que podía contener cafés y botillerías, con un terrado para músicas y sitio donde guarecerse con comodidad los paseantes en ocasión de lluvia repentina.

De campo militar sirvió á los valerosos madrileños el 4 de Diciembre de 1808 cuando Napoleón se hizo dueño de la heroica y desmantelada Villa; y en aquel lugar de recreación y de placeres para tantas generaciones, derramaron impíamente los franceses el memorable *Dos de Mayo* la sangre generosa de tantas víctimas inocentes como fueron inmoladas por la salvaje furia de Murat y de sus seides, las más, contra las tapias de las caballerizas del *Retiro*; otras, contra los muros del derruído *Palacio de Medinaceli*, y otras, contra los árboles en di-

ferentes puntos. ¿Quién es capaz de hacer memoria de cuantos acontecimientos han tenido durante el siglo XIX por escenario el *Prado?* ¿Quién recuerda la fiesta celebrada en 1814 para glorificación de aquellos mártires y para la entrada solemne de la Regencia de Cádiz? ¿Quién aquella otra del 24 de Septiembre de 1822 para celebrar el triunfo del 7 de Julio y en la cual fué entoldado todo el *Salón*, donde 9.000 convidados tomaron asiento en torno de 750 mesas?... ¿Quién las revistas militares de los tiempos de María Cristina y de Isabel II? ¿Quién aquella formación de los *Voluntarios de la Libertad,* para esperar la entrada de Prim en Madrid el año 1868? ¿Quién la entrada de D. Amadeo de Saboya al tomar posesión de la corona de España? ¿Quién la entrada conmovedora de Alfonso XII, y las iluminaciones con motivo del matrimonio del rey en 1878 con la infanta doña Mercedes de Orleans?

Mesonero Romanos, resumiendo, decía en 1833: «La concurrencia al *Prado* es general, y casi permanente, y en sus diversos paseos se reúnen gentes de todas especies y gustos. Los verdaderos paseantes por comodidad, que gustan andar despacio y sin tropel, pararse á hablar con sus amigos, *tomar un polvo* y recordar sus juventudes, prefieren el paseo desde el Convento [*de San Jerónimo*] á la *Puerta de Atocha.* Los provincianos y extranjeros gustan del lado del *Botánico*, donde la vista y fragancia de este *Jardín* de un lado, y del otro el continuo paso de coches y caballos, los entretiene agradablemente. Hay quien se dirige con preferencia al *Paseo de San Fermín*, desde la *Carrera de San Jerónimo* á la *calle de Alcalá* [es decir, la faja lindante con la *calle de Trajineros*], y muchos que hallan su recreo en el *trozo* llamado *Paseo de Recoletos*».

«Pero la juventud elegante, y á cierta hora toda la concurrencia en general, viene á refluir al hermoso *Salón*, situado en el centro del *Paseo*». «Allí—escribe—es donde reinan las intrigas amorosas, donde la confusión, el continuo roce, las no interrumpidas cortesías, la variedad de trajes y figuras, el rui-

do de los coches y caballos, el polvo, los muchachos que venden agua y *candela* [para encender los cigarros], y una vida, en fin, desconocida en los demás paseos de la Corte, producen una confusión extraordinaria, que al principio molesta á los forasteros y concluyen por aficionarse á ella. Es singular en especial—continúa particularizando costumbres borradas—el espectáculo de este *Paseo* en una de las hermosas mañanas de invierno, en que luce todo su brillo el despejado cielo de Madrid: vese en él de doce á tres del día la concurrencia más brillante, las gracias más seductoras, los adornos de más lujo, una multitud de coches y caballos, y en fin, todo lo que puede ofrecer de elegante una capital. Igualmente es notable en las noches de verano en que, sentadas las gentes bajo sus espesos árboles, forman tertulias alegres, respirando un ambiente agradable, después de días extremadamente calurosos». «Finalmente —concluye como apotegma y corolario que han venido á desmentir los tiempos,—el *Prado* en todas ocasiones es el desahogo principal de Madrid».

Aún somos bastantes los que guardamos *saudades* ó añoranzas, ó memorias, ó como en la jerga modernista se diga, del antiguo *Salón del Prado*, no por fortuna en el período á que Mesonero Romanos alude en las palabras copiadas, sino muchísimo después, cuando por él pasaron las tropas vencedoras en Africa el año 1860 ó poco antes; cuando, ya que no de doce á tres en invierno, á la tarde le invadía la multitud regocijada y bulliciosa; cuando en los días de carnaval se hacía imposible dar por él un paso; cuando por las mañanas invernales le ocupábamos con reñidos *marros* y otros juegos los muchachos, después de hacer rabona en el colegio; cuando el día *Dos de Mayo* de cada año le llenaban los madrileños que acudían fervorosos á ver la procesión cívica y oir las misas que por el descanso de los mártires de la Independencia con todo aparato militar se decían y continúan diciéndose delante del *Obelisco*, y las que todavía se rezan en varios otros sitios donde es tradición hubo también fusilamientos.

Aún recordamos, entre sombras medio desvanecidas por lo lejano, aquellas deliciosas noches veraniegas, en las cuales, dividida la parte central del *Salón* por larga fila de sillas de anea y de madera más ó menos blanca, según los años de servicio,—en la faja que lindaba con el paseo de carruajes, las gentes se agrupaban como en los días á que Mesonero Romanos alude, formando corro, á la luz rojiza y tenue de los reverberos de aceite, en animadas tertulias que á las diez ó las once de la noche se disolvían, y en las cuales jugaban papel muy principal la niña casadera y enamorada, el audaz ó amoroso mancebo, la madre soñolienta y complaciente, la murmuradora sempiterna, el orador político, el discutidor eterno, el literato, el periodista; forjábanse allí chismes y enredos, circulaba la crónica escandalosa, se destrozaban reputaciones y honras, y se hacía, en una palabra, todo lo que hoy se sigue haciendo en Biarritz, San Sebastián y dondequiera se reúne la sociedad moderna. Como en formación, por el espacio comprendido entre una y otra fila de sillas paseaban levantando nubes de polvo los elegantes, y llevando consigo un mundo de ilusiones y de apetitos, de aspiraciones y de desengaños.

A la otra parte, es decir, en la faja comprendida entre la hilera central de sillas y los asientos de piedra inmediatos al que se dijo *Paseo de San Fermín*, á causa de la ermita que hubo agregada al *Palacio de Alcañices*, reemplazado por el suntuoso edificio del *Banco de España*,—los hombres y las mujeres del porvenir entonces, ya en la actualidad viejos, saltaban, corrían, jugaban al escondite, al corro, á la comba, persiguiendo enamorados aquéllos á las damas futuras, no dejándolas en paz un momento, propasándose audaces algunas veces á favor de la confusión, y armando entre sí camorras aquellos caballeros de menor cuantía que estudiaban el *Musa Musae* ó la *Retórica* de Terradillos, ó saliendo gentilmente á la defensa de las que hoy son mujeres demasiado hechas, contra la intrusión de la granujería del barrio de San Juan, que quería también entrar con los *silbantes* á la parte... Las verbenas del Car-

men, de San Juan y de San Pedro que allí se celebraban obstruyendo el *Salón*; las *ferias*, las famosas *ferias* madrileñas, un tiempo no lejano allí instaladas... todo desapareció, y últimamente el *Prado*, invadido por grupos de mozuelos y de golfos, había dejado de ser lo que había sido, antes de que el ferrocarril, con ó sin billetes kilométricos y trenes de recreo, facilitase á los pudientes los medios para abandonar la corte en el verano, antes de la reforma del que fué *Prado de Recoletos*, y antes de que en la antigua y frondosa *Huerta de San Juan*, hoy destruída estérilmente á lo que parece, se instalasen los llamados *Jardines del Retiro*, que vinieron á ser lo que había sido el *Prado*, para aquellos que en Madrid resisten valerosos los rigores del estío.

Hoy el clásico *Salón* ha sido transformado, reduciéndole primero para la formación de las dos grandes plazas cuyo centro ocupan las monumentales fuentes de *La Cibeles* y *Neptuno*, trasladadas de su primitivo asiento, cerrando su entrada por la *calle de Alcalá* con balaustradas de piedra que debían tener como complemento las estatuas de los hijos de Madrid, ilustres en los pasados tiempos, y convirtiéndole por último en un parterre adornado con flores y arbustos, el cual presenta, según la humorística y no desacertada comparación de cierto semanario, el aspecto de un escaparate de zorros y plumeros. Cuando la hermosa fuente de *Apolo* sea trasladada al eje del *Salón*, y hayan los jardines arraigado, el *Paseo* será agradable, sin duda, para tomar el sol en el invierno; pero no es fácil predecir lo que ocurrirá en lo sucesivo si le invaden las gentes acostumbradas á ir á él los días de Carnaval, y sobre todo el del *Dos de Mayo*, principalmente en ocasión en que tan próximo se halla el primer centenario de aquel día memorable para la historia de la Villa y de la Patria.

Poco más ó menos, como en 1833 continúa el que recibió título pomposo de *Paseo de las Delicias*, salvo la extensa barriada allí construída, y que ha cambiado totalmente su primitivo aspecto desde este punto de vista. En aquella fecha no

tenía «más ornato que los árboles» plantados en hilera y formando calles, siendo á la sazón «muy concurrido por aquellas personas que van—dice Mesonero Romanos—á pasear por conveniencia y recreo corporal, animando á continuar en él su declive suave, las grandes plazas que de trecho en trecho le cortan, y más que todo, el deseo de encontrarse á su conclusión en las hermosas orillas del canal».

Tales han sido las reformas experimentadas por el que fué agradabilísimo paseo de la *Montaña del Príncipe Pío,* que puede afirmarse de él no queda nada, aunque al proyectar su unión con el *Paseo de Rosales* quiera dársele nueva vida. No faltará, de seguro, quien recuerde con lo modesto de su entrada por la *Cuesta de San Vicente*—en lo que es hoy desembocadura de la vía que se llamó *calle de la Isla de Cuba*,—la plazoleta poblada de flores que constituía su ingreso, y las líneas de árboles que trepaban formando paseos por la *Montaña*, en la cima de la cual había un palomar gigantesco, reemplazado luego por el famoso *Cuartel de la Montaña*, tan lleno de parches y apostillas de todo género, que da lástima y grima al par, pensando con qué poco arte se gasta el dinero para desfigurar edificios que, si bien no tuvieron nunca nada de notable arquitectónicamente, ofrecían por lo menos cierta unidad y procuraban interpretar un pensamiento. La ampliación del *Cuartel,* conservando la fisonomía del mismo, ni era obra de romanos, ni exigía grandes quebraderos de cabeza, dicho sea con todos los respetos imaginables.

Se pierde la memoria al pretender hoy localizar los sitios en que estuvieron muchas de las plazoletas, las fuentes y aun jardines de aquella inmensa posesión, y se recuerda el estanque donde con paciencia digna de mejor causa, en las mañanas rientes de Junio, los aficionados á la pesca, autorizados para ello, regresaban felices á sus casas con media docena de pececillos incoloros, como testimonio de su habilidad y de su parsimonia. Todo ha desaparecido con la urbanización, principalmente después de la Revolución de 1868, y casi no queda

rastro de ello, perdiendo Madrid uno de los lugares más amenos con que podía enorgullecerse, y que primitivamente fueron huertas, las cuales, entre otros nombres, tenían el de *Buitrera*, del *Molino Quemado*, de las *Minillas*, etc. Medía más de seis millones de pies superficiales; y aquel conjunto de propiedades, según rezan los escritores que se precian de saber estas cosas, fué adquirido por D. Francisco de Moura y Costa-Real, presidente del Consejo de Flandes y caballerizo de la reina, de quien hubo de heredarlo la marquesa de Castel-Rodrigo, casada luego con el *Príncipe Pío* de Saboya, á cuya casa correspondió desde entonces, si bien residiendo los príncipes en Cerdeña. Secuestrada por Carlos IV la posesión, á causa de negarse los príncipes á establecerse en la corte de España, pasó al Patrimonio Real; y cedida en usufructo al infante D. Francisco, «de sitio áspero é inculto que era antes —dice Mesonero Romanos en una de sus obras relativas á Madrid,—ha venido á transformarse en un precioso parque, huertas y jardines, que la generosidad de su augusto poseedor franquea al público». La apertura del ferrocarril del Norte, cuya estación se halla en terrenos que fueron de la *Montaña*, y el ensanche de la Villa, han acabado de desfigurar por completo la que fué posesión del *Príncipe Pío*, de la cual no disfrutaron los madrileños de 1833, porque aún no se había hecho en ella la transformación á que Mesonero Romanos aludía en 1861.

No hay para qué hablar de los demás paseos de aquella fecha, pues han caído en desuso, y en lugar de mejoras han experimentado retrocesos, cediendo ante los que con ventaja en nuestros tiempos les han sustituído, por más que, según ya en otras ocasiones quedó insinuado, el crecimiento y desarrollo de Madrid los hace perder sus condiciones higiénicas y recreativas, tendiendo á encerrarlos dentro del casco de la población, donde casi todos ellos se encuentran.

***

Dos eran, en realidad, fuera de los accidentales, los teatros con que Madrid contaba permanentes en 1833, es decir, la mitad de los que en el siglo XVIII existían, pues había desaparecido con la guerra de la Independencia el famoso del Retiro, donde brillaron los ingenios de la desvanecida corte de Felipe IV, y en ciertas ocasiones era no sólo admitida, sino solicitada toda clase de público, y el de los *Caños del Peral*, que, al ser en 1737 comenzado á reedificar, se llamaba ya *El Gran Teatro*, fué en 1818 demolido á pesar de su ponderada grandeza para construir el que se dijo *de Oriente*, y hoy, con su singular aspecto exterior, sus apostillas inconexas y sus pretensiones, es elípticamente *el Real* denominado. El decano de aquellos dos teatros, en los cuales tanto disfrutaron los abuelos de la generación actual, era el *de la Cruz*, apelativo extraño para edificio tan pecaminoso como el de una sala de farsas que, cual lugar execrable y endemoniado, miraban muchas gentes, á la sazón timoratas y beaturras en la apariencia, y desenvueltas y viciosas en su vida interna.

Tomó tal nombre el teatro, del terreno donde estaban los solares sobre los cuales se estableció el primitivo *Corral*. Formaba aquél una altura ó pequeña eminencia, de que queda rastro en la pendiente de la *calle de Espoz y Mina*, y allí había una cruz plantada, por lo que el vulgo dió en llamar á dicha altura *Cerrillo de la Cruz*, como apellidó *de la Cruz* la calle que aún conserva el apelativo, la dirección y la angostura de otros tiempos. A la manera que con el fin benéfico de aumentar los recursos del *Hospital General*, fué de orden del rey construída en las afueras de la población la antigua *Plaza de Toros*, inaugurada en 1749 y demolida en 1874,—para atender también á fines de análoga naturaleza, cuéntase por los autores cómo la *Cofradía de la Soledad*, convenientemente autorizada al propósito, en aquellos solares del *Cerrillo* que adquirió en 550 ducados y lindaban por delante con «la calle pública que dicen de la Cruz», construyó un edificio ó *Corral* con destino á las representaciones dramáticas, las cuales comenzaron

en él cuando aún no estaban terminadas las obras, el 29 de Noviembre de 1579, fecha en que lo estrenó la compañía de que era autor Juan Granados.

En las casas aledañas por la *Plaza del Angel*, tenía la Casa real arrendado un corral por donde se hizo paso á los aposentos ó palcos del teatro, y en 1631 mandó Felipe IV arrendar otro, que se dispuso en forma para que con toda comodidad pudiese el coche del rey llegar hasta el pie de la escalera de los aposentos; y habiéndose hecho cargo del teatro la Villa en 1638, á cambio de varios censos y subvenciones, con que gravó á favor de los establecimientos benéficos su presupuesto, —en 1737 fué reedificado «bajo las trazas, dirección y mal gusto de D. Pedro de Ribera». Tratóse de volverle á edificar en 1785 (1); pero nada se hizo, y conforme resultó en la primera de las fechas indicadas, así perseveró hasta su demolición definitiva en nuestros tiempos, para abrir hasta la *Plaza del Angel* la calle de *Espoz y Mina*.

Mezquina y falta de regularidad era su fachada, que apenas si se distinguía de la de los edificios circundantes, aun con los revocos y repintes de que fué constantemente objeto para darle alguna mejor apariencia; incómodo y mal distribuído su interior, que no resplandecía tampoco ni por el arte ni por la riqueza, y tan menguado y pobre el escenario, que trabajo costaba comprender cómo allí pudieron actuar las compañías de comediantes, y sobre todo cuando se dieron funciones de ópera. A no derribar el edificio, diputaba Mesonero

(1) En la Bib. de la Real Academia de la Historia existe por donación de D. Toribio de Areytio un manuscrito de letra de D. Ignacio de Santiago Palomares conteniendo las *Memorias cronológicas sobre el origen de la representación de comedias en España, formadas en 1785 por el corregidor de Madrid D. José Antonio Armona;* y entre las cosas curiosas que contiene el primero de los dos volúmenes de que constan, figura la planta del *Corral de la Cruz*, y la del proyecto de D. Phelipe Jubara, con tres planos de fachada, corte y proscenio, firmados en 1785 por D. Manuel Martín Rodríguez, sobrino y discípulo del célebre D. Ventura Rodríguez (Mesonero Romanos, *El Antiguo Madrid*, págs. 143 y 144, nota).

Romanos de imposible remedio los defectos capitales de que aquél adolecía, haciéndole indigno de la corte. «Hasta su situación—añadía—es ridícula, en una rinconada, cuyo acceso es por calles estrechas y mal dispuestas, lo que ocasiona gran incomodidad» para el público.

Y con efecto: acusando la humildad de su origen; oprimido por la masa enorme del *Convento de la Victoria* con su huerta y sus dependencias que hasta la angosta *calle de la Cruz* llegaban; en la rinconada que aún para vergüenza en sitio tan principal y céntrico subsiste entre el mísero *callejón del Gato* y la parte alta de la que desde 1836 se llama *calle de Espoz y Mina*; como abochornado de su propia existencia, y confinado por su insignificancia con tales estrechuras, que le impedían desarrollarse,—sólo tenía el teatro acceso por el referido *callejón del Gato,* la *calle de la Cruz*, á la que daba la fachada, la *Ancha de los Majaderitos,* hoy triste y abandonada callejuela á que se ha dado el nombre *de Barcelona*, y por último, la más corta de las dos denominadas *de la Victoria*, la cual volvía en ángulo recto desde la *calle Angosta de los Majaderitos*, que es la actual calle-pasadizo dicha *de Cádiz,* para salir á la *de la Cruz*, frente á frente del teatro.

Estrechos y obscuros pasillos daban entrada al *patio* de éste, donde no con la necesaria holgura, pero sí con sobra de molestias, se hallaban las localidades repartidas ó clasificadas en cuatro diferentes categorías: *lunetas* ó butacas principales de preferencia, que en la temporada de 1833 costaban 8 reales (2 pesetas); lunetas de segundo orden, colocadas detrás, á 6 reales (1,50 pesetas); *asientos*, así sencillamente denominados, y situados á la espalda, á peseta; y *sillones* por bajo de las galerías y en lugar levantado, cuyo precio era, según se hallaban en primera fila ó en las posteriores, 11 y 10 reales (2,75 y 2,50 pesetas). Tres órdenes de palcos, llamados antes *aposentos*, y que se denominaban *bajos*, *principales* y *segundos*, conforme el piso á que correspondían, avanzaban como cajas sobre los muros, con su antepecho de madera; costaban los

primeros 64 reales (16 pesetas), 60 reales (15 pesetas) los *principales*, y 48 reales (12 pesetas) los *segundos*. A esta altura había los *palcos por asientos*, no mayores que los otros, y en ellos el precio de las delanteras era el de 10 reales, mientras los demás asientos no costaban sino 8. Todavía en la parte más alta estaba *la galería*, á 8 y 6 reales el asiento; la *tertulia*, á 8 reales la delantera y á 4 el resto, y finalmente, sólo para la asistencia de las mujeres, en el lugar más culminante y empinado se hallaba la *cazuela*, donde los asientos costaban 8, 6, 5 y 4 reales y medio, respectivamente, según su categoría, «todo con aumento de dos cuartos (unas 310 milésimas de peseta) en billete para ciertos establecimientos de Beneficencia».

No debían ser grandemente morigeradas las costumbres en aquellos tiempos, cuando, como aún hemos tenido ocasión de advertir en algunos teatros de provincia, «las mujeres estaban separadas de los hombres, y ocupaban la mitad de la *tertulia* y la *cazuela*», figurando sólo «juntos ambos sexos en los *palcos por asiento*». Esta medida, con la cual las autoridades procuraban evitar todo escándalo, causa era á la continua de aquello mismo de que se pretendía huir, pues á la entrada y á la salida de las mujeres se producían escenas poco edificantes, demás de que resultaba triste confesión de la impotencia de las leyes y de las autoridades, y de la falta de educación en las masas (1). Por fortuna, en los tiempos actuales, en los cuales tanto hay que reprobar ciertamente, el mutuo res-

(1) Haciendo relación á esto mismo, escribía nuestro *Curioso Parlante*: «Suspicaz y meticuloso por extremo debió ser el primero que tuvo la ocurrencia de la separación de los sexos en nuestros teatros... ¿y dónde? Precisamente en un país en que se miran reunidos en los templos, en el circo y demás espectáculos públicos. A la verdad, nada se arriesgaba en apostar á que no fué marido celoso el que tal imaginó, pues si él lo fuera, á buen seguro que conviniese en abandonar bajo su palabra tres ó cuatro horas á su esposa donde apenas alcanzara á divisarla. Sin embargo, sea dicho en verdad, esta costumbre, como todas las de este mundo, tiene su contra y también su pro; la mitad de los hombres dicen que es mala; la mitad de las mujeres la defienden por buena; y las otras dos mitades

peto basta para impedir abusos de cierto género, muy en boga á lo que parece en aquella época, en la que sin duda tenía precedentes la famosa *Partida del trueno*, que había de sembrar el pánico por las calles de la corte, en daño de los padres y de los maridos, y de la que se dice formó parte Espronceda.

Todavía en pie, aunque reformado exterior é interiormente en tantas ocasiones que ha perdido casi su antiguo aspecto y su particular fisonomía, en la *calle del Príncipe*, dando frente á la *Plaza de Santa Ana* y llegando hasta la *calle del Lobo*, subsiste el segundo y último de los teatros que en 1833 actuaban. De la calle tomó el nombre, que ha trocado por el de *Teatro Español* definitivamente, por hallarse en especial consagrado á las producciones del ingenio nacional en éste y en los pasados tiempos; y comenzado á edificar en el emplazamiento del famoso *Corral de la Pacheca* en 7 de Mayo de 1582, fué con tal impaciencia estrenado por las compañías de Vázquez y Juan de Avila el 21 de Septiembre de 1583, que tampoco se aguardó á que estuviera concluído.

Cuidó la Villa de reedificarle con arreglo á las necesidades y gustos de la época el año 1745; pero voraz incendio hubo de destruirle casi por completo en 1804, volviendo á ser reconstruído en 1806 «bajo los planos y la dirección del arquitecto Villanueva, que sacó el partido posible del escaso terreno, é hizo un *teatro decente*, aunque pequeño, dándole un soportal y cinco entradas en una fachadita muy sencilla» (1). Perduró

---

piensan en sentido contrario... ¡Vayan ustedes á entenderlos, ni á adivinar las razones que cada cual alegará! De todos modos, no puede negarse que, cuando no sea otra cosa, presta cierto saborete de originalidad á nuestro teatro madrileño, que no es de desdeñar para el curioso observador» (*Panorama matritense*, *El Teatro por fuera*).

(1) Tal importancia hubo de concederse á esta reconstrucción, como para que su memoria fuese consignada en marmórea lápida que no sabemos en qué paraje hubo de ser colocada, y que se conserva en el *Museo Arqueológico Nacional* actualmente. Es de forma rectangular, si bien en su parte inferior se hace pronunciada curva elíptica y entrante, lo cual

aquella fachada, con más ó menos deterioros, hasta que, procurando darle cierta apariencia monumental, hubo de reformarla tal y como hoy se encuentra, allá por los años de 1866 á 1867, si no estamos trascordados, aquel ilustre actor D. Manuel Catalina, empresario que fué del teatro largas temporadas, y que al lado de los Romea, de Valero, de Matilde Díez, de las Lamadrid, la Elisa Boldún, la Mendoza Tenorio, la Cairón, Clotilde Lombía, Oltra, Casañer y otros artistas de ambos sexos, cosechó envidiables laureles, cuya memoria no habrán muchos olvidado todavía, y que, reverdeciendo con Calvo y Vico, hoy retoñan lozanos con la Guerrero y Díaz de Mendoza, según hacen constar los críticos é inteligentes.

Fué allá por el año 32 cuando, como decía Mesonero Romanos, «se le ha pintado y adornado con medallones en la bóveda, que contienen los retratos de los poetas célebres españoles y una alegoría en el techo que representa á Apolo después de haber vencido á la serpiente Pithon, en cuya elección, tanto de la fábula como de los retratos, no ha habido el mayor tino», pues si, á juicio del propio escritor, aquellos célebres autores «sólo después de muertos han adquirido derecho de asistir gratuitamente al espectáculo»,—se hallan «en sitio tan poco conveniente, que más parece que aspiran á escapar á las troneras por entre las enormes piernas de un Apolo, que más que Apolo parece un tambor mayor». Era entonces el teatro «capaz de 1.236 personas», y «la entrada llena» producía «9.669 reales y 12 maravedises» ó, lo que es lo mismo, 2.417 pesetas, no habiendo necesidad de insistir en lo que á la his-

---

parece indicar debió figurar sobre un ingreso; está fracturada, y en cuatro líneas de capitales latinas de tamaño distinto declara:

REYNANDO CARLOS IV
COLISEO DEL PRINCIPE
REEDIFICADO A EXPENSAS
DE ESTA VILLA DE MADRID
AÑO DE 1806

toria y vicisitudes del coliseo respecta, después de lo mucho que acerca de él se ha escrito.

Durante el segundo tercio del pasado siglo de las luces, «en este teatro, como más regular» que el de *la Cruz*, eran representadas «más frecuentemente tragedias y óperas serias de gran aparato, para lo cual», advertía Mesonero Romanos, daba «lugar el escenario, siendo decoradas magníficamente y vestidos los actores con toda propiedad y lujo». Si quiere el lector tener idea de lo que era el hoy por antonomasia apellidado *clásico coliseo*, habrá de recurrir por fuerza á la inagotable facundia del *Curioso Parlante*. La función daba comienzo á las siete de la tarde, pero á las seis y media ya había público en las localidades. El teatro aparecía en la obscuridad ambiente como «un cuerpo sin vida, un cadáver yerto é inanimado»... «Mirada desde las alturas la mezquina y económica *platea*, parece por sus diversos compartimientos una caja de estuche ó *necessaire* sin las piezas correspondientes; mirando desde la platea los costados del edificio, recuerda las anaquelerías de nuestras boticas ó los simétricos nichos de nuestros cementerios».

«Conforme se va acercando la hora, empieza aquel solitario recinto á dar señales de vitalidad: ya es una puerta que se abre para dar entrada á un bulto negro que aparece en la arteria de las *lunetas*», asientos éstos de «aristocráticas pretensiones», colocados entre el *patio* y el escenario, á los cuales hoy, á la americana, llamamos *butacas*, y que, á pesar de todo, dice Alcalá Galiano en sus *Recuerdos de un anciano*, «eran estrechos, duros, con forro de mala badana, casi siempre con desgarrones y nunca limpia»; «ya—prosigue el inmortal *Curioso Parlante*—son algunas pausadas sombras que van á colocarse aisladas aquí y allá, quebrando así la uniformidad de las *gradas* laterales, de los *bancos* céntricos y de la altísima *tertulia*. Ora se escucha un animado diálogo femenil en los hondos abismos de la *cazuela*, ora el ronco sonido de una tos catarral y aguardentosa revela al observador que algún

sér viviente respira sepultado en los últimos confines del *patio*».

Hoy que el *patio* es sitio de preferencia—pues, lleno de *butacas*, conserva las «aristocráticas pretensiones» de las antiguas *lunetas*,—es difícil que si no lo ha visto en los teatros de Lisboa, donde aún permanece «en su humilde modestia» originaria, pueda el lector formarse idea de lo que fué; «cuando estaba lleno—escribe Alcalá Galiano,—causaba el efecto más desagradable con sus llamadas *oleadas*, porque imitaba la gente, empujándose, el movimiento del mar, y porque era remedo de sus bramidos la gritería, consecuencia de estrujarse y atropellarse los concurrentes, *de pie* durante toda la función, en aquel lugar de diversión y tormento».

«El nuncio de la luz—continuaba diciendo Mesonero Romanos—aparece en fin por un agujero, y, saltando por encima de los bancos con una cerilla (1) en las manos, se acerca á la lámpara», la grandiosa y elegante lámpara deslumbradora y solemne, de facetados vidrios transparentes, dispuestos en colgantes movedizos, en sartales ondulados y en brillantes cascadas de vistosa combinación artística; la monumental araña de regio aspecto y espléndido aparato, con su diadema floreada de dorado bronce por remate, su corona provista de salientes brazos erizados de bujías y el círculo de *quinquets* de que ya en 1806 se hallaba provista, para aumentar su potencia luminosa. ¡Con qué silencioso recogimiento veíala el público descender lentamente desde la techumbre, y, pendiente de rojo pabellón, detenerse á la altura necesaria para que el «nuncio de la luz», haciéndola girar con despacio, comunicase «su inflamación al círculo de *quinquets*» y á las bujías! «Con lo cual, y concluída su tarea», el farolero avisaba «á los de arriba para que diesen vuelta á la máquina», subiendo así «el lu-

(1) Tienen hoy, por extensión, nombre de *cerillas* las fosfóricas; pero en el tiempo en que el autor del *Panorama Matritense* escribía llamábase así los que decimos en la actualidad *cerillos*.

ciente farol con pausa y gravedad hasta quedar colocado á la media altura del espacio». «Majestuosa operación que observan con sorpresa y entusiasmo las tiernas criaturas que han asomado á los palcos, y de que huyen con precaución», no siempre eficaz, «todos los desdichados á quienes tocó sentar perpendiculares bajo la influencia de aquel mecánico planeta» (1).

Quizás en algún teatro de provincias quede aún la araña. Con ella dieron al traste el gas primeramente, y la luz eléctrica al postre, siendo pocos los que recuerden aquella operación preliminar é interesante, en la cual se invertía algún tiempo, corriendo los espectadores el peligro de que tanto la esperma como el aceite, ya vegetal ó mineral, de que sucesivamente fueron alimentados los *quinquets*, dejara huellas lamentables en su indumentaria. Con el gas y con la luz eléctrica tal riesgo ha desaparecido; pero hay que reconocer y confesar que la araña daba cierta suntuosidad aparatosa al teatro, y constituía uno de los más bellos elementos decorativos del mismo.

Hecha la luz, con ella quedaban, «pues, al descubierto, las sombrías paredes del edificio, el ahumado techo, los mezquinos bancos y sillas; y sucesivamente van dando la cara las misteriosas parejas de los *palcos por asientos*, que no ven con buenos ojos aquella iluminación, aunque escasa; luego ocupan la delantera de la *cazuela* todas las diosas de nuestra mitología matritense, y detrás de ellas se van agrupando las modestas beldades á quienes no es necesaria tanta publicidad. Harpócrates, el dios del silencio, como todo lo perteneciente al género masculino, está desterrado de aquel bullicioso recinto, y mil y mil voces, siquier gangosas y displicentes, siquier melifluas y atipladas, se confunden naturalmente en armónico diapasón, y más de una vez sobresalen por entre los diálogos de los actores ó sobre los *crescendos* de la orquesta».

(1) No era la araña el único medio de dar luz á la sala de espectáculos, pues, según Alcalá Galiano, «los días de iluminación velas puestas en brazos salían de los palcos».

«Dos campos iguales en dimensión, diferentes en calidad, se dividen económicamente el elevado recinto conocido bajo el nombre de *tertulia*. Del lado de la izquierda (se entiende que del espectador), el sexo que solemos llamar bello ostenta sus gracias peregrinas, sus ingeniosos adornos y su amable coquetería. En el de la derecha, el otro sexo feo juega las armas que le son propias: el desenfado, la galantería y la arrogancia... Excepción de esta austera conformidad, es la triple fila de *aposentos* (hoy *palcos*), donde, á par que los sombrerillos y manteletas» con que iban nuestras abuelas al teatro, «vienen á colocarse las placas y bordados, las elegantes corbatas y los guantes amarillos», que constituían parte principal en la indumentaria de nuestros abuelos, siendo lugar fijo del abonado la *luneta*, desde donde lo impregnaba todo con el *patchouly* y el *bálsamo de Turquía*, que eran las esencias preferidas. Cuando la parte posterior del *patio* fué provista de asientos, mejorando así la condición de los espectadores, ofrecían grande animación las llamadas filas céntricas, que era la «sección de los inteligentes, y se compone, como quien nada dice, de los autores dramáticos, los escritores folletinistas y tal cual actor en descanso, que aquella noche no le tocó figurar. Esta sección es bulliciosa de suyo, comunicable y expansiva; sus decisiones son absolutas y sin apelación; pronúncianse *ex-cathedra*; comisión de aplausos la llaman unos; sociedad de seguros la dicen otros; pero los unos y los otros esperan con atención las muestras inequívocas de su sentencia, y aplauden si aplaude, y silban por simpatía cuando escuchan á la inteligencia silbar».

«Los demás compartimentos de la planta baja son ocupados en simétrica variedad por aquella parte del *respetable público* que en el diccionario moderno solemos llamar *las masas*... Los que conocen la estructura de nuestros teatros madrileños—decía el *Curioso Parlante*, que es á quien seguimos, porque pinta admirablemente lo que era á la sazón y fué tiempos después el *Teatro del Príncipe*—saben ya lo menguado y

obscuro de sus escaleras, sus estrechas puertas y pasillos, su taquigráfico portal. Pues bien: en aquellas escaleras, en aquellos callejones y á la luz de aquellos farolillos, se verifica en el acto solemne de la salida la reunión misteriosa y armónica de quinientas parejas que suben, que bajan, que cruzan, que corren de aquí para allá, buscando cada uno su cara mitad, y mirando de paso á las mitades ajenas... De aquí puede inferirse substancialmente el interés y fuerza cómica de semejante desenlace, la animación y el movimiento de tal escena final».

***

Para población de la categoría y de las aspiraciones de Madrid, Corte de las Españas, dos teatros, en aquella época de reconstitución, eran en realidad muy poco. Menudeaban por ello los *teatros caseros*, amén de las tertulias, y espectáculos públicos hubo establecidos con carácter accidental en distintas calles y edificios sin condiciones. Calcúlese cuáles serían, cuando carecían de las indispensables los dos teatros *de la Cruz* y *del Príncipe*. Para la compañía dramática que solía actuar en los Sitios Reales con ocasión de las jornadas que á ellos hacían los reyes, y que se hallaba sin contrata en el invierno, habían habilitado un local en la *calle de la Sartén*, y en él hasta 1836 se dieron representaciones escénicas con asistencia del público que el local consentía. Otro había en la *calle de la Luna*, si bien de naturaleza diferente, el cual, parecido á los cinematógrafos actuales, llevaba el aparatoso título de *Teatro Pintoresco Mecánico*, como el que hubo en la *calle del Caballero de Gracia*, casas números 29 á 31, fué denominado *Teatro de Fantasmagoría*. No lejos de este último, en la que se dijo *Plaza del Rey* y fué parte de la huerta del *Convento del Carmen*, en un barracón ligeramente construído, estaba el *Circo Olímpico*, donde «comenzó á dar funciones una compañía ecuestre, de gimnastas y acróbatas, dirigida por cierto Mr. Avrillón», que era muy aplaudido.

Tan del agrado hubo de ser de los madrileños el espectáculo, que para él en 1834 fué labrado *el Circo* en parte del jardín de la llamada *Casa de las Siete chimeneas*, propiedad del conde de Polentinos, quien cedió con aquel propósito el fundo, reservándose ciertos derechos; y de tal suerte creció en Madrid la afición á las fiestas teatrales, que—conforme aconteció muchos años después con el ya demolido *Circo del Príncipe Alfonso* ó *de Rivas* en Recoletos—aquel otro *Circo*, desaparecido entre las llamas de formidable incendio, y en cuyo emplazamiento levantó después el afortunado Price el llamado hoy *Circo de Parish*, bajo los planos y la dirección del arquitecto Villajos—sirvió en épocas memorables, y á pesar de sus malas condiciones, lo mismo para ópera italiana que para grandes espectáculos de baile, en que alardearon de su habilidad pasmosa la Petipá y la Guy Stephan, así como sirvió también para representaciones dramáticas de todo género, dando albergue durante algunas temporadas á los celebérrimos *Bufos Arderíus*, los cuales hicieron un tiempo las delicias de la gente hoy ya forzosamente grave por los años, con las gracias de Rosell, Sánchez Castilla y del propio Arderíus, y la plástica exhibición de actrices y *suripantas*, más ó menos vestidas y apetitosas.

Antes de mediar el siglo XIX, Madrid contaba con hasta seis teatros más, fuera de los de los aficionados, y dos circos. Eran aquéllos: el de *Variedades*, en la *calle de la Magdalena*, consumido también por el fuego, y en el cual, después del renacimiento de la zarzuela en 1849 con *El Duende*, actuaron D. Julián Romea, la Matilde Díez y la Berrobianco, como actuaron en la época revolucionaria Vallés, Luján, Riquelme y Ruesga, inaugurando las funciones por horas; el *del Instituto*, que hizo brillantes campañas en 1846 y 1847; el *del Museo* y el *de Buenavista*, sus contemporáneos; el *de Lope de Vega*, en el edificio de los Basilios, *calle del Desengaño*, y el *del Liceo*; los circos eran: el *de Paul*, inaugurado en 1847 y construído en la *calle del Barquillo*, número 3, jardín que fué del duque de

Frías, y otro, de la misma fecha, que estuvo en las afueras de la *Puerta de Santa Bárbara*.

Por lo especial de su significación, por la importancia que tuvo y por los artistas que en su construcción intervinieron, merece particular mención el *Teatro del Liceo,* y justo es le dediquemos cariñoso y particular recuerdo en esta revista de curiosidades del pasado, hoy que de manera tan radical ha cambiado en Madrid todo. El renacimiento del *Ateneo,* sociedad que ostentó siempre representación singularísima, y en la actualidad pretende caminar como portaestandarte á la cabeza de los intelectuales en España, y la fundación del *Liceo Artístico y Literario* en 1838, habían eficaz y poderosamente contribuído al fomento y desarrollo inusitados de las aficiones artísticas y literarias en aquella que denominaban á la sazón «juventud ardiente», y que «en medio de los vaivenes de una terrible revolución», como efectivamente lo era la que fatigaba á España en tales días, y de los «halagos de la ambición política, y... la dominante voz de los partidos», aún encontraba ocasiones para atender, cual se merecía, al cultivo de las artes de la paz, en la evolución saludable que debía de transformarlas. Establecido en local poco adecuado para sus fines educativos, quedó al postre instalado el *Liceo* en el palacio suntuoso de los duques de Villahermosa, el cual se hallaba, y continúa situado, en el extremo inferior de la *Carrera de San Jerónimo,* dando vuelta al *Prado* y frente al antiguo palacio del duque de Lerma y luego de Medinaceli, ya derruído.

La noche del 3 de Enero de 1839 verificábase con toda solemnidad y aparato la inauguración del nuevo local, con asistencia de S. M. la reina gobernadora Doña Cristina, su espléndido cortejo palatino y los elementos oficiales, y meses después de aquel acto, el 18 de Julio, con no menor solemnidad, inauguraba también la reina el *Teatro* particular del *Liceo*, instalado en el «suntuoso y hermosísimo salón de baile» del palacio de los duques. En el número correspondiente al 10 de Noviembre del año referido, publicaba el *Semanario Pintoresco Espa-*

ñol, que en 1836 había fundado la infatigable actividad del ilustre Mesonero Romanos, un artículo descriptivo del *Teatro*, como ilustración del grabado que insertaba, diciendo: «El golpe de vista que ofrece el magnífico salón de la Sociedad... es por manera interesante y seductor». «Hállase éste cortado en toda su anchura de 42 pies, y su elevación de 41, por un bastidoraje pintado que deja sólo una embocadura de 24 pies de ancho por 21 de alto, adornada con pilastras y arcos de tres centros, que cierran el enorme espacio de la magnífica bóveda. La decoración de la embocadura es inexplicable, porque no pertenece á ningún género exclusivamente, y su novedad cautiva y embelesa; pero no se describe. Diremos sólo que hay en su totalidad cierto sabor griego en la combinación de colores y en la clase de ornatos».

«Desde el tablado hasta la imposta del adorno, se compone de dos pilastras á cada lado con capiteles y basas doradas, enriquecido todo con figuras geométricas y otros dibujos que destacan de un fondo de color vivo. Hay á cada costado un nicho cerrado aún, entre jambas, también adornadas, en cada uno de los cuales se ha de colocar una estatua, de cuya construcción se han encargado los socios *D. José Tomás* y *D. Sabino de Medina*. La cornisa arquitrabada que apoya sobre las mencionadas pilastras, sigue el carácter de éstas con caprichosos adornos geométricos, formando una greca. Sobre la cornisa, un adorno dorado reúne con este cuerpo bajo toda la parte superior, de formas sumamente ligeras para que no pesen sobre los dos cuerpos laterales, necesidad precisa para salvar el inconveniente de que las líneas de los cuerpos bajos fuesen á morir en la bóveda del salón, lo cual habría producido deformidad».

«Esta graciosa y elegante embocadura ha sido de invención del Sr. *D. Aníbal Alvarez* (1), y la ejecución en la parte de

(1) «Hijo del famoso escultor D. José Alvarez, autor del grupo de *Zaragoza* que se halla colocado en el *Museo* de esta Corte: este joven arqui-

pintura del Sr. Rosales, auxiliado de un sinnúmero de socios, que han acudido todos los días á ayudarle. El telón de boca consiste en una cortina de elegante forma, que se descorre por la mitad, y entre ésta y la embocadura cierra el espacio un bambalinón con flecos, pintado por *D. Jenaro Pérez Villamil.* El escenario tiene 24 pies de fondo hasta la embocadura, y cinco más fuera de ella, á fin de que pueda cantarse sin descorrer el telón. Hay á cada lado cuatro bastidores, á distancia de tres, cuatro y cinco pies. El tablado se eleva cuatro pies y medio sobre el piso del salón, con un declive que exige la visual tomada, y consiste sólo en ocho tableros fáciles de levantar».

«...La dirección artística de esta construcción ha estado á cargo del celosísimo primer secretario del *Liceo, D. Narciso Pascual y Colomer*», arquitecto y autor, entre otras obras, años adelante, del proyecto en público certamen premiado y escogido para la construcción del actual *Palacio del Congreso de los Diputados,* é individuo de número de la Real Academia de San Fernando, fallecido en 1870 como D. Aníbal Alvarez.

No queda ya otra memoria de aquel *Teatro*, cuya embocadura aparece en 1846 totalmente modificada, á juzgar por otro grabado que publicó el propio *Semanario Pintoresco Español*

---

tecto, recién llegado de Italia, ha demostrado, en obras expuestas al público en la Academia de Nobles Artes, ser digno continuador del glorioso nombre que hereda, y á él debemos también el dibujo que va al frente de este artículo». Tal decía en 1839 el *Semanario Pintoresco Español;* y con efecto, aquel joven arquitecto, educado en Italia, fué uno de los más notables artistas españoles del siglo XIX. Vocal de la *Comisión Central de Monumentos,* que tantos salvó de la destrucción y de la ruina después de la exclaustración, director de la *Escuela Superior de Arquitectura* é individuo de número de la Real Academia de los Tres Nobles Artes de San Fernando, ejecutoriada dejó su fama en multitud de obras que la pregonan, y á él fué principalmente debida la idea, acogida por el Estado, de la publicación de los *Monumentos Arquitectónicos de España.* Falleció en 1870, no sin dejar legítimo representante en su hijo D. Manuel Aníbal Alvarez, arquitecto eminente y profesor en la actualidad de la *Escuela Superior de Arquitectura.*

en Febrero del año mencionado, ni queda otro recuerdo de aquella Sociedad entusiasta y benemérita que, para cumplir los fines especiales de su instituto, repartía en cinco *Secciones* sus tareas. Figuraban en la *Sección de Literatura,* con D. Patricio de la Escosura y Espronceda, D. Juan Nicasio Gallego, D. Ventura de la Vega, D. Antonio Alcalá Galiano, D. Antonio Gil y Zárate, D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Julián Romea; en la *de Pintura,* al lado de D. Vicente López, D. Valentín Carderera, D. Jenaro Pérez Villamil y D. Antonio María Esquivel; en la *de Escultura,* Ferrant, Santandreu, Fernández, Tomás y Estrada; en la *de Arquitectura*, D. Antonio Zabaleta, Areitio, D. Antonio Cachavera, Castro y el marqués de Torre-Mejía; y, por último, en la *de Música* se hallaban Ledesma, Albéniz, D. Ramón Carnicer, Reart, Blanco, Basili é Inzenga y Castellanos. Otra *Sección sexta* había que se apellidaba *de Adictos*, la cual contribuía al esplendor del *Liceo* con su asistencia, y á su sostenimiento con una cuota de 25 pesetas de entrada y 5 mensuales, teniendo por su parte cada una de las otras cinco *Secciones* la obligación «de contribuir con sus respectivos trabajos al sostenimiento del instituto, amenizando con ellos las reuniones semanales en las noches de los jueves, y suministrando los necesarios en cada uno de los ramos para el periódico literario y artístico» que con el título de la Sociedad comenzó á ver la luz el mismo mes de Enero de 1838, y con una *Introducción* de Escosura publicó en el primer número trabajos del *Curioso Parlante,* de Zorrilla, D. Ventura de la Vega, Espronceda, D. Juan Nicasio Gallego, D. Nicomedes Pastor Díaz y D. Gregorio Romero Larrañaga, y un retrato de S. M. la reina gobernadora litografiado por D. Antonio María Esquivel, el cual fué, con todos sus defectos, muy celebrado.

No lo fué menos, en 1836, cierta *Galería Topográfica* establecida en el *Paseo de Recoletos*, y que excitó vivamente la curiosidad por ser el que presentaba espectáculo nuevo en la Villa y Corte. El *Templete mágico*, en cuyo centro había un

tiesto de rosas, el cual, con sólo mudar de posición, se transformaba, con grande admiración de los espectadores, en fuente, gruta, cenador, bosque y catafalco; la *Vista* de los restos de la *Piscina mirabile,* de Nápoles; la del delicioso *paisaje de Narni*, en lo que eran Estados Pontificios, y donde la ilusión resultaba tal, que se veía correr el agua de una cascada y se oía el rumor que su caída producía; la vista del túnel bajo el Támesis; el fantástico *Tocador de máscara*, artificioso aparato en el cual, como decía un articulista, «la persona que se mira se ve instantáneamente retratada, ya con traje antiguo español, ya de guerrero, ya de monja, según la parte por donde se asoma, con la particularidad de que, colocado sobre cada espejo un tarrito con una flor, quien se mira en cualquiera de ellos (los espejos) ve despojados los tarros que coronan los otros dos espejos, y siempre una flor diferente».

Si con deleite contemplaban nuestros abuelos y nuestros padres estas y otras maravillosas *vistas*, cuál no era el asombro de las gentes delante de aquellos mecanismos artificiosos é inexplicables que, como *el autómata chino*, bailaba en la maroma con gracia y propiedad, al decir de los entendidos, y *el pintor mágico,* en cuyo caballete, y por arte de encantamiento, aparecían sucesivamente diversos asuntos, sin acertar de qué manera se verificaban tales transformaciones! Estos precursores de las *cabezas parlantes,* de los terroríficos espectáculos sangrientos de Mr. Herrman, de los trabajos ilusionistas que hoy reproduce el *cinematógrafo*, debieron causar impresión muy grande en las muchedumbres durante aquellos tiempos bienaventurados del siglo de las luces, obscurecidos hoy por los progresos de la ciencia y de la mecánica, los cuales sabe Dios adónde llevarán á nuestros hijos y nuestros descendientes, pues no hay nadie que dude de que *hoy las ciencias adelantan que es una barbaridad!*

Cuando las consecuencias inesperadas de la famosa batalla de Alcolea despertaron el furor escénico de todas clases, y las aficiones al *cancán* y otros excesos — más inocentes en rigor

que muchos de los espectáculos con que en la actualidad se regocija el público, —quedó Madrid inundado materialmente de salas de tal índole, que recibieron nombre de teatros por antonomasia. Desaparecidos el del *Liceo,* con los *del Instituto*, *del Museo* y *de Lope de Vega,* contaba á la sazón la heroica villa con *el Real*, *el Español*, *el Circo*, *Jovellanos* ó la *Zarzuela*, *Variedades, Novedades*, *Capellanes,* el *Circo del Príncipe Alfonso*, que se llamó *Circo de Madrid*, el *Teatro de los Campos Elíseos*, el *del Recreo,* en la *calle de la Flor Baja* y el *Circo de Price*, que, desde el barracón de la actual *calle de Recoletos* esquina á la *del Cid,* fué trasladado al *Paseo de Recoletos,* en el emplazamiento de un jardín público que hubo allí hacia el año de 1834, y que se titulaba *Las Delicias*, ya que no se haga mención, entre otros, de los dos teatros de aficionados más importantes, que estuvieron establecidos, el uno en la *calle de las Urosas,* hoy *de Luis Vélez de Guevara*, y el otro en el piso bajo de un caserón de la *calle de la Reina*, inmediato á la *del Clavel,* y que ha servido luego para varios usos industriales.

Desde aquella época memorable en que no hubo café de cierta categoría que no tuviese su escenario, y donde, al propio tiempo que la infusión de achicoria, la copa de marrasquino, de coñac, de ron ó de aguardiente, se servía á los parroquianos piezas dramáticas furibundas contra el régimen caído, ó contra las clases sociales, ó contra el clericalismo— fueron apareciendo el *Teatro de Eslava*, en el *Pasadizo de San Ginés*, café-teatro en su origen, que recuerda Felipe Pérez en *La Gran Vía*; el *Teatro de la Bolsa*, en que hubo de convertirse el antiguo *Circo de Paul,* después de servir un tiempo de *Bolsa de Comercio,* y que llevó también nombre de *Teatro de Lope de Rueda;* el *Teatro Martín*, el cual subsiste reformado en la calle de Santa Brígida, y sólo funciona en determinadas circunstancias; el *Teatro Romea*, que estaba en el número 5 de la *calle de la Colegiata*, y pereció en un incendio; el *Teatro de la Alhambra*, que ha mudado de nombre cada temporada, y que perdura en lo que fué *convento de San Fernando*, en la *calle de*

la Libertad; el *Teatro de Bretón,* en un piso bajo de la *calle de Fuencarral*, frente casi á la *de San Onofre;* el de *la Infantil,* en la *calle de Carretas,* salón denominado hoy *Teatro de Romea*, y que era célebre por lo excesivo del naturalismo en los bailables de cierta hora; otro en la *calle del Espíritu Santo*, cuyo nombre no acude á la memoria; el de *Buenavista,* en la *calle de Silva,* y ciento más, porque fué incontable el número de *templos consagrados á Talía* entonces.

En ellos no salían siempre bien librados ni el sentido común, ni el habla castellana, ni la moral, ni cosa alguna; pero los empresarios hacían su negocio explotando la fiebre teatral que se apoderó de todas las clases sociales, seducidas éstas por la baratura del espectáculo y por otras cosas. Eran de ver á la sazón la lista de los *Espectáculos* que traía todas las noches *La Correspondencia de España*, así como los demás diarios, y las esquinas de las calles con los anuncios de todas formas y colores que las empapelaban. ¡Qué facundia! ¡Qué inventiva! ¡Qué novedades! ¡Qué dramones! ¡Qué actores y qué espectadores! Todo aquello pasó, y de todo ello quedó en Madrid el convencimiento de que el número de *Teatros* de verdad que existía era escaso para población de tal categoría; que el *Español, Variedades* y *el Circo* eran pequeños, y que se hacía preciso dotar ciertos distritos de la que volvió á ser Corte, con edificios destinados á representaciones escénicas.

Así, conservando algunos, como el antiguo de *la Alhambra*, el de *Martín,* el de *Capellanes,* que se llamó también *de la Risa*, y el *de Eslava*, fueron construídos de nueva planta *la Comedia,* el que los gacetilleros llaman *bombonnière*, ó sea el *Teatro de Lara,* el *de Apolo,* el *de la Princesa*, el *Lírico,* hoy *Gran Teatro*, habiendo sido destruídos por accidente fortuito *el Circo* y *Variedades*, y modificados no pocos de los anteriores. Hoy, con varias intermitencias, actúan en Madrid, ó se hallan en disposición de actuar, catorce teatros, que son el *Real,* el *Español,* la *Comedia,* la *Princesa,* el *Gran Teatro* (antes *Lírico), Lara, Apolo,* la *Zarzuela*, *Novedades,* el *Circo de Parish, Es-*

lava, el *Cómico,* la *Alhambra* y *Romea,* sin que dejen de existir otros espectáculos como los de *Actualidades,* ni falten en cada calle, casi puede decirse, *Cinematógrafos,* que son muy concurridos, y que se van transformando con *coupletistas,* bailarinas, guitarristas, cantadores y ventrílocuos.

No podrá decirse que desde 1833, en que sólo existían formales el *Teatro de la Cruz* y el *del Príncipe*, Madrid no ha progresado, lo cual hemos de intentar se haga patente, Dios mediante, comparando la Villa del Oso y del Madroño de entonces con la de nuestros días (1).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS

(1) Permitido habrá de serme expresar en este sitio mi satisfacción, porque, si los periódicos no mienten, el actual Alcalde de Madrid parece trata de llevar á la práctica algunos de los pensamientos apuntados en estos artículos, y entre ellos el de formar espaciosa glorieta al final de la *calle de Toledo*, dejando en el centro la *Puerta* monumental de aquel nombre. Por lo menos, mi trabajo no es del todo perdido, si esto se realiza.

DESDE BERLÍN

LOS PROGRESOS DE LA HIPOFAGIA

I

Frecuentemente se lee en artículos ó revistas españolas que en Alemania se hace gran consumo de la carne de caballo. Estando ya en Berlín, tuve ocasión hace tiempo de leer un artículo, firmado por persona competente, que se ocupaba de los progresos de la hipofagia. En él se decía, entre otras cosas, que en Berlín había una calle en la cual todas las tiendas eran carnicerías de caballo. Como dato curioso, busqué esa calle, pregunté á personas conocedoras del asunto, y nadie me dió razón de ella. Esa calle no existía. Yo no dudo en modo alguno de la buena fe del autor, que es una persona seria; pero con frecuencia llegan á nosotros (por conducto francés) unas veces noticias falsas, y otras exageradas, acerca de Alemania, y esto indudablemente fué lo que sucedió en este caso.

Por esta razón, y para colocar las cosas en su verdadero estado, me he decidido á estudiar el asunto sobre el terreno, visitando el matadero de caballos, las carnicerías; hablando con el personal subalterno, policía sanitaria, autoridades, etc., para aportar el mayor número de datos posible, y poder dar una idea del estado actual de esta cuestión en Alemania.

Por otra parte, juzgando que para hablar con conocimiento de causa de una cosa lo mejor es experimentarla por sí mis-

mo, he empezado por comer la carne de caballo, y, después de haber adquirido un convencimiento personal, me creo con derecho á emitir una opinión fundada.

El asunto, por lo demás, no es, en modo alguno, baladí. Con él están ligados intereses económicos y sociales de gran importancia. El consumo de la carne de caballo se abre cada vez más camino, y en combatir los prejuicios contra el uso de esta carne se ocupan personas muy ilustradas y de gran influjo social. En Francia tiene á su cargo esta tarea el «Comité de la vianda de Cheval»; en Alemania, la «Tierschutzverein»; y en Austria su uso está tan extendido, que no necesita ya propagandistas. Pero hay más: actualmente no es sólo la carne de caballo la que se come, sino hasta la de perro. Ya nos ocuparemos en otros artículos de los mataderos alemanes donde se sacrifican perros para el consumo de sus carnes.

II

La carne es un alimento de primera necesidad para la especie humana. Los animales más empleados en esto en los países civilizados son el buey, el cerdo, la oveja y la cabra. En el Sudoeste de Europa se hace también gran consumo de la carne de búfalo; y en algunos sitios de Escandinavia, de la de ciervo.

En el consumo de carnes, los anglosajones aventajan á todas las demás razas. El país donde más carne se consume es Australia (111,6 kilogramos por habitante); á éste siguen los Estados Unidos (con 54,4); viene luego Inglaterra (47,6), Suecia y Noruega (39,5), Francia (33,6) y Alemania (con 31,6).

España no es donde menos se consume (22,2). Es la penúltima de la serie; pero todavía debajo de ella está Italia, con la mitad (10,4 kilogramos por habitante).

Pero además de estas carnes, que son las más usadas, hay otra de la cual se hace también bastante consumo, aunque su

propagación se consigna en las estadísticas con cierta timidez. Esta es la *carne de caballo*, la cual ha de ser objeto del presente artículo.

III

Es indudable que la carne más usada por los pueblos primitivos era la de caballo. Esto está comprobado (Dankins) por el gran número de huesos rotos encontrados en las cuevas que servían de morada á estos habitantes. Este uso se prolongó durante largo tiempo. Primeramente se sacrificaban los caballos, como la caza y las fieras, como alimento humano; pero á medida que los pueblos fueron civilizándose, apareció en ellos la religión y vinieron los seres superiores, los dioses, y aquellos pueblos tenían muchos dioses, y éstos tenían muchas categorías. Y aparecieron luego los sacrificios, y entonces se buscaban los animales más nobles para sacrificarlos en honor de los dioses más elevados. Y el animal más noble que los antiguos germanos conocían era el caballo, y el dios más elevado era Odin. Por eso sacrificaban éstos los caballos en honor de este dios y comían su carne. Pero cuando el Cristianismo empezó á extender sus alas redentoras por todo el mundo civilizado y el Papado alcanzó la supremacía político-religiosa, vino la Iglesia, y por boca de Gregorio III condenó el sacrificio del caballo y el consumo de su carne, y como ejemplo notable de la influencia religiosa de aquella época sobre aquellas sociedades, la carne de caballo dejó de consumirse, y esta prohibición de la Iglesia condujo á un cambio radical en el gusto de los pueblos, formándose una repugnancia instintiva contra el uso de esta carne, que se ha prolongado hasta los tiempos actuales. Este es el secreto de la aversión á la carne de caballo.

Pero no en todos los pueblos ha sucedido lo mismo. En pueblos nómadas, así como en los tártaros y kalmucos, ha continuado el uso sin interrupción de estas carnes hasta nues-

tros días. Otro tanto ha sucedido en la China. Desde hace muchos siglos se hace allí gran consumo de la carne de una raza de caballos que se ceban con este objeto, y se caracterizan por su gustosa carne, su gordura y el poco predominio que tienen las sales inorgánicas en la constitución de su esqueleto.

IV

El primer pueblo civilizado que volvió de nuevo al consumo de la carne de caballo fué el dinamarqués. Durante el sitio de Copenhague en 1807 por las tropas de Napoleón, el Gobierno autorizó su venta, y desde entonces empezó á propagarse su uso en esta nación. De aquí se fué extendiendo paulatinamente á las demás.

En Alemania, durante los años de carestía que siguieron á as guerras con Napoleón (1816-1817), se hizo mucho consumo de la carne de caballo; pero éstos se sacrificaban clandestinamente.

La primera carnicería pública que se estableció en Prusia tuvo lugar en un año de gran escasez: en 1847.

Esta fué fundada por un ilustrado profesor de la Escuela de Veterinaria de Berlín (Spínola), unido á un cantante de la Ópera (Blume). Este ensayo encontró una rápida propagación. En el mismo año se fundaron 11 establecimientos de la misma índole, donde se degollaron más de 3.000 caballos.

Desde entonces ha ido continuamente en aumento el consumo de esta carne. Este aumento trajo como consecuencia la necesidad de reglamentar este servicio de un modo general, y esto se hizo por decreto de 2 de Junio de 1888. Desde entonces el número de carnicerías de caballo adquirió mayor impulso, pues se organizó una seria inspección de estas carnes, y con ello se dió al público una nueva garantía para su consumo.

En Prusia, en 1894, el número de carnicerías de caballo había ascendido á 314, y en 1902 á 407.

V

De todas las poblaciones alemanas, Berlín es donde mayor número de caballos se consumen; por esto y por haber iniciado la marcha en este sentido, sirviendo, por decirlo así, á las demás como portaestandarte del movimiento, describiremos cómo está establecido este servicio en la capital del Imperio.

Después del ensayo de Spínola en 1847, empezó á despertarse en la gente del pueblo la afición á la carne de caballo.

Entonces las autoridades pidieron dictamen á las clases médicas acerca de si el consumo de ella debía favorecerse ó impedirse, y éstas lo hicieron favorablemente, afirmando que estas carnes podían ser consumidas sin perjuicio para la salud pública, siempre que el servicio se montara con arreglo á las exigencias de la higiene y se hiciera una seria inspección veterinaria de los caballos antes y después de ser sacrificados.

Por entonces había ya establecidas muchas carnicerías, y cada carnicero degollaba los caballos donde le parecía. Esto hacía que el servicio de inspección sanitaria se hiciera con bastante dificultad, y que hubiera algunos abusos. Para evitar esto las autoridades se decidieron á centralizarlo, estableciendo un matadero de caballos único. Este *matadero central* no lo montó el Gobierno civil (Polizei Presidium) por su cuenta, sino que dió la concesión á un particular (Meyer), el cual construyó el matadero, y ha explotado el negocio desde hace más de treinta y ocho años, y aún sigue en la actualidad al frente de él. La función de este Meyer es puramente administrativa; la dirección del establecimiento la tiene el inspector de Sanidad (Claus), bajo cuya responsabilidad se ejecuta este servicio. A este inspector-jefe (Kreistierarzt) ayudan en sus funciones otros dos inspectores veterinarios y un empleado del Gobierno civil. Este último vela por el cumplimiento de las órdenes de los inspectores; averigua la procedencia del caballo para com-

probar si éste ha sido robado, y lleva los libros con el registro del movimiento que sirven luego para las publicaciones oficiales del *Konig Statisches Bureau*.

En estos libros cada caballo degollado tiene su registro, donde consta: el número de orden, la descripción con sus señas particulares (color, alzada, edad, etc.), día de adquisición por el carnicero, nombre del vendedor, certificado de su legítima posesión, reconocimiento veterinario, día en que fué sacrificado y destino ulterior de la carne.

Los inspectores de Sanidad vienen al matadero dos veces al día, una á las ocho de la mañana y otra á las cuatro de la tarde. Reconocen primero los caballos en vida, y admiten ó rechazan los que tienen por conveniente. Los caballos admitidos son degollados, y la carne es después reconocida de un modo detenido, haciéndolo primero del caballo en canal y después de cada una de las vísceras (hígado, bazo, pulmones, etc.). La carne sana se autoriza para la venta, y la enferma se envía á la «Abdekerei» (Quemadero), para su destrucción y aprovechamiento industrial.

Además del servicio ordinario, el inspector-jefe tiene el deber de acudir al matadero siempre que hay que practicar un reconocimiento de urgencia (por ejemplo, un caballo que se rompe una pata en la vía pública). Los caballos que llegan ya muertos no son admitidos, pero el que sean viejos no es motivo para que sean rehusados, siempre que estén sanos y bien nutridos.

Todos los que se destinan al consumo deben ser reconocidos en vida y después de sacrificados. Por los caballos que aquí llegan abonan los carniceros, por regla general, de 60 á 100 marcos.

Las tareas profesionales las verifican doce matarifes. Estos son pagados por los carniceros á quienes pertenece el caballo degollado. Por cada uno reciben 50 céntimos y los desperdicios (cascos, herraduras, etc.). La degollación de los caballos tiene lugar, como para los bueyes, con conmoción cerebral previa. Aquí no se usa la puntilla.

El número de caballos sacrificados cada día oscila entre 40 y 60.

El día que yo visité el Matadero se degollaron 102; pero esta cifra es anormal y se debe á una gran carestía de las carnes, producida por causas largas de enumerar. Aunque está permitido por la ley, raramente se degüellan en este Matadero mulos ó burros. Perros en Berlín no son consumidos.

VI

Una vez que han sufrido el reconocimiento sanitario, las carnes son exportadas á las distintas carnicerías que existen diseminadas por la población. La mayoría se encuentran en barrios donde predomina el elemento obrero, y su número asciende actualmente á 62. He visitado algunas, y he comprobado que las instalaciones son análogas á las demás carnicerías, y en general están bien montadas. Conservan la carne sobrante por medio del hielo, y la mayoría tienen aneja una fábrica de embutidos, con autorización oficial. Las carnes en estas tiendas tienen buen aspecto y están bien presentadas. Por lo mismo que el público no las solicita tanto como las otras, los carniceros procuran presentarlas bien, eligiendo las partes de mejor apariencia. Estas carnes se venden á dos precios, según la región de donde proceden: la de primera (filet) se vende á 60 céntimos libra; la restante, á 40. La de buey cuesta 1,80 (la de filet): de modo que la de caballo es tres veces más barata.

Estas carnicerías tienen mayor ó menor despacho, según los barrios, el lujo con que están montadas, etc. Uno de los carniceros que hacen el negocio más en grande es Schumacher, que tiene el despacho en Weissensee. Este, además de la venta al público, es el proveedor del Jardín Zoológico, donde diariamente se necesita una enorme cantidad de carne para alimentar las fieras.

Por cada caballo que se sacrifica en el Matadero central tienen que abonar los carniceros los derechos prescritos por el Gobierno civil. Estos derechos constituyen la remuneración del personal de la inspección sanitaria. Además, deben pagar una pequeña cantidad al empresario á quien pertenece el Matadero.

La concesión á este empresario termina dentro de seis años. Pasado este plazo, se incauta de este servicio el Municipio. Para la instalación de él se proyecta la construcción de un Matadero de caballos de nueva planta en Eldenaerstrasse, inmediato al de cerdos. La instalación actual no responde al movimiento ni á las necesidades de Berlín.

VII

El consumo y la venta de carne de caballo está regulado en todo el Imperio por la ley de inspección de carnes de 3 de Junio de 1900. Según ésta, no puede venderse esta carne más que en establecimientos destinados exclusivamente á ello. Estos establecimientos deben tener necesariamente una muestra donde, escrito con letras por lo menos de 15 centímetros de altura, se lea de un modo visible: *Despacho de carne de caballo*. Aunque esta carne no es perjudicial, como es más barata, se ha querido dar al público toda serie de garantías para evitar que sea engañado. El vendedor está obligado á declarar que es carne de caballo lo que vende. Esta misma obligación tienen los que despachan embutidos fabricados con estas carnes. La policía sanitaria tiene autorizadas varias de estas fábricas, donde bajo su inspección se usa la carne de caballo en la preparación de embutidos. No se permite la adición á éstos de otras carnes, sino que deben constar sólo de carne de caballo y deben ser despachados con el nombre de *embutidos de carne de caballo*. Pero esta disposición es bastante más que dudoso que se cumpla. El mismo inspector de Sanidad me

confesó en conversación privada que estos letreros *embutido de caballo* no se ven por ninguna parte, y que, sin embargo, gran cantidad de estas carnes se emplea en su fabricación; pero esto, después de todo, bajo el punto de vista higiénico, según él, tiene poca importancia, porque lo principal es que la carne que ha servido para su confección sea reconocida con esmero, y esto se hace á conciencia en el Matadero central; pero es indudable que en los embutidos alemanes se come mucha carne de caballo sin que nadie se preocupe de ello.

E. Mañueco Villapadierna

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

(De la *Revue des Deux Mondes.*)

LA REVOLUCIÓN DE ESPAÑA

(1868)

Prim. — Napoleón. — Bismarck.

Cuando conocí á la reina Isabel era ya una señora de edad, excesivamente gruesa; pero en su expresivo rostro había aún cierto vestigio de majestad, hasta de gracia, y comprendíase que en otro tiempo hubiera podido imponerse y agradar. Desde muy joven se entregó á dos frenesíes, que alternaban: el frenesí erótico y el frenesí clerical. Los favoritos reinantes obtenían para sí y para sus amigos gracias y privilegios cuyo exceso disgustaba á la corte y al ejército; los confesores inspiraban una política retrógrada, de la que se indignaban los liberales, y poco á poco, á la adoración que rodeara á la inocente Isabel sucedió una hostilidad creciente contra la reina galante y devota. El trono se inclinaba visiblemente hacia el abismo.

Hubiera caído mucho tiempo antes si le hubiese combatido un partido único, compacto, con conocimiento de sus deseos y en posesión de un régimen dispuesto á instalarse al día siguiente de la revolución. No se estaba en este caso. Solamente el partido republicano, representado por hombres de la talla de Rivero, Orense, Figuerola, Castelar, sabía lo que quería y no lo disimulaba. Derribar los obstáculos tradicionales opues-

tos al progreso y á la libertad por toda Monarquía; crear una República: tal era el fin de la oposición de aquéllos, oposición lo estrictamente constitucional para no ser colocada fuera de la ley. No obstante su actividad y su brillantez, este partido era poco numeroso y le combatían otras dos facciones igualmente opuestas al clericalismo y á los escándalos del gobierno de Isabel, pero ambas monárquicas: el partido de la Unión liberal y el partido progresista. El primero no era mucho más numeroso que el republicano; contaba con algunos hombres de Estado importantes, como Ríos, pero era especialmente poderoso por los generales O'Donnell, Serrano, Dulce, y por éstos tenía una acción considerable en el ejército. El partido progresista, mucho más numeroso, tenía por jefe honorífico á Espartero; su liberalismo era tan superior al de la Unión liberal, que por muchos puntos hubiera podido confundirse con los demócratas, si no le separaran de éstos su adhesión al principio monárquico y á la dinastía. Gracias á esta mala inteligencia de los partidos, que solamente estaban de acuerdo para criticar, pero no para entenderse en una acción concertada, Isabel, poco respetada, sin ningún apoyo serio en el país, continuaba manteniendo su mal gobierno.

Así ocurrió hasta el día en que intervino en la acción un personaje que precipitó los acontecimientos hacia las soluciones decisivas: el general Prim. En este personaje las formas caballerescas no eran sino un refinamiento de la intriga. Complacíase en las actitudes de estatua ecuestre; era de bronce, en efecto, pero de un bronce siempre en fusión, presto á deslizarse en todos los moldes. Ignorante, ambicioso, venal, audaz, pero inteligente, hábil en juzgar una situación y asimilársela con el dón de arrastrar y crearse entusiastas partidarios. El buen éxito había desarrollado en él á un mismo tiempo los recursos de su inteligencia y las facilidades de su conciencia. «Los partidos no son nada para él, los disuelve; los compromisos no le han molestado nunca, los olvida», decía Castelar. Combatió á casi todos los poderes. La reina le indultó en 1845

de su condena á seis años de reclusión, y le defendió también á su regreso de Méjico. Cuando pidió á Serrano, gobernador militar de Cuba, y á Del Mazo, gobernador civil de la Habana, que le enviasen buques para repatriar á las tropas españolas, negáronse aquéllos á abandonar de tal suerte á los soldados franceses; pero Del Mazo, que fué á Madrid á fin de justificar la negativa, supo con asombro que Serrano no había persistido en ella, y que Prim volvía á España. Los ministros, muy descontentos con su regreso, querían proponer medidas contra él. La reina se opuso. «Si no se le hubieran proporcionado los buques, dijo, hubiera tenido que volver á nado.» Prim fué, pues, recibido admirablemente. La reina contaba con su adhesión. No tardó en darse cuenta de que únicamente se afeccionaba á sí mismo. Convencido de que Dios le había creado para gobernar á España, poco le importaban los medios: constitucionalmente, si Isabel se ponía bajo su dirección; revolucionariamente, si aquélla le rechazaba; con los progresistas, si le aceptaban por jefe; sin ellos, si se negaban á seguirle. La fuerza que buscaba era popularidad en el pueblo y en el ejército; sin embargo, como pretendía servirse principalmente del ejército, no llegaba, en la jerga popular, hasta lo que podía indisponerle con el primero; pronunciaba abiertamente las palabras libertad, progreso, soberanía nacional; pero no hablaba de república, porque esto le hubiera enajenado á los generales poco republicanos. Inauguró su acción modestamente en el Senado contentándose con reclamar unas elecciones libres, persuadido de que le asegurarían el poder. Isabel y su ministro Arrazola aceptaron este programa, pero la camarilla, el rey y el confesor lo desbarataron. La reina destituyó á Arrazola y le reemplazó por Mon, hostil á los deseos de Prim. Éste se incomodó. «Puesto que no queréis elecciones libres, vamos á quitaros los electores, y los diputados y senadores de nuestras ideas no volverán á tomar parte en vuestras sesiones; asistirán como espectadores burlones al desarrollo de las faltas bajo las cuales sucumbiréis.» Esto es lo

que se ha llamado el *retraimiento*. No era todavía la revolución, puesto que el fin confesado de esta táctica era el de hacer capitular á la Monarquía, y no el de derribarla.

Lejos de capitular, la Monarquía empleó el rigor: se persiguió á los periódicos; varios generales, entre los que se encontraba Prim, fueron desterrados de Madrid. Los progresistas, á pesar de seguir haciendo protestas de su sentimiento dinástico, acentuaron su acción y organizaron *pronunciamientos*, es decir, sublevaciones en el ejército. Isabel, á la vez asustada por las amenazas y tranquilizada por las declaraciones de lealtad, encargó al general Narváez, uno de sus más fieles servidores, que intentase una aproximación. Concedióse una amnistía por delitos de prensa, y se levantó el destierro á los militares.

La tentativa fué vana, porque no se ofrecía á los progresistas la única reforma verdaderamente perseguida por ellos: la adquisición del poder. Narváez no quería mostrarse reformador en este punto. Dió un cambio; volvió á la política de su temperamento; preparó un proyecto de ley draconiano contra la prensa, y desposeyó á Castelar de su cátedra de la Universidad de Madrid, culpable de hacer censurado la pretensión de la reina de reservarse la cuarta parte del producto de la venta de los bienes de la Corona. Los estudiantes protestan con alborotos; la muchedumbre se une á ellos; la tropa hace fuego sin avisar, y hay diez muertos y sesenta heridos (10 de Abril de 1865). Prim se levanta en el Senado á protestar contra aquella carnicería; luego marcha á Valencia disfrazado de marinero, á intentar un pronunciamiento; no lo consigue, y esta vez, disfrazado de tratante en bueyes, va á probar fortuna en Pamplona. Tampoco logra sus deseos. Entonces se refugia en París.

Estábase en el caso de recompensar á Narváez por el triunfo que acababa de obtener contra los adversarios de la Monarquía. Pero los reyes tienen una lógica especial. Le separan porque le juzgan comprometedor, y llaman al jefe de la Unión liberal, el general O'Donnell, para que calme y se atraiga al

fracasado autor de los pronunciamientos. En efecto, este ministro parece al principio dispuesto á conceder unas elecciones libres. Prim vuelve de Francia, visita á O'Donnell; pero, poco satisfecho de las vagas promesas de éste, reanuda en seguida sus tramas en el ejército. Habiendo corrido el rumor de que Napoleón III volvería de su viaje á Argelia por España, le hace saber que se exponía á caer en medio de las más graves complicaciones. En efecto: en la noche del 2 al 3 de Enero de 1866, estalló en Madrid un nuevo pronunciamiento, que también esta vez fué dominado. Prim, vivamente perseguido, se vió obligado á refugiarse en Portugal, desde donde pasó de nuevo á Francia. En aquella ocasión le vi en casa del príncipe Napoleón; su fracaso no le había en modo alguno desalentado: no dudaba del triunfo final de la revolución. El 22 de Junio sublevároнse dos regimientos de artillería de la guarnición de Madrid, al mando del general Pierrard. O'Donnell, secundado por Serrano y Concha, generales unionistas, marcha contra los sublevados y los derrota antes de terminar el día. Del 22 de Junio al 6 de Julio, ordenó setenta ejecuciones. Prim, que esperaba el resultado en Hendaya, huyó de nuevo á París, de donde, expulsado, pasa á Bélgica, y echado también de aquí, á Londres.

Entonces se efectuó la última transformación del partido progresista. Del retraimiento había pasado al pronunciamiento contra los ministros; ahora llega al pronunciamiento contra la reina y la dinastía. Esta última evolución fué determinada por Olózaga. Desde el día en que cayó del poder, acusado por la reina de haber empleado la violencia para hacerla firmar un decreto, la consagró un odio sin cuartel, hostilidad temible, porque Olózaga era de todas maneras un hombre de primer orden. En su persona amplia y robusta, en su rostro majestuoso, aparecía desde luego la fuerza. Mirándole con detención descubríase una sutileza penetrante, igual por lo menos á la fuerza, y este doble carácter se encontraba en su elocuencia vibrante y habilísima. No era la retórica poética de Castelar,

que deleitaba sin dejar nada tras ella; era una elocuencia práctica de irresistible efecto, que aportaba la convicción y determinaba actos. De vasta instrucción, jurisconsulto versado en todas las partes del arte política, sabía conducir y manejar un partido y aprovecharse de las circunstancias, prefiriendo obrar por la persuasión, pero siempre dispuesto también á imponerse con un acto de autoridad. Era una potencia.

***

¿Quién hubiera podido prever que, en la evolución que hacía de los progresistas un partido puramente revolucionario, iban inmediatamente á tener por aliado á aquel O'Donnell que acababa de fusilarlos? Fué preciso para conquistarles aquel concurso inesperado una de las más increíbles inconsecuencias de la reina durante aquella crisis en que todo fué inconsecuente. En vez de entregarse al ministro que tan gravemente acababa de comprometerse por ella, le despidió como había despedido á Narváez; censurábale por haber prolongado con exceso las ejecuciones que hubieran debido hacer todas en un solo día, y hacía á sus doctrinas liberales responsables de los levantamientos progresistas. O'Donnell, extremadamente dolido de la ingratitud, se retira á Bayona; síguele Serrano, y al día siguiente de aquel en que la escisión entre unionistas y progresistas parecía irrevocable, unen sus resentimientos. Los unionistas adoptan á su vez el programa revolucionario; en adelante la dinastía va á ser batida en brecha á la vez por los republicanos, los unionistas, los progresistas, cuya división fuera hasta entonces la única salvaguardia de aquélla. La muerte de O'Donnell (5 de Noviembre de 1867), contenido aún por ciertos escrúpulos, y contra el que Prim tenía personales agravios, acortó las distancias. Para llegar á un completo acuerdo, los conjurados hubieran debido entenderse sobre el Gobierno que había de sustituir á Isabel destronada. Pero no se pudo llegar en esto á una inteligencia, porque los demócratas no abdicaban de su República, en la que no consentían

unionistas y progresistas. Estos querían un rey. ¿Pero cuál? —«Hay uno completamente dispuesto: el duque de Montpensier, marido de la infanta; este príncipe es liberal y mal visto de la corte, porque condena la política retrógrada. Será un rey constitucional, tal como España lo reclama.»—De que el príncipe estuviese dispuesto á prestar aquel servicio á su país de adopción, no había que dudarlo. Hacía más que aceptarlo, lo solicitaba. En la misma España encontraba dentro de su familia el recuerdo de una aspiración de aquel género. ¿No se ofreció el duque de Orleans, luego regente, enviado por Luis XIV en socorro de su nieto Felipe V, á ocupar el puesto de éste? Él mismo confesó á su amigo Saint-Simon «que varias personas importantes, grandes de España, y otras, le habían persuadido de que no era posible que el rey pudiera sostenerse, y de aquí que le propusieran que apresurase la caída de aquél y ocupara su puesto; que había rechazado la proposición con la indignación que merecía, pero que era cierto que manifestó su aceptación para el caso de que Felipe V cayera por sí mismo, sin esperanza alguna de levantarse, puesto que entonces no le haría ningún perjuicio, y en cambio haría un bien al rey y á Francia conservando á España en su casa, lo que no le sería menos ventajoso que á él mismo». Establecido en España por su matrimonio con la infanta Luisa, Montpensier renovaba la tradición de su antepasado. En 1862 hizo que ofrecieran su apoyo á los progresistas. Estos, no creyendo llegada aún la hora de las sublevaciones, no le aceptaron. Más adelante, cuando se lanzaron al levantamiento en armas, el duque envió á uno de sus amigos á avistarse con Prim, y reiteró sus ofrecimientos; pero su mensajero no logró inspirar confianza, y no se entendieron. No habiendo podido atraerse á los jefes, se dirigió á los soldados; y si está probado que ni Olózaga, ni Prim, ni Aguirre, ni Sagasta, ni Ríos, ni Ruiz Zorrilla recibieron un solo real de aquél, no es menos cierto que repartió dinero entre oscuros emigrados, y que empleó sumas bastante considerables en comprar el concurso de pe-

riódicos extranjeros y españoles. Obtuvo mejor acogida entre los unionistas; éstos vacilaron en ligarse con él mientras vivió O'Donnell, que hubiera preferido al hijo de Isabel, Alfonso, con una regencia; muerto O'Donnell, los jefes del unionismo, el general Serrano y el almirante Topete, hicieron del duque de Montpensier su candidato á la Monarquía revolucionaria.

Trataron de ganarse á Prim. Hiciéronle presente que si se unía á ellos, la revolución se consumaría en un día al grito de «¡Abajo Isabel!», seguido inmediatamente de «¡Viva el rey Felipe!» Y esta revolución española no hubiera sido sino la renovación de la de 1688 en Inglaterra, por Guillermo de Orange contra su suegro, y de la de 1830 en Francia, por Luis Felipe contra su sobrino. Si la segunda había concluído mal, la primera había triunfado; tal vez ocurriría lo mismo en España. Prim no quiso prometer su concurso todavía: deseaba conservar su libertad y continuar siendo dueño de aprovecharse de lo imprevisto de los acontecimientos. ¿Quién sabe si bajo un título cualquiera no sería él mismo el salvador que esperaba España? Sin embargo, si los unionistas necesitaban de su concurso, él no podía prescindir del de ellos; de otra parte, tampoco podía enajenarse las simpatías de los republicanos, declarándose abiertamente partidario de cualquier candidato monárquico. Salió de la dificultad respecto de unos y otros con un equívoco enfático, y les dijo: «No prejuzguemos nada; dejemos la cuestión abierta; no nos ocupemos más que en demoler. El pueblo nos desempatará después.» Y prefiriendo cada cual el equívoco al abandono de sus pretensiones, el programa adoptado por los tres partidos coligados fué: «¡Abajo los Borbones! ¡Soberanía nacional! ¡Cortes constituyentes!»

La reina, asustada, se volvió hacia Narváez. Este ministro se lanza de lleno á la reacción clerical absolutista. Legisla por decretos: prohibición á la prensa de comentar los actos del Gobierno; entrega al clero de la Instrucción pública; nombramiento, bajo una presión enérgica, de una Cámara servil, en la que no había más que tres diputados de oposición, de los

cuales era uno Cánovas. Dueño absoluto del gobierno, ejerce en la corte, en el ejército, en las Cortes, una autoridad sin rival; rompe todos los obstáculos; reprime todas las tentativas de rebelión, y prueba por su éxito que los únicos Gobiernos que se pierden son los que no saben ni conceder por completo ni reprimir en absoluto. En vano Prim, infatigable en su esperanza, hace un llamamiento á los revolucionarios cosmopolitas, anuda tramas en Italia con los garibaldinos, y bajo la tolerancia tácita de la policía italiana organiza en Pistoia un centro de reclutamiento. La mano de hierro de Narváez hace inútiles tales esfuerzos: Prim es vencido. Pero el destino acude en su ayuda. El 23 de Abril de 1868 muere Narváez de una neumonía, á los setenta años, en todo el vigor de su voluntad y de su inteligencia. Su última frase fué: *Esto se acabó*. Cuéntase que habiéndole preguntado su confesor:—¿Perdona usted á sus enemigos?,—respondió:—Ya no los tengo, padre. —¿Cómo?—Sí, fusilé á todos.

***

Su sucesor fué González Brabo. Era hombre de mérito, de gran valor, orador notable, perspicaz. No se hacía ilusiones sobre las faltas de la Monarquía; pero se daba cuenta también de sus peligros, y juzgaba que no era posible ninguna mejora en el estado actual mientras que no se restableciera el respeto al orden legal y no estuviese asegurada la salvación de la dinastía. A esta tarea se consagró. Por desgracia, para luchar contra los pronunciamientos militares hubiera sido preciso ser un soldado, y no supo hacerse perdonar el no serlo: contraría al ejército al crear dos plazas de capitán general en sustitución de la vacante producida por la muerte de Narváez, en provecho del marqués de Novaliches (Pavía) y del marqués de la Habana (Concha), y exaspera á la Marina poniendo á su frente un hombre civil, Martín Belda, odioso á los oficiales de la flota. La consecuencia de estas medidas fué el pase de diez y ocho oficiales generales á la revolución. En la misma corte,

el Gabinete no encontraba sino un apoyo precario. La reina le había impuesto en el Ministerio de Ultramar á Marfori, á quien su incapacidad no le permitió permanecer en dicho puesto, y al que nombró entonces intendente de la Lista civil, desembarazándose así al mismo tiempo de un censor importuno, el conde de Puñonrostro. No era mejor la situación en las Cortes: la animosidad reinaba allí en donde la acción de Narváez hubo establecido el acuerdo, y el nuevo ministro se vió obligado á suspenderlas.

Tuvo que llegar á decisiones más graves. Habiendo venido, algo á su pesar, el general Serrano á Madrid, con su mujer enferma, deseosa de ser atendida por su médico de cabecera, los generales unionistas le decidieron á organizar un pronunciamiento más serio que todos los precedentes: Dulce saldría clandestinamente de la capital, á la cabeza de dos escuadrones de caballería; Serrano, con algunas compañías de infantería, iría á la Granja durante la noche á sorprender á la reina en su sueño, arrancarle una abdicación, proclamar un Gobierno provisional y convocar unas Cortes constituyentes. Al mismo tiempo, se sublevarían algunas tropas de la guarnición de Granada y se formarían unas guerrillas en Cataluña; todo esto organizado con el concurso activo y hasta pecuniario de Montpensier. El Gobierno se enteró por informes de la policía, es decir, por pruebas que no eran de las que pueden llevarse á los tribunales. Se pensó al principio en dejar que el complot llegase á un principio de ejecución, y reprimirle con un vigor que hubiera devuelto su prestigio á la autoridad real y restablecido el orden por mucho tiempo. Otros opinaron que bastaría con alejar de Madrid por orden ministerial á los oficiales sospechosos. González Brabo prefirió prevenir á reprimir.

En la noche del 7 de Julio, Serrano, Vialvarestes, Dulce, Zabala, Bedoya y Córdoba fueron detenidos y enviados á Canarias. «El Gobierno, dijo la *Gaceta*, no quiere hacer que corra la sangre; espera que estas enérgicas medidas bastarán

para hacer que aborte la insurrección.» Decretóse además la expulsión de Montpensier: decíase en el decreto que la reina tenía confianza en su lealtad y su fidelidad, pero «algunos agitadores abusan de su nombre, y para evitar que sea comprometido, le invito á salir de España para no volver, hasta que pueda hacerlo sin ser una causa de dificultades para el Gobierno». Los generales cruzan las calles y las plazas de Madrid sin que el pueblo trate de libertarlos. En la corrida de toros, á la que González Brabo asiste al día siguiente con varios colegas, no se produce manifestación alguna. Celébrase una revista de las tropas de la guarnición, en el Paseo del Prado, en medio de una perfecta tranquilidad, y el 17 de Julio el duque y la duquesa de Montpensier embarcan en Cádiz ante la misma indiferencia aparente.

La reina invitó á Mercier, el embajador de Francia, á ir á La Granja, y le recibió en presencia del rey.—Deseo—le dijo—que pueda usted darse exactamente cuenta de lo que pasa y comunicárselo á su Gobierno, y sobre todo que se encargue de dar particularmente las gracias al emperador por todo lo que hace por nosotros. Dígale usted cuánto se lo agradecemos. Sabemos que nada podemos hacer por él en estos momentos, pero que si se presenta la ocasión alguna vez, sabremos probarle que somos agradecidos. ¿Y qué piensa usted—añadió—del duque de Montpensier?—A juzgar por lo que se dice, su conducta sería tan culpable y tan tonta, que me es muy difícil creerlo.—Es cierto—respondió la reina,—y sin embargo, no podemos dudarlo. ¿Cómo es que mi hermana no me haya escrito todavía una sola palabra, y cómo, sabiendo cuanto se dice, no ha hecho nada Montpensier para desmentirlo?—Brabo—dijo entonces el rey—ha sido muy hábil al ponerle en la necesidad de protestar ó de comprometerse. Ante todo, es preciso que las situaciones sean claras. No queremos hacer sino lo que es necesario para nuestra seguridad y dejar la puerta abierta para todos los arrepentimientos. Estamos además persuadidos de que varios generales no han obrado sino arrastrados, y que

otros están menos comprometidos de lo que se supone. Si el duque de Montpensier se encuentra en este último caso, nada le es más fácil que convencernos de ello; nos alegraríamos mucho de reconocerlo.—La reina convidó á comer á Mercier. No se mostraba tan preocupada como se hubiera creído; parecía, por el contrario, tener el espíritu perfectamente libre y hasta alegre, amable con todo el mundo, y en particular con González Brabo. Persuadida de que ya nada tenía que temer, marchó á Lequeitio, cerca de San Sebastián.

El duque de Montpensier estaba autorizado para elegir el lugar de su destierro. Al llegar á Lisboa, pidió al Gobierno portugués autorización para bajar á tierra. Los portugueses respondieron que no había razón alguna para negarle la hospitalidad, y los españoles no hicieron ninguna observación. Apenas desembarcado, lanzó una protesta insolente que contenía acusaciones, y no explicaciones como las esperaba Isabel. Terminaba así: «La medida dictada por el Gobierno de Vuestra Majestad es una violación flagrante de las leyes fundamentales del Estado, así como de los principios más inmutables de justicia, contra la que protestamos enérgicamente sin invocar ni distinción de rango ni lazos de parentesco... Acudimos solamente, en nombre de nuestros derechos de español, á apelar ante Vuestra Majestad del acto de violencia que nos aleja de nuestra querida España; al dirigir esta protesta, esperamos que la reparación será tan pública y tan solemne como la injuria» (3 de Agosto de 1868).

***

El almirante Topete, ayudado por el general Izquierdo, á quien como á él olvidaron en la redada del 7 de Julio, apréstase de nuevo á preparar la revolución. No trata de obrar en Madrid, del que parece ser dueño el Gobierno: empeñará la acción, mediante la escuadra, en los extremos del país. Topete destaca á uno de los barcos de su escuadra para que vaya á Canarias á recoger á los generales desterrados, los cuales, en

cuanto lleguen, se pondrán al frente del movimiento (8 Septiembre). Pero Prim no quiere que se le adelanten: la revolución llevará su nombre y será su obra. Había obtenido del emperador, con gran trabajo y por mediación de La Vallette, una autorización para ir á Vichy á curarse de una grave enfermedad al hígado. Apenas llegado, se entera de lo que va á hacer Topete, interrumpe su tratamiento y marcha á Londres. En la estación se encontró, según dijeron, con La Vallette. «¿Cómo es—le dijo éste—que deja usted á Vichy, cuyas aguas le eran tan necesarias, á los cuatro días de tratamiento? Esto no puede significar sino que va á estallar la revolución. Bueno, que estalle. El emperador no se opone; exige solamente que no se proclame rey al duque de Montpensier» (1). Gracias á la complicidad de un agente encargado de vigilarle, Prim escapa en Londres á las investigaciones de la policía; se niega á embarcar en un buque fletado por Montpensier; toma pasaje, disfrazado de criado, en un vapor de la Mala de las Indias; desembarca en Gibraltar (17 de Septiembre); llega al buque almirante *Zaragoza*. Topete, contrariado al verle, no quiere obrar antes del regreso de los generales desterrados. Prim, por el contrario, quiere marchar en el acto, sin lo que no sería el primero. Tras una noche de discusión, triunfa de la resistencia del almirante, y el 18, por la mañana, toda la escuadra avanza majestuosamente hasta el puerto de Cádiz y se coloca en orden de batalla á cierta distancia. Topete arenga á las tropas; Prim decreta la insurrección, toma el mando, reconócenle los oficiales, y veintiún cañonazos anuncian que doña Isabel ha cesado de ser reina de España.

Al día siguiente, la ciudad de Cádiz está sublevada. Por la noche, los generales, de vuelta de Canarias, desembarcan, y Serrano se pone al frente del movimiento; Prim pasa á segun-

(1) Este relato lo hicieron Muñiz y Ruiz Zorrilla. Puede ser que La Vallette hablara así sin dar á su lenguaje una precisión matemática. Pero no expresaba más que su pensamiento y no el del emperador. Nuestro relato va á demostrarlo.

da fila, como lo había previsto. Serrano era un buen soldado, un político sagaz, conocedor de los hombres, de probada penetración para discernir las circunstancias favorables y secundarlas con precisión. Todos estaban dispuestos á ir adonde él fuera, porque le consideraban como un presagio de buen éxito. Habitualmente de una placidez algo indolente, salía de ella á veces bajo el imperio de una primera impresión por vivacidades intemperantes, pero se reponía pronto. Había gozado de los favores de la reina, que le llamaba su *bonito*, y no lo olvidó por completo ni aun cuando le fué más hostil. «*La desprecio, pero la quiero*»—decía. Ella, por su parte, no debía guardarle un inexorable rencor. Al recibirle mucho después en su palacio de Castilla, sus primeras palabras de bienvenida fueron: «¿Qué ha sido de ti desde que no te he visto? Yo me he divertido mucho». También para nosotros era un amigo; mostrábase reconocido á Napoleón III por la acogida de que siempre fué objeto en Biarritz y en París, y consideraba á Francia como la aliada necesaria de España, porque con aquélla solamente podría realizar la segunda los fines de su ambición legítima.

El pronunciamiento de Cádiz se extendió á toda España. Sevilla se pronunció con su guarnición, después Córdoba; Serrano, al frente de las tropas, se dirige sobre Madrid. Prim se embarca para recorrer las costas y propagar la sublevación.

***

Estas nuevas no turban al principio á González Brabo, que se encuentra en Lequeitio al lado de la reina. «La lucha mezquina y policiaca me desagrada—decía;—prefiero la gran lucha, blandir resueltamente el puñal y batirme hasta la muerte.» Pero esta noble altivez no se sostuvo. Sintió, á pesar de su valor, que no podía retener en su mano al ejército, y que se necesitaba un general para hacer frente á generales. Solicita ser relevado de sus funciones y aconseja que se llame á don Manuel Concha (marqués de la Habana) y á su hermano don

José. La reina le atiende y llama al marqués de la Habana, á quien le cuesta gran trabajo formar ministerio. Consíguelo, sin embargo, y reúne un ejército de leales, cuyo mando entrega á Pavía (marqués de Novaliches). Su confianza en este ejército y en su jefe no tarda en desvanecerse. El 29 de Septiembre por la noche recibe este telegrama: «Nuestras tropas, después de dos ataques para apoderarse del puente de Alcolea, se han visto obligadas á replegarse mediante una retirada escalonada, volviendo á ocupar por la tarde, tras una lucha encarnizada de cinco horas, las posiciones que abandonaron por la mañana. El general en jefe (gravemente herido) ha entregado el mando al general Paredes». Concha trasmite en seguida estas noticias á la reina y la llama á Madrid, puesto que va á reunir un consejo de generales. Júzgase la situación desesperada, y se decide que D. José de la Concha se dirija inmediatamente á ver á la reina y la devuelva los poderes, mientras que D. Manuel mantenga el orden en Madrid, hasta que pueda entregar el mando «á los generales libertadores». Pero á eso de las diez de la noche de aquel mismo día estalla el movimiento en Madrid con tal violencia, que ya no hay que pensar en gobernar. Preséntase una junta revolucionaria al general Concha y obtiene de éste que entregue sus tropas al general Ros de Olano. Distribúyense al pueblo armas cogidas en los depósitos del Estado ó en los cuarteles.

Mientras tanto, la reina iba á salir de San Sebastián para dirigirse á Madrid, cuando, estando en el coche y habiendo dado ya el silbato la señal de partida, la entregaron dos despachos. Los leyó, se cubrió el rostro con las manos, se apeó del coche y volvió á su palacio. Al día siguiente, deshecha en llanto, bajaba lentamente las escaleras, deteniéndose para abrazar y ser abrazada, en medio de la emoción de los soldados, del silencio respetuoso de la multitud, y aumentaba la lista de los reyes que emprenden el camino del destierro sin que los defiendan. «Creía—dijo—tener raíces más fuertes en este país» (30 de Septiembre).

Ninguna voz se alzó para defenderla: la masa asistía á aquella caída como á un espectáculo; los hombres de partido interrumpían aquel silencio con sus gritos de triunfo. En la misma Roma, no se demostró ningún sentimiento por la caída del trono ultracatólico, y se declararon dispuestos á reconocer «todo gobierno constituído que no pusiera en peligro los intereses espirituales de la Iglesia». Doña Isabel esperaba otra cosa de la Santa Sede; se mostró abatida y se quejó de lo que se contemporizaba con la Revolución y del mantenimiento del nuncio en Madrid.

*
* *

El ejército vencido en Alcolea se rindió á discreción y pasó á engrosar las filas victoriosas. Serrano, que entró modestamente en Madrid seguido de su Estado Mayor, de algunos guardias civiles y de un pelotón de marinos, fué recibido con entusiasmo (3 de Octubre). Sin apearse del caballo, fué á saludar á la Junta. Prim llegó á los pocos días. Su entrada se realizó con gran pompa, en medio de un verdadero frenesí, bajo una lluvia de flores; aunque aparentemente en segundo término, permanecía para el pueblo en el primero, como la encarnación de la Revolución. Los dos victoriosos se abrazaron en el balcón del Ministerio de la Gobernación, y Prim, pronunciando un discurso, exclamó repetidas veces: *¡Abajo los Borbones!* La Junta nombró á Serrano generalísimo; á Prim, capitán general y ministro de la Guerra; á Topete, ministro de Marina; á Sagasta, de Gobernación; á Lorenzana, de Estado; á Figuerola, de Hacienda; á Zorrilla, de Fomento; á Ayala, de Ultramar. Los progresistas dominaban; los republicanos quedaban descartados.

Los nuevos ministros comenzaron por sufrir el primer castigo por parte de los promovedores de revoluciones: el de verse acometidos por los apetitos que han desencadenado, y el de condenarse ellos mismos al desaprobar las ideas que profesaron, al reprimir los desórdenes de que dieron ejemplo, y que,

no aprovechándolos ya, les parecen culpables. Todo fué bien mientras que no se trató sino de recompensas, y se prodigaron: oficiales, soldados, desde cabo hasta teniente coronel, recibieron el grado superior; redújose á dos años el tiempo de servicio; se realizó un empréstito de cien millones de pesetas; los bienes de los colegios, congregaciones y otros establecimientos religiosos abolidos pasaron á manos del Estado; se respetó únicamente á las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl y de Santa Isabel y á los Hermanos de la Doctrina Cristiana, que se consagran á la enseñanza y á la beneficencia.

Pero al pueblo le parecía todo aquello insuficiente: se establecieron en todo el territorio Juntas revolucionarias; destruyeron los impuestos, las aduanas; crearon nuevos gastos al abolir los recursos; la multitud se entregó á violencias sobre las personas y las cosas; mató en la Puerta del Sol al secretario de González Brabo; y, habiendo negado el clero su concurso á una ceremonia fúnebre conmemorativa de los sargentos fusilados en 1866, unos cuantos hombres armados invadieron la Nunciatura y llenaron de injurias y de amenazas al nuncio, monseñor Franchi. Prim trata valientemente de reprimir tales excesos. Corre á la Puerta del Sol, llama canallas y bestias indignas de la libertad á los asesinos del pobre secretario, y dice que si se repite un acto parecido, Serrano, Topete y él se marcharían, abandonándoles á su suerte. Obtiene de la Junta de Madrid que se declare disuelta, é invita á las otras á que imiten el ejemplo; á los que le amenazan con el pueblo armado, responde: «¡No necesitaría dos horas para desarmarle!»

Serrano no es menos enérgico: promete toda clase de reparaciones al nuncio, le hace quedar en Madrid, le envía una guardia. «La situación—le confiesa—no es sostenible: no hay gobierno; cada cual tira por su parte; en las provincias la anarquía es completa; no hay medio de escapar á una lucha: cuanto antes mejor; no espero sino la ocasión; creía que se

presentaría dentro de unos quince días; probablemente será antes. Necesitamos absolutamente un rey, y en seguida. Mientras que el trono esté vacante, las cosas tienen que ir de mal á peor.»

Prim y Serrano encontraron en sus ideas de orden por la Monarquía un auxiliar valioso en Olózaga. Fué el promotor de la campaña antidinástica: durante veinte años estuvo preparando la revolución; hubiera sido natural que ocupase el primer puesto entre los que la gobernaban; sin embargo, no sintiéndose hombre de acción, prefirió reservarse al principio el papel de conciliador y de moderador, y luego, una vez puestos en curso regular los asuntos interiores, contaba con ir á París como embajador para asegurar la situación exterior de España mediante una seria alianza con Francia y su soberano, al que quería. Esperaba lograrlo tanto más, cuanto que su convicción personal le hacía enemigo de las dos soluciones que desagradaban á Napoleón III: la República ó Montpensier. «De los Borbones—decía,—no quería ya ni las ramas ni el tronco.» Pero no se excluye sino lo que se reemplaza, y, como hombre práctico, comprendía que el único medio de impedir que Montpensier fuera la carta forzada era buscar inmediatamente otro rey. ¿En dónde?

Los hombres de Estado de la Puerta del Sol hablaban del duque de Génova, de un hijo de la reina de Inglaterra; pero estos nombres no adquirieron consistencia alguna. De Alemania llegó una sugestión más seria: algunos periódicos lanzaron el nombre de Leopoldo, príncipe heredero de la rama católica de los Hohenzollern, cuyo jefe era el príncipe Antonio, yerno del rey de Portugal, coronel honorario de un regimiento prusiano, del que se decían muchas cosas buenas, y poseedor en su día de una considerable fortuna. Pero en seguida se presentó esta objeción á todos los espíritus: semejante candidatura sería inevitablemente la guerra con Francia. La *Neue Press*, de Viena, contaba «la viva emoción que aquella nueva había causado en las Tullerías» (Marzo de 1869). El mismo padre del

candidato, el príncipe Antonio, fué el que se dió cuenta con mayor clarividencia de las inevitables consecuencias de tal candidatura, si llegaba á salir del dominio de las quimeras. Escribió á su hijo el príncipe Carlos de Rumanía: «Si semejante idea concluyese por ser tomada en consideración... Francia no *permitiría jamás el establecimiento de una dinastía de Hohenzollern en la otra vertiente de los Pirineos.* Ya siente celos de que un miembro de los Hohenzollern reine en el Bajo Danubio».

Loftus, el embajador inglés en Berlín, al transmitir este rumor á su Gobierno, escribía: «Observo que si eligieran al príncipe, la elección sería vista con celos y desagrado en París». Olózaga amaba demasiado á su país y á Francia para poner entre ellos tal motivo de enojo; y, como todos los hombres sensatos de Europa, deseoso de la paz, descartó aquel nombre, sin creer siquiera que se pudiese pensar en él. Encontró al verdadero candidato: Don Fernando de Portugal, un Coburgo, sobrino de Leopoldo, rey de Bélgica, viudo de Doña María, regente desde la muerte de su mujer. Este nombre, que parecía una promesa de la Unión ibérica, grata á todos los españoles, conquistó en seguida los sufragios unánimes. Unionistas y progresistas lo aceptaron; los republicanos apenas hicieron un simulacro de oposición, y el carlista Cabrera exclamó: «Por esta solución me dejaría cortar un brazo, y combatiría con el otro».

Los portugueses eran desfavorables por el mismo motivo que hacía propicios á las españoles, porque los primeros no querían la Unión ibérica. En vano se pretendía tranquilizarlos prometiéndoles que no se trataba de reducir á Portugal al estado de provincia española; que las dos naciones conservarían sus hermosas tradiciones, su gobierno, y no estarían unidas sino por un lazo federativo. No querían creer nada, y no veían en realidad sino la absorción del país pequeño por el grande, la unidad de Monarquía entrañando la unidad de legislación y de gobierno. Sin duda estas disposiciones influían

sobre las de Don Fernando; no hubieran sido insuperables, sin embargo, si el principal obstáculo no hubiese procedido de la persona misma del príncipe. Ilustrado, leal, de firme y recto juicio, era ante todo un artista. Vigilado y celado de cerca por su buena, gruesa y celosa esposa, se explayó en todas direcciones al quedarse viudo, hasta que le retuvo una deliciosa actriz, Elisa Hensler, á la que hizo condesa de Edla. El trono le hubiera obligado á renunciar á los apacibles goces de aquel amor y á las libertades de su existencia artística. No quiso oir hablar de esto.

Descartado el candidato de todo el mundo, si se quería continuar en el sistema monárquico, y no caer forzosamente en la República ó en la Anarquía, no quedaba otra cosa que sentar en el trono, con una Regencia, al hijo de la reina expulsada, Alfonso. La fuerza de las cosas impuso este desenlace, que, adoptado entonces, hubiera evitado á España, á Francia y al mundo muchas calamidades. Muchos lo comprendían; nadie tuvo el valor de decirlo; y Olózaga, cegado por su antiguo odio, no vió esta vez lo que era práctico y necesario. Unionistas y progresistas hicieron lo mismo. Renovóse la discordia; cada cual volvió á sus simpatías ó á sus antipatías; salieron del paso, después como antes de la revolución, remitiéndose al juicio del pueblo, y provisionalmente fueron monárquicos sin rey.

***

¿Cómo había de expresar su opinión el pueblo? La única forma verdaderamente democrática, leal y pronta de inquirir su parecer hubiera sido interrogarle directamente por medio de un plebiscito: preguntarle si quería una República ó una Monarquía, y, si deseaba una Monarquía, á qué príncipe quería conferírsela. El Gobierno provisional prefirió adoptar la rutina francesa de una de esas asambleas constituyentes que no expresan casi nunca el pensamiento del pueblo, como se vió en 1848.

Decretóse, pues, el 8 de Noviembre de 1868 la reunión de

una asamblea constituyente, nombrada por sufragio universal de todos los españoles mayores de veinticinco años de edad. Esta ley electoral era una usurpación evidente, porque un Gobierno nacido de un motín no tiene derecho á dictar ninguna medida orgánica en tanto que no haya sido absuelta su temeridad revolucionaria y no haya obtenido de la nación poderes legales; sin esto, todos sus actos no son más que actos de violencia, contra los que se está en el derecho y, á veces, en la obligación de resistir.

Para llevar fácilmente á las urnas al rebaño electoral, pretendido soberano, Olózaga constituyó una Junta compuesta de cuatro miembros de los tres partidos, y redactó para esta Junta un manifiesto en el que injertó una afirmación netamente monárquica sobre las ideas y la fraseología más revolucionarias. Todo el mundo quedó contento: los unos, por las palabras; los otros, por la cosa.

Olózaga creyó entonces llegado el momento de ir como embajador á París. El emperador anunció que le recibiría con gusto. Al ir á marchar surgió una dificultad. Supo que el Gobierno enviaba á Berlín á Rancés, el conocido agente de Montpensier, y al que se creía dispuesto á favorecer todas las intrigas contra el Gobierno de Napoleón III. Explicó á Serrano que no abrigaba animosidad alguna contra Rancés; que no veía inconveniente en que fuese colocado en otra parte: en Viena, por ejemplo; pero que si iba á Berlín no iría él á Francia, y llevaría la cuestión á las Cortes. Le complacieron. Rancés fué á Viena; Montenar, á Berlín, y los otros puestos diplomáticos se proveyeron dentro del mismo espíritu. Olózaga obtuvo también del Gobierno algunas medidas enérgicas contra las facciones de desorden, y se puso en camino para París el 26 de Noviembre.

*
* *

El emperador no tuvo durante mucho tiempo motivos para felicitarse de las buenas disposiciones de la reina Isabel respecto de él.

No ocultaba ésta su antipatía, y se negó á asistir á la Exposición Universal. Un viaje de la emperatriz á España, al que correspondió una visita del rey á París, suavizó las relaciones. Durante los pronunciamientos, el emperador cumplió lealmente con sus deberes de vecino: apartó de la frontera á los emigrados comprometidos, y expulsó á Prim del territorio. No quería ir más allá y darse apariencias de aprobador, menos aún de sostenedor, de una política que juzgaba deplorable. Montholon, nuestro ministro en Portugal, habiendo manifestado su contrariedad porque el Gobierno portugués hubiese permitido á Montpensier desembarcar en Lisboa, el emperador hizo informar á Mercier de que tal lenguaje no tenía ningún carácter oficial: «No ha entrado en nuestras intenciones influir sobre el Gobierno de Lisboa. Sea cual fuere nuestro interés por el mantenimiento de la tranquilidad en España, no hemos de sustituir al Gobierno de Madrid, ni suplir su abstención en cuestiones tan delicadas». A su vuelta de Plombières, tras una parada en Troyes, en donde afirmó que nada amenazaba la paz del mundo, Napoleón III se disponía á dirigirse á Chalons, luego á Biarritz, cuando supo que la reina de España, á la sazón en San Sebastián, se proponía visitarle. En el acto hizo telegrafiar á Mercier: «El emperador le manda á decir confidencialmente que desea saber en qué época se efectuará el regreso de la reina á Madrid. La razón de esto es que no quisiera encontrarla en Biarritz. Obre en consecuencia, sin dar á conocer las intenciones de S. M.» El 3 de Septiembre, al marchar á Chalons, ordena á Moustier que reitere la advertencia: «A pesar de todo el deseo que S. M. tendría de ver á la reina, esta entrevista, en las circunstancias actuales, se prestaría á una porción de interpretaciones que no serían buenas ni para los unos ni para los otros». Y se convino en que no habría más que un cambio de saludos por medio de ayudantes de campo.

La entrevista que se quería evitar se efectuó, sin embargo, pero en circunstancias muy distintas. Como fugitiva, y no co-

mo reina, llegó Doña Isabel hasta el emperador. Este la colmó de atenciones, puso el castillo de Pau á su disposición; sin embargo, desde el primer momento afirmó su decisión, de la que nunca se apartó, de no intervenir en los asuntos interiores de España. Telegrafió á Moustier (22 de Septiembre): «Sería conveniente indicar en la prensa que, cualquiera que sea el giro que tomen los acontecimientos, el emperador no piensa intervenir en ellos».

Enviáronse buques á Barcelona, Cádiz, Coruña, con instrucciones de «no mezclarse en nada de los asuntos interiores de España, y limitarse á proteger á nuestros nacionales» (30 de Septiembre). En cuanto estuvo constituído el nuevo Gobierno, Moustier, por orden del emperador, respondió á la notificación oficial de aquél «con las seguridades de la benevolencia que hemos de aportar á nuestras relaciones internacionales, en espera de que la constitución de un poder definitivo nos permita volver á establecer sobre una base normal las relaciones oficiales de los dos Gabinetes». Invitó al Gobierno inglés á que se explicara en el mismo sentido. Ante el anuncio de la convocataria de una asamblea constituyente, se recomendó á nuestro representante «la más estricta neutralidad frente al sufragio universal».

De todas las soluciones que podían preverse, la más desagradable para Napoleón III sería ciertamente la entronización de Montpensier. Hubiera estado en su derecho al oponerse á ella, porque hubiese sido una causa de perturbación interior para su propio reino. Beust decía á Gramon: «No hay que ocultar que el advenimiento del duque de Montpensier alentaría á los partidos antidinásticos de Francia y sería un fracaso para el Gobierno del emperador. La oposición cobraría con ese suceso nuevo ardor y nueva fuerza, y el Gobierno español no tardaría, de grado ó por fuerza, en convertirse para Francia en un vecino incómodo, en un foco de intrigas y en motivo de continuas inquietudes, que podrían, á la larga, producir dificultades interiores, buscadas por el maquiavelismo de Ber-

lin, como uno de los elementos de su política futura». Sin embargo, el emperador se guardó de notificar ni semejante exclusión. Escribió á nuestro embajador: «Mi querido Mercier: El otro día le comuniqué mis primeras impresiones; pero, al reflexionar sobre todas las dificultades que ha de encontrar el Gobierno que suceda al de la reina, pienso que hay que limitarse á decir muy alto que mi Gobierno, salido del sufragio universal, se apresurará á reconocer á todo Gobierno que sea el resultado de la elección popular. Al repetir este tema en todos los tonos, sin que parezca que se hagan reservas sobre la combinación Montpensier, se demuestra un gran respeto por la soberanía popular y no se lastima en modo alguno al sentimiento nacional. Si la suerte favoreciera al duque de Montpensier, creo que había de tropezar con tantas dificultades que no permanecería mucho tiempo». Mercier se guardó, pues, de toda ingerencia. El emperador, con una ojeada en cierto modo profética, veía la sola solución posible y comprendía que, á falta de la reina Isabel, cuya caída le parecía irremediable, el mejor candidato era su hijo, el joven Alfonso. Se encontraba lleno de inteligencia, noble, animoso, simpático, y no dudaba de que más adelante sabría ocupar su puesto. No juzgaba afortunada la combinación de crear un nuevo rey y aumentar así con un partido más los partidos ya harto numerosos de España. Las dinastías antiguas se le antojaban la garantía mejor del principio monárquico. Indicó á su ministro la política que entendía seguir, en una nota en la que se manifiesta la libertad y el buen juicio de su espíritu. «La revolución de España se ha hecho al grito de ¡Abajo los Borbones! Y sin embargo, hay un partido en Madrid que, habiendo recibido fuertes sumas del duque de Montpensier, trabaja por elevarle al trono. Respetamos profundamente las decisiones de la voluntad nacional, y si el duque de Montpensier es elegido de una manera regular por la nación española, nada tendremos que decir. Pero antes de que se produzca este acontecimiento, si es que se realiza, queremos decir nuestra opinión. Si la na-

ción española no quiere más Borbones, tanto mejor; pero si rectifica su primera impresión, me parece que no podría hacer una elección peor que elevar al trono á un duque de Orleans, repitiendo en España la usurpación de 1830 y dando á Europa el funesto ejemplo de una hermana destronando á su hermana. Además, la situación de España, en este momento, no nos parece adecuada para admitir la elección de un príncipe que tiene ya antecedentes acentuados y opiniones formadas. Si España pudiera soportar el estado republicano sin correr el riesgo de ver comprometida su unidad nacional con la reconstitución de reinos independientes, es lo mejor que pudiera hacer; porque esto daría tiempo á la nación para formar su educación política y aprender á conocerse á sí misma; pero, puesto que la República no es posible, todo lo que más se le aproxime nos parece que sería lo más beneficioso. Ahora bien: el azar ha querido que haya un joven príncipe, el príncipe de Asturias, sobre el que recaen todos los derechos monárquicos. Es de una edad en la que sus opiniones personales no pueden tenerse en cuenta, y puede ser educado en las opiniones del día, lejos de los aduladores y de las intrigas. Su edad permite una regencia, que sería probablemente ejercida por los hombres que más han contribuído á la revolución. Y este régimen se parecería mucho, durante siete ú ocho años, á una república, en que los agentes podrían ser sustituídos por el voto de las Cortes, y el príncipe de Asturias no sería sino el niño encargado de ocupar un puesto al que ningún ambicioso puede esperar».

He aquí el pensamiento sincero, persistente de Napoleón III, y ninguna afirmación más ó menos auténtica conseguirá desfigurarlo. Thiers ha alterado la verdad en esta ocasión, como en tantas otras, al afirmar que «el jefe de la dinastía imperial puso el veto á la candidatura de Montpensier». Y Monstier se apartaba del pensamiento de su soberano cuando, en una carta particular, prescribía á Mercier que lanzara prudentemente un brulote contra la candidatura del príncipe de Orleans (3 de

Noviembre). Por fortuna, Mercier recordó el deber de un embajador de presentar objeciones antes de realizar un acto que juzga contrario á los intereses ó al buen nombre de su soberano y de su país, y respondió:

«El principal cuidado de los periódicos parece ser el de excitar la desconfianza y la irritación contra nosotros, denigrándonos y propagando toda clase de especies; por ejemplo, que el emperador favorece al príncipe de Asturias y la emperatriz á Don Carlos. Para desconcertar esta táctica estoy persuadido de que no podríamos hacer nada mejor que perseverar en la línea de conducta que hemos adoptado. La menor apariencia de que estamos dispuestos á salirnos de ella sería inmediatamente explotada contra nosotros; y no hay que negar que si un periódico nos prestara este servicio, con la poca sinceridad que hay aquí en las relaciones personales, sería muy difícil que la cosa no se supiera ó, por lo menos, se sospechase pronto. Unicamente en el caso de un real interés convendría exponernos á este inconveniente. Ahora bien: por el momento no veo semejante interés; porque, sin que tengamos nosotros que mezclarnos, hay bastantes periódicos que están dispuestos á caer sobre el duque de Montpensier en cuanto se asome á la ventana. La cosa está en un punto que, si decididamente quiere usted obrar, presumo que lo mejor sería pagar á un periódico para que entonase un cántico en favor del duque.»

Olózaga pudo convencerse, al llegar á París, de los amistosos sentimientos del emperador. Fué recibido en audiencia privada para la presentación de sus credenciales, porque la situación irregular de su Gobierno no permitía la solemnidad habitual, discursos, etc. En aquella audiencia el soberano se mostró tan cordial con el embajador y con su país, que el Gobierno español le dió afectuosísimas gracias. El emperador había obtenido análoga conducta del Gabinete inglés, con el que estaba resuelto á marchar de acuerdo.

*
* *

Al tenerse noticias de la revolución de España, en todas las cancillerías y en todos los centros políticos se dijo lo mismo: «¡Buen golpe para Prusia!»; añadiendo: «Lo preparó ella». Decíase en todas partes que Bismarck había exclamado al enterarse: «¡Es mi tabla de salvación!» Fomentó esta creencia la desbordante satisfacción de los periódicos consagrados á la ambición prusiana y los temores de los que luchaban contra ella. Leíase, por ejemplo, en la *Nueva Gaceta Badense*: «El lenguaje favorable y las buenas disposiciones que los periódicos prusianos manifiestan por la revolución española no nos han asombrado, y no creemos que esa conducta de la prensa prusiana haya tampoco sorprendido á Francia, porque allí como aquí se debe de saber que Prusia no solamente no es extraña á los últimos acontecimientos de España, sino que los ha provocado. El objetivo de Prusia no es difícil de adivinar. Crear dificultades á Francia, obligar al Gobierno francés á intervenir en España y aprovechar este momento para dar un nuevo paso en la política anexionista tragándose al Gran Ducado de Baden, por ejemplo. He aquí el fin prusiano» (5 de Octubre).

¡Cuánto más se hubiera propagado este sentimiento si el público hubiese podido oir lo que los hombres de Estado prusianos decían entre sí! El príncipe Antonio, el pretendido amigo de Napoleón III, escribía al kronprinz: «La revolución de España ha venido muy oportunamente, porque Francia se ve obligada á permanecer tranquila. Me inspira lástima la suerte de la pobre reina; pero, á decir verdad, era de esperar. Quisiera ver subir al trono de España á un Orleans ó á Felipe de Coburgo, pero no á un regente inventado por Napoleón. Si la república triunfa en España, la habrá no tardando en Francia. Para el desarrollo de Alemania constituirá un peligro menos grande que la dinastía napoleónica» (18 de Octubre de 1868).

Beust, á quien llegaba un eco de todos estos comentarios, decía á Gramont: «A pesar de las espontáneas seguridades que me dió, pocos días hace, el barón de Werther, creo que el Gabinete de Berlín, sin ser el provocador inmediato del movi-

miento, no ha sido, sin embargo, completamente ajeno á él, y tengo por cierto que hubo connivencias entre Bismarck y el duque de Montpensier algún tiempo antes de la revolución. Ignoro si tales negociaciones condujeron á algún resultado práctico; pero tuvieron, de todos modos, por parte del Gabinete de Berlín, un objeto del que hay que darse cuenta. La idea del Gabinete de Berlín sería la de suscitar al Gobierno del emperador dificultades exteriores ó interiores capaces de paralizar sus fuerzas en un momento dado, cosa de que sabría aprovecharse Prusia.

En realidad, el movimiento revolucionario español databa de lejos y no había esperado las provocaciones de Bismarck para organizarse. No es seguro, sin embargo, que no lo facilitase á última hora; antes de que el Gobierno de la reina hubiese huído de Madrid, el ministro prusiano en España recibió la orden de asegurar á González Brabo que su Gobierno no entraba por nada en la conspiración. Ahora bien: en los mismos momentos una correspondencia interceptada daba al ministro español un convencimiento «completamente contrario á aquella declaración espontánea». Una vez consumada la revolución, el embajador prusiano en Viena ofrecía también las mismas negativas. En ciertos casos, quien se excusa se acusa. A pesar de todos los mentís, la opinión, que no admitía en Francia que Mentana no hubiera sido obra de Bismarck, siguió creyendo también que era el instigador de las revueltas de España. Esta creencia, verdadera ó falsa, debía servirle á Bismarck, si verdaderamente no trataba de empujarnos á la guerra, de advertencia para prohibirse toda inmistión en aquellos asuntos en los que Alemania no tenía un interés directo, é imitar el ejemplo de cordura y de reserva que le daba Napoleón III.

El rey Guillermo parecía abrigar estas disposiciones. Un enviado italiano, Barbolani, llegó á Berlín con pretexto de consultar á Prusia sobre la posibilidad de una Unión ibérica, en realidad para sondear la corte amiga acerca de la candida-

tura de un príncipe italiano; Guillermo declinó la consulta, diciendo que no intervendría en los asuntos españoles sino con las otras potencias. Bismarck, por lo menos en su lenguaje oficial, se expresaba en igual sentido. Había ido á Varzín para cuidarse un comienzo de pleuresía cogido á consecuencia de una revista militar, y el Reichstag de la Confederación se cerró en su ausencia (20 de Junio). Una caída de caballo le tuvo también algún tiempo alejado de los asuntos. Pero en Septiembre volvió á la vida activa, conferenció largamente con Clarendon, que fué á Berlín para informarse, y le encargó que afirmara á Napoleón III sus buenas intenciones y que no había tenido nada que ver con la revolución de España. Clarendon tuvo con el emperador, á su regreso á París, las conversaciones confidenciales que se tienen con un amigo, y le transmitió las seguridades de Bismarck. Pero el emperador no acogía ya sino con desconfianza lo que venía de Berlín; y sin entrar en lo concerniente á España, respondió á las manifestaciones pacíficas de Bismarck que «conservaría la paz si Prusia respetaba la situación actual; en el caso en que el Sur entrara en la Confederación del Norte, los cañones franceses hablarían en el acto». El hombre de Estado inglés dió cuenta á la reina de esta conversación, y la reina, según su costumbre de considerar los intereses de Alemania como suyos, comunicó lo hablado al rey de Prusia, quien naturalmente se lo comunicó en seguida á Bismarck. «Le envío adjunta una carta de Clarendon á la reina, relativa á su conversación con Napoleón. Le ha comunicado muy exactamente mis ideas, y se ha enterado, en cambio, de que el paso de la línea del Mein entrañaría la ruptura cierta de la paz. Así, pues, la cosa está descubierta. Indudablemente la carta de Clarendon ha sido escrita á nuestra intención.» Bismarck se sirvió de España para recoger aquel *casus belli* eventual, discretamente, de manera que su respuesta no fuese entendida sino por quien la había formulado. Las sesiones del Reichstag se abrían el 4 de Noviembre; en el discurso del rey introdujo la frase siguiente: «Los

acontecimientos ocurridos en la Península no nos inspiran otros sentimientos que el deseo y la confianza de que la nación española consiga encontrar, en una situación independiente, la garantía de su prosperidad y de su poder».

«Esta frase ha causado aquí una sorpresa extrema—escribe Lefebvre de Behaine;—atribúyese á la iniciativa de Bismarck.» La sorpresa hubiera sido mucho mayor de saberse que era la respuesta al *casus belli* de Napoleón III, y que significaba: «Cuando nos convenga pasar el Mein, ejerceremos la libertad que reivindicamos en pro de los españoles, y no nos detendremos ante vuestras prohibiciones». Algunos días después la *Gaceta Provincial*, diario oficioso de Bismarck, se explicaba más claramente todavía: «La Confederación del Norte debe reconocer al pueblo español, para el arreglo de sus asuntos interiores, la misma independencia que el pueblo alemán entiende tener para los suyos». «El lenguaje ha sido muy comentado», escribe también Lefebvre de Behaine.

* * *

No tardó en estallar una sublevación en la misma ciudad en que la revolución empezó, Cádiz. Los milicianos no consintieron en ser desarmados, y los obreros de los talleres nacionales no quisieron aceptar una reducción de salario. Atacaron á las tropas, pusieron en libertad á los presos y detuvieron como rehenes á los cónsules de las potencias. Las tropas resistieron con denuedo, valientemente dirigidas por el general Caballeros, que pertenecía sin embargo á las ideas republicanas. Acosados los insurrectos, se les admitió, á petición de los cónsules que retuvieron como rehenes, á capitular sin ser pasados por las armas (5-13 de Diciembre). Reprimiéronse igualmente algunas revueltas en Zaragoza, se desbarataron otras en Madrid, y las elecciones se hicieron en todas partes sin obstáculos. Dieron la victoria á los progresistas. Los unionistas alcanzaron una minoría importante por el número, y sobre todo por la valía de los elegidos (de 30 á 40). Salieron también re-

publicanos y realistas, pero en corto número. Las Cortes constituyentes nombraron presidente al alcalde Rivero (22 de Febrero de 1869). Fué una atención de Prim á los republicanos, excluídos hasta entonces del Gobierno. Serrano entregó los poderes, que le fueron inmediatamente devueltos, y conservó los mismos ministros. Después del discurso de gracias del presidente, Prim pronunció otro que hizo gran sensación. «Aunque en política el decir «siempre» ó «jamás» sea una cosa aventurada, mi convicción es tal respecto de esta dinastía, á la que creo caída para no levantarse jamás. La historia presenta casos de reyes destronados, pero ninguno análogo al presente, en que la dinastía ha sido echada al extranjero por la fuerza de la opinión: de aquí mi convencimiento de que no volverá jamás, jamás, jamás. Y que esto sirva de respuesta á los que, creo sin mala intención, me han expuesto planes de restauración en favor de Don Alfonso de Borbón por la ambición de ser yo regente. El que ha aventurado semejante cosa no me conoce. Jamás he tenido ambición ni envidia de algo ó de alguien. Y si nunca tuve ambición, menos todavía la tendré hoy en que, por mi situación, nada tengo que desear en ningún sentido. Sí; una sola cosa, y ésta con toda la vehemencia de mi alma: ver el país constituído y la libertad asegurada.»

No habiendo duda alguna respecto á la adopción de la Monarquía por las Cortes, Prim hubiera querido, mientras que la Constitución se elaboraba, y antes de que se votase, proclamar al rey al mismo tiempo que la Monarquía. Era de todo punto preciso encontrar un rey. Púsose á ello, y Olózaga vino de París, tanto para vigilarle como para ayudarle. Víctor Manuel ofreció á su hijo, el duque de Aosta. Insaciable, con los ojos puestos en Roma, impaciente por emanciparse de la tutela francesa, animado de un odio personal contra los Borbones, se complacía en la idea de suplantarlos, de privar al Papa del socorro español y de poner un obstáculo á los pies de Francia. Bajo pretexto de arreglar asuntos de familia, Cialdini fué enviado á Madrid. Conquistó á Prim, á Olózaga, á la mayoría de

los miembros del ministerio, y el resto prometió por lo menos su neutralidad. Todo se habría arreglado si el candidato mismo no hubiera opuesto una negativa que no se pudo vencer (Enero de 1869). «Si el rey quiere desterrarme—dijo,—que me diga adónde debo ir, pero no quiero reinar en España.»

«No queda más que Montpensier», dijeron Serrano y Topete. Prim, que en toda esta crisis va á moverse siempre entre el equívoco y la doblez, pareció consentir. Declaró que su grito *¡Abajo los Borbones!* no se aplicaba á los miembros de la familia que habían reprobado la política de la dinastía destronada. Pudo creerse entonces que aquella candidatura iba á convertirse en un hecho consumado, y Mercier envió una advertencia, alarmado, á la que contestó La Vallette: «Mi querido embajador: Sus últimos despachos hacen prever el triunfo de una candidatura que parecía descartada por todos los hombres colocados al frente de los asuntos. Si así sucediese, *podríamos, cierto es, aceptar el hecho sin dificultad, puesto que hemos declarado desde el principio que no queríamos inmiscuirnos para nada en los asuntos interiores de España.* Pero no podría convenirnos el que pareciera que queremos aprobarlo. Su presencia en Madrid sería ciertamente violenta, tanto para usted como para nosotros en semejante momento. El emperador desea, pues, que evite usted encontrarse en tal posición, y tengo el encargo de S. M. de invitar á usted á que busque, en sus asuntos particulares, un pretexto plausible para venir á París antes de que la eventualidad de que se trata pudiera realizarse. No sabría, por lo demás, indicarle el instante preciso en que podría usted salir de Madrid; lo dejo á su apreciación; pero debe usted prepararse desde ahora, *teniendo cuidado de explicar su marcha de manera que no pueda atribuírsele ningún motivo político.* S. M. da mucha importancia á que sus órdenes en este sentido sean bien comprendidas, y recomiendo la ejecución de las mismas á toda su prudencia» (16 de Febrero de 1869).

Pero Olózaga estaba allí, y no quería oir hablar de Mont-

pensier. Anunció que si Serrano y Prim persistían en proponerle, publicaría documentos que le incapacitarían para siempre. Con su dón de insinuación persistente que hacía irresistible, persuadió á Prim, Serrano, Topete y á los miembros de la Comisión de la Constitución de que, prácticamente, la única gestión útil sería reanudar nuevas instancias cerca del candidato universalmente deseado, Fernando de Portugal. Tessara, nombrado ministro en Inglaterra, recibió el encargo de pedir apoyo en París y en Londres para sostener las gestiones en Lisboa. Á Ríos Rosas, enviado especial para verse con Don Fernando, se le autorizó para que prometiera á éste el depósito, en Bancos europeos, de una suma equivalente al capital de la pensión anual que el rey recibía de Portugal, y que perdería si fuese destronado. En fin, se designó una comisión para que fuese oficialmente á ofrecer la corona al príncipe. Este no la dió tiempo de llegar. En un lacónico telegrama notificó una nueva negativa (5 de Abril). La decepción y la cólera fueron extremas en Madrid. Los españoles, á pesar de todas sus pérdidas, seguían considerando á su reino como el primero del mundo, y les parecía increíble que un principillo alemán se atreviese á desdeñarle. Ruiz Zorrilla, con la brutalidad habitual de su lenguaje, dijo al conde de Alte: «Diga usted á su príncipe que no es más que un egoísta, que será la causa de que tengamos aquí la República; pero que después de ser proclamada en Madrid pronto lo será en Lisboa, y que entonces tendrá que continuar su vida voluptuosa al lado de Doña Isabel de Borbón».

Olózaga atribuyó la negativa á las intrigas de Montpensier, y dijo que había que expulsarle de Lisboa. Pero una carta de Tessara arrojó la responsabilidad sobre Napoleón III. «El Gobierno francés, escribía, desea una restauración alfonsina, y alienta los manejos de los emigrados españoles.» En el primer movimiento de cólera contra aquella inesperada oposición, Serrano comunicó el despecho á todo el que veía. Olózaga, muy al tanto de los verdaderos pensamientos del emperador, no cre-

yó en la exactitud de aquella información. Suplicó á Serrano que se callara hasta esclarecerla. Pero la indiscreción había producido sus efectos, y se propagó al público. A pesar de las rectificaciones prodigadas al día siguiente, á pesar de las afirmaciones del ministro de la Gobernación en todos los periódicos, no se habló más que de los proyectos de restauración del emperador.

Olózaga no se engañaba al dudar de la veracidad de los informes de Tessara. Aquel diplomático novicio, de un espíritu desequilibrado, mal interrogado y mal comprendido, y alfonsino fogoso él mismo, confundió las alucinaciones de su cerebro con las ideas del Gobierno imperial. La Vallette destruyó en seguida la fábula. «...Debo insistir sobre las intenciones atribuídas al emperador y á su Gobierno por la correspondencia del enviado de España en Londres: que el emperador se alegró de la resistencia de Don Fernando al ofrecimiento de la corona de España, y que no consintió en hacer ninguna gestión para combatir sus vacilaciones. Nada más lejos de la verdad... El emperador permanece escrupulosamente fiel á la política de abstención adoptada por su Gobierno desde el principio de los acontecimientos de España...; sin embargo, Su Majestad, sin salirse de la reserva que se ha impuesto, no ha dejado ignorar en Lisboa su sentimiento respecto de las ofertas hechas á Don Fernando. Este príncipe pudo saber en tiempo oportuno que su aceptación hubiera sido acogida por nosotros con sincera satisfacción. Si no comuniqué estos detalles á Tessara cuando recibí su visita, fué porque no me dió ocasión de hacerlo.» Serrano lamentó lo ocurrido.—«Ya lo ve usted—exclamó Olózaga triunfante:—no hay que atribuir la negativa de Portugal al emperador, sino á Montpensier.»

¿Estaba en lo cierto Olózaga? El duque metía mucho ruido en Lisboa. Cuidaba de popularizarse, prodigaba atenciones á las familias importantes. Él y su mujer asistían á todas las fiestas, mimando á la diplomacia, haciendo excursiones *in fiocchi* por los alrededores. Sus relaciones con Don Fernando eran

frías, y los miramientos que les imponían las conveniencias no les impedían expresarse el uno respecto del otro con una acritud apenas disimulada. El duque no desperdiciaba ocasión de hacer que llegasen al rey desagradables noticias, y Don Fernando y su hijo Don Luis disimulaban poco su descontento con la actitud de su huésped. Montpensier no tenía, pues, ninguna influencia sobre su competidor, y la resolución de éste fué un acto reflexivo de su propia voluntad. No es dudoso, sin embargo, que Montpensier se alegrara mucho de ella y que hasta recurriera á un singular procedimiento para hacerla irrevocable. Hizo presente al nuncio, monseñor Oreglia, lo lamentable del escándalo que ocasionaban las públicas relaciones de Don Fernando y lo urgente que era regularizarlas con un digno matrimonio. Al prelado le agradó la insinuación; ayudado por algunas buenas almas, maniobró con tal habilidad, que poco después Don Fernando se casó con la condesa de Edla. Desde entonces pareció que el reinado del portugués quedaba irrevocablemente descartado.

Serrano, tan obstinado por Montpensier como Olózaga por el portugués, volvió en seguida á su candidato: podría adoptársele, ya como rey, ya como marido de la infanta proclamada reina. Pero había contra este príncipe una corriente invencible de popularidad en todas las clases de la nación: los liberales le miraban con recelo; los conservadores le censuraban su conducta con la reina; el pueblo, desde el duelo en el que mató á Enrique de Borbón, le llamaba el *fratricida* y el *naranjero*, á causa de lo que ganaba con el producto de sus jardines; mostraba torpemente su ambición, y se dudaba que fuese capaz de sostenerla.

Castelar fué en tal ocasión el intérprete de la opinión general. «Hay aquí 80 republicanos, 30 demócratas, 100 progresistas, que estarán unánimes para votar contra él.—Tal vez se espere arrancar á las Cortes su consentimiento por cansancio; pero las Cortes no pueden ni quieren suicidarse. Además, ¿no se ve que el estado del país es tal que, aun cuando la Cá-

mara votase por Montpensier, el pueblo no querría recibirle?»—Los progresistas Zorrilla y Muñiz no hablaban de otro modo. «No pusimos ningún obstáculo á sus intrigas en la prensa ni en el Congreso: no rompimos con ninguno de los amigos y colegas que abrazaron su causa. No contribuímos en nada al fracaso de un designio que no hay que imputar sino á su carencia de tacto, á su impaciencia y á su confianza en hombres inútiles ó desacreditados.»

En Europa no se pensaba más favorablemente. El cardenal Antonelli decía que aquella solución «era una de las que la Santa Sede vería con más desagrado». En Londres, el primer secretario de Estado manifestó al enviado de España que consideraría la elección de Montpensier como lo más funesto que pudiera hacer España, y como la señal de la guerra civil. Tessara replicó que en tal caso no era de temer la guerra civil, puesto que el duque no contaba con un partido serio en la Península, y que seguramente el pueblo español, consultado, preferiría la República.

***

A falta de todo otro apoyo, los partidarios de Montpensier hubiesen querido obtener el de Bismarck. Goltz fué un día en nombre de su jefe á advertir á la emperatriz que Rancés, embajador de España en Berlín, de paso en Marzo de 1867, había, bajo pretexto de saludar al rey, conferenciado con el canciller. Esta gestión de Bismarck se explica naturalmente por el testimonio que uno de sus agentes nos ha dejado de sus sentimientos íntimos. Bismarck se creía mal informado de lo que pasaba en España por su ministro Kanitz. No era un visionario como Usedom, pero era también un apasionado. Usedom simpatizaba con la revolución italiana hasta en su forma más avanzada; Kanitz, por el contrario, era enemigo de la revolución española, hasta en su forma más moderada, y no ocultaba sus predilecciones por Isabel, por su hijo y, á falta de éstos, por D. Carlos. Con tal hombre era difícil tramar intrigas sub-

terráneas. Necesitábase un instrumento más flexible, y sobre todo menos llamativo. Bernhardi, inútil en Florencia desde el reemplazo de Usedom, fué llamado á Berlín, y el canciller le explicó el fin que perseguía en España el Gobierno prusiano. Bernhardi lo manifiesta en estos términos: «Sabido es que el partido cosmopolita hará cuanto pueda para que se proclame la República en España. Nuestro Gobierno no ve nada que sea de temer en el establecimiento de la República en España, y la dejaría implantarse sin obstáculos. En realidad, todo lo que pueda hacer á España independiente de la influencia francesa es bueno y agradable para el Gobierno prusiano, en cualquiera forma que sea. El único fin que tenemos presente es que España permanezca independiente de la influencia francesa.» Bernhardi oyó también de labios de Molke esta indicación de la política gubernamental: «España paraliza á Napoleón—dijo,—obra como un sinapismo: ¡la cantárida española tira perfectamente! No sería inconveniente en que se proclamase allí la República, porque después de la exaltación de un príncipe de Orleans al trono de España, sería lo que más podría inquietar á Napoleón.» Así, pues, la solución más conveniente para los prusianos hubiera sido la República. Se hubiesen acomodado con un Orleans, pero con menos gusto, porque, después de todo, un Orleans siempre sería un francés. Lo que querían era uno de los suyos, un alemán.

Este alemán existía: era el príncipe Leopoldo de Hohenzollern; Bismarck preparaba la opinión para tal candidatura, anunciándola por medio de la prensa oficiosa.

Benedetti no puede por menos de oir esta nueva que corre por todas partes en su alrededor. Comprende la gravedad, y la comunica urgentemente á su Gobierno. Este anuncio produce en las Tullerías una emoción que no había causado la perspectiva de la candidatura Montpensier. Se ordena por telégrafo á Benedetti que se informe. Por estar ausente Bismarck, interroga á Thile: «Semejante candidatura interesaba demasiado directamente al Gobierno del emperador, para que no tuvie-

se el deber de señalársela en el caso en que existieran razones de creer que pudiera realizarse.» Thile da por dos veces su palabra de honor de que «durante su estancia en Berlín, el ministro de España ni siquiera aludió á tal candidatura, y que no había nada en lo referente al príncipe de Hohenzollern para la corona de España» (31 de Marzo de 1869).

Estos informes no parecieron suficientes en París. Se llama á Benedetti, le interrogan, le dan instrucciones formales. El mismo emperador le recibe y le dice:—La candidatura de Montpensier es solamente antidinástica, y puedo aceptarla; la del príncipe de Hohenzollern es esencialmente antinacional. El país no la tolerará; hay que evitarlo. Vuélvase á Berlín, explíquese con el mismo Bismarck, cuidando de no dar á las interrogaciones y á los razonamientos que usted emplee nada que le permita creer que buscamos una ocasión de conflictos.—Estas instrucciones fueron tibiamente ejecutadas. A la tímida interrogación de nuestro embajador replicó Bismarck con un astuto *no ha lugar* enigmático:—Si el príncipe Leopoldo fuese elegido rey por las Cortes, no podría tener sino una duración efímera, y estaría expuesto á más peligros todavía que decepciones. Harto sabía su padre lo que costaba á su fortuna personal el sostener á su hijo Carlos en Rumanía, y no deseaba añadir á este sacrificio otras cargas aún más onerosas. En esta convicción, el rey se abstendría ciertamente de aconsejarle que aceptase el voto de las Cortes.—Benedetti no pudo obtener la seguridad de que el rey estuviese irrevocablemente decidido á recomendar la abstención al príncipe.—En todo caso—dijo Benedetti,—*el príncipe Leopoldo no podría acceder al voto de las Cortes sino con el consentimiento del rey.* Su Majestad tendría, pues, que dictar al príncipe su conducta.—Bismarck (y el hecho es de extrema importancia) no negó la autoridad que Benedetti atribuía al rey de Prusia sobre los Hohenzollern. Se limitó á generalidades y no comprometió en nada las intenciones de un soberano. Hubiera sido natural que el embajador, en formas que no tuviesen nada de mortificante, in-

sistiera é hiciese presente que, á pesar de todo su deseo de permanecer en buenos términos con Prusia, el emperador, aunque quisiera, no podría tolerar la entronización de un prusiano en España. No dijo nada, y él, de ordinario tan locuaz, cerró la boca. Sin embargo, comprendió que no había cumplido por completo con las instrucciones recibidas, y que tenía más que decir.—Si no hubiese temido traspasar los límites que puedan convenir al Gobierno del emperador en un asunto tan delicado—escribió á La Vallette,—habría puesto á Bismarck en el caso de expresarse más claramente; pero he pensado que debía consultar con usted antes de mostrarme más apremiante.

No recibió nuevas instrucciones: el ministro, más aún que el embajador, temía aparecer como buscando una querella al pedir explicaciones sobre un hecho que no se presentaba con un carácter de inminencia positiva. Respondió á Benedetti:—En la conversación que ha tenido usted con Bismarck, ha podido usted, sin apariencia de premeditación, llevar la conversación á los asuntos de España y á los rumores relativos á la candidatura del príncipe de Hohenzollern. Bismarck no ha negado que el Gobierno prusiano desee favorecer esa candidatura, ó que quiera sencillamente hacer creer que pueda llegar á ser seria, y se ha expresado en términos, por lo menos, ambiguos. Solamente en el caso en que dicha candidatura tomara consistencia del otro lado de los Pirineos, deberíamos preocuparnos de las intenciones reales de la corte de Prusia. Apruebo, pues, su reserva al hablar de este asunto con Bismarck, *rogándole de todos modos que preste atención á cuanto pudiera ilustrarnos sobre la conclusión que debemos sacar de su lenguaje.*

Ciertamente sería superfluo manifestar á Bismarck las consecuencias de una candidatura *Hohenzollern*... En vez de ser uno de los más grandes hombres de Estado de su siglo, sería uno de los más perturbados ó, mejor aún, de los más negados, si no hubiera visto la perspectiva amenazadora que, desde el

primer momento, impresionó al príncipe Antonio, y si hubiera podido suponer que en ningún tiempo, y sobre todo después de los acontecimientos de 1866, soportara Francia la entronización, tras una de sus puertas meridionales, de un príncipe y coronel prusiano. La gestión de Benedetti no le indicaba, pues, lo que no necesitaba que se lo dijeran. Le advertía de una manera discreta que estábamos atentos, y le invitaba á no colocarnos de improviso ante un hecho que nos sería absolutamente imposible tolerar.

*
* *

¿Hubiera sido útil, hubiera sido prudente hablar de esta eventualidad con los españoles, y comunicarles, á título de información, confidencialmente las instrucciones de Napoleón III, infinitamente más precisas que las de su ministro? No lo creo. Prim sabía tan bien como Bismarck la imposibilidad absoluta para cualquier gobierno francés de aceptar la entronización en España de un príncipe prusiano. Semejante advertencia no le hubiera apartado de su maquinación y le hubiese dado pretexto para excitar las suspicacias españolas, siempre prontas á inflamarse contra nosotros, acusándonos de salir de la abstención que afirmábamos en toda circunstancia ser nuestra regla de conducta. Además, en aquel momento nadie podía sospechar que urdiese nada hostil contra Francia. Uno de sus primeros actos había sido reconciliarse con nuestro embajador y expresar el deseo de reanudar con el emperador sus buenas relaciones de otros tiempos. La Vallette, que había sido siempre un amigo servicial suyo y con el que afectaba Prim la mayor confianza, hubiera considerado una acción fea el demostrar un recelo que nada autorizaba.

En fin, el emperador tenía una razón íntima para juzgar aquella precaución superflua: colmaba á la familia Hohenzollern de tantos testimonios de afección, que como hombre de corazón, juzgando á los demás por sí mismo, no podía concebir la sospecha de que un miembro de aquella familia cometie-

ra la indignidad de asociarse á una trama contra sus intereses y los de su país. El temor de agraviar inútilmente, que nos había hecho tan circunspectos en Berlín, nos hizo por consiguiente mudos en Madrid.

La tranquilidad de La Vallette aumentó por un acto significativo del embajador prusiano en Madrid, Kanitz. Una de esas medianías sin consistencia y sin autoridad que zumban en rededor de los grandes asuntos para hacer creer que intervienen en ellos, Salazar y Mazarredo, del partido unionista, indicó, en un folleto consagrado á la candidatura portuguesa, al príncipe de Hohenzollern como otro excelente candidato. Nadie se adhirió á esta insinuación, pero se habló un momento de ella en los círculos diplomáticos. Kanitz tranquilizó espontáneamente á Mercier, quien, por lo demás, no se había conmovido. «No sin asombro habrá usted visto que los periódicos han hablado últimamente del príncipe de Hohenzollern. No hay para qué decir que nunca me han hecho de Berlín la menor alusión á tal candidatura. Pero, en mi correspondencia, he tenido que hacer mención de lo que se decía y, al mismo tiempo, emitir mi opinión sobre los obstáculos que, llegado el caso, opondría el estado de cosas en España. Aquí, cuando me han hablado, tampoco me he recatado para decir que era muy poco probable que el príncipe pudiese consentir en abandonar la magnífica posición que ocupa para correr tan peligrosos riesgos.» En París no volvieron á ocuparse de la candidatura Hohenzollern.

Aunque no tuviesen rey, unionistas y progresistas persistieron, sin embargo, en proclamar la Monarquía. En la noche del 20 al 21 de Mayo fué adoptada en principio, por 214 votos contra 71, y la totalidad de la Constitución se votó el 1.° de Junio. Hubiera podido votarse la víspera, pero era un martes, día nefasto en España, y se dejó para el siguiente. Aquella Monarquía sin rey amenazaba caer en el ridículo ó en la República. Olózaga, á quien la República agradaba tan poco como Montpensier, propuso el expediente de una Regencia con Se-

rrano. Este hubiera querido, por lo menos, compartir la responsabilidad con Prim y Rivero. «Unicamente un poder estable—decía á Mercier—puede tener autoridad. Ya ve usted lo que ha ocurrido durante la Regencia de la reina Cristina y de Espartero, y, sin embargo, estos dos personajes estaban en condiciones muy distintas que yo. Cristina había ocupado el trono y dado la libertad á España. Espartero había terminado con la guerra civil. Sin embargo, las sublevaciones contra su poder no cesaron sino con su caída. Antes de tres meses yo no seré más que un trapo.»

Olózaga obtuvo, con un hermoso discurso, la adhesión de las Cortes. Serrano fué nombrado regente por 193 votos contra 45, con todas las atribuciones constitucionales de la Monarquía, salvo la de suspender ó disolver las Cortes. Y Olózaga, una vez terminada su tarea, volvió á París. Prim ocupó la presidencia del Consejo y la cartera de la Guerra. Tenía la realidad del poder; Serrano, la apariencia. Ahora bien: he aquí cómo Guerrero, su amigo más íntimo, define los verdaderos sentimientos de aquel dueño de los destinos de España: «Concede mucha importancia á estar y seguir en buena inteligencia con Francia; pero la concede diez veces más á permanecer en términos amistosos con Prusia».

Emilio Ollivier
De la Academia Francesa.

EL CASTELLANO EN AMÉRICA

Es un asunto éste de esos que, por ajenos que parezcan al acaloramiento de las pasiones, y por fríamente que se discutan en la región serena de la ciencia y de las ideas, si no levantan ronchas, no pueden menos de hacer cosquillas. Si americano hablase á americanos, si español á solamente españoles, buscando á contentar á unos ó á otros, el carril estaba trazado. Si como español que soy pretendiese darme á conocer en el mercado americano, no había más que seguir el que otros han abierto con gran contentamiento de sus ánimas y bolsillo, y con no menos bien satisfecha vanidad de los lectores que pagan el pato. Soy demasiado Quijote y me apaño harto desmañadamente en estas cosas; en cambio mi brutal aragonesismo me arrastra, quieras que no, á cantar las verdades en sí bemol, si á mano viene, con tal de quedarme satisfecho con el desahogo de la cantata. Soy admirador y amante de los americanos. El gran movimiento lingüístico promovido entre ellos por la ocurrencia que tuvo un Andrés Bello de publicar una sugestiva gramática, y el silencio, lingüístico también, que al propio tiempo por acá en España formaba notabilísimo y lamentable contraste, me pone de parte de los de allá y me aleja de los míos. A los escritores americanos que de una ó de otra manera conozco, no debo más que mil finezas y atenciones. Nada para mí se ha escrito de más subidos quilates acerca de nuestra lengua que el *Diccionario de construcción y régimen*, y con más hondo conocimiento de la psicología del castellano que las

Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano, y las modestísimas y soberbísimas *Notas* á la gramática de Bello. Estas obras, producto del cerebro lingüístico de primer orden y del arsenal inmenso de papeletas de la incansable y bien organizada laboriosidad de D. Rufino José Cuervo, me atarían de pies y manos para no soltar la lengua sino en toda suerte de encomios para los escritores americanos, aunque la talla gigantesca del jefe no me dejara ver la cerrada falange que le sigue. Y cuenta que no son astros de pequeña magnitud Emiliano Isaza, con el mejor *Diccionario de la conjugación castellana* que poseemos; ni Bello, con su genial *Gramática castellana;* ni Peña, con la suya; y pasando del estudio del castellano general al de americanismos, tampoco son estrellas telescópicas Esteban Pichardo, que abrió á todos el camino con el *Diccionario provincial casi razonado de voces cubanas;* ni Zorobabel Rodríguez, con su *Diccionario de chilenismos;* ni Daniel Granada (español), con su *Vocabulario rioplatense razonado;* ni Ricardo Palma, con sus *Neologismos i americanismos* y sus *Papeletas lexicográficas;* ni Julio Calcaño, con *El castellano en Venezuela;* ni Alberto Membreño, con su *Vocabulario de los provincialismos de Honduras;* ni Antonio Batres Jáuregui, con los *Provincialismos de Guatemala;* ni Eufemio Mendoza, con sus *Apuntes para un catálogo razonado de las palabras mejicanas introducidas en el castellano.* Menos para Bolivia, Nicaragua y Paraguay, existen obras especiales que tratan de los provincialismos de cada una de las Repúblicas americanas. En España, si exceptuamos el *Diccionario aragonés,* de Borao, apenas si merece citarse hasta estos últimos años obra alguna, no sólo de provincialismos, pero tal vez ni aun de gramática castellana en general. En cambio, de toda esa inmensa labor americana, sólo se conoce aquí de veras el *Diccionario de galicismos* de Baralt. No se conocen ni siquiera las obras trascendentales ó, como ahora dicen, mundiales, de Cuervo, Bello é Isaza; porque no es conocerlas el que el *Diccionario de construcción y régimen* se encuentre en algunas bi-

bliotecas públicas tan cerrado como el cofre del Cid, ni el que de la *Gramática* de Bello se hayan hecho dos infames reimpresiones en Madrid, mientras serán contadísimos los maestros de escuela que hayan oído el nombre de Bello, y los profesores de latín y castellano de nuestros Institutos que hayan tenido la curiosidad de consultar, y hasta de abrir, su *Gramática*.

Estoy, pues, por los americanos, y desearía dar á conocer á los españoles ese inmenso trabajo lingüístico, ese nuevo mundo intelectual, enteramente inexplorado y desconocido; pero no sé si en este artículo me quedará espacio para hacerlo. Pocos meses ha nos convocó á unos cuantos aficionados á los estudios lingüísticos la Unión Ibero-Americana, para que tratásemos de una ponencia sobre lengua castellana: habían comprendido los señores de la Junta general lo que el peruano Palma escribió hace tiempo: que «el lazo más fuerte, el único quizá que, hoy por hoy, nos une con España, es el del idioma». Todo se desbarató, como suele suceder aquí, por causas que me guardaré bien de manifestar. Pero lo que viene al caso es que se propuso una especie de Congreso lingüístico, moral, por decirlo así, sin asistencia de los congresistas, y consistente en que se invitase á los centros literarios y á las personas competentes de América á contribuir con papeletas á la formación de un *Diccionario* de vicios y deficiencias de la lengua castellana en todos los países donde se habla, y de sus correspondientes enmiendas. Lo que allí no se dijo fué que ese sin fin de papeletas que se buscaban estaban ya no sólo recogidas, sino publicadas en otro sin fin de libros americanos, de los cuales son contados los ejemplares llegados á Madrid, y eso de las obras que hayan tocado las costas de la Península, que son la menor parte.

Nuestras publicaciones pasan el charco á duras penas, mayormente si no son novelas, y tresdoblan su precio en manos de aquellos libreros, y aun en las de éstos, hasta el punto de que ciertos libros, aquí baratísimos, solamente los muy acomodados se los pueden procurar. Pero las publicaciones de

allá, ni á peso de oro se hallan en nuestras librerías. Si tienen ó no la culpa los libreros, ó los estafadores de correos, ó lo que fuere, otros lo sabrán, que no yo. Ello es que la vía más directa y económica es la de Alemania ó Francia, camino que, por corto que sea, no deja de ser tan largo como extraño y peregrino.

Pero yo me sospecho que si de América no se traen más libros, es sencillamente porque á los españoles no nos da el naipe ni nos pirramos por la literatura americana. Y aquí entra el cuento. Apreciabilísimas son las obras que por allí se han escrito acerca del castellano, y no menos de estimar algunas obras literarias. Pero, digámoslo brutal y secamente, es tan floja por término general la literatura americana, tan ligera y tan híbrida en el fondo y en la forma, en el pensamiento y en el lenguaje, es un reflejo tan pálido de otras literaturas que tenemos ahí en pasando los Pirineos, y se presenta con tan desgarbado desaliño de lenguaje y estilo, con tan extraña vestimenta de percalinas, cuya hilaza, de manufactura francesa, choca con el clima de los trópicos, de las selvas, de las pampas, que no hay paladar español capaz de arrostrar diez estrofas ó tres capítulos de tan desaborido manjar. Esta es una verdad como un templo; está en la conciencia de todo literato español. Y el menosprecio por esa literatura descolorida y extranjeriza, que suena á castellana y americana y no tiene el alma americana ni el timbre castellano, ha envuelto en la condena general toda producción de allende los mares, desde los más genuinos partos de las musas andinas, que (¿quién lo duda?) bailotean por aquellos oteros que es una delicia, hasta los trabajos lingüísticos, que deberían ser de otra manera apreciados.

La cuestión es compleja, el ovillo bastante enmarañado. Yo voy á prescindir del elemento estético, ateniéndome al lingüístico; aunque á decir verdad, si por el hilo se ha de sacar el ovillo, las puntas del hilo estético y del hilo lingüístico hay que buscarlas en París de Francia: allí está la devanadera,

allí se devanó la madeja, se hizo el ovillo, se armó el telar, se cruzaron los lizos, y de allí se embarcó la hilaza para ultramar.

Al hilo, pues, lingüístico, y á París por él. Pero ante todo aclaremos ideas sin salir de casa.

Hay aquí quien, juzgando solamente por los escritos que han caído en sus manos, se ha formado una idea muy errada de lo que es el habla americana y está muy persuadido de que en América el castellano se halla en un estado de corrupción que, no tiene remedio, está desahuciado. Y ese *quien* son la mayor parte de los españoles que no han salido de su casa. Contra tan general opinión conviene hacer ver que no es así, poniendo las cosas en su punto. Yo distingo en América dos lenguas de tendencias muy diversas, que se encuentran en pugna. No es fácil adivinar cuál saldrá vencedora. Estas dos lenguas son el habla del pueblo no ilustrado y el habla de los escritores y de la gente culta que los imita. El habla del pueblo americano no sólo no está en decadencia, sino que se conserva más sana y fresca que el habla de la Península. Regiones hay, como Chile, donde el carácter fonético del habla indígena y otras circunstancias han hecho evolucionar al castellano en una dirección abiertamente separatista: una nueva lengua se está formando; ni hay diques que la contengan ni lágrimas y quejas que valgan, ni siquiera que sean justificadas. En otras, como en la Plata, existe una verdadera Babilonia, donde se han amontonado toda suerte de pueblos y labios. Las lenguas andan como las sociedades y la historia. Forjarse un idioma en la fantasía como algo que va perfeccionándose, pero que al llegar á la cumbre de una imaginada perfección se estanca ó debe pretenderse que se estanque, ó que, por el contrario, al emprender la carrera por la opuesta pendiente degenera, se corrompe y fenece, es un puro fantasear de los antiguos gramáticos que contradice á la naturaleza del lenguaje. No nace hoy una lengua, mañana florece y al día siguiente se deshoja y marchita. El habla es una misma en todo el curso de la historia, pero que siempre evoluciona y por lo mismo es

siempre distinta. Ni tiene momentos de subida ó de bajada, de perfección ó enfermedad; siempre es un organismo completo, acomodado á la sociedad que lo elaboró, y el más perfecto y acabado para aquel momento histórico de aquella sociedad. Tan acabada es el habla castellana del siglo XII para los españoles del siglo XII, como el habla americana del siglo XX para los americanos del siglo XX. Tan mal entallada le vendría al Cid el habla de Porfirio Díaz, como á Porfirio Díaz el habla del Cid. Las ideas son otras, los sentimientos son otros, y otro es el lenguaje. Dejemos ya estas alturas, y bajando á lo llano, vuelvo al lenguaje de algunas regiones americanas. Estábamos en Chile, y repito que allí ha tomado el castellano otro derrotero. ¿Lo habrá tomado igualmente en las demás regiones americanas? Si es así, ¿estará escrito en la historia del porvenir que divergirán cada vez más aquellas hablas y se apartarán para siempre del castellano? Parecer mío particular es que sí, rotundamente que sí. La naturaleza del lenguaje lo lleva consigo. No hay profecía más cierta para un lingüista, ó la lingüística es una filfa. Para los que se les hace duro queda un consuelo. La evolución lingüística es muy lenta: tenemos para siglos. Y si se añade el freno de la literatura, cada vez más influyente en las hablas vulgares, podemos tranquilamente aguardar y podrán aguardar nuestros nietos hasta que puedan decirse lenguas distintas del castellano las americanas.

El daño está en que la literatura americana, si sigue por el camino emprendido, en vez de contener la evolución la despeñará, y por derroteros más desviados todavía que los seguidos por el curso natural del habla vulgar. Esta en América, hablando en general, se guarda más tradicional y conservadora que en España en muchos puntos. Podría citar centenares de vocablos y construcciones, que los españoles hemos desechado, y que los americanos conservan desde la época de la conquista. Algunos de los autores de americanismos la emprenden contra estos hermosos restos de nuestros mayores, teniéndolos por corruptelas del vulgo ó groserías de la gente

rústica. Con esto no hacen más que contribuir á la emancipación del habla americana, dando bien á entender el criterio que les guía, que no es otro que el de la segunda lengua que he dicho hallo en América: la lengua literaria y del habla entre las gentes de cuenta, en cuanto en ella se infiltra del elemento literario. De esta lengua es de la que he dicho que teníamos que ir á París á buscar el hilo y toda su manufactura. Voy á copilar un ejemplar del género, porque no hay manera de formarse idea cabal de lo que él es, pues sobrepuja á cuanto pueda inventar el más destartalado ingenio, aunque sea el de Don Quijote. El párrafo trata precisamente de la cuestión que ventilamos: es un bocado exquisito, ó digamos retal, que á los lectores dejo decidir si se tejió en cerebro americano de raza española ó en cerebro americano que piensa y teje en París, ó en cerebro que de todo eso tiene, como es lo más cierto. Estamos, pues, en París, y dice así:

Antes de solucionar una cuestión, precisa llevarla á la barra (llegamos al puerto). *De momento, el juicio crítico, que se ha hecho hoy un prestigio remarcable, debe dictaminar las prescripciones donde tenga lugar una contestación de idioma.* ¿Entiendes, lector? Pues yo tampoco: y eso que todos los vocablos son latinos; sólo que con el latín se pueden hacer muchas cosas: puede hacerse francés, castellano, y mezcla, como la presente, que el diablo que la digiera. Y sigue: *No tenemos de menester más razones. Y el juicio crítico no es más que el uso que nos fundamentalizamos* (hay que tomar el exprés para cogerle el rabo á ese vocablillo) *para plantear el monopolio de palabras nuevas. El que no las adopcione merece que le espuyan el nombre como hostil á las grandes conquistas modernas, y tras espuirle débese fustigarle el dorso del honor como imbécil que se sale del rango debido. ¿Qué nos interesa el que los sexcentistas expresionasen sus sentimientos con palabras y ambages que ya persona no entiende? ¿Por cuáles imprentamos nosotros sino por los de hoy? ¿Y cómo nos haremos entender de ellos si los propinamos una dosis repelente?* (Con esas propinas repe-

lentes te entenderán, ¡vaya, hombre imprentador!..., hasta los cocheros.) *No resultará*; *y no sólo arruinaremos el éxito* (parece un fabricante francés), *si que también privaremos de las ovaciones debidas al genio inventor* (aquí al fabricante le nacen alas y vuela, es un genio). *¿Quién sería en estado de obligacionarnos?* (¡señores viajeros, al tren!) *á llevar aparejo* (¡demonio!) *para comulgar* (¡tres veces demonio!), *á catar heridas al enfermo, á cutir con el enemigo, ó topar con el amigo, á recordar del sueño, á tener responsión de los criados* (¿quién diablos, ó aparejos de diablos, le dice que hable así?) *y á otras mil banalidades de los sexcentistas* (Cervantes á la cabeza) *que pudibundizarían* (¡ay Cervantes de mi alma! ¡ay rucio de mis entretelas! échale el aparejo que se cubra á ese buen señor que se pu-di-buu-di-za) *al hombre menos dotado del espíritu de combatividad? De todos modos, no me hace menester desilusionar á los sabios; ellos no revocan en duda* (¡qué han de revocar, si ese testuz aun para pared no es buena!) *que esas minquionerías, que son el ridículo al colmo (al* con acento de tres varas), *no pueden hacer la ley en un siglo de luz. Abajo, pues, las antiguallas, que no llenan más condiciones valiosas* (aquí debía de estar llenando la valija y haciendo la maleta para echar á andar). *Al que me hiciese homenaje de semejante retroceso, yo, después de ringraciarle* (¿no decía yo? aquí de la propina á la criada) *con correctas maneras, le diría que tratar de imponerse al siglo es erigirse en juez sin serlo y portarse como inconveniente* (él no se erige en juez, es muy conveniente). *Pocas contestaciones* (habla á la criada, que sin duda no era respondona) *tendría yo con el que pretendiese que yo defeccionase de mis ideales literarios* (con su pan se los coma). *Porque es incontestablemente cierto* (¡algo menos, hombre!) *que las frases antes sublineadas ya muchos y valiosos sexcentistas las miraban como de insignificancia absoluta y no insumían tiempo en perseguir el placer de usarlas* (menos Sancho Panza, que era así... tan fácil). *¿Por qué nos han de estorquear* (nadie le aprieta las tuercas, no hay que apurarse) *á nosotros el sacrificio de nuestra*

respetabilidad (aquí sin querer imitó á Teresa Panza, cuando trata á la duquesa de *vuestra pomposidad;* pero no es hurto mayor; adelante) *con tan estudiada manera? Lo que es por nosotros, no caemos en su sentir; queremos independizarnos en absoluto* (hágase, pues, de una vez turco). *Trabajemos en grande escala* (aquí se mete á farolero) *por dispensar favoritismo á la propaganda del nuevo estilo, y no choquemos las pretensiones modernas* (no hay miedo que tropiece; sube usted por esa escala que es un primor). *Como sepamos mantenernos en una conducta perfectamente correcta* (aquí ya es moralista de confesonario) *respecto de un estilo racional* (nada de estilos asnales), *no habemos de menester implantar unas leyes absurdas sobre la dicción. Si estas líneas están concebidas en un tono autoritativo y rotundo* (en do de pecho muy redondo, quiere decir; nada de becuadros), *es debido á las circunstancias que atraviesa la prensa actual. Nuestra misión, que no puede pasar desapercibida, sería improducente atacarla por el lado más sensible, que es el de la libertad moderna. Del resto* (de los relieves que caen de esa mesa de *la libertad,* de la cual no quiere perder migaja; aunque la de disparatar la tiene todo el que quiera parlar por parlar), *sería darse los aires* (con abanico japonés) *de redentor* (¡recóncholis!) *y hablar en el aire* (como un acróbata) *el querer con tan pretencioso designio avanzar un sistema preconcebido, que se haría responsable á los resultados de hacer atmósfera* (aquí nos mete en una fábrica de gas) *que de ahí se inseguirían bajo estas bases* (bajo bases y losas nada se insigue, no puede uno menear un dedo, está uno aconchado como una tortuga). *Breve: la síntesis del lenguaje está reasumida en el uso. Bajo este punto de vista, el adoptamiento de los clásicos faltará siempre de idiosincrasia* (idiota sin grasa, que diría Sancho). *No nos ocupemos de ellos, toda vez que su caracterización no se compagina con nuestros sentimientos y lesiona* (esto es ya grave) *los más sagrados* (¡tate!) *intereses* (¡ah! vamos, era cosa de cuartos!) *de la actual sociedad; por esto no puede tener suceso todo autorizado que se le suponga.*

Nuestra actitud reluctante no sabría ser bastante enérgica para hacer aparecer más profunda la solución de continuidad entre ellos y nosotros. El que se coaliga con otros para implantar reformas literarias, se inmiscuye donde no le piden, y como á tal se expone á que le mixtifiquen (hacerle mixtos ó fósforos) *si no se va á retiro buscándose otra misión* (entre infieles como misionero, ó al retiro como paseante en corte). *Sólo resta de practicar lo corriente en el estilo, y en lo respectante á la locución picar á la puerta del uso* (bien se conoce que no se la abren, pues ni una de sus locuciones las entienden allá adentro los americanos que hablan puro español, y aun yo le entiendo á medias con saber francés) *en demanda de proteccionalidad* (que bien la ha *de* menester), *pues las ilustraciones* (no iberoamericanas) *de la prensa y las notabilidades de la ciencia se enrolaron hace tiempo* (usted si que está hecho un buen rollo de mantequilla de Soria) *al sistema de hablar que personalizamos* (y tan personalizado, que es exclusivísimo de su fábrica de usted). *Después de todo, jugar el papel de reformista* (que lo juega usted á las mil maravillas) *es no prevenirse contra el peligro de perder todo el prestigio* (porque ya lo tiene perdido). *Estar á la altura del presente* (haciendo pinitos sobre la veleta de la pedantería) *y lanzar en olvido el pasado, es el espíritu de conducta* (de vino será mejor para acabar de disparatar) *que se debe perseguir* (como al ratón el gato), *si debemos reasumir en síntesis concreta lo exposicionado* (buena medalla le habrán dado en tal exposición). *Inspirémonos en el uso* (de fulano, que se llama yo); *fijarse bien en ello* (no equivocar la persona, aunque no es fácil), *bajo el respecto del lenguaje español* (¡eso no! español, ni por asomo), *que hoy debe de ser el portabandera de nuestra cultura contra los faramalleros de fantasía* (como un servidor de ustedes).

«En idioma genízaro y mestizo,
Diciendo á cada voz: yo te bautizo
Con el agua del Tajo,

Por más que hayas nacido junto al Sena,
Y rabie Garcilaso, en hora buena.
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.»

¡Ay, Iriarte de mis pecados, que no sabías de la misa la media cuando esto escribiste! Ahora, ahora es cuando hay que rechupetearse los dedos, que los dan con azúcar y canela. El nuevo *espíritu de conducta* no cabe en odres viejos, es demasiado volátil. La agudeza de un Quevedo es chata junto á los conceptos de *las grandes conquistas modernas*, que hay que *expresionar* é *imprentar* en *condiciones* más *valiosas* y *fundamentalizadas*, para que no *pudibundicen al hombre menos dotado de combatividad*.

Esta jerga literaria, en vez de arrancar de la tradición, de la literatura clásica castellana, es un mal injerto de castellano en francés; es querer pensar y hablar á la francesa con palabras castellanas, de origen castellano por lo menos. Y esta hibridez, vive Dios que nada tiene de loable. Esa es la gangrena del lenguaje empleado por los autores americanos. Por ella no gustan en España sus escritos, ni pueden gustar á nadie. En vano la quieren colorear con el pomposo calificativo de progreso, de evolución del lenguaje, y riñen á brazo partido descomunales batallas contra la literatura clásica, contra la literatura española que en la clásica arraiga, y contra los centros conservadores, como la Academia Española. Pero eso ni es progreso, ni verdadera evolución del habla. La avenida del culteranismo, que inundó el castellano literario de palabras latinas, era de ese jaez, no hizo más que emporcar las claras aguas del castellano, que se deslizaban por su curso natural. El aguaducho galiparlista desde el siglo XVIII no lo ha llenado de menores inmundicias. Nada de evolución natural ni de progresivo desarrollo del lenguaje hay en todo eso, y menos le hay en el afrancesamiento del modo de pensar y de escribir de los americanos. ¿Por qué extrañan que el Diccionario no dé pasaporte á tan sucia mercancía? Vengan con voca-

blos del habla vulgar de las diversas regiones americanas, con términos de plantas y animales que la necesidad hizo tomar de las lenguas indígenas. Todo eso es castellano de América, y deberá aceptarlo el Diccionario, como los vocablos exclusivos de Castilla, Aragón y Andalucía. Pero no se confundan las cosas. Esa habla reciente de los escritores americanos no es castellana; acudan con ella á su Academia correspondiente. Ni es del habla genuina del pueblo americano; son, repito, dos lenguajes tan distintos como antagónicos en sus tendencias.

Estas tendencias no pueden ser más claras. Copio á Palma: «Jóvenes muy inteligentes é ilustrados de la nueva generación me han revelado su poco ó ningún apego por la lengua castellana, con estas palabras no escasas de fundamento: la pobreza del anémico vocabulario español, en la marcha progresiva del siglo, es una rémora para la expresión fiel del pensamiento. El cartabón académico es exageradamente estrecho, y para acatarlo habría que pasar la existencia hojeando el Diccionario para convencerse de qué vocablos de uso frecuente están excluídos del léxico. Hoy, en la mayoría de las Repúblicas, no son muy leídos los libros españoles, y la juventud universitaria devora los textos en francés, inglés ó alemán. No es entusiasta como la de la anterior generación por la lectura de los clásicos españoles. El purismo pasó de moda. El siglo xx impone un vocabulario más rico que el tan admirado del siglo de oro ó de esplendor para las letras castellanas. Hoy tiene caracteres de aforismo esta espiritual frase de Unamuno: «no caben, en punto á lenguaje, vinos nuevos en viejos odres».

Aquí está bien caracterizada con todos sus pelos y señales esa jerga literaria, que han barrido sobre todo del francés «jóvenes muy inteligentes é ilustrados de la nueva generación», pero que tienen «poco ó ningún apego por la lengua castellana». A la verdad, no quieren castellano; quieren otra lengua distinta, híbrida de castellano y francés. ¿Y los nuevos términos extranjerizos de esa jerigonza son los que tienen empeño

en que los acepte la Academia Española? A nueva lengua, nueva Academia. Ténganse ellos, pues, su Academia de esa nueva lengua. Si tienen poco ó ningún apego á la lengua castellana, ¿qué les importa de nuestra Academia ni de nuestra lengua?

Esotra cantilena de que «la pobreza del anémico vocabulario español, en la marcha progresiva del siglo, es una rémora para la expresión fiel del pensamiento», no faltan jóvenes que la solfeen también por acá en España. El vocabulario español lo dejaron precisamente anémico, en camisa y casi en cueros los galiparlistas, que redujeron el sobreabundantísimo léxico del siglo XVI al pobrísimo del siglo XVIII por ceñirse en castellano á solos los términos que tienen su equivalente en francés. Y á pesar de eso, ese «anémico vocabulario español» es el doble en grueso del vocabulario francés; y no tiene el lector, para convencerse, más que tomar en su mano cualquier Diccionario español-francés y francés-español, y comparar el grueso del lomo de los volúmenes. Si con la mitad tienen los franceses que les sobra para «la expresión fiel del pensamiento», ¿por qué con el doble de palabras y con el triple de metáforas y frases que empleaban nuestros clásicos, y en parte no queremos nosotros emplear, sólo porque no las tienen los franceses, no podremos expresar ese pensamiento? ¿Tan sutil es y alambicado, tan hondo, tan cerrado, ese pensamiento moderno, que no cabe en el castellano, que abarcó, cual ninguna lengua, desde la mística hasta la picaresca, desde el Renacimiento, donde se hallaba todo lo moderno, hasta la antigüedad grecolatina, que distaba bastante más del siglo XVI que no dista del mismo siglo el siglo XX? Por lo menos, esos jóvenes «muy inteligentes é ilustrados» en su nueva jerga, ¿habrán expresado esas sutilezas, alambicamientos y honduras, que pasan del alcance del castellano? En la literatura americana yo no hallo nada de eso, sino más bien mucha ligereza y superficialidad, y conceptos más romos que agudos, sentimientos más secos que jugosos, filosofías que nada tienen de ger-

mánicas, de hondas, de trascendentales. El Sr. Palma escribe lindísimamente: no por esa nueva jerga, que él no emplea, sino por lo picaresco de su habla, adaptada á la bohemia, á la picaresca, que remedó allá en Lima el modo de ser y de hablar de la vieja España.

Claro está que si esos jóvenes no leen nuestra literatura, sino la francesa, tropezarán á cada paso al querer expresar tan bien en castellano como los hallan escritos en francés los sentimientos y pensamientos franceses. Es que cada pueblo tiene su matiz propio y exclusivo en el sentir y pensar, que sólo puede expresarse en el propio idioma, que con ese sentir y pensar nació. Ahora, que el sentir y pensar francés y su idioma sean más ricos, originales, hondos, pintorescos, vivos que los del pueblo que creó el castellano, esa es una cuestión que puede resolver la literatura comparada y la comparación de los idiomas de entrambas naciones, y el fallo está dado tiempo ha por nacionales y extranjeros.

El sol de Andalucía no cabe compararlo con las nieblas de París, ni la sangre hirviente, negra y tenaz española con la belicosa y rubia, pero ligera como el agua, de nuestros vecinos. La picaresca, la mística, el teatro á lo Calderón y Lope, la novela cervantista, los manolos y chulas, son cosas que les dan á ellos en rostro y que los críticos alemanes é ingleses califican, por el contrario, de lo más original, naturalista, profundo y característico en punto á costumbres y literatura.

Ejemplo al canto: esta *espiritual frase* dice Palma del dicho del Evangelio y de Horacio. ¿Qué significa aquí *espiritual?* Mucho en francés, porque tiene un matiz intraducible. Pero en castellano es simplemente una gansada. Toda frase que exprese un pensamiento, ó dígase cosa del *espíritu,* es *espiritual.* Ese matiz francés del vocablo es, pues, tan bonito como ligero, pero tan poco profundo como lo son ellos mismos: bueno para hacer efecto al primer golpe, y por lo mismo para que lo lleven y sepan venderlo en todos los escaparates del globo terráqueo los modistos parisinos y esté de moda unos días;

pero como le falta profundidad filosófica y colorido de fantasía, su moda pasa y se desvanece como todas las modas parisinas.

Pero, en fin, es inútil que á esos «jóvenes muy inteligentes é ilustrados» les queramos persuadir de que el léxico castellano nada tiene de anémico, sino de sobrado, que es por lo que siempre pecó, como por lo sobrado y exuberante pecaron nuestros ingenios, desde Séneca y Lucano hasta Lope y Calderón, desde Castelar hasta el anémico Tostado. Porque bastaría preguntarles que ¿por dónde saben ellos que nuestra lengua padece de anemia, si, como dice Palma, no han leído á nuestros clásicos? Tiene gracia que, movidos de aversión por todo lo que sepa algo al nombre español, devoren textos no castellanos, piensen extranjerizamente, no hayan abierto un libro clásico castellano, y nos vengan después con lo de la anemia de nuestro vocabulario! Pero aún tiene más gracia el que, después de haberse hecho para su uso particular un vocabulario de palabras barridas con ignorante é inexperta mano de otras lenguas, nos vengan con la ingenua pretensión de que las incluya la Academia en el Diccionario castellano. Póngaulas, noraental, en el Diccionario de esa riquísima, progresiva y espiritual lengua, que ellos se van apañando con tanta inteligencia como ilustración, y dejen estar al Diccionario castellano con lo que es suyo y á la Academia con lo único que le incumbe, que es registrar los vocablos que emplea todo aquel que pretende hablar castellano, no los que empleen jóvenes inteligentes é ilustrados que tienen poco ó ningún apego por la lengua castellana.

Para no condenar en globo á todos los escritores americanos, conviene aclarar las cosas y hacer una distinción importante, que hace el mismo Palma, escritor tan castizo y á la antigua española, que más bien tiende á lo viejo que á lo moderno en su vocabulario y estilo; aunque ciertos desabrimientos, en parte justificados, le hayan hecho últimamente portaestandarte del neologismo y párroco de esa nueva feligresía, muy inteligente é ilustrada.

Los americanos ya entrados en años, los hijos de los que se hicieron independientes, á vueltas de cierta aprehensión de tiranía, que acerca de los españoles les llevó á las narices el humo de la pólvora que cuando niños les rodeaba, conservaron un grato recuerdo de la madre patria, que, si no todas veces oyeron de labios de sus padres, leyeron por lo menos en sus más hondos y arraigados sentimientos.

Los que de entre ellos se han dedicado á las letras se han mostrado hasta extremosos en acatar la autoridad de nuestros clásicos y de la Academia Española. No conozco obra lingüística escrita en España donde tantos miramientos se guarden con la Academia, como se echan luego de ver en las mejores compuestas en América. Bello, Cuervo, Peña, Isaza, Baralt, Calcaño, Membreño, Batres Jáuregui, el mismo Palma, son académicos hasta exagerados. No lo soy yo tanto, ni muchos de los mismos miembros de la Academia, y en este punto había de llevarles la contra. Quéjanse, es cierto, y repiten en todos los tonos de la gama, de que son una mayoría, cuyos modismos debiera tener en cuenta el Diccionario académico, que algo pesa el voto de cincuenta millones junto al de diez y seis, que el castellano es tan suyo como nuestro; pero estas mismas quejas y la escrupulosidad con que hojean el Diccionario y Gramática de la Academia compulsando con las de ella sus propias doctrinas, y el afán de que se les atienda y el proclamarla como centro de autoridad, ¿no prueban más que manifiestamente que son quejas de hijo desatendido, pero en ninguna manera desamorado y rebelde?

¡Cuán otros se nos presentan los jóvenes de la nueva generación! Sin el menor apego á la España, que sus padres, al cabo como españoles, respetaban; antes, con la prevención y aun inquina no disimulada, cautelosos y escamados, han vuelto la espalda y alejádose lo más que han podido de cuanto huela á español. Cual perro recién desatado de la cadena, se lanzaron tras el resplandor que admiraron en países de otra raza, y allí, encandilados, embaucados, emborrachados como niños inex-

pertos, que niñas son las nuevas nacionalidades, con los vicios y virtudes de los hombres niños, dieron rienda suelta á su hambre por los apetitosos pastos de la novedad, y se hicieron franceses y hasta ingleses ó canchadales, con tal de dejar el habla castellana, último resto que les quedaba de españoles.

Alimentos extraños, mal digeridos y asimilados no podían producir más que ese hartazgo y esa jerigonza de lenguaje que afea las obras de los mejores ingenios sudamericanos. Los españoles no nos hemos cuidado para nada de esos pródigos del habla castellana. No asomó á nuestros labios la menor mueca de desdén ó de resentimiento. Creer que en España se odia ó se mira, aunque no sea nada más que con cierta prevención, á los americanos, es otra niñería por parte de los que por allá crean semejante paparrucha. Lo único que aquí ha caído mal entre los literatos que conocen sus escritos es esa monserga empleada por escritores que, gloriándose de hablar castellano, lo han ido á aprender á París. No hay punta de malquerencia en ello: es el desagrado natural que causa lo deforme, y el sentimiento de que de lo deforme se alardee.

Y el hecho es á todas luces clarísimo, mal que les siente á nuestros hermanos de allende los mares. Hay que decirlo francamente. Salvo las raras excepciones de aquellos varones eminentes, que en punto á literatura estudian nuestro pasado, los americanos escriben mal, la mayor parte horriblemente mal, y, á vueltas de delicadísimos chispazos de poesía, los mejores poetas dan de bruces y sueltan necedades de á tomo. No es el habla del pueblo americano, ni el genio de los escritores: es esa novelería extranjeriza, la que los malea. El galicismo es un cáncer que hay que sajar hasta en sus últimas fibras. Los que lo defienden, sea como fuere, favorecen esa peste del lenguaje literario de América. Ni admite defensa alguna razonable, porque el galicismo es cosa distinta del neologismo necesario.

Hablando de galicismos y anglicismos, dice seriamente el inteligentísimo y muy querido amigo mío Sr. Palma «que algunos de ellos son precisos por no existir en castellano voz

equivalente, como sucede con las palabras *revancha*, *sport* y otras pocas». Adán, cuando llegó á ser abuelo, no sé yo si mandaría traer de París los juguetes que el día de Reyes regalaba, sin duda alguna, á sus rubios netezuelos; lo que sí tengo muy averiguado es que aquellos rapazuelos jugaban y se daban al deporte con más gusto que el más estirado de los ingleses. También sé de buena tinta que cuando Caín jugó aquella mala partida á su hermano, de dejarle en el sitio de un guijarrazo, no faltó quien desease tomar el desquite, y, para que no se desquitasen sin cuenta y razón, tomó Dios por suya la causa del fratricida, señalándole en la frente, y él por su parte se tuvo el cuidado de guardar la pelleja, emboscándose lejos de la gente. ¿Cree el Sr. Palma que nuestros abuelos tenían sangre de chufas, para no sentirse picados y procurarse el despique, y que los nietos del rey que rabió fueron tan severos que en su niñez, ni en su mocedad, ni en su edad madura, ni en su misma chochez, no les gustaba entretenerse, divertirse, jugar, espaciarse, holgarse y echar una cana al aire cuando llegaron á tenerlas? Pues créame que todos hemos sido hijos de Adán y nietos del rey que rabió. Y á eso se reduce todo el alegato en favor del galicismo, y esa es la sencilla contestación que se le debe dar.

Julio Cejador

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

FRANCISCO DE HERRERA

(1576-1656)

A diferencia de Roelas, que ni entonces ni más tarde gozó de mucha boga, Herrera el Mayor fué, como pintor al fresco, al óleo y al temple, arquitecto y grabador, el favorito de sus contemporáneos. Los españoles le estiman como el creador del estilo nacional. Este parece haberse alcanzado primeramente en los antiguos tiempos de Rafael Mengs. «Era, dice Ceau Bermúdez, el primero que desterró de Andalucía aquella tímida manera tan arraigada en sus pintores, creando un nuevo estilo que revelaba el espíritu nacional.» Al pie de su cuadro, de la Biblioteca Colombina, se lee: *Formó un nuevo estilo, propio del genio nacional.* Esta indicación crítica ha sido desarrollada más tarde por los escritores. «Ninguna huella de imitación italiana, ninguna concesión al arte del pasado.» «La emancipación de la escuela de Sevilla es el pensamiento de toda su vida (1). Ya de joven era un feroz misántropo, formado en la sociedad autodidácticamente; pero naturalista por abolengo, despreció las estrechas y mezquinas doctrinas de la escuela de Vargas que su maestro Luis Fernández le proporcionó. Todavía, en un libro recientemente escrito á la vista de

(1) *Gazette des Beaux-Arts*, 1859, III 169 y siguientes.

sus obras, aparece como una maravilla á lo Miguel Angel y rodeado de genios y titanes. Contenía ya dentro de sí á Velázquez, Murillo, Cano; si en forma algo *tosca,* con la fuerza y dignidad del genio. Es el primero que abrió allí las puertas del naturalismo.»

Se concibe este prejuicio si recordamos cómo, según se cuenta, se colocaba ante el caballete: «Dibujaba con trozos de caña quemados, y pintaba con pinceles de cerda (*brochas).* Si alguna vez se dió el caso de que le abandonaran sus discípulos, dejó á su criada embadurnar *(bosquejar)* el lienzo con grandes pinceles y escobas (*brochones y escobas* que recuerdan el *balai ivre* de Eugenio Delacroix), y antes de que se secara el color formaba con el pincel figuras y personajes».

Completa el retrato de este patriarca del impresionismo el carácter del hombre. Era tan rudo, tosco y descontentadizo (*rígido é indigesto, de poca piedad*) según Palomino, que sus propios hijos huyeron del infierno de aquel hogar: la hija á un convento, y el hijo Franz á Italia con 6.000 *pesos.* Abusó de su habilidad en el grabado fabricando moneda falsa, y tuvo que refugiarse, perseguido por la justicia, en el Asilo del colegio de jesuítas de San Hermenegildo, cuyo retablo le fué encargado. Cuando Felipe IV, en su juventud, visitó esta iglesia (1624), preguntó por el pintor, y al saber su desagradable historia, dijc: «En este asunto soy juez y parte»; y llamando á su presencia al fugitivo, «Quien posee tan grande habilidad, exclamó, no debiera abusar de ella. ¿Qué necesidad tenéis de oro ni de plata? Id; estáis libre, y cuidad de no reincidir».

Son interesantes estos juicios en el conocimiento de las obras de este pintor, alquimista y superhombre; pero pasemos á su más importante creación *(producción más completa),* su celebrado Juicio final, en la parroquia de San Bernardo, la cual produce decepción, pues se espera otra cosa muy distinta.

El grupo principal está formado por el Senado Celestial, un semicírculo en el estilo de la Disputa, en cuyo centro el Juez

levanta su diestra para bendecir á los bienaventurados, mientras con la siniestra abraza la cruz. No conserva nada de aquella ira de Buonarroti que (como dice Pacheco) parece destruirlo y aniquilarlo todo; es el dulce Hijo del hombre de la teología rafaelesca, y hasta con la misma inclinación de cabeza. En la corte celestial se reconoce al punto aquella Pentecostés de Roelas, si bien las sombras son más obscuras, las miradas más intensas, los diversos tipos á veces triviales, pero nunca vulgares, llenos de vigor y de bondad; entre ellos hay cabezas características, algunas, sobre todo, por el corte de la barba y cabellos de la época. Por último, un rasgo personal los comprende á todos: la profunda seriedad del momento, que llena las conciencias y les hace estar pendientes con ojos y espíritu del Juzgador del mundo, en la calma sepulcral de este terrible minuto.

La parte inferior está dispuesta en forma de escorzo: lo componen un grupo de pobres pecadores y diablos; como soldados al toque de llamada, apíñanse los resucitados. Delante álzase el grande, caballeresco y un tanto sobrio San Miguel, que pesa las almas; el fiero espíritu que esgrime la tajante espada; figura dominante de esta parte del cuadro, ante la cual todo retrocede... ¿Dónde está aquí el improvisador? Cean Bermúdez halla en él «arte de la composición, contraste de las figuras, equilibrio de los grupos, elevación y filosofía en la expresión».

El colorido y claro-obscuro son los de Roelas, aunque un poco más fuertemente acentuados. La luz que cae de la izquierda divide el inmenso cuadro y modela las figuras, dándoles más relieve en virtud de los contornos obscuros; el color es más pastoso y sin fundir.

Aún existen otros varios cuadros notables pintados en esta manera, como, por ejemplo, el casi olvidado hasta ahora San Ignacio ante el altar, en la Universidad, en el cual se ve á los fieles debajo en actitud de devoción fanática; los ángeles revolotean alrededor del celebrante, moviendo incensarios con celo

infantil. Estos geniecillos músicos que esparcen flores son hermanos de aquellos de Roelas; niños gigantes, de frescas y rosadas mejillas y de ancha frente, claros y redondos ojos, rudas narices chatas, rosada boca y largos rizos color de pan, que caen por la frente y cuello en ondas.

Estas obras dan una idea de la manera del pintor, pues fundaron su reputación, y con ellas, como asegura Jusepe Martínez, «conquistó general aprecio de los inteligentes». Con arreglo á ellas le ha caracterizado Palomino, su primer biógrafo (*Museo*, III, 314). Le parece la manera de Herrera (*casta*) completamente italiana, de gran dibujo y fuerza de claro-obscuro, por la cual y el sólido empaste adquieren las figuras plasticidad (*de bulto*).

Así lo que Herrera posee del arte de la pintura procede de Roelas, el cual llegó á Sevilla y alcanzó su apogeo cuando aquél contaba treinta años de edad (1617) (1).

En efecto, él nunca llama á nadie su maestro; pero la semejanza es tal, que la Pentecostés de Roelas fué atribuída á Herrera por persona tan competente como Ceán Bermúdez. Lo que él poseía propio era el temperamento.

Pero cuando el éxito aumentó su amor propio y conoció á su público, mostró su natural rebelde á todo yugo, encontrando pronto en toda forma una traba molesta. Quizá le fuese más cómoda la técnica de los frescos, en la cual pintó muchas obras, ha largo tiempo perdidas. Acostumbrado á llenar rápidamente grandes superficies, le impacientaba el lento procedimiento de la tela. Hizo ensayos con más sencillos métodos. Primero parece haber llegado á un claro-obscuro del género de Caravaggio, quizá sin haber visto sus cuadros; fué el primero que aplicó allí las masas de sombra sin transición, de los naturalistas italianos, como puede verse en la gran Pentecostés de

(1) Su obra más antigua, en San Martín, no permite juicio alguno seguro por su estado de ennegrecimiento. De todos modos, no presenta ningún parecido con su última manera.

la galería de López Cepero, que por excepción firmó y fechó, como si temiera que no se reconociese dicho cuadro por suyo. Allí aparece, en segundo término, la reunión de los Apóstoles, y delante un movido grupo de siete fuertes varones en revuelta confusión; los agitados gestos de los convidados parece que quieren hacer palpable la confusión de lenguas; ropajes de sencilla grandeza, grandes superficies de profundas sombras, aunque sin color, con breves transiciones esfumadas sin tonos intermedios sobre fondo á toda luz. Este lienzo dió tal vez más que hacer á sus discípulos que todo lo que el maestro había pintado anteriormente.

Parece ser que encontró estrecho el tradicional círculo de asuntos. Se sabe por Palomino que Herrera pintó primero cuadros de género (*bodegoncillos*, cuadros de cocina ó tienda), gusto estrechamente relacionado con la vida de tabernas y gitanos. Tales cuadros profanos no se encuentran ya apenas en España: desaparecieron en la legión de lo desconocido (1).

La tendencia realista encontró siempre pasto en las leyendas de monjes de las Cruzadas. Herrera pintó en San Buenaventura, además de los caballeros cruzados del techo, que todavía se conservan, cuatro escenas de la vida del santo titular, á las cuales Zurbarán añadió otras cuatro. Tres se ven hoy en la casa de campo The Grove, de Watford, adonde las llevó de España Earl de Clarendon. Las cabezas y actitudes de monjes del coro de la sombría iglesia, el grupo de hidalgos del campo, y otros, están en dicha obra trasladados al lienzo con la ingenuidad incomparable de la vida, trazados con sueltos y redondeados contornos, muy suyos, en un claro-obscuro deslumbrador de un gris verdoso-amarillento.

También terminó en este vigoroso estilo el Pedro arrepentido de la sacristía de la catedral. Es un viejo aldeano que en un

(1) En el interesante cuadro de la Galería Czernin, en Viena (número 64), que representa un ciego tocando la *lira rústica*, creí yo reconocer la manera de Herrera.

arranque de cólera ha tenido la desgracia de matar á un vecino suyo, y que se siente sobrecogido por el terror del infierno. Debajo de una calva y pronunciada frente, y entre los salientes pómulos, se asientan unos ojos pequeños y negros; pero en tan dura fisonomía no pueden reflejarse sentimientos; la contrición se revela solamente en el movimiento de la cabeza y en las rugosas manos cruzadas sobre las rodillas.

Los dos inmensos lienzos del Museo de Sevilla, San Hermenegildo y San Baudilio, dan una idea del salvaje amaneramiento en que incidió después, y hacen verosímil la leyenda que Cean oyó á «los viejos pintores» (que debió nacer ochenta años después de la muerte de Herrera). Con este estilo pudo llegar al corazón de los modernos. Son estrafalarios *borrones;* como un loco furioso arroja lejos de sí sus vestiduras, arrojó él las reglas del arte. Disponiendo la extensión en el sentido de la profundidad, amontonaba sus gigantes espectros en perspectiva sobre una superficie distribuída en pisos; sentados sobre las nubes, miran al vacío con redondos ojos de mochuelo. Ahora bien: ¿qué cualidad artística subsiste en semejantes mamarrachadas? No se le puede alabar por un colorido sin transición, pues no se descubre en él ni colores ni claro-obscuro. Tampoco muestra estudios de fisonomía, pues no hay Cristo más falto de expresión que el suyo. Sólo en aquella desdeñosa y fuerte actitud de las figuras, en medio de una «tumultuosa» orgía del pincel, se descubre que asistimos á las ruinas de un gran talento.

A veces la inervación de este vigoroso espíritu falto de equilibrio ejerce un efecto diabólico. Estas cualidades le proporcionaron en otro tiempo un sitio de preferencia en la *Salle Carrée* del Louvre para su «San Basilio dictando su doctrina». En la Galería de San Telmo existen dos trípticos de este asunto. La centelleante mirada perdida en lo infinito y la mano levantada con la pluma, parecen indicar la inspiración del momento en que una idea divina pasa por los umbrales de su conciencia. Alrededor de él ó, mejor, á su lado, un poco más aba-

jo, están sentados como amanuenses que aguardan su palabra, nada menos que San Bernardo, Pedro Mártir y el gran inquisidor Diego, obispo de Osma. Siniestras figuras con puntiagudas capuchas agitan sus blancas mitras, alzándose ante nosotros como los reyes muertos ante la caverna de Forres. Cuelgan de ellos como podre y telarañas del infierno. Asistimos á la alucinación de un preso del Santo Oficio, que ve agitarse ante sí al juez y al escribano que escriben en el papel la condenadora confesión arrancada por el tormento.

Tenía ya más de setenta años (1647) cuando pintó á brochazos sus cuatro cuadros más grandes, antes en el salón del palacio episcopal: El maná, El agua de la roca, Las bodas de Caná y el Milagro de los peces y de los panes. Allí se ve que sólo las muchedumbres y las cosas grandes podían mover su mano, envejecida, sí, pero siempre poderosa. El último de estos cuadros apareció una vez en la escalera de la Academia de Madrid. El Salvador, sentado bajo una vetusta y sombría encina, con los grandes y brillantes ojos dirigidos hacia el cielo, bendice con sacramental solemnidad á los discípulos ordenados en fila. En el valle del segundo término están representados con fidelidad los efectos del milagro. Por último, su inclinación le trajo á Madrid, donde murió en 1656.

Herrera no es el «inventor de un nuevo estilo», pues el suyo es, en realidad, el lenguaje de Roelas hablado por un temperamento radicalmente distinto. Tampoco contribuyó á la emancipación de la escuela de Sevilla, la cual no se echa de menos en las obras de Roelas. No hallamos en sus obras ninguna figura de la fuerza del San Yago, ni ninguna cabeza de más realismo que la de Santa Andrea, y pocos efectos de luz tan poderosos como los que Roelas lograba. Ningún pintor de Sevilla imitó su estilo. Tampoco puede llamársele en cierto modo un naturalista, pues si pintó cuadros de género era demasiado vehemente para ajustarse á un modelo. Pintóse comúnmente á sí mismo, y pintó de memoria. No podemos, pues, dar á esta manera libre *(libertad y franqueza)* tan absoluto valor.

FRANCISCO PACHECO

(1571-1654)

Mientras Roelas y Herrera buscaban nuevos rumbos, un hombre dotado de organización radicalmente distinta defendía con la pluma, y á su juicio también con el pincel, los tiempos que agonizaban, no sin adivinar que predicaba á sordos ni dejar de hacer ciertas concesiones á los jóvenes. Este hombre fué Francisco Pacheco, en otro tiempo condiscípulo de Herrera en casa de Luis Fernández.

Entre los nombres de artistas españoles, hay pocos que el genio de la pintura haya dotado tan escasamente, á pesar de su universal talento, pues era á la vez poeta, biógrafo, arqueólogo y preceptista. Más que otra cosa produce la impresión del aficionado reflexivo, del frío soñador intelectual cuyo temperamento parece inclinarle á servir al arte con la pluma. Pero este docto esfuerzo parece mezclado en él con tan irresistible anhelo de crear como escasez de facultades. Su terca voluntad luchó con las dificultades de su naturaleza, y el trabajo metódicamente disciplinado le dotó á la vez de cierta habilidad adquirida y de un rígido amor propio que, fomentado por la polémica, le animó á acometer los más hondos problemas en competencia con los más fuertes, sin sospechar los peligros de tal rivalidad; problemas tales, que ante ellos retrocediera todo el que tuviera un adarme del ingenio que á Pacheco faltaba. Su cerebro, falto de fantasía, lento y estrecho, poseía cierta aptitud para los retratos, bodegones y cuadros de género; pero carecía del conocimiento de sí propio que hace limitar al artista su esfera de acción, fortaleciendo de este modo sus facultades.

Quizá no hubiera alcanzado el renombre que tuvo sin la posición social que el prestigio de su familia, y principalmente de su tío el canónigo y licenciado Francisco Pacheco, le proporcionó. De este docto humanista proceden las inscripciones

latinas de la Giralda, del San Cristóbal y del Catálogo de los prelados de Sevilla. Sus dísticos se leen todavía bajo los relieves en mármol del antecabildo; también esbozó las estatuitas de la custodia de Arfe. Legó á su sobrino las altas relaciones eclesiásticas y la protección del Mecenas de Sevilla, el duque de Alcalá. Elogios de la amistad, ingeniosos ditirambos de poetas y nobles protectores, le dieron sin duda la mayor confianza en sí mismo.

Crecido Pacheco entre monumentos y recuerdos de la ciudad y la provincia (su nombre es celtíbero), no pisó nunca el extranjero, consagrando sus esfuerzos al espíritu local, en investigaciones artísticas y trabajos decorativos de muy diversas clases. De aquí su talla policroma, evidentemente opuesta al clasicismo. Sostuvo sobre este punto ruda polémica con su amigo Montañés, á quien honraba como un pariente espiritual, defendiendo la policromía ejecutada por pintores especiales contra la hecha por los mismos escultores. Trató de sustituir el pulimentado de brillantes coloraciones al óleo con oro (*platos vidriados* llamaba á estas *encarnaciones de polimento)* por colores sin brillo (encarnaciones mates), con sombreados, á los que añadía paisajes en el fondo. Pero en esto le fué hostil el gusto popular, y algunas de sus obras policromas parece que llegaron á ser más tarde pintadas de nuevo. Primero con el San Clemente (Juan Bautista) de Núñez Delgado, después en las principales obras de Montañés, el Santo Domingo de Portacaeli, el Crucifijo de la Cartuja (en la sacristía pequeña de la catedral), el San Jerónimo, en Santiponce, y otros, dió el patrón de su técnica; las obras más interesantes de esta manera son, sin duda, las dos nobles y animadas cabezas de las estatuas de San Ignacio (según la mascarilla de 1556) y de Francisco de Borja en la casa profesa, hoy Universidad (1610). Después nos refiere cómo en su juventud (1594) pintó los cinco estandartes de 30 y 50 varas, de damasco carmesí, para los negociantes de Indias, con el escudo de la Monarquía y Santiago matando moros. También colaboró en las figuras de

bronce pintado del túmulo de Felipe II en la catedral (1598).

Empezó la pintura histórica con la vida de San Ramón Nonato, de la Orden de Mercenarios Calzados, para su Cruzada, en colaboración con su amigo Ildefonso Vázquez. Era éste uno de los postreros que seguían la bandera de los Vargas y Mohedano, diestro dibujante y hábil compositor. Eran episodios de la heroico-religiosa vida aventurera de este caballero libertador de los esclavos cristianos.

De los seis lienzos de nuestro Francisco, dos están en el Museo de Sevilla, uno en Barcelona: la Aparición de la Virgen al pastor Ramón; el embarque en las costas españolas de las huestes liberadoras. En esta hética pintura se echa de ver tiesura de principiante, composición remendada y pliegues metálicos, sobre todo cuando quería fatigosamente caminar al mismo paso que Vázquez. Los ángeles que guardan las ovejas durante la aparición de la Virgen, parecen colegialas en un día de campo. Unicamente la escena del embarque, en que un marinero lleva al Santo en sus hombros, y la barca en cuyo timonel Asensio quiso reconocer á Cervantes (el cual estuvo en Sevilla desde 1598 á 1599), está arrancado de la realidad. Es una marina, en la cual su sobriedad tuvo un instante afortunado.

En el año 1616 pintó para el hospital de Alcalá de Guadaira, por encargo del maestro Francisco de Medina, un San Sebastián, que actualmente se halla en la parroquia de este nombre. La escena en que el soldado cristiano, después de sufrir el martirio, es buscado y asistido al amparo de la obscuridad por la matrona Irene, ha sido reproducida por notables pintores. La noche, de medroso ambiente; el torturado cuerpo del joven, presa de mortal desmayo; los fieles cuidados de las enternecidas mujeres, todo esto pudiera inspirar á un Schidone, Spañoleto ó Delacroix. ¿Qué hizo de ello este reformador artístico bajo el cielo andaluz? En una limpia y aseada celda del hospital de Alcalá, de cuya pulcritud se forma un favorable concepto, yace un hombre en ropa blanca, en la cama re-

ción hecha, con una taza de rayas azules en la mano; ante él está una mujer inmóvil, de rostro en extremo pálido, y con los ojos cargados por el desvelo; una criadita pone los vendajes en un plato; sobre la butaca se ve el rico uniforme de oficial; en la pared se conservan como reliquia los dardos. Por la ventana abierta se ve reproducido el crimen. El cuadro recuerda los estrambóticos cuadros votivos de milagros, cual se ven en las canonizaciones en San Pedro. Sin embargo, subyuga por una cierta verdad, como una historia de aldea contada con la simplicidad bonachona y prolija de los cronistas de lugar (1).

La juventud de Pacheco coincide con los tiempos en que se trataba de igualar la «escuela romano-florentina». Consagró desde lejos á los grandes italianos la más ferviente admiración; desde los diez años, «por oculta fuerza de naturaleza» imitó continuamente á Rafael bajo la impresión de su espléndida inventiva, y especialmente por inspiración de unos dibujos en tinta china, cuya afortunada posesión le había deparado la suerte (2). Su inmediato modelo fué Pablo de Céspedes, como él poeta, artista y anticuario.

Esta veneración y estos estudios vacilaban á veces con sus veleidosas pretensiones de igualar á sus modelos y corregir sus obras en algunos puntos.

Don Fernando de Rivera, duque de Alcalá, que sin duda vió el Palacio del Té en Mantua, le confió en el año de 1603 la pintura de los techos del piso principal de la «Casa de Pilatos» por mil ducados. No conociendo la técnica de los frescos, pintó al temple sobre el lienzo; en un decorado de superficie figuró fábulas con grotescas figuras volantes en vigorosos es-

(1) Un limpio dibujo al lápiz de este cuadro se encuentra entre los de la Biblioteca Nacional de Madrid. En él tiene el paciente una expresión de espanto por hallarse todavía en el mundo al despertar de su mortal desmayo. Anotado, 7 de Octubre de 1615. Las santas figuras del Museo del Prado pertenecen á sus más amazacotados trabajos.

(2) *Arte de la pintura*, I, 318 (libro II, 5). «Por oculta fuerza de naturaleza»: ¡sin duda era un pariente espiritual suyo!

corzos sobre fondo negro. Estas son: la Apoteosis de Hércules, Ganimedes, Astrea, Perseo, Faeton é Icaro. Como se ve, siempre tuvo elevadas aspiraciones, que no en todo tiempo logró realizar. En una rotonda del centro están los doce dioses de dos en dos, en perspectiva vermicular, cuyos desnudos cuerpos aparecen como torneados balaustres. Él, sobrio y angustiadamente piadoso, quiso rivalizar con el vivo y ligero Julio, que vencía jugando todas las dificultades del dibujo; no obstante, parecía sentir la zozobra de este vuelo de Icaro:

Temo á mis alas, mi subir recelo (II, 24).

A pesar de todo, el muy celebrado Pablo, en Córdoba, alabó esta creación, y Pacheco le dió las gracias en un soneto.

Esta primera manera aparece ya purificada en la gran Anunciación, que debía colocar justamente sobre la obra maestra de Roelas en el retablo de la iglesia de los jesuítas. El cuadro revela indecibles estudios, especialmente en la armonía de los colores, poco importante para los amanerados hasta entonces. Está pintado á toda luz, en tonos claros, anaranjado y azul como contraste principal, y en las ropas de las triadas de ángeles, azul, amarillo y rosa. Pero ¿cómo pudo un *vecino de Sevilla* (como él se llama en el título de su obra) dar al mundo una muñeca de resorte como aquel Gabriel? ¡Y aquellos rostros de sacristán!

Tendría ya Pacheco unos cuarenta años cuando resolvió marchar á la corte (1611). Allí vió en Madrid y el Escorial á sus venerados italianos en persona. Trabó amistad con el hispanófilo florentino Vicente Carducho (*Nuestro íntimo amigo*, I, 128). También visitó en Toledo al Greco, que ya había caído en sus extravagancias; sus primeras obras maestras, de corte veneciano todavía, sus actuales delirios y sus paradojas, le ponían en no poca agitación.

Este viaje tuvo para él consecuencias. El hombre de principios era, sin embargo, demasiado artista para cerrarse á tales impresiones. Su paleta y su pincel parecen desde entonces

cambiados; la inventiva se hace más natural; su pétrea manera adquiere vida; su estilo agudo, liso, claro y rígido cede á otro amplio, pastoso y granuloso; los efectos de luz favorecen el relieve; el meduloso pincel proyecta haces de sombra y brillantes claridades. Ya en los cuatro cuadritos de Pradella, bajo el duro color ladrillo, «Muerte de San Alberto», de 1612, en la Galería de López Cepero, se nota un tono más caliente y una concepción más fresca, al par que expresión en los ojos. Las numerosas tablas del altar de la parroquia de Brenes en Carmona son de sombría disposición (1).

Abrió luego una escuela de pintura, y su casa fué centro de artistas y aficionados, especialmente eclesiásticos. «Su estudio—dice Rodrigo Caro—era una formal Academia adonde acudían las personas más cultas de Sevilla y de fuera de Sevilla.»

Pronto su amor propio no conoció límites. No se dió punto de reposo en acometer los asuntos más arduos de la pintura eclesiástica, como el Juicio final. En su libro hay cuatro dictámenes de los doctores en Teología sobre este cuadro pintado para la iglesia de las monjas de Santa Isabel por 700 ducados (1614). Se desvió mucho de la tradición; borró las figuras paganas que estropean la obra de Buonarrotti y las fantásticas añadiduras (bocazas del infierno). Las explicaciones de este maestro de ceremonias recuerdan al Overbeck, cuando los domingos por la mañana echaba homilías á los asistentes á su estudio sobre la simbólica de sus cartones. Pacheco nos da instrucciones para bajar á la tumba. El Arcángel San Miguel (1637) en San Alberto (llevado á Londres después de la Revolución del 68), llamó la atención por la gran fuerza del color, á pesar de la antigua dureza de su pincel (2). Pudo aún

(1) Durante el examen de este cuadro, el autor de este libro estuvo en 1882 á punto de ser detenido por la Guardia civil como ladrón de iglesias.

(2) F. González de León: *Noticia artística de... Sevilla*, 1844. I, 167. Soberbia pintura: es del tamaño natural, y se ve en ella gran fuerza de tintas y dureza de pincel.

ser testigo del astro que apuntaba (Murillo), pues vivió hasta 1654. ¿Notó esta nueva revelación de la Virgen en sus modelos, las hijas de su país? ¿Le sorprendió acaso esta libertad? La *Purísima* de Pacheco en el cuadro con el retrato del poeta Miguel Cid (*sacristía de los cálices*), dista por lo menos un abismo de la nueva concepción: es una larga, hinchada y dormilona cara de monja.

EL ARTE DE LA PINTURA

Que un pintor de esta naturaleza había de escribir un libro, es cosa que hubiera podido predecir todo el que conociera el personal de aquella rama de la literatura. Como todo lo que emprendía era de largo aliento, así también este libro fué la obra de toda su vida, que tuvo la suerte de ver impresa en su última edad (1). Para el tratado de los cuadros religiosos tomó notas desde 1605. Hay que distinguir en la obra diferentes capas: en un tronco de severa tendencia enramó conceptos modernos y hasta máximas de naturalismo, según sugestiones de su yerno.

El arte de Pacheco no es sólo un trabajo de pintor y de técnico, sino que tiene la profundidad del sabio y el gusto por las fuentes originales. En cada materia acudió á las más competentes autoridades, y dió la palabra á los especialistas en cada estilo. Los problemas de arqueología eclesiástica los discute con sus amigos de capucha; la parte que trata sobre la veneración de cuadros es un tratado teológico. Toma las ideas madres de la escolástica del jesuíta Diego Meléndez (I, 224). Al tratar del rango de la pintura, cita las definiciones jurídicas del honor; sobre ningún asunto han escrito con más abundancia los pintores españoles que sobre la equiparación envi-

(1) *Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas.* Sevilla, 1649. Nueva edición de G. Cruzada Villamil. Madrid, 1886. Dos tomos. Las citas se refieren á esta edición.

lecedora del pintor con los artesanos en cuanto á la contribución (*alcabala*); para los conceptos estéticos cita á los retóricos de la antigüedad (Cicerón de *decorum* y *honestum*). Pero aun en su mismo campo prefiere las autoridades italianas, traduciendo los párrafos más instructivos de Alberti, Leonardo, Dolce, Paolo, Pini y otros, como Durero y Van Mander. La sequedad de cada sección interrúmpese en cada materia por la intercalación de poesías de estilo didáctico y descriptivo, valiosos trozos que nos han transmitido tesoros inapreciables de poetas andaluces. No hay que decir que no nos hace gracia del parangón.

Sin embargo, no vaya á creerse que el libro es una compilación de géneros literarios. Lleva consigo el sello de trabajo artístico por los detalles, juicios y expresiones, que yo preferiría por su substancia y viveza á muchos mamotretos italianos llenos de pomposas frases. Lo más valioso son las numerosas noticias de artistas españoles, sus bandos, sus polémicas y temas de aquel tiempo. Sin él no tendríamos noticias de muchas controversias, pues la criba del tiempo ha hecho caer en olvido los radicalismos de aquellos días. Cuando toma la defensa de alguna cuestión, su lenguaje gana en calor y colorido. En resumen: mientras vemos sus cuadros con poca paciencia, su libro escrito en claro y puro castellano se lée con interés creciente. Revela éste un cerebro limitado, pero universal, un pensamiento severo y liberal, cosmopolita, y *advocatus patriae*, humanista y familiar del Santo Oficio. El que quisiere representarse á lo vivo el estado del arte español de entonces, difícilmente le llamará «obra tan docta como inútil» (1).

La parte á que él mismo da más valor (2), una especie de canon sobre los cuadros religiosos, contiene, en efecto, cosas originales. Su propósito es (como su temperamento) crítico:

---

(1) Menéndez Pelayo, en su *Historia de las ideas estéticas*, II, rechaza este juicio superficial con profundos argumentos.

(2) El más ilustre y grande argumento de nuestro libro. I, 104.

quiere limpiar el hecho histórico de las impurezas que sobre él acumula el tiempo, y dar la verdadera idea de los antiguos. Su más alta ambición es que se le estime por digno de la alabanza de Petrarca á Homero en el Triunfo de la Gloria:

Primo pittor delle memorie antiche.

Ejerce también en ciertas leyendas populares, como la de San Jorge, Cristóbal, etc., cierta crítica molesta para muchos. La verdad está sobre el arte y hasta sobre los deseos de los devotos apasionados. «Los cuadros religiosos son un libro popular, pero deben ser un libro de verdad... Desgraciadamente, los artistas poderosos aman con harto ardor la libertad de sus ideas, arrojando con impaciencia el yugo de la razón; en sus obras hay más (*valentía*) que celo eclesiástico. Aquel grupo de Roelas pintado después por Rubens y Murillo, que representa á Santa Ana enseñando las primeras letras á su hijita, es heterodoxo, «porque María poseyó, desde que fué concebida, razón, libre arbitrio, contemplación y una ciencia infusa de lo natural y sobrenatural».

Hay que extirpar las tradiciones que sobre la Sacra Familia ha acumulado la Edad Media con sus anacronismos. La dulce leyenda de los dos niños Jesús y Juan es un aborto de simpleza é ignorancia (II, 276). Elogia á Durero, que nunca pintó los santísimos pies de María. «Loada sea la Santa Inquisición, que mandó corregir tamaña temeridad.»

Con esto nos priva, naturalmente, de algunas bellezas, pero no sin indemnizarnos. Conoce el *menú* del festín que los ángeles sirvieron á Cristo en el desierto (uno de sus cuadros). Puntualiza los instrumentos de flagelación por medio del hallazgo de reliquias auténticas. Describe al apóstol Pablo como si le hubiese visto (1). Parece tener el dón de ubicuidad. Sólo

(1) Paulo era pequeño, algo corcovado, calvo, de agradable expresión, de ancha nariz judía y larga barba gris; al ser decapitado, fué envuelta su cabeza en transparente velo, y le vendaron los ojos con la toca que le consagró Plautilla.

en consideración al fin didáctico de sus cuadros como libros populares, tolera desviaciones de la Historia, como por ejemplo, en ciertas actitudes de la Cena, y permite que se pongan mitras y tiaras á los obispos con el fin de que se les reconozca.

Si echamos una mirada á los tiempos que le siguieron, podremos calificar esta seudorreforma de caprichos extravagantes propios de un estrafalario, tan pronto nacidos como muertos. Este hombre honrado á carta cabal no sospechó que justamente la libertad había de traer la transformación más íntima y verdadera de la cultura española, que aún vive hoy con inmarcesible frescura. Tenía por perdida la pintura religiosa entre los artistas nuevos. «¡Cuán pocos están en estado de comprender siquiera estos mis testimonios (*documentos*)! ¡Oh! no hay esperanza de salvación.»

¿Cómo encargar el puesto de confianza de (*alcalde veedor de oficio de pintores*) del Santo Oficio á persona más digna de este empleo? Y así fué en el año de 1616 en la Sala Capitular. Su colega era Juan de Uceda. Tenían la misión de estudiar los cuadros religiosos que se exponían en la Feria y en las gradas de la Lonja, y dar parte al Santo Oficio de sus faltas y descuidos.

Nadie menos apto que él para el oficio de inquisidor. Tuvo á Durero, de cuya persona y obras se ocupó con la mayor prolijidad, por un severo católico, y llega á colocarle al lado de Juanes y de Vargas, conocidos por su ligero matiz de ascetismo. En unos treinta lugares de su obra cita al maestro Alberto, llamándole el grande y poniéndole al lado de los más grandes según la serie: Buonarrotti, Rafael, Durero. Nadie ha tratado, por lo común, con más afecto y veneración que F. Pacheco al genio de Nuremberg, si bien, por desgracia, echa de menos la *buena manera*. Este culto se fundaba en la impresión que sus grabados y talla la dieron de la limpieza del hombre. Para el sincero devoto será siempre inherente á la íntima manera el criterio religioso. Por esto pudo tener valor el parti-

dario de Martín Lutero como *católico* y *santo* para el fiel amigo de los jesuítas y clientes de la Inquisición; estos datos contradictorios no fueron tomados en consideración ante el hecho vivo de la pureza de su espíritu.

LOS RETRATOS

Más afortunados fueron los esfuerzos de Pacheco en lo que se refiere á la especialidad de retratos. Cultivó este ramo por su talento, sentimiento de la individualidad y amor á su patria. Los pocos retratos al óleo que de su mano se conservan ponen de manifiesto su relación con los retratistas de la corte. Vió cómo concluía su pariente espiritual Sánchez Coello los retratos en ausencia de los modelos (II, 139). Habla después de 150 miniaturas, entre las cuales señala como la mejor el retrato de su mujer, María de Párama, una tablita ovalada. Pero la parte más apreciable de la obra de su vida la constituyen los retratos de significados sevillanos, de los cuales pensaba publicar unos ciento después de hacer una selección.

Ya hemos hablado de aquella biblioteca de Argote de Molina. Rodrigo Caro escribió las biografías de los varones más renombrados de Sevilla; Pacheco quiso unir el retrato á la biografía. Cuenta que dedicaba las horas que otros destinan al ocio á la elaboración de estos retratos, «como un entretenimiento no impuesto». Reunió 170, entre ellos algunos de mujeres. Al finalizar el siglo la obra tocaba á su fin. El título es: *El libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*. En Sevilla, 1599. Los fué completando hasta su vejez.

Las hojas están dibujadas con lápiz negro y rojo *(dos lápices)* en ricos marcos que bosquejó con pluma á la tinta china en el tieso gusto del Renacimiento, que entonces privaba. Los emblemas indican la profesión de las personas. Los modelos eran grabados en madera, como la edición de Basilea de la

Elogia del Jovius (1577). El estilo tiene parecido con los dibujos de Ottavio Leoni, los cuales son incomparablemente más vivos. *El Padovano*, como él le llamaba, dibujó bajo Gregorio XV y Urbano VIII los más principales personajes de la corte y de la villa, con tiza en papel azul con luces blancas y rojos tonos de carne (II, 135). Conocidos son sus retratos de artistas de la obra de Bellori (1731). Pacheco estaba en favorables condiciones para la empresa por sus numerosas relaciones y su fuerte «órgano de reverencia». En efecto, el elemento eclesiástico sale muy favorecido (tres quintas partes del total). Figuran además siete poetas, tres pintores, dos músicos, un cirujano, un fundidor de bronces y dos caudillos de la guerra de Granada.

La autenticidad no es constante. Según su propia confesión (II, 143), dibujó en muchas ocasiones sólo por referencia, «para no privarles de tan honroso lugar». Otros parecen pintados de memoria; sin embargo, la mayor parte están copiados directamente. Los dibujos son de sobria y bonachona sequedad, rayana en lo cómico. La publicación fracasó por el coste de los grabados y la falta de buenos grabadores de cobre.

Las semblanzas *(epítome)* se componen de datos, dichos y anécdotas muy oportunos y dignos de nota. No sabríamos nada de los poetas de aquel tiempo más que sus versos, á no ser por él; y una parte de éstos se han salvado por su diligencia. Si comparamos su obra con las de sus sucesores, con la del sabio Nicolás Antonio, el autor de la *Biblioteca Hispana* (1672), y hasta con la de Fermín Arana de Varflora (hijos de Sevilla, 1791), tendremos que confesar que Pacheco no desmintió sus cualidades de artista; nos da, en vez de un incoloro artículo de diccionario, verdaderos retratos ricos de color é individualidad.

Según se dice, la obra fué repartida á su muerte entre varios aficionados; se extravió después, y estuvo largo tiempo escondida en un convento hasta que el abogado Francisco María Asensio la descubrió en Sevilla en 1864, comprando un tomo

con cincuenta y seis artículos por 800 duros. La historia novelesca de este rasgo de bibliófilo figura en su librito sobre Pacheco. Por espacio de diez y seis años anduvo perplejo antes de decidirse á publicar dibujo y texto en una magnífica obra de lujo fototípica.

PINTURA VENECIANA

El polo magnético del arte español parece encontrarse desde la Edad Media más bien hacia el Nordeste. ¡Qué serie de catedrales góticas de primer orden hasta bien entrado el siglo XVI, al lado del ya triunfante Renacimiento! Si abarcamos con la mirada su pintura, la balanza se inclina un poco en favor de los holandeses antes que de sus hermanos de Italia, tanto en el siglo XV como en el XVI. Por la misma razón les eran más afines las escuelas del Norte de Italia que las romano-florentinas. Ya vimos cuál fué su labor durante los tiempos que precedieron y siguieron á la entrada triunfal de Buonarrotti y Rafael. Pero apenas se ponen en relación y contacto con Venecia y Parma, la fortuna se pone de su parte. La Italia superior (*Gallia cisalpina*) no ha desmentido al lado de los elementos lombardos septentrionales su parentesco con la Francia meridional y Cataluña, tanto en el idioma como en la pintura. Allí valía más la naturaleza que el ideal, el color y la perspectiva que la forma y sus leyes, la gracia y el movimiento que la belleza, el lujo de la ornamentación que la estructura. El valenciano Ribalta y su discípulo Ribera estuvieron en Parma; los sevillanos adoptaron las doctrinas del lombardo Miguel Angel Amerighi; sin embargo, los primeros que supieron hablar al corazón de sus paisanos durante el apogeo del romanismo procedían de Venecia.

Las relaciones del pintor de Cadora con el emperador Carlos y su hijo (desde 1530) llevó á la Residencia gran número de obras maestras; Felipe trató de ganar al mismo Pablo Ve-

ronés para las obras de San Lorenzo. Los cuadros religiosos de Ticiano no debieron dejar de producir gran influjo sobre aquella tertulia de pintores confinados en aquel desierto. Casi simultáneamente con la muerte del Ticiano, en 1575, se pintaba en España en dos puntos independientes á la manera veneciana. El más autorizado de los nacionales en la colonia escurialense fué el navarro (?) Juan Fernández Navarrete, de Logroño (nacido hacia 1526), llamado «el Mudo» á causa de su temprana sordera. Como los romanistas andaluces, pasó el mejor tiempo de su vida en Italia y Roma; el cuadrito que entregó á Felipe II en prueba de su habilidad, el Bautismo de Cristo, pintado con finura, claridad y calor (Prado, 905), parecía completamente de la «escuela de Rafael». Encargóle luego el rey (1569) una serie de cuadros de grandes proporciones para San Lorenzo; figuras sueltas llenas de plasticidad, la mayor parte de severo dibujo y modelado, de bien estudiadas actitudes, y escorzos, de empastado débil, duro y frío como la naturaleza de sus montañas (?). Pero la invasión de las obras del Ticiano, la Cena, el San Laurencio, desataron la vena soñadora del colorismo. Mientras en su Santiago y en su Jerónimo (1570) trató de imitar á Miguel Angel, en la Sacra Familia (alto claustro) tuvo presente al Zuccaro (según C. Cort), nos sorprende en su Flagelación con una escena de la Pasión al estilo de la Coronación de espinas del Milanés; y el Entierro de San Laurencio es un eco del célebre nocturno de la iglesia de los jesuítas en Venecia y el Escorial. Pero cerca ya de los cincuenta abandonó su sistema, penosamente adquirido; manejó desde entonces el pincel como si hubiera estudiado en el Biri grande. Esta variación resalta más en sus seis parejas de Apóstoles que sobre montuosos paisajes pintó para los altares laterales del Escorial (1575-1578). Felipe II vióse en posesión de un vasallo que era más pintor que los que hizo venir á peso de oro de Italia. Pero «Ay, la vida toca á su fin y el arte apenas ha comenzado». El Mudo murió en 1579, y ninguno de los que vivían era capaz de tender su arco.

EL GRECO

El aplauso que hallaron los cuadros del *Greco* es una nueva prueba de la atracción que para los ojos españoles tenía la manera veneciana. Mientras en el Escorial el joven Navarrete pintaba por primera vez á lo Ticiano, aparece en Toledo un griego de Creta apodado como aquel hijo del barquero de Milo, Antonio Vassilacchi, el Aliense (ἁλιεύς, ¿pescador?), que se había hecho dueño de la pintura de la ciudad de las lagunas. Firmaba siempre en griego, menos el nombre, que le escribía en latín en vez de Kyriakos:

Δομήνικος Θεοτοκόπουλος Κρὴς ἐποίει.

Este hombre es tan notable por su genio pictórico y por el movimiento que introdujo en la pintura española, como por la degeneración sin ejemplo y casi enigmática en que rápidamente cayó. Hasta ahora sólo se le conoce desde su aparición en España. El lugar de su nacimiento y su aprendizaje están aún rodeados de obscuridad; pero debió de haber recibido una espléndida educación. Pacheco le conoció en su última edad; le llamaba «gran filósofo», lleno de ingenio y de oportunas sentencias; redactó un tratado sobre pintura, escultura y arquitectura. En su cuadro de la Expulsión de los mercaderes del Templo colocó abajo, en un extremo, cuatro medias figuras, de las cuales tres se reconocen á la primera ojeada: Ticiano, Miguel Angel, Julio Clovio; la cuarta es un joven de luengos cabellos que parece representar á Rafael. Rindió así un tributo de gratitud á los que le hicieron cual luego fué: dos muertos y dos ancianos.

El primer dato conocido de esta interesante existencia es su entrada en Roma en el año de 1570 y su visita á Julio Clovius el miniaturista, al cual el viejo Ticiano, su maestro, le había recomendado. Clovio escribe sobre él á su protector, el cardenal Farnesio, en Viterbo, hablándole de un autorretrato

del joven griego, que hizo sensación entre los pintores romanos, y le aconsejó que le diese una habitación en el palacio Farnesio. El retrato que allí pintó de Clovio (Museo de Nápoles) es tal vez lo más fino que de él se conoce. De estos sus primeros tiempos en Venecia y Roma proceden varios cuadros pequeños que pueden colocarse al lado de los mejores de la escuela veneciana. Si bien de fisonomía muy marcada, han circulado largo tiempo atribuídos á Ticiano, Pablo Veronés Bassano y al mismo Barocci. Sus ricas figuras animadas y movidas, historias del Evangelio, parecidos en los rasgos atrevidos y en los gestos al Tintoreto, pero más ricos de carácter y de color más pastoso. Se ve á lo lejos, sobre la plaza pavimentada de mármol, siguiendo una serie de palacios, por una puerta monumental, las montañas, lo que da un fuerte acento veneciano. Como algunas figuras demuestran, fué influído por Miguel Angel, y, lo que es más raro, le persiguieron antiguos recuerdos bizantinos en la invención y composición que más tarde renacen también en el colorido. Nos referimos á la Cura del ciego de nacimiento (en Palma y Dresde), la Expulsión de los mercaderes (dos veces en Inglaterra) y el Reparto de la túnica (antes en la Galería Maufrin) (1).

En el año 1575 aparece en Toledo, que no abandona ya (murió en 1614). El motivo de su llamamiento fué el retablo de la iglesia de Santo Domingo de Silos, cuyo marco arquitectónico y las estatuas son obra suya; el cuadro del centro, y el más importante, es la Asunción. El celebrado retablo de Frari aparece allí traducido al español. La Virgen extiende ambos brazos en extático arrobamiento. Los Apóstoles son montañeses de Toledo. La tempestuosa agitación de aquellas figuras del Ticiano ha desaparecido. Exteriorizan, como bue-

(1) Los tiempos italianos del Greco, todavía en la obscuridad, han sido estudiados por el autor en la primera edición de este libro, y más extensamente en la *Zeitschrift für Bildende Kunst*. N. F. VIII, 1897, f. Traducido ΑΡΜΟΝΙΑ επιστημονικον περιοδικον συγγραμμα, de K. M. Κωνσταντινοπονλος Athen, Marzo.

nos castellanos, sus impresiones, aun las extraordinarias, en lenta solemnidad con brazos y dedos. El cuadro tiene increíble fuerza de claro-obscuro, con lúgubres y ardientes colores arrojados sobre el lienzo.

Esta obra abrió al Greco el camino de la catedral. Invitado para pintar el cuadro principal de la recién edificada sala de la sacristía, resolvió ejecutar su Cristo en el Monte Calvario en gran tamaño. Cristo esta de pie en el centro en actitud de profunda resignación, con la mirada de sus brillantes ojos dirigida á lo alto; á la izquierda, más en segundo término, tres nobles mujeres; á la derecha, un hombre inclinado taladra la cruz. Detrás se agolpan las cabezas y bustos de la muchedumbre, que se agita con crujir de armas. El capitán, con la coraza, está á la derecha de Cristo; un esbirro recoge el manto rojo, á la izquierda. Pocas obras venecianas de entonces superan á este episodio en riqueza de carácter y estudio de fisonomías.

Sus principales y magistrales obras, colocadas en lugar preferente en las ricas iglesias españolas, dieron por primera vez la representación del arte del Ticiano, de su fuerza plástica, de su vida, en luz, color y naturalismo. Theotokopuli creíase un rey como colorista. Tuvo el honor de pintar al viejo cardenal arzobispo Quiroga (1).

Y desde entonces, y por espacio de más de cuarenta años, llenó la ciudad del Tajo y las iglesias de Castilla la Nueva con obras de altar, las salas de caballeros y prelados con retratos. Pero sólo en los primeros conservó la herencia veneciana. No pudo luego mantenerse á la misma altura. Embriagado por el aplauso, y faltándole una crítica sincera en colegas y aficionados de la misma altura, disgustado por la alabanza «pinta como Ticiano», por la cual se creía rebajado á la categoría de

(1) En la sacristía de la catedral de Valladolid. El de este mismo nombre de Ludovico Cornaro de la Galería Hamilton, actualmente en la National-Gallery, es una pequeña reducción.

imitador, buscó originalidad á toda costa; y como consecuencia persiguió la contraposición del gusto veneciano, en el que tanto prestigio alcanzara. Cayó en un estilo nuevo y nunca visto; más bien la caricatura de un estilo que en la mayor parte de los casos obscureció sus cualidades.

Sólo para los españoles de entonces conservaron sus cuadros el mismo atractivo. Cadavérico en el color, sombrío en el modelado, al pronto repele; pero si hacemos abstracción de sus extravagancias, notamos que sabe recoger casi como nadie tipos, caras, gestos, el aire de los caballeros, damas, consejeros, prelados, ascetas de entonces; muy impresionista, es verdad, pero con tal carácter como nadie aún había sabido trasladar al lienzo. El número de estos retratos revela que sus originales se reconocieron con satisfacción. En Santo Tomé se ostenta un gran retrato, que pasa extrañamente por su obra maestra, aunque es de su peor estilo. Una asamblea de caballeros enlutados de la corte de Felipe II asisten al sepelio del conde Orgaz, cuyo cadáver bajan á la tumba dos espíritus, en los cuales se reconoce á San Agustín y á San Esteban. «Los toledanos se reunían á menudo ante este cuadro para nuevos descubrimientos de retratos de caballeros.» En efecto: si contemplamos las tiesas y ceremoniosas actitudes, los rostros inmóviles y solemnes con que los caballeros revelan la impresión que les causa los aparecidos espíritus, y se recuerda cómo hubieran pintado tal asunto los italianos y holandeses, hay que confesar que el extranjero conocía á las mil maravillas el extravagante gusto de los españoles.

Aun hoy ejercen sus cuadros de mujeres y niños un raro encanto. Tenía, en efecto, en el Tajo (*espejo de rostros bellos,* Tirso) envidiables modelos. En las cabezas inclinadas hacia atrás de sus muchachos y muchachas, de largos cuellos; en los negros y deslumbrantes ojos, en la graciosa mueca de sus labios, en las redondas barbillas y en el caliente tono de marfil de la piel, ha hermanado la plenitud de vida é inocencia de la infancia con el germinar de las pasiones. Es insuperable el en-

canto melancólico de aquellas pálidas cabezas femeninas, con su insondable y soñadora mirada, tan pronto adornadas con mantillas de encaje como envueltas en monjiles tocas. Compréndense los versos del poeta respecto á las toledanas (1). Pero en la historia y figuras sagradas se entregó á aquel feroz amaneramiento que es difícil explicar si no se acepta una perturbación patológica.

No es menos extraño que sus rarezas hayan sido aplaudidas tanto tiempo. *Ya era loco*, dice hoy el sacristán cuando enseña sus retablos. No se ha visto nunca semejante ejemplo de extravagancia. Pero estos *crueles borrones* (Pacheco) son ricos en enseñanzas. Su pintura amorfa puede estudiarse como espejo y compendio de las degeneraciones pictóricas. Cautivo en locos ensueños, su pincel parece querer darnos la clave de los extravagantes íncubos de su caldeado cerebro. Modeló las figuras con febriles dedos como de cauchú, en doce tamaños de cabeza, y las colgaba en loco embadurnamiento, sin modelado, ni contornos, ni perspectivas, en asombrosas y simétricas filas, con agua azul y azufre como colores favoritos, sableando antes el lienzo de blanco y violeta negruzco. Es muy verosímil que en todo esto tomase parte una perturbación del órgano de la vista (como Turner en su vejez); las causas psicológicas ya están indicadas: afán de originalidad, megalomanía, afectación de bravura, miserias pasajeras y ofensas de que no se podía eximir el extranjero. Tales situaciones no son raras en la vida de los artistas, y en él encontraron terreno abonado en su naturaleza neuropática.

La suya necesitaba una presión atmosférica más fuerte que otras; encontróla en Roma y Venecia en el trato con aquellos

(1) Ojalá que la opinión
que da á España la hermosura
toledana, á la blandura
tratable, en mi humilde cara
su fama calificara!

TIRSO: *No hay peor sordo*, I.

poderosos á quienes pudo acercarse poco antes de su muerte. Encontró cuerdas sensibles para todo lo que constituye un buen pintor. En el ruinoso nido de rocas de Toledo cayó en el aislamiento (1).

Degeneró después: con tales palabras describe Ponz su nuevo estilo. La degeneración consiste en la pérdida de adaptabilidad artística y en la creciente impotencia para subordinar las formas de los objetos á las exigencias del asunto interpretado clara y dignamente, y á las reglas de la belleza y el decoro que consiguen el aplauso de los ojos normales.

Bien puede afirmarse que nadie mostró soberbia más satánica para burlarse con solemne y patética ironía de todo lo que llamamos naturaleza, arte y razón en todo lugar y en todo tiempo.

Este griego tan poco griego y aun tan antigriego, juzgado y discutido siempre como cerebro extraviado, ha gozado en nuestra era de reivindicaciones, de su rehabilitación. Los testimonios de ésta en boca de artistas y legos constituyen legión. En efecto, es un profeta de los modernos, á los cuales, en verdad, poco les ha dejado que inventar, incluso ciertas parodias parisienses del Banquete Evangélico, de carácter equívoco, vestidas á la moda. El azar hizo que en los tiempos de Felipe II madurase un fruto que difícilmente hubiera llegado á sazón en otros países de Europa. Porque en aquellos tiempos la tradición, la instrucción y el prestigio de las clases que protegían á los artistas tenían á raya á los temperamentos inclinados á la degeneración. Sólo cuando las reglas y la tradición cayeron en una especie de enconado menosprecio, y se dió la palma á los espíritus limitados y groseros, presentando los extravíos del momento como camino de salvación; desde

(1) Bien dicen que el Tajo hechiza
á quien beberle apetece,
que á los hombres *entontece*
y á las hembras sutiliza.

TIRSO: *En Madrid y en una casa.*

que los doctos predicaron al vulgo la esclavitud de los sentidos y la ciega sumisión á la fe, preparóse el terreno para toda clase de delirios, que había de extender y propagar la vanidad y el espíritu de imitación.

La crítica en este punto se considera incompetente, y deja la palabra al psicópata y al oftalmólogo.

Por esta complicada génesis de un fenómeno como el del Greco se explica también que, si fué maestro solicitado en todo tiempo, no hallase ningún imitador. Los que se señala como discípulos suyos le son muy desemejantes: sólo tomaron de él elementos y estímulos no contaminados de ningún germen patológico.

ESCUELA DE TOLEDO

Pedro Orrente de Montealegre, Murcia (nacido hacia 1570, muerto en 1644 en Toledo), trabajó en esta provincia y en Valencia. Es el único que muestra una acentuada manera veneciana tomada del Greco. En la misma sala para la que pintó el *Cuadro de las vestiduras* se ve su Milagro de Santa Leocadia, los Pastores, los Reyes, con vagas reminiscencias de Pablo Cagliari.

Pero después encontró en Bassano un género que tenía grande afinidad con el sencillo estilo de sus rimas populares, más que con las pomposas estancias del Veronés. El gusto por los paisajes, pastores é iluminaciones fué satisfecho casi exclusivamente por este Pontes, cuyo número aún hoy es allí grande. Así se explica la viva demanda por el Bassano español recientemente descubierto. Sus cuadros fueron imprescindible decoración de los camarines aun de los sitios reales. Son confundidos á menudo con sus modelos y hasta con el Tiziano, aunque los colores, más débiles y delicados, se neutralizan en un tono amarillo. Muchos poseen mayor contenido que los de sus originales venecianos; rara vez se echa de menos en ellos

inventiva y buenos asuntos de paisaje, íntima observación de la vida del campo (*novedad* y *capricho*), y pinta con más propiedad el ganado que todos los demás pintores, con excepción de los holandeses.

En los otros dos discípulos de la escuela de Toledo bórrase la descendencia veneciana. Las obras de Juan B. Mainos, un monje predicador de San Pedro Mártir, más tarde de la Corte de Felipe IV, son muy raras.

Gustó, según Martínez, la comodidad que le debió de haber quitado mucho tiempo. Sus obras capitales fueron las cuatro grandes *Pascuas* en la mencionada iglesia, las cuales se vieron reunidas en el disuelto Museo Nacional (1). En ellas es, á lo sumo, veneciano el acento naturalista y la riqueza pictórica de los ropajes; recuerdan al Greco los pequeños coros de ángeles. Se halla en él, además, gran perfección hasta en la brillante rotundidad del empaste, belleza del color y alegría, así como la tendencia á huir de las extravagancias del maestro, en lo posible. En ellas se advierte el diáfano aire de Toledo, que sutiliza y determina las formas de los objetos.

Trasladó al lienzo los sanos y vigorosos montañeses, en grupos pintorescos y con la flema de los cuadros de género, en trajes populares y caballerescos.

Su María es una lozana y rubia chata, con el color de rosa y leche de las muchachas del campo. Los vestidos morunos, flamencos y castellanos dan á estas escenas el tono local que en sus fisonomías muestran todavía hoy los multicoloros y medio moriscos toledanos. Es interesante, además, su semejanza, en la impresión del conjunto, con Caravaggio en su primera, buena y clara manera; nadie llegó tan cerca de los lombardos como este dominico español, hasta en su afición á las telas amarillas. Véanse sus magníficos soldados acorazados, de

(1) Sólo una, la Epifanía, llegó al Museo (núm. 3.116, c.). Las restantes fueron llevadas á los Museos provinciales, aunque en el Prado hay bastantes medianías que le pudieran hacer sitio.

centinela ante el sepulcro. Martínez le llama el discípulo de Caravaggio.

Algunos cuadros nos le muestran como buen retratista. En la galería de Don Sebastián se ve un rojizo rubio, con gorguera, que sin el rótulo se tomaría por holandés. El retrato de un jurista, Diego Narbona, grabado, según su dibujo, por María Eugenia de Beer, parece un Velázquez (1).

Más que de Maino hablóse de Luis Tristán (nacido sobre 1586, † 1670), á quien tuvo el mismo Theotokopuli por su mejor discípulo, según cuentan; si bien, como la rareza de sus obras pone de manifiesto, «la suerte no le recompensó con arreglo á sus méritos» (Martínez, 185).

No encontramos más huella del maestro en su pintura que las extensas proporciones, anchos pechos, pequeñas cabezas y fuerte musculatura de algunos desnudos.

El carácter que le atribuyen los libros es completamente soñado: en lugar de buscar sus obras auténticas, algo inaccesibles (sólo Stirlig considera que valen un viaje á Yepes), se han basado las descripciones de sus cuadros en los elogios del Greco y de Velázquez, así como en cuadros apócrifos de Madrid que se le atribuyeron, según esos mismos datos de referencia (2).

Su principal obra de Yepes, el altar de las monjas de Santa clara, en Toledo; la degollación del Bautista, en Carmen Descalzo (menos el grosero San Francisco del Louvre), dan de él una muy diferente idea.

Mientras el Mudo y el Greco, á nuestro juicio, eran coloristas, Tristán es un tenebroso. La luz chillona dirigida desde

(1) Frai Juã Bapt.ª maino, f. Galería del infante D. Sebastián en Pau, Nr. 674. Del raro grabado de la artista holandesa se conserva un ejemplar en la Biblioteca Nacional.

(2) Por ejemplo, el San Benito (núm. 2.124), copia fatigosa de un Greco; el retrato de un viejo (núm. 1.048), de un pintor influído por Tintoretto; un convento de monjes fantástico, restituído, con justicia, al genovés M. Magnasco; un retrato de Lope en el Ermitage, y otros.

lo alto delinea en claros contornos las principales figuras, cuyas sombras negruzcas se sumergen en el fondo obscuro. Sólo le faltó el arte de las masas; rompe las superficies por hacinados pliegues serpenteantes. Le gustan más que nada los vigorosos acentos de la forma y color, como en las iluminaciones. Sus historias sagradas tienen el rasgo nacional de seriedad y distinción; muestra habilidad en la invención y en los gestos; las cabezas son un poco insignificantes; las mujeres, sin embargo, no carecen de finura y gracia. Hombre de transición, no tiene ya el sabio dibujo de los amanerados, y sólo en parte el gusto de la naturaleza y de los modelos. En armonía con este modo de ser, le llamaron sus contemporáneos un «segundo Caravaggio», y Martínez llegó á afirmar que estudió con Ribera; pero Tristán pintó su obra más importante en Yepes, en 1616, cuando todavía trabajaba á sueldo para su suegro. El llegar Tristán por su solo esfuerzo á su claro-obscuro demuestra que, si no era un artista importante, tampoco lo era completamente obscurecido.

El busto del cardenal Sandoval en la sala de invierno del Capítulo de Toledo, uno de los mejores lienzos de aquella interesante galería de prelados, da un concepto favorable de él como retratista. La buena observación del artista muéstrase en el giro original de la cabeza, modelada en obscuros tonos negruzcos, en la mirada tranquila y penetrante de los grandes ojos obscuros del arzobispo, que parece meditar. Este fué el noble varón que socorrió con una pensión á Cervantes en sus postreros días.

CARLOS JUSTI

Por la traducción,
EDUARDO OVEJERO

SOBRE LA CONSECUENCIA, LA SINCERIDAD

En todos los órdenes de la vida vivimos cada vez más del crédito y cada vez menos del pago inmediato en dinero, ó cosa que lo valga, contante y sonante. Nos apoyamos en la autoridad ajena para no tomarnos la molestia de formarnos y afirmarnos una autoridad propia. El gran principio de la vida social moderna, sobre todo en nuestro país, es el principio de la delegación: lo delegamos todo. Y no son los que más truenan contra el autoritarismo los que menos buscan apoyarse en ajena autoridad.

En el libro I, «Fisiología de la guerra», de su notabilísima obra *Mi rebeldía,* y página 70 de ésta, dice D. Ricardo Burguete esta gran verdad: «La defensiva es una forma democrática: se confía en el esfuerzo común, y éste descansa en el mérito ajeno». Es indudable; las democracias, más que otra forma alguna social, descansan en la confianza mutua... en el esfuerzo ajeno. Cada cual echa el mochuelo al prójimo, y procura zafarse. El reconocer y afirmar que todos tienen derecho á gobernar no es para arrogarse uno el gobierno, sino para sacudírselo al prójimo. Y para esto nos hace falta que los demás sean consecuentes, es decir, que sean como nosotros les queramos hacer.

Todo ello es en gran parte resultado del principio de la diferenciación—mejor que división—del trabajo. Es lo que sucede con el perito ante los tribunales. Un juez á quien se le resiste dar una sentencia que cree justa, si se encuentra con un

perito que le ofrece un apoyo para la injusticia, aunque esté convencido de lo absurdo del informe del perito, se agarra á él, y diciéndose: «aquí que no peco, si dice un desatino, como es él quien lo dice, allá por su cuenta, yo siempre tendré en qué justificar mi acuerdo», falla contra su conciencia y á favor de su deseo. Nos es muy cómodo eso de los peritos para sacudirnos responsabilidades.

Vivimos de autoridad ajena; la autoridad de un publicista nos ahorra tener que pensar ó que estudiar. «Lo dijo Blas, y punto redondo.» Por mucho que protestemos contra esta sentencia, todos nos atenemos, más ó menos, á ella, y no menos los que más la censuran. La mayoría de las veces, cuando decimos de algo que la ciencia nos lo enseña ó nos lo demuestra, no queremos sino decir que nos lo enseña don Fulano de Tal ó don Zutano de Cual, que pasan por autoridades científicas. Todo esto es de clavo pasado. La inmensa mayoría de los españoles con título académico creen bajo autoridad, y no más que bajo autoridad, que la tierra gira en derredor del sol, siendo incapaces de aducir las pruebas de orden objetivo en que tal principio astronómico se asienta. Y no digo nada de otros principios menos conocidos.

Todo esto se ha dicho y se ha repetido mil veces; pero conviene decirlo y repetirlo aquí la vez mil y una, como base de las sencillas reflexiones que van á seguir.

Vivimos de crédito, de autoridad y de confianza, y por eso pedimos consecuencia al prójimo: para que no nos engañe, es decir, para que no engañe la idea que de él tenemos. Queremos que el prójimo se mantenga fiel al concepto que de él nos hemos formado, y hasta que se haga esclavo de esta nuestra representación de él. Y he aquí por qué predicamos consecuencia... en los demás.

Dígase lo que se quiera, hay dos morales: la del prójimo y la propia. Una es la conducta que pedimos sigan los demás para con nosotros, y otra la que queremos seguir para con ellos. No es raro encontrarse con ladrones que predican contra

el robo para que los demás no les hagan la competencia. Todo el mundo sabe la frecuencia con que unimos los términos de «bueno» y de «tonto», y cuán á menudo, al oir decir de uno que es un buen hombre, traducimos al punto que es un majadero. Un buen hombre es un hombre como nos conviene á los demás que sea, pero como ninguno de nosotros desearía ser; un buen hombre es un hombre bueno para los demás. En cambio hay muchos criminales á los que se les admira sin reservas. Tal es la pura verdad, sea ello bueno ó malo, que de esto no trato ahora. Y de la misma manera que pedimos á los demás otras cosas, les pedimos que sean consecuentes para con nosotros, que no nos salgan un día con algo que no esperábamos de ellos.

Hay, sin embargo, dos muy distintas consecuencias: la consecuencia en el ser y la consecuencia en el pensar, ó sean la consecuencia en el carácter, y hasta en los afectos, y la consecuencia en las opiniones. No siempre se siguen la una á la otra, y hasta me atrevo á afirmar, por muy paradójica que parezca á nuestros pobres diablos semejante afirmación, que en la mayor y la mejor parte de los casos ambas consecuencias se excluyen. Conozco espíritus singularmente constantes y consecuentes consigo mismos en medio del más vivo cambiar de opiniones y de ideas, así como conozco otros que predicando siempre el mismo sermón, enseñando siempre las mismas enseñanzas teóricas, apenas guardan afectos permanentes. «¿En qué consistirá—me decía un día un amigo—que R., que ha pasado por tantas opiniones, y á quien todos tachan de tornadizo y sin ideas fijas, sea uno de los hombres más fieles en sus amistades y afectos?» Y hube de responderle: «Precisamente en que no liga sus afectos á ideas abstractas ni esclaviza sus amistades á teorías; es un hombre y no una fórmula encarnada». Seguimos luego hablando de R., que se nos presentaba como el patrón de la inconsecuencia, y de P., modelo de consecuencia, y hube de añadirle: «La inconsecuencia de aquél no es más que aparente; está en sus ideas, no en su espíritu. No es

R., por fortuna para él y para sus amigos, y acaso para su patria, un intelectual; no ata y liga su espíritu á teorías y conceptos, sino que se sirve de éstos para manifestarlo; y en cuanto á su espíritu, á poco que estudie usted su vida pública, verá que ha sido siempre uno y el mismo, constante y consecuente. Es demasiado hombre para tener ideas fijas; tiene sensaciones inmediatas; lo abstracto se le escapa y odia lo técnico. En cambio, el respetabilísimo P., modelo de consecuencia, hace el efecto, no de un hombre, sino de una fórmula encarnada, y tú sabes á qué nimiedades descendió en su mejor obra».

Es una cosa que tengo muy comprobada la consecuencia moral de los inconsecuentes mentales, ó que así aparecen por lo menos; y por el contrario, cuán frecuente es que los consecuentes mentales inventen todo género de supercherías para justificar consecuentemente sus inconsecuencias morales. El hombre más fiel á sus principios, el más terco en sostenerlos, el más terriblemente consecuente que he conocido — ¡Dios le haya perdonado!, — fué un hombre que, habiendo sido muy buen amigo mío en la juventud, y sin que tuviéramos el más pequeño rozamiento personal ni el más leve agravio, llegó á negarme el saludo tan sólo porque yo no pensaba como él. El pobre era un fanático, y no fué acaso su terrible consecuencia lo que menos contribuyó á acarrearle la muerte.

Y lo más terrible es que no sólo exigimos á los demás consecuencia, sino entendida á nuestro modo. Hay quien llega á la satánica idea de rechazar al prójimo que no hace el bien por las razones en que él cree deben fundarse los que lo hacen, y así si sabe que un hombre benéfico no cree en los castigos y recompensas de allende la tumba, frunce el ceño, arruga el hocico y dice:—¡Hm! no hay que fiarse en las buenas obras de ese sujeto. Las virtudes de los paganos no eran virtudes verdaderas, sino aparentes—lo dice, entre otros, San Agustín,—cuando no pura soberbia y ostentación. Someto yo ahora á la piadosa consideración del lector si no es mayor falta de humildad y sobra de soberbia y presunción, que no la de los antiguos

paganos, la de decir: «quien no haga el bien por las razones que yo creo debe hacerse, no lo hace con perfección; quien no ponga á sus virtudes el fundamento este, no tiene sino virtudes aparentes y falsas». Por mi parte, me ocurre que antes desconfío del que busca las razones por las que me beneficia que no de aquel otro que me beneficia sin buscar razones. El intelectualismo ético es el peor de los intelectualismos todos, y si alguna vez he temido que se me anegara la conciencia moral, fué leyendo la teología moral de San Alfonso de Ligorio, por lo cual la dejé de lado.

Lo más triste de todo es que solemos comprar la consecuencia á precio de la sinceridad, y que á trueque de aparecer ante los demás como les hicimos esperar que apareceríamos, nos hacemos traición á nosotros mismos. Ser consecuente suele significar las más de las veces ser hipócrita. Y esto llega á envenenar las fuentes mismas de la vida moral íntima.

Conozco un caso terrible, verdaderamente terrible, de esta insinceridad por orgullo de consecuencia. Figuraos un hombre que detesta y ha detestado siempre á los vividores políticos, á los que se sirven de las ideas para medrar y que rinde ferviente culto á la consecuencia y la convicción. Este hombre se enamoró de unas doctrinas por la brillantez con que sus maestros las exponían, por lo romántico de ellas, porque iban contra la corriente general, porque se prestaban mejor que otras á los arrestos de su juventud. Con ellas salió al palenque, con ellas logró una autoridad y un prestigio. Y le tenéis ya esclavo de este prestigio y de esta autoridad. Pasan los años, y con ellos los ardores juveniles; vienen desengaños y madureces; acaba por convencerse de la vacuidad de sus primeras doctrinas, y á partir de ellas ve que por natural evolución le nacen en el espíritu otras de que abominó. ¿Va á declararlo? ¿va á mostrar su cambio íntimo? ¡Imposible! Aparecería como uno de tantos, como uno de aquellos á quienes fustigó. Y ahí le tenéis queriendo sugestionarse una consecuencia pegadiza, prisionero de su pasado, esclavo de sí mismo. ¡Ah, si

le dierais un medio de que, sin sufrir el menor daño su buen nombre y su crédito de consecuente, pudiera mostrar las entrañas de su espíritu y no se viese forzado á sugerirse lo que se le resiste ya! ¡Si pudieseis libertarle de sí mismo! No habría más medio que cambiarle de ambiente, echarle á otro mundo, donde nadie le conociera y donde á nadie conociera él. Resurgiría.

Esto del otro mundo me recuerda el llamado Nuevo Mundo, el de allende el océano, y con él ciertas palabras de un norteamericano que trae P. Bourget en su obra *Outre-mer*, y que dicen: «Nosotros los americanos tenemos de bueno el no tener en cuenta el pasado de los hombres. Creemos que jamás es un hombre demasiado viejo para recomenzar su vida, y no vamos á buscar en lo que fué con qué impedirle ser lo que es ó lo que será». ¡Nobles palabras! Pocas fes hay, en efecto, más fecundas ni más nobles que la fe de que nunca es uno demasiado viejo para recomenzar la vida y para sacudirse del hombre viejo que le esclaviza. Porque el hombre viejo está más bien fuera que dentro de nosotros; el hombre viejo lo alimenta y sostiene la sociedad que nos rodea y nos lo impone.

Antes de ahora he tenido ocasión de citar aquella ingeniosísima ocurrencia del humorista yanqui Wendell Holmes respecto á los tres Juanes. Cada uno de nosotros lleva en sí tres Juanes: Juan tal cual es, Juan tal cual se cree ser y Juan tal cual le creen los demás. Y sobre las mutuas acciones y reacciones de estos tres Juanes cabe muy sutil indagación. Somos, en efecto, de un modo; creemos ser de otro, y los demás nos creen de otro. Mas lo que cabe afirmar es que la idea que cada cual de nosotros se forma de sí mismo está influída por la que los demás se forman de él más aún que ésta por aquélla.

Juan tal cual es, el Juan primitivo y radical, podrá vivir preso de Juan tal cual él se cree ser, pero vive mucho más preso del Juan que los demás se han forjado. Los diversos conceptos que de cada uno de nosotros se forman los prójimos que nos tratan vienen á caer sobre nuestro espíritu y acaban por

envolverle en una especie de caparazón, en un duro dermato esqueleto espiritual, en una recia corteza. Es la corteza de la consecuencia bajo la cual se agita y revuelve un pobre espíritu que no puede romper con la sinceridad la consecuencia. Antes de hacer ó decir algo reflexiona si es lo que de él esperaban los demás; y para seguir siendo como los demás le creen, se hace traición á sí mismo; es insincero.

Hay, sin embargo, algo que puede parecer insinceridad y que es forzoso y obligado; hay un principio de exageración ó de énfasis que es necesario en la vida. La absoluta llaneza viene á ser absurda, porque no acomoda nuestros dichos ni nuestros actos al fin que con ellos nos proponemos.

Cuando uno habla, habla para que le oigan y no para oirse á sí mismo, y por ello no basta que su voz llegue distinta y clara á sus propios oídos, sino á los oídos de los que le escuchan, también distinta y clara. Si hablamos en medio del silencio y el que nos oye es fino de oído, no necesitamos esforzar la voz; pero si hablamos en medio de barullo ó á alguien que sea de oído torpe, nos es preciso esforzarnos y alzar la voz. Creo que no habrá lector alguno que no esté de acuerdo con esta observación empírica, ni le habrá que vea en ella una paradoja; siquiera por esta vez, convendrán todos en que estoy atinado y feliz. Pues bien: siempre que hablamos á otro hay algún barullo en el interior de este otro, siempre tenemos que calcular el desgaste que nuestra expresión sufre en la transmisión al prójimo y al ser por éste recibida, y en consecuencia tenemos siempre que reforzarla. El que nos oye tiene otras preocupaciones que no las nuestras, otras ideas, otras atenciones; y como nuestras palabras van á romper el curso de sus pensamientos y acaso á desviarlo, nos es forzoso darlas énfasis, exagerarlas, para que las reduzca á sus debidos términos.

Todo es teatro, y en el teatro, si se sirve sopa, conviene vaya hirviendo, para que, al ver desde los más lejanos puestos el vaho del hervor, puedan decir: «en efecto, es sopa caliente».

Los actores que propenden á la naturalidad—una naturalidad casi siempre afectada, es decir, no natural,—y sacrifican á ella el énfasis, corren el riesgo de que se les grite desde el fondo de la cazuela ó del patio: «¡más alto! ¡que no se oye!»

Porque, en efecto, si nos ponemos dos amigos á conversar, y de pronto se nos dice que continuemos nuestra conversación, pero de tal modo que nos la oigan dos ó tres mil personas desparramadas en un vasto salón, nos es imposible variar la intensidad de la voz sin variar su tono.

El teatro exige énfasis, y lo exige la vida. Al que se empeña en ser absolutamente natural no se le oye, y la tan decantada naturalidad de los clásicos suele serlo de afectación.

La misma necesidad y la misma justificación que el énfasis ó la hipérbole, tiene la paradoja. La paradoja suele ser el modo más vivo y más eficaz de transmitir la verdad á los torpes y á los distraídos, y sobre todo al pueblo. La paradoja, la hipérbole y la parábola eran los artificios retóricos de que usó el Cristo en sus enseñanzas. Como hace notar muy bien Holtzmann en su *Vida de Jesús (Leben Jesu)*, en el Evangelio abundan las paradojas, bastando con citar aquí la de que es más difícil que éntre un rico en el reino de los cielos que enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, y que quien quiera salvar su alma la perderá.

Y ofrecen una ventaja las paradojas del tipo de esta última, de construcción antitética, y es que son convertibles. Lo mismo que se dijo que quien quiera salvar su alma la perderá, puede decir que quien quiera perder su alma la salvará. No sé si fué Pascal el que, encontrándose con el dicho de que el hábito es una segunda naturaleza, lo retrucó y dijo que la naturaleza es un primer hábito. En cierta ocasión dije que el corazón ve muy claro, aunque no ve lejos, y lo mismo pude haber dicho que ve muy lejos, aunque no muy claro. Y combinando ambas proposiciones, que es el corazón miope y présbita á la vez, que ve lo de muy cerca más claro que la cabeza lo ve y que ve mucho más allá que ésta. Ventajas del método paradójico.

Algo de paradoja es también pedir ó sinceridad en la consecuencia ó consecuencia en la sinceridad. Todo menos sacrificar la una á la otra; y si se pusieran en conflicto, poner siempre la sinceridad sobre la consecuencia.

Claro está que sólo defiendo aquí la inconsecuencia que arranca de sinceridad, los cambios de expresión que son reflejo de íntimos cambios de pensar, y de ninguna manera la inconsecuencia del vividor. Aunque en realidad los más de los que se dice que cambian de ideas nunca las han tenido.

Hay, por otra parte, que andarse con ojo con los de la sinceridad, pues la del momento no es la permanente, ni todo lo que se nos ocurre en un caso dado es reflejo de nuestro carácter propio. Miles de veces se nos pesa de la sinceridad de sopetón, de la sinceridad explosiva; no todo lo que se nos ocurre brota de nuestras entrañas estadizas. Hay, pues, una cierta consecuencia en la sinceridad y una especie de sinceridad que es, en el fondo, inconsecuente, como hay una consecuencia y una inconsecuencia insinceras.

Ha de ser, además, nuestra consecuencia la nuestra, y no la que nos dicten los demás.

Nuestros pensamientos y nuestros actos se siguen ó *con-siguen—consequunt*—unos á otros y entre sí en virtud de un seguimiento ó consecuencia—*consequentia*—propia, según ley interna, y no á medida de la consecuencia que para ellos quieran establecer los otros. De los principios que yo asiento, yo concibo y yo siento, nadie mejor que yo saca las naturales consecuencias; ó, mejor dicho, mis principios en ningún espíritu se desarrollan mejor hasta sus más naturales consecuencias que en mi propio espíritu, en que nacieron. Nada conozco más ridículo que ese tan socorrido artificio polémico que se reduce á decir: «si fuera lógico, sacaría de sus principios estas ó las otras consecuencias»; ó esto otro: «los positivistas—y quien dice positivistas dice cualesquiera otros terminados en -ista,—por una feliz inconsecuencia...», etc. ¿De cuándo acá ha de saber mejor que yo mi adversario cuáles son mis principios y si

de ellos he de sacar las consecuencias que saca él ó las que yo les saco? «¿Usted niega el libre albedrío?—me dice uno de esos razonadores á tenazón.—Luego usted niega el derecho á castigar y premiar.» A lo que sólo cabe replicar esto: «Eso sería así si yo diera al derecho de castigar y premiar el fundamento que usted le da»; ó aún podría decirse esto otro: «¿Usted afirma el libre albedrío? Luego usted niega la utilidad del premio y del castigo».

Y ahora vengamos á una funesta confusión que se establece entre el político y el escritor ó publicista, entre el hombre de acción y el hombre no más que de palabra.

Que á un político, á un hombre que ha de tratar de llevar á la práctica sus ideas y de aplicar sus teorías, se le exija consecuencia en éstas, se comprende; pero no á un pensador, escritor ó publicista.

Hay el inventor de máquinas, el fabricante de ellas, el comerciante y el que las aplica; uno inventa el arado mecánico, otro lo fabrica, lo vende otro y otro ara con él. Dejemos por ahora fuera de cuenta al fabricante, suponiéndolo uno con el inventor, y tendremos tres entidades. Y lo mismo sucede con las doctrinas, teorías é ideas: hay quien las inventa, quien las vulgariza, pone en circulación y vende, y quien las aplica cuando son aplicables.

Al que las aplica es justo que se le pida consecuencia en su aplicación, y que no esté cambiando de máquinas á cada momento; justo es también que se le pida probidad comercial á quien las vende; pero al que las crea, ¿qué quiere decir el pedirle consecuencia con sus invenciones? Tanto valdría condenar al que ha inventado un mecanismo á que no invente otro distinto, tal vez para opuesto empleo, ó que mejore su primer invento. Es ridículo, soberanamente ridículo, pedirle consecuencia á un puro pensador.

Acusábanle en cierta ocasión á un escritor de inconsecuencia, y contestó: «No voy para estatua». Y al pedirle explicación de ello, dijo: «La estatua perpetúa á un hombre ó su

figura en un momento y en una postura dada: ó adolescente, ó adulto, ó viejo, ó decrépito; sentado ó de pie; en actitud de callar ó de hablar, de dolor ó de alegría, etc. Y yo, si hubiera de perpetuarse mi figura, preferiría fuese, á ser posible, en un cinematógrafo que abarcara mi vida toda. Y en los estudios mismos biográficos los hay escultóricos como los de Taine, cuyo Napoleón es estatua en postura sintética, y los hay cinematográficos. Prefiero éstos. No soporto á los hombres de una sola pieza».

Un gran espíritu, un hombre que conservó lozana y fresca juventud hasta en la avanzada vejez á que murió, D. Federico Rubio, decía en el epílogo de su libro sobre *La mujer gaditana*: «Huyo de lecturas ajenas cuando medito. Huyo de lo que yo mismo he dicho. No quiero la sugestión ajena ni la propia. ¿Veo como antes? Bueno. ¿No veo como antes? Mejor. No me duele lo inconsecuencia. Que el lector escoja una ú otra opinión, ó que se quede sin ninguna. Si le hice pensar con mayor acierto, ¿qué más quiero?» Y otro hombre que todavía vive y que, aun habiendo pasado de setentón hace más de cuatro años, conserva el espíritu más joven que muchos jóvenes de treinta, decía que al concluir cierta obra se encontró con que pensaba respecto á lo en ella tratado de una manera muy diversa, acaso contraria, á como pensaba al emprender á escribirla.

Y no fué poca ventaja, pues así no sólo hizo la obra, sino que ésta le hizo á él. El pensamiento se hace según se piensa, y el espíritu sincera y sanamente enamorado de la verdad no puede saber nunca de antemano adónde han de llevarle sus pesquisas.

No hace falta sino indicar, por ser muy conocido, lo que dice Emerson en su ensayo sobre la «Confianza en sí mismo» *(Self-reliance)*: «Supón que tengas que contradecirte: ¿y qué? Parece ser regla de sabiduría que jamás te apoyes en tu memoria tan sólo, ni aun apenas en actos de pura memoria, sino que traigas el pasado á juicio ante el presente de mil ojos, y vivas

siempre en un nuevo día... Una necia consecuencia es el fantasma de los espíritus estrechos, adorada por los pequeños estadistas, los filósofos y los teólogos. Un alma grande sencillamente no tiene nada que hacer con la consecuencia. Tanto habrá de cuidarse de su sombra en la pared». Y todo lo que sigue.

Walt Whitman, el poeta yanqui, cuyo desdén á la consecuencia es conocido, decía: «¿Que me contradigo? Pues bien, ¡me contradigo! Soy amplio, contengo muchedumbres». Y no cabe duda: las almas de los que no se contradicen deben de andar muy cerca de ser simples con la simplicidad de los elementos químicos, ó, á lo sumo, no más complejas que un compuesto orgánico. Cuanto más simple un cuerpo, más inalterable es.

De nuestras cabezas puede decirse lo que decía Joao de Deus de la de Rapozo, á quien no cabía meterle en los cascos el vislumbre de una idea:

> Como?... por onde? Impossivel!
> Se é um todo irreductivel!
> Se é todo o atomo puro,
> E typo de quanto ha duro!

Nada más consecuente, en efecto, que el átomo puro: el de oro siempre oro, y siempre hierro el de hierro.

La consecuencia en el pensar sólo la conservan esos espíritus simples que empiezan por la tesis, siguen por la respuesta á las objeciones y pasan luego á las pruebas; los que discurren abogadescamente en defensa ó en impugnación de una doctrina previa. La consecuencia en el pensar no cabe más que en el dogmático, en el que conserva la mente en equilibrio estable; es decir, petrificada.

Y suelen ser esos abogados de la filosofía, esos espíritus al servicio de un dogma ó de un principio fijo, los que más truenan contra los sofistas, contra los abogados tornadizos que hoy defienden el pro y mañana el contra, siempre por la pi-

tanza. Rencillas de oficio, porque tan abogados son los unos como los otros; los dogmáticos lo son tanto como los sofistas. Son los unos los dogmáticos, como abogados al servicio y á sueldo del Estado, con retribución fija y de por vida, jubilación y hasta viudedad para sus mujeres si ellos se les adelantan en morirse; y son los otros, los sofistas, como abogados de libre ejercicio, á merced del público y atentos á defender los intereses del primer cliente que la fortuna les depare. Y es de ver cómo se juzgan los unos á los otros, cuando de Juan á Diego no va un dedo. Por mi parte, declaro que siempre he visto en el fondo de todo dogmático un sofista, y en el fondo de todo sofista un dogmático. Y vamos de paradoja.

Puesto á elegir entre unos y otros, entre dogmáticos y sofistas, declaro que me quedo con estos últimos. Los antiguos sofistas, los sutiles sofistas griegos, fueron grandes agentes de libertad mental; enseñaron á jugar con las ideas, á perderlas el respeto; enseñaron que las ideas son para los hombres y no los hombres para las ideas. Son incalculables los servicios que en todo tiempo y en todo país rinden los sofistas al espíritu público; sin ellos caería éste bajo la barbarie del dogmatismo, y estancándose en ella la podriría. Sin los abogados en libre ejercicio, con bufete abierto al público, por perniciosos que ellos sean al progreso de la república—y lo son mucho,—sin esos abogados serían irresistibles los otros, los que están al servicio del Estado, como jueces, magistrados, fiscales, abogados del Estado, etc., etc., y que son más perniciosos aún que los primeros para el progreso de la república.

Mas dejando á dogmáticos, sofistas y abogados al servicio del público ó del Estado, y volviendo á la consecuencia en el pensar, consecuencia que exige y tiene derecho á exigir el cliente en el abogado que paga por lo que á su pleito respecta, es evidente que en un pensador sano y sincero la consecuencia se reduce á la continuidad en el pensar, á que sus pensamientos surjan natural y vivamente los unos de los otros, aunque el término de la serie discrepe diametralmente del

principio de ella. Puede pasarse de un color á otro cualquiera por gradaciones insensibles del espectro. La continuidad es la verdadera consecuencia del espíritu; un pensamiento continuo es siempre consecuente. Y no ya continuo con la continuidad formal lógica, con continuidad didáctica y externa, de las que van por 1.°, 2.°, 3.°, A, B, C y a, b, c, sino con continuidad sustancial psíquica, con continuidad inventiva é interna, con la continuidad que da la asociación de ideas y que se ve en una oda de Píndaro ó de Horacio, á pesar del aparente desorden lírico; con una continuidad estética, en fin.

Dice Kant: «Cabe que se rompa la exposición filosófica en algunos pasajes—pues no puede aparecer tan rígida como la matemática—mientras no corra el menor riesgo la contextura general del sistema, considerado como unidad, sistema para cuyo examen, si es él nuevo, pocos poseen agilidad de espíritu, y menos aún gusto para ello, porque toda novedad les molesta. Hasta es posible eliminar las contradicciones aparentes que surgen al comparar entre sí paisajes aislados, desgajados de su conjunto, sobre todo en obras que se siguen en libre discurso; contradicciones que á los ojos del que se fía del juicio ajeno dañan mucho á la obra, pero que se resuelven fácilmente para el que se ha adueñado de la idea en conjunto. Si una teoría tiene sostén propio, la acción y la reacción que le amenazaron con grave peligro en un principio, sólo sirven con el tiempo para pulir desigualdades; y si se ocupan en ella hombres de imparcialidad, de juicio y de verdadera popularidad, le dan pronto la debida elegancia.»

Dice el teólogo Ritschl: «Es una experiencia que se repite á cada nueva acuñación de la verdad cristiana, que aquellos á quienes les sabe el vino viejo mejor que el nuevo ejercitan su saber en entresacar los elementos de la nueva concepción que les chocan, y el combatirlos vivamente como puntos de doctrina aislados sin penetrar primero en el contexto de la nueva doctrina. En los más de los casos, los prematuros refutadores de particularidades son tan poco capaces como poco

voluntariosos para ello. Si el representante de una nueva concepción general se deja llevar á rebatir semejantes refutaciones fragmentarias, corre riesgo de deshacer en puros detalles su adquisición, cuyo valor estriba en la totalidad de su sentido, detalles en que no se ve bien su relación al todo. Lutero entró á luchar por aquella su convicción que se apartaba de la opinión tradicional, antes de que hubiese establecido y articulado la concepción total del cristianismo como tal. Se dejó llevar por sus adversarios á disputas sobre puros detalles, sin que los haya compensado nunca mediante una exposición sistemática de su concepción del Evangelio.»

Darwin dice: «Si me dice usted que no puede dominar la serie de pensamientos, bien sé yo que son demasiado dudosos y obscuros para ser dominados. A menudo he sentido lo que usted llama sentimiento deprimente, de verme más envuelto en dudas cuanto más meditaba en los hechos y examinaba puntos dudosos. Consuélome, sin embargo, con el porvenir y con la firme fe de que los problemas en que no hacemos sino entrar han de ser resueltos un día; y con sólo que preparemos el terreno habremos hecho un servicio, aunque no podamos cosechar.» «Concedo que hay muchas dificultades que no pueden explicarse con mi teoría del origen por modificación; pero me es imposible creer que una teoría falsa explique tantas clases de hechos como, á mi entender, los explica. En este suelo echo el ancla, y creo que irán desapareciendo poco á poco las dificultades» (1).

Renan dice: «Ruego al lector considere este libro, no por una página aislada, sino por su espíritu general. Este no puede expresarse más que con el sucesivo diseño de diversos pun-

(1) Estas tres citas no son aquí y en este caso directas, sino que están tomadas las tres del tomo segundo de la *Kritik der reinen Erfahrung* (Crítica de la experiencia pura), del Dr. Ricardo Avenarius, uno de los más extraordinarios filósofos de nuestro tiempo, y tan poco conocido entre nosotros como el prestigiosísimo teólogo Ritschl, autor de una obra sobre la justificación y la redención y de una historia del pietismo.

tos de vista, cada uno de los cuales no es verdadero más que en el conjunto. Una página sola tiene que ser forzosamente falsa, porque no dice más que una cosa, y la verdad es el compromiso entre infinitas cosas» (1).

Estas cuatro citas me ahorran otras consideraciones para aquellos de mis lectores que no estén poseídos por la barbarie escolástica á la española y que sepan ver en una obra de pensamiento, no un mecanismo articulado lógicamente y que se mueva como por resorte, sino un organismo trabado vitalmente, con las internas discordancias con que suelen brotar los organismos y que la vida misma elimina y corrige. Hasta tal punto hay una consecuencia y continuidad íntimas en procesos al parecer inconexos y llenos de contradicciones, á la vez que otros se nos presentan con rigor de engranaje y por dentro carecen de verdadera alma, de principio de unidad profunda, que conozco libros de historia plagados de errores de detalle, llenos de fechas equivocadas y de hechos falsos y que están, sin embargo, henchidos de verdad y de vida, mientras los hay —ahora me acuerdo de uno, de Jansen—en que cada hecho, cada fecha, cada referencia, cada cita, ha sido escrupulosamente comprobada, y que sin embargo no nos ofrecen más que una monstruosa mentira y una muerte. Estos últimos libros no mienten por lo que dicen, sino por lo que dejan de decir; no mienten con los hechos, sino con el modo de agruparlos. Su continuidad es una continuidad mecánica, la de un sistema de poleas, no una continuidad orgánica, la de un sér vivo. Suelen ser, de ordinario, las tales obras, obras de abogado.

He pasado aquí de tratar de la consecuencia en una persona, de la consecuencia en sus ideas ó entre éstas y sus actos, á tratar de la consecuencia lógica en las obras que los hombres

(1) Tampoco esta cita es directa. La tomo del libro *Mi rebeldía*, de don Ricardo Burguete, libro notabilísimo y lleno de espíritu, que es mejor que estar lleno de inteligencia, aunque abunda en ésta.

escriben, de esa consecuencia que consiste en que aparezcan debidamente conexionadas las ideas que las componen y sin contradicciones internas. Una y otra consecuencia tienen grandes afinidades entre sí. Combatir una obra filosófica buscando en ella contradicciones, me parece tan pueril como combatir á un hombre por inconsecuente. Y de ordinario las tales inconsecuencias no existen más que en la mollera de quien las denuncia. Se comprende que los abejorros, que no pueden ver una catedral desde la distancia necesaria para abarcarla en conjunto de una sola ojeada, maten la vida revoloteando en derredor de sus pináculos, flechas, agujas, contrafuertes y arbotantes y señalando las contradicciones que entre éstos notan, y cómo unos empujan para dentro, otros para afuera y hacia abajo otros.

Volviendo á la consecuencia en el hombre, debo añadir que sus más entusiastas defensores son los que creen que los hombres debemos estar al servicio de las ideas, y no éstas á nuestro servicio. Y aunque son ya muchas las veces en que he sostenido mi cada vez más fuerte convicción de que el hombre es superior á las ideas, y éstas sirven para servirle antes que él para servirlas, vuelvo á mi tema favorito.

Cabe, en rigor, sostener que cada uno de nosotros lleva dentro de sí muchos hombres, mas por lo menos dos: un yo profundo, radical, permanente, el yo que llaman ahora muchos *subliminal* — de debajo del *limen* ó nivel de la conciencia,—y otro yo superficial, pegadizo y pasajero, el *supraliminal*. Y del mismo modo tienen las ideas una superficie y un dentro, una cáscara y una almendra, un continente y un contenido. Lo que llamaba Fouillée la idea-fuerza es, en realidad, el contenido de la idea, su entraña. Cuando nos servimos de una idea general, sea la de fuerza, su entraña, su contenido vivo es la obscura masa de sensaciones concretas que en nosotros despierta, el vago recuerdo de esfuerzos sentidos, la muchedumbre de impresiones de que ese concepto abstracto brotó. Lo otro, el concepto lógico de fuerza, tal cual pueda defi-

nirse en un tratado de física ó de metafísica, no es más que una cáscara para someterla, con otras, á *solitarios* lógicos, á combinaciones dialécticas. Cuando oigo hablar de substancia, se me despiertan obscuras reminiscencias de substancias concretas, de la substancia del caldo, de lo substancioso de un cocido, de lo insubstancial de un escrito, de la substancia de la carne, etc. Lo otro, la definición metafísica de la substancia, sirve para escamoteos dialécticos tan burdos como aquel de suponer que puede subsistir una substancia separada de sus accidentes todos. La substancia de las ideas, su carne, su entraña, es lo que lleva elemento motor y elemento sensorial, lo que puede ó movernos á acción ó provocar sensaciones. Todo lo demás son mondaduras y peladuras lógicas.

Pues bien: el hombre exterior, el que nos forman los demás, el debido á los juicios ajenos, el que nos impone la sociedad que nos rodea, el yo en que á mi yo íntimo han envuelto aquéllos con quienes vivo, ese yo opera con ideas superficiales, con conceptos lógicos, que son los transmisibles. Cuando ese mi yo pegadizo y pasajero le habla á mi prójimo de Dios, no puede darle la impresión que este vocablo en mí despierta, el contenido de él, el mundo de impresiones y sensaciones que en mí despierta el nombre de Dios, contando entre ellas la de aquel venerable anciano, de luenga barba blanca, tendido entre nubes, encima de Cristo, de la Virgen y de la paloma, tal como se me presentaba de niño en el altar mayor de la parroquia. Este contenido del concepto baja á vivificar el contenido de mi espíritu, y ambos contenidos son intransmisibles por la palabra.

En ese hombre interior, donde se cumplen las misteriosas fusiones de la vida espiritual, no es fácil distinguir la entraña del hombre mismo de las entrañas de sus pensamientos, porque de éstas está formado; el contenido del concepto de Dios se funde allí con mi propio contenido. Refiriéndonos á tales honduras, no cabe hablar de ideas y de espíritus como cosas distintas; allí una idea es un espíritu ó parte de él, y allí nues-

tro espíritu es una idea, la más compleja, la más viva, la más real, por ser la más ideal. Pero saliendo de allí y refiriéndonos á esta vida social en que vemos cortezas de ideas despedidas y recibidas por cortezas de hombres, aquí ¿en virtud de qué han de sujetarse los hombres á las ideas? No veo la razón de que nos dejemos escacharrar los hombres por las ideas, y nos rompamos la corteza para que ellas se mantengan enteras y no se les vaya el contenido por las hendiduras de rotura alguna.

*
* *

Si hay entre los que lean este ensayo algunos que me hayan seguido desde que empecé á lanzar al público el resultado de mis reflexiones y de mi vida interior, no faltará seguramente entre ellos quien crea que todo esto no es más que una apología ó defensa de mi propio proceder. No lo niego. Estoy profundamente convencido de que no tiene eficacia ni valor sino lo que arranca de la propia vida concreta.

Si cuando combato algún vicio, algún absurdo modo de pensar ó sentir, no tuviese ante los ojos interiores á tal ó cual sujeto vivo que sufre del vicio ese ó piensa ó siente de la manera absurda que combato, no valdría lo que escribo ni la centésima parte de lo que vale, valga lo que valiere. Y no lo hago por molestarle ni combatirle, y hasta me importa poco que quien me sirve de modelo no lo sepa; lo hago por dar vida á mi obra.

Pues bien, no niego que la doctrina desarrollada en este ensayo la he sacado de donde se sacan todas las doctrinas vivas: de mi propia experiencia. Si llego algún día á escribir una historia de mi pensamiento — historia que deberían escribir todos los que escriben para el público,—allí mostraré cuán continuo, cuán consecuente ha sido en mí. Mirando las cosas desde fuera, desde donde sólo se ven envolturas ó cacharros de hombres y envolturas ó cacharros de ideas, podrá parecer que no he guiado yo á mis ideas, sino que ellas, las ideas, me han

traído y llevado como los vientos á una veleta; pero yo, que miro desde dentro, desde donde se siente el líquido viviente de mi espíritu y de mis ideas, y los que sepan penetrar en interiores, verán que todo ese afluir de ideas distintas, que bajan ya de esta sierra del pensamiento, ya de aquella, en manso regato ó en torrente desatado, unas bajo tierra, otras sobre ella, y juntamente la disuelta substancia de ideas que me ha llovido sobre el espíritu desde el cielo espiritual, todo eso ha venido á engrosar mi espíritu, que quiero sea no un charco de aguas estancadas, sino un río de aguas corrientes y vivas, por cuyo cauce no pasen dos veces las mismas aguas. Un río cualquiera tiene fisonomía propia, carácter propio, propia acción, y, sin embargo, es mucho menos consecuente que un pantano, sobre todo si éste se hiela.

Miguel de Unamuno

EL PRETENDIENTE AMERICANO

(NOVELA)

VI

Los cuerpos de los hermanos gemelos llegaron á buen puerto y fueron remitidos á sus destinatarios. Hay que renunciar á describir la cólera del anciano duque cuando recibió á sus molestos parientes: su rabia superó á cuanto se puede imaginar.

Sin embargo, cuando se hubo calmado un poco, reflexionó que, después de todo, los gemelos bien tenían, por su sangre, algunos derechos morales, cuando no legales, á la consideración pública; estimó, pues, que no debía tratarlos como difuntos vulgares, y los depositó en la tumba de familia de Colmondeley, con los honores debidos á su rango; presidió él mismo la ceremonia, pero de aquí no pasó su generosidad: no pudo resolverse á ornar el catafalco con las armas de su casa.

En cuanto á nuestros amigos de Washington, esperaban con febril impaciencia que transcurriesen los diez días, y murmuraban contra el pobre Peter por el importuno aplazamiento que les había impuesto.

Mientras tanto, Sally Sellers, tan práctica y americana como lady Gwendolen Sellers era novelesca y gran dama, llevaba una vida de las más activas y sacaba el mejor partido posible de su doble personalidad. Durante el día, Sally Sellers, encerrada en su cuarto, trabajaba para atender á su familia; pero por la noche lady Gwendolen, como verdadera mujer de mundo, representaba dignamente á la familia de Rossmore.

Americana por el día, se enorgullecía de su trabajo manual y de sus buenas operaciones comerciales; por la noche descansaba de su labor y gustaba de reinar sobre todo un mundo imaginario, haciendo ostentación de sus títulos. De día, la casa no era para ella más que un modesto taller en el que se afanaba para subvenir á las necesidades de los suyos; de noche habitaba en la suntuosa morada de Rossmore Towers.

En el colegio había aprendido un oficio, sin sospecharlo: sus compañeras habían descubierto que cortaba y confeccioba sus vestidos; esta ocupación, en efecto, le dejaba pocos ocios; pero no se quejaba de ello, porque, como todas las personas extraordinariamente dotadas, el trabajo no era para ella una fatiga, y el tiempo que pasaba en su cuarto no le parecía nunca largo.

Así fué que á los tres días de llegar á casa de sus padres encontró ocupación; antes del desembarco de los gemelos en el suelo anglosajón, y antes de la llegada de Peter á Washington, Sally Sellers tenía trabajo con exceso; pudo, por lo tanto, solventar en seguida ciertas deudas chillonas y despachar á los acreedores, más dispuestos á aceptar el dinero que los malos cromos de familia.

—Mi hija es alguien—decía Rossmore al mayor, hablando de ella.—Es el retrato de su padre: de una gran actividad de espíritu, pronta á obrar, sin el menor respeto humano; no se deja detener por nada. Por lo demás, todo le sale bien: esencialmente práctica y americana por instinto, sabe ser gran dama, y el atavismo le da un sello aristocrático europeo indiscutible. Me reconozco en mi hija: es Mulberry Sellers, en cuanto financiero é inventor, en las horas de trabajo; por la noche, una vez terminados los negocios, Mulberry Sellers lleva el mismo traje, pero es otro hombre: el Rossmore del Gotha, el verdadero gran señor.

Los dos amigos no dejaban de ir diariamente en busca de su corresponsal á la lista de correos.

El 20 de Mayo encontraron una carta dirigida á X. Y. Z.

El sobre tenía el sello de Washington, pero la carta no estaba fechada.

He aquí cuál era su contenido:

«Barril de cenizas, detrás del farol, paseo del Caballo Negro. Si juega limpio, vaya á sentarse allí mañana por la mañana, á las diez y veintidós, ni antes ni después. Espéreme.»

Los amigos leyeron y releyeron el lacónico billete; después el duque dijo:

—¿No le parece á usted que nos toma por policías provistos de un mandamiento de prisión?

—¿Por qué?

—Porque nos fija un singular lugar de cita, que nada tiene de atractivo ni de agradable; ha elegido ese sitio para poder observarnos á su gusto: le será, en efecto, fácil, oculto desde la esquina de una calle, estudiar á los individuos encaramados, por indicación suya, en el famoso barril: ¿comprende usted?

—Perfectamente, comprendo; según esto, ese individuo no debe de tener la conciencia muy tranquila. Se conduce como si... ¡Por vida de...! Hubiera preferido saber sencillamente el hotel en que ha parado.

—También yo, amigo mío; pero nos lo ha indicado.

—¿De veras?

—Sí, y sin quererlo. Ese paseo del Caballo Negro es un camino estrecho y solitario, en donde se encuentra el hotel de New-Gadsbey. Seguramente pára allí.

—¿Cómo lo deduce usted?

—¡Oh! muy sencillo. Para mí, ocupa un cuarto frente al paseo en cuestión; se sentará tranquilamente en su habitación mañana, á las diez y veintidós de la mañana; y cuando nos haya contemplado en el barril, se dirá: «He visto á uño de esos individuos en el tren»; se escapará entonces hasta el fin del mundo, con su saco bajo el brazo.

Hawkins, desolado, estuvo á punto de ser víctima de un accidente.

—¡Oh Dios mío! Todo está perdido. Con tal de que su plan no le salga bien...

—No se inquiete. Me encargo de ello.

—¿Y cómo, si se sirve usted decírmelo?

—Me instalaré yo en el barril, y no usted. Usted llega cuando le vea que se me acerca y empieza á hablar; usted llega en compañía de un agente de policía vestido de paisano, y...

—¡Qué imaginación tiene usted, coronel! Jamás se me hubiera ocurrido una idea semejante.

—Tampoco lord Rossmore sería tan perspicaz; pero ha llegado el momento en que Mulberry Sellers tiene que ir á su oficina. Desde ahora va á eclipsarse mi personalidad ducal. Venga usted á que le enseñe el cuarto de ese individuo.

Eran, poco más ó menos, las nueve de la noche cuando pasaron junto al farol en cuestión y frente al hotel de New-Gadsbey.

—Ahí tiene usted—dijo el coronel, satisfechísimo, señalando el establecimiento, — ahí tiene: ¿le he engañado á usted?

—No... Pero, coronel, este hotel tiene seis pisos, y no veo bien cuál pueda ser la ventana de nuestro hombre.

—Es una cosa que nada me importa: es un detalle; puede emboscarse en la ventana que guste ahora que he descubierto lo que se propone. Mire: hágame el favor de irse á la esquina aquélla, y espéreme.

El duque se acercó á la entrada del hotel; se mezcló á la multitud de viajeros que entraban y salían, y concluyó por instalarse junto al ascensor.

Durante una hora, cuantas personas desfilaron ante él tenían los dos brazos y las dos piernas; pero, por fin, nuestro observador vió rápidamente un individuo ante cuya vista latió su corazón, aunque no le hubiese percibido sino imperfectamente y de frente.

Aquella rápida visión le permitió observar que el individuo

llevaba un sombrero flexible, un saco de cuero bastante pesado, y que una manga inerte pendía á lo largo de su cuerpo. En aquel momento el ascensor subió, y nuestro amigo, loco de alegría, corrió apresuradamente en busca de su cómplice para participarle su descubrimiento.

—¡Le tenemos, mayor, le tenemos! Le he visto: respondo de ello. Poco me importa ahora que ese buen hombre se muestre de frente ó de espaldas: le reconocería entre mil. Podemos dormir tranquilos. Ahora ya no falta más que el agente de policía y la orden de detención.

Realizaron inmediatamente todas las formalidades necesarias.

A las once y media volvieron á su casa, muy contentos de la jornada, y se acostaron pensando en las emociones que les esperaban al día siguiente.

En el ascensor, Mulberry Sellers no vió á su primo: no le conocía, y no podía sospechar que tenía ante él al ¡vizconde Berkeley!

VII

Al entrar en su habitación lord Berkeley hizo lo que todo buen inglés al acabar el día: anotó sus «impresiones» en su agenda.

Comenzó por revolver toda su maleta para buscar una pluma, aunque hubiese un suficiente número de ellas en la mesa de su habitación (hay que decir, de paso, que si los ingleses fabrican las diez y nueve vigésimas de las plumas de acero que se consumen en todo el mundo, no se sirven jamás de sus productos: permanecen fieles á la antigua pluma de ave). Lord Berkeley terminó sus impresiones con estas palabras:

«He cometido una falta enorme: hubiera debido renunciar á mi título y cambiar de nombre antes de mi salida. Todos mis esfuerzos para mezclarme á las gentes vulgares é identificarme con ellas van á fracasar, á menos de que no me desem-

barace de mi nombre, y me ponga al amparo de un nombre nuevo y plebeyo. Me asombra y me repugna el ver hasta qué punto son fastidiosos y noveleros todos estos americanos. Rebájanse ante mí porque soy un lord inglés, y me abruman con sus atenciones obsequiosas. Les creía menos aduladores, y encuentro en ellos, ¡ay!, el servilismo británico. Mi personalidad se trasluce á mi pesar, y mi nombre y mi nacimiento parecen escritos en mi rostro en caracteres misteriosos; inútil es que inscriba sencillamente mi nombre, sin añadir título alguno, en el registro del hotel, y que me imagine que voy á pasar por un viajero obscuro: al punto, grita en alta voz el secretario: «Indicad á lord Berkeley el número 82», y en cuanto he tomado el ascensor se apresura un repórter á interviuvarme. Preciso es que esta situación cese inmediatamente. Desde mañana me pondré en busca del pretendiente americano; le entregaré sus títulos; cambiaré de albergue: lord Berkeley desaparecerá de la escena del mundo, para vivir bajo un nuevo nombre.»

Dejó su diario abierto sobre la mesa, para anotar los nuevos pensamientos que pudieran surgir en su espíritu durante la noche; se acostó y se durmió rápidamente. Al cabo de dos horas, le pareció oir en un semisueño rumores confusos, sonidos extraños; despertóse bruscamente en un instante por un ruido singular, un ir y venir inusitados.

Las puertas y las ventanas se abrían violentamente; rompíanse cristales con estrépito; corrían varias personas por los corredores; otras sollozaban, suplicaban ó chillaban; entonces se oyeron gritos de «¡Fuego, fuego! ¡está ardiendo la casa!»

Lord Berkeley saltó, á obscuras, de la cama; cogió lo único que estaba á su alcance, su diario de impresiones sobre América, y ganó la puerta precipitadamente, en ropa ligera; se encontró con una compacta multitud de hombres, mujeres y niños que se precipitaban hacia la salida; fué arrastrado por la ola humana.

Poco satisfecho de su traje de noche, entró en una habitación cuya puerta estaba abierta, y se puso unas prendas de vestir que allí encontrara; aunque demasiado anchas, no le sentaban mal; se apoderó también del sombrero que completaba el traje, un sombrero de una forma rara que le chocó, porque Buffalo Bill no había hecho su aparición en Inglaterra.

Una de las mangas de la chaqueta estaba plegada y cosida al hombro; pero no se paró en detalles: se la puso como pudo, y llegó prontamente á la salida del hotel. Cayó sobre un cordón de agentes de policía que rodeaban el hotel. Su sombrero de *cowboy* y su chaqueta medio puesta llamaron la atención de los curiosos; sin embargo, no oyó ni una observación poco respetuosa ó descortés en aquella multitud agrupada en torno suyo.

Obsesionado siempre por el mismo pensamiento, se dijo: «No hay que darle vueltas: reconocen á un lord bajo todos los disfraces, y no pierden ocasión de testimoniarle su deferencia».

Uno de los jóvenes presentes aventuró, no obstante, una tímida observación. Lord Berkeley replicó, y de todos los muchachos se escapó el mismo grito de asombro:

—¡Un *cowboy* inglés! ¡qué cosa más rara!

Otra observación para la agenda de lord Berkeley. ¿Un *cowboy*? ¿Qué es un *cowboy*? ¿Quizás...? Pero el vizconde comprendió que iban á dirigirle otras preguntas, y procuró esquivarse de la multitud; descosió la manga, se puso la americana por completo, y echó á andar en busca de un modesto albergue. Encontró uno, se acostó y se durmió en seguida.

Al día siguiente por la mañana examinó su traje. Le pareció raro, pero era nuevo y estaba limpio. Los bolsillos eran anchos y profundos; los volvió, y encontró en ellos un billete de quinientos dolars; algunos otros billetes y monedas de plata, componiendo un total de cincuenta dolars; provisiones de tabaco, un grueso libro de cánticos, que no pudo abrir, y

cuya cerradura hizo saltar; el libro contenía *whisky*, una agenda sin nombre, en la que encontró varias y raras indicaciones escritas por una mano ignorante, apuestas, una contabilidad de carreras, y todo ello salpicado de apelativos deliciosos: «Jack el de los seis dedos, Lonstie que teme á su sombra», etc... Ni una carta ni un documento que pudieran establecer la identidad del poseedor de aquellos tesoros.

El joven reflexionó y tomó su partido. Como su letra de crédito se había quemado, emplearía algún dinero en buscar mediante anuncios al propietario de su traje; gastaría lo demás mientras que buscara trabajo. Envió á buscar un periódico, y leyó el artículo sobre el incendio del hotel.

En mangas de camisa vió el anuncio de su propia muerte, y, en otro lugar, los detalles más circunstanciados sobre su persona y bello comportamiento. Con la generosidad y la abnegación que caracterizan á su raza había salvado mujeres y niños hasta el momento en que, presa de la asfixia, no pudo salvarse á sí mismo; entonces, ante las anhelosas miradas de la multitud impotente, fué derribado por los elementos; en medio de las llamas, que continuaban subiendo; en medio de un torbellino de humo, el joven heredero de la gran casa de Rossmore había desaparecido gloriosamente en un enorme brasero.

Aquello era tan hermoso, tan impresionante, estaba tan bien retratado, que las lágrimas acudieron á sus ojos; después se dijo: «De todo esto resulta que lord Berkeley ha muerto, y muerto gloriosamente. Descanse en paz. Esto endulzará la pena de mi padre; ahora ya no tengo que buscar al pretendiente americano. Nada podía servir mejor á mis intereses. Ya no tengo más que hacer que tomar otro nombre y crearme una nueva vida. Ahora respiro; soy un hombre libre, un hombre como los otros; por mis propios medios, solamente por ellos, me crearé una posición, ó naufragaré si soy incapaz de elevarme por encima de mis semejantes. Hoy celebro el día más hermoso de mi vida; marcho con la cabeza alta, con la mirada recta; ¡soy un hombre!»

VIII

—¡Dios me ampare, Hawkins!

El coronel dejó caer el periódico que tenía convulsivamente entre sus dedos.

—¿Qué ocurre?

—¡Desaparecido! ¡El joven y seductor heredero de su nombre ilustre, desaparecido entre las llamas, que le aseguran una gloria inmortal!

—¿Pero quién?

—Mi preciado, preciadísimo pariente Kirkendbright Llanover Mar-Jorybanks Sellers, vizconde Berkeley, heredero de los usurpadores de los Rossmore!

—¡No!

—Sí, la cosa es cierta.

—¿Y cuándo?

—Ayer noche.

—¿En dónde?

—Aquí, en Washington, en donde acababa de desembarcar procedente de América, según dicen los periódicos.

—¿Es posible?

—El hotel ha quedado destruído.

—¿Qué hotel?

—El New Gadsby.

—¡Dios mío! ¡Entonces hemos perdido á los dos!

—¿A qué dos?

—Pues á Pete.

—¡Ah, diablo! Le había olvidado; pero espero que no le habremos perdido.

—Esperémoslo. Nos es indispensable; podemos perder cientos de vizcondes, pero no á Pete el manco.

Releyeron el periódico atentamente, y vieron con emoción que se había visto á un hombre con un brazo amputado que

bajaba precipitadamente la escalera en paños menores; parecía haber perdido la cabeza, decía el periódico; no quería escuchar á nadie, y se precipitó como un loco en una falsa dirección, corriendo sin duda alguna á una muerte cierta.

—¡Pobre diablo!—suspiró Hawkins;—¡decir que tenía unos amigos tan cerca de allí! Por un poco hubiéramos podido salvarle.

El duque irguió la cabeza con dignidad.

—Poco importa que haya muerto—dijo con calma.—Vivo se nos escapaba; ahora le tenemos.

—Le tenemos... ¿cómo?

—¡Se exteriorizará!

—Rossmore, no bromee. ¿Sería usted capaz de hacer lo que dice?

—Tan cierto como que le veo á usted, lo haré.

—Deje que le estreche la mano. Mi corazón desfallecía: me ha devuelto usted la vida.

—No necesitaré mucho tiempo, Hawkins; pero nada apremia, tomaremos tiempo. Como es natural, voy á encontrarme con ciertos deberes de familia; no podré sustraerme á ellos. Ese pobre joven...

—Es verdad; no tome usted á mal que me haya mostrado tan egoísta en los momentos en que le aflige un duelo tan cruel. Claro es que lo primero en que hay que pensar es en exteriorizar á su primo: es muy natural.

—¡Oh Dios mío! Debo decir que no había pensado en ello. Evidentemente, preciso será que lo exteriorice; pero vea usted, Hawkins, hasta qué punto constituye el egoísmo el fondo del corazón humano. Lo que desde luego me había satisfecho era el verme desembarazado de ese primo usurpador... Espero que me perdonará usted semejante debilidad y que la olvidará; olvide usted que Mulberry Sellers ha sido lo suficientemente mezquino para recrearse con un pensamiento que no hubiera debido tener. Sí, por mi honor, le exteriorizaré, aunque me cueste todas las contrariedades posibles, aunque tenga que

surgir de entre los miles de pretendientes formados en línea para cerrar el paso al verdadero duque de Rossmore.

—En esas palabras reconozco al verdadero Sellers...: las otras sonaban mal, mi querido amigo.

—Hawkins, estoy pensando en una cosa, en una cosa importante que no hay que olvidar.

—¿En qué?

—Hay que guardar el silencio más absoluto sobre esas exteriorizaciones. No se nos debe escapar una palabra acerca del asunto. Sin hablar de mi mujer y de mi hija, cuya sensibilidad enfermiza podría quebrantarse, mis negras perderían la cabeza y se largarían inmediatamente de mi casa.

—Tiene usted mucha razón. Ha hecho usted bien en decírmelo, porque yo no sé contener á mi lengua cuando no me lo recomiendan.

Sellers puso el dedo en un botón eléctrico, lo oprimió, y esperó mirando á la puerta; volvió á hacer el simulacro de llamar, mientras que Hawkins felicitaba al coronel por adoptar para su comodidad los más recientes inventos. Sellers abandonó el timbre (al que por lo demás no estaba unido ningún hilo), y se puso á agitar una campana de gran tamaño colocada sobre su mesa, gruñendo contra los inventos modernos, detestables todos ellos á cual más, y perfectamente desesperantes.

—Graham me suplicó—dijo el duque—que adoptase su sistema, alegando que la colocación de sus pilas en mi casa sería para él un excelente reclamo y le valdría un seguro triunfo. Yo le demostré que en teoría su invento era perfecto, pero que en la práctica sería detestable. Júzguelo usted. Ya ha apreciado el resultado. Me ha visto usted tocar dos veces, ¿no es verdad? ¿Y qué, tenía ó no tenía razón?

—¡Ah! coronel, ya sabe lo que yo pienso de usted. Para mí tiene usted la ciencia infusa sobre todos los asuntos; si ese hombre le hubiera á usted conocido como le conozco yo, se hubiera atenido á la opinión de usted y hubiese re-

nunciado á sus pilas eléctricas, á todas sus otras grotescas invenciones.

—¿Ha llamado usted, señor Sellers?

—No, el señor Sellers no ha llamado.

—Entonces habrá sido el señor Washington; porque he oído muy bien.

—Tampoco.

—¡Señor! ¿Entonces quién ha sido?

—Ha sido lord Rossmore.

El anciano negro levantó los brazos al cielo.

—¡Misericordia! ¡me he olvidado otra vez de ese nombre! ¡Ven, Jinny, ven pronto!

Acudió Jinny.

—Escucha las órdenes del amo y procura acordarte de ese nombre que se me olvida siempre.

—¿Recibir yo las órdenes del amo? ¿me tomas por tu negro? El amo te ha llamado, á mí no.

—Lo mismo da que llame al uno que al otro.

—Está bien, vete: arreglaremos eso en la cocina.

El rumor de la disputa llegó á los oídos del lord.

—He aquí el inconveniente—dijo—de los criados antiguos que fueron en un tiempo los esclavos de uno y se han convertido en amigos.

—Sí, forman parte de la familia.

—Cierto; hasta llegan á ser á veces los amos de la casa. Estos dos negros son muy honrados y muy buenos, afectuosos y fieles, pero hacen lo que se les antoja y se meten en la conversación. En suma, merecerían ser ahorcados.

Esta opinión contra los antiguos servidores no tenía, en el fondo, gran importancia, puesto que sabía perfectamente que nada podía cambiar en aquel estado de cosas.

—Mi objeto, Hawkins, era reunir á la familia para dar á todos la noticia.

—¡Oh! no había para qué dar campanillazos; yo iré á buscarles.

Mientras que subía, el duque prosiguió su idea.

—Sí—se dijo,—cuando sea dueño de la exteriorización sugeriré á Hawkins que les mate; después de esto veremos si me resisten. Cierto es que un negro exteriorizado debe, por hipnotismo, guardar fácilmente el silencio; este silencio, que puede en caso de necesidad convertirse en permanente, se regula á voluntad para producir el mutismo absoluto ó el medio silencio, con permiso de pronunciar unas pocas palabras. También se puede obtener el silencio relativo, con facultad de expresar sus sentimientos, sus emociones de una manera más ó menos discreta. Mi idea fundamental es buena, respondo de ello; falta ponerla en práctica.

Entraron las dos damas seguidas de Hawkins y de los negros, que no habían sido convocados; éstos se pusieron en el acto á hacer que limpiaban, comprendiendo que la conversación sería interesante: también ellos querían oirla.

Sellers dió la noticia con majestuosa lentitud. Empezó por advertir á su mujer y á su hija que sus corazones iban á sufrir una nueva prueba, tan cruel como la anterior; después tomó el periódico y leyó con voz temblorosa, entrecortada por los sollozos, la muerte heroica del vizconde de Berkeley.

Los oyentes experimentaron una dolorosa impresión. La señora Sellers lloró de enternecimiento al pensar en el legítimo orgullo de la madre del héroe, si vivía aún, y en su inconsolable dolor; los negros unieron sus lágrimas á las de ella y manifestaron su pesar con la sencillez natural en su raza. Gwendolen, con su carácter novelesco, profundamente conmovida, declaró que un comportamiento tan elevado denotaba una naturaleza selecta, un ideal de perfección. Lamentaba no haberle conocido, porque la sola vista de aquel hombre generoso y heroico hubiera reconfortado su alma, expulsando para siempre de su espíritu los pensamientos bajos y mezquinos.

—¿Han encontrado su cuerpo, Rossmore? — preguntó la madre de Gwendolen.

—Sí; se han encontrado varios: el suyo se encuentra seguramente entre los cadáveres; pero están inidentificables.

—¿Qué vas á hacer entonces?

—Voy á reconocer uno, y lo enviaré á su desgraciado padre.

—Pero, papá, ¿has visto alguna vez á ese joven?

—No; ¿por qué?

—Entonces, ¿cómo le vas á reconocer?

—¡Dios mío! los periódicos dicen que no se puede identificar ninguno; enviaré, pues, cualquiera de los cadáveres.

Gwendolen no quiso contradecir á su padre: sabía que nada modificaría su decisión; adivinaba también que estaría muy contento con desempeñar un papel oficial en semejantes circunstancias. Callóse, pues, hasta el momento en que su padre pidió un cesto.

—¿Un cesto, papá? ¿Para qué?

—¡Pudiera haber cenizas que recoger!

IX

El duque y Washington salieron para su misión dolorosa.

—No podía por menos de suceder.

—¿El qué, coronel?

—Había siete actrices en el hotel, y todas han resultado escaldadas, naturalmente.

—¿Quemadas todas?

—¡Oh! no; se han salvado; pero, cosa rara: ni una de ellas ha podido preservar sus joyas.

—Es muy raro.

—Sí, seguramente es raro; nunca aprovechan la experiencia del pasado; parece, en verdad, que pesa sobre ellas una suerte misteriosa. Tomad, por ejemplo, una que desempeña papeles de sensación: goza de una reputación enorme; pues bien, debe su fama al solo hecho de haber estado á punto de abrasarse cincuenta veces en los hoteles.

—¿En qué puede servir eso para su fama?

—Como es natural, se ha hablado de ella. Ahora van á verla porque conocen su nombre. ¿Cómo lo conocen? Ya no se sabe, pero el hecho subsiste. Debutó pobremente, con trece dolars á la semana; con esta cantidad tenía que arreglárselas.

—¡Ah!

—Sí; y con los gastos que tenía no le quedaba gran cosa para hacer la gran dama. Pues bien, ha sido víctima de un incendio en un hotel, y ha perdido 39.000 libras en brillantes...

—¿Y cómo eso?

—¡Sábelo Dios! Sin duda se los regalarán hijos de familia y viejos comerciantes. Todos los periódicos no han hablado más que de ella durante no sé cuánto tiempo. Se aprovechó de ello para cobrar más. Volvió á ser víctima de otro incendio, y perdió de nuevo sus joyas; con esto subió cincuenta peldaños en la estimación del público.

—En verdad que si los incendios de hotel son lo más claro de su capital, en poca cosa estriba éste.

—Esto sería cierto para otra persona; ella tiene suerte, ha nacido bajo una buena estrella. Siempre que arde un hotel, está segura de encontrarse en él; ó si no se la ve en medio de las llamas, allí están de todos modos sus joyas. Esto es lo que se llama tener buena suerte, ó no sé lo que es.

—Verdaderamente, es increíble. Ha debido de perder kilos de brillantes.

—¡Kilos! Diga más bien toneladas, amigo mío. Ha llegado á un punto, que los dueños de los hoteles la miran con superstición; no quieren hospedarla, seguros de que les valdrá un incendio; en cuanto llega á un hotel, los aseguradores rescinden su contrato. Se eclipsó un poco en estos últimos tiempos, pero el incendio de New Gadsby va á ponerla á flote. Ha perdido ayer noche por valor de 60.000 dolars.

—Pero debe de estar loca. Si tuviera yo 60.000 dolars en joyas, no las confiaría á un hotel.

—Tampoco yo; pero vaya usted á enseñar prudencia á una

actriz. Esta ha ardido ya sus treinta y cinco veces. Y si hay un incendio esta noche en San Francisco, acuérdese de lo que le digo: allí estará ella. Supónese que tiene alhajas en todos los hoteles del país.

Cuando llegaron al lugar del siniestro, el podre duque dirigió una mirada melancólica á aquel imprevisto depósito de cadáveres, y apartó la vista emocionado.

—Era verdad, Hawkins—le dijo.—Es imposible reconocer á ninguna de las cinco víctimas. Trate usted de hacerlo: yo me declaro incapaz.

—Veamos. ¿A cuál elijo?

—¡Oh! poco importa; elija la que esté menos estropeada.

Sin embargo, los agentes afirmaron al duque (todo el mundo le conocía en Washington) que, dado el sitio en que fueron encontrados aquellos cinco cadáveres, parecía imposible que ninguno de ellos fuese el de su joven y noble pariente. Le enseñaron el lugar en que debió de hallar la muerte, si el relato de los periódicos era exacto; probáronle también que hubiera podido escapar á la asfixia saliendo por otra puerta. El coronel se enjugó una lágrima, y dijo á Hawkins:

—Mis temores estaban harto fundados: no encontraremos más que cenizas. ¿Quiere usted entrar en esa tienda y pedir algunos cestos?

Con el mayor respeto recogieron en cada cesto cierta cantidad de cenizas cogidas en los diferentes puntos del siniestro, y se preguntaron cómo las remitirían á Inglaterra. Era de todo punto preciso que los preciosos restos de tan noble héroe fuesen tratados con los honores debidos á su rango.

Depositaron los cestos en la mesa de la habitación que había servido sucesivamente de biblioteca, de salón y de taller, y subieron al granero en busca de una bandera para envolver el sagrado depósito. Un instante después entró lady Rossmore; vió al mismo tiempo los cestos y al viejo Jinny que daba vueltas alrededor.

—¡Dios mío! ¿qué nueva tontería has hecho? ¿por qué se te

ha ocurrido poner sobre la mesa esos cestos con cenizas?—exclamó irritada.

—¿Cenizas?

La duquesa se acercó para ver mejor, y alzó los brazos.

—¡Estás loco!

—¿Yo? Ahora mismo acabo de ver eso. Yo no he puesto esas cenizas; seguramente es Daniel. Ese pobre Daniel va chocheando.

Pero Daniel no era el culpable, y negó enérgicamente.

—¿No las ha puesto nadie, entonces? Confesaréis que es un fenómeno chocante, á menos que no haya sido el gato...

—¡Oh! — suspiró lady Rossmore, con un temblor nervioso que sacudió todo su cuerpo. — Ya comprendo: marchaos; son los restos de...

—¿Cómo, señora?

—Sí; los restos del joven Sellers de Inglaterra, que pereció en el incendio.

Los negros salieron, y ella se quedó frente á las cenizas profundamente conmovida. Llamó á Mulberry Sellers, decidida á impedir la nueva excentricidad que preveía. Le vió bajar con una bandera en la mano; cuando supo su intención de envolver los despojos mortales de su primo é invitar al Gobierno á que viniese á honrar aquellos restos venerables, se opuso con todas sus fuerzas.

—Tus intenciones son siempre buenas—dijo.—Quieres tributar un homenaje á un pariente: nadie seguramente podrá censurártelo, porque la misma sangre corre por tus venas; pero si reflexionas, comprenderás que estás equivocado en el procedimiento. No te vas á poner ante un cesto de cenizas con el rostro descompuesto, y hacer que desfile todo el mundo. Semejante ceremonia sería grotesca. ¿No te imaginas á cinco mil personas agolpándose ante tres cestos de cenizas? ¡Cuántas ocurrencias de mal gusto se escucharían! No, amigo mío; no puedes exponer estas cenizas: sería una irreverencia. Renuncia á ello, y busca otra cosa.

Comprendiendo que la razón hablaba por boca de su mujor, abandonó su idea de buen grado y se decidió á velar los preciosos restos en compañía de Hawkins. La cosa pareció muy exagerada á su mujer; pero no hizo ninguna objeción, no viendo en la conducta de Mulberry Sellers sino el deseo de cumplir lealmente con su mujer respecto de un pariente fallecido lejos de los suyos, en tierra extranjera.

Colocó, pues, la bandera sobre los cestos, cubrió con un crespón el pestillo de la puerta, y dijo con aire satisfecho:

—Esto es; le he procurado todo lo mejor que las circunstancias lo permiten; hay que hacer siempre con los demás lo que se quisiera que hicieran con uno; sin embargo, falta una cosa...

—¿Cuál?

—Las armas.

Lady Rossmore encontraba la puerta suficientemente decorada, y temblaba de ver entrar en su casa un nuevo escudo; así fué que aventuró tímidamente esta reflexión:

—Creía que esta distinción no se debía sino á parientes muy cercanos.

—Verdad es, tienes razón, querida; pero estos usurpadores son nuestros más próximos parientes, y preciso es adoptar los usos de nuestro medio aristocrático.

Pusieron los escudos en la entrada; con su desmesurado tamaño y sus chillones colores, hacían un efecto magnífico y no dejaban ningún espacio vacío encima de la puerta. El duque pareció satisfechísimo del efecto.

Lady Rossmore y su hija velaron hasta media noche, y dieron su parecer sobre lo que convendría hacer más adelante. Rossmore quería mandar los restos sin demora; su mujer no lo aprobó.

—¿Quieres enviar todos estos cestos?

—Ciertamente.

—¿Todos á la vez?

—Sí.

—¿A su padre? ¡Oh, no! Piensa en el golpe que le daríamos. No... uno solo primeramente; hay que preparar á ese pobre hombre, y hacer tres envíos.

—¿Crees que sería esto un buen sistema?

—Sí, hija mía; acuérdate de que eres joven y fuerte; que él es de edad. Enviarle todo junto le causaría demasiada pena; vale más obrar progresivamente. Estará acostumbrado cuando reciba el tercer cesto; además, mejor es hacer esos envíos en barcos distintos, porque si naufragase uno de ellos...

—No me agrada ni poco ni mucho tu idea, papá; si fuera yo el padre, me parecería horrible recibir á mi hijo así, por...

—Por entregas — dijo Hawkins, muy satisfecho de poder decir algo.

—Sí; me parecería abominable recibirle por envíos sucesivos. Después del primer envío estaría con la mayor angustia esperando los otros, y la perspectiva de un entierro aplazado hasta la llegada del último barco me pondría en un estado...

—¡Oh! no, hija mía—interrumpió el coronel;—un hombre de su edad no podría soportar tales cosas: necesitaríanse tres servicios religiosos.

Lady Rossmore alzó los ojos muy asombrada.

—Semejante combinación es inadmisible—dijo;—á mi entender, hay que enterarle de una vez.

—También á mí me parece lo mismo—apuntó Hawkins.

—Y á mí—añadió la joven.

—Pues bien, todos os engañáis—dijo el coronel,—y vais á verlo. Sus cenizas no están más que en uno de los tres cestos.

—Entonces la cosa se simplifica — dijo lady Rossmore:—que se entierre un solo cesto.

—No es tan sencillo como lo piensas—respondió lord Rossmore,—porque no se sabe cuál de los tres cestos contiene las cenizas de mi pobre primo. Sabemos que están en uno de ellos, pero nada más; ya ves que tengo razón, que hacen falta tres entierros.

—¿Entonces tres tumbas, tres monumentos y tres inscripciones?—preguntó Gwendolen.

—¡Dios mío, sí! Así es como se debería proceder.

—Es imposible, papá; en la duda, las tres inscripciones deberían ser idénticas. No adelantarías nada.

—Es verdad, Gwendolen: tu argumento es exactísimo, y no sé verdaderamente qué hacer.

Siguió un silencio general, que interrumpió Hawkins.

—Me parece—dijo tímidamente—que si se mandaran las cenizas de los tres cestos...

El duque le estrechó las manos con efusión.

—Gracias, amigo mío; ha resuelto usted el problema: un solo barco, un solo entierro, un solo monumento funerario; me ha sacado usted del compromiso, Hawkins, y evita usted así muchos dolores á ese desgraciado padre. Sí, meteremos al pobre muchacho en un solo cesto.

—¿Y cuándo?—preguntó lady Rossmore.

—Mañana... lo más pronto posible, por de contado.

—Yo en tu lugar, esperaría, Mulberry.

—¿Y por qué?

—¿Quieres romper el corazón de ese anciano?

—Ciertamente que no.

—Pues entonces espera á que reclame los restos de su hijo. Al hacerlo así, evitarás al desgraciado el más profundo dolor, el dolor de la certeza de la muerte de su hijo; creo que no reclamará sus cenizas.

—¿Por qué no?

—Porque se esforzará en conservar el mayor lenitivo á su dolor, en forma de una apariencia de duda, de la esperanza de ver volver á su hijo un día ú otro.

—Pero, Polly, sabrá la muerte por los periódicos.

—No los creerá; conservará ilusiones, rechazará la evidencia: esta ilusión le sostendrá y le hará tolerable la existencia; mientras que si se le envían los restos de su infortunado hijo, su pobre corazón no podrá soportar el choque...

—¡Oh Dios mío! Es verdad, mi querida Polly; me has impedido cometer un crimen, un asesinato, y te bendigo por esta buena acción. Ahora veo claramente mi deber; guardaremos estas reliquias, y el desgraciado usurpador ignorará lo que ha pasado.

X

El joven lord Berkeley, aspirando el aire de la libertad á plenos pulmones, sentíase dispuesto á abrazar su nueva carrera; y, sin embargo, si la lucha era demasiado ruda para él, si llegaba el desaliento, ¡quién sabe si tendría energía para llevar á buen término su empresa! No podía responder del porvenir; lo que le parecía más seguro era ponerse al abrigo de toda sorpresa, cortando los cabos detrás de sí.

Tomó, pues, la resolución de buscar inmediatamente al propietario del dinero encontrado, y depositarlo mientras tanto en un Banco.

—¿A qué nombre?—le preguntaron.

Vaciló y se puso encarnado; no había previsto este detalle.

—Howard Tracy—respondió, dando el primer nombre que se le ocurrió.

—El cowboy se ha puesto encarnado—observaron los empleados del Banco.

El primer paso estaba dado. El dinero estaba seguro, pero quedaba á su disposición. Dirigióse en seguida á un segundo Banco, en el que sacó un cheque de 500 dolars sobre el primero; esta suma quedó en caja y puesta á su crédito en el segundo Banco; le pidieron la firma, la dió; después salió contentísimo de su determinación enérgica.

—He aquí un asunto terminado—pensó;—me sería imposible retirar esa suma sin justificar mi identidad, cosa que no podría hacer actualmente. No me queda, pues, otro recurso que el de trabajar para vivir, ó morirme de hambre. Me encuentro dispuesto y animoso.

Telegrafió en seguida á su padre:

«Escapado milagrosamente del incendio del hotel. He tomado un nombre de capricho. Adiós.»

Como se paseara melancólicamente por la noche, vió un anuncio en una iglesia pequeña: «Conferencia pública á los mecánicos. Se admite á todo el mundo sin invitación».

Vió entrar á personas vulgares, sobre todo obreros; les siguió y se sentó. La iglesia era pequeña y de pobre aspecto. No había almohadones en los bancos, ni púlpito propiamente dicho: un simple estrado, en el que estaba el conferenciante; á su lado había un hombre que compulsaba notas y parecía dispuesto á tomar la palabra. Pronto se llenó la iglesia de gentes sencillas, modestamente vestidas. El conferenciante empezó:

«El orador que vais á escuchar hoy es un miembro de nuestro círculo; todos vosotros le conocéis: míster Parker, distinguido colaborador del *Daily Democrate*. El asunto de su conferencia será la Prensa americana, y tomará por texto algunas frases del nuevo libro de míster Arnold. Me ruega que os lea los extractos que va á comentar:

»Goethe dice en cierto pasaje que el temor, es decir, el respeto, es el mayor bien de la humanidad, y míster Arnold emite, por su parte, la siguiente teoría: Si hay alguien que busque un medio eficaz para destruir la disciplina y el respeto en un pueblo, no hay más que dirigirse con toda seguridad á los periódicos americanos.»

Míster Parker se levantó, saludó, y fué acogido con entusiasmo. Comenzó á hablar en voz clara, con impecable dicción, redondeando las frases; interrumpíanle á menudo con aplausos.

El orador se extendió sobre la misión de los periódicos en general, los cuales deben mantener en una nación la altivez patriótica, inculcar al pueblo el amor de su país, de sus instituciones, preservándole de las influencias á menudo nefastas del extranjero. Citó como ejemplo á los periodistas rusos y

turcos, que persiguen tan noble fin con perseverancia, ayudándose con el Kerout y apelando en caso de necesidad á la Siberia para mantener en el pueblo el piadoso respeto de la disciplina.

El fin del periódico inglés es el mismo: debe hipnotizar á sus lectores con algunos asuntos, y pasar hábilmente sobre otros. Así, debe hacer que todos los ojos se fijen en las glorias de Inglaterra, gloria que los miles de años transcurridos rodean de intensa aureola; pero al mismo tiempo hay que ocultar á los lectores que las glorias han servido para la elevación y enriquecimiento de las clases privilegiadas, mientras que costaron la vida á miles de individuos de las clases inferiores, que no lograron ninguna ventaja personal. El periódico debe mantener al público en el respeto más profundo hacia una Monarquía sagrada, y no dejarle nunca entrever que la mayoría de la creación no llevó al rey al trono, y que, por consiguiente, la Monarquía no tiene legalmente el derecho de existir. Debe inspirar á la nación un gran respeto por esa curiosa invención que es la organización del Gobierno, y hacerle amar á las instituciones bastardas de la justicia y de la nobleza hereditaria; al mismo tiempo debe ocultarse que el Gobierno oprime y sangra al pueblo con impuestos injustos; que la nobleza se reserva todos los honores para dejar al pueblo los trabajos y las penalidades.

El orador, al comentar este pensamiento, se asombró de que con su clara inteligencia y su espíritu de observación no haya comprendido míster Arnold que las cualidades tan alabadas en la prensa inglesa, á saber, su exagerado respeto y su espíritu conservador, convertiríanse en defectos en América; aquí, la fuerza preciosa del periodismo consiste en su independencia y en su *humour,* porque su fin, desconocido por míster Arnold, es velar por las libertades de un pueblo y no amparar los errores pueriles de ese pueblo. Añadió que si las instituciones del viejo mundo fuesen puestas de relieve durante cincuenta años, y criticadas por una prensa tan franca

como la prensa americana, la Monarquía y sus abusos desaparecerían de la humanidad. Y si los monárquicos lo dudan, ¿por qué no proponer al Zar que haga el ensayo en Rusia?

—En resumen—dijo al terminar:—si nuestra prensa no posee la cualidad dominante del viejo continente, el respeto, considerémonos felices. Su respeto muy limitado le hace venerar lo que venera el pueblo americano: es suficiente. Nos importa muy poco lo que las otras naciones veneran. Nuestra prensa no respeta ni á los soberanos, ni á la nobleza, ni á las tiranías religiosas; no admite la ley que deshereda á un hijo segundo en beneficio del mayor; no admira la ostensible injusticia que permite á un ciudadano pisotear á su vecino porque el azar de su nacimiento le favoreció; no reconoce la ley, por antigua y sagrada que pueda ser, que excluya á un individuo de una situación á la que tendría tantos derechos como otro cualquiera, y que otorga propiedades con la simple exhibición de títulos hereditarios. Podemos decir con Goethe, el ferviente adorador de la Monarquía y de la nobleza, que nuestra prensa ha perdido todo sentimiento de disciplina y de respeto; felicitémonos de ello y esperemos que esto constituya un hecho consumado, porque, en mi opinión, la licencia y la crítica de la prensa engendran y protegen la libertad humana, mientras que el respeto ciego mantiene y fomenta la esclavitud física y moral en todas sus formas.

Tracy pensaba para sí: «Me alegro de haber venido á América; he hecho bien en buscar un país imbuído de principios tan verdaderos y teorías tan fuertes. ¡Cuántas innumerables esclavitudes se deben á un respeto exagerado! ¡y qué bien lo ha probado este hombre! El respeto es, en efecto, una palanca poderosa; en cuanto conseguís que una persona respete vuestras ideas, se convierte en esclavo vuestro. ¡Oh, sí! En ninguna época de la historia se ha permitido que las naciones europeas abran los ojos sobre los crímenes y las infamias de la monarquía y de la nobleza; siempre se las ha tenido sujetas; se las ha cegado, inculcándolas por las antiguas

tradiciones un respeto que ha pasado á ser una segunda naturaleza; basta para escandalizarlas con emitir una opinión, por poco contraria que sea á los errores de sus espíritus estrechos; una palabra irreverente respecto de sus absurdas instituciones se convierte en un crimen de lesa majestad. El ridículo de este estado de cosas salta á la vista, por poco que se reflexione, y lamento no haber pensado antes en ello. ¿Con qué derecho Goethe, Arnold y los enciclopedistas definen la palabra «respeto»? Su punto de vista no es el mío; mientras que conserve en mí un ideal, poco me importa el suyo; puedo reirme de él á mi antojo, es mi derecho, y nadie tiene que ver conmigo.»

Tracy esperaba una réplica. Pero nadie contradijo al orador. Este continuó:

«Debo advertir á la concurrencia que, con arreglo á nuestras costumbres, las discusiones sobre esta materia quedarán abiertas en la próxima reunión; esto para permitir á los oyentes que preparen sus respuestas, porque no somos oradores de profesión; somos simples obreros, incapaces de improvisar.»

Leyéronse á continuación algunas réplicas referentes á los asuntos que constituyeran la conferencia anterior. Hízose especialmente el elogio de la cultura intelectual debida á la generalización de los colegios; uno de los concurrentes, hombre de edad media, refirió que no había estado nunca en el colegio; se educó en una imprenta, después entró en una oficina, en la que llevaba varios años empleado.

—Nuestro conferenciante—añadió—ha hecho un paralelo entre la América moderna y la antigua América; ciertamente se pueden señalar inmensos progresos, pero creo que ha exagerado un poco el papel de los colegios en esta marcha ascendente. Es indiscutible que los colegios han contribuído en gran escala al desarrollo de la inteligencia; pero no negaréis que los progresos materiales se hayan extendido más todavía. Si se examina la lista de los inventores, de los creadores de ese estupendo progreso material, no se encuentra en ella ningún universitario. Hay por de contado excepciones, como el profe-

sor Crineston, el inventor del sistema de telegrafía Morse; pero son raras. Es una gloria del siglo en que vivimos, siglo por excelencia desde que el mundo es mundo, el triunfo de esos hombres que se han elevado por la sola fuerza de su inteligencia; á ellos lo debemos todo. Creemos ver su obra entera; no vemos más que la fachada, lo exterior; pero queda un lado oculto que se sustrae á nuestra vista y que constituye sin embargo la fachada principal. Han renovado el país, y, para emplear una metáfora, han duplicado sus fuerzas. En el fondo, ¿qué es lo que constituye una nación? ¿Acaso el número más ó menos considerable de individuos de carne y hueso, á los que cortésmente se llama hombres y mujeres? Tomemos, por ejemplo, como tipo de comparación la cantidad de trabajo que podía proporcionar un hombre en una época dada; calculemos la población actual de nuestro país, y veamos cuánto más que sus antepasados puede producir un hombre en nuestros días. Partiendo de este punto de vista, reconoceremos que los hombres de dos ó tres generaciones precedentes eran todos unos enfermos, unos paralíticos; nada, si se les compara con los individuos de nuestros días.

En 1870 nuestra población era de 17 millones. De estos 17 millones, prescindamos de 4 millones representados por los ancianos, los niños y los impotentes. Quedan 13 millones, que se repartían así:

2 millones de tejedores de algodón.

6 millones de obreros en géneros de punto (en su mayoría mujeres).

2 millones de hilanderos (también mujeres).

500.000 claveros.

400.000 encuadernadores.

1 millón de desgranadores.

40.000 tejedores.

4.000 zapateros remendones.

Hoy (según los documentos oficiales publicados en la segunda sesión del 49.° Congreso) se ha establecido que el trabajo de

los dos millones de tejedores de algodón se hace por dos mil hombres; el de los seis millones de calceteros, por tres mil muchachos; el de los dos millones de hilanderas, por mil muchachas. Quinientos niños reemplazan á los quinientos mil claveros; cuatro mil muchachos hacen el trabajo de los cuarenta mil encuadernadores. En fin, mil doscientos hombres sustituyen á los cuarenta mil tejedores, y seis individuos hacen actualmente la labor de mil zapateros de viejo.

En una palabra, diez y siete mil personas ejecutan en nuestros días el trabajo para el que se hubiesen necesitado hace cincuenta años trece millones de individuos.

Con su ignorancia y sus rancios procedimientos, nuestros padres y abuelos se hubieran tenido que reunir en número de cuarenta mil millones para ejecutar el trabajo realizado por nuestros contemporáneos. ¡Pensad en ese enjambre de trabajadores representando cien veces la población de China y veinte veces la población actual del globo!

Mirando en rededor vuestro, ved en nuestra república una población de sesenta millones; en realidad, esta población representa cuarenta mil millones de brazos y cerebros activos. He aquí lo que han hecho esos inventores modestos, iletrados, esparcidos por el mundo, sin pasar por la puerta de los colegios. ¡Honor á sus gloriosos nombres!

—¡Qué hermoso!—pensó Tracy al volver á su casa.—¡Qué civilización y qué magníficos resultados se deben á esas gentes de extracción vulgar! ¡Qué superioridad sobre nuestros jovenzuelos de Oxford la de esos hombres que trabajan y ganan el pan penosamente! Sí; ciertamente me alegro de haber venido, de haber desembarcado en un país en el que cada cual puede elevarse con la sola fuerza de sus puños y crearse por sí mismo su propia posición. Aquí, por lo menos, uno es hijo de sus obras.

XI

Durante algunos días Tracy se repitió sin cesar que habitaba en un país en el que hay trabajo y dinero para todos. Para que su espíritu no se apartase de este noble y gran pensamiento, lo expresó en verso, que recitaba constantemente. Pero poco á poco olvidó sus versos y se puso á buscar una plaza de escribiente en una oficina, persuadido de que con sus estudios hechos en Oxford le recibirían en todas partes; pero no obtuvo resultado alguno. Sus títulos no le fueron de ninguna utilidad; más hubieran valido seguramente recomendaciones políticas. Su nacionalidad inglesa le era funesta en un país en el que todos los partidos hacían votos por el triunfo de Irlanda; su traje de cowboy hablaba en su favor (cuando no estaba de espaldas), pero no le ayudaba á encontrar una plaza de burócrata.

Sin embargo, como se había prometido llevar aquellas prendas hasta que su propietario las reconociese y se las reclamase con el dinero que contenían, no osaba faltar á su palabra y quitárselas.

Al cabo de ocho días aún no había encontrado nada, y su situación se hacía crítica. Había pedido trabajo en todas partes, descendiendo cada día un peldaño de la escala social; estaba ya dispuesto á aceptar el trabajo más modesto, pero en todas partes le rechazaban.

Releía un día las páginas de su diario, cuando sus ojos se fijaron en las líneas que escribió después del incendio:

«No dudaba, ciertamente, de mi fuerza y mi carácter; hoy está á prueba mi energía, viéndome instalado, sin asomos de repugnancia, en un alojamiento digno de un perro. Pago por este chiribitil cinco dolars á la semana. Bien dije que partiría de lo más bajo, y cumplo la palabra.»

Corrióle un estremecimiento de la cabeza á los pies.

—¿En qué estaba pensando?—se dijo.—No estoy, ni mucho menos, en lo más bajo de la escala. He aquí una semana perdida, y mis gastos se acumulan de una manera espantosa. Es preciso que concluya con estas locuras.

Tomó una decisión rápida, y buscó inmediatamente un albergue menos caro; por fin, lo encontró tras mucho buscar; le hicieron pagar una semana adelantada: cuatro dolars y medio, que le aseguraban la habitación y la comida.

La patrona del establecimiento, una buena y robusta mujer, le condujo al cuarto: había que subir tres pisos de una escalera estrecha; después le indicó un cuarto con alcoba, en el que había dos camas: estaría solo hasta la llegada de un nuevo huésped.

De suerte que iban á darle un compañero de cuarto. Esta perspectiva le disgustó sobremanera.

En cuanto á la patrona, mistress Marsh, era, en verdad, una mujer muy amable: le aseguró que estaría contento en la casa, como lo estaban todos los huéspedes.

—Ya verá usted: todos ellos son unos buenos muchachos, muy alegres y que viven en perfecta inteligencia; cuando las noches se hacen demasiado calurosas, emigran al tejado. La estación se encuentra tan adelantada este año, que ya han tomado sus cuarteles de verano. Se trazan su dominio con tiza en el tejado, y si usted quiere hacer lo mismo está usted en completa libertad. Por lo demás, usted debe de conocer las costumbres de esos señores.

—¡Oh! no. No sé nada.

—Es verdad, ¡qué tonta soy! No me había fijado en su traje... en las Llanuras no hay necesidad de fijar la propiedad. Pues bien: hace usted con tiza un rectángulo del tamaño de una cama, y su compañero de cuarto se arregla con usted para transportar á aquel lugar la ropa que necesite. Estoy segura de que hará usted buenas migas con esos jóvenes; todos son muy agradables y expansivos, excepto el impresor. ¡Oh! éste es muy raro: busca la soledad, y por nada en el mundo le ha-

ría usted que compartiese su cuarto con un amigo. Se ha intentado, le han dado toda clase de bromas, le han quitado la cama de su cuarto una vez que no volvía hasta las tres de la mañana; pues bien: apenas me creerá usted si le digo que pasó la noche sentado en una silla, antes que pedir hospitalidad á un compañero. Dicen que está tocado; á decir verdad, es un inglés, y todos son muy meticulosos en su país. No le molestará que diga esto... porque usted es también inglés, ¿verdad?

—Sí.

—Lo sospechaba: lo había adivinado en su manera de hablar; pero ya se corregirá usted. En el fondo, ese impresor es un buen muchacho, y se entiende bien con el fotógrafo, el calderero y el herrero; fuera de éstos, no fraterniza nada con los demás. Esto obedece (yo soy la única en saberlo) á que se cree de origen casi aristocrático. Es hijo de médico, y ya sabe usted que en Inglaterra los médicos tienen una opinión muy elevada de sí mismos; aquí no forman una clase superior. Este muchacho riñó con su padre; entonces vino á nuestro país, y ha tenido que ponerse á trabajar para no morirse de hambre; como había estado en un colegio, se creía un fénix. ¿Qué le pasa á usted?

—Nada: suspiro.

—Era un gran error de su parte: un poco más, y se habría muerto de hambre si no se hubiera compadecido de él un impresor, tomándole como aprendiz; se puso al oficio, y pudo salir adelante; pero en poco estuvo que no se viese obligado á pasar por encima de su amor propio y recurrir á su padre. Pero... ¿qué tiene usted? ¿Mi charla, tal vez...?

—No, al contrario; continúe: eso me interesa.

—Pues bien: hace diez años que está aquí; ahora tiene veintiocho, y todavía no se ha decidido á fraternizar con los obreros, por decirse un caballero; por lo demás, tiene el buen gusto de no hacer tales confidencias sino á mí, y me guardaría bien de dejarlas traslucir delante de los otros.

—¿Por qué?

—¿Por qué? Porque le lincharían; y usted haría lo mismo en lugar de ellos. A nadie se le tiene que ocurrir aquí negar á nadie la cualidad de caballero. Ni siquiera á un cowboy.

Una bonita muchacha de unos diez y ocho años, limpia, fina y elegante, entró, sin el menor asomo de timidez ó cortedad.

Su madre trató de leer en el rostro del extranjero la sorpresa y la admiración que le causara, como á todos sus compañeros, aquella seductora aparición.

—Mi hija Hattia, á la que llamamos Puss—dijo, sin levantarse.—Puss, aquí tienes al nuevo huésped.

El joven inglés se inclinó con rigidez, á estilo de su país, y se sintió muy molesto ante aquella presentación á una joven camarera de una casa de obreros. Debía su molestia á su educación aristocrática y á sus hábitos de inglés refinado, aunque en el fondo, en aquel momento, admitiese el principio de la igualdad de todos los hombres.

La joven, sin fijarse en el saludo frío y cortado, tendió la mano al extranjero.

Después se dirigió al lavabo, y ante un espejo rajado se arregló algunos mechones rebeldes, y se puso á hacer su servicio.

—Me voy—dijo la patrona;—pronto es la hora de cenar. Prepárese usted, Sr. Tracy; oirá usted la campana.

Y mistress Marsh salió con dignidad, preocupándose muy poco de dejar solos á los jóvenes.

A Tracy le sorprendió aquella indiferencia por parte de una mujer de aspecto tan honrado y tan respetable, y tomó su sombrero, decidido á ceder el puesto á la muchacha; pero ésta le interpeló:

—¿Adónde va usted?

—Pues no lo sé; temía molestarla aquí...

—¿Y por qué? Quédese; ya le advertiré cuando sea necesario.

Hacía las camas con una agilidad que admiraba á Tracy.

—¡Qué ocurrencia ha tenido usted!—le dijo ella.—¿Cree que necesito tánto sitio para hacer dos camas?

—No, no es eso precisamente; pero estamos solos en el tercer piso, y su madre se ha marchado...

La joven se echó á reir de buena gana.

—¡Ah! Nadie para defenderme, ¿no es verdad? No lo necesito: no tengo miedo, se lo aseguro. Si estuviera sola, tal vez no sería tan valiente, porque, sin creer en ellos, tengo miedo de los fantasmas.

—Pues entonces, ¿cómo los tiene usted miedo?

—¡Oh! no puedo explicarlo: todo lo que sé es que Maggia Lee es como yo.

—¿Quién es Maggia Lee?

—Una de nuestras pensionistas; una señorita que trabaja en una fábrica.

—¿Qué fábrica?

—Una fábrica de calzado.

—¿Una obrera de fábrica? ¡Y la llama usted una señorita!

—¿Pues cómo quiere usted que la llame? No tiene más que veintidós años.

—La edad es lo de menos: me refiero solamente al nombre que usted le da. En el fondo, he dejado Inglaterra para sustraerme á la etiqueta y á las absurdas fórmulas de cortesía, y encuentro aquí los mismos abusos. Esperaba no encontrar en América sino hombres y mujeres, sin distinción de castas.

La joven se detuvo asombrada, mirando fijamente la cama que estaba haciendo.

—Y así es, en efecto—dijo:—todo el mundo es igual; ¿en dónde ve usted una diferencia?

—Si llama usted señorita á una obrera de fábrica, ¿qué título da usted á la mujer del presidente?

—La llamo señora.

—De suerte que solamente la edad y el estado marcan la diferencia.

—No sé verdaderamente qué otra distinción podría existir.

—¿Entonces todas las mujeres son aquí señoras?

—Ciertamente, ó, por lo menos, todas las personas respetables.

—¡Ah! Prefiero esto. Evidentemente, si el título se da á todo el mundo, la cosa cambia de aspecto.

Hattie no pudo por menos de reirse.

—Pero, Hattie, sea usted franca: confiese usted que la mujer del presidente no llama señora á su cocinera.

—¿Por qué no? Sí la llama.

Sintióse contrariado por haber producido tan poco efecto.

—En fin—dijo,—los americanos no más igualitarios que los otros pueblos.

—¡Qué idea! Un título no vale más que por el sentido que se le atribuye. Admitamos que sustituya usted la palabra «señora» por la palabra «respetable»; ¿comprende usted?

—Perfectamente. En lugar de decir una señora, se diría una persona respetable.

—Eso es. Entonces, en Inglaterra, las «gentes de la alta» ¿no conceden á los obreros el nombre de señores ni de señoras?

—¡Oh! no.

—¿Y los obreros no se consideran ellos mismos como señores ni señoras?

—Ciertamente que no.

—Pues bien: si emplea usted otra palabra, no se cambiaría nada. Las personas *chics* se arrogarían el derecho exclusivo de llamarse personas respetables, y los obreros, por una especie de modestia, no tomarían ese título. Aquí no admitimos eso. Cada cual se considera como un señor ó una señora, y se burla de la opinión del vecino, con tal que este vecino no le grite demasiado fuerte. Me parece que usted trata de rebajar

á sus semejantes; esto es precisamente lo que nosotros no hacemos nunca.

—He aquí, en efecto, una distinción en la que no había pensado. Sin embargo, el llamarse á sí misma señora no hace que...

—Yo en el lugar de usted, no continuaría.

Howard Tracy se volvió para ver quién era el nuevo interlocutor. Vió á un hombre rechoncho, de unos cuarenta años, imberbe, con el pelo gris; tenía una fisonomía inteligente y despierta, y llevaba traje de faena, limpio, aunque usado. Venía de una habitación contigua, en la que dejó el sombrero, y traía en la mano un jarro abollado. Hattie se lo tomó de las manos.

—Voy á llenárselo á usted. Le presento al nuevo huésped: el señor Tracy; el señor Barrow. Habíamos llegado á un punto de la discusión en el que empezaba yo á descarrilar.

—Gracias, Hattie; venía á ver á los compañeros.—Y se sentó sin cumplidos en una maleta vieja.—He escuchado la conversación de ustedes con mucho interés, y no hubiera prolongado la discusión. Usted llegaba á deducir que el hecho de llamarse señora no implica serlo; esto es lo que iba usted á decir. Pues bien, tropezaría usted con otra objeción en la que no había pensado. ¿Quién tiene el derecho de conceder á usted un título? En Europa, veinte mil personas entre millones de individuos se atribuyen el sonoro epíteto de «señores y señoras»; la masa acepta el apelativo, sin rebelarse contra la afrenta que entraña.

Aquí, por el contrario, algunos miles de personas se atribuyen títulos; pero la cosa no queda ahí: los otros, los «no titulados», protestan y se engalanan inmediatamente con los mismos títulos. De esta manera, todo el mundo queda contento, se establece una igualdad real, mientras que al otro lado del Atlántico reina en absoluto la desigualdad por la voluntad de la minoría y el consentimiento de la mayoría.

Desde el principio de esta tirada, Tracy, muy ofuscado, se

había concentrado en sí mismo, aunque llevase semanas de vivir en un medio esencialmente vulgar. Rehízose pronto, y puso buena cara sin molestarse por el hábito que las gentes del pueblo tienen de mezclarse en una conversación sin que se les invite. No tuvo gran mérito esta vez, porque aquel hombre tenía en sí algo de atractivo; su sonrisa era simpática. Tracy hasta le hubiera encontrado encantador, si en él—aunque contra ello luchase—la igualdad de clases hubiera existido de otra manera que en estado de principio; su espíritu la admitía, pero su personalidad se rebelaba aún ante tal idea. En teoría, Barrow era su igual; pero le desagradaba verle ostentar aquella igualdad.

—Espero—dijo—que todo lo que ha dicho usted de los americanos es exacto, porque algunas veces he dudado. Parece que la igualdad sea incompatible con ciertos nombres distintivos todavía usados en su país, aunque estos nombres hayan perdido parte de su prestigio y de su alcance, puesto que se convierten en la libre propiedad de cada individuo. Creo, por lo demás, que la diferencia de clases no puede existir sino con el consentimiento general de la masa; hasta aquí me había imaginado que las clases elevadas se habían creado y perpetuado por sí mismas; no pueden perpetuarse sino por el pueblo, ese mismo pueblo al que desprecian, y que puede de un momento á otro destruirlas y reemplazarlas.

—Esa es mi opinión; no hay poder en el mundo capaz de impedir que los treinta millones de ingleses se erijan en duques si lo desean; pero al cabo de seis meses esos millones de duques abandonarán sus títulos. Deberían ensayarlo, y estoy bien seguro de que la Monarquía misma no sobreviviría al golpe. Sería la lucha del puchero de barro contra el puchero de hierro, Herculano contra el Vesubio, y se necesitarían más de mil ochocientos años para limpiar los escombros de semejante cataclismo. ¿Qué valor tiene un coronel en nuestro Sur? Ninguno, porque allí todos se dicen coroneles. No, Tracy (Tracy no pudo reprimir un ligero estremecimiento), nadie en

Inglaterra le consideraría á usted como un señor, y usted tampoco en otra parte; y esta distinción de castas le pone á usted forzosamente en una falsa situación; concluye por arraigar en las costumbres, se convierte en un hábito, una segunda naturaleza. Seguramente que usted no concebiría que el Matterhorn se enorgulleciera de que las pequeñas colinas de Inglaterra le dispensaran el honor de conocerle; ¿verdad que no?

—No; ¿por qué...?

—Pues bien: ¿concibe usted que á Darwin le puede halagar que una princesa no ignore su nombre? La cosa es tan ridícula que no se puede pensar en ella. Y sin embargo, á ese dios, á ese Memnon le halagó mucho la elección de la estatua: él mismo lo reconoce. Que un dios prostituya así su divinidad y la profane, es un delito que no debería ser posible.

El nombre de Darwin dió á la discusión un giro literario. Barrow se entusiasmó tanto, que se puso cómodo para hablar más fácilmente; se desembarazó de su chaqueta, y apenas advirtió la llegada, no obstante bulliciosa, de sus compañeros, que cantaban y reían ruidosamente mientras que se lavaban. Después hizo á Tracy los honores de su cuarto, de su biblioteca, que consistía en un simple estante, y le dirigió algunas preguntas:

—¿Qué oficio tiene usted?

—A la verdad, me llaman un cowboy; pero es un puro capricho, porque no tengo ningún oficio.

—¿Pues de qué vive usted entonces?

—Haría cuanto quisieran si encontrara una ocupación; pero hasta ahora nada he conseguido.

—Tal vez podría ayudarle, y esto con la mejor voluntad.

—Se lo agradecería mucho, porque me siento cansado de buscar en vano.

—Cierto es que un hombre sin oficio encuentra difícilmente trabajo. Me parece que le han dado á usted demasiada instrucción y que no le han enseñado lo suficiente para vivir.

¡Qué mal aconsejado estuvo su padre! Hubiera usted necesitado un oficio. De todos modos, nos arreglaremos; le buscaremos algo. Sobre todo, que no le acometa la nostalgia: esto lo echaría todo á perder. Hablando, daremos con lo que necesita; y para empezar, espéreme usted: vamos á bajar juntos á comer.

Tracy se sentía lleno de simpatía y de reconocimiento hacia aquél; le hubiera considerado gustosamente como á un amigo, si hubiera podido en el mismo instante poner en práctica sus teorías. Sin embargo, su compañía le agradaba, y se sentía menos descorazonado; deseaba saber en particular en dónde y cómo había aprendido Barrow todo lo que sabía.

MARK TWAIN

(Continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Contributo ad un'interpretazione del pensiero di Protagora, por Alessandro Levi. Venezia, 1906.

Recientemente he tenido ocasión de hablar más de una vez de este joven y fecundo escritor al dar cuenta de sus últimas publicaciones, y he dicho lo sólidas que son todas ellas, lo mismo las de índole estrictamente filosófica que las de carácter histórico-filosófico, á las que pertenece la que ahora me ocupa.

Del puñado de escritores mozos que en estos años han aparecido en Italia dedicándose al cultivo de la filosofía del derecho, es Levi uno de los que más en serio trabajan; y la verdad es que casi todos (Salvadori, Del Vecchio, Groppali...) trabajan en serio. Tiene lo que para ello hace falta: gran talento, mucha cultura, tanto clásica como moderna, y la discreción bastante para moderar impaciencias que á menudo asaltan á los jóvenes, espoleándoles á excesos no siempre bien justificados.

El opúsculo de que ahora se trata revela ser obra de un hombre hecho de verdad al estudio hondo y fundado. Con un amplio conocimiento de la rica literatura referente á la interpretación y reconstrucción de la doctrina gnoseológica y ético-jurídica de Protágoras, el famoso y discutido sofista griego, toma parte en la controversia tocante al particular, exponiendo puntos de vista personales, casi siempre moderados y como intermedios entre los más radicales, y trazando con este motivo un cuadro de las discusiones promovidas (singularmente en Alemania) sobre la significación que ha de darse á las afirma-

ciones de aquel autor, tal y como resultan sobre todo de algunos diálogos platónicos.

Considerado por muchos Protágoras como el fundador del positivismo, ó cuando menos como uno de sus precursores, no parece conveniente desconocer su representación en la historia de la filosofía, y para enterarse de ella, sin enfrascarse en personales indagaciones, sirve perfectísimamente el trabajo del profesor paduano.

P. Dorado

ÍNDICE

Págs.

Recuerdos, por José Echegaray 5

Madrid en 1833, por Rodrigo Amador de los Ríos 17

Desde Berlín.—Los progresos de la hipofagia, por E. Mañueco Villapadierna 47

España fuera de España.—La revolución de España (1868), por Emilio Ollivier 58

El castellano en América, por Julio Cejador 100

Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi 118

Sobre la consecuencia, la sinceridad, por Miguel de Unamuno 149

El pretendiente americano (novela), por Mark Twain 169

Notas bibliográficas, por P. Dorado 206

AP
60
E8
año 18
no.211-13

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY